EL VISITADOR

NOVELA HISTÓRICA

POR SALOMÉ JIL.

GUATEMALA.
IMPRENTA DE LA PAZ: CALLE DE GUADALUPE.
1868.

Colección Luis Luján Muñoz
Universidad Francisco Marroquín
www.ufm.edu - Guatemala

EL VISITADOR

NOVELA HISTÓRICA

POR SALOMÉ JIL.

GUATEMALA.
IMPRENTA DE LA PAZ: CALLE DE GUADALUPE.
1888.

14 Agosto 1920.
Q70.

CAPITULO I.

El hijo del pirata.

EN el año de 1587, gobernando el Reino de Guatemala el Presidente Garcia de Valverde, amenazó nuestras costas del Sur un corsario ingles llamado Francisco Drake, atrevido aventurero que ha dejado un nombre célebre en los anales de la marina militar de su nacion. Hijo de un pobre marinero del Devonshire, á quien la miseria habia obligado á refugiarse á bordo de un buque mercante, Francisco nació y vivió en el mar, é hizo de las volubles olas el teatro de sus maravillosas hazañas. Dueño de un pequeño bajel, hacia el comercio con las posesiones españolas del Atlántico; y despojado, segun parece, de su barco, que constituia su única fortuna, reclamó en vano su devolucion á la corte de España. Drake juró vengarse de aquella injusticia, y

ayudado de su audacia extraordinaria, pudo llevar á cabo sus propósitos. Medio corsario y medio pirata, hizo una guerra sin tregua al comercio español, y pronto se encontró mas que suficientemente indemnizado de sus pérdidas. En 1573, enriquecido con los despojos de los españoles, sus enemigos, volvió á Inglaterra; pero no para renunciar á la vida aventurera, sino para continuarla en mayor escala y en otra region. Las aguas del océano Pacífico iban á ser en adelante el teatro de sus aventuras. Con la proteccion de la Reina Isabel y de varios personages de su corte, armó cinco buques, y haciendose á la vela en Plymouth, el 13 de Diciembre de 1577, fué el primero que se lanzó en la ruta que habia descubierto el génio osado de Magallanes. Drake saqueó las poblaciones de Chile y del Perú situadas en todo el litoral, y llevó el pabellon británico hasta las costas de California.

Consta por un memorial que dirijió al Rey el Cabildo de Guatemala, y del cual ha publicado un extracto en sus Memorias el Sr. Arzobispo Garcia Pelaez, que por el mes de Abril de 1579 apareció Drake en las costas del Sur, por lo que el Presidente Valverde dispuso hacer armada contra él. Preparáronse tres navios y una lancha, que se armaron con cinco piezas de artilleria y doscientos soldados; y habiendose enviado hasta México y otras partes, á traer pólvora, esmeriles y mosquetes, se hizo la expedicion á la vela y caminó á lo largo de la costa en un espacio de mas de trescientas leguas, sin encontrar á los corsarios. Drake estaba por entonces oculto en una ensenada de California, reparando las averias que habian sufrido sus buques en tan largas y temerarias excursiones. "Cargado de riquezas, dice uno de sus biógrafos, saciada su sed de venganza, y temiendo sucumbir ante fuerzas superiores, dió la vuelta al globo, atravesando el vasto mar del Sur, las islas de la Especeria y el Océano índico, donde presintió los imperios que habia de fundar la Inglaterra. El 25 de Setiembre de 1580 ancló en el puer-

to de Plimouth, y reveló á sus compatriotas el secreto de su futura grandeza."

La Reina Isabel acogió al corrario como á un hombre grande y lo armó caballero. En el año 1587, Drake, elevado al rango de Contra-Almirante, mandaba veintiun buques de la marina real y vino á ser el terror del comercio y de las poblaciones en las costas del Atlántico. Tomó á Santo Domingo y Cartagena, y con 500 hombres puso sitio á la Habana, que se salvó de aquel peligro, merced al patriotismo de sus habitantes y á la bravura del Gobernador español, Don Gabriel de Luxan. En seguida volvió á fijar sus ávidas miradas en el mar Pacífico, y haciendo de nuevo rumbo hacia el estrecho, recorrió por segunda vez las costas de la América del Sur, hasta nuestro puerto de Acajutla.

El Presidente y Capitan general de Guatemala, Garcia de Valverde, hizo en aquella ocasion esfuerzos no menos extraordinarios que los que hubo de emplear para la defensa del Reino en la anterior expedicion de Drake. Seiscientos españoles y mas de ochocientos entre indios y mulatos marcharon bajo las órdenes del Capitan y Maese de campo general de la ciudad de Guatemala y su distrito, Don Francisco de Santiago, y fueron á situarse á Sonsonate, pues desde Acajutla se habian avistado varias veces las embarcaciones de los piratas. Como soldado de una compañia de mulatos de Guatemala, iba un jóven de veintidos años, llamado Andres Molinos, herrero de profesion, que casado recientemente, tuvo que dejar á su muger, sin mas recursos que los que su trabajo personal pudiese proporcionarle y contando con los auxilios que le facilitaria el convento de los padres de la Merced, en el que habia entrado como lego un hermano del herrero, llamado Pablo. El tercer hermano, Basilio, habia adoptado el oficio de barbero; pero apenas empezaba á acreditarse; y asi, poco podia esperar de él su cuñada. Los tres hermanos contaban, es verdad, con un poderoso

protector, el R. P. Fr. Bonifacio de los Angeles, religioso de campanillas en el convento de la Merced; y aunque todavia jóven, llamado, segun decian sus amigos, á ocupar puestos muy elevados. Fr. Bonifacio aprobó la santa y patriótica resolucion del herrero, de ir á pelear en defensa de Dios y del Rey contra los excomulgados que amenazaban por la banda del Sur, y le dió su bendicion, muchos escapularios, medallas y reliquias, y algunos buenos consejos, mitad en latin y mitad en castellano. Recomendole sobre todo no tomar jamas lo ageno contra la voluntad de su dueño, advirtiendole que aquella prohibicion no se referia á los bienes de los hereges, que debian considerarse como *res nullius*. El herrero, que sentia en su interior esa cosquilla que se llama ambicion y deseo de mejorar de fortuna, se propuso seguir las prevenciones del bueno del religioso, dando la mayor elasticidad posible á la excepcion; á cuyo efecto se reservó el derecho de declarar hereges á todos aquellos á quienes le conviniera aplicar aquel dictado. Con tan caritativas disposiciones, hecho un hatillo de su *chamarra* y con el mosquete al hombro, el novel recluta partió alegre á la guerra, y al despedirse de su muger, la consoló diciendole que no llorara, pues le daba en el corazon que habia de volver, no como salia, con solo el alma en el cuerpo.

La *faccion* del Rei, como se decia entonces, recorrió las costas en un largo espacio, y jamas llegó la ocasion de que ejercitase sus brios, midiendose con las fuerzas del Contra-Almirante. Hablábase de pequeñas embarcaciones misteriosas que solian aparecer en ciertos puntos y de desembarcos furtivos de gentes sospechosas, que despues de haber penetrado un poco en el interior, volvian á reembarcarse. Acudian partidas de tropas del gobierno, registraban las rancherias y las haciendas, y no encontraban á nadie que tuviera trazas de ingles ni de pirata. Se buscaba con especial empeño á cierta viuda española, propietaria de una hacienda situada á dos ó tres

leguas del mar, y que, segun el rumor público, recibia las visitas nocturnas del gefe de los enemigos. Hacia aquel punto se habia visto dirigirse á los que desembarcaban en algunas noches obscuras y tempestuosas. Sabiendo la activa persecucion de que era objeto, la viuda abandonó la hacienda y fué á ocultarse en los montes, temiendo caer en manos de las tropas del Rey.

Un dia el General tuvo denuncia de que la fugitiva estaba refugiada en una choza de pescadores, y envió á un alferez con diez hombres para que la capturasen. El soldado Andres Molinos acertó á ser uno de los de la partida. Salieron del real á la madrugada y anduvieron todo el dia buscando la choza, sin dar con ella. Se habia puesto el sol, y el alferez, viendo la inutilidad de la pesquisa, dispuso regresar al campo. La noche estaba obscurisima, perdieron el camino y se extraviaron en una montaña. Rendidos de fatiga, determinaron aguardar á que amaneciese y colocando un centinela con órden de dar la voz de alarma al primer ruido que oyera, oficial y soldados se acostaron á dormir tranquilamente. Habria pasado una hora, cuando el vigilante creyó oir pasos de caballos que iban acercándose; dió el *quien vive*, y no habiendosele contestado, disparó su mosquete hacia el punto donde se oia el rumor. Los de la partida despertaron sobresaltados, y oyendo al soldado que exclamaba ¡el enemigo!, sin aguardar otra razon, dieron á huir, como gente bisoña y asustadiza que era toda ella. Oficial y soldados se echaron por los montes, dejando aquel abandonado su caballo. Mas previsor y algo menos cobarde que los otros, el herrero Molinos tuvo bastante sangre fria para apoderarse de la cabalgadura de su gefe, y montando con presteza, se internó en la montaña, sin direccion determinada, dejando á sus compañeros que fuesen por donde Dios les diese á entender. Caminó Andres á la ventura por espacio de dos horas, sin encontrar amigo ni enemigo, y cansado de apuella caminata sin objeto, comenzaba á resol-

verse á no dar un paso mas y aguardar á que amaneciese, cuando oyó á lo lejos el ladrido de un perro. Dedujo que habia de encontrarse próximo á alguna rancheria, y fué caminando poco á poco, guiandose por la voz del animal. Pronto divisó una debil luz, lo cual lo confirmó en la idea de que habia por ahi alguna casa, y siguiendo la direccion de la claridad y del ladrido, que se escuchaba ya mucho mas distinto, se encontró al fin delante de una casuca que tenia el aspecto de una pobre choza de labradores. La puerta estaba abierta, entró y ¡cuál seria su sorpresa al encontrarse, tendida en un *tapexco*, á una muger todavia jóven, que luchaba con las ansias de la muerte! Un hermoso niño como de diez años de edad, muy blanco y muy rubio, era el único ser humano que acompañaba á aquella desventurada en trance tan amargo. El pobre niño parecia profundamente afligido, comprendiendo que su madre iba à abandonarlo para siempre. Cuando entró Andres Molinos, la moribunda abrió los ojos y haciendo un esfuerzo extraordinario, con voz débil y balbuciente dijo estas palabras, dirijiendose al que acababa de llegar:

—Por el amor de Dios, hermano, quien quiera que seais, amparad á esa pobre criatura, á quien dejo sola y abandonada en este mundo.... En un cofrecillo que encontrareis bajo el *tapexco*, queda lo suficiente para que ese niño reciba la crianza que corresponde á la calidad de sus padres y para recompensaros á vos el servicio que le prestareis como cristiano.... Favorecedlo, y ocultad siempre el secreto de su origen.... De esto depende la conservacion del tesoro que pongo en vuestras manos, y lo que es mas, la vida misma de mi pobre hijo, que....

La madre no pudo concluir. El esfuerzo que habia hecho para pronunciar aquellas palabras agotó las últimas fuerzas que le quedaban. Hizo seña al niño para que se acercase y estrechandolo entre sus brazos, entró en agonia. Diez minutos despues todo estada concluido y An-

dres Molinos se encontraba entre el cadáver de la madre y el niño que la Providencia confiaba á su cuidado. Reflexionó un momento, y ya sea que Dios hubiese tocado su alma é inspirádole un sentimiento de compasion hácia el huérfano, ya la esperanza de la recompensa que habia indicado la madre, formó la resolucion de amparar á aquel desgraciado.

—¿Como te llamas?, le preguntó el herrero.

—Francisco, respondió el huérfano.

—¿Como es que tu madre, que parecia persona de calidad, se encontraba sola y abandonada en este miserable rancho, perdido entre los montes?

—Hemos salido de la hacienda, contestó el niño, por temor á las gentes del Rey, que nos buscaban para matarnos. Despues de haber andado por los montes varios dias, con un esclavo y una esclava que nos acompañaban, mi madre, que estaba muy enferma, no pudo ya seguir huyendo y dispuso que nos quedáramos en este rancho, donde nos dieron posada, mientras el esclavo iba á la orilla del mar, á ver si podia avisar á las gentes de mi padre, para que viniesen á salvarnos. El negro no volvió, las gentes de la casa tuvieron miedo de que viniese el ingles y se huyeron ayer con la negra, dejándonos solos.

Asombrado quedó el herrero al oir lo que decia el niño. Una idea, que le sugerian los rumores de las relaciones del gefe de los piratas con una viuda española, brotó en su imaginacion; y despues de un momento de silencio, dijo:

—¿Como se llama tu padre?

El niño no respondió una sola palabra. Molinos repitió la pregunta en tono imperioso y el huérfano contestó:

—Mi madre me ha dicho muchas veces que no descubriera á nadie el nombre de mi padre, si queria conservar mi vida.

El herrero estuvo pensativo durante un breve rato. Calculó que era inútil interrogar en aquel momento al ni

ño, y dejó para mas tarde el averiguar el fundamento que pudiera tener la vehementisima sospecha que lo habia asaltado. Levantó la colcha que caia sobre el tapexco en que yacia el cadáver, y vió el cofrecillo que contenia la riqueza de la pobre señora. Tiró con fuerza de una de las asas, y habiendolo sacado, vió que la llave estaba en la cerradura. Tomó una astilla del *ocote* del fogon, y á favor de la luz que despedia, se puso á examinar el contenido del baul. ¡Cual no seria su admiracion y júbilo al encontrarse con una gran cantidad de piedras preciosas y de monedas de oro! El miserable no habia visto jamas tanta riqueza junta.

Era un espectáculo que tenia algo de horroroso y siniestro el de aquel soldado ávido y codicioso que revolvia los diamantes, las perlas y el oro, á la vista de aquel niño que contemplaba, sin derramar una lagrima, pero profundamente afligido, el cadaver de su madre.

—¡Oro! perlas! diamantes! exclamaba el herrero enagenado; ya soy rico; soy poderoso; mi muger se vestirá como la mas pintada; tendré coche, si quiero; y criados y lacayos con librea, y compraré casa; seré un señor como los nobles. ¿Qué dirá Basilio, él, que siempre me decia que no pasaria yo de pobre? Já, já, já; y prorumpió en una carcajada cínica, que hizo estremecer de horror al pobre niño.

—Francisco, dijo el herrero, dirigiendose á éste; de hoy en adelante yo soy tu tata. Me propongo cumplir exactamente la recomendacion de esa muger (y señaló al cadáver) pero bajo la condicion de que has de obedecerme en todo y que continuarás observando fielmente la recomendacion de no pronunciar jamas el nombre de ese que dices es tu verdadero padre.

El niño no respondió una sola palabra. El herrero resolvió dejar para el dia siguiente el dar sepultura al cuerpo inanimado de la desgraciada señora, siendo dificil hacerlo en aquel momento, pues la noche estaba sumamen-

te obscura. Tomada esta determinacion, abrió su mochila y tomó algun bastimento, que quiso partir con el niño; pero este rehusó probar un solo bocado. El herrero cerró el cofrecillo, se guardó la llave y habiendose acomodado lo mejor que pudo en un haz de hojas de maiz, no tardó en dormirse, pudiendo mas la fatiga fisica que la alegria, que en otra circunstancia, no le habria permitido cerrar los ojos. Cuando despertó, la luz de la mañana, que penetraba al traves de las cañas de que estaba formado el rancho, iluminaba con incierta y pálida claridad el triste grupo de la madre muerta y el hijo que velaba junto á ella. Se extinguia en aquel momento la última chispa del fogon, que Francisco habia cuidado de alimentar con las astillas de ocote, pedazos de madera y hojas secas que pudo encontrar á la mano. El herrero se admiró al notar la perfecta regularidad de las facciones de la madre, que aun no habia alterado la muerte, y la belleza del niño, cuya fisonomia revelaba mas energia y resolucion de las que debieran esperarse de su edad.

—¿No has dormido? le preguntó el soldado.

—No señor, contestó el niño; no queria dejar sola á mi madre.

—Tampoco has comido nada, observó Molinos, advirtiendo que aun permanecian los restos de su cena en el mismo sitio en que él los habia dejado.

—No he tenido hambre, dijo Francisco.

—Pues en un muchacho de tu edad, es raro, replicó Molinos. Hijo mio, el que no come se muere y yo no quiero que tú te mueras. Asi, vamos cuanto antes á dar modo de enterrar á la difunta y luego comerás, pues como dice el dicho, el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Diciendo esto, el soldado comenzó á buscar por los rincones del rancho algun objeto con qué poder cavar la sepultura. No tardó en encontrar los instrumentos de labranza que los propietarios de la casa habian dejado abandonados, y sirviendose de ellos, abrió, al pié de uno

de los árboles gigantescos de la costa, la cavidad que iba á guardar los restos de la madre de aquel niño. Este ayudaba á la operacion, sacando en el sombrero de su padre adoptivo la tierra que se extraia de la sepultura.

—Vamos á salir de esto, dijo el herrero luego que hubo concluido, pues debemos marcharnos de aqui lo mas pronto posible.

Ayudándolo Francisco, puso el cadaver en la cavidad y comenzó á cubrirlo con la tierra que habia extraido. El huérfano se arrodilló y permaneció en aquella actitud, hasta que hubo quedado enteramente cubierta la sepultura.

—¡Por vida de mi padre! exclamó el soldado; ¿sábes que eres un muchacho muy guapo? Come alguna cosa y vámonos antes de que vengan los herejes y nos lleven el cofrecillo.

El huérfano comió unas tortillas frias y un pedazo de cecina, restos de la cena del soldado, y luego que hubo concluido, dijo:

—Estoy pronto á seguiros.

Molinos volvió á visitar su tesoro, pues por suyo lo consideraba ya, y removiendo el oro y la pedreria que encerraba el cofrecillo, advirtió que estaban ahi unos papeles en los cuales no se habia fijado la noche anterior. Habia aprendido á leer en la celda de Fr. Bonifacio, y creyó que aquellos papeles le revelarian el secreto del nacimiento del niño; trató de leerlos; pero no pudo comprender una sola palabra, pues estaban escritos en un idioma enteramente desconocido. Lo único que entendió fué el nombre y apellido Francis Drake, repetido muchas veces en aquellos escritos.

—No hay duda, pensó el soldado al leer aquellas dos palabras; mis sospechas son ciertas, y lo que se ha dicho respecto á las relaciones de la viuda española con los ingleses, es la purísima verdad. Este niño es hijo del pirata. ¡Que pecado tan abominable el tener esa clase de

trato con un hereje! Me alegro, agregaba para sí Molinos; me alegro de poder poseer estos bienes sin escrúpulo, pues siendo de enemigos de Dios y del Rey, puedo, como me dijo el padre, hacer de caso que no son de nadie; y lo que se ha de comer el moro, que se lo coma el cristiano. Si los señores oficiales reales llegasen á saber á quien pertenecia este tesoro, es seguro que al instante lo reclamarian. Es necesario, pues, irse con tiento, no sea que se nos vaya el gozo al pozo. ¡Prudencia, Andres, prudencia!

Durante este monólogo mental, el herrero envolvia cuidadosamente el cofrecillo en su chamarra y lo ataba con un lazo que encontró en el rancho. Concluida la operacion, dijo al niño:

—Ea, Francisco; vámonos; si la memoria no me engaña, debe haber por aqui cerca un pueblecillo. Tenemos un caballo, ahi alquilaremos otro y una mula para la carga. Camina.

El niño dirijió la última mirada al sitio donde quedaban los restos de su pobre madre, y sin decir una palabra, echó á andar, siguiendo á su padre adoptivo, que habia acomodado el cofrecillo en el caballo. Molinos no se habia engañado. Despues de haber caminado tres ó cuatro leguas, dieron con una pequeña aldea, donde el herrero preguntó si no habian llegado algunos de los soldados. Nadie habia aparecido. Los dispersos tomaron otras direcciones y hasta despues de algunos dias fueron reuniendose en la capital. El herrero pudo hacerse de un caballo enjaezado y de una mula, que compró á precio muy cómodo, diciendo que los ahorros de sus sueldos, que era lo único que poseia, no le permitian pagar mas. Acopió el bastimento que calculó podia necesitar, y saliendo por la noche del pueblo, se dirijió á Guatemala por caminos excusados, evitando tocar en las poblaciones del tránsito. Al fin se encontró en su casa sano y salvo, volviendo rico y con un hijo adoptivo, el que habia salido dejando á su

muger en la soledad y en la miseria. Pocos dias despues llegó el pequeño ejército expedicionario sin haber encontrado á los piratas.

Andres Molinos compuso una historia mas ó menos verosimil respecto á la procedencia de aquel niño blanco y rúbio. Los vecinos charlaron durante algunos dias y al fin se acostumbraron á ver á Francisco, como si realmente fuese hijo del herrero. La fortuna de este comenzó á crecer de una manera extraordinaria, lo cual ocupaba mas al vecindario que la aparicion del niño. Cada cual buscó alguna explicacion á aquel fenómeno y durante algun tiempo corrieron por la ciudad los cuentos mas extravagantes respecto á las riquezas del maestro Andres. Los menos maliciosos decian que se habia encontrado muchas botijas de dinero enterradas; pero la generalidad atribuyó el bienestar de aquella familia de artesanos á la proteccion de cierta casa poderosa con quien la ligaban relaciones que explicaremos mas adelante. El verdadero origen de aquella riqueza era un misterio para todos en la época en que pasaron los acontecimientos que vamos refiriendo.

Dedicado al oficio de herrero, el huérfano adoptado por el maestro Andres, fué primero un habil y laborioso aprendiz y llegó al fin á ser un buen cerragero. Sea por amor á su arte, sea por que no le convenia abandonar el oficio, Molinos continuó con la herreria, aunque ya poco ó nada trabajaba personalmente, estando la fragua á cargo de Francisco, que era el verdadero maestro. El hijo de la viuda fué desarrollando con el tiempo las cualidades de que daba indicios desde niño. A una energia de voluntad incontrastable, á una fuerza física verdaderamente extraordinaria, unia una delicadeza de sentimientos de que no lo creian capaz los que lo juzgaban únicamente por su exterior, un poco áspero y frio. Acostumbrado desde la edad de diez años á ver al herrero y á su muger como sus verdaderos padres, habia llegado á amar-

los, venciendo el afecto cierta repugnancia instintiva que á una persona de la condicion de Francisco debian inspirar la vulgaridad y el egoismo del herrero. Siendo todavía muy jóven el hijo adoptivo del maestro Andres, se dijo que la esposa de este se hallaba en cinta y á los pocos meses pareció haber dado á luz una hermosa niña, que recibió el nombre de Genoveva. Francisco amó á aquella criatura con el afecto tierno y delicado de un hermano, y aquel cariño fué creciendo con el tiempo. En la época en que principia esta narracion, Francisco tenia ya cuarenta y tres años, y hacia lo menos cinco ó seis que sus padres adoptivos y su hermana habian advertido que su caracter se hacia cada vez mas retraido y sombrio. El herrero no encontraba á que atribuir el abatimiento del huérfano. Creia que Francisco habia olvidado completamente á su madre y que no conservaba la menor idea de la muerte de esta y circunstancias que la acompañaron, pues jamas volvió á pronunciar una sola palabra sobre el particular. Andres estaba completamente tranquilo respecto á aquel punto y cuidaba siempre de evitar todo lo que pudiese traer á la memoria de Francisco la historia de su adopcion y el recuerdo del cofrecillo que contenia la riqueza de su madre.

Solo Genoveva, con ese instinto delicado que tienen las mugeres para sondear las mas ocultas heridas de los corazones de las personas á quienes aman, habia llegado á descubrir el doloroso secreto de su hermano. Francisco amaba, y amaba con toda la vehemencia de que era capaz su naturaleza vigorosa y apasionada. No debemos anticipar la narracion de los acontecimientos, por lo que reservamos para mas adelante el dar á conocer la persona que habia inspirado al hijo del pirata Drake aquel amor, tanto mas profundo, cuanto mas reservado. Nos ha sido necesario entrar en estos pormenores, á fin de que el lector esté convenientemente preparado para la narracion de los sucesos que hemos de referir.

CAPITULO II.

Donde el lector conocerá á Fr. Pablo y á Fr. Bonifacio, y verá que el uno era sonámbulo y el otro dormia con un ojo abierto.

EL dia 7 de diciembre del año 1621, como á las seis de la tarde, llegaba á la porteria del Convento de la Real y Militar Orden de Ntra. Señora de la Merced, en la ciudad de Guatemala, un viagero montado en una mula que parecia en extremo fatigada. Apeose muy despacio y echando descuidadamente la brida sobre la silla, dejó en plena libertad á la cabalgadura, como quien sabia que la pobre bestia no habia de moverse de aquel sitio, tal iba de cansada. No debia de estarlo menos el ginete, pues luego que entró á la porteria, se sentó, ó por mejor decir, se dejó caer en el poyo, sofá nada mullido de los pordioseros, que iban casi todos los dias á recibir las sobras del refectorio de la comunidad. Acababa de sentarse el viagero cuando se entreabrió la ventanilla del porton que daba entrada al claustro procesional, y asomó la cabeza tonsurada y redonda del lego que desempeñaba el importante cargo de portero, que dirijió á nuestro hombre una mirada asaz curiosa y escudriñadora. El resultado del exámen fué sin duda la

idea de que el recien llegado era un mendigo; aunque á decir verdad, su aspecto y trage estaban muy distantes de autorizar aquella suposicion. Era de una estatura un poco mas que mediana; delgado y lento en sus movimientos; su fisonomia revelaba un hábito profundo de reflexion y de cálculo, aplicado á las acciones mas insignificantes, como á las mas trascendentales de la vida. Pálido, enjuto, de ojos negros y con una mirada que tenia algo de soñolienta. La frente espaciosa, la nariz perfectamente delineada y la boca, en la cual era fácil advertir cierta expresion un tanto desdeñosa, estaba sombreada por un bigote bien poblado, en el que apuntaba ya una ú otra cana. Las manos eran finas y denotaban no haberse empleado jamas en oficios viles. Vestia calzon, jubon y capa corta, de perpetuan negro, y estaba cubierto de polvo, consecuencia del largo camino que parecia acababa de hacer aquel individuo, cuyo porte y trage eran los de una persona que bien pudiera no ser un caballero, pero que de seguro no pertenecia tampoco á la clase ínfima de la sociedad.

—Perdone por el amor de Dios, hermano; dijo el lego, con ese tono bondadoso que dulcifica la negativa de la limosna; y despues de aquella fórmula, cambiando de estilo, añadió en tono regañon:

—¿Por qué vienen tan tarde? ¿No saben las horas del convento? Andan todo el dia azotando calles y quieren hallar el bocado listo á la hora que les da su regalada gana. Vayan enhoramala!

Luego que hubo echado aquella andanada, se disponia á cerrar la ventanilla; pero el viagero, que habia escuchado el regaño con la mayor impasibilidad, dijo sin moverse de su asiento:

—¿Está en casa el Provincial?

Como suele la nubecilla que aparece en el horizonte cambiarse repentinamente en un espeso y negro nubarron que despide el rayo, asi el mal humor del bue-

no del portero subió de punto instantaneamente é hizo explosion, al escuchar la pregunta de aquel á quien consideraba, cuando menos, un mendigo vergonzante.

—Hablara yo con mas respeto, dijo; y quitando precipitadamente la llave, abrió el porton y se plantó en el umbral, con el aire altivo de un castellano que defendiese la entrada de un torreon en los tiempos del feudalismo.

—¿Quien es él, añadió con desden, para hablar asi de nuestro Reverendisimo Padre Fr. Bonifacio de los Angeles, Doctor en Sagrada Teologia y Maestro en Artes por el Colegio de Sto. Tomas, Lector jubilado y Provincial de la Real y Militar Orden de Ntra. Señora de la Merced, redencion de cautivos, en la provincia de la Presentacion de Guatemala?

El recien llegado pudo entonces examinar á su irritable interlocutor. Era un hombrecillo como de cincuenta años, de cinco pies de alto, un poco jorobado, ojos pardos y vivos, y cuya fisonomia toda revelaba esa enerjia de caracter que degenera en terquedad cuando no la acompaña una inteligencia clara y cultivada. Abrir y cerrar la puerta y defender como un energúmeno los fueros y preeminencias de su órden, era toda la ciencia de Fr. Pablo, á quien como acabamos de verlo, habia sacado de su juicio la idea de que *un cualquiera* hablase con poco respeto del P.° Provincial, que, despues del romano Pontífice, era para él lo mas grande y digno de veneracion sobre la tierra.

El desconocido caminante, que á la cuenta tendria sus razones para contemporizar por el momento con el portero, dominó un impulso de impaciencia que como un relámpago en la noche obscura se reflejó en sus ojos negros, que sombreaban largas pestañas.

—No ha sido mi intencion, hermano, dijo en tono comedido y levantandose muy despacio, faltar al respeto al Reverendisimo Padre Fr. Bonifacio de los Angeles. Pidoos mil perdones y os suplico me indiqueis la celda de

su paternidad, pues tengo que entregarle en mano propia y cuanto antes sea posible una carta del Padre Comendador de México.

Dicho esto, sacó muy despacio del bolsillo del jubon una cartera grande de cordoban, adornada con sobrepuestos de plata y un escudo de armas grabado en una planchuela del mismo metal. La abrió y tomó una carta sellada que mostró al portero. Fr. Pablo inclinó la cabeza apenas divisó en el sello las aspas de la cruz y las barras perpendiculares del escudo de la órden de la Merced, y comenzó á formar mejor concepto del sugeto que era portador de aquel pliego.

—Esa ya es otra cosa, dijo el portero; vereis á nuestro Padre; pero no tan luego como quisierais, porque actualmente está con una visita.... que.... no sé si os lo diga.... pero.... creo que aun cuando fuera para presentarle una carta del Rey, no lo interrumpiria yo.

El tono misterioso y las reticencias del lego picaron sin duda la curiosidad del viagero, pues dirigiendo á Fr. Pablo una mirada profundamente investigadora, dijo:

—Muy alta y muy importante debe ser en tal caso la persona con quien está el Padre Provincial.

—Ya lo creo, replicó el lego, con énfasis; como que es nada menos que el Sr. Conde.

—¿Quien es el Sr. Conde? preguntó el desconocido con indiferencia, y sin dar importancia alguna al título.

—¿Quien es el Sr. Conde, decis? ¿No lo sabeis? Pues atrasado estais de noticias. Ya se vé, segun voy viendo, acabais de llegar de México y acaso no habeis estado antes de ahora en estas provincias. El Sr. D. Antonio Peraza, Castilla, Ayala y Rojas, Conde de la Gomera, Presidente de esta Real Audiencia y Capital general del Reino, es el caballero con quien está encerrado hace lo menos hora y media el Padre Provincial.

—¡Ah! el Presidente, dijo el desconocido, con una ligera sonrisa; pues, en efecto, no seria prudente que yo me

presentase ahora; pero no corre tanta prisa, y asi podré aguardar á que su paternidad concluya con el Sr. Conde.

—Poco puede tardar, replicó Fr. Pablo, pues la conferencia ha sido larga, como que no ha dado lugar á que nuestro Padre presida los maitines de la Purisima, que han comenzado ya.

Era asi efectivamente. Desde la porteria se oian los cantos de los religiosos, que al compas de los graves acentos del órgano, entonaban los himnos sagrados de los maitines de la Concepcion inmaculada. El locuaz portero se disponia á continuar sus comentarios sobre la visita del Presidente al Provincial, lo que parecia oir el desconocido con el mas vivo interes; pero tuvo que suspender la conversacion, habiendo escuchado los pasos bien conocidos de Fr. Bonifacio, que se acercaba á la porteria.

—El Sr. Presidente se retira, dijo Fr. Pablo, y nuestro Padre viene á despedirlo.

Abrió el porton de par en par, calose la capilla, cruzó los brazos delante del pecho, sepultando las manos en las anchas mangas del hábito, y en aquella actitud humilde y respetuosa, aguardó á que llegasen los dos grandes personages. El desconocido, luego que oyó que se acercaba el Presidente, se embozó en su capa, bajó el ala de su sombrero sobre los ojos y se colocó en un rincon de la porteria, desde donde podia ver y no ser visto.

El Conde de Gomera era un caballero de sesenta años; pero que representaba ocho ó diez mas, pues las graves perturbaciones que traian revuelto el Reino desde 1614, le habian causado sérias desazones que alteraron su salud. Su frente noble y espaciosa, surcada por hondas arrugas, dejaba adivinar al menos perspicaz la agitacion del alma; y su paso lento y vacilante mostraba ese cansancio y desaliento que suelen ser el resultado inmediato de los sufrimientos morales. El aire sombrio del Conde contrastaba con la animacion y apariencia de bienestar del Provincial de la Merced, que contando ya mas

de sesenta años, apenas parecia tener cincuenta; tan diferente cosa es estar al frente de una pequeña comunidad pacífica y sumisa, de gobernar un Reino revuelto por aspirantes y ambiciosos.

Fr. Bonifacio salió hasta la puerta que daba á la calle, acompañando al Presidente. Harto ocupados, sin duda, en los graves asuntos que habian servido de tema á su larga conferencia, no advirtieron la presencia del desconocido. El Conde de la Gomera dijo al Provincial, como quien toma repentinamente una resolucion desesperada:

—Suceda lo que quiera, Padre, estoy resuelto á hacer respetar mi autoridad.

—Teneis razon, señor, contestó Fr. Bonifacio con estilo sentencioso; la autoridad debe ser acatada, porque viene de lo alto. *Non est potestas nisi á Deo,* dice San Pablo. Pero dejadlo en manos de Dios. No se mueve la hoja del árbol sin su voluntad, y en vano os afanareis por las cosas del gobierno, si no seguis fielmente las inspiraciones del cielo. *Nisi Dominus custodierit civitatem....*

—Lo sé, Padre, interrumpió el Presidente, y por eso he venido á oir los consejos de vuestra sabiduria y experiencia. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Conde, contestó el Provincial; y luego que el Presidente hubo subido al coche, que lo aguardaba junto al atrio, el Prelado se dirijió á la puerta, donde permanecia Fr. Pablo como una estatua. Fr. Bonifacio volvia á su celda paso á paso y profundamente pensativo. Escapábansele algunas frases sueltas que escuchaba con la mayor atencion el desconocido, que acompañado del lego, seguia á una respetuosa distancia al superior.

—Tiene razon, decia, mucha razon; todo lo han trastornado.... Esos oidores.... esos oidores.... ¡Si yo pudiera componer las cosas!.... ¡Que gloria para la órden! Y luego el Rey lo sabria, y.... Ah!

Al hacer aquella exclamacion, Fr. Bonifacio exhaló

un hondo suspiro y pasó la mano derecha por su frente de abajo arriba, levantando su fino y tonsurado cabello, movimiento que ejecutaba maquinalmente en las circunstancias graves. El desconocido, á quien no se escapó una sola palabra del monólogo del Provincial, y que vió ademas perfectamente el movimiento de la mano, se sonrió de una manera casi imperceptible. Fr. Bonifacio entró en su celda y tras él el portero, haciendo seña al desconocido para que aguardase. El superior de los mercedarios se dejó caer en una ancha y cómoda butaca forrada de baqueta negra, que estaba junto á una mesa baja de nogal cubierta de in-folios en latin y griego. Haciendo descansar los codos en los brazos de la silla, el grave religioso apoyó la cabeza sobre sus dos manos, absorto en sus meditaciones.

—Reverendisimo Padre, dijo en tono humilde y respetuoso el lego, un hombre desea hablar á Vuesa Paternidad.

Fr. Bonifacio no dió muestra de haber escuchado aquellas palabras. Repitiolas el portero en voz algo mas alta, y entonces el Provincial, levantando la cabeza, dijo:

—¿Qué me quieres, Pablo?

—Un desconocido insta por tener el honor de ver á Vuesa Paternidad.

—No es ocasion, contestó Fr. Bonifacio, estoy lleno de ocupaciones, Pablo, y.... *majora premunt.*

No entendió el lego las dos palabras latinas, y por lo mismo supuso que debian ser la prueba mas concluyente de la imposibilidad en que se veia el superior de recibir por el momento. Hizo, pues, una profunda reverencia, é iba á retirarse, diciendo como para si:

—Bien dicho, su paternidad tiene razon; otro dia verá ese despacho del Comendador de México; á bien que no ha de ser cosa urgente.

—¿Como? dijo Fr. Bonifacio medio levantandose de la butaca: ¿que dices de despacho de México?

Detúvose el portero y contestó:

—Reverendisimo Padre, el sugeto que está ahi trae una carta sellada con el escudo de la Orden, que sacó de una cartera de cordoban con sobrepuestos de plata y....

—Pero, ¿de quién es la carta, Pablo? ¡voto á sanes! interrumpió el Provincial; *stulta loqueris.*

—Del Padre Comendador de México, contestó el lego, y parece que es importante, porque....

—Haz entrar á ese hombre, dijo Fr. Bonifacio, y despaviló dos velas de sebo colocadas en candeleros de plata, que habian salido á lucir con motivo de la visita del Presidente.

El desconocido se detuvo en el umbral de la puerta de la celda y dijo en voz grave:

—*Pax huic domu.*

—*Et omnibus habitantibus in ea.* Adelante; contestó el Provincial, y colocó su mano izquierda sobre los ojos, como para hacer sombra y examinar al que entraba.

—Es al Muy Reverendo Padre Fr. Bonifacio de los Angeles, Doctor en Sagrada Teologia, Maestro en Artes, Lector jubilado y Provincial de la Real y Militar Orden de la Merced en la Provincia de la Presentacion de Guatemala, á quien tengo el honor de hablar?, dijo el viagero.

—El mismo, para servir á Dios y á Vuesa Merced, contestó con cortesia Fr. Bonifacio, á quien habia halagado la idea de que un desconocido, que acababa de llegar á la ciudad, supiese todos sus títulos y grados. Conservando, sin embargo, la distancia que debia haber entre un Provincial y un particular, que no tenia trazas de ser gran cosa, no se movió de su butaca, ni ofreció asiento al desconocido, que permanecia en pié delante del religioso.

—El R. P. Comendador de México, dijo aquel, me ha encargado ponga esta carta en manos de Vuesa Paternidad; y avanzando dos pasos, pues Fr. Bonifacio continuaba en su asiento, presentó la carta al religioso.

—Tomó este sus anteojos y se puso á limpiarlos muy despacio.

—¿Cuando salió de México?, pregunto al viagero con indiferencia.

—Hace hoy treinta y seis dias.

—Pues ha andado bien.

Abierto el pliego, el Provincial comenzó á leerlo muy despacio, colocando el papel á media vara de distancia de los ojos, porque el estudio le habia disminuido la vista. La carta no era larga, pues apenas ocupaba lo escrito la primera cara del pliego. Luego que Fr. Bonifacio hubo leido las primeras cuatro lineas, la admiracion se pintó en su semblante; continuó la lectura y parecia mas y mas asombrado y corrido. Una sonrisa casi imperceptible y desdeñosa levantaba el negro y lustroso mostacho del desconocido. El Provincial echó rápidamente una ojeada à la firma de aquella carta, que tan profunda impresion le habia causado, y levantándose de su butaca con toda la ligereza compatible con su obesidad, inclinó la cabeza y dijo con el tono mas respetuoso y melífluo:

—Señor, *parce precor;* ¿por qué no me habeis dicho desde luego á quien tenia yo el honor de hablar? Mi humilde persona, mi pobre celda, el convento todo estan á la disposicion de Vuestra Se.....

El desconocido puso el dedo índice de su mano izquierda sobre sus labios con ademan imperioso, é interrumpiendo á Fr. Bonifacio, dijo:

—Silencio, Padre; no olvideis la recomendacion de la carta. Este secreto debe quedar entre vos y yo, hasta el momento en que al servicio del Rey convenga abandonar todo misterio. Entre tanto, para vos, como para todos, yo no soy aqui mas que *Don Juan*, y mi permanencia en el convento no tiene otro objeto que hacerme conocer y ameritarme para tomar el hábito de la órden. ¿Lo entendeis? Cuidado; pues la menor indiscrecion puede séros funesta. Haced, os lo suplico, añadió Don Juan

dulcificando el tono de la voz y la terrible expresion de su semblante; haced que me preparen una celda pequeña y retirada, pero que tenga facil comunicacion con la calle, sin necesidad de pasar por la porteria.

El Provincial reflexionó un momento, y dijo:

—Tengo precisamente lo que deseais. Hace ocho dias murió un religioso, que habia perdido el juicio y para quien fué preciso construir una habitacion apartada de las de los demas padres. Consta de tres piecesitas y un jardin pequeño, que comunica con la huerta, á donde se llevaba à pasear al loco. La huerta tiene puerta que da á la calle excusada y solitaria de Santa Teresa. Os daré la llave y podreis entrar y salir cuando gusteis, cuidando de hacerlo con precaucion, no se crea que es alguno de los religiosos el que entra ó sale.

—Perfectamente, contestó Don Juan. Tened la bondad de ver si han llegado á la porteria mis criados con el equipaje, y que lo coloquen todo en la habitacion que me destinais.

Cuando el viajero pronunció aquellas palabras, se oyó un ruido muy lijero en la puerta de la celda, que Fr. Pablo habia dejado entreabierta. No hizo alto el Provincial en aquel incidente; pero no se escapó á la perspicacia de Don Juan, que dirigiendo hacia la puerta una mirada investigadora, vió dibujarse en el rayo de luz que salia de la celda la cabeza del portero.

El Provincial salió al claustro, pasandose la mano por la frente y levantandose el cabello, y Don Juan se puso á examinar cuidadosamente la habitacion del religioso. Ademas de la mesa de nogal cargada de libros y de la butaca forrada de baqueta, de que ya hemos hablado, habia una biblioteca, que constaria como de tres ó cuatrocientos volúmenes, casi todos en latin y griego, y la mayor parte de ellos tratados teológicos, ó de Filosofia aristotélica. Una silla algo mas pequeña que la butaca, estaba junto á la mesa y servia para que se sen-

taran las personas á quienes se dignaba recibir el Provincial, cuando eran prelados de otras comunidades, canónigos ó seglares de categoria; pues si eran religiosos de la órden, permanecian en pié, por respeto al superior. Cuando el que visitaba era, como acababa de suceder, el Presidente y Capitan general del reino, el Provincial le cedia su asiento y ocupaba la otra silla. La cama y los demas muebles correspondían por su modestia y sencillez al estado del dueño; pues debemos decir, en honor de la verdad, que era observante rígido de las reglas de la vida monástica. Fr. Bonifacio amaba su órden con un entusiasmo que rayaba en fanatismo, y aun se le acusaba de abrigar cierta ojeriza secreta contra los otros institutos religiosos. Los malévolos y envidiosos decian que habia, sin embargo, un cuerpo que el Provincial respetaba mas que á la órden de la Merced, y era la Cámara que consultaba al Rey para la provision de los Obispados de América. Fuera de aquel punto, la malignidad no habia encontrado ningun lado flaco donde hincar el diente al religioso, cuya virtud y ciencia eran proverbiales en todo el reino.

Volvió á entrar en la celda, despues de haber dado sus órdenes para que colocasen el equipage en la habitacion que iba á ocupar el huesped, á quien indicó Fr. Bonifacio á algunos de los padres graves con quienes habló, como un sugeto de categoria que venia de México, y desengañado del mundo, aspiraba á abrazar la vida religiosa. Tan natural pareció el hecho, que nadie lo puso en duda en el convento, si se exceptúa al lego portero, que movió la cabeza con cierto misterio cuando oyó contar la historia del recien llegado. Es el caso que Fr. Pablo, en medio de ser lo que se llama un bendito, era ademas un grandisimo curioso, defecto que ya le habia notado el Provincial y reprendídoselo, aunque sin fruto. Cuando vió que el sugeto á quien tomara al principio por un pordiosero, era conductor de un pliego cerrado de

México, y cuando oyó que saludaba en latin, se apoderó de él tal deseo de saber lo que decia aquella carta y de averiguar quien era el que la llevaba, que por satisfacer la curiosidad, habria subido á la punta del volcan de agua, empresa que en aquella época se consideraba poco menos que impracticable. Como un general que dispone una batalla, trazó su plan Fr. Pablo, desde el momento en que introdujo al desconocido en la celda del Provincial. Dejó entreabierta la puerta y permaneció tan cerca como le fué posible para escuchar la conversacion. Pero esto no fué suficiente á satisfacer la curiosidad del lego; pues lo único que sacó en limpio fué que el desconocido queria llamarse Don Juan y que era un sugeto de grande importancia. Lo esencial era, pues, ver la carta, y al efecto hubo de tomar Fr. Pablo sus medidas.

Habia una circunstancia que facilitaba la ejecucion de aquel deseo, y era que el lego dormia en una celda comunicada por un corredorcito con la del Provincial. Fr. Pablo, huérfano desde muy niño, estaba en el convento hacia muchos años. Fr. Bonifacio lo tomó bajo su proteccion, lo mismo que á sus dos hermanos, el barbero y el cerrajero, y si bien no logró hacer de él un sabio, para lo cual no habia tela, acertó á formar un buen lego, sumiso, observante de la regla y tan entusiasta por su órden, como su maestro, ó algo mas. Estas prendas hacian que el prelado conservase afecto à Fr. Pablo; quien, ademas de su oficio en la porteria, servia á la mano al Provincial en cuanto necesitaba, supliendo el celo lo que faltaba à la inteligencia.

Apenas hubo salido Fr. Bonifacio á ver que colocasen el equipage del huesped en la habitacion que le estaba destinada, Fr. Pablo, que se habia alejado un poco, volviò á su puesto y advirtió que la carta permanecia sobre la mesa pequeña que estaba junto á la butaca. Volvió á retirarse, á fin de no ser sorprendido por el superior, que necesariamente regresaria pronto.

El Provincial, luego que hubo dado sus disposiciones para que aderezasen la vivienda que iba á ocupar el misterioso Don Juan, volvió á la celda, para conducirlo á su habitacion. Antes de salir, abrió una alacena donde guardaba los papeles interesantes y puso ahi la carta, objeto de la ávida curiosidad del lego. Observó este la operacion por la puerta entreabierta desde donde continuaba espiando los movimientos de Fr. Bonifacio y vió que el padre se guardó la llave en el bolsillo del hábito.

El recien venido necesitaba algun descanso, despues de su larga y penosa caminata, por lo que el Provincial, luego que lo instaló en la celda que habia ocupado el loco, se despidió y lo dejó solo.

Dos horas despues, habiendo dado la campana el toque de silencio, estaba recogida la comunidad. Fr. Pablo soñaba que leia una carta y Fr. Bonifacio que bajaba del cielo una mitra, resplandeciente de oro y pedreria, que por sí sola se acomodaba en sus sienes. El lego se incorporó, y bajando poco á poco de la cama, se puso la túnica y con paso lento pero seguro, se dirijió á la puerta; abrió, atravesó el corredor, empujó suavemente la de la celda del Provincial, que iluminaba debilmente la luz de un candil, colocado en un nicho abierto en la pared. El lego, á la cuenta, era sonámbulo; circunstancia que debe disculpar su accion á los ojos de nuestros lectores. Pero, si Fr. Pablo tenia aquel defecto, Fr. Bonifacio adolecia de otro no menos extraño y grave; y era que cuando se necesitaba, dormia con un ojo cerrado y otro abierto, con lo que vió perfectamente la entrada de aquella fantasma y aguardó á ver lo que hacia para aplicarle el conjuro. El bueno del lego, siempre soñando, se acercó á un taburete donde estaban los hábitos del superior y buscó la llavecita de la alacena que encerraba los papeles. Pronto dió con ella, y sin hacer el mas lijero ruido, la aplicó á la cerradura, abrió, tomó la carta con alegria y se

dirijió hacia el nicho donde ardia el candil. Entre tanto el Provincial, que seguia con el ojo que conservaba abierto las operaciones del sonámbulo, se levantó muy despacio, se puso el hábito y en el mayor silencio, fué caminando hacia donde estaba el lego, que no podia verlo, por estar vuelto de espaldas. Fr. Pablo se hallaba entre tanto en un grandisimo conflicto. Tenia la deseada carta delante de los ojos, la devoraba con la mirada y no acertaba á comprender una sola palabra de toda ella. La volvia de arriba abajo, la ponia de lado; todo inutilmente, pues no atinaba á descifrar aquellos endiablados garabatos. Ya se ve, no la hubiera entendido, asi hubiese permanecido hasta el dia del juicio queriendo leerla, pues estaba escrita en griego. El Comendador de los Mercedarios de México era hombre precavido y adoptó aquel arbitrio contra la curiosidad de legos y no legos; pues el conocimiento del griego no era, aun en aquellos tiempos, tan comun para que un papel escrito en aquella lengua fuese facilmente entendido. Sabia que Fr. Bonifacio era muy regular helenista, y queriendo alejar cualquier peligro, adoptó aquella precaucion.

—Esto es chino, sin duda, dijo á media voz Fr. Pablo, y aqui se nos ha metido un embajador disfrazado del Emperador de aquellos idólatras, que querrá recibir las aguas del bautismo y para eso se dirije á nuestro padre.

Encontrada asi, á su juicio, una satisfactoria y concluyente explicacion del misterio, el lego hizo un cuarto de conversion para volver á colocar la carta en la alacena; pero ¡ay! dió un grito de horror, al encontrarse frente á frente con el Provincial, que entre severo y burlon contemplaba al desventurado Fr. Pablo.

—*Confiteor*, Reverendisimo Padre, dijo el portero, cayendo de rodillas; ha sido una tentacion del enemigo; *confiteor*.

Fr. Bonifacio se revistió de toda la magestad de la autoridad ofendida, y dijo en voz solemne y tono sentencioso:

—La curiosidad, Fr. Pablo, es un pecado grave. Ella fué la causa de que nuestros primeros padres saliesen arrojados de aquel jardin de delicias, en donde vivian en la mas completa paz y felicidad. Atrajo el mas horroroso castigo á la muger de Lot, que por solo haber vuelto la cabeza á ver arder las ciudades malditas, quedó convertida en estátua de sal. La curiosidad dió origen á que Dina, hija de Jacob y Lia, fuese deshonrada por el lúbrico hijo del Rey de Sichem. El Profeta David, movido por la curiosidad, salió á ver en el baño á Betsabé, y no paró hasta ser adúltero y homicida, pecados que tuvo que llorar mientras vivió. Si de la historia santa quereis dirijir los ojos, ¡oh lego empedernido! á la Mitologia de los gentiles, encontrareis la famosa caja que los falsos dioses habian regalado á Pandora y que abrió esta muger, tan imprudente como vos, dando salida á todos los males que en ella estaban encerrados. La casta Diana castigó la curiosidad del impertinente Acteon, convirtiendolo en un horrorosisimo venado; la curiosidad.... pero ¿para qué cansarme, hombre duro y pertinaz, en haceros patentes los pésimos efectos de tan feo vicio? Ay Pablo, Pablo, que veo vuestra condenacion eterna, como la espada de Damocles, pendiente de un sutilisimo cabello! La falta que habeis cometido, *suadente diabolo*, sin duda, deberia ser purgada con siete años de comer pan y beber agua únicamente; pero quiero mostrarme misericordioso; y asi, os la conmuto con un *Pater noster* y una *Ave Maria* que rezareis diariamente y durante seis meses, á cada una de las once mil Vírgenes. Bien entendido, que si un dia no pudiereis completarlos, los que dejeis de rezar se acumularán á los del dia siguiente. *Vade in pace.*

Fr. Pablo habia escuchado la erudita homilia del Provincial, de rodillas, temblando y con la cabeza inclinada. Cuando oyó la enumeracion de los castigos que la curiosidad habia atraido á todos los grandes personajes que citaba el superior, aguardaba verse, cuando menos,

convertido en venado, como Acteon, ó en estátua de sal, como la muger de Lot; y quedó contentisimo, al oir que escapaba el pellejo á tan poca costa. El pobre era mal aritmético y no calculó la imposibilidad de rezar diariamente once mil Padre-nuestros y otras tantas Ave-marias. Prelado y lego se retiraron en seguida á sus respectivas celdas, y es fama que no pegaron los ojos en toda la noche; pensando el uno en la mision del huesped, y buscando el otro algun mejor arbitrio para burlar la vigilancia de Fr. Bonifacio y salirse con la suya de saber á punto fijo si Don Juan era un embajador de la China, ú otra cosa peor.

CAPITULO III.

El Barbero.

AL siguiente día, á las siete de la mañana, el P. Provincial, cuyas hondas ojeras revelaban el insomnio de la noche precedente, estaba sentado en la butaca, con una gran tohalla de algodon atada en derredor del cuello y con los carrillos y la barba cubiertos de espuma de jabon. Un viejecillo tuerto, pequeño de cuerpo, encorvado, de cara socarrona y maligna, iba y venia de la butaca á la mesa y de la mesa á la butaca, preparando la navaja, la bacia y el agua caliente, lo que daba á entender era el barbero que se disponia á afeitar á su paternidad.

—¿Conque todo eso charlan, dijo el Provincial con mal humor.

—Si Reverendísimo Padre, contestó el viejecillo; la tienda ha estado llena de gente desde las cuatro de la mañana; pues tanto por ser dia de la Purísima, como por las fiestas reales, han acudido muchos á afeitarse y todos todos me han dicho lo mismo. Alguno vió entrar al desconocido, solo y montado en una mula que parecia muy cansada; á poco vieron llegar seis bestias de carga y cuatro criados, tren demasiado grande para un sugeto que les parecia de mala traza, y como decia mi abuela que por

el hilo se saca el ovillo, de todo aquello sacaron tela para comentarios y murmuraciones.

—¡Que gentes, Basilico! ¡que gentes!, dijo Fr. Bonifacio, pasandose la punta de la tohalla por los labios, para limpiar el jabon. Ya me tienen aburrido. *Semper idem.* Todo lo *gurrugucean*, todo lo interpretan y la cosa mas sencilla é insignificante la convierten en un volcan mas grande que el que vemos desde esa ventana. Y luego *parturient montes nasceiur ridiculus mus*, como dijo Horacio. Figúrate tú, Basilio amigo, que la venida de este caballero, como te lo podrá decir tu hermano Pablo, es lo mas natural y corriente que puede darse. Quiere retirarse del mundo y viene á vivir algun tiempo en el convento, para que yo pueda hacer juicio de la firmeza de su vocacion. *Fides probata coronat.*

—Pues ya se ve que eso es claro como esta agua de jabon con que estoy lavando á Vuesa Paternidad, dijo el barbero, refregando con su mano seca y huesosa los carnudos carrillos de Fr. Bonifacio. El buen señor quiere ser religioso, y como allá en México, de donde él viene, no hay conventos, ha tenido que andar y andar hasta llegar aqui, donde, gracias á Dios, los hay y tan buenos como los de Roma. Nadie es profeta en su tierra, decia mi abuela.

—Expliquemonos, Basilico, dijo el Padre, algo corrido con la observacion del taimado barbero. En México hay conventos que nada tienen que envidiar á los mejores de otras partes; pero acá *inter nos*, tú sabes lo que es estar uno en su pais, rodeado de parientes ricos, que muchas veces por consideraciones mundanas, se oponen á que se escuchen los llamamientos de lo alto. Ve ahi lo que sucede con este sujeto. Por eso ha dejado su pais y el regalo de su familia y amigos y se ha venido, trayendose alguna ropa y muchos y muy buenos libros, que son los mejores compañeros; y ese es el tren de bagages y acémilas que tanto ha llamado la atencion de los ocio-

sos, cuando atravesó ayer la ciudad, á bocas de la oracion, poco despues que llegó al convento su dueño, Don Juan.

—¿Juan se llama?, preguntó el barbero. Mal nombre.

—¿Y por qué?, dijo el Provincial. Nombre de precursor.

—¡Ojalá que no lo sea de desdichas, mi Reverendo Padre! Yo nunca olvido un versito que decia mi abuela.

—¿Qué verso;? dilo á ver.

—Ni Juan ni Juana
ni gente poblana,
ni hombre sin barbas.....

—Ni muger con ellas, concluyó el Provincial, cuyo oido poético debia estar muy poco cultivado.

—No, dijo el barbero; ni muger enana es el último pié, para que sea consonante de poblana. De otro modo no sale.

—Pues que salga ó no salga, dijo algo amostazado el Padre, levantandose, lo cierto es que el tal verso es una grandisima majaderia; que ha habido Juanes y Juanas muy santos y muy buenos y no de valde los veneramos en los altares.

El barbero se sonrió y acabando de limpiar la navaja, la colocó en su primoroso estuche de carei y concha. Dobló la tohalla, tomó la bacia, y poniendolo todo en un bolson de cuero negro, pendiente de unas correas, enganchó estas en el brazo izquierdo y echandose la capa al hombro, dijo:

—Sea como quiera Vuesa Paternidad Reverendisima; sabe que yo siempre soy de su parecer, pues me gusta pensar como piensan los sabios. Decia mi abuela que mas sabe el diablo por viejo que por diablo; y asi voy con mis mayores en edad, saber y gobierno.

—En cuanto á la edad, alto ahi compadre, dijo Fr. Bonifacio riendose, que tú no eres de ayer. Pablo tu her-

mano me ha dicho siempre que es menor que tú, y creo que Andres tambien. Pero basta de charla, que son mas de las siete y media, y á esta hora tienes que estar en Palacio. *Tolle moras.*

—Precisamente, contestó el barbero. Ya el Sr. Conde debe estar levantado y aguardandome para que lo afeite. Quiera Dios que esté de mejor humor que hace cuatro dias! Pobre Señor! Que cara de Viernes santo tenia! Ya se ve, las cosas andan tan mal, segun cuentan; pero yo en nada me meto, porque como decia mi abuela....

—Dale con tu abuela! interrumpió el Provincial, ya estoy cansado de esa jaculatoria, barbero charlatan. Vete á cumplir tus obligaciones y deja en paz los huesos de esa pobre vieja, que está juzgada de Dios hace mil años y no hay para que la estés tomando en boca, venga ó no venga al caso. Vete, vete; añadió el padre y empujando suavemente al barbero, que le hacia sendas cortesias, lo hizo salir de la celda y cerró tras él la puerta.

El maestro Basilio Molinos, cuando se encontró lejos del padre Provincial, paseó por todo el claustro una mirada investigadora con el único ojo que conservaba en el ejercicio de sus funciones, pues el otro estaba hacia muchos años retirado del servicio, á consecuencia de una fluccion que le habia curado uno de los mas hábiles facultativos de la ciudad. El barbero buscaba alguna cosa; pero no hubo de encontrarla, sin duda, pues siguió su camino hacia la porteria, con aire de hombre pensativo y atortolado. Encontró á su hermano el lego, que con la capilla calada y la cabeza baja, estaba sentado en un banquillo junto al porton, como en éxtasis.

—Pablo, dijo el barbero, deteniendose frente al lego; ¿sabes lo que se suena?

El portero no respondió.

—Contigo hablo, malcriado, volvió á decir Basilio, sacudiendo al otro fuertemente por un brazo. ¿Te has muerto, ó estas dormido?

—Podias irte noramala con tus impertinencias, contestó Fr. Pablo, echando fuego por los ojos de cólera. Ya habia yo salido de setecientas virgenes, por lo menos; y por tí, charlatan entremetido, he perdido la cuenta y tengo que comenzar de nuevo.

—¿Que es eso de salir de virgenes, Pablo? ¿has perdido el juicio? No lo creia yo posible; pues, como te acordarás, decia nuestra abuela que ningun tonto se vuelve loco. Contestame: ¿sabes lo que se suena?

—No sé lo que se suena y me importa un pito en saberlo. Dejame en paz y lárgate.

—¿Qué no te importa? ¡Cuan engañado estas! Oye, si no, oh tú el mas lego de todos los legos que han abierto puertas, barrido refectorios y fregado platos desde que hay frailes en el mundo! Lo que se suena á esta hora en toda la ciudad es que desde anoche teneis oculto en el convento á un desconocido, que por ciertas cosas que le vieron cuando atravesaba las calles, entre obscuro y claro, desde Jocotenango hasta aquí, han caido en que es un grandisimo hechicero y nigromante. Con que ¡guarda, Pablo! y no eches el aviso en saco roto.

Dicho esto, el maestro Basilio echó á correr, pues hacia lo menos un cuarto de hora que debia estar en Palacio, para afeitar al Muy Ilustre Señor Presidente. El pobre lego se quedó con un palmo de narices, al oir que el desconocido Don Juan era nada menos que un hechicero, y decia para sus adentros: ¡que tal será él, cuando solo al atravesar las calles, à bocas de la oracion, le han pillado el lado flaco!

Dejemos á Fr. Pablo embebido en sus cavilaciones y empeñado en recordar cuantos Padrenuestros y Avemarias habria ya rezado cuando llegó á interrumpirlo tan intempestivamente el barbero, su hermano; y sigamos á este, que mas corriendo que andando, atravesó las calles desde la Merced hasta el Palacio de la Presidencia. Entró por la puerta de los coches, con la cabeza destoca-

da y haciendo cortesias á derecha é izquierda á mayordomos, pages y lacayos que encontraba al paso, hasta que llegó á la antecámara del Presidente. El page de guardia abrió la puerta de la alcoba é hizo seña al barbero para que entrase. El Conde se paseaba con la cabeza inclinada sobre el pecho. La levantó al oir abrir la puerta, y viendo al que llegaba, dijo:

—Mucho has tardado hoy, Basilio; ¿te olvidaste de que con motivo de las fiestas reales tenia yo que estar afeitado temprano?

—Muy presente lo he tenido, Ilustrisimo Señor, contestó el barbero, haciendo una reverencia que estuvo á pique de romperle la columna vertebral. Pero he andado á la pista de un secreto importantisimo que convenia averiguar, y he ahi el motivo de mi tardanza.

—¿Y que secreto es ese,? preguntó el Conde, sentándose en un sillon tapizado de terciopelo verde y anudandose al derredor del cuello una tohalla de holan que estaba sobre una mesa y que le presentó el barbero, haciendo otra profunda reverencia.

—Ese secreto, Señor, se refiere á cierto desconocido que llegó ayer á las oraciones de la noche á la Merced, donde se ha hospedado. El Padre Provincial, á quien acabo de hacer la barba, dice que el huesped se llama Don Juan, que viene de México y quiere tomar el hábito; pero otros aseguran que el hombre tiene mala cara y cuentan que tras él entraron cuatro criados, tres negros, que seguramente serán esclavos y un blanco, que parece ayuda de cámara. El equipage venia en seis mulas oaxaqueñas. Vuesa Señoria dirá si un sugeto que trae esclavos y un tren como ese tendrá trazas de querer ser fraile. Todo indica que so el sayal hay al, como decia mi abuela.

Mientras hacia aquellas observaciones, el malicioso barbero habia acabado de asentar una navaja y tomando una jofaina de plata con las armas del Conde, comenzó la operacion de jabonarlo con la mano, pues en

aquel tiempo no se usaban las brochas, ni aun para las caras de los grandes. El Presidente, mas pensativo que de costumbre, escuchó lo que le referia su barbero respecto al misterioso huesped de los mercedarios.

—Convendria, dijo, averiguar quien sea en realidad ese hombre, y tú puedes lograrlo facilmente por medio de tu hermano.

—Pablo, Señor, contestó el barbero, es un bendito, que no ve mas allá de su nariz, como solía decirle mi abuela. Sin embargo, ya le dejo sarna que rascar con dos palabritas que le solté al paso ahora que fuí á afeitar al Provincial. El otro hermano es, como sabe Vuesa Señoria, mucho mas avisado, y como va al convento con frecuencia, podria ayudarnos, *si quisiera*.

El tono de voz con que pronunció el barbero las dos últimas palabras, parecia indicar cierta intencion, que acaso no se escapó al Presidente, que arrugando el entrecejo, replicó:

—Te he dicho ya que no me hables de tu hermano el cerragero, Basilio. Andres seria un buen sugeto, si se contentase con ser, como es, el primero en su oficio y con la regular fortuna que le ha proporcionado la proteccion de la familia de Jiron Manuel; pero tu hermano es un ambicioso, que pica muy alto, y nada quiero con él.

—Señor, dijo el barbero, mordiendose los labios de una manera imperceptible, una triste encomienda que se da hoy á cualquiera, podria hacer un fidelisimo servidor de un hombre que es rico, que tiene un hijo muy querido en su barrio, y otras circunstancias especiales que pueden ser muy útiles en la ocasion.

—Basilio, replicó el Conde en tono serio, y poniendose en pié, pues estaba ya afeitado, sé muy bien que todo cuanto me dices es exacto. Sé que el hijo adoptivo de tu hermano es muy popular y que la naturaleza lo ha dotado de fuerzas tan extraordinarias, que ha detenido una

rueda de molino en movimiento y quebrado tres herraduras juntas. Pero nada de esto hace que lo que su padre pretende no sea un imposible. Las encomiendas no se dan sino á los descendientes de los conquistadores, y no seré yo quien infrinja las reales disposiciones y las costumbres, haciendo encomendero á un mulato.

La expresion era ofensiva y atravesó como una flecha acerada el corazon del orgulloso barbero. Encendido de ira, pero disimulando cuanto le fué posible, dijo:

—Señor, decia mi abuela que de cien en cien años se hacen de reyes villanos; y de seis en seis de villanos reys. Es verdad que mi hermano es mulato; pero cuando tantos nobles vuelven la espalda, quizá fuera prudente transigir con los plebeyos de quienes puede tenerse necesidad.

—Jamas!, dijo con altiva dignidad el Conde de la Gomera; ¿transigir? por nada ni con nadie. Suceda lo que Dios quiera, yo siempre estaré firme en mi puesto, aun cuando todos me abandonen. El Rey me ha enviado aqui para gobernar en justicia, y si el cumplimiento de mi deber hubiese de costarme la vida, la perderia con gusto, antes que ceder á exijencias indebidas.

Nada de esto, Basilio, añadió el Presidente en tono mas suave, altera el cariño que te profeso. Me has servido fielmente desde que estoy aqui, hace ya diez años; tu viveza natural te hace formar un juicio casi siempre acertado de las cosas, y tu oficio te ha puesto en contacto con las personas mas importantes de la poblacion, en cuya confianza has sabido insinuarte habilmente. Mucho te debo y mas espero deberte todavia; y tanto tú como los tuyos me encontrareis siempre dispuesto á recompensaros de una manera franca y liberal; pero correspondiente á vuestra condicion.

El barbero hizo una cortesia aun mas exagerada que las anteriores y contestó en tono humilde:

—Vuesa Señoria esté seguro de que sé apreciar to-

dos sus favores y que nunca olvidaré el muy particular que hoy se ha dignado hacerme. Diré á mi hermano Andres que no vuelva á pensar en la encomienda, pues como decia mi abuela, pastelero, à tus pasteles. Yo, Muy Ilustre Señor, me ocuparé tambien en los mios.

Volvió á inclinar la cabeza, y colgandose al brazo izquierdo la bolsa de cuero que encerraba los útiles del oficio, salió de la alcoba, caminando hacia atras, para no volver la espalda al Conde. Si este hubiese podido adivinar todo el rencor que ocultaban aquellas serviles demostraciones de respeto, habria comprendido que su negativa á acceder á la pretension del herrero, y mas aun la manera insultante y desdeñosa con que acababa de rechazarla, habia convertido un fiel servidor en enemigo irreconsiliable. Sucede asi frecuentemente. Hay ánimos apocados y mezquinos que por un solo agravio, cierto ó imaginado, olvidan una larga cuenta de favores y se hacen pagar muy cara la mas ligera ofensa.

Basilio Molinos era, como lo habia dicho el Provincial de la Merced, el mayor de los tres hijos de un honrado artesano, que habia muerto hacia muchos años, dejandoles por única herencia su bendicion y sus consejos. Basilio, segun dijimos en el capitulo primero, se dedicó á la barberia; nuestro conocido Andres, fué herrero, y el menor de los hermanos, Pablo, encontrandose con cierta vocacion á la vida contemplativa, solicitó y obtuvo ser recibido como lego en el convento de la Merced. Fr. Bonifacio, en su calidad de confesor de la familia, se declaró protector de los tres húerfanos y hacia con ellos oficios de verdadero padre. Basilio, de quien hablaremos por ahora, era el mas despejado y bien dispuesto de ellos. El religioso hizo que en los ratos que le dejaba libre la *tienda*, como llamaban y llaman hasta el dia á todo taller de artesano, fuese al convento á aprender á leer y á escribir, y por supuesto la doctrina cristiana. El mozo hizo progresos y pronto llegó á ser lo que hoy llaman una

notabilidad entre los de su oficio. Cuando supo afeitar y aderezar el cabello, sacar muelas y dar sangrias, abrió una tienda, donde se veia á media luz, por la celosia de la puerta, un mollejon, dos ó tres sillas viejas forradas de cuero sin adobar y en las paredes estampas del juicio de Salomon, de la vuelta del hijo pródigo y del lance de la muger de Putifar. El maestro Basilio fué adquiriendo crédito y comenzaron á llamarlo de las casas grandes. La generalidad de los caballeros se hacia afeitar cada ocho dias; pero los mas pulcros y elegantes los jueves y los domingos; con lo que aquellos dias aumentaba el quehacer y el maestro no se veia de polvo, como decia él, citando á su abuela, que era, segun Fr. Bonifacio, su San Agustin. El barbero fué poco á poco insinuandose en el ánimo de los sujetos mas notables por su rango y por sus riquezas y llegó á ser depositario de no pocos secretos y el alma de diferentes intrigas. Con los años se hizo mas habil y mañoso, y aunque no estudiaba libros, estudiaba el corazon humano, lo que tal vez vale mas para quien se encuentra lanzado en la vida activa y envuelto en el tejemaneje de las pasiones y de los intereses encontrados. En 1611, cuando vino á gobernar el reino D. Antonio Peraza, Castilla, Ayala y Rojas, que obtuvo despues el título de Conde de la Gomera, por la villa que fundó con aquel nombre en la costa del sur, Basilio, era ya un sugeto importante y fué recomendado al Presidente como persona muy capaz para afeitar y peinar y para otras cosas. Poco tardó aquel funcionario en convencerse de la habilidad del maestro, á quien confió comisiones muy delicadas, que desempeñó muy bien, lo cual le proporcionó el afecto y la confianza de su amo. Basilio vino á ser una especie de Ministro privado, por cuya mano pasaban negocios muy graves; mas como por astuto y reservado que sea un hombre, no le es facil engañar á todos, poco á poco fué levantandose cierto susurro contra el favorito barbero, á quien se acusaba de espia y de intri-

gante. Pero Basilio era un verdadero filósofo y dejaba hablar á los envidiosos, siguiendo su camino, con la mas imperturbable sangre fria. Supo aprovechar su posicion, haciendo alguna fortunita y favoreciendo á sus deudos y amigos; pero presumió demasiado de su valimiento y quiso que el Presidente condescendiera con la insensata pretension de su hermano el herrero, que solicitaba una encomienda, gracia que no obtenian sino sujetos muy calificados, si bien habian solido concederse á algunos que no eran rigurosamente descendientes de conquistadores, como estaba mandado. Aquellos abusos no podian autorizar el que se hiciese semejante merced á un hombre de la condicion de Andres Molinos, y si el Conde de la Gomera hubiese tenido la debilidad de dar gusto á su barbero en aquel asunto, se habrian levantado contra él hasta las piedras. Se negó, pues, rotundamente; y siempre que le tocaba Basilio aquel punto, el Presidente manifestaba la imposibilidad de acceder á los deseos del herrero. Cansado, sin duda, de las continuas importunidades del barbero, ó de humor mas irritable aquel dia que otras veces, hemos visto la manera terminante y dura con que rechazó las indicaciones de Basilio y cómo estrujó el amor propio del favorito. Cuando bajaba este la escalera de Palacio, decia entre dientes:

—Me desprecia, sin calcular el mal que puedo hacerle. No sabe que, como decia mi abuela, cada cabello hace su sombra en el suelo. No ve que el mundo se le viene encima y que está casi solo, á merced de sus enemigos. En adelante yo trabajaré; pero por mi propia cuenta y ofreceré mis servicios á quien sepa apreciarlos. Ah! si lograra averiguar quien es ese desconocido que está hospedado en la Merced! Tengo aqui (y se tocaba la frente con el indice de la mano derecha), que ese hombre es un sugeto muy importante. ¿Que hacer? ¿Como podria yo verlo y hablarle? ¿Como digo? ¡Vaya una dificultad! añadió riendose el barbero; ¿no tengo mi oficio, que me pone

en aptitud de tratar con el mas encopetado? Si ese hombre tiene pelos en la cara, ha de quitarselos, al menos cada ocho dias; si se los quita, ha de necesitar de algun barbero, y ¿á quien otro ha de llamar, sino al maestro Basilio, barbero del P. Provincial y ademas hermano del portero? Ea, pues, pecho al agua, como decia mi abuela, y vamos á ver si es el leon como lo pintan.

Diciendo esto, Basilio salió del Palacio y en vez de dirijirse á su casa, volvió hacia la Merced, mas que de prisa, procurando evitar el encuentro con los conocidos, por temor de que lo detuviesen. Entró á la porteria y llamó al porton interior. Abriose la ventanilla y asomó la cabeza Fr. Pablo, quien luego que vió al barbero, iba á cerrar sin decir una sola palabra; pero Basilio estuvo mas pronto é introdujo su bolson de cuero por el hueco de la ventanilla, de modo que el portero no pudo ejecutar su intento, y tuvo que oir á su pesar lo que su hermano iba á decirle.

—No cierres, bruto, exclamó, que tengo que comunicarte un asunto importantisimo. Vamos á saber quien es el huesped.

Al oir que se trataba del desconocido, pudo mas la curiosidad del lego que la necesidad de continuar la cuenta de los Padrenuestros y Avemarias de la penitencia, y sin abrir el porton, dijo al barbero:

—¿Cómo, cómo?

—¿Has observado si ese hombre tiene barbas?

—Creo que si; ¿y qué?

—¿Y qué? ¿No comprendes? Lerdo eres, Pablo. Si tiene barbas, ha de afeitarse, y si se afeita, ¿no es muy natural que sea yo el llamado á hacerlo?

El portero movió la cabeza de un lado á otro, como con desconsuelo, y contestó á su hermano:

—Si esa era tu esperanza, puedes renunciar á ella. Esta mañana me dijo el hermano cocinero que muy temprano habia llegado uno de los negros esclavos del hues-

ped á pedirle agua caliente para que se afeitase su amo, y habiendosele preguntado si necesitaba de que llamasen un barbero, dijo que no y no dió mas explicacion. Ya ves, Basilio hermano, que es menester pensar en otra cosa.

El barbero se rascó la cabeza con impaciencia y despues de haber reflexionado un instante, dijo:

—¿No has visto si ese condenado hombre tiene los dientes picados?

El lego no comprendió á donde podia conducir aquella pregunta.

—No he puesto atencion en eso, contestó, ni sé que podamos sacar de los dientes de Don Juan.

—Mas de lo que tú crees, Pablo. El que tiene picados dientes ó muelas, está expuesto á que le duelan; y como decia la difunta, el que le duele la muela, échela afuera. Pero como para echar fuera muelas, es menester barbero, catate que ahi entro yo de lo que no tiene remedio. Pidele, pues, á Dios, ¡Oh Pablo! aunque pecador, que envie al desconocido un buen dolor de esos que hacen ver estrellas, que entonces no me llamo Basilio, si no nos salimos con la nuestra.

Dicho esto, el barbero dió la vuelta y se encaminó á su casa, y Fr. Pablo se propuso añadir todos los dias un Padrenuestro y una Avemaria á los once mil de la penitencia, para que Dios hiciera que le dolieran las muelas á Don Juan.

CAPITULO IV.

Genoveva.

EL Cabildo, justicia y regimiento de la M. N. y M. L. Ciudad de Santiago de los caballeros de Guatemala alzaba pendones por el Señor Rey Felipe IV. En congreso del 26 de Octubre se habia acordado: "1.° Luminarias en la noche vispera del dia en que se ha de alzar el pendon, con repique de campanas en todas las iglesias. 2.° Que se haga un carro, como se acostumbra, en que vaya la música, forrado de alfombras y sedas. 3.° Que un dia despues de alzar pendones, se haga en la plaza de esta ciudad un peñol de los indios, como se acostumbra. 4.° Que haya máscara y toros; y 5.° Que se haga un juego de cañas con libreas de tafetan, dando á cada vecino para ello las varas necesarias, sin que ninguno las pueda diferenciar; suplicandose por los Alcaldes á los caballeros encomenderos que salgan."

Ordenado asi lo que habia de hacerse en las fiestas reales; ó acordado el programa de la funcion, como se dice hoy, los respetables capitulares se encontraban con

una dificultad menos sencilla que la que podia haber originado la acertada disposicion de aquellos públicos regocijos. Tal era la falta de recursos para sufragar los costos de las fiestas. El fondo de multas y de penas de cámara que percibia ántes el Ayuntamiento, se habia mandado incorporar en la real hacienda, y los de propios estaban embargados, hasta que pagase la ciudad cinco mil ducados en que habia comprado, veinte años ántes, el cargo de Alferez real. Hubo, pues, de renunciarlo, con lo que desempeñó sus pobres rentas y pudo costear las exéquias del monarca difunto, Felipe III, y la jura de su sucesor. El Alferazgo fué puesto en pública subasta y lo remató, por 4.000 ducados, Don Juan Bautista de Carranza y Medinilla, caballero principal, que podia hacer de su propia hacienda la mayor parte de los gastos de la proclamacion, ya que iba á tocarle el primer papel en la ceremonia. La ciudad obtuvo licencia para gastar dos mil tostones de sus fondos, y lo demas quedaba á cargo de la munificencia del Alferez.

Aquel dia (8 de Diciembre) desde por la mañana estaba todo convenientemente preparado para la proclamacion. Iban á ser las cuatro de la tarde; la plaza mayor aun no se veia, como llegó á estarlo despues, embarazada con los *cajones*, ó puestos de venta, siendo el sitio del mercado la plazuela de Candelaria, ensanchada desde 1614. Los portales del real Palacio, el del Ayuntamiento y el de las panaderas ostentaban colgaduras, grímpolas y gallardetes de tafetan de Granada. En el centro de la galeria alta estaba el Presidente y Capitan General, y á su derecha los individuos de la Real Audiencia. A la izquierda se veia al Sr. Obispo diocesano, Don Fr. Juan de Zapata y Sandoval, que trasladado de la silla de Chiapa á la de Guatemala, habia hecho su entrada solemne en la ciudad dos ó tres dias ántes. Seguian por uno y otro lado, segun su categoria, los oficiales reales, los individuos del Cabildo eclesiástico, prelados de las comunidades religio-

sas y caballeros particulares invitados por el Presidente. Detras de la silla del Conde estaba de pié un caballero como de treinta y seis años, llamado Don Luis Melian, que desempeñaba el empleo de Secretario de cartas del Presidente.

Varias señoras principales de las familias de los oidores, de los oficiales reales y otros funcionarios, formaban, en la esquina del portal del Palacio que hace frente á la Catedral, un grupo animado y bullicioso, que contrastaba con el autorizado y grave que ocupaba el centro de la galeria.

Las esposas, hijas y otras damas de las familias de los capitulares lucian sus gracias naturales y sus lujosos adornos en el portal del Ayuntamiento, conversando con algunos caballeros, á quienes el parentesco ó la amistad con los concejales proporcionaba aquella distincion.

La plaza estaba llena de gente y las miradas de la impaciente y curiosa multitud se fijaban en la puerta del Ayuntamiento, delante de la cual se veia un grupo de hermosos caballos, cuyas monturas cubrian ricos tellices de terciopelo bordado de oro ó plata. Palafreneros con vistosas libreas tenian las bridas, como aguardando á los ginetes. El reló colocado en la torre del Cabildo dió las cuatro; y no bien hubo sonado la ultima campanada, aparecieron los maceros del Ayuntamiento, con sus gramallas de paño encarnado, apartando con sus mazas de plata á la muchedumbre, apiñada delante del porton de las Casas consistoriales, para abrir camino á la corporacion. "Paso á los Muy Ilustres Señores Alferez Real y Alcaldes ordinarios y á los Ilustres Señores Regidores;" gritaban los maceros á voz en cuello y empujaban á los curiosos á uno y otro lado, hasta que se hubo abierto una calle como de tres varas de ancho, formada por dos murallas humanas. El Alferez llevaba el pendon de damasco carmesí, en el cual se veian primorosamente bordadas las armas de la casa de Austria. Los palafreneros tuvieron los estribos

mientras montaban los capitulares, que se dirijieron á un anfiteatro de madera, tapizado con telas de seda y adornado con emblemas y pinturas alegóricas, que se levantaba frente á la puerta de la Real Audiencia. En los ángulos de los cuatro rostros del templete estaban cuatro escribanos en trage de reyes de armas. El Alferez y el Ayuntamiento, despues de haber dado vuelta á la plaza, se apearon y subieron al anfiteatro. La atencion del numeroso concurso que ocupaba la plaza seguia con el mas vivo interes las ceremonias de la jura. El Alferez Real se colocó frente al portal donde estaban el Presidente y la Audiencia, levantó el pendon, y dijo en voz alta y sonora: *Guatemala por Felipe IV., Rey de Castilla y de Leon y de las Indias.* Un *viva* estrepitoso resonó en toda la plaza, é inmediatamente se oyeron los alegres repiques de la Catedral, á los que siguieron pronto los de las otras iglesias, el redoble de los tambores, las tocatas de los clarines y el estruendo de dos ó tres cañones, que componian la artilleria de la plaza. Los reyes de armas repitieron la fórmula de la proclamacion, uno en pos de otro, y dirijiendose hacia los cuatro puntos cardinales.

Un incidente estuvo á punto de causar algunas desgracias en aquel momento. El caballo del Alferez Real, poco acostumbrado sin duda al ruido del cañon, se encabritó á la primera salva y rompiendo la brida con que lo sugetaba el palafrenero, partió sobre la multitud apiñada en torno del templete. El animal era corpulento y vigoroso; el ruido y los esfuerzos mismos que se hacian para sugetarlo lo azuzaban en vez de contenerlo. Arrojando espuma por la boca, levantó las dos manos y se oyó el grito de una jóven como de diez y ocho años que iba á ser aplastada por el animal. Pero en aquel momento un hombre vestido de negro, que se hallaba á dos pasos de la jóven, avanzó rapidamente hacia ella y la cubrió con su cuerpo, logrando desviarla de la direccion de las manos del caballo. Uno de los cascos alcanzó la

cabeza del desconocido, que cayó, arrastrando consigo á la muchacha. El animal volvió á encabritarse y detenido por el tumulto, iba á dejar caer de nuevo sus herrados cascos sobre los dos, cuando un hombre alto, muy blanco y rubio, vestido con el trage que usaban los menestrales, agarró la cola con ambas manos, tiró fuertemente é hizo caer al animal sentado sobre las ancas. La multitud contempló asombrada aquel prodigio. El caballo hizo un esfuerzo extraordinario; logró levantarse é iba á partir á escape; pero detuvo su impulso el brazo vigoroso que lo tenia sugeto, haciendolo volver á caer. Un grito de admiracion y de entusiasmo resonó por todas partes. "¡Bien, Sanson!, se oyó decir; solo él podia hacer semejante cosa!" El animal estaba vencido. El hombre lo sugetó por las orejas, mientras los palafreneros lo ataban con fuertes cuerdas.

Entretanto otro hombre anciano que estaba junto al que habia dado tan extraordinaria muestra de fuerza, gritaba con desesperacion:

—¿Donde estas hija? ¿Que es de ti, Genoveva de mi alma?

Atado ya el caballo, el anciano y el hombre rubio comenzaron á buscar á la jóven, que no tardó en arrojarse en los brazos del primero.

—¿Te ha sucedido algo, Genoveva? decia el padre con la mayor ansiedad.

—No, padre mio, dijo ella. Ese generoso caballero me ha salvado, exponiendo su vida.

—¿Y donde está? Quiero mostrarle mi eterna gratitud.

En vano buscó por todas partes. El salvador de la jóven era un desconocido. A consecuencia de la fuerte contusion que recibiera en la cabeza, habia perdido el conocimiento, y llevado en peso por dos negros que lo acompañaban y que parecian sus criados, habia desaparecido por la esquina de la calle de Mercaderes. El herrero Andres Molinos, pues él era el padre de la jóven á quien habia prestado aquel servicio el desconocido, se propuso buscarlo, para manifestarle su reconocimiento. La jóven

estàba todavia pálida como un cadaver. Apoyada en el brazo de su padre, y teniendo á su lado á su hermano, formaba el mas extraño contraste, por su delgadez y finura, con las formas verdaderamente atléticas de este, que por ellas y por sus extraordinarias fuerzas, era generalmente conocido con el sobrenombre de Sanson.

Luego que se hubo aquietado la multitud, que se arremolinó en toda la plaza como el mar agitado por la tempestad, se ordenó la marcha del Alferez y los capitulares, que iban á pasear el real pendon por las calles principales de la ciudad. Precedian los maceros con sus gramallas encarnadas; á continuacion iban los reyes de armas, con vistosos trages y atras el Cabildo, justicia y regimiento, con numeroso y lucido cortejo de lacayos y pages. El Alferez Real, que era el personage mas importante en aquellas funciones, cabalgaba en el fogoso bridon que habia causado el alboroto, llevando á sus lados á los dos Alcaldes ordinarios, que lo eran aquel año el Dr. Juan Ruiz Pereira Dovides y Don Márcos Ramirez. El paseo, con grande acompañamiento de caballeros, de indios de la Ciudad vieja, cuyos antiguos privilegios les daban derecho á aquella distincion, escoltado por las compañias de infanteria y cuerpo de dragones y seguido de un numeroso concurso de todas clases, tomó la calle de la Concepcion, hasta la esquina de San Juan de Dios; siguió por la de Capuchinas; dobló buscando la de la Real Aduana; volvió, y pasando por la esquina de la cuadra donde estaba situado el almacen de pólvora, continuó hasta Santa Lucia, y regresó á la plaza mayor, pasando por la de San Pedro. Recorrió pues, la parte central de la ciudad, cuyas casas estaban adornadas con colgaduras, viendose ya en los balcones las hachas de cera con que un poco mas tarde iban á iluminarse. Depositose el pendon en las Casas consistoriales; el Alferez y el Ayuntamiento fueron á Palacio por el Presidente, Audiencia, Oficiales reales, dignatarios eclesiásticos, caballeros y seño-

ras principales, y todos juntos pasaron á la casa de Don Juan Bautista, donde iba á servirse una espléndida colacion. En la mesa estaba vacio el puesto que debia ocupar el Provincial de la Merced, que habia desaparecido de la galeria del Palacio, donde estaba con los demas prelados, pocos momentos despues del lance del caballo.

Mientras el Presidente, los oidores, capitulares y demas convidados disfrutaban de la magnifica y obsequiosa hospitalidad de Don Juan Bautista de Carranza, Fr. Bonifacio de los Angeles estaba en la celda que habia ocupado el loco, sentado á la cabecera de una cama, donde se veia tendido un hombre, pálido y sin aliento. El maestro Basilio Molinos acababa de sangrar á aquel individuo y se ocupaba en vendarle el brazo. El que parecia ser un enfermo abrió los ojos y fijandolos en el Provincial, dijo con voz débil:

—Gracias, Padre; me siento ya bien; esto pasará pronto.

— Señor Don Juan, contestó el religioso; permitidme os diga que ha sido una grandísima imprudencia exponer asi vuestra vida por tan poca cosa. *In hoc non laudo*, como dijo San Pablo.

— Pues yo, dijo el barbero, á quien la casualidad habia proporcionado lo que tanto deseaba, con perdon de su paternidad y de San Pablo, digo que el servicio que este caballero ha prestado á mi sobrina, no será olvidado jamas ni de su padre ni de mi.

— ¿Esa jóven es sobrina vuestra?, preguntó el desconocido.

— Si Señor; su padre y yo somos hermanos, como podrá deciroslo Su Paternidad. Yo estaba á poca distancia y pude ver el lance. Cuando os vi caer, calculé al momento que podiais necesitar los auxilios de mi profesion; asi fué que cuando el Padre Provincial envió á buscarme, ya yo estaba en la porteria con mi hermano, que es el portero del convento. Como decia mi abuela, hombre prevenido, vale por dos.

El llamado Don Juan volvió á cerrar los ojos como para poner término á la conversacion; y advirtiendolo Fr. Bonifacio, despidió al barbero, que muy á pesar suyo, tuvo que retirarse, no sin renovar la oferta de su inutilidad para todo lo que pudiera ofrecerse al Sr. Don Juan.

—¡Que me emplumen, decia el barbero entre dientes, si aqui no hay gato encerrado! Por un cualquiera no habria dejado el Padre Provincial las fiestas y el refresco del Alferez. ¡Ojo avisor, Basilio! A ti nadie te engaña; que como decia la abuela, á perro viejo no hay tus tus. Voyme á ver á Andres, que algo sabrá de este hombre.

Diciendo esto, se dirijió á la casa de su hermano, que estaba en la esquina de la plazoleta de Santa Cruz, á la otra banda del Pensativo.

Casi al mismo tiempo llegaron al puentecito que está en la esquina de la plazoleta, el maestro Basilio y el herrero con sus dos hijos. La casa estaba á unas pocas varas del rio, y tenia mejor apariencia que las demas del barrio. Cubierta de teja, perfectamente blanqueada y con tres balcones de hierro en sus ventanas, mostraba la comodidad de los dueños y contrastaba con las pobres chozas de que se componia aquella parte de la ciudad. En el momento en que el herrero introducia en el agugero de la puerta una llave maestra que él mismo habia fabricado y levantaba el picaporte, llegó el barbero, y dijo á su hermano en tono regañon:

—Pues habeis escapado de una buena. ¿A quien le ocurre irse á meter en lo mas apretado del gentio, á una fiesta como la de hoy? Pues á fé que si no es por aquel buen señor, esta niña no hubiera contado el cuento.

—No era mi intencion, Basilio, contestó Andres, abriendo la puerta y entrando con su hermano y sus hijos, llegar tan cerca del tablado de la jura; pero la gente nos fué empujando poco á poco, hasta quedar junto á aquellos malditos caballos. Gracias á que todo quedó en susto. Ahora lo que conviene es que no lo sepa mi muger.

pues me haria cargos por haber llevado á Genoveva á ver las fiestas, contra su voluntad. El corazon le avisaba lo que iba á suceder.

— Es verdad que en cuanto á ti y á tu hija la cosa no fué seria, dijo el barbero; pero quien la pagó fué el pobre caballero, á quien dejo tendido en su cama, sangrado y con una cara mas de muerto que de vivo.

La jóven se estremeció al oir lo que decia su tio; pero no dijo una sola palabra.

— ¿Conque lo has visto?, preguntó el herrero con interes. ¿Donde está? ¿Quien es?

— ¿Quien? repitió Basilio en tono burlon, ¿quien? el diablo con *un* sarten. Anda á preguntarle á él quien es. Yo creia que alguna noticia podrias darme acerca de ese hombre y salimos con que me preguntas quien es.

— Es la primera vez que lo veo, Basilio. Estaba viendo la jura, á poca distancia de nosotros y fijaba en Genoveva sus grandes ojos negros. Dispararon los cañones, se alborotó el maldito caballo del Alferez, la gente se hizo un remolino y mi hija y yo quedamos separados. Cuando vi á Genoveva, fué casi bajo los cascos del animal furioso. El desconocido se interpuso con prontitud; quiso desviar á mi hija; pero el gentio no le dió lugar sino á apartarla un pequeño espacio. Asi fué que el casco del caballo le alcanzó la cabeza, y el golpe lo hizo caer junto con mi hija. Francisco pudo, gracias á sus fuerzas, contener al animal, y cuando estuvo atado, yo busqué al salvador de Genoveva y habia desaparecido. Hé aquí todo lo que sé respecto á este señor.

— Pues estás aun mas atrasado de noticias que yo, contestó el barbero, moviendo á un lado y otro la cabeza. Vengo de ver y sangrar á ese personage misterioso, que está hospedado en el convento de la Merced. Llegó ayer de México, segun dice el Padre Provincial, con intencion de tomar el hábito y hacerse fraile.

La jóven hija del herrero, que escuchaba con el mas

vivo interes lo que referia su tio, no pudo disimular el disgusto con que oyó que aquel caballero, que habia acudido en su auxilio, tenia la intencion de hacerse religioso. El corazon ardiente y tierno de Genoveva habia sentido conmoverse todas sus fibras, desde el momento en que vió á aquel desconocido. Asi suelen nacer las mas violentas pasiones, que el vulgo cree se hallan tan solo en las novelas; pero de las cuales la vida real ofrece ejemplos, aunque raros.

Vivia aquella jóven en el mas absoluto retiro; pues aunque no habian faltado galanes que rondasen su calle, atraidos por la fama de su belleza y quizá tambien por el concepto de rico que tenia su padre, este los hacia despedir de una manera tal, que no les quedaban deseos de volver á tentar fortuna. Se contaba que el último de los cortejos de Genoveva, hijo de un tejedor vecino, encontrado por el herrero cerca del balcon de la jóven, habia ido á parar al tejado de una casa inmediata, á donde lo arrojó Francisco por órden de su padre. Verdad ó mentira, el lance era generalmente referido como cierto, y habia retraido á otros aficionados, que se contentaban con admirar de lejos á la *Flor del Pensativo*, como llamaban poeticamente á Genoveva, asi por su belleza, como por la inmediacion de su casa al riachuelo de aquel nombre. El herrero estaba muy contento de haber encontrado aquel arbitrio para ahuyentar la *zopilotera*, como él decia y de que las únicas bragas que entrasen à su casa fuesen las de su hermano, viejo, feo y tuerto. En honra de la verdad debemos decir que no pesaba á la jóven el verse libre de aquellos importunos y que celebraba la manera expedita con que su padre y su hermano la libraban de ellos. Sentia en el fondo de su corazon una repugnancia invencible y secreta contra los mozos que hasta entonces la habian solicitado, y casi se avergonzaba de la idea de casarse con una persona de esa clase. Sea vanidad por su belleza y por la fortuna de su padre; sea que los pen-

samientos levantados de este hubiesen inoculado el germen de la ambicion en el alma de Genoveva, ó sea, en fin, un movimiento secreto y misterioso de esos que no pudiendo ser facilmente explicados, se dice que estan en la sangre, ello es que aquella jóven desdeñaba la compañia y trato de sus iguales y alimentaba aspiraciones casi tan insensatas como las de su padre. Pero aquellas aspiraciones no se habrian considerado infundadas, si el nacimiento hubiese tenido menos importancia que la grande y decisiva que en aquella época se le atribuia. Dificilmente podia encontrarse una criatura mas pródigamente dotada por la naturaleza que Genoveva Molinos. Era alta y bien proporcionada; el óvalo perfecto de su rostro habria podido servir de modelo á pintores y estatuarios; el cutiz era fino y trasparente, de un blanco sonrosado; los ojos negros y llenos de expresion; el cabello blondo y suave como el algodon de la ceiba; esbelta como la palmera, su aire todo era tan elegante y aristocrático, que apenas podia creerse que tal muger fuese la hija de aquel padre y de aquella madre. Demasiado altiva, como hemos dicho, para admitir los obsequios de los mozos de los talleres vecinos, aquellos pobres galanes desdeñados calificaban de fria y desabrida á la que encerraba en su pecho un corazon de fuego, y á la que sentia hervir en su cerebro agitado pensamientos nada correspondientes á la condicion en que la ciega casualidad la habia hecho nacer. Genoveva no solo no era fria, sino que amaba y amaba con delirio un ser ideal que su imaginacion ardiente y poética se habia forjado. Pobre alma destrozada! ¡Cuantas veces en medio de tus insomnios viste dibujarse la forma encantadora de aquel ser que creó tu fantasia febril! ¡Como apuraste el caliz desabrido del desengaño, cada vez que creiste tocar el bello fantasma que se desvanecia como una sombra, cuando extendias ansiosa los brazos para estrecharlo! Al fin llegó la hora en que aquella alma de martir encontró la encarnacion de sus do-

lorosos ensueños. Cuando á la luz incierta del crepúsculo de la tarde, vió al desconocido caballero, sencilla pero elegantemente vestido de negro, que la contemplaba con admiracion en la plaza á donde habia ido á ver las fiestas reales, Genoveva sintió un sacudimiento eléctrico en todo su ser y como si la lava de un volcan corriese por sus venas. Aquel hombre era el fantasma de sus delirios; el verlo y el amarlo fué tan instantaneo, como la muerte que ocasiona el rayo, como la idea que hace brotar en el entendimiento la impresion que de los objetos exteriores reciben los sentidos. Cuando aquel desconocido se arrojó á auxiliarla, ya ella le habia consagrado en el fondo de su alma ese culto ardiente, inextinguible, de que no pueden ni formar juicio siquiera los que solo comprenden el amor convencional que conoce y siente la generalidad de los mortales y que casi siempre no es mas que un mal disfrazado egoismo. Así, cuando Genoveva oyó que el caballero que la habia salvado quedaba tendido en su lecho medio muerto, sintió un dolor intenso, que jamas experimentara hasta entonces; y cuando escuchó que tenia la intencion de hacerse religioso, las furias del infierno destrozaron su alma. Habria querido permanecer en la sala donde estaban su padre, su hermano y su tio, continuando la conversacion en que sin duda se trataria del desconocido; pero á una seña que hizo el barbero á su hermano, previno este á Francisco y á Genoveva, en tono bondadoso pero firme, que fuesen á acompañar á su madre.

Luego que estuvieron solos, refirió Basilio á Andres la conversacion que tuvo con el Presidente aquella mañana, mientras lo afeitaba. La negativa del Conde á concederle la encomienda y la manera dura y depresiva en que se habia expresado, hirieron vivamente al herrero, que temblaba de ira, al escuchar lo que el barbero le contaba. Continuaron conversando en voz muy baja durante mas de una hora, y á eso de las diez se separaron, retirandose Basilio á su casa, que estaba algo distante.

CAPITULO V.

Las fiestas reales.

CONFORME al acuerdo del Ayuntamiento que consta del acta que transcribimos en el capitulo anterior, continuaron las fiestas reales en los dias 9, 10 y 11. Hemos visto que habria peñon, ó peñol de los indios; máscaras, toros y cañas; regocijos que por ser tan diferentes de los que hoy se acostumbran y como tan caracteristicos de la época remota en que se verificaron los sucesos que vamos refiriendo, merecen que nos detengamos á hacer de ellos una ligera descripcion.

La fiesta del peñon, era un simulacro del asedio del volcan de Quezaltenango por las fuerzas españolas al mando de Don Pedro de Portocarrero, cuando la sublevacion de los indios de Sacatepequez y otros, en 1526. Acosados por los tercios de aquel ilustre capitan y por los tlaxcaltecas, sus aliados, los reyes Sinacam y Sequechul, que se habian puesto á la cabeza de los descontentos, se replegaron con los suyos al volcan de Quezaltenango. Allí fueron derrotados por los españoles y presos los dos caci-

ques, con los cuales entró Portocarrero en Guatemala, llevandolos como trofeo de su victoria.

Aquel hecho de armas conmemoraba la fiesta del volcan, figurando la batalla los descendientes de los vencidos, para entretenimiento de los nietos de los vencedores. Tocaba el principal papel en la representacion, el del Rey Sinacam, al gobernador del pueblo de Jocotenango; y tan honrado se consideraba aquel funcionario indígena al figurar al desgraciado monarca, que hacia de su peculio el gasto del lujoso trage con que se ataviaba; y, segun refiere un cronista, hubo ocasion (en 1680) en que el gobernador de Jocotenango no quiso ceder el papel al de San Andres Itzapa, no obstante la oferta de 500 pesos. Poco mas de un siglo habia bastado para que se extinguiese todo sentimiento de independencia en la raza conquistada, ya que se disputaban el honor de representar al vencido Sinacam.

El 9 de Diciembre de 1621 se levantaba en la plaza mayor de la ciudad un mamotreto muy elevado, cubierto de yerbas, ramas y flores, que figuraba el volcan. Veianse en él varias cavernas, donde estaban encerrados diversos animales y en la cima una casilla, que llamaban la casa del Rey. Los pueblos de las inmediaciones de la ciudad habian trabajado desde muchos dias antes en la formacion y adorno de aquel mamotreto.

A las tres de la tarde se tendieron en la plaza, delante de la Catedral, dos compañias de arcabuceros, y al lado opuesto otras dos de caballeria. Si era esto aparato militar ó precaucion prudente, no acertaremos á decirlo. Una y otra cosa pudo ser, puesto que se trataba de un simulacro de batalla, y atendiendo á que pasaba de mil el número de indios que se reunian en la plaza para representar la farsa, con armas mas ó menos ofensivas.

A poco de haber entrado las tropas, los altos de los tres portales se coronaron de espectadores. La fiesta del volcan se hacia muy de tarde en tarde, pues era bastante

costosa; y asi, cuando se ejecutaba, atraia la atencion de las clases principales y del pueblo. A las cuatro entró por la calle que conduce hacia Jocotenango un numeroso cuerpo de indios desnudos, con *maxtates* y penachos de plumas, armados con arcos y flechas despuntadas. Aquellos fingidos guerreros iban todos embijados, lo que daba un aspecto mas extraño á aquel ejército. En seguida aparecieron las mascaradas, que figuraban á los españoles y á los indios de la conquista, capitaneados aquellos por Hernan Cortes y estos por Moctezuma; como tambien grupos de moros y cristianos. Multitud de indios, disfrazados con trages caprichosos, tocaban los instrumentos músicos nacionales, formando un ruido atronador y discordante. Por último entró el gobernador de los jocotecos, que hacia de Sinacam, conducido á hombros en una silla dorada, bajo un dosel de plumas de Quetzal y de Guacamaya, vestido con trage real y llevando en la mano derecha el cetro y en la izquierda un abanico. Por una escalinata formada en espiral en el mamotreto que figuraba el volcan y que los espectadores no veian por estar cubierta con ramas, fueron subiendo al Rey, hasta colocarlo en la casilla construida en la cima. Los guerreros de Sinacam tomaron posiciones en el cerro, esperando á sus adversarios, los descendientes de los tlaxcaltecas, que desembocaron por la calle que va á Ciudad vieja. Estos venian vestidos á la usanza española, con armaduras, espadas, broqueles y lanzas. Pronto comenzó el combate. Los supuestos soldados de Portocarrero formaron en torno del volcan una figura triangular, como la que tomó efectivamente el ejército castellano el dia 22 de Noviembre de 1526 al derredor del de Quezaltenango. Los sitiadores atacaban con ímpetu y los sitiados despedian nubes de flechas despuntadas, que cubrian la pequeña falange de los de Ciudad-vieja. Los espectadores aplaudian á los combatientes y los animaban con sus gritos y palmadas. Sinacam salió de su casilla, armado de una al parecer for-

midable maza de madera pintada, y se puso á la cabeza de los suyos, con tal ardor y brio, como si el espiritu de aquel infortunado y heroico guerrero hubiese bajado á animar en realidad al que lo representaba y que acertó á ser en aquella ocasion uno de sus descendientes. Despues de una hora de combate, los sitiados fueron replegandose, acosados por los tlaxcaltecas, y por último huyeron precipitadamente, rodando muchos del volcan abajo. Los de Portocarrero subieron hasta la cima y tomaron à Sinacam, que continuaba combatiendo con su terrible maza. Maniatado con una gruesa cadena de oro, fué conducido, enmedio de los victores y aclamaciones del público y al son de los instrumentos guerreros, al portal donde estaba el Presidente viendo la funcion y ante quien se puso de hinojos el prisionero. No fué este conducido á la cárcel, para permanecer allí quince años, como el verdadero Sinacam; pues hecha la sumision al que representaba la persona del monarca hispano, se volvió á su pueblo con todo su ejército, músicas y danzas, en alegre algazara; haciendo otro tanto los de Ciudad-vieja. Una abundante merienda en que no escasearon las bebidas regionales, que produjeron su efecto en los cerebros de los guerreros indios, terminó la fiesta del volcan. Retiraronse los concurrentes, satisfechos como si hubiesen presenciado una batalla verdadera y comentando los diferentes lances y los episodios mas notables del simulacro.

Al siguiente dia, desde muy temprano, los mismos que tanto se habian afanado en armar el volcan, se ocuparon en deshacerlo, debiendo estar la plaza despejada á las cuatro de la tarde para el juego de cañas. En la fiesta del dia anterior, los actores habian sido solamente los indios; en las cañas no debia tomar parte mas que la nobleza. Preparado el palenque y colocados los espectadores en sus puestos, entraron dos cuadrillas, formadas con los principales caballeros de la ciudad, que montaban fogosos bridones. Seria trabajo prolijo el mencionarlos á

todos; por lo que habremos de limitarnos á consignar los nombres de los Justinianos, familia originaria de Génova, y en aquella época una de las mas ilustres y ricas de Guatemala: los Medinillas, en sus dos ramas de Estradas y Carranzas; los Alvarez de la Vega; los Vazquez de Coronado; los Galvez; los Liras; los Tobillas y los Estopiñanes. Una de las cuadrillas reconocia como gefe ó padrino al Alferez Real, Don Juan B. de Carranza, ataviado con esplendidez y montando un alazan tan fogoso como el que causara el alboroto de la tarde anterior. Al frente de la otra iba el apuesto y elegante Don Luis Melian de Betancourt, Secretario del Presidente.

El juego de cañas, de origen árabe, era un simulacro de guerra. Llevaban los ginetes varas de igual dimension, y el ejercicio consistia en arrojarselas unos á otros, y en defenderse con las adargas ó broqueles. Todo esto se hacia en medio de diferentes giros y revueltas de las cuadrillas, lo cual daba mucha animacion al espectáculo.

El Ayuntamiento habia suministrado las cañas para el juego del 9 de Diciembre, y eran de dos varas y media de largo. Los padrinos ordenaron á los caballeros, y á una señal que dieron los clarines, partieron los caballos relinchando. Los mas diestros lucieron su agilidad y garbo en el juego, arrojando las varas con certero pulso á sus adversarios y recibiendo las de estos en los broqueles, que resonaban con el choque. Algunos ginetes poco prácticos recibieron golpes formidables y muchos cayeron de los caballos, entre la grita y los silbidos de la concurrencia. El Alferez Real y Don Luis Melian se encontraron el uno frente al otro, y despues de haberse saludado cortesmente, volvieron áncas á sus caballos, para colocarse en los dos extremos del palenque. Los otros justadores suspendieron el combate, para presenciar el encuentro de sus caudillos. A una señal dada, partieron con velocidad, encontrandose á la mitad de la plaza. El Alferez era alto, diestro y vigoroso; lanzó su vara y la re-

cibió Don Luis en el escudo. Iba este á arrojar la suya, pero el Alferez habia tomado otra de manos de su page y la volvió á arrojar á su contrario, encaminandola al costado derecho. Con la mayor presteza pasó Don Luis la adarga del uno al otro brazo y cubrió el punto á donde iba dirijida la vara. Carranza no aguardaba aquel movimiento, y cuando esperaba ver caer á su adversario, recibió en el pecho un terrible bote, pues Melian habia lanzado su vara. El Alferez Real perdió el equilibrio y cayó á los pies de su caballo. Apeose ligeramente Don Luis y fué á auxiliar á su adversario con hidalga cortesia. El pobre Alferez tuvo que retirarse del palenque asaz mohino y los demas caballeros continuaron el juego. Hubo un momento en que las dos cuadrillas se encontraron, combatiendo ochenta ó cien paladines á la vez. El espectáculo tuvo algo de grandioso. Los vistosos trages de los caballeros, los penachos ondeando al viento en la carrera de los caballos; las picas lanzadas por todas partes; los escudos reflejando los rayos del sol poniente; todo contribuia á formar un grupo animado y deslumbrador, que arrancó á la multitud aplausos entusiastas y ruidosos, que dominaron el estruendo de clarines y tambores.

Entre los curiosos que contemplaban el juego, se veia en un extremo de la plaza, un hombre vestido de perpetuan negro, tela que indicaba que el que llevaba aquel trage, no pertenecia á la clase mas acomodada, pero tampoco á la infima entre lo que se llamaba gente decente. Podria habersele tomado por un escribano, un procurador ó un boticario. Bajo la capa mantenia oculto el brazo izquierdo, que descansaba en un pañuelo, cuyas puntas estaban atadas en derredor del cuello. Otro individuo, vestido con igual ó mayor modestia, seguia al primero á dos pasos de distancia, pues el del trage de perpetuan iba recorriendo la plaza y se detenia frecuentemente á escuchar, aunque con aire de indiferencia, las conversaciones de las gentes del pueblo.

— ¿Vistes, decia un hombre á otro que estaba junto á él, como se ha puesto pálida la hija de Don Francisco Jiron en el momento en que el Alferez Real arrojó su vara con tanto impetu al Secretario, que parecia que iba á deshacerlo?

— ¿Como no?, contestó el interpelado, y vi tambien la alegria de la niña cuando fué el pobre Alferez el que vino al suelo, quedando su novio firme en la silla como el Santiago del escudo de la ciudad.

— Hablais de Don Luis y de Dña. Margarita, dijo un tercero, ¡preciosa pareja! ¿Que aguardarán que no se casan? ¿Será que él tiene algun miedo á la enfermedad de la familia?

— ¡Silencio!, dijo un viejecillo que se habia acercado al grupo sin ser advertido; esas cosas no se dicen en voz alta en una plaza llena de gente, cuando se trata de personas que tienen toda la proteccion del Sr. Presidente, como los Jirones. No diga la lengua por dó pague la cabeza, decia mi abuela.

— Buenas tardes, maestro, dijeron los otros, llevando las manos á los sombreros. No os habiamos visto, agregó el que habia comenzado la conversacion, y nos alegramos de que nos hayais escuchado, pues asi podreis informar al Sr. Presidente, cuando vayais á afeitarlo el juéves próximo, de lo que hemos dicho en realidad; no sea que nos levanten algun caramillo.

— No es facil que yo le diga nada, contestó el recienllegado, pues estoy casi resuelto á no afeitar ya á Su Señoria ni á ningun otro grande. Quiero dedicarme á ejercer mi oficio caritativamente con las personas de mi condicion.

— El diablo que te crea, viejo chismoso, dijo entre dientes uno de los interlocutores; le ha llegado la noticia de que han descubierto que es un espia y quiere engañarnos con esas marrullerias.

El cambio del maestro Basilio Molinos, á quien sin

duda han conocido ya nuestros lectores, era demasiado reciente, y el motivo que lo habia originado harto secreto, para que las gentes del pueblo pudiesen creer sinceras sus palabras. Suponiendo, pues, que trataba unicamente de inspirar confianza, se propusieron ser muy reservados con el barbero y se limitaron á hablar de generalidades que nada significaban. El barbero que conocia, aunque tarde, que su conducta anterior le habia enagenado el afecto de sus iguales, trataba de recobrarlo y queria conquistar la popularidad que le era indispensable para llevar á cabo sus nuevos designios. Demasiado perspicaz para que pudiese ocultarsele el recelo con que eran acogidas sus observaciones, queria, como todos los que cambian súbitamente de partido, ganar la confianza de aquellos á quienes se adheria, exagerando su ódio á los que abandonaba. Volvió, pues, á la carga y dijo:

— Ved como estos señorones gastan lo que no les cuesta en bagatelas. Con la mitad de lo que se ha gastado en estas mogigangas, podian haberse dotado cinco ó seis doncellas hijas de artesanos. Bien sabe Dios que no hablo por los mios, pues mi sobrina tiene su modo de pasar, gracias al trabajo de mi hermano; pero me parecen mal estas ostentaciones á costa de las pobres rentas del Ayuntamiento. Quien tiene cuatro y gasta cinco, decia mi abuela, no ha menester bolsico.

Cuando el barbero acabó de hablar, vió que sus oyentes se habian ido escabullendo con disimulo, uno en pos de otro, y que ya nadie lo escuchaba. Reventando de cólera y lanzando rayos por el único ojo que le habian dejado los doctores, exclamó:

— ¡Se han largado! me dejan solo, cuando abogo por sus intereses! Estúpidos!; no tienen ellos la culpa, sino yo, que me olvido de que, como decia mi abuela, el mayor mal de los males, es tratar con animales.

— Hay todavia otro mal peor, maestro, dijo el sugeto del brazo vendado, poniendo su mano derecha sobre el

hombro del barbero, que no habiendolo visto, se asustó al oir aquella voz. Hay otro mal peor, repitió, y es el no saber manejar los animales, cuando se tiene necesidad de tratar con ellos.

— Señor Don Juan, dijo Basilio, reconociendo al misterioso huesped de la Merced, á quien habia sangrado tres dias antes; ¡cuanto me alegro de veros! No habia yo advertido que estabais tan cerca; si no, os habria saludado. Estaba yo tan entretenido chanceando con esas buenas gentes, que no vi cuando llegasteis.

—Llegué, contestó Don Juan con la mayor naturalidad, cuando deciais que ya no queriais afeitar al Sr. Presidente, por dedicaros á servir á vuestros iguales. Despues discurristeis como un economista capaz de rivalizar con Antonio Serra, respecto á los gastos hechos en las fiestas. ¿Son esas las chanzas de que me hablabais?

— Efectivamente, Señor Don Juan, contestó el barbero algo corrido, todo eso dije, porque me gusta poder formar juicio de la opinion pública; no para hacer mal uso de lo que averigüe, sino para mi propio gobierno, pues como solia decir mi abuela, de los escarmentados se hacen los arteros.

— Segun eso, replicó Don Juan, gran repúblico debeis de ser, y asi entendereis de cosas de gobierno, como de raer mejillas y sacar muelas.

— De todo un poco, señor caballero; pues cual el tiempo tal el tiento, decia mi abuela; y en esta edad de hierro en que nos ha tocado vivir, es menester saberse brujulear, si quiere uno salir avante y no quedarse en lo mejor á buenas noches.

— ¿Y como està vuestra sobrina?, preguntó el desconocido, variando repentinamente la conversacion.

Contento el taimado del barbero de verse libre de un asunto que no dejaba de ser escabroso, contestó:

— Muy bien, señor, gracias á Dios y á Vuesa Merced. La pobrecilla pudo haberlo pasado mal, sin vuestra

oportuna y generosa intervencion. Mi hermano, excelente hombre, señor Don Juan!, estuvo en la Merced con el objeto de daros las gracias; pero no se le permitió entrar.

— Lo siento, maestro, replicó Don Juan; decid á vuestro hermano que lo aguardo mañana á las diez de la noche; que vaya por la puerta excusada que da á la calle de Santa Teresa; que llame y le abrirán; y si vos quereis acompañarlo, tendré mucho gusto en veros. Yo tambien soy algo aficionado á cosas de república y podremos departir algunos ratos.

El barbero hizo una profunda reverencia y el desconocido dió la vuelta, continuando su excursion al traves de los grupos de gente. El juego de cañas estaba terminado. El sol habia ocultado su disco luminoso detras de los cerros que ciñen con un cinturon de perpetua verdura el risueño valle en cuyo centro se erguia, imponente y magestuosa, la capital del reino. La plaza estaba perfectamente iluminada con hachas de cera, colocadas en los barandales del portal del Real Palacio y en los del Ayuntamiento y con teas sobre las torres de la Catedral. Las mascaradas continuaban sus bailes y representaciones, é iban á quemarse varias piezas de pólvora, que figuraban torres, barcos y dragones alados. El huesped de los mercedarios se embozó en su capa, bajó su sombrero hasta cubrirse casi los ojos y se situó en un punto desde el cual podia observar á los funcionarios principales que ocupaban el mismo lugar que en la tarde de la jura. La mirada escrutadora de Don Juan recorrió la línea que formaban Presidente, oidores, oficiales reales y personas de la nobleza, y en seguida dirijió su atencion al brillante y animado grupo que formaban las damas, con quienes conversaban varios caballeros. Una sobre todas sorprendió al observador, mas que por la regularidad de sus facciones, por la viveza y gracia de su rostro peregrino. Era de mediana estatura, bastante morena, ojos negros, notables por su brillo y expresion en un pais donde los

tienen hermosos aun las mugeres menos favorecidas por la naturaleza. La nariz era perfectamente delineada y la boca de un atractivo indefinible, á pesar de ser el labio inferior un poco grueso. Aquella jóven, sentada junto á una señora de algo mas que mediana edad, reia alegremente y conversaba con un caballero de elevada estatura y cuya cabeza, cubierta de una cabellera blonda, revelaba inteligencia, energia y decision. Vestía un elegante trage de terciopelo color de granate con adornos de plata; tenia en la mano izquierda un sombrero negro con plumas blancas, cogidas con una presilla de esmeraldas y apoyaba el brazo derecho en el respaldo del sillon que ocupaba la dama.

El desconocido no volvió á separar los ojos de aquella jóven, que lo impresionó vivamente; si bien no podriamos llamar amor al sentimiento que hizo brotar en su alma, pues eso seria una profanacion. Muy agena de aquel incidente, que debia sin embargo tener una influencia decisiva en su suerte, la noble doncella escuchaba con complacencia las palabras del gallardo mancebo colocado á sus espaldas, y volviendo un poco la cabeza, le contestaba de vez en cuando, con una sonrisa agradable y en un estilo que mostraba la clase de relaciones que existian entre ambos jóvenes.

— ¿Y no habeis podido averiguar al fin, Margarita, decia el caballero, quien fué el hombre que salvó ayer á vuestra protegida, interponiendose tan valerosamente entre ella y el caballo del Alferez?

— No, Don Luis, contestó la dama; nadie ha podido dar razon de él, y á fé que me holgaria de conocerlo, pues debe tener valor.

— ¿Os gustan los hombres valientes, Margarita?

— Naturalmente, Don Luis. ¿No lo sois vos? Debe gustarme todo aquello que se os parezca.

— Pues siendo asi, ese desconocido tiene desde luego, sea quien fuere, todas mis simpatias, Margarita; pues-

to que yo amo todo cuanto á vos os agrada.

— Tratad, pues, caballero, de que vuestros hechos correspondan á vuestras palabras y buscadme á ese misterioso protector de Genoveva para.... Don Luis, exclamó la dama, interrumpiendose, ¿conoceis á ese hombre que está apoyado en el palenque y que nos mira con tanta atencion?

Don Juan apoyaba en efecto su brazo derecho en la barrera que se habia levantado para formar el circo del juego de cañas. Muy poco distante del punto donde estaban los dos jóvenes, pudo ser visto, á favor de la iluminacion de la plaza, aumentada por la de una torre de pólvora que ardia en aquel momento.

— Es la primera vez que lo veo, dijo el caballero; y á lo que puedo juzgar desde aqui, tiene un no sé que de siniestro y terrible.

— Igual impresion que á vos me ha hecho á mí, replicó la jóven. Apostaria yo á que debe ser muy diferente de ese desconocido, cuyo aspecto casi me da miedo sin saber por qué, el individuo de quien acabamos de hablar.

— Debe ser como decis, contestó Don Luis, con aire preocupado, y apartó la vista del punto donde estaba Don Juan.

Margarita se entristeció sin poder darse cuenta de la causa secreta que la habia hecho cambiar de humor tan repentinamente. Acabaron los fuegos artificiales y fué la hora de retirarse. La jóven volvió los ojos involuntariamente hacia el palenque; el desconocido no estaba ya.

Don Luis Melian condujo á la dama, su prometida esposa, y á la madre de esta, que era la que la acompañaba, á casa de D. Francisco Jiron Manuel, padre de la primera y esposo de la segunda, y volvió al Palacio, donde tenia su habitacion; siendo, como ya hemos indicado, Secretario del Presidente y Capitan general del Reino.

CAPITULO VI.

Presentimientos.

DOS ó tres veces hemos tenido ya que mencionar en el curso de esta narracion á la familia de Jiron Manuel y aun hemos hecho conocer á la jóven Margarita, hija de D. Francisco, gefe á la sazon de aquella rica y noble casa. Los Jirones emparentaron con la descendencia de Jorge de Alvarado, el mas distinguido y famoso de los hermanos de Don Pedro. El cronista Fuentes y Guzman, al hablar de los conquistadores y primeros vecinos de Guatemala y de su descendencia hasta el tiempo en que él escribia, que fué en los últimos años del siglo XVII, dice que la sucesion de Jorge de Alvarado que habia en Guatemala, procedia del primer matrimonio de aquel caballero con Dña. Lucia Jicotencal, hija del Señor de Tlaxcala y hermana de Dña. Luisa, madre de Dña. Leonor de Alvarado.

Don Francisco Jiron Manuel, de muy clara estirpe. pues por Jiron estaba emparentado con los duques de

Osuna, condes de Ureña y marqueses de Peñafiel, y por Manuel descendia del Infante Don Manuel, hijo del Santo Rey Fernando, casó con Dña. Isabel de Alvarado Jicotencal, que dió á luz, en el año 1600, un niño que recibió el nombre de Pedro, en memoria del Adelantado, su ilustre tio abuelo. A los dos años nació una niña, á quien se bautizó con el nombre de Margarita. Habiendo determinado el jóven seguir la carrera eclesiástica, habia recibido los sagrados órdenes hasta el diaconado.

Todo parecia concurrir á hacer de la familia Jiron Manuel una de las mas felices que podian existir sobre la tierra. Don Francisco era considerado y respetado por lo ilustre de su sangre, por la nobleza de su caracter, por su elevada inteligencia y por su considerable fortuna. Habia ocupado ya los primeros puestos públicos, y si bien en la época en que pasaron los acontecimientos que vamos refiriendo no desempeñaba cargo alguno, su influencia era muy grande y el Presidente, Conde de la Gomera, no resolvia ningun negocio importante sin oir su parecer, que casi siempre prevalecia en los consejos privados del Capitan General del reino.

Don Francisco era el hijo primogénito de un caballero que vino á establecerse en Guatemala en los dias de la conquista. No llegó como otros de sus paisanos sin mas bienes que su espada; Jiron trajo una regular fortuna, que supo acrecentar con su industria y que se hizo una de las mas importantes del reino, mediante su alianza con una jóven, hija única de un rico propietario.

A la muerte de su padre, Don Francisco se encontró gefe de una familia numerosa y con una fortuna considerable en fincas y negocios comerciales. Sus hermanos y hermanas, menores que él, habian ido casandose, permaneciendo célibe el primogénito, con no poco disgusto de la familia, que lo instaba incesantemente á que eligiese entre las señoras de su clase una consorte que le proporcionase un sucesor al rico mayorazgo fundado por el pa-

dre comun. Don Francisco habia rehusado constantemente el casarse, eludiendo con diferentes pretextos las instancias de sus parientes. No podia confesar la causa secreta de su negativa. Profundamente apasionado de una jóven de clase harto humilde, ni se resolvia á romper los lazos que á ella lo ligaban, ni podia imaginar siquiera el escándalo de un matrimonio con la hija de un menestral. La jóven á quien amaba Don Francisco Jiron Manuel, era hermana menor de la muger del herrero Andres Molinos. La madre era la única que sabia aquellas relaciones ilegítimas, que el caballero habia logrado mantener ocultas, visitando á su amada con las mayores precauciones. El resultado de aquella intimidad fué que la jóven vino á encontrarse próxima á ser madre, y quiso la casualidad que esto sucediese en ocasion en que su hermana se hallaba en una situacion semejante, despues de habersele malogrado varios hijos. El alumbramiento de las dos hermanas hubo de verificarse en la misma noche, y estando ausente el herrero Molinos. La madre era una muger naturalmente astuta y mala; tenia una predileccion marcada por la muger del herrero, y desde que llegó el momento crítico, trazó un plan diabólico, para el caso de que, como era muy probable, se malograse el hijo de su preferida y viviese el de la otra. Iba y venia de la casa de la soltera á la de la casada, sin permitir que persona alguna extraña se les acercase. La esposa del herrero dió á luz una niña, muerta como los otros hijos, y media hora despues nació la hija de la soltera, viva, pero causando la muerte de la infeliz á quien debia el ser. La madre tomó á la recien nacida, la envolvió cuidadosamente bajo su manto y desapareció. Una hora despues, la jóven á quien tanto habia amado Don Francisco Jiron Manuel, estaba tendida en la salita de la casa, con el cadáver de una niña al lado. La muger del herrero tenia una hija, que segun decian, le habia vivido milagrosamente; lo que, á juicio de las vecinas, era una gran for-

tuna para ella, pues el marido no se conformaba con que se le murieran los hijos y cada vez que se le desgraciaba alguno, sufria su pobre muger los efectos de su cólera. Cuando regresó Andres Molinos, encontró la feliz nueva y desde aquel momento, amó con idolatria á aquella niña, sin poder comprender jamas el desabrimiento que le mostraba la que pasaba por su madre. Don Francisco Jiron fué llamado dos horas despues de ocurrida la desgracia que le arrebatara al mismo tiempo la muger á quien adoraba y el fruto de aquellos amores culpables. Abrumado de dolor, el caballero fué á sepultarse durante un año en una de sus haciendas, desahogando en la soledad la pena que lo desgarraba. El tiempo que todo lo cura, fué mitigando su afliccion; volvió á la ciudad y continuó protegiendo á la familia toda de aquella jòven desgraciada. A los tres años Don Francisco, cediendo al fin á las instancias de sus deudos y amigos, resolvió casarse y pidió la mano de Dña. Isabel de Alvarado, que le fué concedida con la mejor voluntad. Celebrose el matrimonio; al año nació el hijo varon y dos despues la hija. El caracter angelical de la compañera que habia elegido, hizo que Don Francisco, ya que no lograse olvidar completamente la triste y secreta historia de sus desgraciados amores, no conservase de ella sino un recuerdo, que solo de vez en cuando se reproducia en su memoria; originando ciertos accesos de melancolia, que aflijian y alarmaban en sumo grado á Dña. Isabel. Era bien sabido que se habian dado tres ó cuatro casos de locura en individuos de la familia de Jiron, y regularmente los primeros sintomas habian sido el abatimiento y la tristeza á que parecia tan propenso Don Francisco. Recomendó este al herrero Molinos y á su muger que enviasen frecuentemente á su casa la niña, cuya semejanza con la muger á quien habia amado impresionó vivamente al caballero, aunque pareciendole harto natural, pues suponia á Genoveva sobrina de aquella. La jóven se crió, pues, mas en

casa de Jiron que en la de aquellos que pasaban por sus padres y á quienes ella consideraba como tales, y Margarita la veia como una hermana, aunque á los ojos de Dña. Isabel y del público no fuese sino la protegida de aquella familia poderosa.

Margarita estaba prometida en matrimonio al Secretario del Presidente, Don Luis Melian, y se aguardaba solamente el consentimiento del padre de este jóven, para que se cumpliesen los votos de los dos amantes, para quienes el tiempo caminaba harto lentamente, desde el momento en que Don Francisco Jiron y su esposa consintieron en dar su hija á aquel cumplido caballero, poniendo por única condicion el allanamiento de su familia, que el Conde de la Gomera se encargó de obtener. En el momento en que da principio á esta narracion, se aguardaba una respuesta que debia poner el colmo á la felicidad de los dos jóvenes. Extendiase delante de su vista un horizonte color de rosa, en cuyo término apuntaba la brillante aurora de su dicha.

Estando destinado Don Luis Melian de Betancourt á hacer uno de los principales papeles en esta historia, se nos permitirá demos á conocer su caracter, tan completamente como nos sea posible. Era oriundo de Canarias y descendia de Juan de Bethencourt, Baron de San Martin de Gallard, que conquistó aquellas islas en 1402, con auxilios que le proporcionó Enrique III de Castilla, que lo reconoció como rey de ellas, mediante cierto feudo á la corona de España. Era ademas sobrino del Conde de la Gomera, Don Antonio Peraza, que descendia tambien de los soberanos de Canarias, por Fernando Pernaza, ó Peraza, uno de los sucesores de Juan de Bethencourt, apellido que se escribió Betancourt, cuando aquella familia fué á establecerse á España. Cuando el Conde de la Gomera fué promovido de la gobernacion de Chucuito á la presidencia de Guatemala, se trajo como Secretario á Don Luis, que se hallaba por ciertos negocios de su familia en

el Perú, y contaba en aquella época veintiseis años. Cuando comienza nuestra narracion Don Luis tenia treinta y seis. Poseia una inteligencia clara y cultivada y consagraba las horas que le dejaban libres los serios trabajos del gabinete, á la poesia, rocio celestial que vivifica el árido desierto de la vida. Rodeado de una naturaleza privilegiada; con bosques seculares cuyo solemne silencio no ha interrumpido jamas acento alguno humano; con lagos transparentes que reflejan en su limpido cristal el mas bello de los cielos; con rios que se precipitan entre rocas gigantescas, en espumantes cataratas; con selvas pobladas de habitantes que apenas conoce el viejo mundo; con una infinita variedad de flores, de formas y matices caprichosos; con volcanes que esconden en las nubes sus áridos picachos y á cuyas plantas yacen hacinados los escombros de ciudades populosas; con ruinas monumentales, vestigios de una civilizacion que pasó, sin dejar otro recuerdo que tradiciones confusas y geroglíficos misteriosos, cuyo verdadero secreto aun no ha podido adivinar la ciencia; con esos elementos, raudales fecundísimos de inagotable inspiracion, Melian era poeta; no con esa falsa y mezquina poesia, ya que es necesario darle este nombre, que sigue los senderos trillados y sin aliento para desplegar las alas y remontar el vuelo, se arrastra y languidece, produciendo tan solo concepciones raquíticas y perecederas. Melian era el poeta del sentimiento y de las pasiones nobles. Sin adornos postizos que desfiguran en lugar de embellecer; sin galas exóticas que deslustran la frescura del pensamiento; verdadero, profundo, espontáneo, era el poeta de las armonias celestiales, el cantor de la virgen naturaleza americana. Margarita, hada misteriosa para quien resonaban unicamente los acentos de aquella lira, se estremecia al escuchar el lenguage divino que hacia vibrar las mas delicadas fibras de su corazon apasionado y tierno. Amaba á Don Luis con toda la energia de su alma y suspiraba por el momento en que habia de

ver convertidas en realidad sus mas ardientes y lisongeras esperanzas.

Hemos referido en el capítulo precedente la impresion que la mirada del desconocido hizo en la hija de Don Francisco Jiron Manuel. Si se hubiese preguntado á la jóven acerca de la naturaleza verdadera de aquella sensacion, probablemente no habria podido dar una explicacion satisfactoria. ¿Fué interes, repulsion, terror ó miedo lo que causó aquella mirada en el corazon impresionable de Margarita? Acaso fué todo eso á la vez.

El sueño de la jóven fué muy agitado aquella noche. La figura severa y varonil del desconocido, tan sencillamente vestido, que apenas podia tomarsele por un caballero, se interponia entre ella y el brillante y poético Don Luis, cada vez que la apasionada amante extendia los brazos para estrechar al que iba á ser su esposo. Margarita derramaba lágrimas de desesperacion, y sin embargo, no tenia fuerzas para maldecir á aquel hombre que ejercia ya sobre ella esa especie de fascinacion que ejerce un abismo sobre las personas de cabeza debil. Aquella mirada altanera, imperiosa, atractiva, estaba clavada como un dardo de fuego en la imaginacion de la hija de Don Francisco Jiron. Al siguiente dia muy temprano envió á llamar á Genoveva Molinos, á quien, como ya hemos dicho, se habia unido Margarita con los lazos de la mas íntima y tierna amistad, á pesar de la enorme distancia que existia aparentemente entre aquellas dos hijas de un mismo padre.

Genoveva estaba pálida y desencajada; pero Margarita no observó aquel cambio en el semblante de su amiga. Arrojandose en sus brazos, le dió cuenta del terror de que se hallaba poseida y de la impresion que le hiciera aquel hombre de fisonomia siniestra, á quien veia por la primera vez. Genoveva se sonrió tristemente, al escuchar lo que decia Margarita y calificó sus temores de aprehensiones pueriles é infundadas. La hija de Jiron hizo en-

tonces una descripcion exacta de aquel desconocido, cuya fisonomia, porte y trage se habian grabado profundamente en su memoria. A medida que la jóven describia al hombre que tan extraña impresion le habia causado, el asombro se pintaba en el semblante de Genoveva, que reconoció por la descripcion de su amiga, al caballero que acudió en su auxilio la tarde de la jura.

— ¿Conoces á ese hombre, Genoveva?, dijo Margarita, que advirtió la turbacion de su amiga.

— Si, contestó la supuesta hija del herrero; lo que me dices de ese desconocido me indica que es el caballero que con tanto valor y generosidad acudió en mi auxilio cuando estuve á punto de caer bajo los cascos del caballo del Alferez Real. A la verdad, Margarita, que no sé por qué pueda haberte causado una impresion tan desagradable. Sin ser jóven como Don Luis, ese hombre no es viejo todavia y hay en todo su aspecto un aire de nobleza y de distincion, que no es comun ni aun en las personas de clase principal.

— Yo no he podido juzgar de esas circunstancias, pues apenas lo he visto; pero la mirada de ese individuo tiene un no sé qué de horroroso y siniestro, que me ha hecho estremecer. ¿Que especie de relacion puede haber entre él y yo? Ninguna, lo comprendo; y sin embargo, el corazon me dice que ese hombre ha de influir de un modo siniestro en mi destino. ¡Ah Genoveva! ¡Que desgracia que se haya retardado esa respuesta que Don Luis y yo aguardamos con tanta impaciencia!

— ¿Pero tu prometido esposo no puede acaso disponer de si mismo? dijo Genoveva.

— Conforme á la ley, dicen que si; pero el Conde su tio es muy severo en todo lo que se refiere á la autoridad paterna, y de acuerdo con mi padre, que no lo es menos, ha dispuesto aguardar el consentimiento del de Don Luis. Se ha escrito á Canarias y no se ha tenido respuesta: despues al Perú, donde ha residido algun tiempo

la familia de Melian y por último á México, pues se dijo que Don Antonio habia pasado á la Nueva España con un empleo; pero todo ha sido inutil. ¡Que desgracia!

— Al fin vendrá, Margarita, contestó Genoveva; tu felicidad se retardará un poco tal vez; pero llegará. Desgracia es amar lo que no puede obtenerse; haber entregado el corazon á un ser de quien probablemente nos separa un capricho de la suerte; esperar lo que sabemos que no ha de llegar jamas, esa es amiga mia, la mas cruel de las desdichas.

Los ojos de la hija del herrero se llenaron de lágrimas al pronunciar estas palabras, cuyo sentido oculto no pudo comprender Margarita Jiron. Ignoraba que aquella desgraciada amaba al desconocido con todas las fuerzas de su alma y que se consideraba separada de él por el nacimiento. Genoveva habia desdeñado á los hijos de los artesanos y se encontraba condenada á amar á quien parecia tan superior á ella en condicion. ¡Ciega y severa justicia de la suerte, que nos mide con la misma vara con que hemos medido á los demas!

Separaronse las dos amigas profundamente pensativas, y preocupadas del mismo objeto: el desconocido personage que tan viva impresion habia causado en el ánimo de las dos jóvenes. Por la primera vez en su vida, Genoveva ocultaba á Margarita los secretos de su alma; no sintiendose con fuerzas para confesarse ni aun á si misma aquel amor que un presentimiento secreto le representaba ya como un manantial de desventuras. Sin considerarse interesada por aquel hombre extraño, la hija de Don Francisco Jiron Manuel creia escuchar en lo íntimo de su corazon una voz que le auguraba mil desdichas de que él seria autor y se esforzaba en vano por desecharlo de su memoria. El rostro pálido y la mirada imponente del desconocido permanecian indelebles en su imaginacion, durante el dia, y por las noches la asediaban como una espantosa pesadilla.

Sin atreverse á revelar á su padre la causa de sus temores, que la fria y severa razon del anciano habria calificado sin duda de pueril, Margarita suplicó á Don Francisco, bañada en lágrimas, que apresurase su matrimonio; pero Jiron era de aquellos hombres que una vez tomada una resolucion, no vuelven atras por ninguna consideracion humana. Por una confianza exagerada en sus propios juicios, ó por cualquier otro motivo, las determinaciones de aquel hidalgo eran, en los negocios domésticos como en los públicos, irrevocables. Asi, la pobre jóven recibió una negativa rotunda y la seguridad de que el enlace no se verificaria sin el consentimiento del padre de Don Luis, que poco tardaria ya, añadió Don Francisco, siendo probable hubiese recibido en México la carta de su deudo el Presidente. Margarita tuvo que conformarse, sin replicar una sola palabra, pues sabia que su padre no gustaba de que se hiciesen observaciones á sus mandatos, y se limitó á pedir á Dios, en lo intimo de su alma, alejase las desgracias que le hacia temer un secreto y atormentador presentimiento.

CAPITULO VII.

Investigaciones.—Encuentro de un oidor con una fantasma.

EN la noche siguiente á aquella en que se verificó el encuentro del maestro Basilio Molinos con el llamado de Don Juan, en la plaza mayor, en medio de los grupos de curiosos que veian los fuegos artificiales, el barbero, embozado hasta el ojo y acompañado de su hermano Andres, que caminaba con igual precaucion, se dirijia, por la calle solitaria de Santa Teresa, á la puerta excusada de la huerta de los padres mercedarios. Al llegar, Basilio llamó de un modo particular é inmediatamente abrió la puerta un negro, que sin decir una sola palabra, echó á andar delante de los dos hermanos, como para conducirlos. Cuando hubieron atravesado los bosquecillos de arboles frutales, llegaron á una puerta pequeña; llamó el negro, abrió un criado blanco, tan taciturno como el esclavo, é hizo entrar à los dos artesanos.

Encontrabanse estos en la pieza que servia de gabinete al misterioso huesped, y pudieron advertir que algu-

nos de los objetos que ahí veian no estaban enteramente en armonia con las inclinaciones que se suponian al llamado Don Juan. Pendientes de la pared, estaban dos hermosas hojas toledanas y dos pares de trabucos y sobre la mesa una esfera, instrumentos de matemáticas y un libro ábierto, que tomó el curioso barbero, para ver si las lecturas del sugeto eran mas conformes á un candidato al hábito religioso que las espadas y las pistolas. Aunque la obra estaba en latin, Basilio no bien hubo visto el título en la portada, lo dejó caer sobre la mesa, santiguandose. Tenia escrito en gruesos caracteres: DE RERUM NATURA, pues era el célebre poema panteista de Lucrecio, edicion de Venecia de 1486.

— ¿Es cosa de hereges?, preguntó el herrero en voz baja y con espanto.

— Pues es nada! contestó Basilio en el mismo tono; cansado estoy de oir decir al Padre Provincial primores acerca de este libro, que Su Paternidad ha leido con dispensas de Roma y otros mil sacramentos. Lo dicho dicho, Andres, aquí hay gato encerrado, y este señor Don Juan ó como se llame tiene tantas trazas de hacerse fraile, como yo turco. Ojo al cristo, decia la abuela, que....

El barbero no concluyó, pues se presentó en el gabinete el huesped y saludó con una ligera inclinacion de cabeza á los dos artesanos, que se levantaron, haciendo una profunda reverencia. Don Juan echó una mirada rápida á la mesa y notó que el libro no estaba en la misma posicion en que lo habia dejado.

— ¿Entendeis vos latin, maestro?, dijo Don Juan, dirijiendose á Basilio, á quien sorprendió aquella pregunta, lanzada á quema ropa.

— Señor, contestó muy turbado, allá en mis mocedades estuve repasando el arte en la celda del Padre Fr. Bonifacio, que se empeñaba en que yo habia de ser un sabio; pero jamas pude pasar del *Quis vel qui.* No me sentia inclinado á las letras y preferí aprender un oficio que

me diera de comer, recordando siempre que decia mi abuela, fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te importa.

— Pues parece que la fortuna no os ha faltado, replicó el huesped de los mercedarios. Segun he oido decir, habeis venido á ser el hombre de las confianzas del Presidente, lo podeis todo con él, nada os niega y cualquiera que viniese por acá con ánimo de pretender, no podria buscar mejor padrino que el maestro Basilio.

El barbero fijó su ojo investigador en la fisonomia de Don Juan, tratando de encontrar en ella algo que completase la idea que le hacian concebir las palabras que acababa de escuchar. Aquel hombre ¿seria talvez un pretendiente que buscaba su proteccion como tantos otros lo habian hecho? Quizá seria así; pero la mirada indiferente y soñolienta del sugeto no dió indicio alguno que pudiese guiar al perspicaz barbero, que no sabiendo á qué atenerse todavia respecto á aquel misterioso personage, se propuso ser muy cauto en la conversacion.

— Señor Don Juan, dijo con aire modesto el taimado artesano: aunque decia la abuela que la voz del pueblo es la voz de Dios, yo en esa parte no soy del parecer de la difunta, y creo que ese proverbio es generalmente falso. Lo que sucede conmigo es una prueba de esto. Se me supone con el Ilustre Señor Presidente mas favor del que la suma bondad de Su Señoria me concede. Mi tal cual experiencia, mis relaciones con todos los señores de la ciudad con quienes la profesion me pone en contacto; mi proverbial reserva y discrecion; mis costumbres honradas y cristianas, he aqui lo que ha hecho que Su Señoria suela hablarme de las cosas del gobierno una ú otra vez, cuando voy á afeitarlo. Esto, Señor Don Juan, me ha creado enemigos, no solo entre las personas de mi condicion, sino aun entre algunos sugetos principales, que me envidian, creyendome el favorito del Sr. Conde. No saben, sin embargo, que es mas el ruido que las nueces,

que yo puedo bien poco y que quizá no he logrado alcanzar ni aun un insignificante favor para alguno de los mios.

Al decir esto, el barbero echó al soslayo una mirada significativa á su hermano, que movió la cabeza ligeramente, poniendose encendido como la grana. Don Juan, á quien nada se escapaba, observó aquel incidente, y volviendose al herrero, dijo:

—¿Y que es lo que puede desear el maestro Andres Molinos, artesano querido en su barrio, rico, mas rico que muchos señores; padre de un guapo mancebo, que lo desempeña perfectamente en el oficio y de una doncella que puede apostarselas con las mas gallardas de la ciudad, tanto por la belleza como por la discrecion?

—Se exageran un poco las comodidades que me ha proporcionado el favor de Dios, señor caballero, respondió Andres. Es verdad que á fuerza de trabajo y de economia, he llegado á adquirir una fortuna decente; y tambien es cierto que los dos muchachos son el consuelo de mi vegez. Pero este señor Presidente.....

—En esta vida, interrumpió el barbero, que sin duda temió que su hermano dijese mas de lo que convenia; en esta vida no hay dicha cumplida, como decia mi abuela. Andres, señor, es hombre de bien, es acomodado, su muger es una santa, sus dos hijos son dos ángeles; pero le han metido en la cabeza que ha de tener una encomienda, y el Señor Conde, que es muy recto y escrupuloso, Ave Maria! se niega; porque.... ya se ve.... no se hizo la miel para el pico del zope, decia la abuela. Su Señoria tiene tal vez razon, que aunque no falten ejemplos de encomiendas concedidas á los que no son descendientes de conquistadores, ni tienen gran mérito personal, no por eso se ha de faltar á cada rato á las reales disposiciones. Lo justo, justo. Si otros lo han hecho, allà se lo hayan; ellos responderán á Dios y al Rey; su alma en su palma, como decia mi abuela.

Andres callaba; pero habia tal expresion de furor concentrado en sus facciones toscas y fuertemente acentuadas, que Don Juan pudo deducir facilmente, tanto de la mordaz ironia del barbero, como del silencio y del juego de la fisonomia del herrero, que el Presidente y Capitan General del reino tenia en aquellos artesanos dos implacables enemigos.

— ¿Y hay alguna constancia, preguntó Don Juan, con aire indiferente, de esas concesiones de encomiendas á sugetos que no sean de la mas calificada nobleza y descendientes de conquistadores?

— Mas de cuatro, señor caballero, contestó Basilio; y ahi en la Secretaria del Sr. Presidente están los autos que no me dejarán mentir. Ya se ve, en esos casos habia de por medio protecciones poderosas y sabeis, Señor, que al que á buen arbol se arrima, como decia.....

— Pero vosotros, interrumpió el huesped de los mercedarios, contais, segun he oido, con el apoyo de uno de los caballeros mas respetables, un Don Francisco.....

— Jiron Manuel, dijo el barbero; si señor; es verdad que algun cariño le debemos; pero obras son amores, y hasta aqui nada ha hecho Don Francisco en favor de mi hermano en lo de la encomienda. Ya se ve, anda el pobre señor tan cuidadoso con el negocio de las alcabalas, en que cuentan que está cogido medio á medio, y como dicen que el oidor Araque no ha dejado de batirle el cobre al Sr. Presidente con este negocio, probandole que las rentas van en decadencia....

— ¿Y vos creeis eso, maestro?, preguntó Don Juan con aire de duda.

— Yo, señor, replicó el barbero, ni quito ni pongo Rey, como decia la abuela. El descontento y la grita es general entre ricos y pobres, porque tanto pesan las alcabalas sobre los encomenderos, mercaderes, dueños de obrages y tratantes, que pueden pagar sin arruinarse,

como sobre los miserables labradores y artesanos, que á duras penas y quitandonos el bocado de la boca, pagamos la contribucion á S. M.

La natural locuacidad del barbero y la mala disposicion de que se encontraba animado lo habian arrastrado á decir mas de lo que habria querido. No las tenia todas consigo respecto á su misterioso interlocutor. ¿Era un enemigo ó un amigo del Presidente? Nada podia decir acerca de esto. Temió, pues, haber dado demasiada suelta á la lengua, y queriendo atenuar el alcance de sus últimas palabras, añadió:

— Cuenta, señor, que yo en todo esto nada pongo de mi bolsa; digo lo que dicen y santos en paz. El Sr. Conde es el que gobierna; los señores del Cabildo hacen los repartimientos y los señores oficiales reales recaudan. A nosotros no nos toca mas que callar y pagar, como leales vasallos de S. M. y allá otros darán cuenta á Dios y al Rey de lo que hicieren.

— ¿Y que clase de compromisos, preguntó Don Juan, puede tener en esos asuntos un caballero particular como lo es Don Francisco Jiron Manuel?

— Ahi vereis, señor, contestó el barbero, lo que son las cosas del mundo. Don Francisco fué regidor el año pasado y tuvo que hacer el repartimiento, junto con el señor Alcalde Don Marcos de Estopiñan y con otro regidor, Don Pedro de Lira. Se armó gresca sobre el tanto mas cuanto, y como aqui han dado en decir que cuanto se hace es obra de Don Francisco, cátate que los quejosos (y son muchos) le han echado el muerto y dicen que él tiene la culpa de los repartimientos excesivos. Unos cardan la lana y otros llevan la fama, decia mi abuela.

— ¿Y vos que decis?, preguntó Don Juan, con aire distraido y hojeando el poema de Lucrecio, que tomó de la mesa.

—Yo, señor, contestó Basilio, digo que algo tiene el agua cuando la bendicen, como decia la finada. Será ó no será y tanto hay de ancho como de largo. Me he propuesto entender en mi oficio y nada mas y que cada palo aguante su vela. No quiero que me tomen en boca, ni me sigan gastando el nombre, con Basilio hizo y Basilio dijo; barbero soy y barbero he de morir. Yo no aspiro á corregimientos, ni he de ser alcabalero. Iré á Palacio y á las casas grandes los jueves y los domingos, estuche al brazo, á afeitar y peinar y punto en boca. Si me preguntan, mis respuestas serán si ó no, como enseña el catecismo; que como decia la abuela, la lengua guarda el pescuezo. Si las cosas van bien ó van mal, que con su pan se lo coman; que yo no me he de meter en camisa de once varas.

— Y si hubiera alguno, dijo Don Juan sin levantar los ojos del libro, que os asegurara, no solo la consecucion de la encomienda que desea vuestro hermano, sino otros mas importantes favores, ¿que diriais?

Un rayo de alegria iluminó el ojo del barbero, al mismo tiempo que el herrero Andres se levantó de la silla maquinalmente y dijo:

— Al que me diera esa seguridad, le entregaria yo la mitad de mi fortuna.

— No es menester tanto, respondió Don Juan; y metiendo la mano en un bolsillo interior de su jubon, la retiró lentamente con un papel doblado en cuatro, que tenia escritos unos pocos renglones, con una firma al pié y un sello grande. Puso el pliego en manos del barbero, y le dijo:

— Vos debeis conocer ese sello y esa firma; leed.

El barbero leyó las pocas palabras trazadas en el papel, y despues de haber examinado bien la firma y el sello, se levantó, y sin ocultar la profunda emocion que le causara lo escrito, dijo á Don Juan, inclinandose:

— Señor, mi hermano y yo estamos enteramente á vuestras órdenes. No teneis mas que mandar y sereis obedecido, aun cuando nos pidieseis la vida de nuestro padre.

— Bien, contestó Don Juan. Recibireis mis órdenes oportunamente. Entre tanto, extended un memorial sobre la negativa de la encomienda; haced constar que estuvisteis, Andres, como soldado en la expedicion del año 1587 contra el pirata Drake y citad los casos en que se hayan concedido encomiendas de indios á sugetos que no son descendientes de conquistadores.

Los dos artesanos se inclinaron en señal de asentimiento, y el huesped de los mercedarios se puso en pié y dijo:

— Id con Dios, pues, y no olvideis que como decia vuestra abuela, la lengua guarda el pescuezo.

Andres y Basilio se estremecieron, mas por la expresion terrible que tomó la fisonomia de Don Juan, al pronunciar aquellas palabras, que por el refran mismo; y salieron del convento, guardando iguales precauciones á las que observaron á su entrada.

Don Juan, luego que estuvo solo, tomó un reló de faltriquera que estaba sobre la mesa y apuntaba en aquel momento las once menos cinco minutos.

— Ya es la hora, dijo, á media voz. Veremos si ese es tan á propósito como estos dos villanos. Donde quiera que hay pasiones, el sabio puede hacerlas servir á sus designios. El Provincial me lo ha pintado como hombre muy astuto y de caracter rencoroso. Aborrece y el odio ciega lo mismo que el amor. Ah! añadió Don Juan, animandose algun tanto y poniendo su mano derecha sobre el corazon; solo cuando se ha logrado revestir esta entraña con una coraza de hielo, funciona el cerebro con entera libertad. Solo asi puede sacarse todo el partido deseable de ese conjunto de vanidad, de bellaqueria y de desdicha que llaman hombre. Mas de veinte años he lu-

chado con los tres enemigos del alma, y al fin he podido cantar victoria. He sometido la carne, he logrado engañar al mundo y he hecho pacto con el diablo; esto es, con la personificacion del mal. Con el auxilio de este, no hay empresa imposible. Cuanto he visto hasta ahora en esta capital de un pequeño reino, es reducido y miserable. Me avergonzaria casi de emplear aqui los poderosos recursos con que me ha dotado la naturaleza, si no fuera porque veo en el puesto que ambiciono, una escala que me conducirá á mas altos honores. ¡Ay de la ambicion que no sabe contar las horas! La impaciencia ha echado á perder los mejores proyectos. Fabio Cunctator fué uno de los hombres mas grandes de la antigüedad, porque supo aguardar. Esperaré y algun dia el éxito, soberano del mundo, vendrá á premiar mis pacientes y laboriosos esfuerzos.

Tres golpes pausados en la puerta que caia á la huerta, interrumpieron el monólogo de Don Juan, cuya fisonomia, iluminada un instante por el relámpago de la inteligencia, volvió á revestir su màscara glacial é indiferente.

— Adelante; dijo, y dirijió una mirada rápida al que entraba.

Apenas hubo pasado el umbral de la puerta aquel individuo, hizo una cortesia exajerada al huesped de los mercedarios, que devolvió el saludo sin afectacion y con esa urbanidad un poco desdeñosa, que bajo las apariencias de la consideracion, oculta un concentrado desprecio.

— Os agradezco, señor doctor, dijo Don Juan, que dejando aparte las formalidades de la etiqueta cortesana, hayais querido venir á mi posada, donde ciertamente podremos conversar con mas sosiego y libertad.

— Caballero, contestó el recien llegado, esa carta del Virey de Mèxico dice poco; pero es lo suficiente para que yo comprenda que sois un sugeto de muy bellas pren-

dis y que poseeis toda la estimacion de Su Alteza.

La respuesta no era enteramente conforme con lo que Don Juan habia dicho; y asi, no dejaron de chocarle las palabras del que acababa de entrar, que no era otro que el Sr. D. Ambrosio Fernandez de Araque, doctor en leyes de la Universidad de Osma y uno de los Ministros togados de la Real Audiencia de Guatemala.

Siguió un momento de silencio, durante el cual los dos interlocutores tuvieron tiempo de examinarse. El doctor Araque era un hombre pequeño de cuerpo y delgado; de fisonomia antipática; frente estrecha, cabellos lacios y raros, ojos pequeños y sin expresion, nariz aplastada, boca grande, que dejaba ver dos hileras de dientes desiguales, negros y carcomidos; el color del rostro amarillento, las manos huesosas; los brazos y las piernas semejaban al moverse las aspas de un molino de viento; la mirada traidora y la risa convulsiva, que imprimia al rostro el horroroso gesto de un ahorcado. La parte moral estaba en armonia con la fisica; y habia quien dijera que tenia el oidor el alma aun mas mal hecha que el cuerpo. De los siete pecados capitales, el único que le faltaba era la pereza; y como aquellos vicios se llaman asi porque son cabeza y orijen de otros muchos, los seis monstruos que vivian en familia en el corazon del buen señor, contaban ya una descendencia de abominaciones tan numerosa casi como las arenas del mar y como las estrellas del cielo.

— Parece que los negocios públicos del reino andan muy embrollados; dijo Don Juan.

— ¿Que los caminos de este reino estan muy descuidados, decis?, contestó el oidor; es asi, efectivamente; y ya considero cuanto habeis debido sufrir en tan larga caminata por tierra. Habriais debido preferir la via marítima, por Veracruz á la Habana y de ahi á la costa del norte de Guatemala.

— Me han dicho, replicó Don Juan, levantando un poco la voz, que era el viaje mas largo, pues necesitaba yo al menos dos meses para llegar à Puerto-Caballos.

— ¿Caballos?, dijo Don Ambrosio; si; con buenos caballos se llega en menos de dos meses, y en México habreis podido conseguir los mejores que hay en el nuevo mundo.

El huesped de los mercedarios se convenció de que tenia que habérselas con un sordo; y acercandose lo mas que pudo al oidor, le dijo casi gritando:

— Decia yo que, segun parece, los negocios públicos no van bien por acá; que la nobleza está disgustada y que se teme estalle de un momento á otro el descontento de la plebe.

— ¿Que si llueve decis?, preguntó el sordo; no; en la estacion en que estamos no llueve aqui jamas: las llúvias cesan desde el mes de octubre.

— ¿No habrá manera de entenderse uno con este diablo de hombre?, dijo á media voz Don Juan. Es cosa particular! Nadie me habia dicho que era sordo; en esto debe haber algun misterio. Al menos confio en que no será ciego y que el documento de que soy portador lo pondrá á mi entera disposicion.

Dicho esto, sacó del bolsillo el mismo papel que acababa de mostrar al barbero, y poniendolo en manos del doctor Araque, le dijo:

— Leed.

Acercose el oidor á una lámpara que ardia sobre la mesa, y leyó muy despacio y con el mayor cuidado las pocas lineas escritas en aquel papel. Vió con igual escrupulosidad el sello y la firma; y devolviendo el pliego á Don Juan, dijo:

— Esto es terminante. Estoy á vuestra disposicion, señor..... ¿cómo debo llamaros?

— Don Juan y nada mas; contestó el otro en su tono de voz natural.

— Sea, contestò el doctor, que aquella vez ya oyó perfectamente. Estoy, señor Don Juan, á vuestras órdenes.

— Con sugetos de vuestra condicion é importancia, caballero, replicó Don Juan, yo debo hacer un uso discreto y moderado de esa autorizacion. Deseo ante todo me digais vuestra opinion sobre la situacion del reino, sobre el orígen de los males que lo aquejan y sobre lo que deberá hacerse para remediarlos.

— Mi opinion, señor Don Juan, sobre esos gravísimos puntos, contestó el oidor con afectada modestia, vale bien poca cosa. Yo no soy hombre de gobierno; y asi, no haré mas que referiros lo que aqui dice la voz pública.

— En fin, decid.

— Se atribuye, continuó el doctor, el malestar del reino á la direccion poco acertada que se dice se dá á las cosas del gobierno. Pretenden que el Conde de la Gomera es un hombre excelente, bien animado; que desea el bien público; pero que por desgracia no es hombre de carrera, y que tiene mas ambicion de honores y dinero de la que convendria; he oido que es parcial; que se deja gobernar por un hidalgo muy respetable, pero muy altanero y duro, apasionado y violento, llamado Don Francisco Jiron Manuel, y lo que os admirará mas aun, aseguran que tiene ciega confianza en un miserable artesano, un viejecillo intrigante, en una palabra, en su barbero! Yo, señor, no hablo mal de nadie; pero os digo que la opinion comun es que este señor Conde es el sugeto menos digno de gobernar un reino como este, que requiere un hombre sábio, experimentado, y al mismo tiempo conciliador y sobre todo un buen letrado, que traiga un secretario que entienda de cosas de gobierno, aun cuando no sepa hacer versos.

Don Juan, que habia querido escuchar hasta el fin la hipócrita y cáustica relacion del doctor Araque, lo dejó hablar sin interrumpirlo, y asi que hubo concluido, le dijo con distraccion:

— Algo he oido de todo eso; pero otros me han pintado al Conde como un sugeto de muy diferentes cualidades. Se dice que es recto, que se ha rodeado de las personas mas dignas, que aplica la ley con exactitud, aun cuando sea contra sus propios amigos; que es verdad que no es letrado; pero que como ha sido provisto sin voto en los asuntos de justicia, ese no es grave inconveniente; y en cuanto al secretario, si bien es cierto que el saber escribir versos no es condicion precisa en el que desempeña una Secretaria de gobierno, tampoco el hacerlos es un inconveniente en un hombre de gabinete.

— Soy enteramente de vuestra opinion, señor Don Juan, dijo Araque; ó mejor dicho, de la opinion de los que os han dado esos informes; ya veis que yo no os he hablado mal del Conde; pero si creo que S. M. (á quien Dios guarde) pudo haber hecho una eleccion mucho mas acertada. El pueblo y los propietarios están abrumados de contribuciones; se quejan de que no hay agricultura, ni comercio, ni se trabajan las minas, con grave detrimento de la real hacienda; se dice, (aunque yo no lo creo) que el Conde y sus paniaguados se enriquecen, mientras el pais se arruina, y como á nadie, por justificado que sea, le faltan enemigos, se murmura del título de Castilla con que el Rey nuestro Señor ha premiado los importantes servicios de este Presidente, diciendose que la fundacion de una pobre villa con unos cuantos negros en la costa del sur, no era mérito bastante para tan alta recompensa.

— ¿Y las rentas reales, como andan?, preguntó Don Juan, como quien interroga por mera curiosidad.

— ¡Oh! las rentas, las rentas; dijo Araque. Ahi está el busilis del enredo, señor mio. ¿Quién sabe el verdadero estado de las rentas? Lo que yo he oido decir con mas generalidad es que en el año 1619 el almojarifazgo del viento rindió siete mil ochocientos tostones, y que en el próximo pasado apenas ha dado seis mil; que la alca-

bala de los Corregimientos no ha producido mas que dos mil, y de consiguiente se ha cargado la mano á la pobre ciudad, cuyos repartimientos ha sido necesario crecer de una manera exorbitante. En el último año se han elevado á 12,471 tostones y en el presente pasan de 13,000. ¿Quién aprovecha esas enormes sumas? Dios me guarde á mi de decir que es el Sr. Conde de la Gomera y sus adláteres; pues aunque esta es, caballero, la opinion de todos aqui, yo llevo la contraria.

— Pues yo, señor oidor, dijo Don Juan con aire de indiferencia, siento mucho deciros que soy de la opinion de todos y no de la vuestra.

Pasmado quedó el Dr. Araque al oir una declaracion tan terminante. Abrigaba un odio mortal contra el Presidente y nutria en el fondo de su alma las ideas mas ambiciosas; pero como ignoraba á que lado se inclinaria aquel misterioso personage, el astuto y maligno doctor no se decidia á atacar decididamente al Conde, y, como hemos visto, habia dicho lo bastante para acriminarlo, pero poniendo las acusaciones en boca de otros. Luego que hubo escuchado las últimas palabras de Don Juan, considerandose autorizado para dejar aparte todo disimulo, dijo con una sonrisa feroz que contrajo horriblemente su fisonomia.

— Puesto que sois tan franco, caballero, debo pagaros en la misma moneda y abandonar con vos todo disimulo. El Conde de la Gomera es la causa de los males que sufre este pobre reino, como podran deciroslo mis compañeros de la Audiencia, con excepcion del fiscal, que es su paniaguado. Es necesario agotar todos los recursos hasta dar en tierra con este hombre duro y terco y hacer que la presidencia se provea en algun letrado instruido y bienquisto con los demas ministros de la real Chancilleria.

— Es decir, en él, dijo para si Don Juan; y luego dirijiendose al oidor, le dijo en tono resuelto:

— Yo os aseguro que asi será, y que no pasará mucho tiempo sin que esté al frente de este reino un hombre tal cual lo habeis pintado.

El doctor Araque no pudo comprender el sentido oculto de aquellas palabras; y poniendose en pié, tomó la mano de Don Juan y estrechandosela con efusion le dijo:

— Contad conmigo como con el hombre mas decidido. Mi divisa es odio implacable al tirano, y mi resolucion invariable no perdonar medio, licito ó reprobado, hasta lograr su deposicion ignominiosa. Ved aquí, añadió, sacando un papel y entregandolo á Don Juan, un memorial que pensabamos dirijir á S. M., exponiendo todas las faltas del Conde: ahí estan las firmas de muchos sugetos principales y por ellas os formareis una idea de la importancia de la liga formidable que he logrado, á fuerza de paciencia, organizar contra él.

El huesped de los mercedarios recorrió con indiferencia aquel escrito, y se lo guardó casi sin haber fijado la atencion en las firmas.

La campana grande del convento comenzó entonces á hacer oir sus sonidos pausados y solemnes, dando las doce.

— Es muy tarde, dijo el oidor, y es tiempo de retirarme. Señor Don Juan, os repito que estoy pronto á obedeceros, como el soldado mas decidido á su general. Buenas noches.

— Buenas noches, doctor, contestó Don Juan; pronto os diré lo que teneis que hacer. Por ahora he deseado únicamente procurarme la honra de conoceros y saber si podia contar con vos. Ahí en la huerta encontrareis á uno de mis criados, que os conducirá hasta la puerta. Buenas noches.

Diciendo esto, Don Juan acompañaba al doctor Araque hasta la puerta del jardinillo que daba á la huerta. La abrió, y vió deslizarse por entre los árboles una como fantasma vestida con un trage talar blanco, que se per-

dió en un bosquecillo de naranjos. El oidor no pudo ver aquella aparicion, por estar vuelto hacia adentro, para hacer el último saludo al huesped de los mercedarios. Don Juan no dijo una sola palabra de aquel incidente y el doctor Araque, embozandose hasta los ojos, echó á andar, buscando la puerta de salida.

La conferencia habia sido larga, y siendo ya muy tarde, el esclavo apostado para conducir al oidor no pudo resistir al sueño y se durmió tranquilamente al pié de un frondoso árbol de jocotes, que proyectaba en el suelo la sombra de su copa magestuosa. Araque buscó por todas partes y no encontrando al negro, supuso lo aguardaria en la puerta que daba á la calle y continuó su camino al traves de la arboleda de la huerta. La hora, el silencio, interrumpido únicamente por el tañido de la campana grande que hacia vibrar sus últimos ecos pausados y melancólicos; la obscuridad de la noche, que apenas permitia ver las siluetas fantásticas de los árboles, que se dibujaban en el fondo ceniciento de un cielo nebuloso, fueron poco á poco impresionando á Don Ambrosio de Araque. Como la mayor parte de las gentes de aquel tiempo, el doctor no temia á los vivos, pero temblaba á la sola idea de que se le apareciera una alma de la otra vida. Luego recordó haber oido contar que hácia aquella parte del convento caia la habitacion que habia ocupado un fraile loco, muerto hacia poco tiempo, y le vinieron tambien á la memoria ciertos rumores de apariciones nocturnas de aquel difunto. Araque apretó el paso, deseando verse cuanto antes en la calle; pero por mas que hacia, no encontraba la puerta de salida. Iba y venia de un lado á otro; la obscuridad y el miedo le hicieron perder la cabeza; sintió que un frio glacial corria por sus venas, al oir á sus espaldas un rumor como el que formarian los pasos de un hombre sobre montones de hojas secas. Volvió la cabeza involuntariamente y vió que lo seguia á poca distancia una figura blanca, con una mancha roja en

el pecho y un rosario de cuentas gruesas en la mano. El pobre oidor creyó llegada su última hora, pues comprendió que aquella aparicion era el alma en pena del fraile muerto. Quiso gritar y la voz se ahogó en su garganta; hizo un esfuerzo para correr; pero no pudo conseguirlo pues sentia ambos pies como si fuesen dos enormes masas de plomo.

Entretanto la fantasma seguia avanzando con paso lento hacia el oidor, que al ver que la aparicion estaba ya á dos varas de él, no pudo tenerse en pié y cayó sin conocimiento. Entonces el alma en pena, ó lo que fuese, se aproximó al doctor y se inclinó para apartar la capa que le cubria una parte de la cara, como si quisiese reconocerlo.

— ¿Este anda tambien por acá?, dijo á media voz la aparicion; buena va la danza. ¿Conque no solo mis dos hermanos tienen tratos nocturnos con el huesped, sino tambien los señores de la real Audiencia?

El oidor continuaba desmayado y no pudo escuchar aquellas palabras, que seguramente le habrian hecho recobrar la tranquilidad, haciendole ver que la supuesta fantasma era un hombre de carne y hueso, vestido con el hábito de los legos del convento. La supuesta alma en pena se disponia á marcharse, dejando que el doctor Araque volviera en si cuando le diera la gana; pero al volver la espalda, se encontró á su vez frente á frente de otra aparicion, que le hizo dar dos pasos hacia atras. Era Don Juan, que habiendo visto la fantasma cuando despedia al oidor, quiso averiguar quien fuese el importuno que rondaba su habitacion en aquella hora.

— Pareceme, hermano portero, dijo el huesped, que os habeis propuesto espiarme.

— Libreme Dios y nuestra Sra. de Mercedes, contestó Fr. Pablo, de semejante cosa. ¿Que tengo yo que hacer con las vidas agenas? Cada uno es dueño de tratar con quien le acomode y allá Dios le pedirá cuentas de lo que

haga. Sucede, señor Don Juan, que por cierta faltilla conventual que no es del caso referir, nuestro Padre me ha impuesto la penitencia de rezar once mil Padrenuestros y otras tantas Avemarias diarias. A tira mas tira, he podido completar tres mil doscientos veinticuatro, desde que su paternidad me intimó la órden; así es que ya se me ha recargado mucho la cuenta. Esta noche hice exámen de conciencia y me dije: Pablo, esto va malo; estás recargandote y las distracciones inevitables del convento tienen la culpa. Animo, Pablo, y vamos á un sitio apartado y solitario donde puedas despacharte, sin temor de que alguno te interrumpa. Con esta resolucion, señor Don Juan, luego que la comunidad estuvo recogida, tomé la llave de la otra puerta de la huerta, y me vine por acá. Púseme de rodillas, lejos de la puertecita de la habitacion que ocupa Vuesa Merced, y en tres horas y media que habré estado aqui, he rezado por lo menos veinticuatro mil Padrenuestros y Avemarias, con lo que tengo ya hasta adelantados los de algunos dias. Aliviada mi conciencia, iba á retirarme á descansar, cuando tropecé con el cuerpo de este hombre, que por cierto no sé quien es, y cuando me disponia yo á levantarlo, para ver si está vivo ó muerto, aparecisteis vos.

Don Juan escuchó la peregrina relacion del lego, sin interrumpirlo, y cuando hubo concluido, le dijo:

— Bien, hermano Pablo; puesto que teneis tanta necesidad de buscar un sitio apartado y solitario, donde á favor de la obscuridad y del silencio, podais cumplir con entero recogimiento la penitencia que os ha sido impuesta, yo me entenderé con el P.e Provincial, que os proporcionará algo que os convendrá mas que la huerta. Retiraos, añadió con tono imperioso; y obedeciendo el desdichado lego prontamente, dejó al huesped con el doctor, que comenzaba á recobrar el conocimiento.

Don Juan, luego que hubo tranquilizado al pusilánime oidor, diciendole quien era en realidad el alma en pena

que tan terrible susto acababa de causarle, lo condujo hasta la puerta de la calle. En seguida el huesped misterioso se dirijió á la puerta, de donde pasó á la celda del Provincial, llamó, y habiendose levantado Fr. Bonifacio, al reconocer la voz de Don Juan, le dijo este unas pocas palabras al oido. El religioso inclinó la cabeza en ademan de asentimiento, y volvió á entrar á su celda, mientras el huesped se dirijia á su habitacion.

Al siguiente dia los religiosos se comunicaban unos á otros, al oido y con espanto, una extraña noticia: Fr. Pablo Molinos, el lego portero, tan observante de la regla y tan querido del P. Provincial, habia amanecido en la cárcel del convento!

CAPITULO VIII.

El Capitan Peraza.

YA que hemos visto en el precedente capitulo como el desconocido personage hospedado en el convento de la Merced comenzaba á urdir la enmarañada tela de sus intrigas, con la astucia y la paciencia con que elabora la araña la complicada red en que ha de envolver á sus incautas victimas, veamos ahora lo que hacian las personas cuya ruina tramaba en silencio el llamado Don Juan.

El gabinete del Presidente y Capitan general del reino estaba situado á la cabecera del salon de recepciones en el real Palacio. Era una pieza pequeña, tapizada de damasco verde; en el centro se veia un escritorio primorosamente incrustado de carei y concha, y junto á él un cómodo sillon forrado de baqueta de Moscovia, que ocupaba el Conde en las horas del despacho. Enfrente estaba otra silla mas pequeña y mas ligera, destinada al Secretario de cartas. Algunos estantes, que hacian juego con el bufete, ocupados con expedientes y libros y unas

...as sillas mas completaban el ajuar del gabinete.

Acababan de dar las ocho de la mañana. Don Luis Melian de Betancourt, con aire abatido y melancólico, arreglaba los papeles del despacho del dia; abria las comunicaciones de las provincias y despues de haberlas recorrido rapidamente, las iba colocando una sobre otra, segun su importancia. El Secretario veia no solamente los despachos oficiales, sino tambien las cartas particulares dirijidas al Conde, prueba de la ilimitada confianza que su tio y gefe tenia depositada en él. Despues de haber clasificado cuidadosamente las piezas de oficio y la correspondencia privada del interior del reino, Don Luis abrió unos pliegos que habia traido un correo de Acajutla, despachado con motivo de la llegada de un barco procedente del Callao. La fisonomia indiferente y distraida del jóven se animó á la vista de una de aquellas cartas, fecha en Sonsonate y firmada *Fernando.* Despues de haberla leido rapidamente, Don Luis prorrumpió en una exclamacion de alegria y dijo:

— Fernando! mi primo y buen amigo; mi hermano de armas, mi compañero en las locuras de la primera juventud! Bendita sea la Providencia que me lo envia, cuando mas necesidad tengo de un pecho noble y leal, á quien hacer depositario de los tormentos de mi alma desgarrada. ¡Cuanto va á alegrarse el respetable anciano, al saber la venida inesperada de un hijo á quien idolatra y de quien ha estado separado durante diez años!

Despues de haber dejado correr asi la efusion de sus sentimientos generosos, el noble mancebo, cuya alma impresionable pasaba instantaneamente de la alegria al abatimiento, segun la diferente naturaleza de las impresiones que conmovian su espiritu, delicado como la sensitiva, dejó ver en su semblante las ideas aflictivas que lo habian asaltado.

— Y esta venida repentina de Fernando, dijo, ¿no

tendrá alguna causa desagradable? ¿Qué puede haberlo obligado á dejar la ventajosa colocacion que ocupaba en el Perú, y venirse á Guatemala, sin permiso y aun sin conocimiento de su padre? ¿Será posible que el tiempo no haya hecho mas juicioso á mi buen amigo? Fernando cuenta ya treinta y tres años, es capitan de caballeria, lleva al pecho la cruz de Montesa, el Virey del Perú, Principe de Esquilache, lo ha honrado hasta ahora con su estimacion y confianza; allá tenia abierta una magnifica carrera; ¿que significa, pues, esta venida repentina, que tiene toda la apariencia de una fuga? Esta carta lacónica no explica nada; voy á leerla otra vez, á ver si puedo descubrir en ella algo que indique la causa de tan extraño viage.

Don Luis volvió á tomar la carta y leyó en voz alta: "Padre y señor: la necesidad urjente de cambiar aires me ha obligado á ponerme en marcha, sin solicitar antes vuestro permiso. Hé aquí en Acajutla á vuestro humilde hijo, que pronto os besará las manos. ¡Maldito barco, padre y señor! Si hubierais visto que legiones de ratas y de cucarachas han sido mis compañeras en esta larga y divertida navegacion! Por las muelas de Santa Polonia os juro que poco ha faltado para que nos comiesen vivos á mi y á mis criados. Dentro de cuatro dias tendré el gusto de veros; pues como habemos tomado las de Villadiego harto ligeros de equipage y de bolsillo, urje el llegar. Besaos las manos, padre y señor, vuestro amante hijo: *Fernando.*"

— Nada puede inferirse de esta carta acerca del motivo de la venida de mi primo, dijo Don Luis; pero sí se ve que no lo ha abandonado su humor festivo. ¡Pobre capitan! ¡que teatro tan diferente del que deja viene á encontrar aqui! Cambiar la alegre, animada y poco escrupulosa corte del Virey del Perú, por la residencia, mas sombria hoy que nunca, del Capitan general de Guatemala! Aqui encuentra bandos, divisiones é intrigas, en la

udad; soledad y silencio en este Palacio, que parece haberse impregnado todo él del espiritu tétrico de su actual dueño. Pobre Fernando!, repitió Don Luis, y calló, al escuchar los pasos del Presidente, que se acercaba con lentitud al gabinete.

Abriose la puerta y apareció el Conde, mas pensativo y abrumado que de costumbre. Don Luis lo saludó con afecto casi filial, y el anciano tendió la mano á su jóven sobrino y Secretario, que la llevó á los labios con respeto.

— Señor, dijo Melian, presentando al Presidente la carta de Don Fernando; ántes de que os ocupeis hoy en los graves asuntos del despacho, ved esta carta, que os anuncia una nueva que debe ser grata á vuestro corazon.

El Conde se sonrió con tristeza, como quien duda de que le pueda llegar algo realmente agradable. El Secretario prosiguió:

— Vuestro hijo, mi primo y buen amigo Fernando, ha venido al reino y está para llegar aquí, pues la carta tiene cuatro dias de fecha. Dentro de poco lo estrecharemos en nuestros brazos.

Un rayo de alegria iluminó el tétrico semblante del Conde de la Gomera, que lanzó un grito de sorpresa, al escuchar aquella nueva inesperada. Leyó dos veces la carta que le entregó Don Luis y despues de la segunda lectura, pasada la primera impresion de júbilo, sus facciones fueron tomando un aire aun mas sombrio que antes. La repentina llegada de su hijo, anunciada del modo ligero que hemos visto por la carta misma, llamó la atencion al Presidente, y le hizo concebir el temor de que aquel viage precipitado fuese efecto de alguna nueva y grande locura de su hijo.

El Conde no tuvo tiempo para mas detenidas reflexiones sobre aquel asunto, pues en el mismo instante se oyó un gran ruido de caballos en el patio, y las voces de los criados de Don Fernando, que con grande algazara descar-

gaban las mulas que traian el equipage de su amo. El Presidente y Don Luis corrieron á una ventana del gabinete que daba á una galeria del Palacio y vieron que subia la escalera un gallardo mancebo, en trage de camino, armado de látigo y calzadas las espuelas. Ni el Conde ni Don Luis pudieron reconocer desde luego á su hijo y á su amigo, pues diez años habian cambiado notablemente el aspecto del jóven. Pero no tardaron en saber quien era el que se acercaba con tan gentil desembarazo, pues entraba cantando á voz en cuello la siguiente estrofa de un romance de Baltasar de Alcazar, entonces muy en boga:

"Tres cosas me tienen preso
de amores el corazon;
la bella Ines, el jamon
y berengenas con queso."

— El es, lo reconozco, dijo con tristeza el Conde, al oir el canto; ¡siempre el mismo!, y se adelantó hacia la puerta para recibir al aturdido capitan, que no dejó de cantar, sino al verse á dos pasos del anciano.

— Padre! exclamó Don Fernando, estrechando al Presidente entre sus brazos vigorosos. ¡Cuanto me alegro de veros!; pero me holgaria mas, ¡voto á Sanes! si os encontrase con mejor semblante. Ya se ve, añadió con volubilidad, me han dicho que Guatemala es una especie de convento y este Palacio una celda grande, donde haceis una vida de medio cenobita. Yo no sé por qué diablos Su Magestad no os trasladó de la gobernacion de Chucuito al vireinato del Perú, lo cual os habria ahorrado camino. Pero ya caigo, nuestro amado monarca, como buen católico, sabia que no es facil ir al cielo sin pasar por el purgatorio, y sin duda eso tuvo presente al enviaros aqui.

— Hijo mio, contestó el Conde con gravedad; el Rey destina á cada uno de sus vasallos al punto que mejor

conviene al servicio de Dios y al bien de la monarquía, y.....

— Hola! exclamó Don Fernando, interrumpiendo á su padre. ¿Quien es esa figura de tapiceria que está ahi?; y avanzando hacia Don Luis, que se habia quedado en un rincon de la pieza, por respeto, tomó familiarmente al Secretario por una oreja, y con sendas carcajadas le dijo:

— ¡Por vida de Santiago á caballo, que á este pobre mozo lo han hechizado en esta tierra! Vaya que has cambiado, Luis, y te pareces tanto al alegre capitan de las campañas de Italia y de Flandes, como yo al Prior de los benedictinos. ¡Ea! alma de cántaro, muevete y no tomes tan por lo serio tus funciones de Secretario, que olvides á tus amigos.

— ¡Olvidarte, Fernando!, exclamó Don Luis con ternura, estrechando contra su corazon al gallardo capitan. Jamas! Si te parezco serio, es que los diez años que han corrido desde que no nos vemos, han influido de muy diversa manera en nuestros respectivos caracteres. A ti te han hecho, por lo que veo, mas jovial; y á mi mas triste.

El Conde se habia acercado con disimulo á la ventana, como para no parecer que oia la conversacion de los dos jóvenes; temiendo, sin duda, que la locuacidad de su hijo comprometiese aun mas la autorizada gravedad de su caracter.

— ¡Triste! exclamó Don Fernando; ¡por el zancarron de Mahoma, que yo no sé de que color es esa señora tristeza, ni comprendo que un jóven como tú pueda tener tratos con ella. ¡Qué! ¿no hay una sola moza bonita en Guatemala? ¿No hay naipes y botellas, ni alguna triste estocada que dar ó que recibir de vez en cuando? Ah! ¡voto á Cribas! ya recuerdo haber oido que te habias casado. ¿Que tal es tu muger? Supongo que me llevarás á verla.

— No, Fernando, contestó Melian, arrancando un sus-

piro de lo mas hondo de su pecho; no me he casado aún, ni sé cuando podré ver realizadas mis esperanzas de felicidad, que como una sombra fugitiva, se desvanecen cada vez que creo voy á tocarlas. Pero tú tienes sin duda necesidad de algun descanso, añadió el desgraciado, á quien aquel asunto molestaba evidentemente. Asi, con permiso de Su Señoria, voy á que te preparen la habitacion que has de ocupar.

— No estoy cansado, Luis, contestó Don Fernando y hay tiempo para preparar un nido donde se aloje este mochuelo. Por lo pronto, hijo mio, lo que arje es que me hagas traer un barbero, si es que los hay aqui, pues no me he afeitado ni peinado en cuatro dias. ¡Que horror!

Dicho esto, dió una vuelta sobre la punta del pié izquierdo y se puso á cantar, aunque en voz algo mas baja que antes, por un resto de respeto á su anciano padre, la segunda estrofa del comenzado romance:

" Esta Ines, amantes, es
quien tuvo en mi tal poder,
que me hizo aborrecer
todo lo que no era Ines."

— Fernando, dijo el Conde, tomando la mano á su hijo con cariñosa afabilidad; basta de locuras; he disimulado el que te hayas expresado con franqueza en los primeros momentos con tu amigo Don Luis; pero es tiempo ya de que hablemos con seriedad y me digas el motivo de este viaje repentino.

— Padre mio, contestó el capitan, haciendo girar con la punta del índice una mariposa de plata que coronaba el tintero colocado en el bufete y que servia de antifaz cuando se escribia con luz artificial; mi venida no ha sido originada por motivo alguno grave....

— Gracias á Dios, interrumpió el Presidente; esas

palabras me alivian el corazon de un gran peso. Explicate.

— Nada entre dos platos, padre mio, continuó diciendo el aturdido mozo, siguiendo en su diversion de hacer girar la mariposa. Figuraos, por vida de....

— No jures, Fernando, dijo el Conde; deja esa costumbre, que si es apenas tolerable en gentes de baja condicion, es impropia en un caballero de tu clase.

— Por Dios que no juraré mas, padre, si esto os desagrada, y vamos al cuento. Habeis de saber que el hijo mayor de vuestro amigo Don Francisco de Borja y Aragon, Príncipe de Esquilache, Virey del Perú, caballero de no sé cuantas órdenes, &c. pretendia á una doncella, hija de un hidalgo finchado, que orgulloso con la idea de emparentar con una familia ilustre, se empeñó en que habia de hacerse el tal bodorrio, á pesar de la repugnancia de la jóven, que considerando feo y nada agraciado al hijo de Su Alteza, le contestó con un nó redondo como una plaza de toros.

— Pero es extraño, dijo el Conde, que, fuera lo que fuese el jóven, la doncella se tomase la libertad de resistir á la voluntad de su padre, que seguramente sabia mejor que ella lo que podia convenirle.

— Ahi vereis, señor, replicó el capitan; es lo mismo que yo pienso; pero la moza lo juzgó de otro modo; porque el diablo habia metido el rabo por medio, haciendo que la niña, que, entre paréntesis, se llama Doña Ines, se prendase de otro galan, de tan buena cuna como el otro pretendiente, aun cuando no sea hijo de un Principe y Virey, sino de un Conde, Capitan general de un reino.

— ¿Y el nombre de ese jóven?, dijo el Presidente con inquietud.

— El nombre, padre mio, permitidme lo reserve para el fin de la historia. Vamos primero al milagro, y despues declararemos el santo. En competencia ambos galanes, procuraban superarse en sus obsequios. Hubo músicas, toros y cañas; y el hijo del Virey siempre fué desa-

tendido, mientras el otro paladin, mas venturoso, se llevaba tras si el corazon de la bella. Pero cata ahi que un dia el Neron del hidalgo, cansado de aquellos obsequios, y segun se cree, de acuerdo con el Virey, va y coge á la pretendida y la encierra en un convento, contando con que la soledad y el recogimiento la harian volver al recto sendero. Mas el bueno del viejo habia contado sin la huéspeda. Excitado el cortejo con aquella medida tiránica, dispuso libertar á la hermosa prisionera, y ayudado de sus pages y criados, escaló el convento una noche en que la luna brillaba en todo su esplendor. El hijo del Virey, temeroso de algun atentado, ó advertido de lo que iba á suceder, se hallaba apostado con las gentes de su servidumbre, á poca distancia del monasterio, y cuando nuestro héroe iba á poner á la bella á la grupa de su caballo, el amartelado y los suyos cayeron como perros de presa sobre los raptores. Desnudaronse los aceros, y yo, (quiero decir el amante correspondido,) dió traza y modo de cruzar su espada con la del hijo del Virey. El resultado fué que este quedó tendido y atravesado de parte á parte. ¡Hermoso golpe! ¡por San Crispulo! Yo, digo el otro no pensó ya sino en ponerse en cobro. La doncella lloró, se desmayó, queria acompañar á su raptor; pero este, á quien en ningun caso falta la prudencia, le dijo un ternisimo adios y salió mas que deprisa con direccion al Callao. Acertó á llegar á tiempo en que salia un mal buque para Acajutla, y se instaló en el, salvandose así de la venganza del Virey. Aquí concluye la historia, padre mio, ¿quereis saber ahora el nombre del héroe?

El Conde tenia la cabeza apoyada sobre sus dos manos, en la actitud del mas profundo abatimiento. Cuando el capitan dejó de hablar, la levantó lentamente y con voz balbuciente contestó:

— ¿Es decir que has violado la santidad del claustro y asesinado al hijo de tu protector?

Don Fernando miró á su padre con asombro y respondió:

— Padre, yo no he violado á alma nacida; y en cuanto á asesinar, no creo pueda llamarse asi el haber dado una estocada, en toda regla y conforme á los principios de Gerónimo de Carranza, á un hombre que me atacaba espada en mano. Por lo demas, supongo que el señor Virey, por muy largos que tenga los brazos, no podrá llegar hasta aqui y salirse con su antojo de atraparme.

— Sin duda que tu persona está en completa seguridad, contestó el Conde. Yo habré perdido un amigo y tú un poderoso protector, y quiera Dios que el hijo de Esquilache haya podido al menos salvar la vida.

— Eso dudo yo mucho, dijo el capitan. Figuraos que fué aquel un golpe maestro. Mi adversario era valiente y agil; pero le faltó la sangre fria, que da seguridad y firmeza al brazo. Se batia como un rabioso; se dejó descubierto el costado izquierdo; y ¡zas! mi espada entró toda bajo la tetilla.

— Basta, jóven imprudente, exclamó el Conde; basta ya de eso y hablemos de otra cosa, aun mas grave todavia que esa muerte.

Pálido y ajitado, el anciano se acercó á Don Fernando y le dijo en voz baja:

— Infeliz! estás excomulgado!

— ¡Excomulgado! replicó el capitan; ¿y por qué? ¡voto á brios! ¿Por ventura el difunto estaba ordenado *in sacris* y yo no lo sabia?

— No, replicó el Presidente, no es eso; pero habiendo violado la clausura, has incurrido en la pena de excomunion. Voy ahora mismo, jóven inconsiderado, á consultar este punto grave con quien lo entiende mejor que tú y que yo.

Diciendo esto, el Presidente tocó la campanilla y habiendose presentado un page, le previno acompañase á Don Fernando á la habitacion que se le habia destinado.

— Tened la bondad, señor, dijo el capitan, de arreglar ese puntico de la excomunion, en tanto que yo me

hago peinar y afeitar; y salió con el page, cantando la tercera estrofa del romance de Alcazar:

"Trájome un año sin seso,
hasta que en una ocasion
me dió á merendar jamon
y berengenas con queso."

El anciano lo siguió con una mirada que revelaba todo lo que le hacia sufrir aquel jóven loco, y cuando lo perdió de vista, se puso á escribir un billete al Provincial de la Merced, su consultor en los casos graves de conciencia. Mientras escribe el Conde llamando en su auxilio á Fr. Bonifacio, sigamos al capitan tronera, á quien condujo el page á una bonita habitacion, contigua á la que ocupaba el Secretario.

No bien se hubo instalado Don Fernando en su cuarto, cuando volvió á aparecer el page, que introdujo á nuestro viejo conocido el maestro Basilio, quien entró haciendo tres cortesias, que mas parecian genuflexiones. El festivo capitan, á quien divirtieron las reverencias del barbero, tuvo la humorada de corresponderselas con otras aun mas exageradas, lo que hacia que el maestro redoblase sus muestras de atencion y de respeto. No se quedaba atras Don Fernando; con lo que se entabló la mas graciosa competencia de cortesias, que al fin terminó con una ruidosa carcajada del capitan, que dejó corrido y amostazado al rapista.

Recordarán nuestros lectores que el barbero, despues de su última frustrada tentativa sobre lo de la encomienda de su hermano, habia dicho que se proponia servir unicamente á las personas de su clase; pero aquella resolucion, tomada *ab irato*, fué prontamente revocada. Sin renunciar á sus malos designios contra el Presidente, se propuso continuar sirviendolo, calculando que de este modo se le facilitaria mas el llevar á cabo sus

planes. Asi, cuando el page fué á llamarlo para que fuese á afeitar y peinar al señor capitan Don Fernando Peraza, hijo de Su Señoria, el Muy Ilustre Sr. Presidente, el maestro Basilio se dió prisa á acudir al llamamiento, impaciente por conocer al jóven de quien tanto habia oido hablar. Ya hemos visto cuan poco lisongero para la vanidad del favorito fué el recibimiento que le hizo el capitan, quien estaba muy ageno de sospechar siquiera con que clase de víbora se las habia.

— Digo, maese Lanceta, exclamó Don Fernando, luego que hubo examinado con impertinente curiosidad la cara del viejecillo; ¿es moda en Guatemala que los tundidores de mejillas no tengan mas que un ojo?

— Aunque solia decir mi abuela, señor capitan, contestó Basilio, con una sonrisa forzada, que mas ven cuatro ojos que dos, y de consiguiente mas dos que uno, puedo asegurar á Vuesa Merced que el único que yo tengo me basta y sobra para ver cuanto me conviene, y para hacer mi oficio tan bien como cualquiera.

— Pues manos á la obra, maestro ciclope, replicó Don Fernando, acomodandose en un sillon, que estoy impaciente por ver como te gobiernas para afeitarme el carrillo izquierdo, ya que es el ojo derecho el que te se ha desertado de la cara. ¿Y que hay de nuevo por acá? añadió; si eres buen barbero, debes tener un estuche de historietas mas curioso que el del oficio. Conque ve desembuchando, ¡voto á briós! si no quieres que me duerma.

— ¿Qué mayor novedad quereis, caballero, que vuestra llegada? La ciudad entera no se ocupa en otra cosa y todos dicen á una voz que no podiais haber llegado mas oportunamente. Mas vale llegar á tiempo que rondar un año, decia mi abuela.

— ¿Por qué?, preguntó Don Fernando. ¿Se preparan algunas buenas fiestas? He oido en el camino que acaban de pasar las de la jura del nuevo rey.

— Los enemigos de vuestro padre, dijo el barbero,

que no son pocos, preparan otras fiestas. El pais está revuelto, segun dicen, y los que amamos sinceramente al Sr. Conde, vemos con alegria la llegada de un campeon jóven, valeroso y discreto, que ayudará eficazmente á que las cosas se arreglen.

— Pues á buen santo se encomiendan, como diria tu abuela, contestó Don Fernando riendose. Si para cortar las dificultades se necesita de repartir unas cuantas estocadas, contad conmigo; pero si es para cosas de política, acudid á mi amigo Don Luis, que se ha vuelto juicioso como un obispo. Dime amigo rapista, añadió el capitan, ¿y el bello sexo de qué partido es aqui? Está por mi padre ó contra mi padre?

— Hay de todo como en botica, señor caballero, como decia mi abuela. Unas *nos* quieren y otras no.

— Pues desde luego pongo por las que no *os* quieren, que deben ser las de mejor gusto, contestó el capitan; y eso, aun cuando corra yo el riesgo de cometer el crimen que costó la vida al hijo de Marco Bruto.

— De Junio Bruto, querreis decir, replicó Basilio; pues segun he oido al Padre Provincial, ese era el nombre del que condenó á muerte á su hijo; y ya veis que cuando su paternidad lo dice, estudiado lo tiene, como decia la abuela.

— Sea como gusteis, señor sabihondo, dijo Don Fernando; para mi tanto vale un Bruto como otro Bruto, y lo mismo es que haya sido el uno ó el otro el que hizo la brutalidad. Ea! seo guapo, añadió levantandose; decidme el nombre de la mas gentil moza de las que siguen el partido de mi padre, y os regalaré en premio esta efigie de nuestro muy amado soberano, para que le tributeis vuestros reverentes cultos.

Diciendo esto, Don Fernando hizo sonar sobre la mesa un doblon de oro de á ocho pesos, de los acuñados recientemente en el Perú, con el busto de Felipe IV. Basilio reflexionó un momento, y luego dijo:

— La que se lleva, sin duda, la palma entre las bellezas guatemaltecas, de uno y otro bando, señor caballero, es Dña. Margarita Jiron Manuel, verdadera margarita preciosa en toda la extension de la palabra;.... pero....

— Pero qué? dijo el capitan. ¿Es una fortaleza intomable? no me diga eso, ¡voto á Dios!, pues bastaria para que ahora mismo fuese á tributarle mis mas rendidos obsequios.

— No querria yo que tal cosa sucediese, dijo el taimado barbero; que hay obstáculos de obstáculos y algunos de tal naturaleza que el querer vencerlos es, como decia mi abuela, dar coces contra el aguijon.

— Pues á pesar de lo que decia la vieja bruja de vuestra abuela, señor del ojo hueco, yo os digo y sostengo que veré á esa Dña. Margarita Jiron y me haré amar de ella, así sea la novia del Preste Juan de las Indias.

Cuando Don Fernando pronunciaba estas palabras, entró Don Luis Melian, que alcanzó á oirlas perfectamente. El barbero, á pesar de su sangre fria, no pudo sostener la mirada altiva y desdeñosa de Don Luis, que comprendió desde luego que aquel malvado habia acertado con la manera de excitar las pasiones semi-salvages de su amigo.

— Fuera de aquí, villano!, dijo el Secretario, señalando la puerta al barbero, que recogió á toda prisa sus utensilios y la moneda que acababa de arrojarle Don Fernando, y salió del cuarto, haciendo sus inevitables reverencias.

— ¿Por qué lo despides? dijo Don Fernando riendose. ¿Sabes que este tunante es muy divertido?

— Sé, Fernando, contestó Don Luis con seriedad, que se toma ciertas libertades que personas de nuestra condicion no deben tolerar jamas, y á que se cree autorizado por la bondadosa indulgencia de tu padre, que ha creido deber servirse de él como espia.

— Pues yo, Luis, que maldita la gana que tengo de mezclarme en negocios serios, procuraré servirme de este

bribon de barbaño para cosa bien diferente de esa en que lo ocupa mi señor padre. Le he visto en el ojo único que tiene un no se qué que me ha parecido indicar que el hombre vale un Perú para corredor de oreja. Ahora mismo, poco antes de que tú entraras, me habia dado el nombre de la mejor moza del lugar; una Doña.... Maria, Martina, ó Margarita Jiron; añadiendo que es una plaza inconquistable, lo cual, ¡por vida de Santa Ursula y sus once mil compañeras! que es lo mas á propósito para espolear á un hombre como yo.

— Eso ha comprendido facilmente ese malvado, dijo Don Luis, poniendose pálido, y por lo mismo te ha indicado á esa jóven señora. Dña. Margarita Jiron Manuel, amigo mio, pertenece á una de las familias mas respetables del reino y es una doncella en quien la virtud corre parejas con la belleza. Yo no debo ocultarte nada, á ti, mi amigo, mi hermano de armas; esa jóven es la que va á ser mi esposa, tan luego como se reciba el permiso de mi padre, á quien el tuyo ha escrito ya al efecto.

A pesar de la ligereza de su caracter, Don Fernando se quedó estupefacto, cuando oyó las ultimas palabras que Don Luis habia pronunciado, balbuciente y con el rostro encendido como la llama que vomita un volcan.

Siguió un momento en que ambos jóvenes guardaron profundo silencio, sin atreverse ya ni el uno ni el otro á aventurar una palabra mas. Al fin el capitan Peraza se puso en pié, y dando una vuelta dijo:

— Pues eso quiere decir que no se vuelve á hablar del caso, amigo Don Luis, y que haremos que el sabueso dirija la nariz hacia otra parte. Ya le recomendaré que procure otra vez afinar mejor el olfato, si quiere ganar algunos doblones y evitarse el ser, no solo tuerto, sino manco ó cojo, de resultas de una paliza que le haré dar.

— Mas te valdria, quizá, replicó el Secretario, evitarte el contacto de ese vicho venenoso; y estrechando afectuosamente la mano á su amigo, se retiró, para ir al despa-

cho; donde ya lo aguardaba el Presidente.

Entre tanto el capitan, recobrando instantaneamente su buen humor, llamó á su ayuda de cámara y le dijo preparase un vestido. Mientras se quitaba el de camino, cantaba á voz en cuello la cuarta estrofa del romance:

" Fué de Ines la primer palma;
pero ya júzgase mal
entre todas ellas cual
tiene mas parte en mi alma."

CAPITULO IX.

Locuras del Capitan.

EL Provincial de la Merced acudió sin demora al llamamiento del Presidente; y luego que se hubo informado del asunto, movió la cabeza á uno y otro lado, y se levantó hacia arriba el cabello, señal evidentisima de que consideraba el caso sumamente grave. Lo primero que hizo fué suplicar al Conde le proporcionase una pieza retirada donde pudiese, con todo sosiego, meditar lo que correspondia hacer en tan extraordinaria circunstancia. El Conde condujo al reverendo á un apartado gabinete; se le proporcionó recado de escribir y se llevaron del convento unos quince ó veinte volúmenes de colecciones de Concilios, tratadistas de Derecho canónico, decretalistas y las obras de San Agustin y Santo Tomas, por via de refuerzo. Fr. Bonifacio se encerró á las nueve de la mañana; y el Presidente, no poco inquieto con aquel aparato, que le hacia ver que el negocio era aun mas peliagudo de lo que él habia imaginado, pasó á su gabinete, y apenas pudo prestar alguna atencion á los asun-

tos del despacho. Por la primera vez ocultó el motivo de su desazon á D. Luis, que respetó el secreto de su gefe. Entretanto el causante de toda aquella alarma, que no habia vuelto á acordarse de la excomunion, acabó de vestirse y se echó á la calle, deseoso de conocer un poco la ciudad. Don Fernando vestia un traje de terciopelo negro, perfectamente cortado, que realzaba la gallardia de sus formas. Su estatura era elevada, la cabeza hermosa, aunque no revelaba una inteligencia distinguida; el cabello rubio, ligeramente ensortijado; los ojos azules y expresivos; las demas facciones del rostro, regulares y bien proporcionadas; el mostacho puntiagudo y levantado hacia arriba, y la perilla caia con gracia sobre la gola finisima de encage de Flandes. Los grandes manguillos que le cubrian casi medio brazo, indicaban su grado militar y la venera cuajada de diamantes que llevaba al lado izquierdo del pecho, daba testimonio de que el capitan se habia distinguido ya con algunos servicios importantes.

Llamando la atencion de los pacíficos ciudadanos, sin hacer caso de los hombres y parandose á echar piropos á cuantas mugeres, feas ó bonitas, encontraba al paso, Don Fernando, sin cuidarse del que dirán, talareaba un romance antiguo, pues por lo visto sabia de pe á pa la mayor parte de los que hasta entonces se habian compuesto, y no eran pocos, por cierto. He aqui lo que cantaba el tronera, con escándalo de aquellas buenas gentes:

Si siempre crecen asi
tu desden y mi pasion,
bien pueden cantar por mi
Kirieleisón.

Si de esta manera crece
señora, tu disfavor,
y al mismo punto mi honor

se levanta y desvanece;
y si por amar asi
no merezco galardon,
bien pueden cantar por mi
Kirieleisón, kirieleisón.

Las muchachas se sonreian al echar una ojeada con disimulo á aquel gallardo caballero, tan alegre y tan decidor; los jóvenes lo veian con cierta admiracion, mezclada de un sentimiento de envidia; los hombres graves decian que el siglo estaba muy corrompido y que sus tiempos eran otra cosa; las viejas se santiguaban y se preguntaban al oido si acaso seria aquel el Antecristo y su aparicion indicio seguro de la proximidad del juicio.

Entretanto el capitan Peraza recorria las calles principales de la ciudad, y despues de un largo paseo, sin direccion ni objeto determinado, la casualidad, ó el diablo que todo lo enreda, lo llevó á la calle ancha de los herreros, llamada asi desde entonces, por estar situadas en ella las diez ó doce herrerias que se contaban en aquella época. Don Fernando se detuvo de repente delante de la puerta de uno de aquellos talleres y dirijió hacia el fondo una mirada que revelaba asombro y curiosidad. Lo que llamaba la atencion del capitan eran dos bellisimas jóvenes, vestida la una con el traje de las señoras principales y la otra con el sencillo, pero decente, de las mugeres del pueblo. Ambas estaban como de casa y conversaban familiarmente con un hombre alto, vigoroso, muy blanco y muy rubio, cuyo mandil de badana ennegrecido, y cuyos brazos y manos del color del delantal, indicaban perfectamente la profesion del individuo. Las dos jóvenes veian con atencion una pieza de hierro cincelado que les mostraba el herrero.

Si nuestros lectores aun no han sospechado quienes fuesen aquellas dos jóvenes, les diremos, sin mas misterio,

que eran Dña. Margarita Jiron Manuel y Genoveva Molinos; la herreria, la del padre de la última, y el hombre rubio, Francisco, hijo adoptivo del maestro. Andres Molinos tenia su taller en una antigua cochera de la casa de Jiron, cuyo frente daba á la plazuela de San Sebastian, y ocupando una gran parte de la manzana, caia por la espalda á la calle de los herreros. Abandonada aquella cochera, por estar un poco extraviada y dificultarse el manejo de los coches, Don Francisco Jiron la dió al herrero, su protegido, y no creyó necesario se cerrase una puertecilla que la comunicaba con el último de los patios de la casa. Asi, de vez en cuando el mismo D. Francisco y las personas de su familia solian pasar á la herreria por el interior, cuando querian ver alguna de las operaciones curiosas del maestro ó de Francisco, tan habil ya como su padre.

En el momento en que el capitan Peraza se detuvo delante de la puerta, admirado de la belleza de las dos amigas, se disponian estas á retirarse. El capitan, con su acostumbrado desembarazo, entró á la herreria y llevando la mano al sombrero negro, adornado con hermosas plumas blancas, que sugetaba una presilla de rubíes, dijo á las dos jóvenes:

— Me creeria yo transportado á la fragua del dios Vulcano, á no ser dos Venus, en vez de una, las que tengo delante.

El herrero no comprendió la alusion mitológica; pero por el aire impertinente del capitan, y por sus miradas, supuso que aquellas palabras eran alguna galanteria, y antes de que las dos jóvenes pudiesen contestar, dijo con aire desdeñoso:

— Supongo que aqui no hay nada de eso que decis y que yo no entiendo. No hay mas que una señora á quien no se habla sin respeto; mi hermana, que no necesita los requiebros de nadie y un artesano honrado, que no gus-

ta de perder su tiempo oyendo necedades. Con que, podeis seguir vuestro camino.

Una carcajada insolente fué la única respuesta que dió Don Fernando á aquellas palabras provocativas. Mientras hablaba el herrero, el capitan habia llegado á colocarse á dos pasos de Dña. Margarita, estando Genoveva un poco mas distante.

—No me marcharé, dijo el imprudente mozo, sin llevar un recuerdo de esta bella, en lo que no creo faltar al profundo respeto que sin duda se merece.

Diciendo esto, antes de que la hija de D. Francisco Jiron tuviese tiempo de evitarlo, Don Fernando habia estampado sus labios en los de la jóven, á quien la indignacion y la vergüenza hicieron saltar las lágrimas. Genoveva dió un grito; Francisco Molinos se puso pálido como un cadáver, é inmediatamente rojo como el hierro candente que ardia en la fragua. Con la rapidez del relámpago, tomó uno de los martillos de la herreria y levantando aquella enorme masa de hierro, que con dificultad habrian manejado dos hombres, lo hizo silbar en el aire, dirijiendolo á la cabeza del capitan. El martillo iba á caer y habria deshecho el cráneo de Don Fernando, como una cáscara de nuez, si al tiempo de descargar el golpe terrible, no se hubiese oido una voz, que gritó:

—¡Detente, insensato!; es el hijo del Presidente!

Un minuto mas y era ya tarde. El capitan Peraza hubiera terminado su carrera de locuras y Francisco Molinos perdidose para siempre. El pesado martillo se detuvo en el aire y el brazo vigoroso del herrero, cuyos músculos y venas parecian próximos á romperse, bajó lentamente y dejó caer el martillo, que hizo retemblar el suelo. El atlético artesano arrojó un rugido, como el de un leon furioso á quien se arrebatara la presa; cerró los ojos y cayó sin conocimiento. Don Fernando, que habia visto sin pestañear levantado sobre su cabeza el terrible instru-

mento, se sonrió con desden, y dijo, dirigiendose al barbero, que era el que acababa de entrar tan oportunamente:

— Pues á fé, amigo del ojo menos, que si no cacareas tan á tiempo, este bruto me habria hecho tortilla los sesos, sin darme lugar ni aun á sacar la espada. ¡Cáspita, y que malas pulgas tienen estos bárbaros de los Vulcanos de tu tierra! Semejante porrazo por haber dado un beso á esta buena moza; (y señaló á Dña. Margarita) habria sido algo mas sério que lo de la excomunion.

El barbero llevó á Don Fernando á un rincon de la herreria y le dijo en voz baja:

— ¿Que haceis, caballero? Esa señora es la hija de Don Francisco Jiron Manuel, la prometida esposa de vuestro amigo D. Luis Melian.

— Lo siento; porque la dama es bella y me ha.... que sé yo....; ¡voto á tal! que nunca he sentido una cosa asi. Pero, ¿quien diablos habia de imaginar que una señora de calidad estuviese metida en semejante tugurio?

— Eso tiene su explicacion, replicó el barbero, y yo os la daré á su tiempo. Por ahora, caballero, os suplico que os retireis. Gentes de la servidumbre de Palacio os buscan con empeño por todas partes.

— Bien, dijo Don Fernando; yo me excusaré con esta doncella en la primera ocasion; y dicho esto, se retiró; recobrando, apenas hubo salido á la calle, el aire ligero y casquivano con que habia entrado.

Margarita y Genoveva se ocupaban en auxiliar á Francisco, en quien la ira reprimida habia producido el terrible sacudimiento que lo hizo caer como herido por un rayo. La autoridad tenia en aquella época tan gran prestigio, y por otra parte, era tal el respeto de aquella familia de artesanos por la de Jiron Manuel, íntimamente ligada con el Presidente, que las palabras pronunciadas tan oportunamente por el maestro Basilio, produjeron el

efecto mágico de detener el golpe vengador que iba á castigar lo que Francisco veia como el mas horroroso desacato. Mientras el artesano recobra el conocimiento, merced á los auxilios de las dos jóvenes, afligidas en extremo con aquel incidente, sigamos á aquel cuya temeridad lo habia originado.

Lo que acababa de decirle el barbero era verdad. No bien hubo dado el capitan unos pocos pasos, cuando encontró á un lacayo con la librea de su padre, y le dijo que el Sr. Presidente lo llamaba con urjencia. Don Fernando se apresuró á volver al Palacio, pues deseaba mostrarse hijo obediente y respetuoso en todo aquello en que no le importaba someterse á la agena voluntad. Se le condujo al gabinete retirado donde estaba el Provincial de la Merced, cuyo aspecto, naturalmente grave, tenia en aquel momento cierto aire misterioso y solemne, como el que habria tomado el bueno del religioso en un Concilio ecuménico. Tenia puestos los anteojos, el cabello levantado, la pluma detras de la oreja, los libros abiertos sobre la mesa, y la cabeza apoyada en las manos, como quien medita en un asunto árduo y grave. El Conde de la Gomera estaba sentado frente al Provincial y guardaba profundo silencio.

El Capitan hizo un saludo marcial á Fr. Bonifacio, que se medio levantó de su asiento, ya que considerase que en aquella solemne ocasion no le correspondia mostrarse mas urbano, ya que su natural obesidad no le permitiese mayor lijereza y expedicion en los movimientos.

— Hijo mio, dijo el Presidente con bondad, aqui tienes al Muy Reverendo Padre Fr. Bonifacio de los Angeles, Doctor en Sagrada Teologia, Maestro en Artes, por el Colegio de Santo Tomas, lector jubilado y Provincial de la Orden de Ntra. Señora de la Merced, redencion de cautivos, en la provincia de la Presentacion de Guatemala. Este sábio religioso, profundo canonista, gran teólo-

go, excelente latino y consumado helenista, es mi consultor en todos los casos graves de conciencia. Le he suplicado me dé su parecer acerca del punto árduo y espinoso de tu entrada en el sagrado de un monasterio, para saber, de cierto, si por esa falta habias incurrido en la pena de excomunion. Mas de dos horas ha estudiado la materia este hombre grande por la virtud y letras, consultando los Concilios y los autores de mejor nota, y....

El Conde se detuvo, como si temiese decir algo muy terrible y muy desagradable para su hijo. Pero este preguntó con desembarazo:

—¿Y qué opina el Muy Reverendo Padre que sé yo cuantos, Doctor y Maestro, jubilado, lector y escritor, griego y latino, sábio por todos cuatro costados, teólogo, canonista, jurista, tomista y escotista? ¿Estoy ó no estoy excomulgado?

Aturdido quedó Fr. Bonifacio al oir la irrespetuosa algarabia del díscolo mancebo, y frunciendo el entrecejo, contestó:

—Supongo, caballero, que no habeis querido burlaros de mi en lo que habeis dicho. El Sr. Conde exajera mis pobres méritos; yo no soy mas que un humilde religioso, que conoce la vanidad de la ciencia mundana. *Vanitas vanitatum*, que dijo el sábio. Esto es lo único que me han valido cincuenta años de estudios. *Tantum scio quod nescio.*

—Pues es lástima, contestó el capitan, que hayais empleado todo ese tiempo para venir á parar en que de nada os sirve cuanto habeis estudiado. ¿Es decir que, en resumidas cuentas, no sabeis si me ha caido ó no la excomunion? Pues medrados estamos!

—*Distinguo*, replicó Fr. Bonifacio, á quien iba enfadando el modo de raciocinar del capitan. La ciencia sirve y no sirve. Si se trata de ignorantes, que han malgastado la vida en locuras, el sàbio les es tan superior,

como una ballena á una hormiga. Pero si se trata de Dios, que es la sabiduria misma, toda la ciencia es humo y nada. *¿Quis sicut Deus?*

— Pues concediendo, dijo Don Fernando, que vos sois la ballena y yo la hormiga, digame Vuesa Ballenidad, ¿que hay con respecto al punto en cuestion? ¿Que dicen todos esos librotes?, y dió un empellon á un tomo de la *Suma* que estaba sobre la mesa.

Encendido de ira, el Provincial se quitó los anteojos y los arrojó sobre los libros, diciendo:

— Excomulgado está y muy que lo está; y aqui tengo registrado el canon.

Dicho esto, volvió á ponerse los espejuelos y leyó en voz grave:

— "*Ingredi autem intra septa monasterii nemini liceat, cujuscunque generis, aut conditionis, sexus, vel œtatis fuerit; sine episcopi vel superioris licentia, in scriptis obtenta, sub excomunicationis pœna, ipso facto incurrenda.*" ¿Que tal?, añadió, ¿es claro ó no lo es? ¿Habeis comprendido ó no?

— Confieso que no muy bien, dijo el capitan; sirvase Vuesa Paternidad volver á leer ese canon.

Tomó otra vez Fr. Bonifacio la coleccion de cánones del Concilio de Trento y repitió: "*Ingredi autem &c.*, hasta el fin.

Don Fernando volvió á quedarse pensativo, y dijo:

— Aun no comprendo enteramente. Si no os sirve de molestia, volved á leer el canon.

No tuvo inconveniente el Provincial y leyó por tercera vez. Don Fernando movió la cabeza de un lado á otro y dijo:

— No entiendo mas que *monasterio, licencia* y *pena;* ¿en que diablos de gerigonza está eso?

— Acabáramos! exclamó el Padre sonriendose; si no sabeis latin, ¿como habeis de entender el canon? Voy á traducirlo: "Tampoco sea lícito á persona alguna de cualquier clase, condicion, séxo, ó edad que sea, entrar den-

tro de los muros de un monasterio, só pena de excomunion, en que se incurrirá de hecho, á no tener licencia escrita del obispo ó superior." Observad, añadió Fr. Bonifacio, que dice que en esta excomunion se incurrirá por el hecho mismo, *ipso facto*, lo cual da á entender que no se necesita de declaratoria. Porque habeis de saber que los canonistas distinguen dos géneros de excomuniones: una, en que se incurre cometiendo la accion prohibida, y á esa llaman *latæ sententiæ;* y otra, que profiere el Juez competente, y se denomina *ferendæ sententiæ.*

— ¿Y cuales son, preguntó el capitan, los resultados de la excomunion?

— El principal efecto de esta terrible pena, dijo el Provincial, es separar al excomulgado de la sociedad de los fieles, y reducirlo respecto á estos, á la condicion de un pagano, ó de un publicano. Se les rehusa la conversacion, la oracion, el saludo, la comunion y la mesa, como lo expresa el siguiente verso:

Os, orare, vale, communio, mensa negatur.

Entre los judios, continuó Fr. Bonifacio, que no queria perder la oportunidad de lucir su erudicion, habia tres especies de excomuniones; la que se llamaba *Niddui*, que quiere decir separacion; otra se decia *Kerem*, esto es, anatema, y la mas solemne, que se publicaba á son de trompetas, y se denominaba *Chammata.* Los canonistas modernos.....

— Dejemos á los canonistas modernos, interrumpió Don Fernando, que se compongan como puedan con todas esas excomuniones; y decidme, mi Reverendo Padre, si es sério eso de negarme la mesa y la conversacion, pues habeis de saber que yo no estoy fabricado de modo que pueda pasarme diez horas sin comer, ni diez minutos sin hablar, aun cuando sea con mi propia sombra.

— Pues, caballero, contestó Fr. Bonifacio; para eso

no veo mas remedio que levantaros la excomunion; lo cual es obra de quince minutos. Os pondreis de rodillas, desnudas las espaldas hasta la cintura; pero conservando la camisa, *in humero, usque ad camisian exclusive denudato*, y yo os azotaré con la primera correa que encuentre á mano. *Funiculis leviter percutit.*

— Padre maestro, contestó Don Fernando, poniendose encendido de cólera; á mi no se me ha impuesto un castigo semejante desde que sali de la escuela; y ¡voto á Cribas! que eso ya pasa de chanza. Prefiero no volver á probar bocado ni á hablar con alma nacida, antes que someterme á tal humillacion.

— Hijo mio, dijo el Presidente, aflijido al oir lo que decia Don Fernando; no hay humillacion en someterse á las penas que nos impone la santa iglesia, cuando como madre amorosa castiga nuestros pecados.

— Por lo demas, agregó el Padre, observad el adverbio *leviter* de que hace uso el Ritual romano. Quiere decir que se azota suavemente, y por via de ceremonia. Si no consentis en someteros, excomulgado os quedareis y ya no podreis alegar ignorancia de la gravedad de los efectos de esa pena.

El Presidente y el Provincial renovaron sus instancias, apuraron los argumentos, hasta que al fin lograron vencer la contumacia del capitan. Refunfuñando y de mal humor, se quitó la capa, se desnudó del jubon, y puesto de rodillas, Fr. Bonifacio lo absolvió de la excomunion, conforme al rito, usando para la vapulacion de la correa de su propio cinto.

El anciano Presidente abrazó á su hijo, derramando lágrimas y Fr. Bonifacio le dirijió otra homilia, erizada de textos latinos, sobre los saludables efectos de la absolucion y sobre la necesidad de no volver á incurrir en las censuras eclesiásticas. El capitan, viendo que al fin y al cabo la ceremonia habia sido muy sencilla, recobró su buen humor; y deseando sacar partido de la buena dis-

posicion de su padre, le dijo:

— Ya pues que, gracias á Su Paternidad, he vuelto á entrar en la sociedad de los fieles, quisiera que celebraramos mi llegada á la ciudad con algun regocijo público. Me han dicho que hace pocos dias se verificaron las fiestas de la jura del soberano; ¿no podriais hacer de modo que se repitiesen esas funciones para que yo las viera?

— ¡Repetir la jura!, dijo el Presidente; ¿has perdido el juicio? ¿Crees acaso que un acto tan grave es una comedia que puede hacerse tantas veces cuantas haya farsantes que la ejecuten y espectadores que ocurran á presenciarla?

— Yo creia, contestó Don Fernando, que así como la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Guatemala ha jurado obedecer á nuestro católico monarca Felipe IV, podia rejurarlo, en lo cual daria nuevas prendas de su lealtad. Pero si esto no se puede, ¿no podriais vos, P. Fr. Bonifacio, que sabeis tanta Teologia, Concilios y Santos Padres, obtener que me hiciesen una semana santa? Me han dicho que es lo mas alegre que hay aqui.

— ¡Semana santa en Diciembre! exclamó el Provincial aturrullado; ¿*Quæ te dementia cœpit*? ¿Dónde se ha visto semejante cosa? ¿No sabeis que la Pascua se celebra en el primer domingo despues del plenilunio que sigue al equinoxio de la primavera? No ignoro, caballero, que hubo en otro tiempo en la iglesia serias controversias acerca de este punto. Los orientales, apoyándose en la autoridad de San Juan, celebraban la Pascna en el catorceno dia de la luna de Marzo; pero los occidentales, siguiendo á San Pedro y San Pablo, lo hacian en el domingo siguiente, hasta que el Concilio de Nicea puso término á aquella diferencia y estableció esa gran solemnidad en el dia ultimamente indicado. ¿Y quereis vos ser mas hereje y mas cismàtico que los *protopaschitas*, pretendiendo celebrar la Pascua en los últimos dias del Adviento?

— Yo, Reverendo Padre, respondió el capitan, lo úni-

co que pretendo es divertirme, y nada tengo que hacer con esos potros y con esos paquitas que habeis mencionado. He recorrido hoy una buena parte de la ciudad y me ha parecido casi un cementerio. Este Palacio es grande y hermoso; está amueblado con lujo; pero parece inhabitado. Yo deseo animar esta soledad; que haya banquetes, saraos, tertulia y juego. La gente que se divierte olvida las desavenencias y da tregua á los odios políticos. La sociedad no es ni puede ser un claustro; conque asi, vamos dando señales de vida y no seamos tan huraños. Esto tiene de variar ¡por Santa Brijida! ó nos han de oir los sordos. Gobernad vos, padre mio, el reino y yo gobernaré el Palacio; y si á eso se oponen los cánones, declaro que es menester quemarlos.

— La iglesia, dijo el Provincial, nunca ha prohibido los regocijos inocentes: lo que no quiere es la gula, la concupiscencia, la murmuracion y otros feos delitos à que son naturalmente ocasionadas las fiestas profanas.

— Por mi parte, replicó Don Fernando, os ofrezco que comeré y beberé con moderacion y hasta donde pueda sin reventar; y en cuanto á murmurar, dejaré este recurso á las señoras mayores que no faltarán en las reuniones que vamos á tener.

El Conde se sonrió con cierta complacencia; pues tenia una verdadera debilidad por su hijo, y se sentia siempre inclinado á echar á buena parte sus locuras. El Provincial dijo que lo dejaba todo á la prudente discrecion del Sr. Conde, y añadió que siendo la hora del refectorio, tenia que retirarse. El Presidente acompañó al religioso hasta la cabeza de la escalera y el capitan los seguia cantando:

"Si yo gobernara el mundo,
(no le dé Dios tal desdicha,)
¡que presto le vieran todos
vuelto lo de abajo arriba!"

Á pesar de su gravedad, el Provincial no pudo dejar de reirse y dijo en voz baja al Conde:

— No está mal escojida la copla, Señor Presidente. Si dais alas á este mozo, no el mundo, pero si el reino estará vuelto de arriba abajo en cuatro dias.

Dicho esto, se despidió y se marchó à su convento, cabizbajo y pensativo.

CAPITULO X.

El Sarao.

EL capitan Peraza no pudo alcanzar ni que se repitiera la jura, ni que se hiciese semana santa en fines de diciembre, para divertirlo. Pero como aquel mozo atolondrado se habia propuesto desterrar la austeridad y la tristeza del Palacio de su padre, y este preferia que se entretuviese á su vista, á que fuese á buscar afuera distracciones peligrosas, hubo de consentir en admitir tertulia, y reunir en sus salones la flor y nata de la nobleza.

Nada se habia sabido acerca de la aventura de la herreria; estando interesados en que permaneciese oculta los que tuvieron parte en ella, ó la habian presenciado. Dña. Margarita, luego que supo quien era el que le faltara al respeto de una manera tan audaz, se propuso no decir una palabra de lo ocurrido, y ocultarlo especialmente á Don Luis, temerosa de las consecuencias que podria acarrear el que llegase este á saberlo. Genoveva, naturalmente discreta y reservada, ocultó aun á sus padres

aquel incidente, que su amiga deseaba mantener secreto. Francisco habria querido hasta olvidar, si le hubiese sido posible, un agravio que lo habia herido en lo mas íntimo del alma y que la fatalidad hacia quedase sin castigo. El capitan, aunque tan locuaz y lijero de cascos, aquella vez tuvo bastante prudencia para guardar secreto sobre lo que sabia habia de causar grave pesadumbre á su amigo; y el barbero, que de buena gana hubiera publicado el suceso en otra circunstancia, calló por no comprometer al hijo adoptivo de su hermano y para no ponerse mal con el capitan, de quien se proponia sacar partido.

En la noche del 1º de Enero de 1622 se daba en el Palacio de la presidencia un brillante sarao, para celebrar, decia el Conde, la llegada de su hijo. Se supuso que Don Fernando, separado de su padre hacia ya diez años, habia obtenido permiso del Virey del Perú para ir á visitarlo, y que el Presidente deseaba que el capitan conociese á las señoras y á los caballeros principales de la capital del reino.

Acababan de dar las siete de la noche. Mientras los mayordomos, lacayos y pages completaban el arreglo de los salones y encendian las bujias, el capitan Peraza, que iba á ser el héroe de aquella fiesta, estaba en su cuarto, sentado en un cómodo sillon, haciendose afeitar y peinar por el maestro Basilio Molinos.

— No hay duda, decia el barbero, contestando á alguna observacion del capitan, que el sarao va á ser suntuoso y digno en todo de la persona á quien se festeja. Esta noche, señor Don Fernando, tendreis oportunidad de ver y tratar á lo mas granado de la nobleza del reino; á los caballeros principales y á las damas mas hermosas y discretas. Tendreis tambien ocasion de disculparos con Dña. Margarita Jiron Manuel por la travesurilla de la herreria; y creo que no os será dificil obtener el perdon, por mas que la hayais visto llorar, pues como decia mi

abuela, en cojera de perro y en lágrimas de muger, no hay que creer.

— Figúraseme, amigo Basilio, contestó Don Fernando con seriedad, que esta dama no es hipócrita ni gazmoña; que el disgusto que le causó mi lijereza no fué fingido, y puedo asegurarte que casi casi me arrepiento de lo hecho.

— Ah, señor Don Fernando! exclamó el maligno viejo, y que bien se vé que con todo vuestro ingenio, aun no conoceis el mundo. ¿No veis que si Dña. Margarita se hubiera ofendido realmente, no habria ocultado el caso á su prometido esposo, ó á su padre, para que este se quejase con el Sr. Conde? Cuando una muger reserva esas cosas, señor caballero, pueden apostarse diez contra uno á que no le han desagradado. El cortejo que ha logrado entablar el misterio y la reserva, tiene andada la mitad del camino. El tiempo y la constancia hacen lo demas, que como decia la finada, no se ganó Zamora en una hora.

— Basilio, contestó Don Fernando, confiesote que esa jóven me ha hecho sentir lo que jamas habia experimentado. Una sola vez la he visto y esa ha bastado para sacarme casi de mi juicio, ó mejor dicho, para que acabe de perder el poco que tenia. Pero amigo, Dña. Margarita es la prometida esposa de Don Luis, y por mas que lo sienta, es menester no pensar en esto. He llegado tarde.

— No llega tarde quien llega, decia mi abuela, señor mio. Eso de que Don Luis se case con Dña. Margarita está en cien brasas; el padre no contesta y ya se susurra que no quiere el tal matrimonio, porque tiene otros proyectos respecto á su hijo. Por lo demas, yo creo que marido por marido, tan bueno sois vos como él, y que ella al fin y al cabo diria como mi abuela, que vale mas pájaro en mano que buitre volando. Conque, pecho al agua y no tengais miedo, que de ningun cobarde se ha escrito nada.

Los escrúpulos de Don Fernando eran verdaderos. Ha-

bia aun en el fondo del corazon de aquel jóven suficiente hidalguia para vacilar ántes de decidirse á hacer traicion á un amigo; pero lo impetuoso de sus pasiones y las pérfidas insinuaciones de aquella tentadora serpiente, iban batiendo en brecha el sentimiento caballeresco que le aconsejaba respetar á Dña. Margarita. Luego que hubo acabado de afeitar y peinar al capitan Peraza, el barbero se despidió, haciendo muchas cortesias á Don Fernando y deseandole triunfos multiplicados en la fiesta. El jóven, á quien halagaban aquellas palabras, como todo lo que lisonjea la vanidad, se sonrió al contestar al último saludo del barbero, á quien dió un puñado de oro, mas como galardon de las adulaciones que le prodigaba, que como recompensa del servicio que acababa de prestarle con los peines y con las navajas.

— Pues ¡voto á tantos!, dijo Don Fernando luego que estuvo solo, que tal vez ese viejecillo tiene razon y que estos escrúpulos de monja que me escuecen se avienen mal con mi caracter y mi condicion. Luis no ha logrado arreglar su matrimonio, por la terquedad del padre de Dña. Margarita, segun dicen. Si yo lograra hacer que ella me prefiriese, que no es dificil, mi padre arreglaria en media hora las cosas. ¿Y Luis, que haria? Se consolaria con otra, ú otras cuatro ó cinco, que seria lo que yo hiciese en su lugar. Veremos como se presenta el campo y si es verdad que, como me ha dicho Basilio, esa beldad, que tan esquiva se me mostró en la herreria, está ya medio conquistada.

El capitan dió una mirada á un espejo de cuerpo entero, de marco azogado, que tenia en su habitacion, y aquel rápido exámen de su apuesta persona, que verificaba por la vigésima vez acaso en el dia, lo confirmó en la idea de que era muy dificil hubiera muger que se le resistiese. Bajo la impresion de este convencimiento, Don Fernando se vistió con elegante sencillez, sin afectacion,

pero sin descuido. Su paje le presentó un jubon, unos calzones y una capa corta de terciopelo azul claro, con una sencilla bordadura de plata. Se ciñó la espada con un cinturon de seda, tambien bordado, y se colocó al pecho la venera de la órden de Montesa.

A las ocho se presentó el capitan en los salones del sarao, que estaban llenos de damas y de caballeros, y saludó á aquellas con galanteria cortesana y á estos con atenta urbanidad. Un rumor general de satisfaccion acogió la entrada del hijo del Presidente; demostracion que fué quizá aun mas lisonjera para el padre de aquel jóven, que para el mismo que era objeto de ella. El Conde de la Gomera estaba tan abrumado con el peso de las dificultades del gobierno, que experimentaba un verdadero lenitivo al advertir la buena acogida que en aquella brillante y numerosa reunion de personas de opuestas opiniones, encontraba el ser á quien mas amaba en el mundo.

Pero no fué solo el Presidente el que sintió su orgullo halagado con la favorable impresion causada por el porte distinguido y gallardo de Don Fernando. Hubo otro corazon que palpitó de júbilo, y una mano que se apresuró á estrechar la del capitan luego que hubo entrado en el primero de los salones destinados al baile. Aquel corazon y aquella mano fueron los del noble y leal Don Luis Melian, que gozaba con el triunfo de aquel á quien amaba casi como á un hermano.

— Supongo que bailarás, dijo Don Luis á Don Fernando; y si es asi, espero que ninguna otra dama tendrá derecho á esa preferencia, ántes que la prometida esposa de tu amigo. Ven, voy á hacer que conozcas á Margarita. Estoy impaciente por saber tu opinion sobre la que es ya la mitad del alma mia.

El capitan se puso encendido al escuchar aquellas palabras, que el jóven poeta tomaba de una oda de Horacio, y siguió á Don Luis, que atravesando los grupos de los

caballeros y las señoras que formaban las contradanzas, lo condujo al estrado, donde la esposa de Don Francisco Jiron Manuel y su hija, hacian los honores de la fiesta, siendo la familia que mayor intimidad tenia con el Presidente.

Don Fernando saludó á Dña. Isabel de Alvarado y dirijió á Dña. Margarita algunas palabras entrecortadas, que la jóven escuchó inclinando la cabeza y pudiendo apenas ocultar el desagrado que le causaba el capitan. Don Luis atribuyó aquello al rubor que naturalmente debia experimentar una jóven como su nóvia en presencia de un caballero á quien veia por la primera vez, y con una sonrisa amable, dijo:

— Ya que os habeis conocido, deseo que seais buenos amigos. Margarita, sabeis que Fernando es no solo mi deudo, sino mi amigo y mi compañero de armas. Espero que estos títulos le asegurarán vuestro afecto. Fernando, añadio, dirigiendose al capitan; sábes que Margarita será pronto mi esposa; es decir, que casi puedes verla ya como si fuese tu hermana. No tengo mas que deciros: os aguardan para dar principio á una contradanza.

Sin dar tiempo á que respondiese Dña. Margarita, que se proponia excusarse de tomar parte en el baile, Melian puso la mano de su novia, fria como el mármol, en la de Don Fernando, que condujo á la jóven al centro del salon, donde se organizaba la contradanza en que ellos iban á tomar parte. La orgullosa hija de Jiron Manuel trató al capitan con la mas perfecta cortesia: pero cuando este, en un momento en que nadie los escuchaba, quiso disculparse del deplorable error que lo habia inducido á faltarle de una manera tan indebida, pocos dias ántes, Dña. Margarita cortó la conversacion de un modo terminante. Poco acostumbrado el vanidoso caballero á que se recibiesen sus insinuaciones con tan poco aprecio, se sintió herido en lo mas íntimo del alma. Sin embargo, no podia quejarse de la mas lijera falta de urbanidad por

parte de Dña. Margarita, y, asi sucedió lo que era natural sucediese á un hombre del caracter del capitan Peraza. La altiva y fria dignidad de la novia de su amigo, fué un terrible y poderoso estímulo á la inclinacion que sentia ya por ella. Tuvo que renunciar á la idea de hacer admitir una disculpa de su locura; habló á Dña. Margarita de cosas indiferentes; pero cuando, terminada la contradanza, la condujo al estrado, el amor y el despecho desgarraban su corazon como dos furias infernales.

Mientras el capitan atravesaba el salon, taciturno y malhumorado, sin hacer alto en la miradas insinuantes de otras jóvenes señoras, que con la mejor voluntad habrian admitido sus obsequios, los caballeros graves de la reunion, formando diferentes grupos, conversaban sobre diversos asuntos, segun sus inclinaciones, profesion y caracter. El doctor Fernandez de Araque, con otros dos oidores y algunos caballeros de los que seguian el partido de la Audiencia contra el Presidente, hablaban con calor en el alfeizar de una ventana, y combinaban planes contra el funcionario de cuya obsequiosa hospitalidad disfrutaban en aquel momento. En otro extremo de la sala, el Conde de la Gomera, el Fiscal, Don Marcos de Estopiñan, Don Pedro de Lira, Don Antonio de Justiniano y Don Francisco Jiron Manuel, conversaban en voz baja, interrumpiendo la plática siempre que pasaba junto á ellos alguno de los partidarios de la Audiencia.

— Desde el dia de la jura, decia el Conde, tuve noticia por Basilio, mi barbero, de la llegada de ese sugeto; pero ni él ni nadie han podido averiguar quien sea en realidad. El Padre Provincial, con quien estuve la víspera, á la misma hora en que se dice llegó ese misterioso huesped, ha guardado conmigo sobre este asunto una reserva que extraño, atendida la lealtad y decision de Fr. Bonifacio. Me han dado aviso de que ha salido muy poco y casi siempre de noche.

— ¿Y no habeis advertido, señor, observó Jiron, que parece coincidir con la llegada de ese hombre, la audacia que han comenzado á desplegar los señores de la Audiencia y sus afiliados? Diriase que tienen ya la union y la fuerza que les faltaban. Hoy, es necesario no equivocarse, ese partido está organizado, cuenta con algo que no acierto á comprender lo que es; pero es facil preveer que ha llegado la hora en que se pasará de la guerra de murmuraciones y de intrigas miserables, á una lucha atrevida y declarada.

— Araque, dijo el Fiscal, es siempre el alma de esas tramas; él tiene en la mano los hilos y hace moverse á los demas segun su voluntad.

— No, contestó Jiron; no es ya ese letrado enredador y cobarde el que dirije á nuestros adversarios. Una cabeza mas inteligente y una mano mas firme que la suya gobiernan de hoy mas á ese partido.

— No importa, dijo el Conde con entereza; yo descanso en la tranquilidad de mi conciencia; cuento con vuestro apoyo y con el de todos los que aman la paz; los negocios del gobierno pueden sufrir el exámen de la mas severa crítica, y en todo caso, creo que los motivos de mi conducta en los asuntos graves que se han ofrecido durante mi mando, no dejarán de pesar en el real ánimo. Por lo demas, esta es gente pusilánime, que no intentará jamas un golpe de mano.

— No deseo alarmar, dijo Jiron; sabeis que soy naturalmente enemigo de exajeraciones; pero considero que una excesiva confianza es peligrosa, en el estado á que van llegando las cosas. Entre nosotros, señor, la autoridad cuenta casi solo con los medios morales, con el prestigio de un nombre que nos protege desde mas allá del océano. Si esos medios se debilitan, ó si hay quien acierte á usar de ese mismo nombre contra vos, la situacion puede hacerse sumamente grave.

— ¡Usar de ese nombre contra mi! exclamó el Presi-

dente asombrado. ¿Que decis, Don Francisco? ¿Hay quien pudiera en todo el reino invocar el nombre del Rey para levantarse contra su único legítimo representante, que soy yo?

—La real Audiencia tal vez.... se aventuró á indicar Estopiñan.

—¡La real Audiencia! exclamó el Conde; ¿y no soy yo su Presidente? ¿Puede hacer algo sin mi anuencia en asuntos de gobierno? Y si no es la Audiencia, como no puede ser; ¿quien otro seria bastante osado para tomar el nombre del Rey como bandera contra mi autoridad?

—¡Quien sabe! dijo Don Francisco Jiron; no puede uno aventurarse, ni á mi me corresponde dar como probables las que acaso no sean sino vagas sospechas y congeturas infundadas.

El Conde de la Gomera se preparaba á pedir á Jiron mas amplias explicaciones de las palabras que acababa de pronunciar; pero lo interrumpió Don Luis Melian, que llegó á suplicarle se sirviese escuchar algo urjente de que tenia que darle cuenta. El Presidente y su Secretario pasaron al gabinete, y despues de haber cerrado la puerta, dijo Don Luis.

—Acaba de llegar un correo de Sololá que viene ganando horas, despachado por el Alcalde mayor, y trae este pliego. No conozco esas armas.

—Ni yo tampoco, dijo el Conde, despues de haber examinado el sello. Veamos lo que es.

Abrió el pliego, y á medida que leia, dejaba ver el anciano en su fisonomia la impresion que le causaba aquella carta. Cuando hubo concluido la lectura, exclamó:

—¡Que bien decia Jiron! Cada dia tengo nuevos motivos para apreciar mas el tacto político de este hombre. Leed, añadió, y pasó la carta al Secretario.

Don Luis no habia comprendido las últimas palabras del Presidente, y deseando ver si aquel pliego se las explicaba, se apresuró á leer. Era una carta lacónica y atenta, fecha el mismo dia en Sololá y firmada EL LICEN-

CIADO DON JUAN DE IBARRA. Este sujeto, á quien conocian mucho de reputacion el Presidente y su Secretario, siendo uno de los mas hábiles de los ministros de la Audiencia de Méjico, anunciaba su llegada, con el caracter de Visitador y Juez de residencia y agregaba que haria su entrada el dia 3.

— Debí haberlo previsto, exclamó el Conde, inclinando la cabeza; los manejos de mis enemigos han encontrado eco en la corte. Ese partido tendrá ya un gefe, que invocará contra mí el nombre único que puede hacer aqui que se doblegue mi autoridad. Pero ¿que tiene que hacer ese Visitador, que aun no ha llegado á la ciudad, con el hombre misterioso que está alojado en la Merced? He aqui lo que no puedo comprender y que tal vez pronto se aclarará.

El Presidente guardó silencio durante un breve rato; se paseó precipitadamente por el gabinete y hablando como si nadie lo escuchase, decia:

— El golpe ha sido certero. La historia de las otras residencias que ha habido en este reino, me está diciendo lo que debo esperar de esta. Es necesario prepararse, porque la lucha va á ser larga y penosa. Don Luis, agregó, dirijiendose al Secretario, contestad ahora mismo esa carta en términos atentos y breves, como corresponde al estilo en que viene escrita. Casi todos los oidores estan en esos salones; suplicadles de mi parte pasen á este gabinete, pues debo comunicarles un negocio urgente. Es necesario avisar tambien á los Álcaldes para que se prepare, tan pronto como sea dable, el recibimiento de ese hombre.

— Señor, dijo Don Luis, el correo ha traido otro pliego sellado para el Alcalde Don Juan Pereira Dovides; seguramente el Visitador dará parte á la ciudad de su llegada.

— Sin duda, contestó el Conde; es pues inutil avisar al Ayuntamiento. Contestad esa carta.

Don Luis Melian redactó en unos pocos minutos la

respuesta; leyó el Conde el borrador; corrijió una ú otra expresion, y puesta en limpio, firmada y sellada, Don Luis salió á dar sus disposiciones para que fuese remitida inmediatamente. En seguida volvió á los salones del baile y avisó á los oidores que el Sr. Presidente les suplicaba pasasen á su gabinete, por un asunto urjente de gobierno. Acudieron sin demora los ministros; y el Conde, que habia tenido tiempo de recobrar su entereza y dominar sus primeras impresiones, les dió cuenta sencilla y brevemente de lo que ocurria.

—El Ayuntamiento está avisado, dijo el Conde, y tomará sus disposiciones para recibir al Sr. Visitador como corresponde á su caracter.

—La Audiencia, dijo el doctor Araque, debe salir hasta las puertas de la ciudad à darle la bienvenida.

—La Audiencia, replicó el Presidente, no puede ni debe hacer semejante cosa. Reunida en la sala de acuerdos, aguarda se le presenten los reales despachos de nombramiento de Visitador, y si están en regla, como supongo lo estarán estos, los obedece y cumple.

Siguió una ligera discusion sobre la idea indicada por el doctor Araque; pero prevaleció la opinion del Presidente, que era la mas racional. Disolviose la reunion, y Presidente y oidores volvieron á entrar á los salones del sarao. Su ausencia habia sido notada, por supuesto, y se hacian ya los comentarios mas contradictorios sobre la causa de la desaparicion de tan altos personages. Todo el mundo estuvo, sin embargo, muy distante de adivinar el asunto urjente que ocasionaba aquella sesion del real acuerdo en semejantes circunstancias. Cuando corrió por los salones la noticia de que dos dias despues haria su entrada un Visitador que venia á residenciar al Presidente, la impresion fué profunda en todos los ánimos. Los partidarios del Conde la oyeron con visible desagrado, previendo, como era facil, las consecuencias que podia producir, si el residenciario no estaba dotado de toda la pru-

dencia y la imparcialidad indispensable para juzgar con acierto la situacion de las cosas y cortar las funestas divisiones que traian perturbado al reino. Los enemigos de la administracion, por el contrario, anhelaban un cambio cualquiera y fundaban las mas lisongeras esperanzas en las maquinaciones que se preparaban ya á poner por obra, á fin de lograr que el Visitador se adhiriese á su partido. Unos y otros dieron á conocer sus disposiciones, sin el menor disimulo; señalandose desde luego las personas que habrian de seguir la suerte del Conde, próspera ó adversa, y las que deberian figurar como satélites del nuevo planeta que iba á levantarse en el horizonte. Ademas de esos dos partidos, perfectamente marcados, estaba el de los *prudentes*, que aguardaban á ver como pintaba el Visitador para decidirse.

Aquel incidente no dejó de turbar la animacion del baile. Muchos de los que tomaban parte activa en la fiesta, fueron abandonando la danza, para unirse á los corrillos que formaban los hombres graves, y en los cuales se discutia y comentaba la gran noticia. Las señoras la oyeron tambien y se limitaron á preguntar si el Visitador seria jóven y buen mozo, soltero ó casado. Nadie pudo responder á aquellas preguntas, por lo cual las imaginaciones hubieron de echarse á todo vuelo por el campo de las congeturas. Se calculó que era soltero, porque no se decia que hubiese encargado casa, lo que no habria dejado de hacer, si trajese familia. Se agregaba que no debia ser viejo, porque los Alcaldes, que habian abierto ya la carta que les venia dirijida, decian que la letra manifestaba firmeza en la mano que la habia trazado. Se consideró, en fin, que debia ser de gallarda presencia, porque uno de tantos recordaba haber conocido Ibarras en España y los caballeros de esa familia eran muy bien apersonados. Por débiles que fuesen aquellas razones, media hora despues todos aseguraban en el baile que el Visitador era soltero, jóven, alto, delgado, rubio, bien hecho.

hermoso de cara, de maneras finas y distinguidas, hombre de mucho talento y de gran favor en la corte.

El único quizá que oyó con indiferencia la noticia y que hizo poca cuenta de los castillos en el aire á que daba origen, fué el capitan Peraza. Extraño á la política y ocupado ya en un solo objeto, Don Fernando no dió importancia alguna á la llegada del Visitador, y continuó devorando con sus miradas á la novia de su amigo. Para aquel jóven apasionado y violento, el mundo, la existencia toda estaban concentrados ya en aquella muger, que unia al atractivo de la belleza, el incentivo poderoso que producia la manera fria, aunque cortes, con que lo recibiera. Peraza evitó dos ó tres veces el encuentro con Don Luis Melian, por quien sentia ya en lo íntimo de su alma una cosa que si no era un odio mortal, era al menos bastante parecido á eso. Don Luis, en la hidalguia de sus sentimientos, estuvo muy distante de imaginar lo que pasaba en el corazon de su amigo. Advirtió al fin que el capitan no agradaba á Margarita, y lo sintió vivamente, pues como lo habia dicho, queria que su amigo y la que iba á ser su esposa, se viesen como dos hermanos. Se propuso combatir lo que él consideraba una preocupacion, nacida de las maneras tal vez demasiado francas del capitan, y hacer partícipe á su novia del sincero cariño que profesaba á Don Fernando.

El sarao terminó mas temprano de lo que habria sucedido sin el incidente de la noticia de la venida del Visitador. Los ánimos estaban ocupados con aquel suceso extraordinario, y poco despues de media noche se retiraron los convidados, ansiosos de que llegase el siguiente dia, para ocuparse en los preparativos del recibimiento del que era por el momento objeto de todas las conversaciones. Los capitulares convinieron en reunirse temprano, á fin de poder dar las disposiciones que permitia la premura del tiempo y que tubiese el posible aparato y lucimiento la entrada del Juez de residencia.

CAPITULO XI.

En que se da cuenta de la llegada del Visitador y del gran parecimiento que le encontraron con el huesped de la Merced.

EL dia que siguió á la noche del sarao se ocupó con los preparativos para el recibimiento del Visitador. Como á las doce circuló la noticia de que habia llegado á Chimaltenango, donde dormiria, para hacer su entrada á las nueve ó las diez de la mañana siguiente. Una comision del Cabildo pasó á felicitarlo á aquel pueblo y á darle parte de los arreglos acordados para su recepcion.

Mientras los concejales iban á desempeñar aquel encargo, con toda la gravedad que se empleaba en aquellos tiempos, aun en asuntos menos importantes, en la ciudad todo era alboroto, animacion y movimiento. El Cabildo invitó á los vecinos de las calles por donde debia pasar la comitiva, á que asearan el frente de sus casas y á que adornasen los balcones con colgaduras. Se convidó tambien á los caballeros encomenderos y á otros de la no-

bleza, á que acompañasen al Ayuntamiento, que tenia dispuesto salir en corporacion hasta Jocotenango, para recibir al Visitador. Se le habia preparado una casa grande, cómoda y hermosa en el barrio de Santo Domingo, donde vivia la gente principal, y ahi se le serviria el almuerzo, al que estaban ya invitados todos los que iban á tomar parte en el recibimiento.

Habian pasado como treinta años desde la llegada del último Visitador, el Sr. Sandé, que vino á residenciar al Presidente Mayen de Rueda, y asi pocos se acordaban de aquel acontecimiento. Para muchos la aparicion de un funcionario que venia á tomar cuentas al gefe del reino, era, pues, un suceso harto extraordinario, para que no llamase vivamente la atencion. No se habló durante todo el dia de otra cosa que del Visitador; á punto que no faltaron gentes que se imaginaron que no debia ser un hombre como los demas, sino que necesariamente tendria algo de raro y nunca visto.

No se extrañará, por tanto, digamos que aunque se sabia que la llegada seria entre nueve y diez, desde las cuatro de la mañana estaban llenos de gente el pueblo de Jocotenango y todas las calles de la entrada. Hubo muchos que no teniendo la paciencia de aguardar, fueron hasta Chimaltenango y volvieron contando maravillas del Sr. Visitador, á quien apenas habian logrado ver de lejos. Encontrabanle aquellos curiosos mas de treinta semejanzas: con jóvenes, con viejos, con esculturas y pinturas de santos, con algunos de los retratos de los reyes que adornaban los salones del real Palacio, con todo se le halló parecimiento; y no faltaron algunos que dijeron tener seguridad de haber visto aquella cara en otra parte, en lo que tal vez no les faltaba razon. De repente se esparció la voz de que ya no entraba el Visitador; que habia recibido un pliego de México, en que se le prevenia regresase, y que inmediatamente habia vuelto ancas á la mula y vueltose por donde viniera. Aquella noticia, que fraguó al-

guno de los que en aquel tiempo, (tan diferente en esto de los que alcanzamos,) se divertian en esparcir mentiras, estuvo á punto de originar un alzamiento. No porque importara á la plebe que se tomara ó no residencia al Conde de la Gomera, lo que debia influir bien poco en su suerte, sino porque se habia levantado de madrugada, sufrido estrujones y asoleadose por ver media hora antes que el resto del vecindario al Sr. Visitador, y era un pesado chasco volverse á casa sin lograr su objeto.

— Que entre para que lo veamos y despues que se marche muy en hora mala si le acomoda; decia una respetable ciudadana que habia dejado sus verduras en la plazuela de Candelaria y situadose en Jocotenango desde las cuatro y media de la mañana.

— ¿Y como es un Visitador, nanita? preguntaba una moza á su anciana abuela, que llegaba casi arrastrandose, habiendo tenido que correr desde cerca del Calvario, donde vivia.

— Es un Señor muy grande, contestó la buena muger.

— ¿Será mas grande, replicó sencillamente la muchacha, que el San Cristóval que está en la Compañia?

— No es de cuerpo, boba, dijo la abuela, sino de *auciones*. Con decirte que si quiere, puede apresar al Presidente y á los oidores!

— ¡Ave María!, exclamó la jóven santiguandose. Entonces, mejor se revolviera.

— ¡Que se revolviera! Pues no faltaba mas; despues que nos ha costado tanto llegar hasta aquí. Que entre y aprese y *ajorque*, que á bien que no nos ha de *ajorcar* ni á vos ni á mi, que eso no reza con nosotros los *probes*.

En otros grupos de gentes del pueblo se oian conversaciones semejantes. Las ventanas de todas las casas estaban cuajadas de curiosos, y en la calle de los herreros, una de las que debia tomar el Visitador, se veian las herrerias atestadas de gentes, ansiosas de ver pasar la comitiva. En la de Andres Molinos estaban, en sillas co-

locadas en la puerta, Dña. Isabel de Alvarado, su hija Dña. Margarita y Genoveva, y atras, en pié, por respeto á las dos señoras, el herrero, su muger, el maestro Basilio y Francisco Molinos.

El barbero y el herrero estaban contentisimos en sus adentros de la llegada de un Visitador, pues de la residencia del Presidente podia resultar su deposicion, cosa que deseaban ya con ansia aquellos dos artesanos rencorosos. Sin embargo, no se atrevian á manifestar claramente sus sentimientos, por consideracion á Dña. Isabel y á su hija, tan adictas al Conde de la Gomera. Cuando corrió la bola de que el Visitador regresaba sin llegar ya á la ciudad, el herrero se mordió los labios con furor, y el barbero le dijo á media voz:

— Si eso es cierto, seria malisimo; pero tal vez es una volada que han esparcido los partidarios del Presidente. Como decia la abuela, el mentir y el encompadrar ambos andan á la par.

No bien hubo pronunciado Basilio aquellas palabras, cuando empezó á oirse el ruido lejano de los coches y el susurro de la muchedumbre apiñada en las calles.

— Ahi viene! exclamó uno de tantos; y se alargaron algunos millares de pescuezos en direccion del punto por donde debia desembocar la deseada comitiva. Cinco minutos despues, desfilaban los primeros carruages del acompañamiento delante de la herreria del maestro Molinos. Abrian la marcha los de los caballeros particulares que habian atendido á la invitacion del Ayuntamiento; seguian los maceros de la ciudad, á caballo, con sus gramallas y las insignias de su oficio, precediendo á los coches de los concejales; y por último, en una lujosa carretela descubierta, tirada por cuatro mulas, venian los dos Alcaldes ordinarios, en la delantera, y frente á ellos el Visitador, solo, en la testera del carruage. Como este caminaba despacio, porque la acumulacion de la gente impedia el paso, la multitud pudo examinar al importante personage á to-

da su satisfaccion. Conversaba con los Alcaldes y no parecia experimentar la mas ligera emocion por la curiosidad de que era objeto. Apenas se fijaba en el pueblo y ni una sola vez volvió la cabeza para ver á las personas decentes que ocupaban los balcones.

Cuando pasó la carroza delante de la herreria, Dña. Isabel de Alvarado, Dña. Margarita, Genoveva, el herrero, el barbero y Francisco se fijaron, como era natural, en el Visitador, y partieron de aquel grupo cuatro ó cinco exclamaciones, al mismo tiempo. Genoveva estuvo á punto de desmayarse y habria caido al suelo, á no haberse apoyado en el hombro de su hermano. Margarita se puso pálida como una estatua de cera; Basilio se estregaba el ojo, estupefacto; Andres abrió la boca para hacer alguna observacion, que sin duda no se atrevió á proferir, y la volvió á cerrar sin decir palabra. En fin, Francisco, que no tenia los motivos para callar que hacian que los demas guardasen silencio, dijo, dirijiendose á su padre adoptivo.

— Padre, ese señor es el que salvó á Genoveva de que la matara el caballo del Alferez!

El herrero iba á contestar, todo aturdido; pero el barbero se le anticipó y dijo:

— ¡El que salvó á Genoveva! ¡vaya un disparate! ¿Y que tiene que ver ese señor, á quien vi esta mañana y probablemente estará ahora en la Merced, si no es que ande por aqui entre los curiosos, con el Visitador, que durmió anoche en Chimaltenango y que se sabe de cierto viene ahora de México? Lo que hay es que son parecidísimos y nada mas. Un diablo se parece á otro, decia mi abuela.

Francisco, oyendo que su tio aseguraba haber visto pocas horas antes al huesped de los mercedarios, no se atrevió á replicar. Genoveva y Margarita se dirijieron una mirada que expresaba su asombro y sin contradecir al barbero, apoyaron en su interior la observacion

de Francisco.

El maestro Basilio y el herrero, luego que desapareció la comitiva, se despidieron de las dos señoras, diciendo deseaban ver la llegada del Visitador á la casa que se le tenia dispuesta. Dña. Isabel, su hija y Genoveva entraron por la puerta que, segun hemos dicho, comunicaba la herreria con la casa de Jiron, y Francisco siguió á Dña. Margarita con una mirada profundamente triste y respetuosa al mismo tiempo.

— Se ha puesto pálida, dijo el herrero, luego que estuvo solo. ¿Que significa esa expresion de terror que ha cubierto su semblante angelical, á la vista de ese hombre? ¡Desgraciado el que pueda causarle la mas ligera pena!, añadió con voz sorda. Sea quien fuere, lo aplastaré con mas facilidad que si fuese una de esas piezas de hierro que pasan todos los dias entre el martillo y el yunque.

Calló durante un momento y luego exclamó con acento entrecortado:

— Pero ¿que digo? Soy un miserable! ¿No he sufrido aqui mismo que la insulten en mi presencia, y mi brazo ha caido, debil y sin accion como el de un niño, cuando se me arrojó á la cara el nombre de un poderoso? ¡Ah pobre artesano que no puedes vengar con los instrumentos que manejas diariamente los agravios que se hacen á la que amas y veneras! Tu poder está limitado á este metal, tan insensible como inofensivo.

Diciendo esto, Francisco tomó una cadena de gruesos eslabones que él mismo habia trabajado, y como para probar su consistencia, envolvió uno de los extremos en la mano izquierda, y tiró del otro con la derecha. Crujió el hierro al impulso vigoroso y la cadena quedó hecha pedazos entre los dedos crispados del herrero.

— Es mas facil romper esto, dijo con una sonrisa amarga, que los lazos, tan débiles al parecer, que nos ligan á lo que amamos, à nosotros, hijos mimados del in-

fortunio!; y dos gruesas lágrimas bajaron lentamente por sus pálidas mejillas.

En aquel momento comenzaron á llegar los oficiales del taller, que habiendo visto la entrada del Visitador, para lo cual obtuvieron permiso del maestro, acudian á sus tareas habituales. Francisco hizo cuanto le fué posible por recobrar su serenidad; prendió fuego á la fragua, puso algunas piezas de hierro á que se encendiesen y se ocupó en silencio en las demas operaciones del oficio.

Entre tanto el barbero y su hermano habian seguido el carruage que conducia al Visitador.

— No hay la menor duda, decia Basilio; es el mismo á quien hemos visto y hablado. El Presidente está perdido y tú puedes contar como segura la encomienda. ¡Que chasco para los que se han obstinado en seguir el partido del Conde! Lo siento por Don Francisco.

— Es duro, contestó Andres, como el hierro de mi fragua; pero estos señorones siempre hallarán modo de caer parados. Ya verás; el dinero lo compondrá todo.

— Si, replicó el barbero; como decia la abuela, por dinero baila el perro; y es menester no echar esto en olvido para lo de la encomienda.

En estas conversaciones llegaron delante de la casa destinada al Visitador, y muy á tiempo para verlo entrar. El barbero rabiaba por averiguar que impresion habia causado al Presidente la llegada del residenciario y deseaba tambien informarse de lo que hubiese ocurrido la noche del sarao entre el capitan Peraza y Dña. Margarita. Se despidió, pues, de su hermano, y se encaminó á Palacio, donde sus dobles funciones de barbero y de espia le aseguraban entrada franca á cualquier hora. El Conde acababa de concluir el despacho de la mañana, y Don Luis Melian se habia retirado ya. El anciano se encontraba solo, entregado á sus cavilaciones y deseaba la llegada de alguno que le informase como habia pasado la

entrada del Visitador. Cuando se le anunció que el maestro Basilio pedia permiso para ver á Su Señoria, dijo que pasase adelante, seguro de que no podia haberse presentado mejor noticiero.

— Y bien, Basilio, dijo el Conde, luego que hubo entrado el viejo marrullero, ¿que hay del Visitador? ¿Lo has visto? ¿Que tal parece ser? Como lo ha recibido el pueblo?

— Señor, contestó el barbero; á decir verdad, poco me he fijado en el caballero que acaba de entrar. A lo que me pareció, no es jóven, ni es viejo; no es de buena presencia; pero tampoco puede decirse que sea feo; la gente no lo recibió ni bien ni mal; de suerte que todo anda, como decia la abuela, entre Jerez y la frontera. Lo único que si diré con certeza á Vuesa Señoria es que se parece como un huevo á otro huevo y hasta en el nombre, al sugeto cuya llegada á la Merced avisé á Vuesa Señoria desde el dia de la jura.

El Presidente permaneció un rato pensativo, despues de haber oido lo que decia Basilio; y luego dijo:

— Segun eso, tú crees que el huesped de los mercedarios y el Visitador son una misma persona.

— Creo, Señor, que son y no son. La cara, el cuerpo, el aire, el nombre y el eco de voz, (pues oi hablar al recienllegado cuando bajaba de la carroza para entrar á su posada) son los mismos que los del individuo que está en el convento; pero hay la dificultad de que el uno está aqui hace lo menos veinte dias y el otro acaba de llegar; que aquel viene á tomar el hábito de religioso y este á tomar residencia á Vuesa Señoria; de lo cual deduzco yo que son y no son la misma persona; ó mejor dicho que aunque parecen uno, en realidad son dos.

— Basilio, dijo el Conde, ese misterio se ha de aclarar, y pronto sabré á que atenerme respecto á la extraña conducta de Fr. Bonifacio, que ha usado conmigo de tan inexplicable reserva.

— La conducta del Padre Provincial, contestó el barbero, es y no es extraña. Si se atiende á lo que debe á Vuesa Señoria, era natural que viniese á darle parte, como yo lo hice, del huesped que tenia en casa; pero Su Paternidad sabe mas de lo que le han enseñado, como decia mi abuela, y si él ha olido que bajo el embozo del Visitador podia venir alguna cosa rara, como una mitra, por ejemplo, no seria extraño que no quisiese quitar el tal embozo, sino cuando al interesado mismo le conviniese dejarlo caer.

— Tal vez tienes razon, Basilio, dijo el Presidente, suspirando. ¡Como ha de ser! siempre el interes individual antepuesto al interes público, aun en hombres de acrisolada virtud y de la mas vasta ciencia!

Cuando el Presidente hubo pronunciado aquel aforismo, y el barbero se disponia á contestarle en la forma dubitativa y ambigua que habia creido deber adoptar en aquella conversacion, el page de servicio entreabrió la puerta del gabinete y dijo que los señores de la real Audiencia pasaban recado, por medio del escribano de cámara, de estar ya reunidos, aguardando al Muy Ilustre Sr. Presidente, para abrir los pliegos de S. M., que acababa de enviar el Sr. Visitador. El Conde contestó que iba á pasar inmediatamente á la sala de acuerdos, y el barbero se despidió, con sus acostumbradas cortesias.

Mientras los individuos del grave tribunal besaban y ponian sobre sus cabezas los reales despachos, el maestro Basilio se dirijió á la habitacion del capitan; pues, como hemos dicho, dos objetos diferentes lo llevaban aquel dia á Palacio. El uno estaba cumplido; habiendo podido advertir, bajo la calma aparente del anciano, la inquietud que torturaba su espiritu. Faltabale averiguar la situacion del hijo, ajitado por pasiones harto diferentes de las que atormentaban á su pobre padre. El barbero dijo al page de Don Fernando, que estaba de guardia á la

puerta de su amo, que avisase al Sr. capitan que el maestro Basilio Molinos pedia permiso para ver á Su Merced. Cuando oyó el recado Don Fernando, que estaba encerrado en su gabinete con un humor de perros, gritó:

— ¡Que vaya con todos los diablos ese tuerto condenado y no se me presente delante, si no quiere que le empareje los dos ojos, rompiendole de un puñetazo el único que tiene sano!

— Malo está esto, dijo para si el barbero, que oyó perfectamente lo que decia el capitan. Este mozo tronera ha ido por lana y ha vuelto trasquilado, como decia la difunta. Paciencia, Basilio, paciencia y dulzura, hasta llegar á tu objeto, que mas moscas se cojen con miel que con vinagre, segun acostumbraba decir tambien mi abuela.

Luego, dirijiendose al page, dijo en voz alta, como para que pudiese oirlo Don Fernando:

— Decid al Sr. capitan que no deseo molestarlo; que tenia algo interesante que comunicar á Su Merced, pero que otro dia será; que á bien que hay mas tiempo que vida como decia la abuela.

— ¡Maldita sea la abuela, y maldito el charlatan de su nieto!, volvió á gritar Don Fernando. ¿Que me quiere ese viejo testarudo? Abre, Recaredo, y que entre ese saca-muelas.

El page abrió la puerta, y el maestro Basilio entró en el gabinete, tocando casi el suelo con la cabeza, tan exageradas y grotescas eran las reverencias con que saludaba al capitan.

— Consejero de Barrabas, exclamó Don Fernando; ¿como tienes valor para venir á buscarme? Tus perversas indicaciones han sido causa de que esa rapaza me reciba como una reina orgullosa al mas despreciable de sus vasallos. Sabe, gusano vil, que si en aquel momento te hubiera yo tenido al alcance de mis puños, te habria deshecho como.... y se levantó rechinando los dientes y haciendo ademan de ahogar al viejecillo.

— Como habria deshecho, interrumpió el barbero con la mayor sangre fria, á Vuesa Merced, aquel atolondrado de mi sobrino el herrero, á no haberlo yo impedido tan á tiempo.

El recuerdo de aquel importante servicio, invocado por el malicioso barbero en aquella circunstancia, hizo que Don Fernando bajase la cabeza avergonzado. Calmada algun tanto la borrasca que ajitaba su alma, dijo en tono mas moderado:

— No he olvidado el importante servicio que me prestastes en aquella ocasion. La gratitud en las personas de mi clase es una deuda de honor. Sé que sin tu intervencion, aquel herrero brutal me habria aplastado el cráneo, y aun cuando despues lo hubieran quemado vivo, á mi esto no me hacia volver á la vida. Te agradecí entonces y te agradezco siempre lo que hicistes, aun cuando no te lo haya dicho jamas; pero, ¿por qué borras el buen servicio con consejos torpes y desacertados?

— Señor capitan, contestó el barbero con dulzura, cada vez que teneis la bondad de hablarme de este asunto, tengo nuevos motivos para admirarme mas de que no sepais todavia que abismo tan insondable es el corazon de una muger. ¿Decis que os recibió altiva, desabrida y desdeñosa?, pues yo os aseguro que si se hubiese mostrado amable y complaciente, era prueba indudable de que os detestaba en el fondo de su alma. A mi no me toca dar consejos á un caballero como Vuesa Merced; pero si estuviera en su lugar, si fuese yo el cortejo de Dña. Margarita....

— ¿Y quien te ha dicho, badulaque hablador, interrumpió el capitan, poniendose otra vez encendido de cólera, ¿quien te ha dicho que yo sea el amante de la novia de mi amigo?

— Esto no es mas que una hipótesis, como diria el Padre Provincial, replicó Basilio; yo iba á decir lo que haria, y nada mas; pero si os desagrada, punto en boca,

que como decia la abuela....

—¡Por vida de Satanas! exclamó el capitan, no vuelvas á citar á esa vieja, ó te arrojo por el balcon. Di lo que harias lisa y llanamente, y no apoyes tus palabras en textos agenos.

—Pues si os desagrada que cite á mi abuela, no volveré á mentarla, y vamos al grano. En vuestro lugar, Dios me perdone, pero yo me reiria de los desdenes fingidos de esa dama. Volveria á la carga, como si nada hubiese sucedido, procurando que no lo advirtiese Don Luis y apuesto las dos orejas á que al cabo de ocho dias está la vida mia mas blanda que espuma de jabon. No hay piedra berroqueña que dende un año no ande lisa al pasamano, decia... la madre de mi madre, señor caballero. Ademas, yo creo que debeis procurar que el Sr. Conde apoye vuestra pretension; lo que lograreis, sin duda, haciendole entender que vuestra resolucion de poseer á Dña. Margarita de un modo ú otro es irrevocable. Hacedle creer que si no se verifica esa boda, hareis una gran trastada, y vereis como vuestro padre es el primero que os ayuda. ¡Animo señor mio!, que no parece sino que teneis un corazon de pollo, que así os andais por las bardas, pudiendoos entrar de rondon por los zaguanes. Haced lo que os conviene y el que venga atras, que arree, como decia aquella de quien yo soy nieto. Si en algo puedo ayudaros, sabeis que mi voluntad es la de serviros.

El barbero saludó al capitan con otra cortesía tan exagerada como la que hizo al entrar y se marchó, dejandolo pensativo y rumiando los pérfidos consejos que acababa de darle. Antes de volverse á su casa, el maestro Basilio creyó conveniente acercarse á la Merced, para saber de su hermano. Le habia dicho el Provincial que Fr. Pablo estaba preso por una falta grave contra las reglas de la órden y no quiso entrar en mas explicaciones sobre el asunto. Sea que aquella mañana se sintiese de súbito el barbero acometido de un exceso de amor frater-

nal, sea que quisiese averiguar que se decia en el convento de la desaparicion del huesped, lo cierto es que él se encaminó á toda prisa á la Merced. Llamó al porton interior; abriose el postiguillo y asomó, en carne y hueso, la cabeza de Fr. Pablo.

— ¡Hola! redentor cautivo, dijo el barbero riendose, ¿ya estas libre? ¿que mosca te picó que distes lugar á tan severa correccion?

— Quita de aqui, Satanas, respondió el lego; no me hagas hablar de lo que no quisiera acordarme. Tus perversas sugestiones han sido la causa de mi desgracia.

El lego no tenia razon en esto. Se recordará que cuando el barbero lo excitó á averiguar quien era el desconocido personage hospedado en el convento, ya Fr. Pablo se carcomia de curiosidad por saberlo. Pero todos somos mas ó menos propensos á buscar en los demas el origen de nuestras desdichas. El maestro Basilio, que ignoraba haber sido causa de la prision del lego el andar por la huerta en altas horas de la noche, atisbando al huesped, no comprendió la alusion y contestó á su hermano:

— Mira Pablo; creo que el ayuno á que te han sujetado en la prision te ha trastornado el juicio y te hace todavia estar viendo visiones. No quieras ahora cargarme con culpas que no tengo, que harto hago con llevar las mias. Acuerdate de que soy tu hermano y no remates conmigo tus disgustos; que como decia la abuela, à quien de los suyos se aleja, Dios le deja. Hablemos de otra cosa y dime, si te parece, ¿que es de Don Juan?

El lego movió la cabeza con misterio y contestó:

— Don Juan! Don Juan! Bueno anda el cuento. Preguntaselo al Padre Provincial, que podrá saber que se hizo. Yo lo único que te aseguro es que hoy me dieron libertad; por distraerme un poco y desahogar la pena de mi larga prision, fui á dar un paseo por la huerta y casualmente me acerqué al jardin del loco. La puerta estaba abierta; entré por distraccion y encontré las celdas

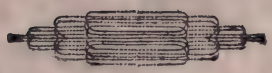
vacias. Si al fin el huesped tomó el hábito mientras yo estaba preso, lo sabré hoy que se reunan los religiosos en el refectorio.

— Paréceme que no es fácil, dijo el barbero riendose, que encuentres á Don Juan en el refectorio en hábito de fraile, pues yo he visto hace dos horas en otra parte á un sugeto que si no es èl, se le parece mucho.

— ¿Lo has visto? exclamó el curioso lego; ¿quien es? ¿como se llama?

— Te digo, Pablo, que he visto uno muy parecido á Don Juan y nada mas. Tú lo verás tambien y me dirás si es cierto.

El maestro Basilio dió la vuelta y se marchó á su casa, dejando al pobre lego con mas curiosidad que la que tenia antes, y proponiendose examinar las caras de todos los que llegasen á la porteria. Sonó la campana que llamaba á refectorio; Fr. Pablo cerró el postiguillo, calose la capilla, tomó el rosario y se alejó poco á poco de la porteria, rezando docena y media de Padrenuestros y Avemarias, para aligerar algo la cuenta de la penitencia, que andaba recargadisima. Todas las noches al acostarse hacía balance y se encontraba con un *déficit* de algunos miles, que pasaban con toda exactitud, á la partida de cargo del siguiente dia. La noche anterior ascendia esta ya, entre Padrenuestros y Avemarias, á la aterradora cifra de 254,880.



CAPITULO XII.

En que se da principio al juicio de residencia.

LOS reales despachos en que constaba el nombramiento del Lic. Don Juan de Ibarra, oidor de México, para Visitador y juez de residencia del Presidente y Capitan general de Guatemala, Conde de la Gomera, estaban extendidos en toda regla. Sometidos al exámen del Fiscal, este funcionario, cuya adhesion al Presidente era notoria, no tuvo mas arbitrio que pedir á la real Audiencia obedeciese y cumpliese las soberanas disposiciones. Hizose asi, y el Visitador abrió en toda forma el juicio de residencia. Sea por caracter ó sea por mostrar cierta imparcialidad, el pesquisidor no parecia inclinado á apresurar el procedimiento, y antes bien daba á entender que las cosas irian muy despacio. Hizo al Conde una visita de ceremonia, que le fué devuelta una hora despues, como lo exijia la etiqueta, y nada hubo en aquellos actos que se apartase un ápice de la cortesia natural en sujetos de buena educacion y de clase distinguida. El doctor Araque proporcionó al Visitador un es-

cribano, que era, segun dijo, una famosa alhaja; y tal, cual debia esperarse del que lo patrocinaba. Llamabase Don Judas Patraña, tenia cincuenta y dos años; pero aparentaba mas de sesenta, por mentir hasta con el aspecto. El cutiz era un pergamino viejo y arrugado; los ojos querian salirsele de las cuencas, siempre que veian dineros; la nariz tenia la forma de la guadaña de la muerte; la boca, desierta, de dientes y de verdades; las manos ágiles como las de un prestidigitador, para tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño; era calvo, como la ocasion, y de consiguiente dificil de atraparlo; no hacia ruido al andar, y asi entraba sin que se le sintiera, como la pobreza; levantaba con igual facilidad procesos y falsos testimonios; cumplia exactamente los mandamientos.... de ejecucion; pero no se cuidaba de los de la ley de Dios; jamas se le veia en las reuniones públicas; pues decia que de concursos solo le gustaban los de acreedores. Era tan aficionado á costas, que habia estado á punto de irse á vivir á la de los Mosquitos. Nadie sabia su origen; pero todo el mundo decia, hablando de él, que la horca era el fin último para el cual fué criado el hombre. En manos, ó mejor dicho en garras de este Don Judas iba á caer el juicio de la residencia, gracias á la habilidad del Dr. Araque, de quien el escribano era amigo, servidor y paniaguado. El Visitador le extendió el nombramiento en toda forma y Patraña comenzó por proveerse de lo que calculó podia necesitar para ponerse á la obra. Previno cinco resmas de papel sellado; agotò las plumas de Castilla que habia en los almacenes de la ciudad y completó el número que consideraba preciso, haciendo desplumar seis zopilotes; preparó un barril de tinta; organizó un regimiento de procuradores, amanuenses, receptores y corchetes y cuando estuvo listo aquel tren de guerra formidable, se presentó con él en casa del Visitador, papel sellado en mano y pluma en ristre, ansioso de entrar en campaña.

— Aqui hay material para quinientos años, dijo Don Juan de Ibarra, riendose.

— No tanto, Señor Visitador, contestó Don Judas. El acopio es solamente como el que se necesitaria para un concurso de acreedores, puesto en buenas manos.

El Juez de residencia le entregó una lista de treinta testigos, á quienes se debia examinar y le previno los fuese llamando por el órden en que estaban inscritos.

Mientras se daba principio al juicio, Don Juan recibia las visitas de los funcionarios y caballeros principales, despues de haber cumplido por su parte, yendo en persona á la real Audiencia, al Palacio episcopal y al Ayuntamiento. Aquellas demostraciones de atencion parecieron muy puestas en el órden; pero hizo el pesquisidor una visita á los tres dias de su entrada, que llamó mucho la atencion y dió lugar á interminables comentarios. A las nueve de la mañana del dia 6 de Enero el coche del Visitador paraba delante de la puerta del convento de la Merced. El Padre Provincial, avisado de antemano, aguardaba á la entrada con la comunidad, y Fr. Pablo, que acababa de abrir el porton de par en par, se colocó en un punto desde el cual pudiera ver perfectamente al alto personaje. Cuando vió al Visitador, el portero abrió desmesuradamente los ojos; la lengua se le hizo un nudo en la garganta; sintió que un sudor frio corria por su frente y que le tambaleaban las piernas. Reconoció, ó por lo menos creyó reconocer al sugeto á quien un mes antes habia tratado en aquel mismo sitio con tan poca ceremonia, tomandolo por un mendigo. Don Juan advirtió la turbacion del pobre lego y le dijo, sonriendose:

— Buenos dias, Fr. Pablo. ¿Como va la penitencia? Supongo que el retiro y la soledad os habran facilitado los medios de descargaros de muchos Padrenuestros y Avemarias retrasados.

— Se.... se.... señor, contestó el lego, balbuciente, so... so... soy un animal; y sin aguardar mas, se esca-

bulló por entre los demas frailes y corrió á ocultarse al último rincon del convento; temeroso de que el Visitador lo mandase empalar, como habia oido al superior se hacia entre los moros. Pero Don Juan de Ibarra tenia por el momento cosas de mas importancia en que pensar que en mandar empalar á Fr. Pablo. Saludó á la comunidad, tan asombrada como el portero, al reconocer en el Visitador al huesped que habia estado ocupando cerca de un mes la celda del loco, y pasó à la habitacion del Provincial, hasta cuya puerta lo acompañaron los religiosos.

— Ya veis, Señor, dijo Fr. Bonifacio cuando estuvieron solos, que el Provincial de la Merced sabe guardar un secreto de Estado, aun cuando sea tal vez perdiendo algun amigo poderoso.

El reverendo exhaló un suspiro al hacer aquella observacion, lo cual significaba que comprendia bien que su reserva en aquel asunto le enagenaba la buena voluntad del Presidente.

— Habeis cumplido vuestra obligacion como vasallo leal, dijo el Visitador, y lo demas poco debe importaros. La residencia del Conde de la Gomera ha comenzado ya; el asunto puede tomar proporciones graves y acaso me sea necesario contar con vuestra cooperacion. El reino sufre; hay abusos escandalosos, á los cuales es preciso poner término. El Conde tiene partidarios, como todo el que ha gobernado largo tiempo, y sospecho que quieran llevarse las cosas á una extremidad, apelando á la resistencia. Teneis influencia en la nobleza y en el pueblo; ¿puedo contar con vos en un caso apurado?

Lo que exijia el Visitador era mas de lo que Fr. Bonifacio de los Angeles podia ofrecer sin peligro de contraer un compromiso muy serio. Lo compredió asi y contestó:

— Yo, Señor, nada puedo hacer por mi mismo; las reglas de la órden me lo prohiben. Reuniré el discretorio, llegada la ocasion; y como cualquier cosa que Vuesa Señoria exija no ha de ser ni contra la ley de Dios, ni *con-*

tra bonos mores, sin duda podrá contar siempre con esta pobre comunidad.

— No se trata del discretorio ni de la comunidad, replicó Don Juan, cuya fisonomia tomó un aspecto sombrio: se trata de lo que vos hareis ó no personalmente. Ha pasado el tiempo de los términos medios, Padre Provincial, y es necesario que cada cual tome con franqueza supuesto y reconozca su bandera.

— Señor, lo pensaré, murmuró el pobre religioso afligido; dejadme consultar siquiera con los padres graves, *moniti meliora sequamur*, como dijo Virgilio.

— Bien está, contestó el Visitador, levantandose para marcharse. Pensadlo como decis; pero sabed que quizá muy pronto tendreis que tomar un partido. Quedad con Dios, Padre Provincial.

— El os acompañe é ilumine, Señor Visitador, contestó el religioso, que temblaba al ver el aspecto terrible que aquel hombre habia tomado.

— Ah!, me olvidaba, dijo Don Juan, recobrando su aire impasible, de comunicaros una noticia muy grave. He sabido hoy que el reverendo Obispo de Chiapa, que si no me engaño, es un religioso de vuestra misma órden, está á las puertas de la muerte.

— ¡El Obispo de Chiapa!, exclamó Fr. Bonifacio, que no pudo disimular su emocion; ya me lo temia yo; el pobre señor es muy anciano y andaba hace tiempo tan achacoso! Pero ¿creeis, Señor, que no escapará?, digo que tendremos la desgracia de perderlo?

— Atendida la edad, pienso que de un correo á otro sabremos que ha muerto; con que, mi R. P., vos que conoceis bien el clero de la diócesis, pensad en algun eclesiástico de virtud y letras, y sobre todo de caracter firme y decidido, que pueda yo recomendar á España para esa silla que estará pronto vacante.

— Pensaré, pensaré, contestó el Padre levantandose el cabello de la frente; pero por amor de Dios no vaya

Vuesa Señoria á empeñar su palabra antes de que hayamos hablado otra vez. A la verdad hay pocos, muy pocos sugetos dignos de un obispado. Estoy por decir que no hay uno solo. Es necesario meditar mucho antes de tomar una resolucion, puesto que una vez hecho, ya no se puede volver atras. *Deliberandum est diu quod statuendum semel.*

Don Juan se despidió del Provincial, dejándolo agitadisimo con la noticia de la grave enfermedad del Obispo. El Visitador se sonrió desdeñosamente al dejarse caer en los almohadones del coche, que lo condujo á su casa. Encerrose con el escribano y estuvo examinando las declaraciones tomadas por Don Judas, ó mas bien dadas por éste, pues habia tenido el arte de hacer decir á los testigos llamados cuanto él habia querido que dijesen.

A poco de haber entrado Don Juan, se anunció al herrero Andres Molinos y á su hermano el barbero, llamados tambien, pues sus nombres estaban de los primeros en la lista. El Visitador los mandó entrar y practicó por sí mismo el interrogatorio. Nada tuvo que poner de su bolsa el fecundisimo Don Judas; pues aquellos dos hombres ingratos y rencorosos, acumularon contra el Presidente, contra Don Francisco Jiron Manuel, su protector, contra el otro regidor que habia entendido en el reparto de las alcabalas y contra los alcaldes del año próximo pasado, cuanto podia inventar la perversidad mas refinada. Concluidas y firmadas las declaraciones del herrero y el barbero, iban estos á retirarse; pero Don Juan detuvo á Basilio y dejó que se marchase Andres. El Visitador habia comprendido desde luego todo el partido que podia sacar de un agente tan intrigante y astuto como el maestro Basilio Molinos, y se proponia hacerlo servir á sus miras. El escribano advirtió que Don Juan deseaba hablar á solas con el barbero y se despidió.

— Paréceme, maestro, dijo el Visitador, hojeando el proceso como con distraccion, que vos no sois muy adicto que digamos á esa familia de Jiron Manuel.

— Señor, contestó el barbero, tanto mi hermano como yo hemos tenido mucho afecto á esa familia; pero como decia la abuela, primero está la obligacion que la devocion; y yo por cumplir mis deberes, como buen vasallo de S. M., me condenaria á mi mismo, si fuese necesario.

— Los hombres como vos se van haciendo mas y mas raros cada dia, dijo el Visitador con una ironia fina, apenas disimulada por su aparente seriedad. Habeis llevado vuestra abnegacion hasta el punto de dejaros favorecer por personas cuya conducta no aprobabais, aguardando con paciencia heroica la hora de la justicia.

— Es como lo dice Vuesa Señoria, contestó con desfachatez el impudente barbero; y no ha sido el menor de mis sacrificios el aparecer favorito y paniaguado del Conde de la Gomera y de algunos de sus amigos. Manos besamos que quisieramos ver quemadas, decia mi abuela, Señor Visitador.

— ¿Y vos creeis, dijo Don Juan, variando repentinamente el asunto de la conversacion, que Dña. Margarita Jiron esté tan decidida por Don Luis Melian como se dice?

— Asi lo parece al menos, contestó Basilio, fijando su ojo investigador en la fisonomia impasible de Don Juan, y tratando de adivinar el objeto de aquella extraña pregunta. Sin embargo, añadió, ahora ha aparecido un nuevo competidor que se ha empeñado en obtener la mano de esa jóven; y quien sabe si al fin logre sus pretensiones, pues es apuesto y cuenta con una proteccion muy poderosa.

— ¿Y quien es ese nuevo galan?, preguntó el Visitador.

— El capitan Peraza, hijo del Sr. Conde; que faltando escandalosamente á la amistad que lo une á Don Luis, trata de arrebatarle la dama. Bien decia mi abuela, señor caballero, que en asuntos de amor el amigo es el peor.

— ¿Y el Presidente favorece las pretensiones de su

hijo?, preguntó Don Juan.

— Hasta ahora no, contestó Basilio; pero al fin tendrá que apoyarlas, porque el atolondrado capitan hará tales locuras, que alarmarán al viejo y no hallará otro arbitrio que acceder á los ruegos de Don Fernando. Esto es lo que hace tres dias decia yo á este caballero.

— Entonces, dijo el Visitador sonriendose, se abrirá un abismo entre el Presidente y su Secretario, y el Conde perderá su brazo derecho. ¿No dijisteis tambien esto al capitan, maestro Basilio?

— No, Señor, esas cosas no se dicen, por mas que uno las prevea.

— Sois un hombre precioso, maestro, añadió Don Juan. Por mi vida os aseguro que esa intriga os hace honor. Precipitais al capitan á cometer quien sabe cuantos desatinos; poneis á prueba la fidelidad de Dña. Margarita; haceis que se rompa la amistad de Don Luis y Don Fernando; arrebatais al Presidente su principal apoyo y vais á introducir la discordia en el seno de la familia de Jiron.

— Con una piedra se matan muchos pájaros, señor, decia la finada. Mi único temor es que antes de que Don Fernando haya logrado comprometer al Conde, llegue la carta esperada del padre de Don Luis y se verifique el matrimonio, lo cual echaria á perder todas mis combinaciones.

— Vuestro temor es tan justo, dijo el Visitador, que mas no puede serlo. La carta ha llegado ya.

— ¿Ha llegado la carta?, exclamó el barbero; ¡todo se ha perdido!

— Todo se ha ganado, digo yo, replicó Don Juan; y dirigiendose al bufete, lo abrió y sacó una carta, cuyo sello estaba levantado de modo que podia volver á pegarse sin que se advirtiese que habia sido abierto.

— Aqui la teneis, agregó el Visitador. Yo mismo la he traido, habiendomela entregado Don Antonio de Me-

lian, la víspera de mi salida de Mexico, recomendandome la entregase al Conde. El padre consiente de buena voluntad en el enlace de su hijo y le da su bendicion.

— Pero, Señor, dijo el barbero asustado; supongo que Vuesa Señoria no entregará esa carta....

— Vos no debeis suponer lo que yo haré ó lo que no haré. Lo que os corresponde únicamente es hacer vos y procurar que vuestro hermano y su familia ejecuten puntualmente todo cuanto yo ordene. De otro modo, en un solo instante se desmoronarán todos vuestros proyectos como castillos de barajas. Conque, silencio y obediencia ciega.

— Estoy, Señor, pronto á obedeceros, como os lo manifesté la noche en que me mostrasteis la órden real que prevenia á todos los vasallos de S. M. en este reino comunicaros todos los informes que pidieseis, para el desempeño de cierta comision regia.

— Aquella facultad extraordinaria que no exceptuaba á nadie, replicó Don Juan, debia durar hasta el dia 31 de Diciembre del año próximo pasado. Desde entonces acá yo tengo únicamente las facultades ordinarias de un Juez de residencia.

— Que son mas que suficientes, pensó el barbero, para hacerme ahorcar á mi y á otros mejores que yo. Sea como fuere, Señor, añadió en voz alta; yo estoy siempre á las órdenes de Vuesa Señoria; y tomando el sombrero, se despidió con sus acostumbradas reverencias.

Luego que se hubo marchado el barbero, volvió á tomar Don Juan los autos de la residencia, y despues de haber leido de nuevo las últimas declaraciones, tocó la campanilla. Presentose un lacayo y le previno llamase al escribano. Un cuarto de hora despues entraba Don Judas, cuya presencia no advirtió Don Juan, hasta que aquel le habló, pues, segun su costumbre, entró sin hacer el mas lijero ruido, estando abierta la puerta del gabinete.

— Extended, dijo el Visitador, un oficio en que se diga al Sr. Presidente que habiendose abierto el juicio de residencia, Su Señoria debe salir de la ciudad y permanecer en el pueblo mas inmediato, sin poder venir á la capital, á no preceder permiso escrito del Juez pesquisidor.

El escribano redactó inmediatamente el oficio en los términos mas lacónicos que le fué posible; Don Juan firmó y el pliego, cerrado y sellado, fué remitido en el acto á Palacio.

Aunque la providencia era estrictamente legal, fué un rayo para el anciano Presidente, que comprendió cuanto iba á sufrir su prestigio, obligándosele á abandonar la residencia oficial, donde pocas noches antes habia recibido los homenages de la parte principal del vecindario. Comprendia ademas que alejandose, no dejaria de dificultarsele el entenderse con sus partidarios y que sus enemigos tendrian libre el campo para todas sus intrigas.

El Conde hizo llamar á su Secretario y le comunicó el despacho que acababa de recibir. Para Don Luis fué aquella noticia doblemente desagradable. Comprendió, como el Presidente, las consecuencias que podia producir; pero le fué ademas sumamente sensible, pues llamandolo su deber á seguir al Conde, se veria obligado á alejarse de la que amaba. Don Luis permaneció un momento pensativo, y de repente, como quien ha concebido una idea feliz, volvió á leer el oficio del Visitador y dijo con alegria:

— Aun no es el mal tan grave como imaginabamos. Podeis permanecer en la capital, sin faltar á la órden del Juez de residencia.

— ¿Y como puede hacerse eso?, preguntó el Presidente, puesto que se me previene salir de ella?

— Para estableceros, añadió el Secretario, en el pueblo mas inmediato. ¿Cual es el pueblo mas inmediato?

— ¡Jocotenango! exclamó el Presidente con alegria.

Teneis razon. ¡Como no me habia yo fijado en esa circunstancia, que se ha escapado, sin duda, al Visitador! Estaremos en un barrio de la capital, y nadie se atreverá á decir que no sea el pueblo mas cercano, pues Jocotenango tiene Ayuntamiento separado. El golpe ha sido dado en vago. Haced que llamen al Gobernador y que prepare la casa del Cabildo. Esta noche nos trasladaremos allá.

Don Luis salió á cumplir las órdenes de su gefe, contento de que se le hubiese proporcionado aquel camino para permanecer lo mas cerca posible de Dña. Margarita. Luego que estuvieron hechos los arreglos necesarios para que el Presidente, su hijo, el Secretario y las gentes de la servidumbre estuviesen alojados en el pueblecillo, tan comodamente como fuese dable, el Conde contestó al oficio del Visitador, manifestando que aquella misma noche quedaria cumplida la disposicion del Juez de residencia.

Al siguiente dia á las ocho de la mañana, el Visitador estaba sentado delante de su bufete. El escribano Patraña y dos amanuenses escribian en una mesa toda cubierta de papeles, dictando Don Juan á los tres al mismo tiempo, sobre asuntos diferentes. Lo que extendia Don Judas era un interrogatorio conforme al cual iba á ser examinado el Padre Provincial de la Merced, Fr. Bonifacio de los Angeles. Aun no habia acabado de dictar el Visitador, cuando avisó el page de guardia que Su Paternidad estaba en la antecámara. Don Juan le hizo decir que se sirviese aguardar un momento, y sin dejar de dictar á los tres, concluyó el interrogatorio. Despidió á los amanuenses y cuando estuvo solo con Don Judas, dió órden para que entrase Fr. Bonifacio.

La fisonomia del pobre religioso mostraba harto claramente que presentia el grave compromiso en que iba á encontrarse. Don Juan lo recibió con fria urbanidad y lo invitó á tomar asiento.

— Vuesa Paternidad ha sido llamado, dijo el Juez, para declarar, bajo la religion del juramento, en una causa grave, que interesa altamente al servicio del Rey: la residencia del Sr. Presidente y Capitan general de este reino, Conde de la Gomera.

— Señor, se apresuró á decir Fr. Bonifacio, yo nada sé de cosas de gobierno. Es verdad que el Sr. Conde me ha visitado algunas veces; pero.....

— Leed el interrogatorio, dijo el Visitador al escribano, interrumpiendo al Provincial.

Don Judas leyó muy despacio, y el pobre religioso perdia el color á cada pregunta. Los cargos mas graves contra el Presidente estaban acumulados en aquel documento con tal habilidad, que era muy dificil dejar de apoyarlos á quien como Fr. Bonifacio, estaba en las confianzas del Conde. Se le preguntaba especialmente acerca de cierta conferencia de mas de dos horas que habia tenido en su celda con el Capitan general, en la tarde del 7 de Diciembre; si era cierto que se habian tratado en ella puntos delicados de gobierno; que el Presidente hubiese indicado su resolucion de tomar una medida severa contra la real Audiencia y que el Provincial hubiese apoyado la idea.

Al oir la última pregunta, el bueno del religioso no pudo dominar el miedo y exclamó:

— Eso no es cierto; yo lo único que hice fué ofrecer mi mediacion y aconsejar á Su Señoria que lo pensara bien antes de tomar una resolucion tan grave.

— Escribid eso, dijo el Visitador á Don Judas, con su acostumbrada impasibilidad.

Fr. Bonifacio, con toda su ciencia teológica, era un hombre sencillo, como habrá podido advertirse desde el principio de esta historia; y asi facilmente cayó en la red que le tendió la malicia del pesquisidor; red en que no habria caido cualquiera otra persona menos candorosa y

limida que el superior de los mercedarios. Don Juan, como se recordará, escuchó, desde el rincon de la porteria donde se ocultó en la tarde del 7 de diciembre, las últimas palabras pronunciadas por el Presidente, al despedirse del padre; palabras que indicaban la resolucion de hacer respetar su autoridad. Despues, cuando seguia al Provincial acompañado del portero, oyó que Fr. Bonifacio hablaba de los oidores y que les atribuia el haberlo trastornado todo. Aquellos datos y los que despues habia podido adquirir, sondeando con maña al Provincial, sirvieron de base á la maliciosa pregunta que hizo perder los estribos al padre, que, por lo demas, habia sido tan cauto como era posible en sus respuestas. El Visitador tenia ya cuanto necesitaba de Fr. Bonifacio: la aseveracion de un hecho grave, apoyado en el testimonio de un sujeto respetabilisimo por su reputacion de virtud y letras. Cuando el bueno del religioso advirtió lo que habia hecho, era muy tarde para remediarlo. Temblando tomó la pluma que le presentaba Don Judas con una sonrisa diabólica y firmó su declaracion. No teniendo ya que hacer, tomó el sombrero, y todo mohino, hizo una cortesia al Visitador. Don Juan acompañó hasta fuera de la puerta del gabinete al Provincial, que decia, hablando como si nadie lo escuchase y levantandose el cabello:

—¡Santo Dios! ¿Que resultado tendrá lo que acabo de hacer?

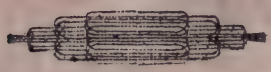
—El resultado, dijo el Visitador al oido del Provincial, sonriendose, es que antes de seis meses el R. P. Fr. Bonifacio de los Angeles cantará en la misa *Pax vobis*, despues de la *Gloria*.

El padre dió un salto, á pesar de su obesidad, y volviendose á Don Juan con el rostro radiante de alegria, le contestó, estrechandole la mano.

—*Alta petis*, señor Visitador; será lo que Dios quiera; *alta, altisima petis;* y se marchó á su convento, sin

acordarse ya de la declaracion que acababa de firmar.

Desde que el Presidente estuvo instalado en Jocotenango, se marcaron los dos bandos en que se hallaba dividida la parte principal del vecindario. Los amigos y sostenedores de aquel, que permanecieron fieles, á pesar del mal aspecto que tomó su causa con la llegada del Visitador, formaban el cortejo del Conde de la Gomera; y todos los que, por resentimientos antiguos, por interes ó por espiritu de novedad, deseaban un cambio, se agruparon en torno del Juez de residencia, constituyendose asi las dos pequeñas cortes rivales. A todas horas del dia y hasta muy avanzada la noche, se veian en Jocotenango los coches de los funcionarios y familias nobles que seguian la suerte del Presidente; notandose igual afluencia en la hermosa y cómoda casa que ocupaba el Visitador en el barrio de Santo Domingo. Como debe suponerse, eran de los mas asiduos los oidores, sus familias, varios caballeros particulares y personas de las clases media y baja, á quienes se recibia en horas diferentes de aquellas en que concurrian los sujetos principales. Se convirtió, pues, aquella casa en un foco de intrigas y de proyectos contra el Conde de la Gomera y sus amigos; y el Visitador, frio, impasible, moderando las exijencias imprudentes de unos y animando el celo timido de otros, jugaba con todas aquellas pasiones bastardas. Con igual desprecio por todos, los hacia servir á sus designios; sin que nadie pudiera leer los misterios de aquella alma inexorable como el destino, impenetrable como las tinieblas.



CAPITULO XIII.

Nuevas complicaciones.

RAN las siete de la noche. La familia de Jiron Manuel estaba reunida en la sala principal de su casa. Dña. Isabel leia un libro de devocion, á la luz de una vela que ardia en una palmatoria de plata, colocada sobre una mesa pequeña toda incrustada de carei y madreperla. El hijo mayor, con el trage eclesiástico que correspondia á su estado, conversaba en voz baja con su padre; Dña. Margarita y Genoveva Molinos, que se consideraba como de la casa, estaban ocupadas en una bordadura de tapiceria. El observador mas superficial habria advertido en el semblante del anciano los graves cuidados que ocupaban su espiritu. Su frente noble y espaciosa, completamente descubierta, pues hacia mucho tiempo que Don Francisco no tenia un solo cabello en la parte anterior de la cabeza, se inclinaba bajo el peso de sus meditaciones. Contestaba de vez en cuando á su hijo, que era el que sostenia la conversacion. El joven Jiron, en cuya fisonomia predominaba mas la dulzura angelical y

sencilla de la madre que la energia varonil y la elevada inteligencia del padre, hacia á este algunas preguntas discretas sobre la situacion de las cosas públicas y acerca del juicio que su experiencia y tacto de los negocios le hacia formar sobre el probable resultado de la residencia. Margarita y Genoveva se dirijian de vez en cuando algunas palabras, sin interrumpir su labor, que por fortuna, ó por desgracia era de aquellas que dejan á la imaginacion enteramente libre para poder vagar por donde quieran llevarla las ideas que predominan en el espiritu.

— Graves son sin duda, decia el anciano, contestando á alguna observacion de su hijo, las circunstancias del reino. Preveo una lucha tenaz y prolongada y temo los males que sobrevendrán; no por mí, que harto he vivido ya, sino por tantos inocentes que van á ser victimas de pasiones agenas.

— ¿Y no esperais, padre mio, dijo el joven eclesiástico, que manejandose el juicio de residencia con alguna imparcialidad, desaparezcan las dificultades y se haga al fin justicia á la rectitud del Sr. Conde?

— Esa imparcialidad es la que no aguardo, en vista del giro que observo se va dando á las cosas. Hay empeño en perder al Conde y á los que cooperamos al sostenimiento de la autoridad en estos tiempos borrascosos.

Pronunció Jiron las últimas palabras en voz muy baja, de modo que solo pudiese oirlas su hijo.

— Perdonad, padre mio, replicó el joven, en un tono en que el respeto corria parejas con la inquietud; perdonad os pregunte cual es vuestra determinacion con presencia de los peligros que os amenazan.

— Mi resolucion, Pedro, contestó el noble anciano en el mismo tono de voz, es la que corresponde á un cristiano y á un caballero. Mi honra, mi vida, mi fortuna y mi familia pertenecen, sin la menor reserva, al que me ha distinguido con su amistad y su confianza; al que se ha guiado por mis consejos en los asuntos por los cuales hoy

se le persigue.

— Pero vos, señor, se aventuró á observar el jóven, no sois asesor del Sr. Presidente; hoy no desempeñais cargo alguno público; la comision odiosa y delicada que en concepto de regidor tuvisteis el año pasado, para el repartimiento de las alcabalas, es asunto concluido, mediante la completa aprobacion del Ayuntamiento. Estais en una edad avanzada; sois el gefe de una familia numerosa, entre hijos, hermanos y sobrinos; teneis una fortuna considerable, que os permitiria vivir con decencia y con tranquilidad fuera del reino; ¿no aconsejaria la prudencia no exponer todos esos bienes, asociando vuestro nombre á una causa que considerais perdida?

— Eso que tú llamas prudencia, hijo mio, contestó Jiron con bondad, se parece demasiado al egoismo para que yo pueda aceptarlo como regla de conducta en ninguna circunstancia de la vida. Mi responsabilidad es indeclinable ante Dios, ante mi conciencia y ante la opinion. Me ha tocado en suerte figurar en tiempos muy turbulentos y dificiles; ¿pero que seria del reino, que seria de los principios de honor y de justicia, si cada cual procurase arrojar lejos de sí la parte de responsabilidad que pudiera caberle en la hora del peligro? Si un sacrificio es indispensable y soy yo el que deba hacerlo, no me corresponde esquivarlo, aun cuando sea unicamente para ejemplo de los venideros.

La fisonomia severa y dulce al mismo tiempo de Jiron Manuel, no mostraba la mas ligera emocion al pronunciar aquellas palabras. Su rostro, naturalmente pálido, no se coloreó con una sola tinta sonrosada y la mirada de sus grandes ojos azules era tan tranquila y serena, como en las circunstancias ordinarias de la vida.

En aquel momento se oyó en la calle el ruido de un coche, que paró á la puerta de la casa donde tenia lugar la escena que acabamos de referir; é inmediatamente despues, se abrió de par en par la puerta de la sala

y un lacayo dijo en voz alta, anunciando:

— El Visitador.

Don Francisco Jiron Manuel se puso en pié y con paso lento se adelantó á recibir al que entraba. Aquellos dos hombres se veian por la primera vez, conociendose únicamente por la fama. En ambos eran iguales la dignidad y las maneras distinguidas que proporciona el nacimiento, cuando está acompañado de una educacion esmerada y del hábito de la buena sociedad. Apenas si habia algo que pudiese marcar en el exterior la profunda diferencia que existia entre sus ideas, sentimientos y caracter. El Visitador, despues de haber examinado rapidamente la fisonomia de Jiron, dijo con la mas perfecta cortesia:

— Perdonad, caballero, si me he tomado la libertad de haceros esta visita, sin haberme anunciado ántes. No desempeñando vos actualmente cargo alguno público, he creido de mi deber anticiparme á procurar las relaciones de un sugeto que por sus servicios importantes, es quizá el mas distinguido entre los nobles de este reino.

— Señor Visitador, contestó Jiron, os agradezco la honra que me dispensais y la reconozco muy superior á mis escasos merecimientos.

En seguida Don Francisco presentó á su esposa y sus dos hijos, á quienes saludó Don Juan con atenta urbanidad. Genoveva se habia colocado á espaldas de Dña. Margarita, y apenas podia disimular su emocion. La conversacion versó sobre generalidades insignificantes, y no habria ofrecido incidente alguno notable, á no haber ido á parar en los funcionarios que desempeñaban cargos públicos en México.

— Se ha dicho, observó Jiron, que Don Antonio Melian ha pasado del Perú á la Nueva España con el empleo de oficial real. ¿Es esto exacto, señor Visitador?

— Si caballero, contestó Don Juan con naturalidad; he visto en México á Don Antonio. ¿Conoceislo por ventura? He oido decir que está emparentado con el Sr.

Presidente de Guatemala y que es el padre del jóven Secretario de Su Señoria.

— Es cierto, Sr. Visitador, replicó Jiron; Don Luis es hijo de Don Antonio, deudo muy inmediato del Sr. Conde de la Gomera. Yo no conozco personalmente á aquel caballero.

Margarita no pudo disimular su satisfaccion, al oir que el padre de Don Luis estaba realmente en México; y Jiron permaneció un momento confuso, sin acertar á comprender la falta de respuesta de aquel caballero á las cartas del Conde en que se solicitaba su consentimiento para el matrimonio.

No se escaparon al Visitador las peripecias de aquella escena muda; pero no se habló ya una sola palabra sobre aquel punto.

Siendo la visita puramente de ceremonia, no podia prolongarse; y asi, se despidió Don Juan, á quien acompañaron Don Francisco y su hijo hasta la cabeza de la escalera.

— ¿Sabeis, padre mio, dijo Dña. Margarita, luego que Jiron y su hijo volvieron al salon, que este señor Visitador estaba aqui desde los dias en que tuvieron lugar las fiestas de la jura? Estoy cierta de haberlo visto, apoyado en el palenque del juego de cañas, la noche en que se quemaron las piezas de pólvora.

— Puede ser muy bien, contestó Jiron, y eso que me dices confirma las sospechas que ya me habia hecho concebir la aparicion del extraño personage hospedado en la Merced. Este hombre ha procedido en todo con tal misterio y disimulo, que me ha hecho augurar mal de su venida.

— Yo tambien, sin saber por qué, considero que ha de sernos funesta, dijo la jóven con tristeza.

— Sin embargo, se atrevió á observar Genoveva, que no habia desplegado los labios durante la visita de Don Juan; ese caballero fué quien, por un noble sentimiento de generosidad, sin duda, me salvó cuando estuve á punto

de perecer tal vez bajo los cascos del caballo del Alferez Real.

— ¿Estas segura de que sea él mismo?, preguntó Jiron.

— ¡Oh! segurisima, exclamó Genoveva. Su fisonomia serena y tranquila en el momento en que se interpuso entre mi persona y el animal furioso, no se ha borrado un solo instante de mi memoria.

Habia tal expresion de entusiasmo y puede decirse de ternura en la vibracion de la voz y en la mirada de Genoveva en el momento en que pronunciaba aquellas palabras, que no pudo dejar de llamar la atencion de los que las escucharon. Conocian, sin embargo, la nobleza de caracter de la jóven y atribuyeron á la gratitud que le inspiraba aquel servicio, realmente importante, los términos en que se expresaba hablando del Visitador. Nadie sospechó la vehemente pasion que agitaba el alma de la supuesta hija del herrero Molinos.

Mientras comentaban la extraña conducta de aquel hombre, se abrió la puerta del salon y apareció Don Luis Melian, cuyo semblante revelaba los graves cuidados que asediaban su espiritu. Se situó lo mas cerca de su novia que le fué posible, libertad que les permitieron los padres, desde el momento en que consintieron en el matrimonio. Don Francisco, su esposa, su hijo y Genoveva, que se aproximó discretamente al grupo que formaban estos, continuaron en su conversacion, mientras Margarita referia á Don Luis la visita del Juez de residencia.

— Es extraño, observó Melian, que estando mi padre en México, segun dice ese señor, no haya dado respuesta á la carta del Conde, que se le dirijió á aquella ciudad. Hoy mismo hablaré de esto al Presidente y le suplicaré vuelva á escribirle. La vida me es ya insoportable en esta situacion, ¡oh Margarita!, y mis fuerzas se agotan en esta lucha entre el amor y los obstáculos que nos separan.

— Bien sabe Dios, exclamó la jóven, que mi sufrimiento no es menos acerbo que el tuyo. Vagos presenti-

mientos oprimen mi corazon y cada dia veo mas distante, sin saber por qué, el momento en que se han de realizar nuestras esperanzas.

— Desecha esos temores, Margarita, dijo Don Luis, sin poder ocultar que él mismo participaba de ellos. Hoy sabemos ya que mi padre está en México; si se extravió la carta de mi tio, (pues no puedo creer otra cosa), no sucederá asi otra vez; la recibirá y no abrigo la mas ligera duda de que prestará con la mejor voluntad su consentimiento para nuestra union. Obtenido este, ¡alma mia! ¿quien podrá ya estorbar nuestra felicidad....?

— El Capitan Peraza; dijo en aquel momento un lacayo que abrió de par en par la puerta del salon.

Margarita se estremeció involuntariamente, al oir aquel nombre, que la ciega casualidad arrojaba como una terrible respuesta á la pregunta de Don Luis. El capitan se adelantó con aire altanero y despues de haber saludado á las señoras, á Jiron y á su hijo, alargó la mano á Don Luis, sin decirle una sola palabra.

— Fernando, dijo Melian, ¿que es de ti? Parece que vivieramos á mil leguas de distancia y no bajo el mismo techo, tan raro es ya que nos veamos.

— Tú estás hoy mas ocupado que nunca, contestó el capitan con seriedad; los trabajos del gabinete y otras atenciones mas agradables reclaman todo tu tiempo, y no es justo que mi insignificante conversacion te robe un solo momento de los que estan consagrados á objetos tan importantes.

Dicho esto, y sin dar tiempo á su amigo á que replicase, Don Fernando se dirijió á Jiron, y le dijo:

— Parece que el juicio de residencia toma un aspecto grave, á juzgar por el empeño que pone el Visitador en reunir datos y tomar declaraciones. No se diria sino que se tiene el designio de perder á mi padre, á vos, Don Francisco y á tí, Luis.

— Por mi parte nada extraño, caballero, contestó Ji-

ron y estoy dispuesto á responder de mi conducta.

— Digo lo mismo por la responsabilidad que pueda tocarme en los actos del Presidente, añadió Melian.

— ¿Y no seria mejor, dijo el capitan, cortar á tiempo todo ese enredo, haciendo que el tal Visitador se vuelva por donde ha venido? Creo que mi padre puede contar con el apoyo del pueblo, y el Rey aprobaria una medida que seria facil justificar. Es vergonzoso, señores, que se nos haya confinado en una miserable aldea de indios como á unos criminales. ¡Ira de Dios! que si yo gobernara por una hora solamente, enviaria á España á ese intrigante bajo partida de registro; y si se resistia, lo mandaria colgar de una de las torres de la catedral.

— Pues es una fortuna que no gobiernes, dijo Don Luis sonriendose.

— Sin embargo; no creais, señor juicioso, que yo he de ver con calma que se ultrage á mi padre. Si no cuento con vosotros; si en la hora precisa me vuelven la espalda los caballeros, por un exceso de.... prudencia, no faltarán dos ó tres centenares de villanos, á quienes armaré como pueda y con ellos caeré sobre el Visitador y sobre los que se atrevan á sostenerlo. ¡Por Barrabás que lo llevaré todo á fuego y sangre!

Los ojos del capitan despedian relámpagos y su fisonomia toda tenia en aquel momento algo de diabólico y terrible, que asustó á las señoras é hizo temblar á Genoveva por el Visitador. Don Francisco se puso en pié, y dirijiendose á Don Fernando, le dijo con tranquilidad.

— Jóven, no es resolucion lo que nos falta. Si llegare el caso, yo os haré ver que jamas falta á un Jiron el valor necesario para arrostrar la muerte, cuando se trata del cumplimiento del deber. Pero por ahora cualquier paso precipitado perderia inutilmente á vuestro padre. Su causa es buena; ¿quereis hacerla mala, apelando á la violencia? Al oiros, no pareceria sino que algun enemigo oculto y astuto os sugiere esos proyectos con el pérfido de-

signio de perderos y perder al Conde, con cuya autorizacion se supondria siempre que habiais obrado.

La penetracion del anciano habia leido, por decirlo asi, en el corazon del capitan y descubierto el origen de aquellos violentos arrebatos. Don Fernando, en medio de su preocupacion, no pudo dejar de reconocer la justicia de aquella observacion y no se atrevió á replicar. Don Luis, que abrigaba ya sospechas vehementes de que se jugaba con las pasiones de su amigo, se le acercó, y tomandole la mano con afecto, le dijo en voz baja:

— Fernando, permitame que te haga una pregunta. ¿Cuantas veces te haces afeitar y peinar á la semana?

El capitan, atónito al escuchar aquellas palabras, contestó:

— Tres veces; ¿y que quieres inferir de eso?

— ¿Y cuales son los dias en que se verifica esa operacion?, volvió á preguntar Melian, con una ligera sonrisa.

— Los domingos, los martes y los viernes.

— Hoy es martes, dijo Don Luis; ya comprendo lo que ha ocurrido.

Siguió un momento de silencio. Los dos jóvenes permanecieron pensativos; Don Fernando meditaba las palabras que acababa de pronunciar Don Luis, y quizá no podia dejar de hacer justicia en el fondo de su alma á la exactitud de la observacion que ellas encerraban. Melian consideraba con profunda pena los malos caminos por los cuales se conducia á su incauto amigo.

Don Fernando se levantó para retirarse, y Don Luis lo siguió, diciendo era tarde y que Jocotenango estaba algo distante. Despidieronse de Don Francisco Jiron Manuel y de su familia, dirijiendose los dos apasionados amantes una mirada que revelaba mas amor que el que habria podido expresar un largo y estudiado discurso. El capitan no pudo dominar su impaciencia y se salió de la sala, sin aguardar á Don Luis, que tuvo que apresurarse

para alcanzarlo cuando ya estaba en la calle.

— Fernando, dijo Melian con bondad; no podras negarme que he adivinado; tú has escuchado hoy las perversas instigaciones de ese diabólico barbero.

— Es verdad que he visto hoy al maestro Basilio Molinos, contestó el capitan con mal humor. ¿Y qué se deduce de eso?

— Se deduce que mis temores eran, por desgracia, harto fundados. Ese hombre tiene engañado á tu padre; el mismo Don Francisco, tan acostumbrado à penetrar en los pliegues mas ocultos del corazon humano, aun no ha acertado á ver todo lo que encierra de perversidad astuta el alma de ese artesano, pues lo ciega en este punto su antiguo afecto á esa familia. El barbero abusa de la nobleza y lealtad de tu caracter, Fernando, y ha exaltado tus pasiones con las miras mas torcidas; lo veo muy claro.

— Ese hombre, replicó el capitan, á quien das una importancia que no tiene y á quien juzgas talvez con demasiada severidad, lo único que ha hecho esta mañana es hablarme de los malos designios del Visitador, prevenirme contra ellos; decirme que desconfie de los nobles, que son casi todos mas amigos de su bienestar y de sus conveniencias que de mi padre, é indicarme que en un caso dado, yo podré contar con el pueblo, á quien él, su hermano y su sobrino sublevarán á mi voz, para lanzar, si fuere necesario, al Juez de residencia. Basilio Molinos y los de su familia son fieles y decididos servidores de mi padre.

— El barbero y su hermano lo aparentan asi, replicó Don Luis; pero en el fondo de su alma abrigan un secreto rencor contra el Presidente, que se ha negado á una injusta pretension de esos dos artesanos. En cuanto al hijo adoptivo de Andres, nada tengo que decir: es hombre de bien y no creo se preste á las intrigas de su

padre y de su tio. En fin, Fernando, añadió Melian, si algo puede contigo la voz de mi antigua amistad, yo te conjuro á que desconfies de esas pérfidas sujestiones y á que no procedas en ningun caso, sin contar con el consentimiento del Conde. Vamos á otra cosa. ¿Sabes que acabo de tener noticia cierta de que mi padre está en México?

— Entonces, dijo el capitan, ¿como es que no ha contestado á la carta que, segun me has dicho, le ha dirijido mi padre, pidiendole su consentimiento para tu matrimonio?

— Eso prueba que no ha recibido la carta. Hoy mismo voy á suplicar al Presidente que vuelva á escribir por el correo que sale pasadomañana con la correspondencia para Oaxaca. No dudo, Fernando, que dentro de dos meses, ó poco mas, estará aqui la respuesta y yo, amigo mio, veré al fin realizados mis ensueños de felicidad.

Al decir esto Don Luis, llegaban los dos amigos al cabildo de Jocotenango, donde estaban alojados junto con el Presidente. Despidieronse, yendo Melian á buscar al Conde y el capitan á encerrarse en su cuarto.

— ¡Dentro de dos meses se habran realizado sus ensueños de felicidad!; exclamaba Don Fernando con desesperacion, paseandose por el cuarto; si; añadió, y yo entre tanto sentiré mi corazon despedazado por los celos y por el despecho. ¡Fuego de Dios! Eso no puede ser. Yo no he de haber venido aqui para verme pospuesto y desairado por una rapaza gazmoña y vanidosa, que debia considerar como un honor inesperado el que ponga los ojos en ella un caballero de mis circunstancias. Es necesario hablar francamente á mi padre, como me lo ha aconsejado Basilio; hacerlo que se decida entre su hijo y su sobrino. Pero por lo pronto, lo mas urjente es que el barbero sepa que va á escribirse de nuevo al padre de Melian. Basilio es el único que me ayuda y que me sirve;

rechazarlo, como me aconseja Luis, seria una imbecilidad. Al contrario, hoy mas que antes necesito de su intervencion. Pasadomañana se enviará la carta y dentro de dos meses estará aqui la respuesta! Se casarán y yo habré de presenciarlo! No, por Satanás; aun cuando tenga que atravesarle el pecho de una estocada como al hijo del Virey; esto no sucederá. No hay que perder tiempo, son las once; añadió viendo el reló; voy á buscar al viejo y pobre de él si no logra evitar de un modo ó de otro el que vaya esa carta!

Don Fernando, cuyos ojos chispeaban de ira, se embozó en su capa y volvió á salir á la calle, teniendo antes que hacerse reconocer por el oficial que mandaba una guardia de arcabuceros apostada en la puerta del cabildo, que con el pretexto de honor al Presidente, tenia la órden, comunicada por el Visitador, de no permitirle la salida. El capitan se dirijió con precipitacion á la calle de Santa Lucia, donde estaba la casa del maestro Basilio Molinos, y habiendola reconocido, por las señas que este le habia dado, con el puño de la espada golpeó fuertemente la puerta.

— ¿Quien interrumpe el sueño de los vecinos pacíficos?, dijo el barbero, medio dormido todavia. Si quieren una sangria, ó es para sacar alguna muela, pueden ir á otra parte, que no estoy ya en edad de echarme á la calle, con el frio que hace, á estas horas de la noche. A otra puerta, que esta no está abierta, como decia mi abuela.

— Abre, con dos mil demonios; gritó el capitan furioso; ó rompo la puerta y te doy yo la sangria, ya que no es facil sacarte las muelas que no tienes; viejo maldito.

— Ah! es el señor capitan, dijo el barbero; esa es otra cosa; y comenzó á vestirse. ¿Que mosca le habrá picado, dijo en voz baja, que viene por acá á esta hora? ¡Y hacerme levantar en una noche tan endiablada! Pero le ha de costar algunos doblones, amen de las demas ven-

tajas que pueda sacar de este tronera.

El viejecillo, medio vestido ya, fué á abrir la puerta, que Don Fernando estaba á punto de echar abajo, tales eran los golpes que le daba.

— Perro sarnoso, dijo el capitan con rabia; ¿te parece que es regular tener tiritando de frio á un sugeto de mi condicion?

— Perdonad, caballero, contestó Basilio, con su ironia acostumbrada. Conozco que debi haber estado en pié, esperando á ver si le ocurria á Su Merced venir á buscarme despues del canto del gallo. Pero no volverá á suceder; que como decia la abuela.....

— ¡Basta de necedades! dijo el capitan, echando un terno; que no estamos para perder el tiempo. ¿Sabes, viejo condenado, que mientras tú roncas como un Provincial, se está escribiendo una carta para el padre de Don Luis, que se despachará pasadomañana, y que dentro de dos meses estará aqui el consentimiento para ese matrimonio, que Barrabás confunda?

— No lo sabia, contestó el barbero, ni era facil que lo supiera. ¿Y que quereis que haga yo en eso?

— ¿Qué? dijo Don Fernando: mover cielo y tierra, hasta lograr que no vaya esa carta. Toma, añadió, arrojando sobre una mesa un bosillo lleno de monedas de oro. Compra, cohecha á quien te dé la gana; pero por todos los diablos te juro que si dentro de tres dias no has atrapado esa carta, te desuello vivo.

— Y vuestro amigo Don Luis, dijo el barbero con malicia, ¿que dirá si llega á saber esa mala pasada?

— Mi amigo, mi amigo! exclamó el capitan con furor. Ahora me sales con eso, zorro hediondo, despues de que por tus pérfidos consejos he venido á encapricharme como un rabioso por esa muñeca desdeñosa! ¿Que me importa un amigo, ni que me importaria el mundo entero, cuando se trata de doblegar á esa orgullosa, que esta

noche me ha visto con el mas alto desden, al mismo tiempo que lo devoraba á él con sus miradas? ¡Fuego de Dios! añadió, dando un puñetazo sobre la mesa, que hizo temblar la casa. Has despertado al leon dormido; no culpes despues á nadie si te hace sentir su garra.

— No es para tanto, señor caballero, dijo Basilio, á quien asustó el aire feroz del capitan. No es para tanto; haremos lo posible para que no vaya esa carta y yo os ofrezco que no quedará por diligencia. Con agua anda el molino, decia mi abuela, y aqui hay lo suficiente (y levantó el bolsillo lleno de oro) para los gastos mas precisos que han de hacerse, hasta lograr sustraer esa carta. Esto es lo que importa, que por lo que hace á mi recompensa, ya os he dicho que no quiero otra que el gusto de serviros. Tomad esta noche algun descanso, que bien lo necesitais; yo tambien volveré á recogerme, si me lo permitis; pero no á dormir, sino á consultar con la almohada algun arbitrio para conseguir lo que tanto deseais.

— Bien, contestó el capitan un poco mas calmado; consulta con quien te dé la gana; si es menester mas dinero, para ti ó para otro, te lo daré; á mi no me importa para quien sea, con tal de que se sustraiga la carta.

Diciendo esto, dió la vuelta y salió sin despedirse del barbero, que lo vió marcharse y movió la cabeza de arriba abajo diciendo:

— El pez ha tragado completamente el anzuelo. ¿Que me importa la manera brutal con que me trata, si él, caballero, rico, jóven, buen mozo, no es mas que un miserable juguete en manos de este pobre artesano, viejo, feo y tuerto? Eh, eh, eh! y se rió con una expresion que habria horrorizado á cualquiera. Tomó el dinero, contó veinticinco doblones de á ocho pesos y los guardó en una caja que tenia debajo de la cama.

— No está mal pagado el negocio, dijo, metiendose

en la cama; tanto mas, cuanto que maldito si yo gasto un ochavo de este dinero en lo de la carta. Eh, eh, eh! Quien las sabe que las taña; que si no las enmaraña; como decia la difunta. Eh, eh, eh!; y se quedó otra vez dormido.

CAPITULO XIV.

La carta.

OS dias despues de la noche en que se verificaron los sucesos que hemos referido en el precedente capitulo, dos hombres, montados en excelentes caballos, entraban, á la oracion de la tarde, en el pueblo de Sololá. Esos dos individuos merecen que nos detengamos á describirlos tan detalladamente como nos sea dable. Uno y otro parecian tener cosa de sesenta años, aunque bien pudiera ser en realidad que alguno de ellos tuviese diez ó doce menos de los que aparentaba. Las facciones del uno eran finas y delicadas; revelaban un grado de astucia poco comun y un egoismo refinado. Las del otro eran mas pronunciadas, y no hubiera sido dificil á un discipulo de Lavater encontrar en aquella fisonomia indicios inequívocos de una perversidad aquilatada. Parecia tener el primero una nariz enorme, cuyo color no era exactamente el mismo de lo demas de la cara; y si algun curioso se hubiera aproximado á examinarla de cer-

ca, habria podido ver que estaba construida de carton pintado. El segundo de los caminantes tenia tambien una gran nariz, cierta y efectiva, encorbada y que tocaba casi con la barba, cuya punta, bastante aguzada, parecia salirle al encuentro, como para ahorrarle la mitad del camino. Tenia el de la nariz apócrifa una venda negra atada en derredor de la cabeza, que le cubria enteramente un ojo, todo lo cual desfiguraba por completo al individuo. El otro llevaba unos espejuelos verdes, y un pañuelo blanco le cubria, cuando era necesario, la barba y la boca, lo que hacia que no se le viese sino una parte de la cara.

Los dos disfrazados se acercaban al pueblo sin decir palabra, y apenas hubieron llegado á las orillas de la poblacion, comenzaron á examinar cuidadosamente los ranchos.

— La tercera casa, á la derecha, dijo el uno, como repasando las señas que se le habian dado; dos balcones de palo; puerta grande, junto á la cual está un ídolo de piedra. Esta es, añadió, indicando á su compañero una que reunia todas aquellas circunstancias, de manera que no habia lugar à equivocacion.

— Me parece que si, dijo el otro; entremos.

Dicho esto, entraron hasta el patio de la casa, saliendo al corredor, al oir ruido de caballos, un hombre pequeño de cuerpo, regordete, mulato, como de cuarenta años, de fisonomia viva y simpática. Adelantose hacia los viajeros, con el sombrero en la mano, y les dijo:

— Buenas tardes, caballeros; mandense apear Vuesas Mercedes. Juan, gritó, Juan, coge estos caballos; aqui estarán mis señores como unos príncipes; en veinte leguas en contorno tiene fama el meson del *Idolo* de Sololá, casa de Martin Tachuela. Que digan todos los caminantes y sus bestias si les ha faltado aqui alguna cosa jamas, aun cuando hayan pedido las pajaritas del aire. Eso si, se cobra un poquito mas caro que á los demas á las personas de calidad, como mis señores. Juan, que traigan zacate y maiz;

que les den agua á las bestias; pero que no las bañen calientes. ¿Que cenan mis señores?

— Puesto que sois, segun parece, dijo el de los espejuelos, el amo del meson, pudierais, si os place, hacer que nos preparen un cuarto á mi compañero y á mi; y por lo que hace á la cena, ya os diremos lo que deseamos.

— En cuanto á cuarto, contestó el locuaz mesonero, siento en el alma decir á mis señores que todos estan ocupados. Como van volviendo los mercaderes de la feria de mi Señora de Candelaria, en Chiantla, no hay un rincon del Idolo donde poder echar un alfiler. Pero si mis señores gustan de acomodarse en el corredor, ahi nada les hará falta y dormirán como unos oidores.

— Pero, ¿es posible que no haya un solo cuarto, dijo el de la nariz postiza, aun cuando sea un nido de palomas? Nosotros en cualquier parte cabemos.

No lo consideró asi el mesonero, observando las enormes narices de los dos huéspedes; pero no se atrevió á hacer la objecion que le ocurrió naturalmente, y se limitó á contestar:

— Lo siento en el alma; si una hora antes hubiesen llegado mis señores, les habria dado el único cuarto que me quedaba, que es el que está contiguo á la cocina; pero ya en ese está acomodado el correo que viene de la capital con la balija para Oaxaca.

Los dos viajeros se dirigieron una mirada muy significativa, al escuchar las últimas palabras del mesonero, y el de la venda negra contestó con indiferencia:

— Bien visto, no es un inconveniente el que se halle ocupado ese cuarto; pues podemos acomodarnos junto con el correo y pagaremos como si tuviesemos la pieza solos.

— Pues siendo asi, replicó el digno propietario del Idolo, voy á arreglarlo en el acto con el correo, que es un excelente muchacho, muy amigo mio, como que siempre duerme aqui cuando pasa con la balija. Bueno es que ante todo sepan mis señores lo que se les servirá de comer,

pues nada falta en el Idolo. Aqui se da un dia tortillas, huevos y frijoles; otro dia frijoles, tortillas y huevos; otro huevos, frijoles y tortillas, y al siguiente otra vez tortillas, huevos y frijoles; y asi se va cambiando para que los señores huéspedes tengan siempre variedad de platos y esten satisfechos. Todo por la miseria de un toston diario por cabeza, pagando aparte el zacate de las bestias, el cuarto y los mandados que puedan ofrecerse, que esos son gages de Juan. Ya ven Vuesas Mercedes que no puede ser mas equitativo.

— Ciertamente, dijo el de la nariz fabulosa, y nadie dirá que en el meson del Idolo se roba á los pasageros, ni que el dueño se ha de ir al infierno con todo y calzas. Pero despachaos y ved si nos acomodais, que estamos algo cansados.

El rechoncho mesonero corrió á entenderse con el mozo conductor de la balija, que no puso dificultad en que durmiesen en su cuarto los dos sugetos, cuya importancia cuidó de ponderar el patron; diciendo que aunque él ignoraba quienes fuesen, no se llamaba Martin, si no eran, cuando menos, oficiales reales.

Quince minutos despues, los dos pasageros estaban instalados en el cuarto, que era muy reducido, y en el que no habia mas muebles que una cama y un armario muy grande, como de sacristia. Vaciaron unas alforjas, en las cuales llevaban algunas provisiones, y el servicial mesonero fué colocàndolas en una mesa coja, que llevó de su habitacion, con tres ó cuatro sillas viejas. Cuando la cena estuvo lista, se pusieron á la mesa los de las narices, haciendo que la única vela que alumbraba el cuarto se colocase algo distante, porque, segun dijeron, la luz molestaba al de los espejuelos, que padecia de una aguda fluxion de ojos. Invitaron al correo á que cenase con ellos, y como lo hicieron con mucha cortesia, el mozo se prestó de buena gana. El olorcillo de un capon asado y la vista de unas cuantas botellas de aguardiente que ha-

bian puesto los caminantes en la mesa, despertaron su apetito, medio adormitado solamente con la frugalisima cena del meson. El mesonero y Juan servian con escrupulosa puntualidad.

— Mis señores vendran sin duda de la capital, dijo Tachuela, sepultando en los hondos bolsillos de sus calzones dos panes de los que llevaban los huéspedes en las alforjas.

— No, contestó el de los espejuelos; venimos de México; y nos alegrariamos de saber que novedades hay por estas tierras.

El patron, que como casi todos los de su oficio, rabiaba por hablar y por darse importancia, refiriendo noticias estupendas, dijo, moviendo la cabeza con misterio.

— Que novedades hay? Pues no son pocas las que corren; y diciendo esto, se engulló, por distraccion sin duda, un cuarto del capon que acababa de trinchar. Figúrense Vuesas Mercedes que tenemos un Señor Visitador, que pasó por aqui hace muy pocos dias y aunque se apeó en casa del Alcalde mayor, del Idolo se le envió el maiz para sus caballos. Pues este señor lo primerito que ha hecho es poner preso al Sr. Presidente en el cepo de la carcel de Jocotenango. Que caballada! Ya se ve, dicen que tiene un escribano que para levantar crimenes se las apuesta con el mesmo diablo.

— ¿Y como se llama ese escribano?, dijo el de la venda negra.

— Don Judas Patraña, contestó el mesonero, y no le cae mal el nombre, porque es un verdadero Judas, hasta en la figura.

— ¿Conoceislo vos, por ventura? preguntó el de la venda.

— ¡Toma si lo conozco! Es un bajito de cuerpo, chato, cariredondo, pelo colorado, como el Iscariote, hombre muy vivo y de muy malas entrañas.

— Caspita! dijo el otro; pues por esa pintura se ve

que no sois amigo del pobre escribano, que tal vez no sea tan malo como dicen. Y cuando el Sr. Visitador lo ha elegido, será porque tiene buenos informes de él.

— Si, replicó Tachuela, los que le ha dado un señor oidor, que es otro que bien baila. Entre bobos anda el cuento. Yo no sé en que vendrá á parar todo esto; pero ya se suena que tratan de ahorcar al Sr. Presidente, á un caballero muy rico que se llama Don Manuel Jiron y á otros veinte ó treinta señores mas, si no le da cada uno veinte mil pesos al Visitador y diez mil al escribano.

El de los espejuelos verdes vació la cuarta parte de una botella de aguardiente en un vaso y alargando lo al correo, le dijo:

— Teneis que hacer, amigo, un camino bien largo y necesitais de todas vuestras fuerzas. Tomad eso á la salud de nuestro huesped, que sabe tantas cosas nuevas y grandes de las que pasan en la ciudad.

Puso en otros tres vasos las tres cuartas partes restantes, y despues de haber presentado uno al mesonero, colocó otro delante de su compañero de viaje y se quedó con el suyo. El correo y el propietario del Idolo apuraron el contenido de sus vasos y se quedaron paladeando el aguardiente, que era de muy regular calidad.

— ¿Que tal? dijo el de la nariz postiza.

— Muy bueno, contestó el mozo, y devoraba con las miradas los vasos de los dos viajeros.

— Podiais referirnos algun cuento, dijo el de la venda al posadero, mientras se hace hora de dormir; y abrió otra botella, que vació en los cuatro vasos, guardando siempre la misma regla de distribucion que la primera vez.

— Cuento no será, contestó el mesonero, apurando su racion; pero si gustais, os contaré la historia real y verdadera de un español de estas inmediaciones que por adquirir bienes de fortuna perdió su alma, hará poco mas de un siglo.

— Contadla luego, amigo, dijo el correo, que bien

sé yo que teneis siempre para divertir á vuestros huéspedes una porcion de casos raros y á cual mas entretenido.

Se embocó el vaso y lo apuró hasta la última gota.

— Pues habeis de estar y estareis, dijo el patron, que este era un español muy pobre, llamado Don Juan de Orena, que poseia unas tierras en las inmediaciones de la laguna de Panajachel. No las habia poblado de ganados, por falta de dineros con que comprarlos, y estaba reducido á ocupar sus tierras con unas pocas cuerdas de milpa, que la mayor parte de los años se le perdian, sin producir nada. Cansado al fin de tanto trabajar de balde, una noche, desesperado, se salió del rancho en donde vivia y se fué por los montes dando voces y llamando al diablo.

El correo se santiguó, y tomando otra de las botellas de los huéspedes, volvió á llenar su vaso, como preparandose para los sucesos terribles que sin duda iba á referir el mesonero, quien tambien se remojó el gaznate con un sendo trago. Los pasageros apenas acercaban sus vasos á los labios.

— Proseguid amigo. dijo el narigudo, que por lo visto, el cuento ó caso, ó lo que sea, promete ser entretenido é instructivo.

— Y muy verdadero, añadió el patron, como que yo conoci al español, que por mas señas era un sugeto con una nariz algo mas larga que la vuestra, que no parece sino que ahora lo estoy viendo. Sigo mi historia. El pobre Don Juan de Orena gritó y gritó y gritó por los montes, hasta que al fin de entre unas peñas vió salir un hombrecillo delgado, con unas piernas muy largas para su cuerpo, las espaldas y las caderas muy anchas y una gran cabeza que desaparecia enteramente bajo un enorme sombrero, picudo y de alas muy anchas.

— Pues ese era el *Sombreron*, como quien no dice nada, exclamó el correo, esforzandose por despavilar los ojos, que comenzaban á cerrarsele. El de los anteojos

verdes llenó otra vez el vaso del pobre mozo y se lo hizo beber hasta el fondo.

— Ni mas ni menos, dijo Tachuela. El Sombreron, que iba á ver para qué lo llamaba el español. Le refirió este su cuita; dijole como habia trabajado tantos años sin el menor provecho y que desesperado ya, estaba resuelto á hacer pacto con él y entregarle su alma dentro de tres años, siempre que le diera desde luego muchas muchas riquezas.

— Pa.... pa.... pacto con el diablo; dijo el correo, que ya casi no podia hablar; Que.... que.... bár.... ba....ro!

— Ahi vereis, añadió el propietario del Idolo; enjuagandose con un poco de lo de la botella y tragandose el enjuagatorio, por olvido.

— El trato, prosiguió, quedó firmado esa misma noche, y el Sombreron puso por condicion precisa que á nadie habia de regalar el español cosa alguna de lo que él le diese.

— Y qui.... qui.... quien habia de ser el to.... to.... tonto que re.... re.... re.... cibiera na.... na.... nada del So.... So.... Sombreron? tartamudeó el correo.

— Pues no faltó, prosiguió diciendo el mesonero. Al siguiente dia amaneció el rancho de Orena cambiado en una hermosa casa; sus tierras pobladas de ganados y las milperias convertidas en siembras de trigo. Tenia un buen molino y muchos esclavos; era un hombre poderoso y todos lo saludaban con respeto, llamandolo Sr. Don Juan. El español se habia vuelto orgulloso con la riqueza y le gustaba echar piernas y quedar bien. Sin hacer caso de las condiciones impuestas, regaló una mula magnifica al cura, que se la agradeció infinito y ponderó mucho la generosidad del Sr. Don Juan. Al siguiente dia se le apareció el Sombreron, entre obscuro y claro, y le dió una paliza, que lo dejó medio muerto. Llegaron sus criados,

lo levantaron y estuvo un mes en cama, diciendo que se habia caido del caballo.

Interrumpió el narrador la relacion con otro trago; el correo se echó al coleto un nuevo vaso que le sirvió uno de los pasageros y dejó caer la frente sobre la mesa, pues ya no podia conservarla levantada.

— Una pa.... pa.... liza, dijo; já, já já já, y se rió con esa risa convulsiva de la ebriedad.

Proseguid, dijo el de la venda.

— Don Juan de Orena, dijo el patron, vivió contento y feliz durante los tres años, ocupando los dias y las noches en jugar, comer, beber y cortejar: pero cuando se iba acercando el plazo fatal, comenzó á entristecerse y á discurrir como haria para dejar burlado al Sombreron. Por mas que hacia, le era imposible hallar arbitrio para salir de aquel atolladero. Por fin, despues de mucho cavilar, dispuso entregar al enemigo un pastorcito que cuidaba los ganados. El Sombreron sabia mas que el español y dijo que lo tomaba á cuenta y prorogaba el plazo por seis meses mas. Contento Don Juan, volvió á comer, beber, reir y divertirse; pero el tiempo pasó y al fin llegó á cumplirse el nuevo plazo. Una noche, Don Juan habia apurado docena y media de botellas y estaba cantando y fumando muy alegre, encerrado en la sala de la casa de la hacienda. De repente sintió que le ponian una mano sobre el hombro y fué como si le hubiesen arrimado una plancha ardiendo. Volvió la cara espantado y se encontró con el Sombreron. Tuvieron una gran disputa, y el resultado fué que todos los arrendantes, mozos y criados oyeron un gran trueno, y habiendo salido á ver lo que causaba aquel ruido extraño, pues no habia la menor señal de tempestad, vieron por el aire á Don Juan, á quien se llevaba el Sombreron, tirandolo por los cabellos. Corrieron á la sala; pero ya todo habia cambiado, no quedando mas que el mismo rancho miserable del español. Al siguiente dia habian desaparecido las semente-

ras y el molino y muchos vieron al Sombreron que iba arreando el ganado, hasta no dejar una sola res. Las tierras aparecieron cubiertas de ceniza y azufre, que hasta el dia estan asi y Vuesas Mercedes pueden ir á verlas si lo dudan.

— Yo no dudo un punto de la verdad de la historia que nos habeis referido, dijo el de la venda negra; solo sí me llama la atencion el que habiendo sucedido el caso de Don Juan de Orena hace poco mas de un siglo, segun nos habeis dicho, hayais conocido á ese español, vos que no pareceis tener mas de cuarenta años.

Algo turbado quedó el mesonero con la objecion del caminante; se rascó la cabeza, y despues de un momento de silencio, contestó:

— Yo no sé como andará eso, pues siempre me confundo cuando se trata de edades; pero que yo lo conocí, es tan cierto como que os conozco á vos; y á un *yo lo vi*, no hay mas que creer ó reventar.

— Dice muy bien el Sr. mesonero, observó el de la nariz; que á mi mismo me ha sucedido muchas veces acordarme de cosas que ocurrieron antes y muy antes de que yo naciera; y el Sr. Tachuela lo ha contado tan bien, que merece le brindemos el último trago; pues ya va siendo hora de recogerse.

Vació otra botella, llenó los vasos y trató de levantar la cabeza al correo para brindarle. Fué imposible: el pobre mozo estaba completamente borracho, y repetia, con voz balbuciente:

— El So.... So.... Sombreron.

— El pobre ha bebido un poco mas de lo que podia resistir, dijo el posadero riendose. Si á Vuesas Mercedes les parece, y me hacen la caridad de ayudarme, vamos á acostarlo.

— Con mucho gusto, contestó el de la nariz postiza; y haciendo una seña á su compañero, levantaron en

peso entre los tres al correo y lo echaron como un fardo en la única cama que habia en el cuarto, acomodandole el mesonero la cabeza sobre la balija que contenia la correspondencia.

Tachuela no queria marcharse, sin apurar lo que quedaba en las botellas. Con diversos pretextos, continuó charlando y bebiendo, sin llegar á perder el juicio, para lo cual habria sido necesaria doble cantidad de la que habia bebido. Cuando hubo apurado hasta la última gota, dijo que los señores tenian que madrugar y que no era conciencia tenerlos en vela tan tarde. Se despidió, deseandoles muy buena noche y se salió del cuarto.

No bien hubo pasado el umbral de la puerta, sintió Tachuela en su interior esa comezoncilla que se llama curiosidad y que nos induce muchas veces á cometer una mala accion, con tal de averiguar lo que no podemos saber por las vias legales. El mesonero del Idolo llevaba hasta la abnegacion el respeto á sus huéspedes; pero calculó que de poner él el ojo en el agugero de la llave del cuarto para ver lo que hacian y aguzar el oido para escuchar lo que hablaban, ningun mal podia resultarles. La nariz postiza y los espejuelos verdes del uno y la venda negra del otro, le daban ciertos barruntos de que aquellos dos sugetos no habian llegado asi como quiera y sin qué ni para qué á su casa; y acabó de despertar sus sospechas, el ver que no habian pedido camas, lo cual probaba que se disponian á pasar en vela lo que faltaba de la noche. Todo aquello era muy suficiente para hacer rabiar de curiosidad á cualquier mortal, aun cuando no fuese mesonero. Luego, pues, que hubo oido que aseguraban por dentro la puerta con una gran tranca, Tachuela se acercó y aplicó el ojo al agujero de la llave. Vió que el de los espejuelos se despojaba de ellos, y dejaba ver un par de ojazos buenos y sanos, sin fluxion, ni cosa semejante. En seguida se quitó el aditamento de la nariz, co-

mo cosa que lo molestaba sin duda, y puso aquel mueble sobre la mesa. El otro se quitó tambien la venda negra que le cubria el ojo. Hecho esto, el desnarigado dijo á su compañero.

— Tomad la llave; y le presentaba efectivamente una llavecita.

— Antes que todo, maestro, respondió el compañero, es necesario sacar la balija.

— Si, contestó el otro, y bueno es hacerlo con tiento, no haga el diablo que despierte ese bruto y alborote la casa. De la mano á la boca se pierde la sopa, decia mi abuela, señor Don Judas.

— Despertar decis, replicó el que habia sido llamado Don Judas; imposible; ¿no veis que está hecho un poste? Voy á zafarle la balija y lo vereis.

Fué efectivamente á poner por obra lo que habia indicado; pero el correo, á pesar de su embriaguez, apretó la balija con la mano, como si comprendiese que se le queria sustraer lo que en su estado normal habria defendido á costa de su vida. El mozo acompañó el movimiento con un gruñido sordo que retumbó en el cuarto.

— No, Don Judas, dijo el otro; esto mas quiere maña que fuerza, como decia la difunta. Ya vereis como se hace todo sin la menor dificultad.

Diciendo esto, se quitó la capa, de la cual hizo un lio, desató sus sobrebotas de cuero y envolvió en ellas la capa, formando asi una almohada muy semejante en el volúmen á la balija. La colocó junto á esta, y ayudado del otro pasagero, que iba retirando muy poco á poco la balija, fué introduciendo el envoltorio, de modo que el borracho no pudiese notar la diferencia, ni por el tamaño ni por el tacto. La operacion se hizo con el mejor éxito. Don Judas tenia la balija y el correo abrazaba la capa envuelta en las sobrebotas.

Acercaronse los dos sugetos á la mesa y el maestro

Basilio, á quien sin duda han conocido ya nuestros lectores, aplicó la llavecita al candado.

— Está perfectamente, dijo; no en balde trabajó Andres toda la noche; eso si, el molde en cera que yo saqué estaba muy bien hecho.

Abierta la balija, Don Judas tomó un paquete cerrado, y con una cuchillita muy fina, levantó el sello con la mayor habilidad. Recorrió uno por uno los sobrescritos de las cartas que contenia aquel paquete, y al fin, leyendo uno de tantos, exclamó:

— Esta es; ya la tenemos.

Puso otra que llevaba preparada, en lugar de la que extraia, para que no se notase el fraude, al comparar el número de piezas recibidas con las que anotaba la factura; volvió á cerrar el paquete y acomodó el sello, haciendo que el lacre, recalentado en toda la circunferencia, con la cuchillita enrojecida en la luz de la vela, se extendiese un poco, hasta cubrir la rotura practicada, que desapareció completamente. Puso la carta en una cartera que sacó del bolsillo de su jubon, y procedieron á volver á colocar la balija, cerrada otra vez, bajo la cabeza del borracho.

— Todo se ha hecho mas facilmente que lo creiamos, dijo el barbero riendose; y ahora, si os parece bien, señor Don Judas, bueno será dormir siquiera una hora. Yo estoy muy fatigado y aun tenemos tiempo para descansar, ántes de emprender la marcha.

— No veo inconveniente, maestro, respondió Patraña, con tal que esteis pronto cuando venga á despertarnos ese charlatan del mesonero, á quien le recomendé nos llamase á las cuatro de la mañana.

El maestro Basilio tendió su capa en el suelo y se acostó, despues de haberse quitado el jubon. El escribano se despojó tambien del suyo y lo puso en una silla. Se acomodó en la mesa todo encojido y puso de almohada una

igual á la que habia servido provisionalmente al correo, mientras le quitaron la balija. El ojo del mesonero seguia atentamente todas aquellas evoluciones, sin perder uno solo de los movimientos de sus huéspedes.

Luego que la habitacion hubo quedado á obscuras, pues Don Judas apagó la vela, y cuando calculó Tachuela que los dos pasageros estaban ya dormidos, se dirijió sin hacer el mas ligero ruido, á la cocina, que como hemos dicho, estaba inmediata al cuarto en donde acababa de tener lugar la escena que hemos referido. Ambas piezas se comunicaban por un hueco de puerta que habia sido convertido en alacena del lado de la cocina, mediante la colocacion de unas tres tablas, y por la parte del cuarto, estaba cubierta con el grande armario que, como dijimos antes, se veia ahi y la disimulaba por completo. El armario estaba vacio y sin llave, pues no la necesitaba. El mesonero, en cuanto vió la sustraccion de la carta, imaginó que debia de ser alguna muy importante y luego calculó todas las ventajas que, á vuelta de algun peligrillo, podia proporcionarle el apoderarse de ella. En cuanto á la conciencia, punto del cual cuidaba siempre Tachuela, lo tranquilizó la idea de que ladron que roba á ladron gana un año de perdon; y con esto, no bien lo hubo pensado, cuando procedió á ejecutar su pensamiento. Por la alacena zafó una de las tablas del armario viejo y desvencijado, que él sabia perfectamente estaban desclavadas, é introduciendose en el mueble, sacó primero la cabeza por la puerta, que cedió á un ligero impulso; en seguida introdujo los hombros, deteniendose á escuchar si los huéspedes dormian efectivamente. Conoció que sí por el terceto que formaban los ronquidos, y avanzó todo el cuerpo, arrastrandose como una culebra. Al fin se encontró todo entero dentro del cuarto, y fué caminando á gatas hasta llegar á la silla donde vió colocar el jubon, cuyo bolsillo contenia la cartera. La tomó en el mayor si-

lencio, y volvió á colocarla, despues de haber sacado la carta; fué retrocediendo hacia el armario, introduciendose por los pies, hasta llegar á la cocina. Cerró la puerta del armario, volvió á colocar la tabla, y enagenado de gozo, como si se hubiese encontrado la fortuna de Don Juan de Orena, se marchó á su cuarto.

Encendió un cabo de vela y acercó la carta á la luz; pero como no sabia leer, era lo mismo que si tuviese en la mano un papel blanco. Puso entonces los ojos en el sello é hizo una exclamacion de alegria. Habia reconocido en las cinco estrellas de oro de uno de los cuarteles, en el castillo y el leon, en las dos granadas y en los otros signos heráldicos, las armas del Conde de la Gomera, que conocia perfectamente. Con facilidad dedujo de aquella circunstancia, que era una carta que el Sr. Presidente escribia á alguno y que aquellos dos hombres habian ido á robarla; siendo, sin duda, de la mayor importancia.

La primera idea de Tachuela fué llevarla al Alcalde mayor; pero despues lo pensó bien y calculó que Su Merced diria probablemente que él la habia recobrado y se llevaria el premio de su trabajo. Tuvo tambien el proyecto de ir á despertar al maestro de escuela y pagarle porque le leyera la carta; pero ¿quien le respondia de la reserva de aquel individuo, si como era probable, contenia algun secreto muy grave? Al fin de tanto cavilar, calculó que lo mas acertado era disimular con los huéspedes, y si estos echaban menos la carta y le preguntaban por ella, negar á pies juntillas que la hubiese visto, en la confianza de que no tenian ellos la conciencia tan limpia que fuesen á armar un escándalo; y luego que se hubiesen marchado, salir para la ciudad y tomando veredas, llegar antes que los huéspedes y entregar la carta al Sr. Conde. Si no era posible á él mismo, porque estuviese preso, la llevaria á los SS. de la Audiencia, y de seguro le caeria un buen premio por la accion.

Hecha asi su composicion de lugar, cuando calculó que serian cerca de las cuatro, se fué á la puerta del cuarto que ocupaban los huéspedes y los llamó, diciendoles que era hora de marcharse. Despertaron á un tiempo el escribano, el barbero y el correo, á quien se le habia pasado ya la mona; y comenzaron á tomar sus disposiciones de marcha. Don Judas se puso su jubon, tocó la cartera y ni le ocurrió el ver si estaba ahi la carta, certisimo de haberla guardado. Un cuarto de hora despues, los dos viageros, habiendo pagado la posada, se despidieron del mesonero y del correo, que tomó por su lado. Patraña se sonrió al ver el cuidado con que el pobre mozo aseguraba la balija con unas correas á la grupa de su caballo, y el mesonero por su parte se sonrió de la sonrisa de Don Judas. Tachuela, luego que los hubo perdido de vista, procedió á hacer algunos arreglos indispensables para que el meson estuviese debidamente atendido durante su ausencia, y haciendo un hatillo de su chamarra, se la puso á la espalda y tomó el rumbo de la capital, por caminos extraviados. El escribano Patraña y el barbero siguieron su marcha, comentando alegremente la aventura del robo de la carta. A las cuatro de la tarde llegaron á la ciudad, y sin detenerse para cambiar de trage, quisieron ir á dar cuenta del exacto desempeño de su comision. Dirijieronse á casa del Visitador, que era el que los habia enviado con el encargo de sustraer la carta del Conde á Don Antonio Melian, en cuanto supo por el barbero que iba á ser despachada. Don Juan estaba leyendo tranquilamente en su gabinete, cuando entraron sus comisionados.

— ¿Que cuentas me dais, dijo con su acostumbrada sangre fria, de la comision importante que he confiado á vuestro celo?

— La mejor que Vuesa Señoria pudiera desear, contestó Don Judas, con aire de satisfaccion. Aqui teneis la carta.

Introdujo la mano en el bolsillo del jubon, sacó la

cartera, la registró toda y se puso pálido, al retirarla sin la carta, que habia desaparecido.

— Qué os sucede? dijo el Visitador; dónde está la carta?

— Señor, exclamó el pobre escribano aterrado, merezco que me hagais ahorcar; la he perdido!

El barbero veia con asombro á Don Judas y no sabia que creer, pues él mismo habia visto guardarla en la cartera y colocar esta en el bolsillo del jubon. Don Juan contempló al escribano y al barbero durante un breve rato, y les dijo, acompañando las palabras con una sonrisa irónica.

— Parece que en esto se ha verificado aquello que suelen decir de que à la zorra candilazo. Vosotros robasteis la carta al correo y alguno os la robó á vosotros.

Don Judas y Basilio inclinaron las cabezas, sin atreverse á responder. Habrian querido que se abriera la tierra y que se los tragara, por no soportar la mirada terrible y la sonrisa diabólica del Visitador. Levantose este muy despacio del sillon en que estaba sentado y se dirijió á la mesa. Abrió una gaveta y sacando una carta, la mostró al escribano y al barbero, que la veian y dudaban del testimonio de sus propios ojos.

— ¿Será esta, dijo Don Juan, la carta que vosotros debiais poner en mis manos?

— Perdon, señor, perdon, exclamó Don Judas y se puso de rodillas, haciendo otro tanto el barbero atribulado. Por Dios, señor, añadió el escribano, decidme quien es el que os ha traido esa carta.

— Vais á verlo, contestó el Visitador, y se dirijió lentamente á la puerta que daba á una salita contigua á su gabinete. Abrió y se ofreció á los ojos del escribano y del barbero el mas triste espectáculo. El desgraciado mesonero del Idolo, pálido y descoyuntado, estaba tendido en el suelo y arrancaba de lo mas hondo del pecho gemidos desgarradores.

Debemos explicar lo que habia sucedido. Cuando el

capitan Peraza comunicó al barbero que el Presidente iba á escribir de nuevo al padre de Don Luis, sobre el matrimonio de este con Dña. Margarita, el maestro Basilio dispuso su plan, que se redujo, por lo pronto, á dar cuenta al Visitador de aquel incidente, que ponia en peligro la intriga que llevaban entre manos. Don Juan meditó, durante un momento, lo que deberia hacerse; calculó la imposibilidad de sustraer la carta violentamente, pues su poder mismo no alcanzaba á tanto. El Correo mayor, como se denominaba entonces el gefe de la Administracion, era partidario decidido del Conde, y si el Visitador le exijia la entrega de aquella carta, no dejaria de dar aviso del hecho al Presidente, quien lo convertiria en grave motivo de acusacion. Asi, Don Juan comprendió desde luego que no convenia tentar aquel arbitrio. Le pareció preferible hacer sustraer la carta por medio de la astucia, y despues de haber combinado un plan, encomendó su ejecucion al escribano y al barbero mismo, individuos á quienes consideró à propósito para el caso. Hemos visto ya que estos desempeñaron el encargo con habilidad; pero se encontraron burlados por el mesonero del Idolo. Martin Tachuela llegó á la ciudad con la carta dos horas antes que los comisionados; se fué derecho á Jocotenango y como manifestase el mayor empeño por ver al Presidente, el oficial de la guardia, que tenia órdenes muy severas del Visitador, entró en sospecha é hizo prender á aquel hombre. Conducido á presencia del Juez de residencia, se obstinó en guardar silencio sobre lo que lo llevaba á buscar al Presidente; pero el tormento le habia arrancado su secreto junto con la carta, pocos momentos antes de la llegada de Don Judas y Basilio.

El desgraciado Tachuela fué conducido à un calabozo, con orden de permanecer en la mas estrecha incomunicacion; y luego que la hubo firmado, el Visitador, sin decir una palabra mas, volvió la espalda con desden á sus comisionados y se salió del gabinete.

CAPITULO XV.

La araña y las moscas.

ESUELTO el capitan Peraza á descubrir á su padre la pasion violenta que por la hija de Jiron Manuel habia concebido, presentose muy temprano en el cuarto que servia de gabinete al Conde y le suplicó diese órden para que nadie fuese á interrumpirlos, pues deseaba hablarle de un asunto del cual dependia su felicidad. El anciano, en medio de los graves cuidados que lo atormentaban, habia advertido con dolor el cambio del caracter de su hijo. Vió con extrañeza irritable, violento y taciturno al que pocos dias antes parecia tan jovial, tan satisfecho y tan ageno de toda idea seria. Cuando oyó, pues, que su hijo le hablaba de aquella manera, consideró que iba á revelarle el origen de tan súbita mudanza, y á fin de poder departir en sosiego con el jóven, previno al page de guardia que nadie entrara al gabinete, hasta que él mismo avisase que estaba en disposicion de recibir.

Don Fernando estaba pálido y sus facciones daban bien á entender la terrible lucha que ajitaba aquella alma

por el amor y por el despecho cruelmente lacerada. El Conde se alarmó al advertir la expresion siniestra que presentaba en aquel momento la fisonomia de su hijo, y tomandole la mano con bondad, se expresó en estos términos:

— ¿Que ha sucedido, Fernando, que asi ha cambiado tan repentinamente tu condicion? Aun no hace muchos dias, aflijiame tu caracter un poco ligero y sobradamente despreocupado; hoy te veo áspero, concentrado y huraño; me ves muy poco, aunque sabes necesito mas que nunca de la asistencia y del apoyo de los mios; tu amigo y primo Don Luis se queja tambien de que pareces esquivar su trato y compañia. Explícate, hijo mio, ábreme tu corazon y dime si hay aqui algo que te disguste, y si es que está en mi mano el remediarlo.

— Señor, contestó el capitan con gravedad, no he venido á otra cosa que á comunicaros la causa de mi sufrimiento. Es tal, que os aseguro que á continuar asi unos pocos dias mas, pondria en peligro mi existencia. Creo firmemente que el remedio está en vuestras manos y que no teneis mas que hablar una palabra para que yo recobre mi perdida tranquilidad.

— ¿Y que esperas, Fernando, replicó el Presidente con ansiedad, que no acabas de declarar la causa oculta de tus pesares? ¿No sabes que no hay nada en este mundo que yo no hiciera para evitarte la mas ligera pena?

— En esa confianza, señor, dijo el capitan, os abriré mi pecho, y os diré que una doncella de esta ciudad me ha inspirado el amor mas profundo y vehemente que he sentido jamas; el único verdadero que he experimentado en mi vida; pues ya conozco que no merecian aquel nombre los caprichos fugitivos que han ocupado mi corazon antes de ahora.

— ¿Y esa jóven, dijo el Conde con inquietud, es de una clase igual á la tuya?

— Su linage es uno de los mas nobles de España.

— Entonces, exclamó el anciano con alegria, ¿por qué te atormentas? ¿Que obstáculos pueden oponerse á una union que desde luego tiene mi asentimiento, pues supongo que las prendas personales de esa dama deben ser correspondientes á lo ilustre de su sangre?

— Lo son, padre mio, y tales, que cualquiera se consideraria honrado y feliz de poseerla por esposa. Pero....

— ¿Pero qué?, interrumpió con asombro el Conde, que no alcanzaba á imaginar hubiese obstáculo de ningun género que se opusiese á una pretension matrimonial de su hijo.

— Pero esa jóven no me ama, dijo el capitan con voz trémula de rábia. No me ama, añadió, porque dicen que ama á otro.

— Que no te ama! exclamó el Presidente; que prefiere á otro, cuando tú, tú, la solicitas en matrimonio! ¡Imposible! Dime el nombre de esa doncella; que siendo noble, aun cuando fuese la hija del mas encarnizado de mis enemigos, le pediré su mano para ti y la amaré desde ese instante con todas las fuerzas de mi alma.

— Señor, dijo el capitan, sin atreverse aun á declarar el nombre de la que amaba; no es hija de ninguno de vuestros enemigos; es, por el contrario, la de uno de vuestros mas fieles amigos y consejeros la que me hace sentir este tormento que devora mi existencia.

— La hija de uno de mis mejores amigos!, exclamó el anciano. ¿Es una jóven de la familia de los Justinianos, ó de los Liras, ó de los Coronados, ó de los Tobillas? Explicate, por Dios.

— Ninguna de esas es, contestó Don Fernando; es, padre mio, la hija.... de Jiron Manuel.

Estupefacto quedó el anciano Presidente al escuchar aquel nombre; tan imposible le parecia que fuese aquella jóven en quien se hubiese fijado la inclinacion de su hijo. En sus ideas de lealtad y en la severa rectitud de sus sentimientos, encontraba tan fuera de razon que Don Fer-

nando pusiese los ojos en la prometida esposa de su amigo, como si se hubiese prendado de una muger que estuviese ligada con vinculos indisolubles; tan sagrada era para aquel caballero la idea de la palabra empeñada. Contempló durante un rato al capitan con ojos atónitos, y sin volver en sí de su asombro, le dijo:

— ¡Dña. Margarita Jiron! ¿Dña. Margarita has dicho? ¿He escuchado mal? ¿Ignoras, por ventura, que esa doncella es la novia de tu amigo, de tu hermano de armas; que su union està concertada entre los padres de esa jóven y yo, y que si el matrimonio aun no se ha verificado, es solamente porque se aguarda la formalidad del consentimiento de Don Antonio, que no puede rehusarlo á un enlace á todas luces ventajoso?

— Nada de eso ignoro, señor, contestó Don Fernando con resolucion; y á pesar de todo, y tal vez por eso mismo, se ha enseñoreado de mi alma esta pasion violenta. Don Luis y Dña. Margarita no estan casados todavia; el consentimiento del padre no llega, á pesar de que le habeis escrito repetidas veces, y ya se susurra en la ciudad que Don Antonio tiene otros proyectos respecto á su hijo. Dña. Margarita es muy jóven y la aficion que tiene á su novio le pasará, cuando vea por parte de su padre, la resolucion firme de que sea mi esposa. Jiron nada puede negaros; y asi, una sola palabra vuestra asegurará la ventura de mi vida.

— ¿Y Don Luis?, dijo el Presidente; ¿crees tambien que su amor no sea mas que un capricho pasagero? Te engañas, hijo mio, si asi lo piensas. Ama á esa jóven con toda la energia de su alma; la tiene formal y solemnemente ofrecida por esposa; yo he aprobado y favorecido sus proyectos; ¿y quieres que vaya ahora á decir á Jiron que falte á un compromiso sagrado y que le proponga una villania? No, Fernando; eso seria indigno de un caballero; es imposible.

— Imposible!, replicó el capitan, balbuciente de ira

y de despecho. Imposible decis! Pesa mas en la balanza de vuestro afecto la fantasma del honor que la felicidad de vuestro hijo! Os empeñais en que se ha de llevar á cabo un matrimonio en que no consiente el padre de Don Luis, y rehusais prestar vuestro apoyo al que seguramente no encontraria obstáculos por parte de nadie! Sea. Yo debo deciros que no desisto ni desistiré de mi propósito; que Dña. Margarita ha de ser mia de uno ú otro modo; entendedlo bien, padre mio, de uno ú otro modo, y no me culpeis de las consecuencias que pueda producir vuestra negativa.

Dicho esto, el capitan se salió del aposento, dejando al Conde en la mas viva inquietud. El anciano amaba con ternura á su hijo, único fruto de su matrimonio con una jóven señora á quien el nacimiento de Don Fernando habia costado la vida. Recibió este la educacion que en aquel tiempo se daba á las personas de su clase; y casi niño todavia, fué dedicado al noble y brillante ejercicio de las armas. Permaneciendo poco al lado de su padre, se fué formando en los campamentos ese caracter poco escrupuloso, altanero y violento de que le hemos visto dar muestras desde su llegada repentina á Guatemala, consecuencia de las locuras que lo obligaron á dejar la posicion ventajosa que ocupaba al lado del Virey del Perú. Estimaba este al capitan Peraza, tanto por ser hijo de un amigo suyo, como por su valor, generosidad, genio festivo y otras prendas personales. Muchas veces habia tenido el Principe de Esquilache que ir á la mano á aquel mozo aturdido, que andaba siempre metido hasta los codos en aventuras amorosas, pendencias y desafios, lances que no habian tenido consecuencias graves, hasta que ocurrió el que hemos oido referir con tanta ligereza al mismo capitan y que provocó naturalmente el enojo del Virey. El Conde de la Gomera tenía una verdadera debilidad por aquel jóven, y solamente porque pesaban demasiado en su ánimo la consideracion de la palabra empeñada y el

afecto á Don Luis Melian, que con tanta lealtad y celo lo habia servido durante diez años, pudo rechazar de la manera terminante que hemos visto la injustificable exijencia de Don Fernando.

Pero apenas hubo salido este, cuando se agolparon en el espiritu agitado del desgraciado anciano los pensamientos mas aflictivos. Temia exasperar á su hijo; temblaba á la idea de que se dejase arrastrar por la violencia de la pasion y que la negativa á ayudarlo en sus pretensiones viniese á ser tal vez motivo de grave pesadumbre y de males irreparables.

— Bien visto, se decia á si mismo el Conde, paseandose con precipitacion por el gabinete, Fernando tiene razon. Ese silencio de Don Antonio es inexplicable y hace sospechar si acaso no gusta del matrimonio de su hijo. El no conoce personalmente á Dña. Margarita, y tal vez haya podido imaginar que mis informes favorables proceden de la amistad y afecto que profeso al padre de esta jóven. Quizá sea cierto que haya formado otros proyectos respecto á Don Luis; y de todos modos, parece ya que aun á Dña. Margarita conviene poner término á una situacion que no puede prolongarse mas tiempo sin perjuicio de su fama. Mi hijo es un cumplido caballero; heredero único de mi fortuna; á nadie cede en linage y prendas personales y seria preciso que una muger fuese harto descontentadiza, para que exijiese del hombre á quien entregara su corazon y su mano condiciones mas ventajosas que aquellas que la naturaleza y la suerte han reunido en Fernando.

Con estas y otras semejantes reflexiones procuraba engañarse á si mismo el Conde de la Gomera y cohonestar lo que sus sentimientos de honor y la rectitud de su juicio reprobaban. Sin embargo, no se resolvia á dar un paso que Don Francisco Jiron Manuel y Don Luis Melian habian de considerar, sin duda, como una inconsecuencia ajena de un caballero de su edad, de su posicion y

de su caracter. En aquella cruel perplejidad, y cuando el anciano luchaba con sentimientos tan encontrados, abrió la puerta el page de guardia y anunció al Presidente que el maestro Basilio Molinos estaba ahi, con el objeto de afeitar á Su Señoria.

— No recordaba que Basilio debia venir hoy, dijo el Conde, con aire distraido. Que entre.

Acostumbrado á leer en la fisonomia de su amo, el barbero pudo advertir desde luego que alguna inquietud nueva ajitaba el ánimo del Presidente.

— Señor, dijo, despues de haber hecho sus acostumbradas reverencias; tal vez hice esperar hoy á Vuesa Señoria; pero no ha estado en mi mano el evitarlo. El hombre pone y Dios dispone, decia la abuela de vuestro humilde criado. Desde mi casa hasta aqui, me he visto obligado á detenerme para responder á mas de diez personas que me han preguntado que novedades hay por acá; como si yo supiera algo de las cosas del gobierno. Como nadie ve para callar, dicen que las gentes que tienen el honor de tratar con alguna intimidad á Vuesa Señoria, han advertido que está mas pensativo y taciturno que de costumbre; comienza á susurrarse que el juicio de residencia presenta mal aspecto; cosa que á la verdad no deja de aflijir y desalentar á los numerosos partidarios de Vuesa Señoria. Yo, aunque no sé á punto que hay en esto, he contestado con firmeza que el Sr. Presidente nada teme; que tiene completa seguridad de defenderse perfectamente de cualesquiera cargos, y que si Su Señoria parece disgustado, será por otras causas que no conocemos, porque como solia decir la abuela, solo la cuchara sabe el mal que padece la olla.

— Has dicho bien, Basilio, contestó el Conde; nada temo por mi persona, pues estoy pronto á responder de mis actos. Duéleme la consideracion de los males que ha de sufrir el reino, si como parece ser, se pretende llevar las cosas á una peligrosa extremidad; pero mi conciencia

está tranquila y esto me basta. Cuidados de otra naturaleza, añadió, exhalando un suspiro, son los que me atormentan.

El astuto barbero comprendió que en efecto habia algo que no eran las cosas políticas, que causaba el abatimiento del Conde, y brotó naturalmente en su espiritu la sospecha de que el capitan Peraza, á quien Basilio no habia visto aun desde su expedicion á Sololá, quizá se hubiese decidido á descubrir al anciano su amor á Dña. Margarita y pedidole su intervencion, siguiendo el pérfido consejo que él mismo le diera. Queriendo sondear el ánimo del Conde, dijo Basilio con gravedad:

— Esa es, señor, la suerte de los que gobiernan. Por un motivo ó por otro, los ojos de todos estan fijos en ellos; se escrutan sus acciones mas indiferentes, se estudia su fisonomia y en todo se cree encontrar relacion con lo político. Tal vez tiene el que manda sus cuidados y aflixiones particulares, que al fin es hombre y como tal se halla sugeto á lo que lo estamos los demas; pues nadie piensa que la esposa, que los hijos, que la hacienda, sean el origen de aquellas desazones. Siempre se atribuye á tal ó cual suceso público. Y como respecto á Vuesa Señoria da la casualidad que no tiene mas familia que el valiente capitan, su hijo, que ha llegado hace poco y el Sr. Don Luis, su sobrino, cata ahi que, como no creen que estos dos jóvenes señores puedan causar desazon alguna á Vuesa Señoria, dan en la florecita de que estais atormentado con el tal juicio de residencia, que Dios perdone al que ha venido á meternos en ese enredo. Como si no bastaran las divisiones y discordias promovidas por esos señores oidores, se ha agregado este nuevo apunte del tal señor Visitador. Con razon decia la difunta bien vengas mal si vienes solo.

— Tú has hablado muy cuerdamente, Basilio, dijo el Conde, arrancando otro suspiro de lo mas hondo del pe-

cho; y sin querer ni advertirlo, has puesto como, suele decirse, el dedo en la llaga. Conociendo tu fidelidad á mi persona y tu buen juicio, nada aventuro en descubrirte la causa verdadera de mi actual pena. No ignoras que está concertado el matrimonio de Don Luis mi sobrino y Secretario, y de Dña. Margarita Jiron; teniendo este enlace la aprobacion de los padres de la jóven y el mio. Un exceso de delicadeza nos inspiró á Jiron y á mi la idea de que no se celebrase la boda hasta que se obtuviese el consentimiento de Don Antonio Melian, padre de Don Luis, y al efecto le escribi al Perú y á otras partes, ignorando el punto fijo de su residencia. Por fin se ha sabido, por este señor Visitador, que Don Antonio se halla en México.

— Siendo asi, observó el barbero, parece facil cosa el vencer esa dificultad, volviendo á escribirle.

— Es precisamente lo que he hecho, contestó el Presidente, y hace tres dias que fué despachada la carta.

— Pues entonces, dijo Basilio, todo el toque está en que el Sr. Don Luis y la Sra. Dña. Margarita hagan paciencia por dos meses mas, plazo bien corto, para quien ha tenido que aguardar años; y aunque decia la finada que quien espera desespera, no es poca fortuna el esperar cuando se sabe que al fin ha de llegar lo que se aguarda.

— Es verdad, Basilio; pero es el mal que el diablo que todo lo enreda, ha hecho que mi hijo se aficione á esa jóven de una manera tal, que ha venido á ponerme en un verdadero apuro.

— Señor, dijo el barbero, esa será una de tantas inclinacioncillas pasageras que pasan con la misma facilidad con que se forman. Es imposible que el Sr. capitan haya concebido una verdadera pasion en tan pocos dias como hace se halla Su Merced aqui.

— Tú no conoces á Fernando, Basilio, replicó el Conde, y por eso te expresas de esa suerte. Tiene por Dña. Margarita una verdadera pasion; los obstáculos mismos

son otros tantos estímulos para un jóven de caracter impetuoso, nada habituado á luchar con esa clase de dificultades. Con verdad te digo que temo que si esto no se arregla de uno ú otro modo, Fernando haga alguna gran locura, que tengamos todos que deplorar.

— ¡Ave Maria purísima! dijo el barbero santiguandose. ¿Cree Vuesa Señoria que sea capaz de atentar contra su propia vida? No seria remoto; ahora caigo en la causa del humor sombrio que de pocos dias acá he notado al Sr. capitan; y atando cabos, como decia la abuela, veo que ciertas palabritas que se le han escapado, cuando he ido á afeitarlo, indicaban algunas tentaciones del diablo de muy mala clase. Eso seria terrible! No me toca á mi, señor, daros consejo; pero á trueque de evitar una desgracia tan horrorosa, no hay nada que yo no hiciera.

El desgraciado anciano permaneció un rato pensativo. El dardo estaba bien dirijido y fué á herir la parte mas delicada del corazon del padre.

— No aludia yo á eso, dijo el Conde, con voz trémula, y ni aun se me habia pasado por la imaginacion la posibilidad de semejante desgracia. He temido que Fernando provocase á Don Luis, he recelado que en su locura, quisiese apoderarse violentamente de Dña. Margarita; pues poco antes de que tú entraras, me ha declarado que la poseeria de un modo ó de otro; me ha afligido la idea de que su salud pueda alterarse seriamente; pero jamas imaginé que pudiese haber el mas ligero peligro de lo que tu fidelidad me indica. ¡Oh Dios mio!, añadió el Conde retorciendose las manos con el mas acerbo dolor; antes baje yo al sepulcro, que ver á mi hijo reo de tan enorme crimen, que mataria su pobre alma junto con su cuerpo! Señor, señor, el mas claro de los blasones de mis antepasados es el haber ido á derramar su sangre, peleando para rescatar tu sepulcro santo del poder de los sarracenos. No permitas que uno de los des-

cendientes de aquellos invictos cristianos que llevaron á la Palestina el lábaro triunfante de la cruz, muera como el mas miserable de los infieles, sellando con su sangre su condenacion eterna!

El infeliz anciano lloraba al pronunciar aquellas palabras, y el maestro Basilio enjugó con la manga de su jubon una lágrima que rodó de su único ojo; tan diestro estaba ya aquel hipócrita en el arte de aparentar lo que estaba muy lejos de sentir.

— Se.... se.... señor, dijo sollozando; pe.... perdonad esta debilidad; pero lo que habeis dicho es capaz de enternecer á un marmol. Es necesario evitar á toda costa que vuestro hijo se pierda para siempre; y yo creo haber encontrado un arbitrio de conciliar las dificultades.

Un rayo de alegria brilló en los ojos llorosos del Conde.

— ¿Que has encontrado un arbitrio, dices?, exclamó con júdilo. Explicate, habla; será el mas grande de los servicios que me habrás prestado.

— ¿No me ha dicho Vuesa Señoria que ha escrito repetidas veces al padre de Don Luis y que ultimamente le ha dirijido una carta á Méjico, donde se sabe ya de cierto que se halla Don Antonio?

— Es asi, ¿y bien?, preguntó el Presidente con ansiedad.

— Pues me parece muy sencillo, replicó el barbero, dar conocimiento á Don Fernando de ese paso y empeñarle vuestra palabra de que si, á vuelta de dos meses, Don Antonio contesta poniendo algunas dificultades al proyectado enlace, ó no responde á vuestra carta, pedireis formalmente á Dña. Margarita para él. Esto lo calmará sin duda, y alimentando esa esperanza, abandonará todo proyecto de atentar contra su vida.

El Conde reflexionó por un breve rato, y moviendo la cabeza con aire de duda, dijo:

— Pero ¿no seria mas natural que si sucede cualquiera de las dos cosas que indicas, se prescindiese del consentimiento de Don Antonio, del cual Don Luis no necesita, segun la ley, y se verificase la union?

— Lo seria en cualquier otra circunstancia, contestó el barbero; y á no estar de por medio la existencia de Don Fernando; pero no olvideis, señor, que en esta partida se juega la vida temporal y la vida eterna de vuestro hijo. Mucho debeis á Don Luis; pero bastante habeis hecho ya por él. Si su padre niega su consentimiento á ese matrimonio, de una manera expresa ó tácita, ¿estareis obligado á sacrificar un objeto tan caro, á una palabra dada?

La alternativa era cruel. El astuto barbero habia logrado con sus sofismas poner al Presidente en un terrible dilema. Guardó silencio durante un rato; y al fin la voz de la naturaleza se hizo oir mas alto que la de la razon. El Conde contestó inclinando la cabeza, y en voz baja, como abrumado por la vergüenza y cual si él mismo no quisiese escuchar lo que iba á decir:

— Has vencido mis escrupulos, Basilio. No sè si el paso que voy á dar, es ó no conforme á lo que debe hacer un caballero; pero sé que es lo que haria cualquier padre que tenga corazon y que ame á su hijo como yo amo al mio. Voy á decir ahora mismo á Fernando que si dentro de dos meses no contesta Don Antonio de Melian, ó rehusa su consentimiento al matrimonio, pediré para él la mano de Dña. Margarita.

El barbero tuvo algun trabajo para haber de disimular la alegria que le causaron aquellas palabras. El Presidente tocó la campanilla, y habiendo acudido el page, le previno llamase á Don Fernando. El maestro Basilio comprendió que debia retirarse, y haciendo una profunda reverencia al Conde, se salió del gabinete.

A poco de haber salido, encontrose con el capitan,

que apenas lo hubo visto, se le dirijió y le dijo:

— ¿Donde diablos estas, viejo condenado, que te he buscado ayer todo el dia inutilmente? Ya creia yo que Satanas hubiese cargado contigo en cuerpo y alma; pero veo que eres tan mala prenda, que el demonio mismo no la querria ni de balde.

— ¿Donde he estado decis, señor capitan?, respondió el barbero sonriendose. Trabajando por vuestros intereses. Ayer en Sololá, ocupado en buscar cierta carta dirijida á un Don Antonio Melian, que yo habia ofrecido atrapar á cualquiera costa. Hoy persuadiendo al Sr. Conde de la Gomera de que debe pedir para su hijo la mano de Dña Margarita Jiron. He ahi, señor capitan, en lo que he empleado mi tiempo.

— ¿Y el resultado? preguntó Don Fernando con inquietud.

— Es, dijo Basilio, que la carta ha sido sustraida de la balija misma en que estaba encerrada, y que vuestro padre os llama ahora mismo para manifestaros que si dentro de dos meses no recibe respuesta á esa carta, os presentará á Jiron Manuel como novio de su hija.

El capitan Peraza estuvo á punto de abrazar al artificioso barbero, tal fué el júbilo que le causaron aquellas noticias.

— Gracias, mil gracias, Basilio amigo, exclamó con efusion. Eres mi.... ¿como te llamaré?

— Es muy sencillo decir lo que yo soy, contestó el barbero con su sonrisa irónica; una prenda tan mala, que el mismo diablo no la querria ni de balde. Eh, eh, eh, eh!

Y diciendo esto, se marchó sin aguardar respuesta. El capitan, algo corrido, entró en el gabinete, donde lo aguardaba su padre y el viejecillo se dirijió á la puerta que daba á la calle. De repente se detuvo y se puso á contemplar con atencion algun objeto que habia en el ángulo entrante que formaban las dos paredes del corre-

dor. Viendo al barbero tan ocupado en su contemplacion, acercosele el oficial que mandaba la guardia y le preguntó que era lo que examinaba con tanta atencion.

— Una cosa muy insignificante, dijo Basilio, y señaló una tela de araña, tejida con la habilidad artística con que esos bichos pacientes y laboriosos urden sus complicadas redes. Dos moscas de alas de verde y oro estaban presas en los intrincados hilos de la tela, y la araña avanzaba lentamente para devorarlas.

— ¿Y que veis en eso de extraño?, preguntó el oficial, que no alcanzaba lo que pudiera llamar la atencion al barbero en una cosa tan trivial.

— Yo, nada, contestó Basilio. Esas moscas brillantes volaban hace un momento, desplegando al sol los bellos colores de sus alas. Entre tanto ese feo vicho que ahi veis, labraba en su obscuro rincon esa tela, con el humor que extrae de sus propias entrañas. Ahora, ved á las moscas cogidas en la red y á discrecion de su enemigo! Eh, eh, eh, eh! ¿Cual de esos animaluchos vale mas? He aqui la pregunta que yo me dirijia á mi mismo, señor oficial, cuando habeis venido á averiguar lo que me tenia hecho un tonto delante de esa pared. ¿Que quereis? soy viejo y los viejos somos como los niños, nos divertimos con fruslerias. Eh, eh, eh, eh!; y repitió su risa diabólica, marchandose en seguida, dejando al pobre alferez de arcabuceros admirado de las bagatelas con que se entretenia el candoroso barbero del Presidente.

CAPITULO XVI.

Castillos en el aire.

Cuando Genoveva Molinos adquirió la certidumbre de que el Visitador era el desconocido que la salvara del peligro que corrió en la tarde de la jura, sintió su corazon martirizado por el mas acerbo sufrimiento. Media la distancia que la suerte habia puesto entre ella y el hombre á quien consagrara su amor y se veia separada de él como por un abismo. Pero ¡ay! esos obstáculos mismos, en vez de ser parte á que la desgraciada jóven tomara la resolucion de olvidar á Don Juan, hacian que lo amara con mayor vehemencia.

Genoveva oia los juicios mas contradictorios respecto á aquel hombre. Su padre y su tio hablaban de él, en sus conversaciones íntimas, como de un ser providencial, cuya mision era la de reparar las injusticias, favorecer á los desvalidos y poner coto al orgullo de los poderosos. En la familia de Jiron Manuel pintábase al Visitador como un intrigante, frio, cruel é implacable, que iba derecho

á su objeto, hollando cuanto pudiera embarazar la senda por donde lo llevaba su ambicion desmesurada. Genoveva respetaba las opiniones de la familia á quien debia tan singular afecto, y de la que casi formaba parte; y sin discutir los motivos que tuviesen sus generosos protectores para manifestarse hostiles al Visitador, veia en él unicamente á su salvador, y lo amaba, como ya hemos dicho, con toda la vehemencia de que era capaz su alma apasionada y tierna.

Don Juan de Ibarra habia fijado su atencion en aquella jóven, á quien viera algunas veces despues que, con peligro de su propia vida, la salvó de que la matase el caballo del Alferez. Harto perspicaz para que pudiese pasarsele desapercibida la impresion que causara á Genoveva desde la tarde de la jura, pudo entrever lo que pasaba en aquel corazon despedazado.

Genoveva habia logrado ocultar aquel amor insensato á sus padres y hermanos y á la familia de sus protectores; pero no faltó quien adivinase su secreto. El maestro Basilio advirtió el desagrado que causara á su sobrina lo que él refirió acerca de la intencion de hacerse religioso que tenia Don Juan, y no se le escapó tampoco la impresion extraordinaria que experimentó al reconocer en el Visitador á su protector desconocido. Con aquellos datos bastaba y sobraba para que el astuto barbero comprendiese perfectamente lo que su sobrina tenia el mayor empeño en ocultar.

Luego que el maestro Basilio se hubo persuadido de que sus sospechas eran fundadas, se recogió para entrar en cuentas consigo mismo y hacer lo que él llamaba exámen de conciencia. Esto no era otra cosa que descender al abismo profundo de su propia alma y pesar cuidadosamente los motivos de interes que debian inducirlo á seguir tal ó cual linea de conducta.

A pesar de su refinado egoismo y de su vanidad, que rayaba en insensata, el maestro Basilio tenia un verdade-

ro afecto á su hermano el herrero y á la familia de este. Aquel cariño, el único que se le conocia, era, decia él, su lado flaco; porque ¿quien es, añadia suspirando, el hombre tan *perfecto* que no tenga alguno? El odio que el barbero habia concebido por el Presidente, á quien tanto debia, no reconocia otro origen que la negativa de la encomienda que Andres solicitaba con tanto empeño; y la mayor parte de las intrigas peligrosas en que andaba enredado aquel astuto artesano, estaban intimamente relacionadas con esa malhadada pretension.

Asi, cuando Basilio Molinos llegó á persuadirse de que su sobrina, (él ignoraba como todos el secreto del nacimiento de Genoveva,) amaba al Visitador, se puso á pensar muy detenidamente lo que le correspondia hacer.

—No hay duda, decia, esta muchacha està tan enamorada de ese señor como el tonto del capitan de la rapaza de Jiron Manuel. El asunto es peligrosillo, porque, á la verdad, la distancia entre un oidor de México, que al fin y al postre ha de venir á parar en Presidente y Capitan general de Guatemala, y la hija de un herrero, es considerable. Pero como solia decir mi abuela, abajanse los adarves y alzanse los muladares; y ¿quien dice que bien manejado este negocio, no pudiera venir á parar en un matrimonio hecho y derecho como lo manda la santa madre iglesia? Cosas que parecian mas dificultosas se han realizado, y no seria el primer noble que se casase con una plebeya. Hasta principes y reyes han tomado por esposas personas de baja condicion, segun he oido decir al Padre Fr. Bonifacio. De las seis mugeres con quienes se casó aquel gran herejon Enrique VIII, dice el Padre que tres ó cuatro no eran princesas; y estos no son cuentos del rey Perico, sino cosas positivas que han pasado, por decirlo asi, ayer. Pues si un rey, aunque impio, hizo semejante cosa, ¿por qué no ha de casarse un caballero, que despues de todo no es un príncipe, con la hija de un herrero? Oh! y el golpe sèria fa-

moso, añadió el ambicioso viejo entusiasmandose; ¡ver á la hija de Andres Molinos convertida en Visitadora de la noche á la mañana! ¡Que gloria para mi familia y que golpe á los señorones que nos han visto de menos! Eh, eh, eh! Ello la muchacha es verdad que merece un trono; porque moza mas gallarda y mas discreta, no la hay en cien leguas á la redonda. Y, ó yo sé muy poco de estas cosas, ó el Visitador no la ve con malos ojos. Por algo se expuso á que lo aplastara el caballo del Alferez; y el empeño con que me ha preguntado despues dos ó tres veces por Genoveva, es indicio seguro de que le hace cosquillas en el corazon. Pecho al agua, pues, Basilio, y vamos trabajando para que el pez acabe de tragar el anzuelo; que si esto se logra, ya no habrá mas que pedir.

Hecha asi su composicion de lugar, como él decia, se encaminó á casa de su hermano, con el objeto de darle cuenta de su descubrimiento y de las grandes ventajas que se proponia sacar de él, en honra y prez de la familia. Se le dijo al entrar que Andres estaba encerrado con Fr. Pablo y que habia dado órden para que nadie los interrumpiese. Pero como tal prevencion no podia entenderse que comprendiera al maestro Basilio, este entró sin decir palabra y se dirijió á la sala donde estaban sus hermanos, reflexionando sobre si se explicaria ó no delante del lego. Conocia á este perfectamente; sabia que, á pesar de sus pocos alcances, le alhagaba la idea de que su familia se engrandeciese, como que siempre habia apoyado las pretensiones de Andres en lo de la encomienda. Consideró que no faltaria ocasion en que el lego pudiera ayudar en algo á la consecusion de su objeto, y como por otra parte le constaba que era reservado cuando convenia serlo, Basilio, que era hombre de resoluciones prontas, se determinó á poner á Fr. Pablo en la confidencia.

Cuando entró el barbero, sus dos hermanos estaban inclinados sobre una mesa, cubierta con grandes volcanes

de granos de maiz. El herrero parecia muy empeñado en alguna operacion que Basilio no pudo comprender de pronto y que el lego seguia con la mayor atencion. Andres levantó la cabeza cuando oyó que entraba alguno, y viendo que era su hermano, siguió diciendo:

— Tenemos un mil y quinientos sesenta en cada dia. Vamos á ver ahora cuanto es lo que debes; y continuó contando granos de maiz.

Admirado el barbero, dijo á Fr. Pablo:

— ¿Que diablos de cuenta es esa, Pablo? ¿Te has robado los huevos de la despensa del convento y estas averiguando á cuanto monta lo que has de restituir?

— Calla por Dios, contestó el lego afligido, que no son huevos, sino Padrenuestros y Avemarias los que debo; que ya no sé que camino tomar. Se me ha enredado esta maldita cuenta, y por mas que hago, ni atras ni adelante; se me calienta la cabeza y no sé á punto ni cuantos he rezado ni los que estoy debiendo.

— Acabaramos ya, contestó Basilio, riendose; ¿todavia estamos en eso?

— ¿Pues no hemos de estar?, dijo el lego. ¿Te parece que es chanza una penitencia como esta?

— ¿Y todo ese volcan, replicó el barbero, señalando uno de los montones de maiz, es lo que estas debiendo?

— Mas, mucho mas, contestó el desventurado Fr. Pablo, sollozando. Ahi está lo que he rezado, y aqui todo lo que me falta hasta ahora. No sé que hacer.

— Pero hombre de Barrabás, exclamó Basilio, no puede ser que se haya recargado tanto la deuda. Veamos.

— La cuenta que yo saco, dijo el herrero, es muy clara. Dice Pablo que en un minuto reza dos Padrenuestros y dos Avemarias, pues se le ha mandado que lo haga despacio y pronunciando las palabras enteras y con toda claridad. Pongo, pues, dos maices por minuto. Como la hora tiene sesenta minutos, pongo dos veces sesenta, que son ciento veinte maices por hora. El dia tiene doce

horas y la noche otras doce, que son veinticuatro. Pongo otros tantos maices. Pero como Pablo duerme siete horas, las rebajo; media hora para almorzar, media para comer y otra media para cenar, es hora y media; y dos horas y media que dice perderá en responder à lo que le preguntan y otras distracciones indispensables, son cuatro horas, que quitadas tambien de las veinticuatro, quedan solo.... á ver. Uno, dos, tres, cuatro, cinco.... y contó hasta trece, número de granos que le quedaban, substraidos los once de las horas perdidas. En trece horas, añadió, no puede rezar Pablo, por mas que haga, mas que mil y quinientos sesenta, y esa era la cuenta que acababa yo de hacer cuando entrastes, Basilio. Y como los Padrenuestros y Avemarias que deje de rezar cada dia, se agregan á la cuenta del siguiente, es menester averiguar cuanto es, á razon de once mil diarios, lo que deberá desde el 8 de diciembre, que comenzó á correr la penitencia, hasta hoy, que estamos á 28 de febrero. Has llegado, Basilio, muy á tiempo para ayudarnos. Coje tu volcan de maiz y vamos contando. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis....

—¿Y no seria mejor y mas expedito, interrumpió el barbero, suplicar al Provincial que te perdone ó conmute esa endiablada penitencia, que no podrás cumplir, aun cuando vivas mas años que Matusalen?

—¡Perdonar, dices! conmutar!, contestó el lego; imposible! El Padre Provincial no perdona jamas, y cuando se le pide que revoque una sentencia de esas, dice como Caifas, ó Herodes, ó no sé quien fué: *Cod escris, escris.* Y ver, añadió el infeliz, llorando á lágrima viva, ver por lo que me ha caido esta pena; que si yo tal sé que sin necesidad de nada habia de venir á saber quien era el huésped, seguro está que maldito el caso que hubiera hecho de la tal carta.

—Aqui viene como de molde, observó el barbero, lo que solia decir la abuela: de nuevas no os curedes, que

hacerse han viejas y saberlas hedes. ¿Conque salimos con que el huésped anda metido en lo de la penitencia? Eh, eh, eh!, y se riò, sin hacer caso del llanto del lego.

— Pues no ha de andar, pecador de mi!, contestó Fr. Pablo, si el haber querido ver una carta que el tal Don Juan le trajo al Padre, fué la causa de los once mil; y el andar de noche cerca de la celda que ocupaba, me proporcionó tantos dias de cárcel!

— Tá, tá, dijo el barbero, ¿conque asi anda el cuento? Pues entonces, en ti, Pablo, se ha verificado al pié de la letra lo que tambien acostumbraba decir la abuela, que quien acecha por agujero, ve su duelo. Pero no te aflijas, que Dios traza caminos rectos por lineas torcidas, y tal vez el que ha sido causa de tu desdicha, va à serlo de tu fortuna y la de toda tu casta.

— ¿Como asi?, explicate, por Dios, dijo Fr. Pablo.

— Tengo aqui, respondió el barbero, bajando la voz y poniendose el dedo en la frente; tengo aqui un proyecto, que si se realiza, no solo te se perdonará la penitencia, sino que podrá llevarte á ser Provincial; ¿que digo?, hasta una mitra puede caerte del cielo, como llovida y sin saber á que horas. Y tú, Andres, no tendrás ya que pedir á nadie encomiendas, que todo estará en tus manos; vendras á ser Don Andres de Molinos, hecho y derecho, Capitan, Alcalde mayor, Corregidor, Adelantado; ¿que sé yo?; lo que te dé tu regalada gana.

El herrero y el lego abrian la boca desmesuradamente oyendo lo que decia Basilio con tanta seriedad, y llegaron á temer se hubiese vuelto loco.

— Yo Provincial! yo Obispo! Andres Corregidor! Andres Adelantado!, exclamaba Fr. Pablo; si tal cosa llegara á suceder, seria señal del juicio y pronto se nos acabaria el gozo. Pero aunque solo sea un dia, una hora que presida yo el coro, y despues que se venga el mundo abajo, si le da la gana. Por ver á Andres con vara de justicia, rodeado de centenares de indios que vengan

á presentarle, hincados de rodillas, los *cacaxtes* de gallinas, los canastos de huevos, las partidas de cerdos y los montones de dinero, daria yo por bien empleados los dias de prision y los Padrenuestros, y mucho mas que fuera. Pero una pequeña dificultad me asalta, añadió el lego, afligido, respecto á mi provincialato y á mi obispado, y es que todo el latin que yo sé es el de ayudar á misa, y tengo el casco muy duro para que pueda entrarme el arte. ¿Que hacemos en esto, Basilio?

— Con el de ayudar á misa, contestó el barbero, te basta y sobra, si sabes aplicarlo á tiempo. Padres maestros y lectores he conocido yo que no sabian mucho mas que tú, y hacian creer que eran mejores latinos que Ciceron, escupiendo textos delante de los que no los entendian, que daba gusto oirlos. La mitad del año, decia la abuela, con arte y engaño; con engaño y arte la otra media parte.

— Pero, al fin, dijo el herrero, veamos como ha de ser eso del obispado de Pablo y de mi corregimiento, que por mas que me devano los sesos, no hallo por donde han de venirnos tales honras. Explicate, Basilio, y sácame de dudas.

— El cómo y el por donde han de veniros esas dichas, respondió el barbero con misterio, es un secreto de Estado, que voy á fiar á vuestra prudencia y discrecion, dándoos en esto una nueva prueba del grande amor que os tengo. Estadme atentos.

El herrero y el lego estaban pendientes de las palabras de su hermano, conteniendo hasta el aliento, para no interrumpir su relacion.

— Habeis de saber, hermanos, continuó el barbero, que asi como se cuentan muchas historias estupendas de calamidades y desdichas que han llovido sobre las familias y sobre los pueblos, y de las cuales han sido causa y origen las mugeres, ha habido de tiempo en tiempo algunas de estas, aunque raras, que han sido la alegria de los

suyos y las salvadoras de su gente. Tú, Andres, tienes aqui en tu casa, bajo tu propio techo, un riquisimo tesoro, del cual quizá no haces todo el aprecio que debieras, y que ahora tengo para mi va á ser el fundamento de la verdadera grandeza de la familia.

— ¿Que tesoro?, interrumpió el herrero, alarmado, temiendo que aludiera Basilio al del cofrecillo de la madre de Francisco; yo no tengo mas, (y harto lo sabes tú) que mis ahorros de cuarenta años de trabajo.

— No hablo de eso, continuó el barbero, sino de tu hija Genoveva; tesoro de mas valor y precio que la plata y el oro y los diamantes. Por ella te va á venir la dicha; pues sabe, si es que no lo has advertido, que esa jóven ha encendido en amor el corazon de un señor muy poderoso; tan poderoso. que puede obtener para ti y para Pablo los honores que he dicho y otros mas, si los hubiera.

— No acierto, dijo el herrero; pero.... ¿será posible? ¿Quieres decir que el Visitador ama á Genoveva? ¿Como? Eso no puede ser; y si es asi, no será seguramente el proporcionar honra á mi familia, sino todo lo contrario lo que buscará ese caballero. ¡Y por vida de lo mas sagrado, que antes pasará sobre mi cadaver que ver yo deshonrada á Genoveva, la hija de mi alma! A ese precio, no quiero ser nada. ¿Lo entiendes?

El herrero lanzaba fuego por los ojos, y el barbero, sin alterarse, le contestó con la mayor calma:

— Bien decia la abuela, que ira de hermanos, ira de diablos. Mira como te ha dado el berrinche contra mi por lo que yo no te he dicho ni imaginado siquiera. ¡Que deshonra ni que calabaza! ¿quien habla aqui de deshonrar á tu hija? Responde, viejo testarudo; ¿quieres que Genoveva pase de hija de un herrero á esposa legitima de un Visitador, que está á dos dedos de ser Presidente y Capitan General de un reino? ¿sí ó no?

— ¡Esposa del Visitador! exclamaron á un tiempo el

herrero y el lego. Imposible!

— No hay imposible cuando se saben manejar las cosas, contestó Basilio con énfasis. Amor ni cata linage, ni fé, ni pleito homenage, decia la abuela. Que Don Juan se ha aficionado á tu hija, lo ven hasta los ciegos; y si no, ¿crees tú que se habria arrojado por antojo á sacarla de entre los pies del caballo del Alferez, exponiendo él mismo su vida? A otro perro con ese hueso. Ahora todo el toque del negocio está en que Su Señoria, enamorado hasta los tuétanos, no tenga mas arbitrio para poseer á la muchacha, que aflojar los cinco. Eso corre de mi cuenta; dejadme manejar las cuerdas y no me llamo Basilio, si no nos salimos con la nuestra.

— Pero ¿has pensado bien, Basilio, preguntó Andres, en que semejante alianza seria considerada como un escándalo? Aunque no me esté bien á mi el decirlo, Genoveva es una perla preciosisima, y muchas de las hijas de las mas encopetadas señoronas no le llegan al talon. Pero ¿que quieres? Es hija de un artesano; y....

— ¿Y que importa?, interrumpió el barbero. Linages muy ilustres no han tenido tal vez mejores principios; el nuestro empezará en nosotros y de aqui á algunos años, cuando nos vean ricos y poderosos, ¿quien se acordará de lo que fuimos? Dejemos padres y abuelos, solia decir la finada, y por nosotros seamos buenos. No será el primer matrimonio desigual, y una vez hecho, no tendrán mas que conformarse y tragar la pildora. Tu hija será Dña. Genoveva, la Visitadora, la Presidenta, ó la Vireina tal vez; tú Don Andres, el Adelantado, y Pablo el Provincial ó el Obispo; y reviente quien reventare.

— ¿Y tú, dijo el lego que serás?

— Yo, contestó Basilió, seré.... nada; lo mismo que soy ahora; el maestro Basilio Molinos, barbero y peluquero, sangrador y saca-muelas. Gracias á Dios no tengo pizca de ambicion, y si empleo mi corto ingenio en dis-

currir cosas grandes, no es por mi persona, sino por mis deudos. Contando, añadió para sí, con que tendré á mis órdenes á la Visitadora, al Adelantado y al Obispo.

Andres y Pablo derramaban lágrimas de alegria, y veian ya como realizados los planes del barbero. El uno y el otro le manifestaron su gratitud en los términos mas expresivos, y el sensible y tierno Basilio se estregaba el ojo, como para secar una lágrima, que le arrancaba sin duda la emocion. Despues de un rato en que no se oyeron mas que sollozos, dijo Basilio:

—No somos niños; tengamos valor para las prosperidades como para la adversa fortuna, y vamos trabajando, cada uno en lo que nos toque, hasta ver realizados nuestros proyectos. Yo me entenderé con Genoveva y con el Visitador; tú, Andres, informa con cautela y bajo toda reserva á tu muger del plan que traemos entre manos, á fin de que nos ayude en lo que se nos ofrezca; y en cuanto á Pablo, no faltará en que pueda cooperar mas adelante, y por ahora que se limite á pedir á Dios en sus oraciones que encamine las cosas á buen término.

—¿Que tengo de pedir, pesia á mi, contestó el lego, si me veo y me deseo para cumplir la penitencia de los once mil? ¿Que tiempo me queda ni para rascarme la cabeza, cuando lo tengo tasadisimo para comer y lo demas lo empleo en el rezo?

—Es verdad, dijo el barbero riendose; no me acordaba ya de que por ahora no hay que contar contigo para nada. Te prometo, Pablo, que uno de los primeros favores que ha de dispensar la Visitadora, será el hablar al Provincial para que te dé por libre y quito de los Padrenuestros atrasados y te conmute la pena con un golpe de pecho ú otra cosa semejante.

—Si para allá me las guardas, replicó el lego, antes me consumiré rezando. Mira ese volcan de maiz, que creo bien podran ser dos hanegas, y hazte cargo de lo que ya debo.

— Podemos, dijo el herrero, concluir la cuenta. Desde el 8 de Diciembre hasta hoy 28 de Febrero, han corrido.... á ver; (y despues de haber contado muy despacio, añadió:) ochenta y dos dias. A razon de once mil Padrenuestros con sus correspondientes Avemarias diarias, hacen.... (y fué echando granos y granos de maiz hasta formar un enorme monton.) Son, dijo, nuevecientos y dos mil.

— Virgen de los desamparados! exclamó el lego, ¿cuando voy á rezar yo tantos miles?

— Aguarda; replicó el herrero, que hay que rebajar los que has rezado. Dices que son un mil y quinientos sesenta diarios; y como son ochenta y dos dias, vamos á ver de cuanto te has descargado.

Dicho esto, emprendió la tarea de quitar del monton ciento veintiseis mil novecientos veinte maices, que era el número de Padrenuestros y Avemarias rezados; y visto lo que quedaba, dijo:

— Tu deuda asciende, pues, hasta hoy, á setecientos setenta y cinco mil y ochenta.

Fatigadisimo quedó el pobre contador, despues de aquella endiablada operacion, que le habia ocupado lo menos tres horas. Pero el cansancio fisico del herrero era nada, comparado con el abatimiento moral que causó al desventurado Fr. Pablo el resultado de la cuenta.

— ¡Mas de setecientos mil! decia todo atribulado; ¡desgraciado de mi, que tendré que rezar hasta la consumacion de los siglos! Esto es matarme; mas caritativo seria el condenarme á la horca, ó aun cuando fuese á ser quemado á fuego lento. Si al menos el Padre Provincial quisiese consentir en que se repartiera la penitencia por mitad entre tú y yo, Basilio, creo que no serias tan caribe que me dejaras en el arranque.

— Esa es otra, replicó el barbero; para penitencias estoy yo, que no me veo de polvo con todo lo que tengo

entre manos. Mira, Pablo, sigue mi consejo y no seas majadero; reza lo que buenamente puedas, y lo que no, dejalo estar, que á bien que al fin y al fallo tu sobrina te ha de sacar el pié del lodo, cuando se haya casado con el Visitador. Que te ha de venir la mitra, puedes contarlo por seguro, pues otras cosas tienen duda, pero no ésta. Conque asi, hijo mio, echa pelillos á la mar, como decia la abuelita, y ve ensayandote con tiempo para que cuando llegue el caso, digan todos que te viene como de molde la dignidad episcopal.

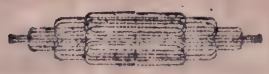
— Si haré, contestó Fray Pablo, mas consolado ya con las seguridades que le daba el barbero, y ya verás si lleno el puesto como el mas pintado.

Asi concluyó la conferencia de los tres hermanos, quedando el lego y el herrero casi locos rematados, tan seguros estaban el uno de que vendria á ser Obispo y el otro Adelantado, ó Corregidor cuando menos. Fr. Pablo se marchó al Convento, donde se pudo advertir desde luego la importancia y el tono que se daba, aunque nadie sabia á que atribuir tan súbita mudanza. Por las noches, cuando ya estaba recogido el Provincial, levantabase el lego sin hacer ruido y se entretenia en fabricar una mitra con unos pedazos de carton que pudo procurarse, y que forró con oropel y esmaltes.

Una noche de tantas, el superior, que no podia conciliar el sueño, pensando en la grave enfermedad del Sr. Obispo de Chiapa, tuvo la idea de salir á pasearse por el corredorcillo que separaba su celda de la de su lego, para tomar un poco el fresco. Llamóle la atencion el ver luz en la habitacion de Fray Pablo, por las rendijas de la puerta. Acercóse de puntillas y aplicando el ojo á la cerradura, se quedó pasmado al ver dibujarse en la pared los perfiles de una mitra. No divisaba al lego, porque no quedaba en la direccion del ojo del Provincial; y asi, no hallaba á que atribuir tan extraña vision. Al pronto ima-

jinó el bueno del religioso que aquella mitra que le parecia ver no era sino una creacion de su propia fantasia, que le representaba el objeto que de preferencia la ocupaba; pero observando mejor, vió moverse la sombra negra, y no le cupo ya la menor duda de que no era una ilusion de sus sentidos, sino el trasunto fiel de una mitra lo que veia. A poco vió una mano que tomó la insignia episcopal y la levantó en alto, dejando descubierta la cabeza monda y lironda de Fr. Pablo. El Provincial estuvo á punto de dejar escapar un grito de indignacion y de cólera y pensó en echar abajo la puerta de un puntapié; pero un sentimiento de verdadera y sana filosofia, que brotó repentinamente en su espiritu, dominó aquel impulso. Observó en la pared las líneas de la cabeza del lego que parecian revelar la estupidez y la vulgaridad que se aposentaban debajo de aquel cráneo, y exclamó sonriendose:

—*¡Tú quoque!* ¡Válame Dios! Bien dicen que á nadie le pesa haber nacido! En seguida el superior se encerró en su celda y jamas dijo á Fr. Pablo haber visto el extraño entretenimiento á que se entregaba en las altas horas de la noche. Continuó, pues, el infatuado lego contemplando su cabeza con aquel aditamento, y gozando con la ilusion de que era realidad aquella dicha, que, como otras muchas de la vida, no pasaba de una pura sombra.



CAPITULO XVII.

Velorio, Cencerrada y Serenata.

UANDO el capitan Peraza hubo obtenido del Conde la formal promesa de que apoyaria sus pretensiones á la mano de Dña. Margarita Jiron, si el padre de Don Luis no contestaba á la última carta que se le habia dirijido, ó respondia á ella negativamente, recobró su buen humor y su alegria, estando seguro de que no llegaria tal respuesta. Siguiendo las pérfidas indicaciones del barbero, Don Fernando se mostró cada dia mas asíduo en casa de Jiron, cuidando siempre de que Don Luis no advirtiese la traicion que le hacia. Los rendidos obsequios de aquel mozo atolondrado no fueron parte á vencer la repugnancia que Dña. Margarita sentia por él; y sus continuas importunidades estrechaban mas y mas los lazos que la unian á Don Luis. La consideracion al Presidente y el temor de que se produjese un desagrado serio y de funestas consecuencias entre los dos amigos, hicieron que la jóven continuase guardando absoluta reserva respecto á la conducta de Peraza, quien volvió á

parecer estrechar su intimidad con Melian. La pasion ó el capricho que habia concebido el capitan acallaba sus escrúpulos y ofuscando su razon, no le permitia ver todo lo que habia de impropio y de irregular en su conducta. Descansando en la confianza de que Jiron no se negaria á la mas ligera indicacion de su padre y de que la jóven no se atreveria á resistir á la voluntad de éste, contaba ya con la seguridad de que se efectuaria aquella boda, en todos conceptos ventajosa. Don Fernando dió pues, de nuevo rienda suelta á sus inclinaciones; se hizo el gefe de una pandilla de jóvenes alegres y pasaba sus noches y aun una buena parte de sus dias en sociedad con mozas de conducta libre, haciendo su principal entretenimiento del galanteo, el juego y los licores. Harto ocupado con los asuntos políticos, que presentaban cada dia peor aspecto, el Conde no cuidaba de la conducta del capitan; y en su retiro, ignoraba el peligroso empleo que Don Fernando hacia de su tiempo en la ciudad. El ojo atento del Visitador seguia los movimientos de aquel jóven, y sin darse por entendido de lo que ocurria, tomaba nota escrupulosamente de los escándalos en que andaba mezclado el nombre del hijo del Presidente. El barbero, instigador constante de aquellos desmanes, daba cuenta exacta de ellos al Juez de residencia.

Un dia, á las nueve de la mañana, el maestro Basilio afeitaba al capitan, que estaba de mejor humor que de costumbre, porque conversando con el Conde la noche anterior, le habia este reiterado la oferta de arreglar su matrimonio, transcurrido el plazo de los dos meses para esperar la carta del padre de Don Luis. El barbero se disculpaba por haber llegado una hora despues de lo acostumbrado y decia:

—No ha estado en mi mano, señor caballero, el ser hoy mas puntual. Pero, ¿como ha de ser?; es necesario que uno haga aqui de todo; cantar la misa y andar la

procesion, como decia la abuela. Los pobres no tienen para pagar cirujanos y yo debo hacer el oficio de estos en los barrios.

—¿Y qué?, contestó Don Fernando, ¿has tenido que amputar alguna pierna, ó has servido de comadron á alguna de tus vecinas? ¿En que clase de operacion te has entretenido tanto tiempo?

—No ha sido ninguna de esas que decis; se trataba de ver si se hacia volver á la vida á una muchacha de quince años, hija de una pobre y muy honrada viuda de mi barrio, que murió hace dos horas de un terrible ataque á la garganta. Me llamaron muy tarde, pues aunque todavia respiraba, con unas cuatro sangrias que le apliqué, solo se logró que la pobrecita muriese tranquila. Eh, eh, eh!, señor caballero; ¿que fuera de los miserables si no hubiera cristianos como yo, que curan solo por caridad y recibiendo lo que buenamente les dan?

—Moririan sin sangrias, contestó el capitan, y tal vez no tan pronto como en tus manos.

—Por muchos que yo despache, señor caballero, replicó Basilio riendose otra vez, siempre me llevarán ventaja los doctores. Pero, por lo que hace á mi enfermita de hoy, no me remuerde la conciencia; que como decia la abuela, en mal de muerte no hay médico que acierte. La difunta está ya juzgada de Dios y la familia queda disponiendo el *velorio*.

—Y qué es el *velorio?*, preguntó el capitan.

—¿No sabeis lo que es un velorio? Es una reunion en que se bebe, se canta y se baila, velando á algun difunto. Digoos, señor caballero, que pocas fiestas hay tan alegres y divertidas como esas.

—¡Vive Dios, que en todas las tierras que he corrido no he visto una costumbre semejante, y que me gustaria ver un velorio!

—Es lo mas fácil, y si Vuesa Merced gusta, yo

vendré á buscarlo como á las ocho, pues ya á esa hora estará el gaudeamus en su punto. La viuda está muy relacionada y no faltarán todas las mozas bonitas del barrio.

— Te aguardo, contestó el capitan; avisaré á cinco ó seis de mis amigos y pasaremos la noche alegremente.

Despidiose el maestro Basilio y se fué en derechura á casa de la viuda, á dar aviso del honor inesperado que se preparaba á la familia y á hacer que se dispusiese lo conveniente para obsequiar á los jóvenes caballeros que asistirian al velorio. La pobre muger salió á empeñar las últimas prendas que poseia, á fin de costear música y licores y pasó en seguida á convidar á la flor y nata de las bellezas del barrio. Don Fernando por su parte dió cita á seis ú ocho de los mas calaveras de sus camaradas, que se prestaron de muy buena gana á participar de la fiesta.

Llegada la noche y la hora señalada, se presentó Basilio en casa de la viuda con la pandilla que capitaneaba el aturdido capitan. El cadáver de la pobre jóven, á quien las sangrias del barbero-cirujano habian allanado el camino de la eternidad, estaba tendido en medio de la salita, que iluminaban cuatro velas de cera amarillenta. En un rincon, cuatro músicos templaban los instrumentos; en una de las cabeceras estaba una mesa pequeña cargada de botellas y en unos pobres bancos de pino sin pintar se veian unas ocho ó diez mugeres jóvenes, bien parecidas casi todas, pero marcadas con ese sello que el vicio imprime indefectiblemente en sus víctimas. El capitan retrocedió dos pasos y sintió que el corazon le flaqueaba ante aquel espectáculo. La fria y solemne magestad de la muerte tiene algo que impone aun á los mas osados. Aquel cadáver lívido, que iba á presidir una fiesta, impuso respeto á Don Fernando, cuya depravacion aun no habia llegado á ese repugnante cinismo que se burla de todo lo que hay de sagrado y respetable sobre la tierrra. El jóven se disponia á dar la vuelta

y salirse de aquella casa sin decir palabra; pero el demonio tentador que lo arrastraba al abismo y que habia tomado la forma del malvado barbero, se le acercó, adivinando lo que pasaba, y asiendolo por un brazo, le dijo:

— ¿Temblais, señor capitan, como un chiquillo, á la vista de un muerto? Yo os creia mas animoso. Apenas habrá un solo artesano en la ciudad que no haya asistido á un velorio; y sin embargo, estos señores podrán decir mañana á sus amigos que el capitan Peraza tuvo miedo á un cadàver.

— ¡Eso no! Voto á briós!, exclamó Don Fernando; nadie podrá decir que yo tuve miedo jamas á vivos ni á muertos. ¡Vive Dios que si se ha de dar esa interpretacion á la repugnancia que me inspira el espectáculo que nos rodea, que pase yo aqui tres dias y tres noches si fuere necesario, hasta que ese cadáver sea presa de la corrupcion! ¡Miedo!, miedo yo! Por Satanás! Vamos dando principio á la fiesta.

El capitan, que parecia sacudido por una violenta agitacion nerviosa, se dirijió á la mesa donde estaban los licores; vació la mayor parte del contenido de una botella en un vaso, y despues de haberselo echado á pechos, fué á tomar por compañera de baile á la moza mas bonita de las de la reunion. Siguiendo el ejemplo del calavera, los demas jóvenes señores elijieron sus parejas; los músicos hicieron sonar los instrumentos y comenzó, al rededor del cadáver, una danza que tenia algo de diabólico. La madre lloraba de vez en cuando; pero secaba sus lágrimas la idea del ruido que aquel velorio iba á hacer indudablemente en todo el barrio.

La fiesta continuó durante toda la noche; deslizándose las horas con rapidez para aquellos jóvenes atolondrados, que gozaban, ó creian gozar con las conversaciones libres, los licores, el baile y un amor facticio. El barbero, sentado en un rincon de la sala, era el mal genio que presidia aquella bacanal y que se habia reservado el

cargo de cuidar de que no desmayase el brio de los danzantes. Hacia que menudeasen las libaciones, y cargaba la mano de preferencia á Don Fernando. Al ver á aquel viejo de fisonomia burlona y de sonrisa satánica, exaltando con el licor y con las adulaciones al capitan Peraza, cuyos ojos arrojaban fuego y de cuyos labios se escapaban apenas algunas palabras entrecortadas, se habria creido ver al diablo, cuando bajo la figura de Mefistófeles, conduce al Dr. Fausto, en el terrible poema de Goethe.

A las cuatro y media de la madrugada, la fatiga fisica agotaba ya las fuerzas de aquellos desalmados; las velas de cera que alumbraban el cadáver estaban para extinguirse, y su luz palidecia ante la claridad de la mañana, que comenzaba á penetrar por las ventanas, que se habian dejado abiertas. Basilio se acercó al capitan, que rendido de fatiga, y casi completamente borracho, acababa de echarse en uno de los bancos de pino que hacian veces de sofaes, y le dijo al oido:

— Ya que habeis visto lo que es un velorio, señor Don Fernando, parece que irá siendo hora de que nos retiremos; esto es, si no preferis el ir, antes de que acabe de amanecer, á festejar con la música á algunos señores á quienes fuera bueno obsequiar. Creo que una serenata al Sr. Visitador podria ser bien recibida y abrir camino á una reconciliacion.

— ¡Por vida de Baco!, exclamó el capitan, levantandose, que la idea es sublime y no dejaré de aprovecharla. Vamos ahora mismo à obsequiar al Sr. Visitador; pero, como tengo no sé que barruntos de que Su Señoria no ha de ser muy entendido en esto de música, creo que lo mejor será darle una serenata con los instrumentos destemplados. ¡Ea, caballeros!, añadió alzando la voz y dirigiendose à sus camaradas; los que quieran venir á dar una cencerrada al Sr. Visitador, Lic. Don Juan de Ibarra, que me sigan.

— Yo voy, dijo uno; y yo, añadió otro; y yo, y yo, fueron diciendo los demas, levantandose para seguir á Don Fernando.

Tomaron los sombreros y las capas, se despidieron de las mozas y Don Fernando dejó caer un bolsillo lleno de monedas de oro en las manos de la madre de la desdichada jóven, cuyo frio cadáver habia sido profanado, haciendolo testigo mudo de una orgia. Hicieron salir á los músicos y en alegre algazara, se dirigieron al barrio de Santo Domingo, donde, como ya hemos dicho, estaba la casa que ocupaba el Visitador. Al llegar delante de los balcones, Don Fernando dijo á los músicos que desafinasen los instrumentos. Los pobres hombres, comprendiendo la gravedad del insulto, vacilaban en obedecer; pero Don Fernando y sus compañeros pusieron mano á las espadas y juraron que los atravesarian de parte á parte, si no hacian lo que se les mandaba. Fué necesario dar gusto á aquellos energúmenos, dejando toda la responsabilidad del hecho al hijo del Sr. Presidente y á sus camaradas. Al rato aturdian el barrio los acentos discordes de la cencerrada, y algunos vecinos, espantados, asomaban á sus balcones y se hacian cruces, al convencerse de que aquel insulto iba dirigido al Sr. Visitador. La cortina que cubria una de las ventanas de la casa se levantó apenas en uno de los extremos y dejó ver un ojo que examinó detenidamente á los del grupo. Nadie advirtió aquel incidente, à no ser el barbero, que, por precaucion, embozado hasta el ojo y con el sombrero hasta las cejas, se habia situado en el hueco de la puerta de una casa algo distante; pero desde la cual veia perfectamente los balcones de la de Don Juan. La cortina volvió á caer, despues de un rato y no se advirtió en la casa el mas ligero movimiento.

Cansados de la broma, el capitan y los que lo acompañaban dispusieron retirarse, y el barbero fué siguiendolos á cierta distancia. La turba de mozos imprudentes

celebraba la burla audaz que acababan de hacer á aquel hombre temible y no se fijaban siquiera en las consecuencias que pudiera tener, tal era el estado de sus cabezas. Cuando hubieron caminado dos cuadras, se detuvo Don Fernando, y dijo:

— Ya que hemos festejado al Juez de residencia, como Su Señoria lo merece, creo que está en el órden que yo no vaya á recogerme, sin que obsequiemos con un rato de música y canto á la perla de las bellezas guatemaltecas, á Dña. Margarita Jiron. Espero, pues, de la cortesia de los que me escuchan, que nadie se negará á acompañarme.

— Por el contrario, dijo uno de tantos, pienso que todos iremos con el mayor gusto á rendir ese homenaje á la hermosa Dña. Margarita, á la futura esposa del bravo caballero Don Luis Melian.

El capitan se mordió los labios, y dando órden á los músicos para que volviesen á arreglar los instrumentos, se encaminaron todos hacia la casa de Jiron.

En tanto que Don Fernando y su pandilla van á hacer aquella nueva locura, permitannos nuestros lectores que los dejemos por un momento y hablemos de otro de los personages principales de esta historia, en quien hasta ahora nos hemos ocupado muy poco: el hijo adoptivo del maestro Andres Molinos.

¡Cuan diferente de la del díscolo capitan, era la vida que llevaba el infeliz herrero que habia consagrado á Dña. Margarita Jiron un amor tan profundo y tan sincero como destituido de toda esperanza! Francisco Molinos sentia hervir en sus venas la sangre ardorosa del atrevido aventurero ingles, mezclada con la no menos vívida de la ardiente española que lo habia nutrido en su seno. Estaba en esa edad en que las pasiones se enseñorean del corazon con absoluto imperio; amaba por la primera vez; es decir que amaba real y verdaderamente; porque las ilusiones que suelen agitar el alma de los que ya

amaron, no son, con muy raras excepciones, sino pálidos destellos de un fuego que se extinguió para no volver á encenderse jamas.

El hijo adoptivo de Andres Molinos recordaba como un sueño confuso los dias de su niñez; la expresion inquieta del rostro de su madre, y á un hombre de aspecto severo, á quien veia por breves instantes, en algunas noches tempestuosas, cuando rujia el viento y el mar embravecido azotaba con violencia la desierta playa. Aun no se habian borrado de su memoria unas pocas palabras de un idioma extraño, cuyo sentido no alcanzaba á comprender y que por lo mismo tal vez se habian grabado con mas fuerza en su imaginacion. No habia olvidado tampoco la dolorosa agonia de su madre y las circunstancias que acompañaron á su eterna separacion en este mundo. Todo esto se representaba á Francisco como envuelto en sombras; y naturalmente retraido y taciturno, jamas habia querido hacer la mas lijera pregunta sobre aquellos sucesos al único que pudiera revelarle el secreto de su origen, á su padre adoptivo. Lo amaba y respetaba, porque lo habia recogido, huérfano y desamparado, y sus sentimientos generosos lo hacian olvidar el origen interesado de aquella proteccion.

Sin embargo; cuando Francisco Molinos media la distancia que la suerte habia puesto entre él y la muger á quien adoraba, habria dado la mitad de su vida, por descubrir el verdadero nombre y la condicion de aquellos á quienes debia el ser. Muchas veces estuvo á punto de echarse de rodillas delante del herrero y suplicarle le dijese quienes eran sus padres; pero la idea de desagradar al anciano impuso silencio al natural deseo de aquel desventurado. Francisco encerró, pues, en lo mas íntimo de su corazon el doloroso secreto de su amor á Dña. Margarita; amor que habia llegado á ser una especie de culto; tan tierno, tan ideal y tan desinteresado, como que descansaba en la conviccion de la imposibilidad de obte-

ner ningun género de recompensa.

Todos los dias, á las cuatro y media de la mañana, salia Francisco de su casa para ir á la herreria y preparar la fragua, á fin de que cuando llegasen los oficiales, estuviese todo listo para los trabajos. Nunca faltó el laborioso y honrado artesano al cumplimiento de aquella obligacion; y el taller del maestro Molinos era el primero que se abria en la calle ancha de los herreros. Francisco pasaba por delante de los balcones de la casa de Jiron Manuel y tenia costumbre de detenerse un cuarto de hora; oculto en el hueco de una puerta, dirijiendo una mirada melancólica á una ventana del segundo piso, guarnecida con una cortinilla color de rosa. A las cinco menos cuarto se levantaba aquella cortina y se veia, detras de los cristales, el rostro angelical de Margarita, que se detenia un momento á contemplar el magnifico horizonte de carmin y gualda que se extendia delante de sus ojos. Aquel tierno y delicado acecho era cuanto se permitia el desdichado amante, y jamas faltó á la hora en que se descorria aquella cortinilla. Francisco habia aprendido á leer en la expresion de la mirada de la jóven las impresiones de su espiritu, y desde el punto donde la contemplaba oculto, adivinaba todas las mañanas los ensueños, ya placenteros, ya atormentadores, que habian ocupado su imaginacion en la noche precedente.

En la mañana que siguió á la noche del velorio á que concurrieron el capitan Peraza y sus amigos, estaba Francisco, poco antes de las cinco, en el sitio desde el cual acostumbraba dirijir su cuotidiano y silencioso saludo á la muger á quien idolatraba. Acababa de levantarse la cortina del balcon de Dña. Margarita, y la jóven contemplaba con una mirada triste la atmósfera bañada apenas por la incierta y tembladora luz de la alborada. El corazon del pobre herrero latia con violencia; pues leia, como en las mañanas precedentes, en los ojos llorosos de Dña Margarita, los padecimientos de su alma.

La jóven iba á retirarse del balcon, cuando oyó en la calle, á poca distancia de su casa, unas voces alegres y descompasadas que llamaron su atencion, y quiso averiguar lo que las motivaba. El herrero las escuchó tambien y vió que partian de un grupo como de diez ó doce hombres que se acercaban á la casa de Jiron. Francisco se embozó en su capa, bajó su sombrero hasta los ojos y se apoyó en un fuerte y pesado garrote, única arma que acostumbraba llevar cuando iba á la herreria. Acercábase la partida de alegres, y luego pudo advertir el herrero que tenian algunos de ellos instrumentos de música. Por las voces, por las carcajadas y por la poca seguridad de sus pasos, se dejaba ver que aquella era alguna pandilla de jóvenes ligeros de cascos, que se retiraban despues de haber pasado la noche divirtiendose. Molinos creyó que pasarian de largo y su único cuidado fué ocultarse para que no lo viesen. Pero se sorprendió al advertir que se detenian delante del balcon de Dña. Margarita. Quiso ver lo que hacian, resuelto á defender á la jóven señora de cualquier insulto, aunque conoció por los trages que los de la partida eran sugetos de calidad. Uno de ellos, que por lo vacilante de sus pasos parecia aun mas ebrio que los demas, levantó la cabeza, como queriendo reconocer la casa. Luego tomó una guitarra de manos de otro de sus compañeros y con la voz balbuciente y destemplada de un borracho, comenzó á cantar el siguiente romance:

—"Escucheme, reina mia,
Asi Dios le dé salud;
Le cantaré una letrilla,
En templando mi laud.
Quiero, señora, que entienda
Que en mi tierna juventud
Me doy, no á vicios, como otros,
Sino á seguir la virtud."

Doña Margarita, al escuchar aquel canto, corrió las cortinas de su ventana y desapareció. El herrero sentia que la sangre hervia en sus venas y se esforzaba por reportarse, hasta ver en qué paraba todo aquello. El destemplado cantor continuó, variando letra y música, entonando los siguientes no muy bien medidos versos:

—"Zagaleja del ojo rasgado,
Vente á mi que no soy toro bravo.
Vente á mi, zagaleja, vente,
Que adoro las damas y no mato la gente.
Zagaleja del ojo negro,
Vente á mi que te adoro y te quiero.
Dejaré que me tomes el cuerno
Y me lleves si quieres al prado:
Vente á mi, que no soy toro bravo."

Un coro general de carcajadas de los de la pandilla celebró la cancion.

Francisco Molinos no fué dueño de dominar su impaciencia, al oir aquellas descompuestas coplas, cantadas por un borracho, dirijidas al ser cuasi divino á quien él osaba levantarse apenas con el pensamiento. Salió de su escondite y avanzando hacia la turba descreida, dijo:

—Me parece, caballeros, que os habeis equivocado. No es hacia esta parte á donde caen las habitaciones de la servidumbre de esa casa; (y señalaba la de Jiron Manuel.)

El cantor se adelantó á su vez tambaleando, y acercandose al herrero, le contestó:

—¿Y quien os ha dicho á vos, bausan, que personas como nosotros venimos aqui á dar música á criadas? Podeis iros muy enhoramala con vuestras impertinentes advertencias.

—¡Ah! sois vos, señor capitan Peraza, dijo para si el herrero, que temblaba de ira; por Dios que basta ya de sufrimiento! Nunca pude imaginar, añadió en voz alta,

que gente que parece bien nacida fuese capaz de insultar á una señora; pero puesto que os empeñais en persuadirme de lo contrario, habré de confesar que me habia equivocado. Sois unos miserables.

Don Fernando, pues era él en efecto el que acababa de hablar, no aguardó razon; y desnudando la espada, descargó sobre el herrero un golpe que le habria hendido el craneo, si el estado de beodez en que se hallaba el capitan no hubiese hecho que faltase á su brazo la certeza necesaria para asegurar el golpe. Desviose un tanto Francisco y la espada dió en el suelo, haciendo saltar chispas de las piedras. Entonces el herrero levantó el pesado garrote que le servia de baston, y haciendo silvar el aire, lo dejó caer sobre la mano derecha de Don Fernando, cuya espada saltó á dos varas de distancia. El dolor y la indignacion arrancaron un grito al capitan, que creyó al pronto que aquel terrible golpe le habia deshecho la mano. Sus compañeros de aventura desenvainaron las espadas y se precipitaron sobre el herrero, que sin desembozarse, apoyó la espalda en una pared y se preparó á hacer frente á los que lo atacaban. El primero que se acercó recibió un garrotazo en la cabeza, que lo hizo caer al suelo maltrecho y sin conocimiento. Entonces los otros comprendieron que se las habian con un temible adversario, y se detuvieron, dudando ya si se acercarian ó no á aquel desaforado. Por fortuna el ruido de la pendencia habia hecho que los vecinos comenzasen á abrir sus ventanas y asomaban ya algunos, deseosos de ver quienes eran los que causaban aquel alboroto. Advirtieron esto los de la pandilla y comprendieron que era preciso retirarse. El capitan bramaba de ira y de dolor y gritaba á sus amigos que lo vengasen; pero estos consideraron mas prudente ponerse en salvo y tomando en peso al que habia caido bajo el golpe del garrote del herrero, obligaron á Don Fernando á abandonar el campo.

Francisco, luego que se hubo alejado la pandilla, di-

rijió una mirada al balcon de Dña. Margarita; dió un profundo suspiro y se encaminó lentamente á la herreria. El barbero, que iba siguiendo á alguna distancia á los alborotadores, para no ser descubierto en ningun caso, vió que aquellos se retiraban, despues de los garrotazos y tomó la calle opuesta á la que llevaba la turba que capitaneaba Don Fernando.

CAPITULO XVIII.

Como el maestro Basilio Molinos comenzó á poner las bases para el engrandecimiento de su familia.

EL arrogante desden y la ironia amarga con que castigó el Visitador la falta del escribano y del barbero de haberse dejado escamotear la carta por el astuto mesonero de Sololá, impresionaron vivamente á aquellos dos sugetos. No se les haga la injusticia de pensar que experimentaron algo parecido á eso que se llama vergüenza, sentimiento que se queda para las almas tímidas y vulgares y al cual saben hacerse superiores los héroes, como lo eran sin la menor duda Don Judas Patraña y el maestro Basilio Molinos. No fuè rubor lo que sintieron los embajadores chasqueados; fué sencillamente el miedo de haber incurrido en el desagrado del Visitador, el que los hizo quedar corridos y aturrullados, despues de haber visto la situacion á que estaba reducido el desventurado Martin Tachuela. El escribano y el barbero tenian un cariño ascendrado á sus carnes, tal vez

por lo mismo que eran tan escasas, y á sus huesos, demasiado duros ya para no correr un grave riesgo en caso de encontrarse en íntimo contacto con las cuerdas. Don Judas salió, pues, aquel dia de casa del Visitador, muy pensativo y buscando en sus adentros la manera de evitar el que hicieran con él lo que él quisiera que se hiciese con los otros; que de esta manera entendia aquel *vir bonus* las máximas fundamentales de la moral cristiana. Basilio salió filosofando sobre la vanidad de las cosas de la vida, al considerar que el pobre mesonero del Idolo se habia tomado tanto trabajo para robarles la carta y corrido á pié algunas leguas, para ir á encontrar el potro como término y galardon de sus tareas. De esto dedujo el lógico barbero que en este mundo no hay que aguardar que los demas le recompensen á uno sus buenas acciones, sino que es preciso huir el cuerpo á todo contratiempo, y como decia la abuela, despacharse cada cual con la cuchara grande. Visto que el Sr. Visitador no era hombre que se paraba en pelillos, hicieron uno y otro un acto de atricion formal y voto solemne de cumplir en adelante fiel y ciegamente las disposiciones de Don Juan. Volvieron, pues, á verlo al dia siguiente, pidieronle mil perdones, juraron no dar otra vez á Su Señoria motivo alguno de desagrado, y al fin el digno funcionario, que tenia necesidad de aquellos dos tunantes, se dejó enternecer por sus súplicas y lágrimas y perdonó la falta. El escribano continuó trabajando con redoblado celo en el juicio de la residencia, dispuesto á *fundir*, segun decia, hasta á la madre que lo habia parido, y el barbero volvió á seguir tejiendo la intrincada tela de sus intrigas. Hemos visto en los precedentes capitulos que la fecunda imaginativa del viejecillo inventaba cada dia un nuevo enredo, y que su genio osado y travieso lo habia llevado hasta el punto de intentar un golpe maestro, haciendo casar al Visitador con su sobrina. Y como Basilio tenia entre sus de-

mas apreciables cualidades, la de ser muy constante y firme en sus propósitos, sin dejarse desalentar jamas por los obstáculos, desde que se le encajó aquella idea en el magin, estuvo dándole vueltas, buscando traza para salirse con la suya.

En la mañana que siguió á la noche del velorio á donde condujo el diabólico barbero al capitan Peraza y que terminó de la manera trágica que hemos dicho en el anterior capítulo, se encaminó Basilio á casa del Visitador, con dos objetos: 1° indagar la impresion que le hubiese causado el insulto de la madrugada; 2° ver si habia ocasion de comenzar á tender las redes para el proyecto del casorio. Pidió el barbero permiso para ver á Su Señoria, y habiendosele franqueado la puerta, entró al gabinete de trabajo del Juez de residencia, con el espinazo convertido en un semicírculo. Don Juan conservaba aparentemente su tranquilidad habitual; pero el barbero, á fuer de experimentado piloto, creyó entrever la tempestad al traves de aquella calma engañadora. Despues de haber saludado con respeto y hablado de algunas cosas indiferentes, dijo el maestro Basilio:

— ¡Con razon decia mi difunta abuela, Sr. Visitador, burlaos con el loco en casa, y él burlará con vos en la plaza. Apostaria yo doble contra sencillo, á que Vuesa Señoria no es capaz de adivinar donde ha tenido que pasar la noche el honrado y pacífico artesano que teneis delante, con todo y sus sesenta y tantos años.

— No acierto, á la verdad, contestó Don Juan; pero supongo que no dejaria de ser en alguna buena obra.

— Y mas que buena, Señor, rebuena y reexcelente; una verdadera obra de misericordia, aunque no sea de las que estan en el catecismo: cuidando de que el hijo del Sr. Presidente no hiciese locuras, ó que hiciese las menos posibles.

El barbero fijó la pupila de su único ojo en el sem-

blante del Visitador, tratando de descubrir la impresion que le causara el nombre del capitan Peraza. Pero la mirada escrutadora del maligno viejo se estrelló en la fisonomia impasible de Don Juan, como una flecha disparada sobre una torre de granito.

—¿Y qué nueva humorada ha tenido anoche, preguntó el Visitador con indiferencia, el hijo del Sr. Presidente?

—Se ha empeñado en asistir á lo que aqui se llama un velorio, que es una reunion en la casa de alguna gente pobre que ha perdido uno de sus deudos. Con pretexto de velar al muerto, se bebe, se canta y se baila, y en tan digna ocupacion ha pasado la noche el capitan Peraza, con unos cuantos jóvenes tan lijeros de cascos como él. Yo tuve la inadvertencia de hablarle de la tal fiesta, cuyos preparativos me tocó presenciar; y hube de pagar bien cara mi indiscrecion, pues Su Merced me hizo que lo llevara á la casa del velorio y que pasara ahi la noche, sin dejarme salir ni por Dios ni por sus santos. Al fin aquella turba de locos llegó á cansarse; á la madrugada abrieron la puerta y me escabullí, maldiciendo la hora en que me ocurrió buscar tres pies al gato, como decia la difunta. No bien me vi en la calle, dije: pies, ¿para qué os quiero?, y corri á mi casa, sin saber ya en qué paró la zamotana.

—¿Y quienes eran los demas jóvenes que concurrieron á esa fiesta?

El barbero se puso como á recapacitar y á recordar los nombres de los concurrentes.

—Todos, dijo, de familias muy principales. Un hijo de Don Antonio de Justiniano, otro de Don Alonso Alvarez de la Vega y Toledo, un Lira, el menor de los sobrinos del regidor Vazquez de Coronado, un Tobilla, el hijo del alcalde del año antepasado, Estopiñan, uno de los Carranzas Medinillas y un jóven Salazar y Monsalve.

El Visitador se dirijió al bufete, y sin decir una palabra, escribió en un papel los apellidos de los ocho jóvenes caballeros á quienes habia nombrado Basilio, quien no pareció fijarse en lo que hacia Don Juan.

—¡Qué locos! Señor Visitador, ¡qué locos!, añadió; me fué imposible reducirlos á que se retirasen de aquel sitio, donde no estaban bien personas de su clase. Ya se vé, decia la abuela que la manzana podrida pierde á su compañia; y asi ha sucedido en el caso de que hablamos, pues el Sr. Capitan es capaz de sacar de sus casillas á un anacoreta. Y gracias cuando sus locuras solo lo perjudican á él mismo, como en el caso actual, que asi él solo sufrirá las consecuencias. Quien por su mano se lastima, que la gima; decia la abuela. Lo peor es que muchas veces las tonterias de este jóven comprometen á otros. No hace muchos dias andaba hecho un energúmeno con el juicio de residencia de su padre; decia que iba á ponerse de acuerdo con Don Francisco Jiron Manuel y otros señores para un caso extremo, y que si no podia contar con los nobles, se pondria á la cabeza de unos cuantos centenares de plebeyos.

—¿Y no sabeis si en efecto trató el capitan Peraza ese asunto con Jiron Manuel?

—No, señor, nada he sabido de esto, y mas bien me inclino á creer que no lo haria, pues Genoveva mi sobrina, que pasa la mayor parte del tiempo con la familia de Jiron, algo habria percibido.

—¿Y quien os asegura que no lo haya sabido vuestra sobrina y guardado el secreto?

—Eso si que me parece punto menos que imposible, contestó el astuto barbero, que veia con gusto que la conversacion iba encaminandose al terreno á donde él queria llevarla. Imposible, señor Visitador, que Genoveva, sabiendo alguna cosa que pudiese interesar á Vuesa Señoria, lo ocultase. Desde el momento en que con tanta ge-

nerosidad la salvasteis del peligro en que la puso el caballo del Alferez, puedo asegurar que no piensa mas que en Vuesa Señoria y que haria cualquier cosa por mostraros su reconocimiento.

— Vuestra sobrina, contestó el Visitador, da mas importancia de la que tuvo en realidad, al pequeño servicio que hube de prestarle. Yo creia que lo habria olvidado, como lo tenia olvidado yo mismo.

— Genoveva, Señor Visitador, replicó el barbero suspirando, tiene una alma que jamas olvida. Tal vez no me está bien á mi el decirlo, por aquello de que nadie habla mal de su casa; pero os aseguro que no hay en toda la ciudad una jóven que tenga mas delicadeza de sentimientos que mi sobrina.

— Siendo asi, dijo Don Juan con naturalidad, lo reune todo; pues la naturaleza parece haberse complacido en adornarla con las gracias exteriores.

Animado el intrigante viejecillo con aquellas palabras, continuó diciendo:

— En efecto, no es mal parecida; ha recibido una educacion tan esmerada como la que se ha dado á Dña. Margarita Jiron, á cuyo lado se ha criado Genoveva casi como una hermana, y será algun dia heredera de la considerable fortuna de su padre, pues Francisco no es mas que hijo adoptivo de Andres.

— Eso quiere decir, observó el Visitador con indiferencia, que vuestra sobrina es lo que se llama un buen partido; y de consiguiente, mas de cuatro hijos de honrados artesanos aspirarán al honor de tomarla por esposa.

— Mas de cuatro artesanos y otros tantos nobles y muy nobles la han solicitado en vano, Señor Visitador. Pero yo no sé en qué piensa esta muchacha, que ha despreciado tan brillantes partidos; y como de dos meses acá, anda toda confusa y distraida, como si algun pensamiento grave ocupase su imaginacion. Decia la abuela, señor caballero, que no hay sábado sin sol, ni vieja sin arrebol,

ni muchacha sin amor; y asi pienso á veces que Genoveva abriga alguna pasion oculta, cuyo objeto aun no he acertado á descubrir.

— Acaso os equivoqueis, maestro, y juzgueis á vuestra sobrina con poca caridad. Por lo que me decis, yo sospecho mas bien que si ha rehusado esas bodas ventajosas, será porque haya resuelto tomar el velo y consagrarse á servir á Dios en algun monasterio. Si es asi y yo puedo serviros para obtener las licencias, contad conmigo.

Basilio apretó ligeramente los labios, al escuchar aquella salida del Visitador, y sin desalentarse al ver que no se daba por entendido, consideró que debia expresarse con mas claridad.

— No, Señor, dijo, moviendo la cabeza; todo me induce á creer que en esto hay gato encerrado, como decia la difunta. Genoveva ama, y ama á algun sugeto muy principal, pues de otro modo, ya habria resuelto aceptar la mano de uno de tantos ricos y nobles caballeros que la han solicitado. Yo no sé.... seria extraño.... pero el diablo no duerme.... y.... ¿quien sabe si algun sugeto de muy elevada condicion....?

— ¡Qué! exclamó el Visitador, como asombrado, ¿creeis acaso que esa jóven se haya prendado del hijo del Señor Conde de la Gomera?

— Mas alto, Señor Visitador, mas alto.

— ¡Mas alto! ¿Del Presidente mismo? Creo que la edad de Su Señoria no es ya para inspirar pasiones muy vivas.

— ¡Oh! no, señor, contestó el barbero, que se daba al diablo con la cachaza de Don Juan. Buscad algo mas alto aun que el Presidente; alguno cuyo nombre es hoy el que repiten los ecos de la fama de un extremo á otro del reino; alguno que haya prestado á mi sobrina un servicio generoso y señalado, y ese distinguido caballero es sin duda el que posee el ardiente y tierno corazon de Genoveva.

Siguió un momento de silencio, que interrumpió al fin el Visitador, diciendo con la mayor sangre fria:

— Hablemos claro, maestro Basilio Molinos; ¿quereis darme á entender que vuestra bella sobrina me ha hecho el honor de fijarse en mi?

— ¡Oh!. Eso quiero decir, señor, contestó el viejo, ó mas bien que ella tiene la honra de amaros. Desde el momento en que os vió, la pobre muchacha no piensa sino en Vuesa Señoria.

— ¿Y que creeis que puede hacerse en eso?, dijo Don Juan con su calma acostumbrada.

— Señor, contestó el atrevido barbero, hablando en plata, como decia la abuela, creo que si Vuesa Señoria honrase á Genoveva tomandola por esposa, haria una acertada eleccion. Sus prendas personales estan á la vista; las del alma no pueden ser mejores, y ademas llevaria una dote que no bajaria de doscientos mil pesos en dinero efectivo, fincas y alhajas.

— Es decir, que venis á proponerme sencillamente un negocio.

— Si el partido no os parece malo.....

— No lo es, sin duda; pero como no conozco aun suficientemente á vuestra sobrina, á quien apenas he visto unas pocas veces, espero me dareis algun tiempo para decidirme.

— Es muy justo, señor, dijo el barbero, que apenas podia disimular su alegria, suponiendo que la intriga que habia fraguado iba saliendo al colmo de sus deseos. Antes de que te cases, mira bien lo que haces, decia la finada; y si Su Señoria trata á mi sobrina, estoy seguro de que encontrará que mas bien me he quedado corto en lo que he dicho en su abono.

— Bien, contestó Don Juan. Yo iré esta noche, al toque de ánimas, á la alameda del Calvario. Si vos y vuestro hermano estais ahi con Genoveva, me será facil conversar con esa jóven; y siendo tal como me la pintais,

no es imposible que llegue á realizarse vuestra idea.

El barbero se levantó, hizo una profunda cortesía al Visitador, y despues de haber dicho que acudirian puntualmente á la cita, se marchó á participar á su hermano el brillante aspecto que á su juicio presentaba la negociacion iniciada. Jamas se habia encontrado el barbero tan satisfecho de si mismo como en aquella ocasion. Imaginabase á su sobrina casada con el Visitador y ya se creia poco menos que dueño absoluto de la suerte del reino. Basilio Molinos tenia una inteligencia despejada, era astuto y mañoso y nada lerdo cuando se ofrecia juzgar las flaquezas del prójimo. Pero la vanidad suele ser el escollo de las mas raras habilidades; y asi sucedia á nuestro barbero que cuando se trataba de cualquiera cosa que le tocara á él ó á los suyos, perdia los estribos y daba en las mas increibles aberraciones. Tal vez si al pasar el umbral de la puerta del gabinete hubiera vuelto la cabeza y visto la sonrisa irónica de Don Juan y su mirada que expresaba en aquel momento el desden y el escarnio, habria comprendido que aquel hombre altanero, frio é implacable meditaba ya el castigo que habia de dar á las orgullosas pretensiones del ambicioso artesano. Pero Basilio no volvió la cabeza y aquella expresion de la fisonomia del Visitador desapareció al momento, recobrando su aire tranquilo é indiferente. El barbero fué á comunicar á su hermano el buen éxito de sus primeras gestiones, y casi no dudó ya en saludarlo con el alhagueño título de Adelantado. Combinaron su plan de operaciones para lo succesivo y convinieron en ocultar á todos, y principalmente á Genoveva, la negociacion entablada. Temian, con razon, que el caracter altivo y delicado de la jóven echase á perder la intriga, si llegaba á saber que era su tio quien habia tomado la iniciativa en el asunto; y asi concertaron el que apareciese el encuentro proyectado como obra de la casualidad.

Poco antes de la hora indicada por el Visitador, lle-

gó á casa de Andres Molinos el maestro Basilio, y propuso á su hermano y á la hija de este dar un paseo por la alameda del Calvario. La noche parecia invitar á aquella excursion y la idea fué acojida con gusto por el herrero y por la jóven. Un cuarto de hora despues llegaban los dos artesanos y Genoveva á aquel paseo, que ofrecia entonces casi el mismo aspecto que hoy presenta, con la diferencia de que la antigua alameda se componia de tres calles de amates. La luna brillaba en todo su esplendor y su luz, penetrando al traves de las hojas de los árboles, bañaba con incierta claridad la bóveda sombria que formaban las ramas entrelazadas y mecidas levemente por la tibia y perfumada brisa de la noche. El astro protector de los amores se cubria de vez en cuando con una nube blanca y transparente, como el velo de la sacerdotisa antigua, y luego despojada de aquella ténue vestidura, volvia á iluminar el mas sereno de los horizontes, eclipsando el dudoso fulgor de las estrellas. Apenas turbaban de tiempo en tiempo el silencio de la alameda solitaria el zumbido del insecto, el rumor que causaba el ave soñolienta que batia las álas y el susurro del viento que jugueteaba entre las hojas. Genoveva, al penetrar en las desiertas calles del bosquecillo, sentia que su corazon impresionable palpitaba con mas celeridad que de ordinario. Avanzaba lentamente, precediendo á su padre y á su tio, que conversando en voz muy baja, la seguian á unos cinco pasos. La jóven contemplaba con mirada inquieta el aparente giro de la luna, y su imaginacion volaba en pos de lo desconocido. Hay en esas noches tranquilas y serenas, en esa calma solemne de la naturaleza, un encanto indefinible que aspiran á torrentes las almas delicadas. ¿Que relacion podia existir entre aquel astro medio velado, entre aquellas nubes que se arrastraban perezosas sobre un cielo de zafiro, entre aquellos murmullos que turbaban el silencio de la arboleda, entre aquel perfume de las flores que alhagaba los sentidos

y el mortal á quien Genoveva habia consagrado en lo mas recóndito de su corazon una especie de culto idólatra? Ninguna ciertamente; y sin embargo, en la luna, en las nubes, en el susurro de la brisa, en el aroma de las flores, la pobre jóven creia encontrar no sabemos qué secreta simpatia con aquel ser misterioso que su imaginacion poética habia divinizado.

Embebecida en sus meditaciones, ó mejor dicho arrobada en sus delirios, Genoveva llegó hasta la puerta de la iglesia, que se levantaba al extremo del paseo, ocupando casi el mismo sitio que la que hasta hoy existe, y que reedificó la piedad del Presidente Rivas, despues del terremoto de 1717. La capilla estaba abierta é iluminada, pues acababan de depositar en ella el cadaver de una persona cuyos funerales iban á celebrarse al dia siguiente. La jóven se detuvo al llegar á la puerta del templo y habiendosele reunido su padre y su tio, manifestaron estos el deseo de entrar, para ver quien fuese aquel difunto. Genoveva no se animó á seguirlos, experimentando cierta repugnancia á ir á contemplar el espectáculo horroroso de la muerte, cuando la naturaleza toda respiraba vida y armonia en aquel sitio.

— El paseo está enteramente desierto, dijo á los dos ancianos, y creo que no hay inconveniente en que os aguarde aqui, pues supongo que volvereis pronto.

— Puedes quedarte, contestó Andres, y esperarnos; que saldremos inmediatamente.

La jóven se sentó en un banco que estaba bajo un árbol, mientras Andres y Basilio entraban en la iglesia, cuyas campanas comenzaron á hacer oir en aquel momento su melancólico tañido, dando el toque de ánimas. Genoveva seguia contemplando la luna al traves del sombrio follage del amate; pero muy pronto la distrajo de sus meditaciones un leve ruido como de pasos, que escuchó á sus espaldas. Volvió la cabeza y vió á muy poca distancia un hombre embozado en un ferreruelo obscuro y

cuya cabeza cubria una gorra adornada con una pluma negra. La jóven sintió un extremecimiento nervioso en todo su cuerpo, al ver aquella aparicion. Los ojos le representaban al hombre que dominaba su espíritu; y la voz del alma le decia que era imposible que no fuera *él* el que se aproximaba. Quiso levantarse y no se sintió con fuerzas para moverse del sitio; intentó llamar á su padre y á su tio y la voz se ahogó en su garganta. Entre tanto, el Visitador, pues era él efectivamente, se habia detenido á contemplar á Genoveva, á quien lo romántico de la escena hacia parecer mas bella y mas encantadora. Don Juan pudo advertir la turbacion de la jóven, y le dijo en tono cariñoso:

—Siento verdaderamente que la casualidad me haya traido á este sitio, donde estaba yo muy lejos de creer que mi presencia pudiese ser importuna.

—Señor, contestó la supuesta hija de Andres Molinos, con voz balbuciente; perdonad si os he dado algun motivo para pensar lo que acabais de decir; pero encontrandome aparentemente sola en este lugar y á esta hora, confieso que me ha sorprendido vuestra llegada. Mi padre y mi tio acaban de entrar à la iglesia; y yo, señor Visitador, voy á reunirme á ellos; con vuestro permiso.

Dicho esto, Genoveva hizo un esfuerzo para levantarse; pero Don Juan le tomó una mano y la detuvo, diciendole:

—No teneis necesidad de retiraros. Puesto que Andres y Basilio están tan cerca de aqui, yo os acompañaré en tanto que ellos vuelven.

La pobre jóven, vencida por la mirada y por el eco de voz del hombre á quien adoraba, no tuvo fuerzas para moverse. Don Juan se sentó à su lado y continuó diciendo:

—A no ser que todo lo que habeis oido decir en cierta parte contra mi, haga que me veais con horror y creais que debeis huir de todo contacto conmigo.

El Visitador se sonrió ligeramente al pronunciar las

últimas palabras; y Genoveva, cuya turbacion iba cediendo ante la especie de fascinacion que ejercia sobre ella aquel hombre, contestó:

— Sea lo que fuere lo que haya oido, señor, yo lo único que sé, lo que no olvidaré jamas es que debo la vida á vuestra generosidad.

— Mucha importancia dais al insignificante servicio que tuve ocasion de prestaros la tarde de la jura. Eso lo habria hecho cualquier caballero por una persona de vuestro sexo á quien hubiese visto en peligro.

Genoveva sintió que el corazon se le oprimia al escuchar la respuesta de Don Juan. Habia cumplido una simple obligacion de cortesia ó de compasion hacia una muger á quien veia en un riesgo, y nada mas. Semejante declaracion era para alejar hasta la mas remota idea de que hubiese podido ser un sentimiento mas tierno el que hubiese dado origen al servicio que le prestara. La jóven inclinó la cabeza, como abrumada bajo el peso de aquellas palabras. El Visitador advirtió perfectamente el efecto de lo que acababa de decir con entera deliberacion, y agregó:

— Digo esto, porque no me considero con derecho á la gratitud con que vuestro noble corazon recompensa tan pequeño favor.

La jóven meditó durante un momento el sentido de la frase que completaba y explicaba los conceptos anteriores. ¿Indicaba el Visitador que lo que habia hecho era puramente un acto de caballerosidad, porque suponia que Genoveva recompensaba el servicio *únicamente* con su *gratitud*? Un rayo de esperanza brilló entre las sombras con que la declaracion de Don Juan habia cubierto el alma de la infeliz amante.

— ¡La gratitud! exclamó con efusion; si, ¡la gratitud! Llamadla asi, caballero, si es ese el nombre que corresponde al sentimiento que aquel hecho me ha inspirado. ¿Y cual otro, añadió, podria caber entre vos y yo?

Habia tal expresion de abatimiento en el tono de voz con que pronunció aquellas palabras, que era imposible equivocarse sobre su significacion.

— Decis bien, replicó el Visitador, con acento trémulo; ¿que lazo podria unirnos á vos y á mi, sino el de la gratitud? Vos, jóven, bella, en la primavera de la vida, con un horizonte de felicidad como término de vuestras aspiraciones; yo, fatigado de la existencia, abrumado con el peso de cuidados graves y condenado á rendir solo mi laboriosa jornada!

Don Juan guardó silencio é inclinó la cabeza bajo el peso de los pensamientos dolorosos que acababa de expresar. Genoveva no pudo dominar su emocion y las lágrimas inundaron sus pálidas mejillas.

— ¿Llorais?, dijo el Visitador, y volvió á tomar la mano de la jóven; ¿llorais?.... ¿Será posible?..... comprenderá acaso vuestro corazon, ardiente y jóven, los sufrimientos de una alma destrozada por los mas crüeles sufrimientos?

Genoveva no tenia fuerzas para contestar y abandonó su mano á Don Juan, que la llevó poco á poco á sus labios. La infeliz se extremeció al contacto de aquel beso, que hizo correr un fuego abrasador por sus venas.

— ¿Me amas, Genoveva?, ¿me amas, dijo el Visitador con efusion, ¿me amas, como yo.... te amo?

Genoveva no pudo dominar su corazon; una especie de vértigo se apoderó de su alma enagenada y poniendose en pié, exclamó:

— ¡Oh si! os amo; os he amado desde el instante en que os vi. Sé que nos separa un abismo; comprendo que esta debe ser la última vez que os vea; y por lo mismo, me complazco en repetiros que os amo, y os amaré mientras aliente mi pobre corazon, muerto para la esperanza.

Dicho esto, Genoveva hizo un esfuerzo sobre si misma, separó su mano de las de Don Juan, y alejandose precipitadamente, entró en la iglesia.

El Visitador la vió marcharse y la siguió con una mirada tranquila y serena.

— Desventurada!, dijo luego que la hubo perdido de vista. Desventurada! Mas te valiera haber arrojado tu pobre corazon en medio de un áspero zarzal. Prepárate á verlo herido, desgarrado, exangüe! Si yo te hubiese encontrado en mi camino veinte años hace, quizá.... te habria amado; pero hoy es tarde; si, es demasiado tarde. Y sin embargo, es necesario continuar esta intriga, porque esa pobre muger puede servirme, sin que ella misma lo comprenda. Y despues,.... añadió, despues..... ¿no me ama?; pues no quedará sin recompensa.

El Visitador calló cuando hubo pronunciado á media voz aquellas palabras; se embozó en su ferreruelo y sin volver una sola vez la cabeza hacia la iglesia, desapareció entre los sombrios amates de la alameda.

CAPITULO XIX.

En la herreria de la calle ancha.

AL siguiente dia, á las ocho de la mañana, Don Juan de Ibarra estaba en su gabinete, sentado junto á una mesa grande y cubierta de papeles, que le servia de escritorio. En otra mesa mas pequeña trabajaba el dignísimo Don Judas, que sin levantar la cabeza, miraba de vez en cuando de un modo muy particular á un individuo con quien hablaba el Visitador, y que, de pié, á dos pasos del bufete, conservaba una actitud que excediendo algo á lo respetuoso, casi tocaba ya en lo humilde.

Era el tal sugeto un hombre alto, entrecano, de fisonomia que revelaba poca inteligencia, un caracter debil y medroso, y ese hábito de obediencia ciega, que ni discute ni examina siquiera, y cuya divisa es callar y obrar. Aquel medio hombre y medio máquina, vestia una ropilla de sarga negra, una gola muy almidonada, ferreruelo y gregüescos del mismo color y tela de la ropilla. Llevaba

colgado de un talabarte de cuero un largo chafarote y ostentaba en la mano derecha vara de justicia. Parecia pendiente de los ojos y mas aun de las palabras del Visitador, que tenia un papel en la mano y leia é interrogaba alternativamente al individuo. Para sacar de dudas á nuestros lectores, diremos que el personage que estaba delante de Don Juan, era el Sr. Don Gerónimo de Utrilla, Fernandez y Montalban, Alguacil mayor, sugeto importante y temido en la ciudad, como aquel de quien dependia que un pacífico ciudadano se acostase en su cama una noche y fuese á amanecer al siguiente dia donde no tuviese que temer ni sol, ni lluvia, y donde viviese, aunque no muy regaladamente, á costa de Su Magestad; ó hablando sin rodeos, en la cárcel.

—"Don Antonio de Justiniano," decia el Visitador, viendo el papel que tenia delante de los ojos; y suspendiendo la lectura, interrogaba con la mirada al Alguacil mayor.

—Ese, contestó el funcionario, tuvo la mala idea de hacer resistencia á la justicia del Rey; requirió la espada y quiso cargar sobre los que me acompañaban. Fué preciso asegurarlo con una fuerte cuerda y asi caminó.

—Bien, dijo el Juez de residencia, y continuó leyendo:

—"Don Juan de la Tobilla"....

—Y Galvez. ¡Pobrecillo!, exclamó Don Gerónimo; hizo todo lo contrario que el hijo del genoves; casi lloraba de afliccion. Ya se vé, aun no cuenta diez y ocho años, y ¡verse ya á la sombra!

—"Francisco de Estopiñan."

—¡Ave Maria purísima! ¡Qué zalagarda la que se armó por cuenta de ese mozo! La madre, (que por cierto está emparentada con mi esposa), juró á Dios y á sus santos que aquel ultraje no habia de quedarse asi. Dijo que donde se habia visto que á un Estopiñan se le lle-

vase á la cárcel como á un cualquiera, y gritó que su marido se quejaria al Rey.

— "Pedro de Lira," dijo Don Juan, tan inalterable como de costumbre.

— Casi la misma frasca que con Estopiñan. La familia entera se me echó encima y en un tris estuvo que no me sacaran los ojos. En fin, señor, para no cansaros, las ocho prisiones se han ejecutado anoche como Vuesa Señoria tuvo á bien disponerlo; todos estan en bartolinas é incomunicados en la cárcel de Corte, con excepcion de dos únicamente.

— ¿Y son?, preguntó Ibarra, frunciendo el entrecejo.

— Don Pedro Alvarez de la Vega, á quien encontré malo, de un terrible golpe en la cabeza, y el capitan Don Fernando Peraza, hijo del Sr. Presidente, á quien no pude ver; pero fui informado de que está punto menos que el otro. El capitan, segun dicen, tiene casi deshecha una mano. Parece que esos dos jóvenes señores se encontraron con alguno que les sacudió de lo lindo, tal estan de mal parados.

— Cuidad de informaros de la salud de esos dos sugetos, y tan pronto como esten en aptitud de poder salir, que vayan á hacer compañia á los demas.

El de la vara se inclinó en señal de asentimiento, y guardó silencio.

— ¿Teneis algo mas que comunicarme?, dijo el Visitador.

— Si, señor, ¿puedo hablar?, preguntó el Alguacil mayor, echando al soslayo una mirada un tanto fosca al escribano.

El Juez de residencia se levantó, y dirigiendose á una salita inmediata, hizo seña al otro de que lo siguiese. Entraron y Don Juan cerró la puerta.

— ¿Que hay?, dijo con aire tranquilo, luego que hubo cerrado.

— Novedades, señor, novedades y anuncios de otras mayores. Esos jóvenes estan emparentados con la mitad de la nobleza, y se ha visto con escándalo el que se les haya sentado la mano. Hay pasquines y la ciudad está llena de letreros.

— ¿Y que dicen?

— No sé si me atreva á referiros lo que dicen.... lo que tienen la audacia de escribir....

— Pues atrevecos.

— Hablan de que han de beber la sangre à Vuesa Señoria.

— Harian mal, porque esa es una bebida que podria ahogarlos á las primeras gotas.

— Mucha parte del pueblo parece dispuesta á tomar el partido de los presos.

— Jamas he acostumbrado contar el número de mis enemigos ¿Y quien es el que seria bastante osado para ponerse al frente de una turba rebelada?

— Hay dos únicamente que podrian hacerlo.

— ¿Quienes?

— El capitan Peraza....

— Es un loco.

— Y Don Francisco Jiron.

— Es muy viejo.

— Se ha esparcido ademas entre los descontentos un rumor extraño.

— ¿Cual?

— Dicen que Vuesa Señoria ha hecho encerrar en la cárcel de ciudad á un sugeto muy importante, que quiso llegar al Sr. Presidente, con pliegos que suponen del Rey.

El Visitador recapacitó un momento, se sonrió y dijo:

— El mesonero del Idolo! Mi escribano podrá informar, llegado el caso, de la importancia de ese prisionero. Dejadlos hablar; un solo individuo que no tenga cosa mayor que hacer, basta para inundar de pasquines en una

noche una ciudad como esta y cubrir las paredes de letreros. Mientras ellos escriben y hablan, yo obro, y eso vale algo mas. Me respondeis con vuestra cabeza de los presos.

El Visitador volvió al gabinete, siguiendolo el Alguacil mayor, que se retiró en seguida, despues de hacer un humildísimo saludo á Don Juan.

— ¿Y como va el juicio?, preguntó este á Don Judas, luego que se hubo marchado el gefe de la policia.

— Poco á poco, segun la órden de Vuesa Señoria. Las últimas declaraciones ponen en claro alguna responsabilidad de Lira y de Jiron, por lo de las alcabalas. Está probada excesiva rigidez en la exaccion....

— ¿Y nada mas?

— Hasta ahora, nada mas.

— Poco hábil sois, Don Judas, si solo esto habeis podido sacar en limpio.

— Aun para eso, señor, ha sido preciso bregar no poco con los testigos. Halagos, amenazas, todo ha sido inútil. Sea por miedo, ó por cualquier otro motivo, se resisten á condenar al Presidente y á su Secretario, y apenas han dicho algo contra los Alcaldes y algunos de los Regidores del año antepasado.

— Pero las declaraciones de los dos Molinos son esplícitas.

— Son las únicas.

— Y la de Fr. Bonifacio de los Angeles.

— Si, señor; con ella se prueba la idea que tuvo el Sr. Conde de atentar contra la real Audiencia.

— Pues eso basta. ¿Y la queja de Andres Molinos por lo de la encomienda?

— Corre agregada á los autos y se han compulsado testimonios de concesiones semejantes hechas á individuos que no son descendientes de conquistadores.

— Bien. Llamad á los testigos que aun no han sido

examinados, y haced que digan lo que conviene. Extended una órden para que se redoble la vigilancia con el mesonero de Sololá y que nadie le hable, bajo pretexto alguno.

— A propósito, señor, dijo Don Judas, hay aqui un oficio del Alcalde Don Pedro de Estrada Medinilla, en que solicita permiso para que entre un médico á ver á ese reo, que se dice sufre mucho á consecuencia del tormento.

El Visitador permaneció pensativo durante un momento, y luego dijo:

— ¿Conoceis algun doctor que sea de entera confianza?

— Solo el sabio Doctor Correa, sugeto habilisimo; bueno para curar.... y para otras cosas, si se ofrece.

La expresion de la fisonomia de Don Judas, al pronunciar aquellas palabras, suplia lo que pudiera faltar al informe que daba acerca del Doctor.

— Bien, contestó Don Juan; que vea ese hombre al prisionero, yendo vos unicamente con él; y cuenta si se escapa algo que pueda hacer entender por qué se halla preso el mesonero de Sololá. Vos me respondeis de eso.

Don Judas se inclinó y el Visitador salió del gabinete.

Mientras continuaba el diligentisimo escribano los diversos trabajos encomendados á su habilidad, Don Juan de Ibarra llamó al page de servicio, pasó á su alcoba y comenzó á vestirse muy despacio. El trage era sencillo, de una tela de seda negra adamascada, y sin estar cortado conforme á lo mas rigoroso de la moda, tampoco podía decirse chocante. Era un vestido como correspondia á la edad del que lo llevaba. Tomó capa y sombrero, y suspendiendo una daga al cinturon, salió á la calle.

Veianse por todas partes grupos de gente, que comentaban la noticia de las prisiones ejecutadas en la noche precedente. Las familias de los ocho jóvenes, presos,

como habrán comprendido nuestros lectores, á consecuencia de la cencerrada con que habian obsequiado al Visitador, eran de las mas respetables y relacionadas en la ciudad. Contaban con numerosos amigos y paniaguados, y estos procuraban excitar el sentimiento público contra el autor de lo que consideraban un horroroso desacato. El Juez de residencia, cuyo semblante parecia indicar la mas completa tranquilidad, se fué derecho á aquellos grupos de hombres mal encarados y cubiertos de harapos, como lo eran en aquel tiempo los que componian la plebe de los barrios; pasó lentamente en medio de ellos, sin fijarse en el aire feroz de aquellas fisonomias, que revelaban una marcada propension al crimen. La audacia tiene algo que impone á los mas desalmados, y aquellas turbas, que pocos momentos antes lanzaban amenazas contra el Visitador, le abrieron paso en silencio, sin atreverse casi á poner los ojos en él.

Don Juan recorrió una parte del barrio de Santo Domingo y despues se dirijió hacia las calles que conducian á Jocotenango. En todas encontró grupos de gentes del pueblo; pero nadie se atrevió á dirijirle un insulto, ni vió siquiera un gesto amenazador. Tomando la calle ancha de los herreros, iba examinando una por una todas las herrerias, como si buscase alguna determinada. Todos aquellos talleres estaban cerrados, á pesar de ser dia de trabajo; pero por último llegó el Visitador á uno que estaba abierto, aunque el silencio que reinaba en él indicaba que no estaban ahi los operarios. Detuvose delante de aquel taller y vió que en efecto no habia en él mas que un hombre, que estaba vuelto de espaldas é inclinado sobre la fragua, de donde se levantaban las llamas. En aquel momento el herrero se separó de la hornilla, para tomar el fuelle, y Don Juan vió que era Francisco Molinos.

— Aqui está, dijo el Visitador á media voz, entrando en la herreria; y luego saludando con afabilidad, añadió:

— Buenos dias, maestro Francisco.

— Dios guarde á Vuesa Señoría Sr. Visitador, contestó el artesano, en tono respetuoso, adelantandose hacia Don Juan.

El examen rápido que este hizo del herrero, bastó para que comprendiese que aquel hombre no era de la clase á que parecia pertenecer. El color rubio de sus hermosos cabellos, sus ojos azules, el tinte blanco de su rostro, sus facciones fuertemente acentuadas, todo estaba indicando que Francisco Molinos era, por nacimiento, de clase muy superior á la de su padre adoptivo.

— ¿Como estais hoy tan solo en la tienda, maestro?, preguntó Don Juan, tomando asiento, sin ceremonia, en un banquillo, que cuidó de colocar un poco detras de la puerta, como para no ser visto desde la calle.

— Nadie ha venido, señor Visitador, contestó el herrero, permaneciendo en pié y apoyado en el extremo del mango de un enorme martillo, cuya cabeza descansaba en el suelo. Los oficiales y hasta los simples aprendices andan alborotados, porque se ha esparcido la voz de que va á haber alzamiento.

— ¡Bah! Alzamiento! ¿Quien se alzará, y contra quien?

Dicen que se alzará la plebe contra Vuesa Señoria, contestó sencillamente Francisco. El juicio de residencia traia disgustados á los partidarios del Sr. Presidente, y las prisiones de anoche parece que han acabado de enardecerlos. Hablan de tomar las armas.

— ¿Y vos creeis que tengan razon?

— Yo no sé si la tienen ó no; pues me ocupo muy poco en estas cosas. He oido á mi padre y á mi tio que el Sr. Presidente está perdido; que lo vais á deponer; que habrá nuevo gobierno y que todo será felicidad y dicha, especialmente para los pobres. Muchos lo creen asi; pero hay otros que piensan de diverso modo y juran que han de vengar el ultrage que pretenden habeis hecho á la nobleza.

— Dicen que sois muy popular, Francisco, dijo Don

Juan con indiferencia, y que teneis un poder casi absoluto en los barrios.

— Es verdad que la gente me quiere y oye mis consejos. Saben que vivo ocupado unicamente en mi trabajo; no hago mal á nadie y sirvo á los que me necesitan.

— Os seria, pues, bien facil, si lo quisierais, desconcertar esas intrigas que se han urdido, apovechando la sencillez de la muchedumbre ignorante.

— Si lo seria, si lo quisiera, Señor Visitador, dijo Francisco; pero la dificultad está en que yo lo quiera.

— ¡Que la dificulad está en que lo querais! exclamó Don Juan admirado de la sangre fria y la seguridad con que Molinos habia pronunciado aquellas palabras. ¿Y si el servicio del Rey exijiera que empleaseis vuestro poder sobre esa canalla alborotada?

— No lo emplearia.

— ¡No lo emplearíais! ¿Veriais con indiferencia que la ciudad se dividiese en bandos y que me viese yo obligado á castigar severamente, haciendo cortar media docena de cabezas?

— Esa es cuenta vuestra y no mia, Señor Visitador, respondió Francisco con la misma tranquilidad. Yo no soy noble, no soy rico, ¿que puedo temer en caso de que la canalla, como vos la llamais, se alce y hagais correr la sangre, para ahogar la rebelion?

Un rayo de alegria iluminó el semblante sombrio del Visitador. Habia creido comprender por las últimas palabras del herrero, que este le abria un camino y suponia que al decir "no soy noble," "no soy rico," indicaba harto claramente los medios que con él deberian emplearse, el precio que ponia á sus servicios.

— No os habia comprendido, dijo Don Juan, con una sonrisa significativa; teneis razon, amigo Francisco; no sois rico, y un hombre como vos, que ha venido á ser aqui una potencia por su influjo en el pueblo, tiene derecho á hacer fortuna. No sois noble, y veis justamente con

disgusto que lo son otros que no poseen tal vez los méritos que vos. Yo puedo haceros rico, yo puedo levantaros de la posicion humilde á que la ciega casualidad os ha condenado. Puedo hacer que el Rey os otorgue el tratamiento de *Don* y una ejecutoria de hidalgo, en premio de los servicios que prestareis á S. M. en esta ocasion.

El herrero se cruzó de brazos y dirijió al Visitador la mirada fija y serena de sus grandes ojos azules. Don Juan, á pesar de su altivez y de la superioridad moral que le daba su posicion respecto á aquel artesano, casi no pudo sostener aquella mirada, que expresaba, mejor que el mas elocuente discurso, la dignidad del hombre de carácter, herida en lo más vivo.

— Es decir, dijo al fin Francisco, sin que su acento traicionase la emocion de su alma; es decir que habeis venido con el objeto de buscar mi cooperacion; de balde, si es posible; y comprada, si es que yo quiero poner precio á mis servicios?

El Visitador no respondió, temiendo echar á perder por completo la negociacion. A pesár de la manera firme en que habia contestado á las indicaciones del Alguacil Mayor y no obstante el valor con que acababa de ir á desafiar la cólera del pueblo, Don Juan comprendia la necesidad de obrar con prudencia y evitar que las cosas llegasen á una peligrosa extremidad. Veia que no se adelantaba mucho en el juicio de residencia contra el Presidente y convenia á sus planes que no se le pudiese acusar de haber empeorado la situacion del reino, con medidas apasionadas y violentas. Sabiendo que el hijo de Andres Molinos disponia de una gran parte del pueblo, calculó que aquel hombre podria servir en un caso dado y quiso ir por si mismo á sondear la disposicion en que estuviese, no queriendo fiar aquella negociacion ni al herrero, de cuyos alcances tenia poco concepto, ni al barbero, que no le inspiraba una completa confianza.

El modo frio, duro y resuelto en que declaró Fran-

cisco que no estaba dispuesto á emplear su influencia para apaciguar al pueblo, asombró y ofendió al orgulloso Visitador, poco habituado á encontrar resistencias, aun en sujetos de mas importancia que aquel artesano; pero le convenia disimular en la ocasion, y cuando creyó comprender que Francisco trataba de sacar partido de la necesidad que se tenia de sus servicios, se resolvió á comprarlos.

El hijo adoptivo de Andres Molinos, despues de haber dirijido á Don Juan la mirada de que hemos hablado y que casi casi hizo creer al Visitador que se habia equivocado en la interpretacion que diera á las palabras del herrero, le dirijió la pregunta á que Don Juan creyó mas prudente no dar contestacion.

Visto que el Visitador guardaba silencio, Francisco repitió:

— ¿Quereis comprar mis servicios?

— Mi deseo, dijo el Visitador, es recompensarlos dignamente.

— Pues bien, replicó el herrero, debo deciros que estoy pronto á venderlos.

Don Juan vió con asombro á Francisco; y luego, disimulando aquella impresion, dijo:

— Cuales son vuestras condiciones?

— Os he dicho que vendo mis servicios, replicó Molinos; pero debi decir que los cambio. Servicio por servicio; pensad si os conviene.

— Explicaos.

— Vos necesitais de que mi voz aplaque á la multitud irritada; no porque temais el riesgo que podais correr personalmente, pues me consta que teneis valor; sino porque no os conviene ser la causa de una grave perturbacion del òrden. Yo puedo desarmar la cólera del pueblo, y lo vereis venir á mi, manso y humilde, como el leon que lame y acaricia la mano de su guardian. Pero, en recompensa de ese servicio, os pido una cosa que á vos, señor, os costará muy poco, y que á mi me impor-

ta mas que los honores, mas que las riquezas, mas que la vida misma.

El herrero se detuvo, y acercandose á Don Juan, le dijo casi al oido, y con voz sorda y temblorosa:

— Decidme quien soy.

Habia tal expresion de amarga y sombria desesperacion en el acento con que pronunció Francisco aquellas palabras, que el Visitador no pudo dejar de asombrarse al notarlo.

— ¡Quien sois vos! dijo, ¡quien sois! ¿Lo sé yo acaso, Francisco? ¿Puedo yo revelaros el secreto de vuestro origen; yo, que estoy aqui apenas hace dos meses, y que no conozco ni aun la historia de las familias principales?

— Vos no sabeis quien soy, dijo el herrero, balbuciente de emocion; pero podeis averiguarlo, si lo quereis. Mi padre adoptivo nada puede negaros; mi tio es todo vuestro; preguntadles quienes eran los padres del huérfano á quien se ha criado bajo un nombre que no le pertenece y en una condicion para la que tal vez no habia nacido. ¡Oh señor! añadió Francisco, juntando sus manos vigorosas, en actitud suplicante; descubrid ese misterio; reveladmelo y seré el perro fiel que seguirá humilde y rendido vuestros pasos. Acariciaré al que vos querais que acaricie; haré sentir mi furia al que me mandeis vos que desgarre. Yo siento aqui, señor, en mi cabeza y en mis entrañas, que hay algo que no es la sangre del villano; hay un corazon levantado, à quien no es el aliento lo que le hace falta; hay pensamientos que abarcan un ámbito mucho mas extenso que el estrecho á que alcanzan mis ojos. Yo me he imaginado grande, temido y poderoso; me he soñado libre, surcando los mares, hirvientes con la tempestad, como en ciertas noches cuyo recuerdo vago bulle en mi memoria. La brisa me trae voces desconocidas que despiertan en mi alma los deseos mas extraños; el trueno al estallar y la lluvia cuando cae à torrentes desde un cielo sombrio, me revelan el misterio de mi frus-

trado destino. ¡Quien soy! ¡Quien soy! Si atiendo á lo que dice el mundo, un miserable huérfano á quien salvó de la miseria un soldado caritativo; si escucho la voz secreta de mi corazon, algo superior, si, muy superior á cuanto me rodea!

Habia efectivamente algo grande, sublime tal vez, en la entonacion de la voz, en la mirada, en el aire de aquel hombre, cuando pronunciaba aquellas palabras. Don Juan, á pesar del frio escepticismo que formaba el fondo de su carácter y no obstante su desprecio por la humanidad, no pudo menos de admirar al que humilde y pequeño un momento antes, se erguia delante de él como un coloso, alentado por las mas nobles aspiraciones, sostenido por la fé en si mismo. El momento era solemne. El Visitador se puso en pié é iba á responder á Francisco Molinos, cuando se oyeron en la puerta de la herreria gritos atronadores, ó mejor dicho rujidos desesperados.

Era una turba de gente armada que intentaba precipitarse en el taller, la que arrojaba aquellos ahullidos. Despues de haber abierto paso al Visitador, los amotinados, vueltos de la sorpresa que les causara aquel golpe de audacia y excitados por algunos sugetos de apariencia decente, que recorrian encubiertos los grupos, sintieron redoblar su furor y fueron siguiendo de lejos á Don Juan. Lo vieron entrar á la herreria de Molinos y se pararon á aguardar que saliese. La conferencia se prolongó y el populacho comenzó á impacientarse. Las turbas fueron engrosandose, y á medida que aumentaban en número los descontentos, dejaban ver mas y mas su audacia. Respetaban el sagrado de aquel taller, por el amor y la veneracion que tenian á Francisco; pero de repente un carnicero, mas osado que los otros, se adelantó y en términos harto desvergonzados, reprochó á los del tumulto su cobardia y los excitó á que entrasen á acabar con el Visitador. La propuesta fué acogida con gritos descompasa-

dos, y aprovechando aquella excitacion, se precipitó el carnicero hacia la herreria, blandiendo un enorme cuchillo, que aun conservaba las señales de las operaciones del oficio á que estaba destinado. La turba siguió á aquel frenético dando ahullidos de rabia, y esos gritos fueron los que interrumpieron á Don Juan, en el momento en que se disponia á contestar á Francisco Molinos.

— ¿Donde está ese judio á quien llaman el Visitador?, gritó el carnicero, levantando el brazo manchado de sangre hasta la camisa, que llevaba arremangada.

Don Juan se puso ligeramente pálido al ver el hierro, cuya punta casi le tocaba ya el pecho, y al advertir que se le dirijian al mismo tiempo veinte ó treinta cuchillos mas. Pero aquella impresion fué rápida como el relámpago, y el rostro del Visitador recobró inmediatamente su serenidad habitual.

— Yo soy; ¿que se ofrece?; contestó con voz firme, sin miedo y sin jactancia, al que habia hecho la pregunta.

El feroz carnicero iba á hundir el puñal en el corazon de Don Juan; cuando una mano vigorosa apartó el hierro, con un golpe dado en el brazo que lo manejaba; y otra mano asió por el cuello al asesino y lo arrojó á unas dos varas de distancia, en medio de sus compañeros aterrados. Aquellas dos manos eran las de Francisco Molinos.

— ¡Atras! grito Molinos con voz estentorea; y solo y desarmado como estaba, se plantó en medio del grupo de malvados, dominandolo con su elevada estatura, con la altivez de su porte y con la audacia de su mirada. Un rujido sordo fué la única respuesta que se oyó partir de en medio de los amotinados, que dejando caer los cuchillos, se retiraron hacia fuera de la puerta.

— Este caballero es mi huesped, dijo Molinos; y por ahora, está bajo mi proteccion.

Aquellas palabras produjeron un efecto mágico. La turba se hizo un remolino, y abriendo calle, dejó pasar al Visitador, que salió seguido del herrero. Los del tumul-

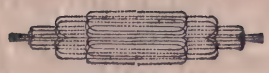
to los seguian en el mayor silencio. Francisco fué acompañando al Juez de residencia hasta la puerta de su casa; y cuando hubieron llegado, el Visitador apretó la mano al herrero, y le dijo:

— Podeis contar conmigo, como yo con vos; y sin pronunciar una palabra mas, volvió la espalda y entró en su casa.

Al subir las escaleras, murmuraba Don Juan:

— El, hombre, vale tanto como ella, muger. Veinte años antes, yo lo habria estimado; mas, me habria unido á él con la mas estrecha amistad. Hoy, es tarde; si.... demasiado tarde, repitió; y llamando al page de servicio, le dijo con la mayor tranquilidad:

— La comida.



CAPITULO XX.

En casa del Alguacil Mayor.

EN el capitulo precedente han hecho conocimiento nuestros lectores con un personage que aun no habia figurado en el drama que vamos refiriendo: el Alguacil Mayor Don Gerónimo de Utrilla, Fernandez y Montalvan. Este individuo era un problema viviente, un enigma que pocos habian tal vez adivinado. Comenzando por su origen y acabando por su elevacion al rango de Alguacil Mayor, Don Gerónimo era uno de esos acertijos que pican la curiosidad, hacen sudar para encontrarles la explicacion y acaban por cansarle á uno la paciencia y obligarlo á darse por vencido. Unos decian que era noble; otros suponian que era muy cualquier cosa; para estos era un tonto; para aquellos un hombre que disimulaba sus habilidades. Quien pretendia que era un bonachon; quien le hacia la cruz cuando pasaba, como si fuera el mismo diablo. No diremos cual ó cuales de esas opiniones fuesen las mas acertadas; dejando al juicio im-

parcial y recto de nuestros lectores el calificar á Don Gerónimo; colocandolo en el calendario, ó inscribiendolo en el número de la gente *non sancta*.

Que Don Gerónimo debia ser algo, lo inferimos nosotros de lo mucho que hablaban de él; pues casi siempre puede medirse la importancia de los hombres públicos por las murmuraciones de los prójimos. Frecuentemente se oia en la ciudad: Don Gerónimo hizo, Don Gerónimo dijo, Don Gerónimo fué, Don Gerónimo volvió; y Don Gerónimo era el autor de cuanto sucedia, especialmente si lo que sucedia era algo malo.

Hemos apelado respecto á Don Gerónimo al fallo imparcial de nuestros benévolos lectores; y vamos á apelar al de nuestras sagaces y amabilisimas lectoras respecto á la muger de Don Gerónimo.

Era Dña. Luisa de mediana estatura, pálida, ojinegra, cabello blondo obscuro, boca no muy pequeña, pero graciosa y provocativa; nariz de esas que llaman respingonas; mano fina y bien contorneada, pié pequeño, llena, cargada de espaldas, aunque no tanto que pudiese decirse jorobada; labios gruesos, que tenia costumbre de morderse, no sabemos si por distraccion, ó por mostrar dos hileras de dientes pequeños y bien esmaltados, aunque no enteramente parejos. En fin, Dña. Luisa, no siendo lo que puede llamarse una muger hermosa, era una muger de esas de quienes las demas mugeres hablan moviendo ligeramente los hombros; de esas de quienes suelen decir ellas que no son bonitas; pero á quienes de seguro no se atreverían á llamar feas.

Por lo demas, Dña. Luisa era todavia mas enigma que su marido, y no es poco decir. Era jóven, aunque no tanto como ella pretendia; pues hacia algun tiempo que se habia plantado impertérrita en los veinticuatro años y jurado no pasar de ahi, asi la mataran. Su marido podia pasar por su padre, y se murmuraba por bajo que de ma-

rido no tenia el bueno de Don Gerónimo sino el título y los honores.

Con lo dicho, con agregar que Don Gerónimo y Dña. Luisa no tenian hijos y concluyendo con que ella acostumbraba tener caprichos y él acostumbraba satisfacerlos, creemos que bastará y sobrará para que lectores y lectoras formen su opinion, con cabal conocimiento de causa, sobre Don Gerónimo y Dña. Luisa.

Eran las ocho de la noche; de la noche del dia en que el Visitador habia estado á punto de acabar apuñaleado en la herreria de la calle ancha por un carnicero y por otros desalmados á quienes este capitaneaba. En una casa de muy buena apariencia de la calle de Santa Catarina, que entre paréntesis, no era entonces la *calle real*, como lo es ahora, á falta de otras mejores; estaba, en una sala bastantemente bien adornada, y bastantemente mal alumbrada por una vela de sebo, colocada en un candelero de plata, una muger que aparentemente no hacia nada; pero que en realidad hacia lo peor que puede hacer una muger jóven y no mal parecida que tiene marido viejo y feo: se aburria. Aquella muger era Dña. Luisa, y aquel aburrimiento podia tener diversas causas. En nuestra antigua capital la prima noche era la hora de las visitas, aun de cumplimiento; y una casa delante de cuya puerta no se veian dos ó tres coches por lo menos, poco despues de la oracion, y donde los criados no iban y venian con las bandejas de plata cargadas de bizcochos y de lujosas jícaras de chocolate, para las visitas, era una casa de mal tono, pertenecia á una familia obscura y poco relacionada.

Es pues el caso que en la noche de que hablamos, no habia coches delante de la puerta de Dña. Luisa, ni habia en la cocina movimiento de criadas, pues el chocolate no se sirve cuando no hay quien se lo tome. He aqui por qué Dña. Luisa se daba al diablo, prefiriendo

eso à darse á su marido.

De tiempo en tiempo la jóven dirijia miradas impacientes á un reló que encerrado en su correspondiente torre de caoba sin barnizar, se levantaba en medio de las dos ventanas de la sala. A medida que avanzaba la manecilla, aumentaba la impaciencia de la dama, y los latidos de su corazon casi se escuchaban tan distintamente como los golpes secos y acompasados de la péndola. Dña. Luisa se mordia los labios; pero aquella vez no era para lucir los dientes, sino para hacer brotar la sangre. Sacaba de bajo la bordada falda de su trage de tafetan de Granada color de lila, un lindo pié calzado con un lujoso chapin de raso blanco y golpeaba con fuerza la alfombra que cubria el estrado. Otras veces se arreglaba la botonadura de plata que sugetaba su justillo, sin embargo de que no necesitaba de aquella operacion. Empujaba hacia atras con mal humor sus mangas perdidas, que bajaban con elegancia de los alechugados brahones que adornaban sus hombros; ajaba su gola de encajes, so pretexto de aderezarla y echaba á perder su tocado, tirando con desesperacion de los hermosos rizos que formaban sus cabellos, cojidos con una preciosa peineta de perlas.

La despiadada manecilla seguia entretanto adelantando en la órbita que formaba la carátula del reló y al fin llegó á tocar el número que marcaba las nueve. La campana hizo resonar en el salon otros tantos golpes sonoros, secos y pausados.

—¡Las nueve ya y no viene!, exclamó Dña. Luisa, levantandose.

El mal humor de la dama, mal contenido hasta entonces, hubo por último de estallar. Se dirijió precipitadamente al cuarto inmediato, que era su alcoba; tiró con fuerza de un cordon de seda encarnada que pendia del techo, y se oyó á lo lejos el retintin de una campanilla. Inmediatamente acudió un criado, á quien Dña. Luisa dijo

secamente:

— Dile á señor que venga.

— Señora, contestó el criado, medroso al advertir, por la entonacion de la voz, la cólera de su ama. El Sr. Don Gerónimo está encerrado en su despacho, muy ocupado, y ha dado órden de que nadie lo interrumpa.

— ¡Por vida de....! gritó la jóven; tan animal es el que ha dado tal órden como los que la cumplen. Dile que lo llamo *yo*.

Imposible es decir todo lo que habia de fuertemente acentuado en aquel pronombre personal pronunciado como lo pronunciaban los labios de Dña. Luisa. Aquel *yo* era la fórmula mas concreta, pero la mas expresiva del gobierno absoluto de la muger. Era la tirania conyugal aquilatada, quintesenciada, reducida á dos letras, que expresaban ellas solas mas teoria de despotismo, que toda la que puede contener desleida el famoso libro de Maquiavelo. Ante un *yo* de aquel calibre, no habia mas que callar y obedecer; y asi el lacayo de Dña. Luisa obedeció y calló.

Dos minutos despues se abrió la puerta del salon y apareció el Alguacil Mayor, en el mismo trage que llevaba por la mañana, cuando se presentó en casa del Visitador, menos el sombrero, el ferreruelo, el chafarote y la vara.

— ¿Que ocurre, hija mia, mi querida Luisa, dijo Don Gerónimo, que acostumbraba buscar las frases mas melifluas siempre que notaba anuncios de tempestad.

— ¿Que ocurre, decis? respondió la jóven, lanzandose hacia su marido como una culebra á quien se ha dado un pisoton. Lo que ocurre es que sois un cafre.

— Pero, bien mio, le contestó el pobre Alguacil, ya eso me lo has dicho mil veces y....

— Y os lo diré otras mil, y nunca serán tantas cuantas mereceis. Ved este salon; reparad en la hora que es

y decidme si es regular que nadie venga á las nueve de la noche. Mi tertulia se acaba; esto es insoportable; dos noches ya que nadie pone un pié aqui; ni aun mi prima la de Estopiñan.

— Pero....

No hay mas pero sino que tus bellaquerias tienen la culpa de que todos huyan de mí como si tuviera yo la peste, ó si estuviera excomulgada.

— Pero....

— Pero lo que hay es que todo el mundo te maldice hoy en la ciudad, por haberte metido á farolero. Solo á ti que eres un ruin pudo haber ocurrido ir á hacer esas prisiones, que tienen la culpa de que nadie me vea.

— Pero mis.....

— Pero tus barbaridades han de costarme la vida; ya te lo he cantado y recantado. Al fin has logrado tu deseo, viejo impertinente, que es vivir solo y encerrado como un tecolote. ¡Y ver, añadió Dña. Luisa, cuya excitacion nerviosa iba subiendo de punto; ver que por tu maldita accion no volverá el hijo del Sr. Presidente, que apenas comenzaba á visitarme, y ahora Dios sepa lo que va à pensar de mi, al ver que tengo un marido tan caribe, que ha sido capaz de semejante villania!

— Ah! exclamó el Alguacil Mayor, que vió con gusto que el enemigo le abria una brecha; el capitan Peraza! el capitan Peraza! Con razon las visitas de ese mozo me daban mala espina. Eso es lo que te ha puesto de ese humor de perros. El capitan! el capitan! Ya te entiendo prenda mia; sabete, buena pieza, que no volverás á andar en picos pardos con ese jóven libertino; pues, para tu intelijencia te diré que tengo órden formal y muy formal de llevarlo á la carcel de corte, y he de tener el gusto de que se seque ahi.

Don Gerónimo estaba realmente furioso cuando pronunciaba aquellas palabras. El desventurado tenia la debili-

dad de adorar á su muger y los celos le mordian cruelmente el corazon. Cuatro ó seis noches antes, Don Fernando se habia presentado en su casa, acompañado del jóven Estopiñan, pariente de Dña. Luisa, y se habia dedicado á cortejar á la dama, con su acostumbrado desembarazo. Don Gerónimo se daba al diablo con aquel galanteo; pero no se habia atrevido á poner en la calle al hijo del Presidente, pues no las tenia todas consigo sobre el resultado del juicio de residencia y no era prudente exponer la vara á un fracaso. Asi, cuando el Visitador le dió órden para prender á Don Fernando, el pobre hombre vió el cielo abierto, pues iba á verse libre de aquel rival temible, y en todo evento habia otro sobre quien echar la responsabilidad de tan grave medida.

Dña. Luisa se puso pálida de ira al oir que su marido hablaba de prender al capitan Peraza, y le dijo con la voz balbuciente de furor:

— ¿Que hablas tú de prender al capitan, viejo loco? ¿Crees que eso es tan facil como decirlo? ¿Te figuras tú que un caballero de su condicion es como uno de tantos borrachos á quienes acostumbras poner en la cadena, cuando te da la gana? Mira, Gerónimo, guárdate de tocar á Don Fernando, si quieres evitarte muchos dolores de cabeza.

— Oh! ¿Conque me amenazas? ¿Es decir que confiesas que amas á ese perdonavidas?

— ¡Que amenazar ni que calabaza!, replicó la jóven. Yo no te amenazo ni puedo amar á un hombre á quien he conocido hace tres dias, y á quien no he hablado sino delante de testigos. Te advierto el peligro á que te expones y nada mas.

— Pues yo te digo que lo he de prender, gritó en tono airado y resuelto el Alguacil Mayor.

— Pues yo te repito que no te atreverás á tocarle un pelo de la cabeza, porque la pagarás y muy bien pagada.

— Si, exclamó Don Gerónimo, como haciendo un esfuerzo extraordinario para mostrarse enérjico, lo he buscado por todas partes y bien sabe él porque me ha huido la cara; pero yo daré con él; lo prenderé, en donde quiera que lo encuentre, aun cuando vaya á esconderse bajo del ara del altar mayor de la Catedral. Lo prenderé, lo prenderé, repito; ¿lo entiendes?

Dña. Luisa fué acercandose poco á poco á su marido, con los dedos crispados y rechinando los dientes, como una hiena que se dispone á saltar sobre su presa; pero en aquel momento se abrió de par en par la puerta del salon y el lacayo dijo en voz alta, anunciando:

— El capitan Peraza.

El Alguacil Mayor sintió que las piernas le temblaban; un sudor frio comenzó á correr por su frente; se le nubló la vista y estuvo á punto de desmayarse. Dña. Luisa varió tambien instantaneamente, al oir aquel anuncio inesperado. Su rostro, contraido por el furor, se revistió de la expresion de la amabilidad y comenzó á vagar por sus labios una sonrisa encantadora.

Don Fernando se adelantó hacia la dama, con la cabeza erguida y con su aire marcial acostumbrado. Estaba pálido y llevaba el brazo derecho medio oculto bajo el ferreruelo, y pendiente de un pañuelo de seda encarnado, que hacia muy buen efecto sobre el terciopelo negro de su ropilla. Dña. Luisa echó una mirada rápida al gallardo capitan y en seguida volvió á ver á su marido, que le pareció mas insoportable que de costumbre, á causa de lo cómico de la situacion en que colocaba al infeliz la aparicion del capitan en aquel momento en que acababa de lanzar tantas bravatas.

Peraza saludó con galanteria á Dña. Luisa y apenas hizo una ligera inclinacion de cabeza á Don Gerónimo, que estaba espantosamente contrariado.

— No esperabamos tener el honor de veros por acá esta noche, señor capitan, tartamudeó el Alguacil Mayor,

limpiandose el sudor que le goteaba de la frente.

— En efecto, se apresuró á añadir Dña. Luisa, se ha dicho que no estabais muy bien de salud y *yo* temia ya no tener el gusto de veros.

El capitan tomó asiento en un taburete forrado de baqueta de Moscovia que colocó tan cerca de Dña. Luisa como le fué posible, aunque quedaba volviendo un poco la espalda al Alguacil Mayor.

— Esta noche me he sentido mejor, amable Dña. Luisa, dijo Don Fernando; y creo que el deseo de veros ha sido medicina mas activa que los emplastos de los doctores y los boticarios.

— Pues yo pienso que haceis mal en exponeros saliendo á la calle, dijo Don Gerónimo.

— Gracias, no tengo calentura, replicó el capitan, sin volver la cara; y aunque siento que se me abrasa el alma, nada tengo que temer del frio ni del sereno.

El pobre Alguacil se puso mas pálido que un difunto, al oir que al capitan se le abrasaba el alma; comprendiendo la intencion diabólica de aquellas palabras. Reunió todas sus fuerzas, y haciendo un ánimo, como el que se decide á salvar de un salto un ancho foso, respondió:

— No es el frio ni el sereno de la noche lo que debeis temer, caballero; sino la órden que se ha dado.

— ¿Órden de qué, buen hombre?, dijo Don Fernando; volviendose hacia Don Gerónimo.

Aquellas dos palabras: *buen hombre*, acabaron de hacer perder el juicio al desventurado del Alguacil, que, herido en lo mas vivo, y sintiendose fuerte con sus derechos de marido y con el mandamiento de prision, que llevaba en el bolsillo, firmado y sellado por el Visitador, se puso en pié, y en el tono mas magestuoso y grave que le fué posible, exclamó:

— Órden de encerraros en una bartolina, en la cárcel de corte, que sé de muy buena tinta haber sido expedida por Su Señoria el Licenciado Don Juan de Ibar-

ra, Visitador y Juez de residencia del Señor Presidente.

— ¡Bah!, contestó Don Fernando alzando los hombros con desden; yo quisiera ver quien es el guapo que se atreve á ponreme á mi la mano; y sin hacer mas caso del Alguacil Mayor que el que hiciera de un infimo corchete, le volvió otra vez la espalda y continuó dirijiendo á Dña. Luisa miradas asesinas.

Don Gerónimo se daba á todos los diablos, y le entraron serias tentaciones de salir de la sala y enviar á llamar seis ú ocho de sus ministriles; pero Dña. Luisa, que estaba muy acostumbrada á leer en lo mas recóndito de los pensamientos de su marido, adivinó sus malas intenciones y se propuso combatirlas, empleando la mas habil de las estratejias.

— Parece, dijo la dama con naturalidad, que el juicio de residencia del Señor Conde está á punto de concluir.

— Entiendo que si, contestó el capitan; el Señor Visitador está en un atolladero sin salida; no tiene mas arbitrio que cortar por lo sano y marcharse con la música á otra parte.

— He oido decir, añadió Dña. Luisa, que nada se saca en limpio de las declaraciones tomadas; que vuestro señor padre se sincerará de todos los cargos, y generalmente se cree que seguirá gobernando otros diez años.

— Esa es mi conviccion, señora, y lo ha sido siempre.

— Yo me alegro infinito, dijo la dama, queriendo dar el último golpe á los planes de Don Gerónimo, que estaban ya casi derrotados; y lo único que siento en todo esto es lo que habrá de suceder á los que se han comprometido ligeramente, mostrando un celo exajerado en cumplir las órdenes del tal Visitador.

— Eso se verá á su tiempo, dijo Don Fernando, moviendo la cabeza en aire de amenaza; yo lo que os digo es que poco ha de vivir el que no vea cortar aqui mas de media docena de cabezas.

El Alguacil Mayor saltó de su asiento todo asustado, y se agarró el cuello con ambas manos, como si quiese defender y asegurar la suya.

— No hay destino mas comprometido, dijo temblando, que el que yo ejerzo; espero que esto se considerará llegado el caso.

— El señor capitan empleará su influencia en tu favor, replicó Dña. Luisa.

— Se hará lo que se pueda, señora, dijo el capitan; y ¿quien sabe? tal vez con una multa de dos mil tostones, cinco ó seis años de prision ú otros tantos de destierro, podrá el Señor Alguacil Mayor evitar la horca.

— ¡Prision! destierro! multa de dos mil tostones! exclamó Don Gerónimo aterrado; no, yo no tengo necesidad de exponerme á eso; y ademas, tengo un corazon que no me permite perjudicar á nadie. Sabed, señor capitan, que yo mismo he recibido del Visitador la órden de prenderos; he ido á buscaros anoche por hacer la planta; pero bien veis qué poca diligencia he puesto para encontraros. Sabia que no estabais tan malo como decian, y sin embargo, he fingido creer en vuestra enfermedad. No olvideis esto, señor capitan. Eso no lo hace cualquiera; tal prueba de estimacion bien merece que os intereseis por mi. ¡Mal haya el tal Visitador que ha venido á meternos en esta barahunda!

El lacayo que habia anunciado al capitan, abrió en aquel momento la puerta de la sala y dirijiendose al Alguacil Mayor, dijo:

— El Señor Visitador desea ver inmediatamente á Vuesa Merced y sube ya las escaleras.

Un rayo habria hecho menos efecto al pobre Don Gerónimo que el que le causaron aquellas palabras.

— ¡Santo Cristo de Esquipulas! exclamó temblando como un azogado; si os encuentra aquí, señor capitan, soy hombre arruinado, perdido. Por el amor de Dios, ocultaos.

— Yo no tengo por qué ocultarme, contestó Don Fer-

nando y se arrellanó en una butaca.

— ¡Que no os ocultais! dijo el Alguacil Mayor, cuyo miedo iba subiendo de punto. Entonces yo me voy; no me quedo aquí; me escondo; me disfrazo; pronto, pronto, Luisa, hija mia, uno de tus vestidos; que no me conozca; dile que no soy yo, que no estoy en casa, que estoy malo, que me mori; lo que quieras. Salvadme, por piedad, salvadme.

—Hacedlo, por compasion, exclamó la jóven; por él, por vos, por mi; ocultaos un momento.

El capitan cedió al fin á los ruegos de Dña. Luisa y consintió en pasar á la alcoba, cuya puerta cerró ella, luego que hubo entrado Don Fernando. Y era tiempo; pues en aquel mismo instante apareció el Visitador. Adelantose el Alguacil Mayor á recibirlo, haciendole profundas cortesias y Don Juan saludó con urbanidad á Dña. Luisa.

— Señor, dijo Don Gerónimo, con voz balbuciente, pues aun le duraba el susto; este honor inesperado nos sorprende á mi esposa y á mi. Hola! Pedro, Diego, traed otra luz; que preparen chocolate para Su Señoria.

— Gracias, caballero, dijo Don Juan; no molesteis á nadie por mi; esta visita tiene por objeto unicamente hablaros de asuntos graves del servicio del Rey.

Dña. Luisa se puso en pié, al escuchar aquellas palabras, y saludando á Don Juan con una reverencia, se dispuso á retirarse. Don Gerónimo aprobó con una mirada significativa la discreta resolucion de su esposa; pero el desventurado se puso pálido y sofocó un grito que estuvo á punto de escaparsele, al advertir que Dña. Luisa, en su atolondramiento, se dirijia á la alcoba donde estaba encerrado el capitan Peraza.

— No, no por ahi, hija mia, dijo levantandose y deteniendo á la dama, que ya iba á abrir la puerta. Con permiso de Vuesa Señoria, Señor Visitador; hazme favor de pasar á ese gabinete, (y señalaba otra pieza contigua á la sala;) no hay luz en tu alcoba y podrias dar un tropezon.

Diciendo esto, hizo salir á Dña. Luisa empujandola ligeramente; la llevó hacia la puerta, y al llegar, dijo con voz sorda y alterada por el furor:

— ¡Maldita seas tú y maldito el que me ha metido en tal enredo!

La jóven señora dirijió á su marido una mirada de indignacion y entró en el gabinete.

El Alguacil Mayor volvió á donde estaba Don Juan, que contemplaba atónito aquella escena, y tomando asiento á cierta distancia del Visitador, por respeto, dijo:

— Estoy á las órdenes de Vuesa Señoria.

— Señor Alguacil Mayor, dijo Don Juan, con aire severo; ¿sabeis que el capitan Peraza no está en Jocotenango?

— ¡Que no está en Jocotenango! Pues.... es muy extraño.... se me aseguró que estaba tan malo.... que yo.... pues.... si.... no.... tal vez.... ¿quien sabe?....

— Acabo de recibir aviso de que se le ha visto recorrer á eso de las ocho varias calles de la ciudad; que ha hablado con muchos de los descontentos, que han vuelto á reunirse en grupos amenazadores, como esta mañana.

— Es raro.... ese capitan.... ese capitan.... puede dar aun mucho que hacer, dijo el Alguacil Mayor, en voz muy baja y volviendo á ver todo azorado hacia la alcoba.

— Es necesario prenderlo pronto.

— Si, si, prenderlo y hacerlo salir luego luego del reino.

Vos mismo vais á salir á buscarlo, hasta dar con él, aun cuando tengais que rondar toda la noche.

— Señor.... yo.... desde luego.... lo que disponga Vuesa Señoria;.... pero, ir ahora.... y no volver en toda la noche. El capitan!.... el capitan!.... ¿donde voy yo á dar con él?....

— Buscadlo ¡vive Dios! aunque sea en las entrañas de la tierra, exclamó Don Juan, cuya paciencia se iba ya agotando. Ea! salid; vamos inmediatamente y no volvais á presentaros en mi presencia, si no me llevais la no-

ticia de que está cumplida la órden.

Al decir esto, el Visitador se puso en pié, y Don Gerónimo hizo otro tanto maquinalmente.

— Seguidme, dijo Don Juan, cuyo aire verdaderamente feroz. hizo que se le erizaran los cabellos al Alguacil Mayor. Sin decir ya una sola palabra, tomó la capa y el sombrero, se ciñó la espada y empuñó la vara. El Visitador avanzó hacia la puerta de la sala y Don Gerónimo marchó tras él, mohino y cabizbajo. Al salir, el desventurado volvió la cabeza y dirijió una tristísima mirada á la alcoba donde estaba encerrado el capitan y otra igualmente dolorosa al gabinete en donde estaba su muger. Lanzó un gemido sordo y fué siguiendo los pasos de Don Juan.

No bien hubo sonado el ruido de la puerta de la calle que se cerró luego que hubieron salido los dos personages, Dña. Luisa abrió con mucho tiento la puerta del gabinete, desde el cual habia escuchado, sin perder una sola silaba, la conversacion de su marido y del Visitador; corrió hacia la alcoba, empujó la puerta, y entró diciendo:

— Salid.

Pero no recibió contestacion alguna. Entonces tomó la vela y pasó con ella á la alcoba; buscó por todas partes y no encontró á nadie; el capitan habia desaparecido.

CAPITULO XXI.

Quid pro quo.

TENEMOS que explicar como y por qué habia desaparecido el capitan. Desde luego debe considerarse que Don Fernando, suponiendo que el Visitador y Don Gerónimo tratarian asuntos que á él habian de interesarle, procuró escuchar la plática; y fué asi efectivamente. Con solo aplicar el oido á la puerta, pudo ponerse al corriente del objeto de la visita del Juez de residencia y enterarse de que se proyectaba nada menos que reducirlo á prision.

Entonces concibió Don Fernando un proyecto de esos que solo á hombres de un temple como el suyo podian ocurrir; y fué, sencillamente, hacer con el Visitador, lo que el Visitador queria hacer con él. Oyó que el Alguacil Mayor quedaba encargado de buscarlo, y calculó que el digno gefe de la policia no habia de ir solo á desempeñar semejante comision, sino que ocurriria al cabildo en busca de unos cuantos ministriles. Supuso tambien que Don

Juan se volveria á su casa á esperar el resultado de la operacion. Era natural, pues, que se separasen en la esquina donde la calle de Santa Catarina toca con la que va hacia la plazuela de Santo Domingo; siguiendo el Alguacil hacia la plaza mayor y Don Juan hacia su casa. El Visitador iba, pues, á atravesar solo aquella larga calle, y cayendo sobre él media docena de hombres fuertes y robustos, era lo mas facil del mundo prenderlo y asegurarlo, sin que hiciese resistencia, sin necesidad de hacerle daño y sin darle tiempo ni aun para pedir auxilio. El capitan calculó en seguida con quienes podria contar para aquel golpe de mano atrevido; y aunque seis de los mas calaveras de sus amigos estaban presos, no faltaban otros que de seguro se pondrian á sus órdenes para llevar á cabo el plan.

No habia tiempo que perder, una vez tomada la resolucion. Don Fernando comenzó á buscar alguna salida, tocando las paredes de la alcoba, pues la pieza estaba á obscuras; y no tardó en dar con una puerta. La empujó y cedió al impulso; pasó á un cuarto de labor de Dña. Luisa, que iluminaba debilmente un velon que ardia delante de una imagen de la vírgen. El capitan vió una ventana sin rejas y acercandose á mirar al traves de los cristales, advirtió que daba al corredor. Abriola, salió y pronto ganó las escaleras. Llegó al zaguan, levantó el pestillo del porton y se encontró en la calle. Se dirijió inmediatamente á una casa poco distante, donde vivia un jóven amigo suyo, Don Garcia de Loaiza, á quien por su caracter atrevido y por la enemiga que tenia su familia al Visitador, consideró Don Fernando como uno de los mas á propósito para tomar parte en la empresa que llevaba entre manos. La casualidad favoreció al capitan, pues al acercarse á la casa de su amigo, este salia. Reconocieronse y Don Fernando dió cuenta en breves palabras del proyecto y de la manera en que se proponia ejecutarlo.

— ¡Excelente idea! amigo Don Fernando, exclamó el otro calavera, y mejor oportunidad para dar un buen golpe no puede presentarsenos.

— Bien, contestó el capitan; no nos falta, pues, Garcia, sino encontrar pronto, muy pronto, cuatro ó cinco amigos tan resueltos como tú, para que nos ayuden.

— Esos los tienes ahi en mi casa. Acabo de dejar en conversacion con mi madre y mis hermanas á Luis Alonso de Mazariegos, á Francisco Aguilar de la Cueva, á Juan Sarmiento Valderrama, á Diego de Escobar y á Fernando Alvarez de Revolorio. Sabes que estos son capaces de agarrar al mismo diablo y meterlo en un saco; voy, pues, á llamarlos y verás como queda todo arreglado en un santiamen.

Dicho esto, Loaiza volvió á entrar en su casa, y á poco salió con los cinco jóvenes, á quienes habia ya informado brevemente de lo que se proyectaba. El golpe era aventurado y peligroso, y por lo mismo cautivó las imaginaciones de aquellos mozos atrevidos. Exasperados con la prision de los que habian acompañado á Don Fernando en la cencerrada, amigos y parientes de algunos de ellos, acojieron con decision y alegria el pensamiento del capitan Peraza, sin reparar en las consecuencias que podia ocasionar. Uno de tantos, el menos loco de todos, hizo una observacion:

— Cuando esté asegurado ese hombre, dijo, ¿que haremos de él?

— Toma! contestó Peraza; lo mandaremos al golfo con una escolta y lo embarcaremos. Yo me encargo de arreglar esto con mi padre. Una vez dado el golpe, no tendrá mas que apoyarme.

— ¡Excelente idea! exclamaron los otros. Vamos á ejecutarlo todo como lo has dispuesto.

— Necesitamos, dijo Don Fernando, una cuerda y una silla de manos.

— La hay en casa, contestó Loaiza.

— Un capirote negro, añadió el capitan.

— Voy á traerlo inmediatamente, dijo Valderrama. Mi padre es mayordomo del santo entierro y estan en casa todos los que sirven en la procesion.

— Pues manos á la obra, caballeros, dijo Don Fernando con alegria.

Loaiza volvió á entrar en su casa, y á poco salió con la cuerda y la silla de manos, que conducian dos criados. Valderrama fué á buscar el capirote y pronto volvió con él.

— Dos de vosotros, dijo Peraza, os quedareis aqui ocultos, en la puerta de Loaiza y seguireis al Visitador y al Alguacil Mayor; los demas iran á situarse, con los criados y la silla, frente á la iglesia de Capuchinas, por donde tiene que pasar Don Juan de Ibarra. Cuando llegue á la esquina, os echais sobre él y atandolo fuertemente por los brazos, le envolveis la cabeza en el capirote. Se le encierra en la silla de manos, amenazandolo con matarlo á la primera voz que dé. Rodead con él algunas de las manzanas contiguas, para que no advierta á donde se le conduce; yo voy á preparar el sitio donde lo encerraremos por esta noche; mientras obtengo de mi padre la órden para lanzarlo del reino.

Tomadas estas disposiciones, que aprobaron los aturdidos compañeros del capitan, cuatro de ellos fueron á situarse frente á las Capuchinas, llevando los criados la silla de manos; dos se quedaron esperando que pasasen el Visitador y Don Gerónimo para seguirlos y Don Fernando se marchó por su lado, ofreciendo que muy pronto se les reuniria.

Sigamos desde luego al capitan y despues veremos como se verificó el golpe de mano. Rodeó la cuadra donde estaba situada la casa del Alguacil Mayor y cuando volvió á desembocar en la calle por el extremo opuesto, vió desprenderse de la puerta de Don Gerónimo dos hom-

bres embozados. Comprendió quienes eran y los fué siguiendo á la distancia. Cuando se hubieron alejado, Peraza se dirijió resueltamente à casa del Alguacil; llamó, abrieronle y entró, diciendo le urjia ver otra vez á la señora. Dña. Luisa se sorprendió al ver entrar al capitan.

— ¿Que haceis, caballero,? le dijo; ¿no sabeis que os buscan para prenderos?

— Lo sé, amable Dña Luisa, y lo que hago es ganar por la mano y aplicar la ley del talion á nuestro excelente Visitador. Es decir que si él quiere prenderme á mi, yo tambien quiero prenderlo á él.

— Pero.... vos;.... ¿lo habeis pensado bien? ¿como vais á hacer semejante cosa?

— Muy facilmente; las medidas estan tomadas; el pájaro va á caer, no lo dudeis; lo único que me falta es la jaula donde encerrarlo, y esa es la que vengo á pediros; pues no encuentro otra parte donde ponerlo, sino en vuestra casa.

— ¡En mi casa! ¡Santo Dios! eso nos perderia!

— Eso es lo que salvará al bueno de Don Gerónimo. Nada teneis que temer. Don Juan de Ibarra sale de aqui mañana al amanecer, con una fuerte guardia, que lo conducirá hasta embarcarlo en golfo dulce; y si yo puedo alegar en favor de vuestro marido el haber prestado su casa para la prision del Visitador, se le perdonará su celo exajerado en lo de las prisiones. Conque decidios.

Dña. Luisa comprendió que no faltaba razon al capitan en lo que decia; calculó que lanzado el Visitador, nada tenia que temer, y como por otra parte iba poniendose respecto á Don Fernando en una de esas situaciones en que las mugeres creen siempre que lo que dicen ciertos hombres es lo mas acertado, aun cuando sea un enorme disparate, la jóven acabó por ceder y dijo al capitan:

— Pues si vos lo deseais y ello ha de convenir, dis-

poned de mi casa.

— Gracias, bella señora; necesito una sola pieza, que no tenga mas que una puerta, y si es posible sin ventana. El pájaro, como veis, es de cuenta, y es menester tomar toda clase de precauciones para que no se nos eche á volar.

La esposa del Alguacil Mayor reflexionó un momento y luego dijo:

— El dormitorio de mi marido reune todas las condiciones que deseais: es una pieza retirada, con una sola puerta y sin ventana. El no volverá en toda la noche, pues tiene que andar buscandoos; y asi, por esa parte no hay cuidado.

— ¡Famoso! exclamó Don Fernando; hacedme favor de traerme la llave de esa pieza y dentro de un momento estaremos aqui con nuestro prisionero. Tened la bondad de tomar vuestras disposiciones para que las gentes de la casa no adviertan lo que va à suceder.

— No tengais cuidado; es tarde y voy á dar órden de que todos se recojan.

Dña Luisa fué á buscar la llave; y habiendo vuelto luego con ella, la entregó á Don Fernando. Despidiose este de la jóven, cuya mano estrechó con efusion; no sabemos si por agradecimiento al servicio que iba á prestarle, ó por otro motivo; y se lanzó á la calle.

Entre tanto, ¿que habia sucedido en la esquina de Capuchinas? Vamos á referirlo. Los cuatro jóvenes calaveras y los dos criados de Loaiza llegaron con la silla de manos y la colocaron en un rincon del atrio de la iglesia. La noche estaba obscurisima, y en aquel tiempo no habia mas alumbrado que el de una ú otra candileja que solia encenderse delante de los nichos abiertos en la pared y en los cuales se colocaban algunas imagenes de la virgen ó de santos. Pero en aquella parte de la calle ni aun eso habia; de modo que la obscuridad era completa.

La hora no era para que persona viviente se aventurase á andar en la calle; pues habian dado ya las once y las novedades ocurridas retraian aun á aquellos pocos que hubieran tenido tentaciones de salir de sus casas. Los cuatro amigos y los dos criados se guarecieron de la puerta de la iglesia y pronto oyeron pasos apresurados hacia el extremo de la calle por donde debia llegar el Visitador. Pusieronse alerta y á poco vieron que se acercaba un honbre embozado y que otros dos lo seguian muy de cerca.

— El es, dijo Loaiza, pues ahi vienen siguiendolo nuestros compañeros. Preparaos.

Desnudaron en silencio las espadas y aguardaron. El embozado tenia que pasar muy cerca de ellos. Siguió avanzando, y al llegar á la esquina, los dos que lo seguian se echaron de improviso sobre él. Desprendieronse instantaneamente de su escondite los de la puerta y los seis cayeron á un tiempo sobre el otro. Uno le echó el cordel al derredor del cuerpo, cojiendole los brazos y dejandolo sin movimiento; otro le envolvió la cabeza en el capirote negro y se lo ató fuertemente en derredor del cuello, y los demas, poniendole al pecho las espadas, le dijeron que si hacia resistencia ó si daba una sola voz, se contase por muerto. El asaltado hizo oir una especie de gruñido sordo, que apenas se percibió, porque el capirote casi lo ahogaba, y no volvió á chistar palabra. Acercaron la silla, metieronlo en ella, despues de haberlo despojado de la espada; reiteraron la amenaza de matarlo en el acto si intentaba alzar la voz, y cargaron los criados con el vehiculo y con el enjaulado. Los seis autores de aquel atrevido plagio escoltaban la silla, espada en mano. Apenas hubieron dado una vuelta á la manzana, segun las instrucciones de Don Fernando, cuando se encontraron con este, que iba á buscarlos.

— ¿Que cuentas me dais,? les dijo; ¿está asegurado?

— Desarmado, respondió uno de los jóvenes, atado,

encapirotado y enjaulado. ¿Y tú que nos dices? ¿Adondo hemos de llevarlo?

— A casa del Alguacil Mayor.

— ¡A la de Don Gerónimo! Por vida de Baco que eso es sublime! Encerrar al Visitador en casa del gefe de la policia! A fé, que si lo buscan, á nadie ocurrirà que pueda estar ahi.

— Es claro; agregad que no sabia yo donde podriamos ponerlo y está explicada mi resolución.

— ¿Y si Don Gerónimo vuelve á su casa esta noche?

— ¿Que ha de volver, pesia á tal, si tiene órden de rondar toda la noche en busca mia? Trabajo le ha de costar el dar conmigo, y mas aun el prenderme, caso de encontrarme. Conque ya veis que no hay peligro de que eso suceda. Vamos andando; demos una vuelta mas por otra manzana, para que el prisionero pierda la pista, y luego lo dejaremos en su posada.

— Vamos, dijeron los demas; y haciendo que los criados volviesen á tomar la silla, echaron á andar. Dieron vuelta á la manzana, sin encontrar á nadie y llegaron á la casa de Don Gerónimo. Llamó Don Fernando y abrió en persona Dña. Luisa, que habia hecho que todas las gentes de su servidumbre se recogiesen. Atravesaron el zaguan, subieron las escaleras y se dirijieron todos con la silla de manos al dormitorio del Alguacil Mayor, que abrió el capitan.

— Salid, dijo este al prisionero en tono resuelto, y tened entendido que el menor conato de escaparos ó de llamar en vuestro auxilio, os costará la vida.

El prisionero guardó silencio.

Ayudaronlo á salir de la silla, y Don Fernando lo hizo entrar en el cuarto, con un fuerte empellon. Uno de los jóvenes tenia asido el extremo de la cuerda que le sujetaba los brazos y con el empujon que le dió el capitan, se desató el nudo corredizo.

— Se ha desatado, dijo el que tenia la cuerda.

— No importa, contestó Don Fernando; voy á echar la llave y no podrá escapar. No hay tiempo que perder.

Echó la llave por fuera y agregó:

— Bueno será que os quedeis aqui, guardando al prisionero, mientras yo voy á hablar con mi padre.

— Con dos hay bastante para eso, contestó Don Luis de Mazariegos; nos quedaremos Loaiza y yo, y los demas será bien que vayan á dar cuenta á todos los amigos de la prision del Visitador. La Audiencia puede intentar oponerse á su expulsion, y es necesario estar prevenidos para ese caso. Es preciso armar en el acto á los partidarios del Presidente, y que esta noche misma vengan todos aqui, à fin de poder resistir mañana, si intentan rescatarlo.

— Mazariegos dice muy bien, agregó Don Francisco Aguilar de la Cueva; quedense dos y vamos los demas á hacer se reunan aqui todos los que puedan ayudarnos.

— Bien está, replicó Peraza; aunque tengo la esperanza de que con la guardia misma que custodia á mi padre, escoltaremos al Juez de residencia en el viage al golfo.

— Vamos, pues; á la obra caballeros, y que mañana, cuando se sepan en la ciudad las aventuras de esta noche, ya el Visitador esté á seis ú ocho leguas de distancia.

Dicho esto, se marcharon el capitan Peraza y cuatro de sus amigos, quedando de guardia Loaiza y Mazariegos. Don Fernando dió aviso á Dña. Luisa del plan concertado y le suplicó permitiese que uno de los criados de Loaiza, que estaban ya á medias en el secreto, quedase para abrir la puerta de la calle y reconocer á los que irian llegando. Consintió en ello la dama, y habiendose marchado el capitan, se retiró ella á recogerse, anunciando que se proponia ver la salida del Visitador.

Los cuatro jóvenes comisionados para reunir á los partidarios del Presidente, procedieron sin pérdida de tiempo á ejecutar el encargo. Fueron de una en otra casa, y en todas partes se les escuchaba con asombro. Solo

porque ellos mismos aseguraban haber capturado al Visitador, podia creerse aquel golpe de audacia. Gran parte de la nobleza estaba exasperada con las prisiones de los que habian acompañado al capitan en la travesura de la cencerrada; y asi, fué acojida con entusiasmo la propuesta de apoyar el golpe de mano y llevar á cabo la expulsion de Don Juan de Ibarra. Armaronse los caballeros é hicieron que tambien se armasen sus criados y algunos artesanos á quienes fué posible citar á aquella hora; y uños en pos de otros, fueron dirijiéndose á la casa del Alguacil mayor. Poco antes de las dos, habia mas de treinta individuos de todas clases, resueltos á no dejarse arrebatar el prisionero, en caso de que se intentase rescatarlo.

Entre tanto el promotor de aquella gresca estaba encerrado con el Conde, dándole cuenta de lo que acababa de ejecutar. El anciano Presidente recibió la noticia estupefacto, y calculó al momento las consecuencias funestas que podia tener la locura de su hijo.

— ¡Preso,! exclamaba, ¡preso! y apoyaba la cabeza en sus dos manos, haciendo descansar ambos codos en la mesa. Jóven imprudente, añadia el Conde con abatimiento, este paso nos perderá sin remedio!

— Al contrario, padre mio, contestó Don Fernando con la mayor frescura, será nuestra salvacion. Escribid al Rey y decidle que el tal Visitador que os ha enviado es un tunante que intentaba revolver el reino, y que S. M. no tiene mas que mandar otro, que eche al fuego los autos que han forjado el Lic. Ibarra y su patibulario escribano, y os tome residencia en regla, sin tantas solfas y marañas como estos han armado.

— ¡Todo se ha perdido! repetia el Presidente; todo se ha perdido! Mi causa era excelente; el Visitador estaba en un atolladero sin salida y tú has venido á darle una ventaja inmensa sobre mí!

— Pues medrados estamos, padre mio! ¿Es decir que lo que hemos hecho mis amigos y yo es una barrabasada?

— Es lo suficiente para perderme y perderte sin remedio.

— Pues yo, señor, no estoy en el caso de volver atras, así hubiera de costarme la vida. Soltar ahora á ese hombre, no remediaria nada. El mal, si es que lo hay, está hecho, y no hay mas que apechugar con él y que arda Troya! ¿Quereis darme una órden escrita para la expulsion del Visitador?

— ¡Imposible! imposible! contestó el Presidente, poniéndose en pié. Primero me cortarán la mano.

— Pues en tal caso, yo saldré del apuro como pueda. Cuento con unos cuantos hombres resueltos y....

— ¿Y qué nueva locura piensas hacer?

— Locura, ninguna. No debiendo poner en libertad al prisionero, voy á hacerlo montar en un macho y dentro de dos ó tres horas, saldrá para el golfo dulce.

— Insensato! ¿Y si acude fuerza armada á rescatarlo, cosa muy facil si la Audiencia sabe lo ocurrido?

— Cuando la Audiencia lo sepa, ya el prisionero irá lejos; y si por casualidad lo huelen antes y quieren armar camorra, la tendremos, ¡por vida de sanes! A esta hora debe estar reunida una parte de la nobleza en casa del Alguacil Mayor, donde está el prisionero; voy á ponerme al frente de esos caballeros y si ha de haber un San Quintin, que lo haya. Yo tomo sobre mí la responsabilidad. Lo único que siento es, añadió con impaciencia el capitan, sacando su mano derecha, liada con una venda blanca; lo único que siento es que este condenado golpe me impida manejar la espada. Conque, padre mio, hasta las vistas. Mañana os traeré la última despedida de vuestro Visitador.

— Detente.... escucha.... ¿qué vas á hacer....,? decia el anciano aflijido; pero ya Don Fernando no lo oia; pues se habia lanzado fuera del cuarto, dejando al Presidente en la mayor angustia. Hizo que llamasen en el acto á Don Luis Melian, y habiendo acudido el jóven

secretario, que estaba ya recogido, oyó con asombro la grave noticia de la insigne locura de su primo.

— ¿Que hacer, Don Luis, que hacer en tan apurada circunstancia,? decia el anciano, paseándose por el gabinete con precipitacion.

— Si os parece bien, señor, iré ahora mismo á ver á Don Francisco Jiron Manuel. Acaso su prudencia encuentre algun arbitrio para que salgamos del conflicto en que nos ha puesto Fernando, con la mejor intencion sin duda.

— Lo habia yo pensado ya, Don Luis; aunque á deciros verdad, poca esperanza tengo de que, ni aun la perspicacia y experiencia de Jiron alcancen á encontrar remedio á lo que no lo tiene. Pero, de todos modos, id en el acto á ver á Don Francisco.

Don Luis salió del gabinete y tomando su espada, pasó por en medio de la guardia que custodiaba al Presidente; se dió á reconocer y no se puso obstáculo á su salida.

Se dirijió á casa de Jiron, y despues de haber llamado varias veces, pues todos estaban recogidos, se le abrió é hizo que avisasen al anciano caballero que necesitaba hablarle con urjencia. A poco apareció Don Francisco, y Don Luis lo informó brevemente de lo ocurrido. Asombrado al escuchar el grave acontecimiento, exclamó:

— Siempre temí que ese jóven habia de poner al Conde en un serio compromiso.

Guardó silencio durante un momento, y despues añadió:

— Don Luis, tened la bondad de decir al Señor Presidente que siento en mi alma lo ocurrido; que mi opinion es que Su Señoria debe permanecer completamente extraño á este suceso, y que siendo ya imposible remediar el mal, por mi parte yo creo de mi deber ponerme al lado de su hijo y morir con él, si fuere necesario. Voy á pasar inmediatamente á casa del Alguacil Mayor.

— Muy bien, señor, contestó Melian; no esperaba yo

menos de vuestra hidalguia; voy á comunicar esa resolucion al Señor Conde y despues volveré á ponerme á vuestras órdenes.

— No, Don Luis; vos ocupais un puesto oficial al lado del Presidente, y si tomaseis parte en ese golpe de mano, lo comprometeriais aun mas tal vez que lo ha hecho su propio hijo. El honor y el deber me imponen á mi, caballero particular, el ir á ofrecer mi espada al capitan Peraza. Vos no sois libre; vuestro puesto es al lado del Conde; id á ocuparlo.

Hablaba el anciano con tal autoridad y con tan grave firmeza, que el jóven no se atrevió á insistir; y aunque visiblemente contrariado, se despidió de Jiron Manuel, estrechándole la mano con respeto. Don Luis volvió á informar al Presidente de la determinacion del caballero, y el anciano resolvió pasar en vela lo que aun faltaba de la noche, presa de una inquietud mortal.

Entre tanto corria el tiempo, y en casa del Alguacil mayor se advertia el movimiento extraordinario de las disposiciones para conducir al prisionero fuera de la ciudad. Quince hidalgos montados y diez sirvientes, bien armados todos, se aprestaban á escoltarlo hasta el golfo, y los demas vendrian hasta el valle de la hermita, á nueve leguas de distancia de la capital. Se contaban las horas con impaciencia, y todas las miradas seguian la manecilla del reló de la sala del Alguacil Mayor. Apuntó al fin las cuatro, y Don Fernando dijo:

— Ha llegado la hora, caballeros; que cada cual ocupe el puesto que se le ha señalado.

Unos diez ó doce bajaron al patio y montando á caballo, salieron á situarse en la puerta de la calle. Los demas requirieron sus espadas, y precediendo el capitan y dos lacayos con luces, se dirijieron al dormitorio del Alguacil Mayor, donde estaba el prisionero. Doña Luisa no pudo vencer la curiosidad y fué siguiendo á los determinados hidalgos, deseosa de ver la salida del Visitador. En-

traron todos y se alarmaron al ver que no descubrian al prisionero. Vieron, sin embargo, en un taburete junto á la cama de Don Gerónimo, cuyas cortinas estaban corridas, todas las piezas del vestido de un caballero y encima un capirote negro.

— ¿Será posible que este hombre se haya echado á dormir tranquilamente? exclamó el capitan Peraza, levantando la cortina del pabellon de la cama.

Así era efectivamente. El preso estaba rebujado bajo las colchas y dormia, vuelto hácia la pared.

— Alzaos, dijo Don Fernando.

El otro no despertaba.

Impaciente el capitan, sacudió con fuerza al dormido y le gritó:

— Señor Visitador, vestios inmediatamente, que es hora de marchar.

Despertó el prisionero y volviéndose con alguna dificultad, dijo, dando un bostezo:

— ¿Que hora es, Luisa, hija mia? ¡Ah! ¡que sueños tan feos he tenido esta noche!

La sorpresa del capitan Peraza y la de los otros quince ó veinte caballeros que estaban en el dormitorio, era mas para imaginada que para referida. Veian al que estaba metido en la cama y creian estar delirando. Era el Señor Alguacil Mayor, Don Gerónimo de Utrilla, Fernandez y Montalvan, que abriendo desmesuradamente los ojos, y viendo todos aquellos hombres que rodeaban su cama, con las espadas en la mano, se puso á temblar y á dar diente con diente, como si estuviese atacado de tercianas.

— ¿Que es esto, Dios mio? ¿Que es esto?, exclamaba. Ya.... ya.... ya recuerdo.... Crei que era un sueño.... La silla de manos.... la cuerda, que todavia me ciñe los brazos.... y el capirote.... ¡oh! aquel condenado capirote que estuvo á punto de ahogarme.... Por piedad, por compasion no me mateis, señores; yo no hice mas que obe-

decer, al ejecutar las prisiones!

Y diciendo esto, hundió otra vez la cabeza bajo las colchas y daba gemidos sordos y lastimeros. Doña Luisa se escurrió bonitamente, al ver quien era el prisionero.

Don Fernando tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, y no se atrevia á proferir una sola palabra; tal era su vergüenza y confusion. Los demas caballeros se veian unos á otros asombrados.

Don Francisco Jiron Manuel rompió al fin el silencio y con voz reposada y grave, dijo:

— Caballeros, la providencia nos ha salvado. Una equivocacion, sin duda, ha evitado al reino males gravísimos. Espero de la hidalguia de todos los presentes que el secreto de esta aventura será religiosamente guardado, y pido á Dios que esta leccion no sea inútil para ninguno de nosotros.

El anciano envainó su espada y salió del dormitorio con su tranquilidad habitual. El capitan Peraza lanzó un rujido sordo y rechinó los dientes con desesperacion. Sin decir una palabra, siguió á Jiron Manuel, haciendo lo mismo los demas hidalgos.

El Alguacil Mayor habia vuelto á sacar la cabeza de bajo las colchas, y mas tranquilo al ver que se marchaban, dijo:

— Muchas gracias caballeros; muchas gracias; buenas noches señor capitan.

— Quedad con todos los diablos! gritó Don Fernando y cerró la puerta con un golpe que hizo retemblar la casa.

Cuando los caballeros se alejaban, oian aun al Alguacil, que esforzando la voz, repetia:

— Buenas noches señores, muchas gracias.

CAPITULO XXI.

La caja del maestro Andres.

EL *quid pro quo* del capitulo anterior tuvo por causa una de esas infinitas casualidades que ocurren en la vida y de las cuales suele depender el que sucedan ó dejen de suceder acontecimientos mas ó menos graves.

Diremos cual fué esa casualidad que hizo que aquella noche, en vez de prenderse á Don Juan de Ibarra, lo que habria producido consecuencias muy trascendentales, se prendiese á Don Gerónimo de Utrilla, lo cual no podia producir ninguna.

Luego que el Visitador y el Alguacil Mayor salieron de la casa del segundo, ordenada por el primero la prision del capitan Peraza, dijo Don Gerónimo:

—¿Y no le parece bien á Vuesa Señoria que, en vez de ir á buscar los corchetes, gente de suyo pácifica y un si es no es medrosa, vaya yo á tomar media compañia de soldados, puesto que se trata de prender á todo

un capitan y mas cuando ese capitan es hijo de quien es?

El Visitador reflexionó un momento; y comprendiendo que la indicacion era oportuna, contestó:

—Tal vez teneis razon; pero media compañia fuera demasiado y no hay que dar al capitan una importancia que no tiene. Los Sres. de la Audiencia se han empeñado. despues del lance del otro dia, en que tenga yo una guardia, para evitarme, dicen, nuevos insultos. Podeis ir á mi casa y decir al alferez Bocanegra, hombre fiel y de resolucion, que os acompañe con diez hombres, para ir á ejecutar una órden que os he dado. Entretanto yo, que puedo andar solo por todas partes, puesto que nada temo, voy á visitar la guardia de Palacio y la de carcel. En seguida me volveré á mi casa, y si no esta misma noche, me dareis cuenta mañana de la prision del capitan Peraza.

Al decir esto, Don Juan y Don Gerónimo llegaban á la esquina donde debian separarse. Concertado lo que cada cual habia de hacer, el Visitador siguió calle adelante hacia la plaza de armas y el Alguacil Mayor dobló, buscando la de Capuchinas y Santo Domingo. Ese cambio de rumbos causó el error que ocasionó un grandisimo susto al pobre Don Gerónimo. La noche estaba, como hemos dicho, muy obscura; ambos personages eran bastantemente parecidos en la estatura y como los dos iban vestidos de negro, con la mayor facilidad hubo de tomarse al uno por el otro.

Bien habria querido el Alguacil pedir socorro cuando se vió asaltado de improviso; pero amenazado con la muerte por aquellas gentes, á quienes de pronto creyó ladrones y asesinos, y luego cuasi ahogado por las puntas del capirote, que le ataron apretadamente al derredor del cuello, no tuvo mas arbitrio, segun él mismo dijo despues, que encomendarse á Dios de todo corazon, creyendo que era llegada su última hora. Subió de punto su sorpresa, al ver que lo dejaron encerrado en un cuarto; y

libre de las ataduras que le sujetaban los brazos, tocando los muebles, hubo de advertir, al conocer ciertos objetos, que era su propio dormitorio. Recobrado poco á poco del espanto que le causara la aventura, el Alguacil Mayor se quitó el capirote que lo sofocaba y resolvió acostarse, considerando que no podia hacer cosa mejor, ya que se encontraba junto á su cama. Asi fué que cuando entraron los que, habiendolo tomado por Don Juan, se disponian á llevar á cabo la proyectada expulsion, Don Gerónimo despertó bajo la impresion muy natural de que cuanto le habia sucedido era soñado.

Los numerosos testigos de aquel pesado chasco hablaban de él al salir de casa del Alguacil Mayor, y declaraban que locura mas insigne que la proyectada captura del Visitador no habia sido concebida por cerebro humano. Si en vez de seguir Don Juan calle derecha y volverse tranquilamente á su casa, como lo hizo, despues de haber visitado los cuarteles, hubiera persistido en su primitivo pensamiento, él y no Don Gerónimo de Utrilla habria sido capturado. Ni su valor ni su destreza fueran parte á evitar el que se viese sorprendido y agarrotado por seis hombres vigorosos y resueltos, y al siguiente dia, caballero en un macho, habria caminado al golfo dulce. Entonces todo el mundo hubiera dicho que el capitan Peraza, autor y ejecutor de aquel golpe de mano, era un mozo en quien la habilidad corria parejas con el atrevimiento. Una casualidad hizo que todo se frustrase, y como era de esperarse, los que estaban en el secreto de lo ocurrido declararon que la idea era tan ridícula como temeraria. El pobre capitan fué á ocultar su vergüenza á Jocotenango; y en su despecho, solo se ocupaba en meditar otros proyectos real y verdaderamente descabellados.

Entre tanto, el Alguacil Mayor, temeroso de que Don Fernando y sus amigos lo descalabrasen, si referia lo que

le habia sucedido, hizo firme propósito de no hablar á nadie de aquel lance; y por otra parte, su miedo al Visitador lo hacia sudar de congoja, al considerar el terrible cargo que le haria, por no haber cumplido sus órdenes. Aquellas consideraciones ahuyentaron el sueño de los ojos de Don Gerónimo, y desde que salieron de su dormitorio el capitan y sus compañeros, el desventurado no hizo mas que cavilar sobre lo que diria para disculparse. Imaginó un pretexto y otro, y todos los fué desechando por inverosímiles. Cuando la claridad de la mañana comenzaba á penetrar por las rendijas de las ventanas de su alcoba, saltó de la cama y se vistió, pues el miedo, que iba subiendo en él por grados, á medida que avanzaba el tiempo, no le permitia sosiego ni tranquilidad. Si llamaban á la puerta de la calle, temblaba como un azogado, figurandose si seria que lo buscaban de parte del Juez de residencia. Si oia pasos cerca de su cuarto, creia que eran soldados que iban á prenderlo. Un bicho que hiciese el mas ligero ruido, antojabasele choque de cadenas y rechino de las puertas de la carcel. De repente se abrió poco á poco la de la alcoba y se deslizó un bulto, á quien no vió al pronto Don Gerónimo, que en aquel momento estaba vuelto de espaldas. El recienllegado avanzó hacia el Alguacil mayor con la cautela y el silencio del gato que va á echar garra á un raton, y poniendole de improviso la mano sobre el hombro, le dijo:

—Como aguja os hemos buscado; ya os creiamos perdido para siempre; pero estaba de Dios que á mi me habia de tocar el premio del hallazgo ¿Donde habeis estado?

—Don Judas! tartamudeó el Alguacil Mayor, al sentir la garra y al oir la voz del escribano del Visitador; Don Judas, buenos dias; alegrome de veros; ¿donde he estado decis? ¿Lo sé yo acaso? En el otro mundo tal vez: tales cosas he visto, ó he creido ver: y el pobre

daba diente con diente y temblaba de pies á cabeza.

— Su Señoria me manda à saber de vos.

— Oh! oh! oh! Su Señoria! ¡Cuanta bondad! Decidle.... que estoy malo.... muy malo.... que he visto anoche cosas muy terribles.... Seis ó siete docenas de fantasmas ó almas en pena ó lo que sean se han apoderado de mi y cargando conmigo me han traido en una jaula hasta mi cuarto.

El Alguacil estaba pálido, desencajado y pronunciaba aquellas palabras con una voz sorda y hueca, como si saliese del fondo de una caverna. El escribano comenzó á creer que Don Gerónimo estaba loco rematado.

Dña. Luisa se habia levantado ya, y como se le dijese que Don Judas Patraña estaba en el cuarto de su marido, calculó que lo habria enviado el Visitador. La jóven señora, á pesar de su ligereza, no tenia mal corazon y se propuso acudir en auxilio del pobre hombre, á quien consideraba en un verdadero conflicto. Se dirijió al dormitorio y antes de entrar, se detuvo para escuchar un poco la conversacion y poder formar juicio de la situacion de las cosas. Alcanzó á oir las últimas palabras del Alguacil, y trazando su plan, entró de improviso en la alcoba. Saludó á Don Judas con una inclinacion de cabeza, y dijo, dirijiendose á Don Gerónimo muy enfadada:

— ¿Conque has hecho la barbaridad de levantarte, despues de la noche que has pasado?

— La noche que he pasado.... si, ¡he pasado una noche....!

— Con fiebre; si señor, con fiebre. Lo han traido medio muerto de un ataque que lo hizo caer en la esquina de Capuchinas, y venia delirando.

— Delirando! yo delirando! si.... es verdad que deliraba....

— Con almas en pena y con fantasmas.

— Con fantasmas y con almas en pena.... que me

cojieron y....

— Volvemos á las andadas! exclamó Dña. Luisa mas encolerizada. A la cama, á la cama; que no sabes de tu juicio.

— Si, á la cama.... que no sé de mi juicio.... á la cama.... y Don Gerónimo comenzó á desatarse las agugetas de las calzas delante de su muger y del escribano.

— Ya veis que mi marido no está en disposicion de recibir visitas, dijo la dama á Don Judas; hacedme la merced de retiraros mientras se desnuda.

— Bien, señora, bien; yo diré al Sr. Visitador la situacion en que queda vuestro esposo; y gracias, porque Su Señoria estaba realmente muy irritado.

Saludó á Dña. Luisa y se marchó, murmurando que jamas habia visto ataque de fiebre mas agudo que el que sufria en aquel momento Don Gerónimo.

Si el Visitador creyó ó no en la enfermedad del Alguacil Mayor, no nos atreveremos á decirlo. Pero si tuvo alguna duda, juzgó prudente disimularla. El capitan Peraza no se daba á luz, de puro corrido; y Don Juan, que ignoraba el motivo secreto de aquel encierro, creia que Don Fernando andaba á sombra de tejado, por temor de que se le prendiese, y con aquello le bastaba por lo pronto. El secreto de la equivocacion fué religiosamente guardado, á pesar de que andaba entre mas de una docena de personas; pero como á su hidalguia se agregaba la circunstancia de que no les hubiera convenido en manera alguna que se divulgase una aventura cuyo desenlace habia sido tan cómico, nadie volvió á hablar del asunto.

No se dejó por eso de continuar indisponiendo al populacho contra el Visitador. Los ánimos parecian muy mal dispuestos y el Juez de residencia se afirmó en la idea de que le era muy conveniente la alianza con el hijo adoptivo del herrero. Recordando perfectamente la condicion puesta por este, comenzó á tomar sus medidas

para rastrear algo respecto á su origen. Antes de tocar el punto directamente á Andres y á Basilio, quiso tomar algunos informes con otras personas; pero cuanto pudo sacar en limpio fué que despues de la expedicion á Sonsonate en 1587, en que habia ido el herrero como soldado de una compañia de mulatos de la ciudad, volvió con un niño blanco y rubio, á quien dijo haber recogido en una cabaña de la costa, solo y desamparado. Supo tambien Don Juan que desde aquella época habia comenzado á crecer la fortuna de Molinos, hasta venir á ser mas considerable que la de muchos sujetos que estaban contados en el número de los ricos.

Conservabase aun en el pueblo como tradicion la historia de una viuda española que recibia las visitas nocturnas del gefe de los piratas, y por supuesto no faltó quien hablara al Visitador de los rumores que en aquel tiempo habian corrido sobre las relaciones secretas de aquella señora con el ingles Drake y de su desaparicion, que coincidia con la expedicion en que Andres Molinos habia tomado parte. Reuniendo todos esos datos y reflexionando que el color y las facciones de Francisco no marcaban el tipo español, tuvo algunas sospechas muy vagas y confusas, que lo aproximaron bastantemente á la verdad, aunque sin acertar con ella por completo. Sabia muy bien que Drake se habia hecho riquisimo con los despojos de las naves capturadas por él y de las ciudades asaltadas y saqueadas; y aquel recuerdo se unia, sin saber bien por qué, en su imaginacion, con la inexplicable riqueza del herrero. Se propuso, pues, para aclarar por completo aquel misterio que se le presentaba envuelto en sombras, sondear con maña á Andres Molinos, hasta hacerse dueño del secreto que debia asegurarle la importante cooperacion de Francisco.

Dos dias despues de la noche en que fracasó la tentativa de capturar al Visitador, estaba este trabajando en

su despacho, solo, habiendose retirado Don Judas, cuando entró un lacayo y le anunció que el Sr. Alguacil Mayor solicitaba ver á Su Señoria. Don Juan arrugó el entrecejo, al oir que estaba ahi Don Gerónimo, á quien suponia postrado en cama con fiebre. Estuvo dudando si recibiria ó no á aquel sugeto, cuya conducta lo tenia muy poco satisfecho, y al fin se decidió á permitirle que entrase. Un momento despues se abrió la puerta del gabinete, para dar paso á Don Gerónimo, que estaba tan pálido y tan extenuado, que no solo se hubiera podido creer que realmente habia estado enfermo, sino que casi parecia un muerto salido del sepulcro. El susto de la prision y el terror pánico que se apoderara del desventurado, habian acabado con él en dos dias. Saludó al Visitador casi tocando el suelo y no alzò la cabeza, hasta que el Juez de residencia le dijo en tono medio serio:

— ¡Como, señor Alguacil Mayor, tan pronto os habeis restablecido! No esperaba yo veros antes de un mes, tales fueron las noticias que de vuestra situacion me dió Don Judas.

— Señor, contestó Don Gerónimo balbuciente, he estado y aun estoy muy malo; el médico me ha declarado enfermo de peligro; y si me he resuelto á salir, es solamente porque la obligacion para mi es antes que la vida. Acabo de levantarme de la cama y he llegado hasta aqui con gran trabajo.

— Muy importante debe ser en tal caso el asunto que aqui os trae.

— ¡Toma si lo es! y tanto, que no he querido fiar á nadie el venir á comunicarlo á Vuesa Señoria.

— Decid.... pero sentaos, Don Gerónimo, que vuestro estado os dispensa del rigor de la etiqueta.

— Gracias señor, gracias, dijo el Alguacil, y se dejó caer en una silla que estaba frente de la que ocupaba el Visitador. Tosió dos ó tres veces y luego paseó una mira-

da inquieta en derredor del gabinete.

— ¿Estamos solos, señor? dijo con aire receloso.

— Enteramente, contestó Don Juan; podeis hablar.

— Pues señor, sabeis que yo, aunque postrado en cama y gravemente enfermo, no he descuidado un momento el servicio del Rey.....

— Bien, interrumpió el Visitador con impaciencia; ya sé eso, y se os tomará en cuenta á su tiempo. Al grano, al grano.

— Pues decia yo, señor, que desde mi lecho he cuidado de vigilar, por medio de mis fieles agentes, sabiendo que la ciudad está alborotada; que se trama, que se conspira.....

— ¿Y que habeis descubierto?

— Uno de mis mas encarecidos encargos, de mis órdenes mas severas á la policia, ha sido observar á los artesanos; porque casi todos, señor, estan contaminados; y entre los de esta clase los mas comprometidos son los herreros.

— Lo sé, señor Alguacil Mayor, y si solo eso venis á participarme, mas os valiera haber continuado en la cama.

— Aun no he concluido, señor, no he concluido.

— Pronto, pues, concluid.

— La policia, dijo Don Gerónimo bajando la voz, ha descubierto un hecho grave.... el maestro Andres Molinos trabaja en su herreria.

— ¿Y que tiene eso de extraño? ¿No es herrero? ¡Vive Dios que es gran descubrimiento el que habeis hecho! ¡Y es esa la noticia que venis á darme con tantos circunloquios!

— Es que hacia por lo menos diez años que ese maestro no tomaba en la mano el martillo.

— ¿Y bien?

— Y encerrarse ahora á trabajar solo y de noche,

á su edad.... y en estas circunstancias.... ya ve Vuesa Señoria que en eso hay algun misterio.

El Visitador reflexionó sobre lo que acababa de decir Don Gerónimo y le dijo:

— ¿Pero que pretendeis inferir de todo eso?

— Una de dos cosas, señor: ó Andres Molinos se ocupa en fabricar moneda falsa, ó está forjando armas, que Dios sabe á que manos vayan á parar.

— ¿Estais seguro de que sea él mismo el que trabaja por las noches en la herreria?

— Segurisimo, porque lo han visto entrar. Cierra la puerta, y como ha cuidado de cubrir hasta la rendija mas pequeña, es imposible ver lo que hace. Por fuera se oye de cuando en cuando el hervor del fuego de la fragua y el golpe del martillo que cae sobre el yunque y nada mas.

Don Juan de Ibarra no desconfiaba del maestro Molinos, pues sabia muy bien que estaba demasiado comprometido para que pudiese hacer ninguna especie de traicion. Pero no dejó de llamarle la atencion lo que le referia el Alguacil Mayor; pareciendole realmente que debia haber algun misterio en esa ocupacion nocturna á que se entregaba Andres con tantas precauciones.

— ¿A que hora acostumbra el maestro Molinos, preguntó el Visitador, encerrarse en la herreria?

— A eso de las diez de la noche, cuando ya no es probable que pase gente por la calle.

— ¿Y sale?

— Se le ha visto salir á la una ó las dos de la mañana.

— Bien. Volved esta noche con seis de vuestros dependientes de mayor confianza, á las once menos cuarto.

El Alguacil se inclinó, y salió á alistar la gente que se le pedia, sin comprender lo que proyectaba el Juez de residencia.

A la hora indicada por el Visitador se presentaron en su casa el Alguacil y los seis agentes de policia. Don

Juan se embozó en una gran capa, se cubrió la cabeza con un sombrero negro sin plumas, tomó de una gaveta un pequeño estuche y seguido de Don Gerónimo y sus ministriles, se encaminó á la calle ancha de los herreros. Luego que hubieron llegado á ella, dejó apostados dos de los agentes de policia en la esquina de la cuadra donde estaba situada la herreria de Andres Molinos y les dió por única instruccion el no dejar pasar á nadie. Envió otros dos al otro extremo de la cuadra, con igual encargo, y previno al Alguacil Mayor y á los dos restantes que se situasen á cierta distancia y estuviesen prontos, si acaso los llamaba.

Despues de aquellas precauciones, el Visitador se acercó á la puerta de la herreria, la examinó atentamente y vió que no habia un solo resquicio por donde se pudiese observar el interior. No tardó en oir el ruido del martillo, lo que probaba la exactitud del informe comunicado por el Alguacil Mayor. Don Juan sacó el estuche del bolsillo de sus gregüescos, lo abrió y tomó un taladro muy fino, que aplicó á la tabla de la puerta. Hizo maniobrar el instrumento, cuidando de no hacer ruido alguno. Cuando el taladro habia penetrado como pulgada y media, se oyó en la herreria una detonacion que parecia ser la descarga de una arma de fuego á la que se hubiese puesto muy poca pólvora, pues apenas se oyó el ruido. Atónito el Visitador, suspendió su operacion y aplicando el oido á la puerta, no tardó en percibir que seguian trabajando. Entonces él continuó la perforacion de la tabla. Calculó que por gruesa que fuese, (y lo era efectivamente) ya faltaria poco para que el espigon del taladro pasase al otro lado. De repente se volvió á oir otra detonacion igual á la primera. Don Juan sospechó si estaria el maestro Andres ensayando alguna arma que él mismo hubiese inventado ó perfeccionado. Casi toda la espiga del taladro habia penetrado en la tabla. Don Juan dió unas cuantas vueltas mas al instrumento, y al adver-

tir que la punta no encontraba resistencia, conoció que habia traspasado la madera. Extrajo el taladro y quedó abierto un agujerito al cual aplicó el ojo el Visitador inmediatamente.

La herreria estaba iluminada con la llama de la fragua, y á su luz vió Don Juan al maestro Andres con un gran mandil de badana y las mangas de la camisa recogidas arriba de los codos. El artesano tenia á sus pies una caja de madera grande, cuya tapa levantaba en el momento en que la mirada investigadora del Visitador penetraba por el agujero. Al levantar la tapa, Don Juan volvió á escuchar otra detonacion y vió salir del fondo de aquella caja extraña un fogonazo. En seguida el herrero cerró de nuevo la caja, apoyó el dedo pulgar de la mano izquierda cerca del agujero de la llave, abrió, levantó la cubierta y no se oyó ruido alguno, ni se volvió á ver nada extraordinario. Repitió la operacion otras dos veces, sin retirar el dedo del punto donde lo habia puesto y obtuvo el mismo resultado. Entonces Andres Molinos cruzó los brazos y contempló la caja durante un momento. Su fisonomia revelaba el orgullo satisfecho, y el Visitador le oyó decir:

—¡Gracias á Dios! Tres veces he repetido la experiencia y ha salido perfectamente. Ya dormiré tranquilo, suceda lo que sucediere. Ah! añadió, dirijiendo á la caja una mirada en que habia algo de ternura: ¡lástima que esto no pueda ni deba hacerse público! El fruto de tantos años de cálculos y ensayos va á quedar aqui ignorado! Pero no importa; por lo pronto yo quedaré bastante premiado con mi propia obra y algun dia se verá con asombro lo que pudo hacer un pobre artesano de esta tierra, sin modelos y sin estudio, y tan solo con su habilidad.

Dicho esto, Don Juan vió que tomaba su capa, dejando descubierto un cofrecillo, al parecer de alcanfor, que abrió con una llave, y fué sacando uno en pos de otro

muchos sacos, que á la cuenta serian muy pesados, pues se conocia la dificultad con que los levantaba y trasladaba á la caja. Puso ahi tambien varios estuches pequeños, forrados en badana y por último una especie de cartera grande de cordoban negro con sobrepuestos de plata, que parecia contener muchos papeles, la que colocó en un rincon de la caja. A pesar de su tamaño, debió esta quedar casi llena, pues fué considerable el número de sacos que habia colocado en ella el herrero. La cerró con cuidado y le echó llave. En seguida se acercó á un enorme trozo de madera que sostenia el yunque, lo tocó por la parte de abajo y Don Juan vió con nuevo asombro que el pesado trozo giró como por sí mismo, dejando descubierta una gran cavidad, cuya entrada no se veia, por estar perfectamente cubierta con aquella pieza. Andres empujó suavemente la caja, que fué caminando, como si tuviese en la parte de abajo algunas ruedecillas. Despues el herrero volvió á cubrir la cavidad y haciendo girar de nuevo el trozo, ocupó este su acostumbrado sitio. Imposible que, á no ser por una casualidad, se descubriese aquel secreto, del cual sin embargo tenia ya cogido el cabo principal Don Juan de Ibarra. Consideró este que era ocasion de retirarse; introdujo un taruguillo de madera que llevaba preparado, en el agujero que habia abierto en la puerta; sacó un pedazo de cera, tomó con el mayor cuidado el molde de la cerradura de la herreria y se retiró, despues de haber llamado al Alguacil Mayor y á los ministriles, que no sabian que debian pensar, habiendo visto al Sr. Visitador por tanto tiempo clavado junto á la puerta de la herreria del maestro Andres Molinos. Don Juan citó á aquellos sugetos para que se presentasen en su casa en la noche siguiente, á la misma hora.

CAPITULO XXIII.

Los secretos del sótano.

Cuando el Visitador volvió á su casa, despues de haber asechado á Andres Molinos en su ocupacion nocturna, llevaba entera seguridad de que aquella caja debia contener algun secreto muy importante. Sin saber bien por qué, Don Juan imaginó que ese secreto habia de estar mas ó menos ligado con el origen del hijo adoptivo del herrero; y esto bastaba para que se propusiese no parar hasta conocerlo por completo.

Al siguiente dia muy temprano el Visitador hizo llamar al Alguacil Mayor, quien se presentó al instante. El afable recibimiento que encontró en el Juez de residencia acabó de tranquilizar á Don Gerónimo, que aun no las tenia todas consigo sobre la disposicion en que estuviese respecto á él aquel temible funcionario.

—Los datos que me habeis comunicado, dijo el Visitador, acerca del maestro Andres Molinos, son de bastante importancia. Estoy muy satisfecho de vuestro celo

y perspicacia en este asunto.

El Alguacil Mayor se hinchó con aquel elogio, y respondió con una sonrisa de satisfaccion:

— Celebro que Vuesa Señoria se haya convencido de que á mi nada se me escapa, en tratandose del servicio del Rey. Bien dije yo que cuando ese artesano se encerraba de noche en su taller, no era para nada bueno. Es seguro que Vuesa Señoria se ha convencido de que está conspirando.

Sin contestar á la última observacion del Alguacil, dijo Don Juan:

— ¿Conoceis algun otro herrero, habil en su oficio, y que ademas sea hombre de reserva?

Don Gerónimo reflexionó un momento y contestó:

— El maestro Cristobal Flores reune las condiciones que indica Vuesa Señoria.

— Haced que venga acá inmediatamente.

El celoso funcionario salió á cumplir la órden, y diez minutos despues volvió con el sujeto, que vestia el trage de los hermanos de la tercera órden de San Francisco.

— Os he llamado, dijo el Visitador con aire severo, para encargaros una comision muy delicada del real servicio. Necesito que hagais dos llaves, conforme á los moldes que yo os proporcionaré.

El tercero se inclinó hasta el suelo en prueba de estar pronto á obedecer, y el Juez de residencia continuó:

— Nadie debe saber este encargo. Trabajareis solo y me traereis una de las llaves á las seis de esta tarde. He aqui el molde. Y entregó al herrero el que habia tomado en cera de la cerradura del taller de Andres Molinos.

— Mañana tendreis el otro, añadió; y no olvideis que vuestra cabeza responde de este grave secreto.

El artesano protestó que guardaria completa reserva y se retiró, ofreciendo volver á la hora indicada.

Cumplió exactamente su encargo, pues á las seis de

la tarde se presentó en casa del Visitador y le entregó la llave, que pareció bien á Don Juan, comparada con el molde. A las once menos cuarto acudió el Alguacil Mayor con los seis ministriles, como se le habia prevenido la noche anterior; y con ellos se dirijió el Juez de residencia á la calle ancha de los herreros. Luego que hubo llegado á la puerta del taller de Andres Molinos, aplicó el oido y no escuchó el mas leve ruido. Extrajo el taruguillo que cubria el agujero practicado en la tabla, acercó el ojo y vió que el interior estaba en completa obscuridad. Persuadido de que el herrero, concluida su operacion, no habia tenido necesidad de ir aquella noche, previno á cuatro de los alguaciles que fuesen á situarse en los extremos de la cuadra, y dejando á los otros dos con Don Gerónimo de Utrilla frente á la herreria, aplicó la llave á la cerradura, y abrió sin dificultad. Don Juan habia cuidado de llevar avios para procurarse luz, y cuando hubo entrado, encendió una linterna, de que tambien iba provisto. Fué su primera diligencia examinar con el mayor detenimiento el poste donde estaba colocado el yunque y la parte del piso en que descansaba. Con la punta de la daga levantó la costra que formaban las escorias y cenizas de la fragua sobre el pavimento, y encontró que aquel enorme trozo de madera estaba enclavado en un grueso tablon, que cerraba la cavidad donde habia visto Don Juan colocar la caja la noche anterior. Comprendió que el trozo mismo debia tener algun resorte oculto y comenzó á buscarlo con toda dilijencia. Al fin descubrió un botoncillo perfectamente disimulado cerca de la base del poste; lo oprimió con fuerza, se oyó un ligero chirrido, el trozo fué moviendose por si mismo, junto con el tablon en que estaba enclavado y quedó abierta una cavidad por la cual podia bajar comodamente un hombre. El Visitador aproximó la linterna á la boca de aquel sótano y vió una escalerilla de peldaños de tabla, en el primero de los cuales estaba la caja. Se puso á examinar

esta con el mayor detenimiento; vió que era de madera muy fuerte; pasó la mano encima de la cubierta, que encontró perfectamente lisa, despues hizo igual operacion en las tablas de los costados, y tampoco advirtió cosa notable. Por último fué tocando la parte delantera de la caja y creyó percibir, á un lado de la cerradura, una ligera protuberancia. Aproximó la linterna y vió un botoncillo muy bien disimulado.

— Este es, dijo Don Juan, recordando que el herrero no habia separado el dedo pulgar de su mano izquierda de aquel punto, las últimas veces que abrió la caja la noche anterior. Oprimió el boton y advirtió que correspondia á un resorte interior.

— He encontrado el secreto del cerragero, añadió, y mañana abriré esta caja sin peligro alguno.

Tomó con el mayor cuidado en un pedazo de cera el molde de la llave y despues, queriendo reconocer aquel subterraneo, descendió por la escalerilla y advirtió que el sótano era mucho mas extenso que lo que habia imaginado. El techo era de bóveda, y tanto este como las paredes estaban bien blanqueados. Prolongábase el subterraneo hacia el interior de la casa de Jiron Manuel, de la cual era, como ya hemos dicho, una dependencia la antigua cochera donde tenia su taller el maestro Andres Molinos.

Siguió avanzando Don Juan, sin encontrar mas que algunas botellas vacias, pedazos de tablas, paja y otros objetos que le hicieron suponer que el sótano era una antigua bodega, abandonada ya, cuya entrada misteriosa por la cochera ignoraba tal vez la familia de Jiron Manuel. El Visitador se disponia á retirarse, cuando le pareció oir un ligero rumor, aunque no acertaba con el punto hacia donde lo habia escuchado. Se detuvo y fijando mas la atencion, volvió á percibir un ruido á manera del que forman las llamas en una hornilla bien provista de combustible. Don Juan paseó su linterna en derredor y no

descubrió nada que pudiera causar aquel ruido, que escuchaba á cada momento mas claro y mas distinto. Otro habria echado á correr despavorido, atribuyendo aquel incidente á alguna causa sobrenatural; pero él no era hombre que se dejase imponer por nada ni por nadie. No temia que pudiese aparecérsele alguna alma de la otra vida, por la muy sencilla razon de que Don Juan hacia mucho tiempo que no creia ni en la otra vida ni en el alma; y asi, comenzó á buscar alguna explicacion natural á aquel fenómeno. Con el mayor cuidado fué tocando las paredes del subterraneo; y á medida que avanzaba, percibia mas claro el ruido, que le parecia ya como el que formaria el hervor de algunos liquidos puestos al fuego en marmitas de metal. Por último llegó á tocar una tabla y comprendió que habia ahi una puerta; pero tan perfectamente disimulada, que cualquiera la tomaria, á la simple vista, por una continuacion de la pared. El Visitador acercó el oido á aquella puerta y escuchó una voz, para él muy conocida, que decia:

— ¿Y estais seguro, Doctor, de no haberos equivocado en algo, al disponer la operacion?

— Segurisimo, contestó otra voz, que hizo extremecer á Don Juan: he preferido, de los procedimientos indicados por Paracelso, el que se lee en su tratado *De Imaginibus*, capítulo XII. Ahi vereis que el *homúnculus* debe hacerse unicamente con tierra, cera y metal. *Sed ex triplici materia homúnculi omnes conficiuntur; ut ex terra, cera et metallo; non item ex re allia.* Son precisamente las tres substancias únicas que he empleado. No hay que desconfiar, señor oidor, de las palabras del maestro. Recordad que hace treinta y cinco dias que trabajo encerrado en este sótano, sin haber salido á la calle mas que una sola vez. Y el maestro dice en el tomo 2.°, libro 1.° de su tratado *De Natura rerum*, que se necesitan cuarenta para producir un *homúnculus. Quadraginta dies; aut tandiu donec incipiat videri et moveri ac agitari.* Ya veis que he

mos comenzado esta misma noche á percibir una especie de figurilla embrionaria. ¡Oh! Estoy seguro de ello, señor oidor, resolveremos al fin el tremendo problema: vamos á crear un hombre!

Don Juan de Ibarra se quedó atónito al escuchar aquellas palabras. No ignoraba que existian algunos ilusos que creian en la posibilidad de confeccionar un ser humano por medio de cierta composicion alquímica; pero, hombre esencialmente práctico y enemigo por carácter de todo charlatanismo, nunca se habia tomado el trabajo de profundizar aquella materia. Pero lo que causó principalmente su asombro, fué la voz del que hablaba, que despertó en su memoria algun recuerdo demasiado terrible tal vez, pues á medida que la oia, erizabansele los cabellos y le cubria la frente un sudor frio. Siguió escuchando la conversacion.

— A mi lo que me importa, dijo otra voz que conoció al momento el Visitador, no es que logremos confeccionar un muñequillo animado; pues á la verdad, no veo la ventaja de tener uno mas, cuando hay tantos, que ni se sabe que hacer de ellos. La otra cosa es lo que debeis procurar, señor doctor.

— Todo se ha de obtener, contestó el sugeto á quien llamaban doctor; vos, señor Don Judas, deseais ver realizado el gran problema de la trasmutacion de los metales; quereis oro, y tendreis tanto oro, cuanto vuestra ambicion haya podido soñar. Ya sea con el mercurio y el arsénico; ya con la sal marina; ya con el vitriolo, ó ya con el tártaro, hemos de producir el disolvente universal. Debo confesaros que por mi parte, doy la preferencia al vitriolo, pues uno de los grandes maestros, Basilio Valentin, nos ha dejado el secreto en las siguientes palabras: *Visitando interiora terræ, rectificandoque, invenies ocultum lapidem, veram medicinam.* Observad las primeras letras de esas nueve palabras; reunidlas y encontrareis descifrado el enigma, en la voz *Vitriolum.* Vos, señor oidor Araque,

preferis á todo el *homúnculus*, porque sabeis perfectamente que una vez obtenido este, lograreis haceros amar de esa dama, cuyo corazon rebelde habeis procurado en vano conquistar, y tendreis ademas el medio mas eficaz y seguro de triunfar de vuestros enemigos. No os pido sino unos pocos dias mas y vuestros deseos quedarán satisfechos. En cuanto á mi, confieso que, sin dejar de esforzarme por obtener el disolvente universal y el *homúnculus*, lo que con mas anhelo pido á la ciencia, es ese maravilloso secreto que me ha de proporcionar el medio de inmortalizar el cuerpo, la *verá medicina* que conocieron imperfectamente los doctores antiguos, puesto que apenas lograron hacer vivir á algunos hombres unos cuantos centenares de años.

— ¿Y cuanto podrá necesitarse todavia, preguntó Don Judas, para que veamos el resultado de vuestros trabajos?

— Calculo que con unos mil y quinientos tostones mas, contestó el otro, podremos perfeccionar los aparatos y comprar la cantidad necesaria de ingredientes, para continuar los ensayos.

— ¡Mil y quinientos tostones! exclamaron á un tiempo el doctor Araque y Don Judas Patraña, pues ellos eran efectivamente los que hablaban con el otro sugeto, cuya voz habia producido tan terrible efecto en Don Juan. ¡Mil y quinientos tostones!, repitió el oidor, despues de todo lo que llevamos gastado, es una fuerte suma.

— Otros, replicó el desconocido, han consumido mucho mas en uno solo de los tres objetos que tratamos de obtener. Si por una economía mal entendida, se frustran nuestras esperanzas, lo llorareis algun dia. Conque decidios, señores. Ved esos alambiques, esas retortas y todos los otros aparatos de donde ha de salir, dentro de cinco dias probablemente, la resolucion de esos terribles problemas á los cuales he consagrado una gran parte de mi vida; en los que he consumido yo todos mis recursos, y pensad si preferis que las ilusiones que hemos alimenta-

do por tanto tiempo se desvanezcan como el humo que despiden esos carbones próximos ya á extinguirse. Hombres de poca fé, vosotros que teneis ojos y no veis; que teneis oidos y no ois; no mereceis que la ciencia os abra sus tesoros. Yo continuaré mis esfuerzos solo y con mis escasos medios.

Aquella entusiasta peroracion que escuchaba el Visitador asombrado, hubo de decidir á los dos cofrades del alquimista. El Dr. Araque fué el primero que contestó, diciendo:

— Pues si esa suma es absolutamente indispensable y lo último que habrá que desembolsar, contad con la parte que me corresponde.

— Y con la mia, dijo á su vez Don Judas.

— Eso es hablar racionalmente, se oyó decir al otro. Ahora se podrán continuar las operaciones, hasta ver el fin. Confio en la ciencia todopoderosa, para esperar que tendreis el *homúnculus*, señor oidor; vos Don Judas, el disolvente universal que nos pondrá en posesion del secreto de convertir en oro y plata los metales viles y yo el soberano específico contra todas las dolencias que aflijen á esta pobre y decrépita humanidad. ¡Que muera la muerte!; hé aquí mi divisa. Tengo la conviccion de que estoy llamado á realizar el sueño del maestro; yo soy el Elias artista que anunció Paracelso en el capitulo VIII de su *Libro de los metales* y probaré al mundo la falsedad de la interpretacion que quiso dar Valentin Andræ á aquella profecia, cuyo sentido mistico no comprendió. Por ahora, conviene que nos retiremos, para dejar que los nuevos cocimientos que he ensayado, puedan producir su efecto.

El Visitador oyó los pasos de los tres sugetos, que se alejaban, y el ruido de la puerta que cerraron. Entonces se retiró él tambien, volviendo á buscar la escalerilla, por donde habia descendido al sótano. Se sentó en el último escalon y dejó caer la cabeza sobre el pecho, profunda-

mente abatido.

— El es! dijo con voz sorda y temblorosa; él es! no tengo ya la menor duda; el infierno lo ha arrojado de su seno para mi martirio. ¿Como ha venido ese hombre à dar aqui? ¿Que misterio hay en esto? Es preciso esclarecerlo.

El Visitador se puso en pié y subió la escalerilla, abrumado bajo el peso del descubrimiento que acababa de hacer. Salió del sótano, que cerró con todo cuidado y pronto estuvo en la calle, donde lo aguardaban el Alguacil Mayor y sus ministriles. Se dirijió á su casa sin decir una palabra, y luego que hubo llegado, dijo á Don Gerónimo que entrase y se encerró con él en su gabinete.

— ¿Sabeis, le dijo, los nombres de las personas que habitan en la manzana donde està situada la herreria de Andres Molinos?

— Si señor, contestó el Alguacil Mayor; conozco perfectamente á todos los sugetos que viven en esas casas.

— Decidme quienes son é indicadme sus empleos, profesiones y cuanto sepais acerca de ellos.

— La primera casa, á la derecha, dijo Utrilla, es la de Don Juan Abarca y Paniagua, depositario de penas de cámara. Esa casa tiene dos tiendas, que ocupan otras tantas herrerias. Sigue la del capitan Don Pedro Calvo de Lara, Corregidor que ha sido de estas provincias; luego la de Don Márcos Dávalos, dueño de obrages y alcalde ordinario hace tres años. Esa es la que hace esquina; á continuacion está la de la viuda de Don Agustin de Estrada y Azpeitia, señora rica, que vive muy retirada. Sigue la del Maestrescuela Don Lorenzo Godoy y Ayala, señor anciano y gotoso, á quien llevan á mañana y tarde á la catedral en silla de manos; y ahi remata la cuadra. Hacia la espalda de la herreria, en la parte de la manzana que mira á la plazuela de San Sebastian, está la casa de Don Francisco Jiron Manuel, dueño de haciendas y de almacenes de mercancias; gran caballero y al-

calde el año antepasado. Despues está una casa pequeña de Don Antonio de Zurugastua, mercader y tesorero de la Santa Cruzada. No hay otra en ese lado. A la vuelta y tocando por el interior con la de Jiron, hay una casa vieja, muy grande, que fué en otro tiempo de la misma familia y hoy habita el Dr. Alvaro Sanchez Correa, médico de fuera, muy afamado, que gana mucho dinero y no se sabe que hace con él, pues vive como un pobre. Despues....

— ¿Cuanto tiempo hace, interrumpió el Visitador, que está aqui ese médico?

— Hará dos años, señor; vino con otro caballero mozo, que vivió siempre con él y hará cosa de dos meses que desapareció y no se le ha vuelto á ver. Es un hombre muy raro; dicen que vive estudiando y muchas veces ni su criada ni un lacayo que tiene saben donde está, pues aseguran que se pasan dias enteros sin verlo. Ahora hace algunos dias que no sale á la calle.

— Bien, dijo Don Juan; podeis retiraros, y volvereis mañana, á las once de la noche, con vuestros alguaciles.

Don Gerónimo hizo una profunda cortesia al Visitador y se marchó. Don Juan echó llave á la puerta, se dejó caer en la silla que estaba junto al escritorio y apoyó la frente en sus manos.

— ¡Ah, miserable corazon! exclamó con voz sorda y temblorosa; pareciame que estabas completamente muerto, y hé aqui que la voz de ese hombre ha venido á revelarme que vives y vives para sufrir y para que vierta sangre tu mal cerrada herida! El es, el es!, ¿Como no ha huido al saber que estoy aqui! ¿Creerá ese malvado que considerando que ya no existe, encontrandolo bajo otro nombre y probablemente muy cambiado ya, no lo reconozco? ¡Insensato! El solo eco de su voz ha despertado mis mas acerbos dolores y me ha representado viva como si no hubieran pasado veinte años, aquella tenebrosa histo-

ria. La ciega fatalidad ha venido á ponerlo otra vez en mi camino. El es, el es! Maldicion!

Una lágrima brotó de la pupila del Visitador, inyectada de sangre, y corrió lentamente por su pálida mejilla.

— Ay! exclamó, es la primera lágrima que brota de mis ojos desde aquella noche en que enjugué mi llanto para no volver á llorar jamas! Crei que no vivia ya sino para odiar; y ahora veo que soy tan miserable que aun la amo; si, adoro su memoria y la voz de ese hombre ha hecho que destile la hiel por todas las fibras de mi corazon despedazado. Pero disimulemos; ¿no supe disimular entonces? ¿No cubri mi desesperacion con una careta engañadora, á fin de no arrojar mi dolor como alimento á la curiosidad de los indiferentes? Volveré á fingir hoy como entonces, y mi venganza será mas terrible y mas certera.

El rostro del Visitador presentaba la expresion de un sombrio y reconcentrado dolor.

— ¡Oh Grantzius!, exclamó con voz trémula y sorda, cruzando los brazos; tú me hiciste ver que la amistad es una quimera y por ti hace veinte años que aborrezco á los hombres. ¡Oh Estela! Yo te amé con todas las fuerzas de mi alma y crei ser amado por ti con igual vehemencia. Insensato! Me fué preciso verme traicionado, para comprender de cuanta perfidia es capaz un corazon de muger á los diez y ocho años.

Don Juan guardó silencio durante un momento, y luego añadió en un tono de voz tranquilo y reposado:

— Por ellos cai despeñado de la altura, y el que debió ser ángel se ha convertido en Satanás. Francisco Molinos, Genoveva, Conde de la Gomera, familia de Jiron, Don Luis Melian, capitan Peraza y vosotros todos los demas á quienes el genio del mal, encarnado en mi persona, va arrastrando al abismo, pedid cuenta de los dolores que van á despedazar vuestras almas á aquellos dos que

inocularon en la mia este odio á la humanidad que me ha abierto la carrera del mal y que me impele en ella, sin dejarme retroceder, ni aun ante el crimen! Heroismo, inocencia, amor, virtud, todo va á ser arrastrado por ese torrente devastador; y sobre las ruinas de cuanto la necia humanidad adora y santifica, quedará aquí tan solo, erguido y solitario, el aborrecimiento que yo le hé consagrado. Francisco Molinos servirá á mis designios, como instrumento para manejar una plebe ignorante y feroz; Genoveva me dará cuenta de lo que pase en la intimidad de la familia de sus protectores; el Conde de la Gomera, su Secretario y el capitan ayudarán sin quererlo al cumplimiento de mis proyectos. Vamos, por ahora, á poner los medios que me han de hacer dueño por entero del secreto de ese artesano, quien, segun entreveo, ha usurpado una fortuna que pertenece á su hijo adoptivo, que seguramente no es lo que parece.

Dicho esto, el Visitador se levantó tan impasible y sereno como de ordinario. La luz de la mañana comenzaba á penetrar al traves de los cristales de las ventanas. Don Juan tocó una campanilla que estaba sobre la mesa, y á poco rato se abrió la puerta y se presentó un lacayo, restregandose los ojos, medio soñoliento.

— Vé á buscar, dijo el Visitador, al maestro Cristoval Flores, en la calle ancha de los herreros.

El sirviente se inclinó y salió á cumplir la órden de su amo. Un cuarto de hora despues se presentaba el honrado y hábil tercero, á quien entregó Don Juan el molde en cera de la cerradura de la caja de Andres Molinos, para que hiciese inmediatamente una llave. Ofreció el artesano desempeñar el encargo con tanta exactitud y puntualidad como las que habia mostrado en la ejecucion de la otra llave, y salió á poner manos á la obra. Estaba concluida y entregada unas pocas horas despues.

Llegó al fin la noche, esperada con tanta impaciencia

por el Visitador, que deseaba abrir aquella misteriosa caja del herrero, que debia contener, sin duda, algun secreto muy grave, ya que se la guardaba con tan extraordinarias precauciones. A las once acudieron el Alguacil mayor y los agentes de policia, que debian guardar la calle, y con ellos se dirigió Don Juan hácia la herreria de Andres Molinos. Escuchó un rato á la puerta y no oyó el mas ligero ruido. Aplicó el ojo al agujerito que habia abierto y advirtió que estaba obscuro. Abrió, hizo luz con un pedernal y una pajuela y encendió la linterna que llevaba preparada. Se dirigió al poste que ocupaba la boca del sótano, y oprimiendo el boton, giró el trozo de madera con tanta facilidad como en la noche anterior, dejando abierta la entrada del subterraneo. Aplicó su llavecita á la caja y vió que cazaba perfectamente; pero antes de darle vuelta, buscó el tornillo donde habia visto que apoyaba Andres el indice de su mano izquierda. Lo encontró facilmente, lo oprimió con fuerza é hizo dar vuelta á la llave. La caja estaba abierta. Levantó la tapa, sin separar el dedo del resorte, aproximó la linterna y lo primero que vió fué la boca de una pistola que le apuntaba al pecho. Asombrado Don Juan, examinó aquella arma y advirtió que estaba asegurada en una varilla de hierro hincada en el fondo de la caja. Vió que la pistola estaba amartillada; pero que un ganchete, tambien de hierro, aseguraba el pié de gato, impidiendo que cayese. Ese ganchete estaba unido á un muelle muy bien templado que se prolongaba hasta la tabla de la caja y remataba por la parte de afuera en el botoncillo que apenas se veia, al lado de la cerradura. El Visitador comprendió entonces aquel ingenioso mecanismo. La pistola estaba sin duda cargada con bala, y el que sin conocer el secreto abriese la caja, recibiria el tiro en la parte superior del cuerpo. Para evitarlo, era necesario oprimir el boton, que por medio de un brioso resorte, aseguraba el pié de gato é impedia que

cayese sobre el rastrillo. El genio y la avaricia habian revelado á Andres secretos que los progresos de la mecánica debian hacer comunes dos siglos mas tarde. Con razon, pues, se sintió él orgulloso con su invencion, que acreditaba su habilidad y guardaba sus tesoros.

Considerables eran los que contenia la caja. Los sacos que Don Juan habia visto poner en ella, estaban henchidos de doblones de oro; los estuches encerraban pedrerias de gran precio. Pero lo que el Visitador buscaba de preferencia estaba en la cartera grande que, como dijimos, encerró Andres Molinos en la caja, junto con sus riquezas. Abrióla Don Juan y encontró una porcion de papeles que se puso á leer con avidez. Encontró que la mayor parte de ellos estaban escritos en ingles; pero como entendia perfectamente aquel idioma, no fueron para él, como habian sido para el maestro herrero, garabatos indescifrables. Aquellos documentos importantísimos revelaban el origen de Francisco, hijo, segun lo explicamos en el capítulo primero de esta historia, del Contra Almirante Sir Francis Drake y verdadero dueño de aquellos tesoros. Ya por un descuido de esos de que hay muchos ejemplos en la vida, ya por cualquier otro motivo, Andres habia conservado aquellos papeles, cuya importancia él mismo no podia calcular bien, puesto que no los entendia. Su atenta lectura reveló al Visitador que el llamado Francisco Molinos era hijo de un hombre grande, que habia ilustrado su nombre con heroicas hazañas, y á quien Don Juan no juzgaba con la parcialidad que inspiraba los juicios de sus compatriotas. Pudo explicarse los arranques de aquel hombre, que sin el capricho de la suerte, que lo hiciera caer en poder de Andres Molinos, habria sido probablemente un valeroso marino, como su padre.

Don Juan volvió á colocar aquellos documentos en el mismo sitio en que los encontró, y dijo á media voz:

— Este secreto pone á los dos en mis manos.

Cerró la caja con precaucion; bajó la escalerilla y siguiendo á lo largo de la pared, llegó hasta la puerta que comunicaba aquel sótano con la casa que ocupaba el llamado Dr. Sanchez Correa. Escuchó con atencion y no oyó mas que el hervor de los líquidos que tenia al fuego el alquimista, para la confeccion del hombre artificial, para encontrar el secreto de la transmutacion de los metales y el especifico de todas las enfermedades.

Despues de haber permanecido un rato junto á aquella puerta, Don Juan salió del subterraneo, cerró la entrada y se dirigió á su casa, seguido de Don Gerónimo y de los alguaciles, sin hablar una sola palabra y con la frente inclinada bajo el peso de los graves pensamientos que revolvia en su imaginacion, como las olas del mar agitado por la tempestad.

CAPITULO XXIV.

Veinte años atras.

EN el año 1606 vivia en Sevilla un caballero llamado Don Hernando de Ibarra; respetable toda via mas que por su riqueza y por su cuna, por la ventajosa posicion que ocupaba en el vecindario. Baste decir que era uno de los graves regidores de su Muy Noble y Muy Leal Ayuntamiento; regidores que han conservado el antiguo nombre de *veinticuatro;* y que como tal, tenia voz y voto en los negocios de la ínclita ciudad, cuyos muros bañan las aguas del caudaloso Betis. Sevilla tenia entonces una importancia que fué perdiendo despues. Contaba con una poblacion de cuatrocientas mil almas; sus famosas fábricas de paños y de sederias; su célebre Casa de la Contratacion y su puerto, frecuentado por buques mayores que le llevaban las riquezas del nuevo mundo, hacian de la antigua Hispalis una de las primeras poblaciones de la Europa. Gozando de una temperatura deliciosa; respirando un aire embalsamado con el perfume

de las flores de las espléndidas huertas de sus contornos, la residencia en esa bella ciudad era una de las mas envidiables en aquellos tiempos. Tal vez no era un hipérbole andaluz la alabanza que contenian estos antiguos versos, ó mejor dicho adagio sevillano:

La mejor tierra de España,
Aquella que el Betis baña;
De cuanto el Betis rodea,
Lo que la Giralda ojea.

¿Que mucho, pues, que con tales condiciones, hubiese sido Sevilla elegida, con preferencia á otras ciudades españolas, como refugio de varias familias católicas que en aquella época calamitosa abandonaban sus hogares, en Alemania y otras partes, con motivo de las perturbaciones á que dió origen la reforma? Una de esas familias fué la de un médico aleman llamado Cárlos Grantzius, que se trasladó á la metrópoli de la Andalucia, donde encontró una nueva patria. Por un motivo ú otro, el Dr. Grantzius se relacionó con el caballero *veinticuatro* Don Hernando de Ibarrá, estableciendose la mayor intimidad entre una y otra familia. Los dos primogénitos de ellas se unieron con una amistad verdaderamente fraternal, no obstante la diferencia, ó mas bien dicho oposicion que habia entre sus respectivos caracteres. Don Juan, hijo de Don Hernando, era un jóven franco, valiente y pundonoroso; Don Enrique, el hijo del Dr., era astuto, disimulado y de pasiones vivas, que ocultaba bajo un exterior aparentemente tranquilo y meditabundo. Don Juan habia sido destinado á la noble carrera del foro; y en 1602, concluidos sus estudios, esperaba alguna colocacion importante, que estaba seguro de obtener, por la influencia de su familia. Don Enrique siguió la profesion de su padre, y estaba ya, en la época á que nos referimos, graduado de Dr. en medi-

cina. Ibarra y Grantzius, conocidos en Sevilla con el nombre de los *inseparables*, lo eran en efecto en sus personas, como parecian serlo tambien en sus voluntades. Modelos de la mas intima union, eran mas hermanos que amigos.

Una tarde vagaban por las márgenes del Guadalquivir y entretenidos en conversacion, se dirijieron hacia el puente de Triana, que comunica la ciudad con el populoso barrio de este nombre. Ahi encontraron los inseparables á una jóven que rebozada en un manto y acompañada de venerable dueña, paseaba, llamando la atencion, asi por su modestia como por su gentileza. La impresion que causó en los dos amigos fué profunda, y por desgracia el corazon del uno y el del otro quedaron heridos al mismo tiempo por la belleza incomparable de aquella muger. Don Juan no ocultó á Grantzius el amor de que se sentia poseido; pero este, solapado y astuto, habló con indiferencia de la hermosa desconocida.

No lo fué por mucho tiempo para el hijo del *veinticuatro*, que tomó sus informes y averiguó que la doncella cuya beldad habia cautivado sus afectos se llamaba Dña. Estela y que era hija única del rico hidalgo Don Gonzalo de Zúñiga. Desde entonces se dedicó Don Juan á cortejar á la señora de sus pensamientos. Rondó su calle, le dió músicas, le escribió billetes y en estos y en enamoradas coplas le hizo saber lo ardiente de su pasion. Grantzius era el confidente natural de aquellos amores y acompañaba siempre á Don Juan cuando paseaba la calle de la dama, que no los habia visto sino juntos por todas partes. Contestó de una manera favorable las cartas amorosas de su adorador, y aquellas ventajas que obtenia Don Juan, fueron nuevo estímulo á la oculta rivalidad del falso y desleal Enrique. Entendido Don Hernando de Ibarra de las pretensiones de su hijo, les dió su aprobacion y pidió para este la mano de la jóven, que le fué otorgada con la mejor voluntad. El padre de Estela informó

á la doncella del brillante partido que la fortuna le deparaba, y como cosa tan de su gusto, contestó desde luego que estaba pronta á obedecer la voluntad paterna. Quedó pues arreglado el matrimonio, y en consecuencia, Don Juan fué admitido á visitar á su novia.

Eterno se hizo para el apasionado amante el dia cuya noche estaba señalada para aquella primera visita. Acusaba la lentitud del tiempo y habria querido poder apresurar la marcha de las horas. Llegó al fin la que le habia sido indicada como la mas oportuna para ser recibido en casa de Dña. Estela, y se dirijió allá, con el corazon rebosando en las mas puras y gratas ilusiones. No era menos viva la inquietud de la doncella, que iba á hablar por la primera vez al hombre á quien apenas habia visto al paso en el puente de Triana y despues al traves de las espesas celosias de su balcon. Cuando se presentó Don Juan, la jóven se levantó para recibir á su novio; pero al adelantarse este, Dña. Estela se puso pálida como un cadáver, y despues un rojo encendido coloreó sus mejillas abrasadas. Estuvo á punto de desmayarse, y habria caido al suelo, á no haberse apoyado en el respaldo de un sillon que estaba junto á ella. Don Juan notó aquel incidente; pero lo atribuyó á la emocion que debia causar á una doncella modesta y recatada la presencia del hombre que iba á ser su esposo. La entrevista fué corta y fria, pues la dama apenas pudo recobrarse de la profunda conmocion que le causara su novio. Despidióse este, y cuando hubo salido, Estela, deshecha en lágrimas, se arrojó á los pies de su padre y le declaró haber sido víctima del mas inconcebible error. Habia tomado á otro por Don Juan de Ibarra. El hidalgo frunció el entrecejo y con muestras del mas vivo enojo, pidió á su hija le explicase aquel misterio. La jóven hizo entonces la pintura del caballero á quien la dueña que la acompañaba la tarde que encontrara á dos jóvenes en el puente de Triana, le habia designado bajo el nombre de Don Juan de Ibarra. Siempre

que los vió despues habia sido juntos, y con facilidad continuó afirmandose en su primitiva equivocacion. Figurábase que Grantzius era Don Juan; tomó á aquel por su amante y como ese era el que habia ganado su voluntad, apenas se fijó en el verdadero Don Juan, á quien suponia confidente de su cortejo y nada mas.

El padre oyó aquella relacion con visible desagrado; comprendió quien era el que habia tomado la jóven por Don Juan de Ibarra, y luego que hubo concluido Estela, le declaró que era muy tarde para volver atras. Agregó que él no consentiria nunca en que fuese esposa de aquel mediquillo aleman, cuando se le proporcionaba un ventajosísimo enlace con el hijo de un *veinticuatro*, y por último, que su palabra estaba empeñada y que por nada de este mundo dejaria de cumplirla.

Acostumbrada Estela á obedecer ciegamente los mandatos de su padre, no replicó una sola palabra y con el corazon desgarrado, se resolvió á sacrificarse.

Continuó recibiendo las visitas de Don Juan, y como este no tenia en su persona cosa alguna que lo hiciese repugnante, y antes bien podia pasar por un cumplido caballero, Estela fué poco á poco venciendo el desagrado que experimentó al saber quien era el hombre que se le destinaba para esposo.

Llegó el dia en que iban á realizarse las ilusiones del enamorado jóven. Toda la nobleza sevillana estaba invitada á la ceremonia que uniria para siempre á aquella hermosa pareja, para quien parecia abrirse un horizonte de la mas pura dicha. Era en lo mas bochornoso del verano. El patio principal de la casa del anciano Zúñiga, convertido en un espléndido salon, deslumbraba la vista con el lujo de sus adornos. La iluminacion, la música, el perfume de mil flores exquisitas, todo concurria á embriagar los sentidos, todo respiraba amor y felicidad. Don Juan de Ibarra se extremeció de placer, al tocar la mano de Dña. Estela, mas hermosa que nunca con los lujosos ata-

vios de boda, y que parecia completamente satisfecha.

Despues de la ceremonia, se dió principio al sarao, acompañando á la novia en la primera contradanza su padrino, Don Enrique de Guzman, Conde de Olivares, Alcaide del Real Alcazar de Sevilla, y padre del que vino á ser despues el Conde-Duque. En un momento en que la bella desposada parecia gozar mas con aquella magnífica fiesta, de la cual era la heroina, se puso de repente ligeramente pálida y vaciló, como si hubiese visto algun objeto que le causara espanto. ¡Estraño incidente, cuando no habia en torno de la hermosa Estela mas que miradas que expresaban la admiracion y la benevolencia! Nadie habria podido adivinar que un jóven blondo y pálido, vestido sencillamente de terciopelo negro, en medio de aquellos grupos de brillantes señores, que acababa de atravesar delante de la novia y fijado en ella la profunda mirada de sus expresivos ojos azules, era quien habia causado tan extraordinaria impresion. Aquel jóven, que apenas hablaba una ú otra palabra con algunos de los caballeros que encontraba al paso, era el Dr. Enrique Grantzius, amigo intimo de Don Juan de Ibarra. Estela cerró los ojos por un momento, como para librarse de aquella fascinacion; pero en vano. Cuando los volvió à abrir, Grantzius habia desaparecido, perdiendose entre la abigarrada multitud que llenaba el salon; pero la jóven lo veia siempre en su imaginacion, como si lo tuviese delante. La infeliz comprendió que aquel hombre, á quien habia creido olvidar en medio del bullicio y de las emociones de la fiesta, dominaba su corazon con absoluto imperio. Ella disimuló, sin embargo, y ni su marido ni nadie alcanzó á comprender lo que pasaba en lo íntimo de aquella alma desgarrada por la mas cruel de las decepciones.

A los pocos dias de verificada la boda, Don Juan y su esposa partieron de Sevilla, para ir á pasar lo que quedaba del verano en una quinta deliciosa que poseia Don Hernando de Ibarra, algo distante de la poblacion.

Embriagado con su felicidad, el incauto jóven se empeñó en que su amigo Grantzius los acompañase; y aunque este lo rehusó al principio, pretextando ocupaciones, al fin manifestó que el deseo de complacer á Don Juan lo decidia á ir á pasar algunos dias en su compañia. ¡Ah!; si hubiera podido prever las funestas consecuencias de aquel paso! Pero el amor lo cegaba y no veia el abismo que abria por su propia mano, y en el cual se habia de hundir su honra y su dicha. Viviendo en la mas peligrosa intimidad, Estela y Grantzius tuvieron frecuentes oportunidades de mostrarse lo que pasaba en el fondo de sus corazones. El astuto y desleal amigo desplegó todos los recursos de la seduccion; y como por desgracia la pasion que la jóven abrigaba era un poderoso auxiliar de tan insidiosos proyectos, la resistencia de Estela no fué ni vigorosa ni larga. Dos meses despues de su salida de Sevilla, Don Juan era, sin saberlo, el mas desventurado de los hombres.

El amor criminal del amigo traidor y de la esposa infiel crecia cada dia mas. La presencia de Don Juan era ya insoportable, especialmente á Estela, que veia en su marido un obstáculo que se interponia entre ella y su amante, impidiéndole el entregarse á este sin reserva. Entonces concibió el proyecto atrevido de abandonar al hombre á quien habia jurado hacia poco un amor eterno y lo propuso resueltamente á su seductor. Tan apasionado este como ella, aceptó con gusto la temeraria idea, y un dia que Ibarra habia ido de caza, Enrique Grantzius y Dña. Estela de Zúñiga, tomando dos de los mejores caballos de las caballerizas de la quinta, desaparecieron de ella.

Cuando regresó Don Juan era ya entrada la noche. Preguntó por Estela y supo con admiracion que habia salido inmediatamente despues que él, acompañada del Dr., diciendo que iban á dar un paseo y que hasta aquella hora no habian regresado; lo cual causaba ya alguna inquietud á las gentes de la quinta.

No fué poca la que experimentó Ibarra al oir lo que sus criados referian; pero estuvo muy distante de toda la extension de su desgracia. Temió hubiese ocurrido algun accidente á su esposa ó á su amigo, y en aquel mismo instante hizo que todas las gentes de la quinta saliesen con hachas encendidas, y por diferentes direcciones, en busca de Estela y Grantzius. Montó á caballo él mismo y se propuso no regresar hasta haber registrado todos los alrededores. Diligencias vanas; pues los fugitivos, que habian salido á la madrugada, tenian ya mas de doce horas de incesante marcha y estaban muy léjos de los puntos á donde podian extenderse las pesquisas de Don Juan y de sus criados.

Al siguiente dia, despues de haber andado toda la noche, regresó Ibarra á la quinta, pálido, abatido y con el corazon despedazado. El infeliz comenzaba á entrever la espantosa verdad de lo ocurrido. Se encerró en su gabinete y pasó unas cuantas horas en la mas cruel agonia. De repente lanzó un rugido sordo, se puso en pié, ciñó su espada, colocó dos pistolas en el cinturon y volviendo á montar á caballo, salió de la quinta, sin decir una sola palabra. La idea de la venganza, de una venganza terrible y sangrienta, habia hecho que el desgraciado saliese de la postracion en que estaba sumido poco antes. La esperanza de hallar algun dia, aun cuando fuese en el otro extremo del mundo, á aquellos miserables, despertó la aletargada energia de su carácter. Desde aquel momento Don Juan de Ibarra vivió solo por el odio; desde aquella hora aquel hombre dejó de creer, dejó de esperar, dejó de amar y se hizo la encarnacion del mal. Era rico y pudo recorrer una gran parte de la Europa. En los templos, en los espectáculos públicos, en el seno de las familias buscaba las huellas de los que habian envenenado su existencia; pero todo fué inutil durante seis años. Parecia que la tierra, complice en el crímen, hubiera ocultado á los miserables.

En el mes de agosto del año 1612, Don Juan estaba en Nápoles, á donde habia ido, siempre con la esperanza de descubrir el paradero de Estela y de Grantzius. Una terrible epidemia de fiebre maligna diezmaba la poblacion; pero Ibarra despreciaba toda especie de peligros y aquella circunstancia no fué parte á impedir que visitase la ciudad. Al dia siguiente de su llegada, salió de la casa de posadas en donde estaba hospedado y comenzó á vagar por las calles, observando, como lo acostumbraba, á todas las personas que encontraba al paso. Ni la bahia azulada que se extendia delante de sus ojos, cerrada al mediodia por las rocas de la isla de Capri; ni el grandioso espectàculo del Vesubio que se divisaba al oriente, con su espléndido penacho de fuego y de humo; ni las risueñas colinas del Pausilipo que proyectaban sus formas elegantes hacia el poniente; ni la masa sombria del castillo de San Telmo, cuyas almenas dominan por la parte del norte á la antigua Parténope, llamaron por un solo momento la atencion del hidalgo español, que parecia completamente extraño á aquel grandioso espectáculo. Al pasar frente á la puerta de la iglesia *del Cármine*, atravesando la plaza donde se levantó en 1268 el cadalso del desgraciado jóven Conradino V, Don Juan vió salir del templo á un sacerdote que conducia al sagrado viático, con el acompañamiento acostumbrado. Descubriose y quiso pasar de largo; pero un sacristan que llevaba unas cuantas velas, le presentó una y no pudo rehusar el admitirla. Agregose, pues, á la devota comitiva, y le ocurrió preguntar á la persona que estaba mas próxima, quien era el enfermo á quien se llevaba el sacramento.

—No es enfermo, dijo el preguntado, sino enferma. Es una española, esposa de un médico extrangero establecido hace poco en Nápoles, que está muriendose de la enfermedad reinante. Su marido mismo, añadió, dicen que está tambien muy malo.

Al oir aquellas palabras, Don Juan se puso mas páli-

do que de costumbre. Un extraño presentimiento le hizo sospechar si acaso aquella española que pasaba por muger de un médico extrangero, seria la infiel esposa á quien él habia buscado en vano por todas partes. No volvió á hablar una sola palabra, y poniendose tan cerca como le fué posible del eclesiástico que conducia el sacramento, siguió hacia la casa de la enferma. Llegaron y subieron las escaleras, entraron á una salita situada en el primer piso y que comunicaba con una alcoba. Don Juan no se detuvo en la primera pieza, sino que penetró en el cuarto mismo de la enferma, con otras pocas personas mas. Dirijió una mirada escudriñadora al lecho y al ver á la que lo ocupaba, que era una muger jóven y que conservaba aun, consumida como estaba por la enfermedad, indicios de extraordinaria belleza, Don Juan sintió que le faltaban las fuerzas y que un sudor frio corria por su frente. Se arrodilló y tuvo necesidad de apoyarse en un sillon, para no caer. Habia reconocido á Estela.

Ni vió ni oyó mas. El sacerdote, los acompañantes, las luces de las velas, todo le parecia girar en derredor, como en una danza fantástica. Concluida la piadosa ceremonia, retiraronse los circunstantes; pero Don Juan no se movia del sitio, donde parecia clavado. Las personas de la casa, que eran unicamente dos doncellas de la señora y un ayuda de cámara del Dr., viendo à aquel hombre, que permanecia arrodillado, y cuyo aire sombrio les llamó la atencion, le dijeron que debia retirarse, pues la señora estaba en un estado de gravedad tal, que no permitia la presencia de personas extrañas en su cámara.

Don Juan alzó los ojos poco á poco y poniendose en pié, dijo:

— Yo no soy aqui un extraño, y nadie me arrancará ya de este sitio.

Luego dirijiendose á la enferma, exclamó con voz sorda y con acento sombrio:

— Estela, ¿me conoces?

Se notó en la enferma un extremecimiento convulsivo. Abrió los ojos desmesuradamente y los fijó en aquella que le parecia una terrible aparicion; un fantasma evocado por sus remordimientos. Pronunció algunas palabras entrecortadas, que Don Juan no pudo comprender, y luego haciendo un postrer esfuerzo, exclamó con voz apenas perceptible.

— Pordóname!.... perdóname,.... te lo pido en nombre de nuestro.... y no pudo proseguir, pues en aquel mismo instante el alma de la desventurada, libre de las mortales ligaduras, voió á los pies de su criador.

Cruzó Ibarra los brazos y de pié delante del lecho, se puso á contemplar aquel cadáver con sombria desesperacion. Los criados veian con asombro á aquel extrangero, que habia llamado á su señora con un nombre que les era desconocido, pues Dña. Estela de Zúñiga se habia anunciado con el de Dña. Julia de Figueroa, y á quien la dama habia dirijido unas palabras que no percibieron bien. Ibarra previno al ayuda de cámara que fuese á disponer el entierro, y sacando un bolsillo lleno de monedas de oro, entregó al lacayo algunas mas de las que se necesitaban para los gastos del funeral y sepultura.

— Arregladlo todo como os parezca, dijo Don Juan, y pasó á la salita, mientras las camareras vestian á la que habia sido su señora.

Pasó en vela toda la noche, y al siguiente dia vió salir el cadáver de su esposa, sin que su semblante traicionara la tempestad de su alma. En seguida pagó generosamente á las dos camareras y las despidió, despues de haberse informado de cual era la pieza donde estaba el marido de aquella señora. Era una alcoba retirada, en la cual Enrique Grantzius luchaba con la muerte. Don Juan supo que su falso amigo se hacia llamar Carlos Vanderlinden y que con aquel nombre ejercia la medicina en Nápoles con algun crédito. Ibarra examinó las recetas y se informó del método curativo adoptado por el Doctor que

asístia á Grantzius. Este no se hallaba en aptitud de conocer á nadie; y asi no advirtió la presencia de Don Juan, que de pié delante del lecho, lo contemplaba con un aire que habria revelado al ayuda de cámara todo el odio que aquel extrangero tenia á su amo, si se hubiese encontrado en la alcoba en aquel momento. Pero estaba fuera, y cuando volvió, ya Don Juan habia tenido tiempo de dominar su fisonomia. Dijo al lacayo que la señora que acababa de ser sepultada era su hermana, de quien no sabia hacia mucho tiempo, y que él queria y debia encargarse de la asistencia de aquel caballero, su cuñado. Agregó á esta historia la promesa de recompensar generosamente sus servicios, con lo cual el ayuda de cámara creyó facilmente cuanto decia el español y le ofreció obedecer en todo sus disposiciones.

— Es preciso que este hombre no muera como ella, dijo Don Juan. ¿Lo entiendes? Es necesario hacer esfuerzos sobrehumanos hasta lograr salvarlo. Si esto se consigue, puedes contar con que tu suerte está asegurada.

El interesado sirviente reiteró la promesa de cuidar de Don Carlos, como si fuese su propio hermano, y desde luego instruyó á Ibarra del curso que habia seguido la enfermedad y del aspecto que presentaba.

Desde aquel momento Don Juan se dedicó à asistir á Grantzius con la solicitud mas esmerada. Un padre no habria desplegado por su hijo un cuidado mas minucioso y vigilante que el que mostró aquel hombre por el que habia envenenado su existencia. Don Juan apenas tomaba algun alimento; no se separaba de la cabecera del enfermo, y los pocos momentos que dormia, era en un sillon, junto al lecho de Grantzius.

Quince dias luchó este con la enfermedad; y al fin, su naturaleza vigorosa, ayudada de las medicinas y del esmero de Don Juan, hizo que recobrara el conocimiento y que abriera los ojos.

— Estela, dijo el desgraciado, con voz muy débil.

Don Juan, al oir aquel nombre y aquella voz, saltó de la silla y colocandose en direccion de la visual del enfermo, le dijo:

— ¿Llamais á Estela? Es inutil; ya no la vereis mas. Como me abandonó á mi por vos, os ha dejado á vos por otro; solo y á las puertas del sepulcro. Ja, ja, ja, ja, y se rió con una risa estridente, que hizo estremecer al febricitante.

— ¡Ay! exclamó Grantzius, arrancando un gemido de lo mas hondo del pecho. ¿Es cierto, ó estoy soñando? ¿Es él, ó es el fantasma de mis delirios que vuelve á atormentarme?

Volvió á cerrar los ojos y perdió de nuevo el conocimiento. Don Juan tomó una pócima y aplicandola á los áridos labios del enfermo, se la hizo tragar. La fuerza del mal habia cedido y á pesar de la impresion que le causó la aparicion de Ibarra y la falsa noticia de la fuga de Estela, fué recobrandose poco á poco y al fin adquirió la certeza de que era efectivamente su engañado amigo el que le prodigaba aquellos cuidados, que el infeliz no acertaba á comprender. En fuerza de ellos, el enfermo pudo incorporarse un poco, y viendo á Don Juan, de pié junto á su cabecera, teniendo en la mano una taza que contenia el alimento, que le presentaba, dijo:

— No merezco lo que haceis por mi; dejadme morir.

— ¡Morir! exclamó Don Juan; no, vos no debeis morir como cualquiera. La muerte, cuando viene naturalmente, es el descanso; y Enrique Grantzius no tiene derecho á descansar como el obrero honrado que ha concluido su laboriosa tarea. Cuando esa muger, para quien ha sido el primero de vuestros pensamientos al volver de los dinteles del sepulcro, os dejó solo y batallando con la mas espantosa agonia, la casualidad me trajo á vuestro lado. Vuestra vida ha estado en mis manos; he luchado durante quince dias con la fiebre; he velado por

vos como lo haria por el ser mas querido y al fin, ¡oh! al fin, (añadió con una sonrisa infernal) al fin os he salvado! Os debo mucho, Grantzius, y no podia yo dejaros morir sin devolveros al menos una parte de lo que he recibido de vos.

— ¡Ay! repitió el enfermo; dejadme morir; no quiero ya la vida.

— No quereis la vida y teneis razon. ¿De que sirve la existencia, emponzoñada por un recuerdo que nos persigue, de dia, de noche, despiertos, en sueños, en todos los instantes? Cuando uno ha sido vilmente engañado, ¡oh Grantzius! como lo hemos sido vos y yo, la vida puede servir unicamente para una sola cosa: para la venganza. Por eso me veis aqui, vivo, fuerte y lleno de energia; pero vos no tendriais valor para sacrificarlo todo á una idea, ni el temple de alma necesario para ir hasta el fin del mundo, si fuese preciso, en busca del que os ha robado vuestra querida. Vos, Enrique Grantzius, sois un miserable, traidor y cobarde, incapaz de grandeza, ni aun en el mal. Yo os he conservado la vida para mataros; he disputado mi victima á la muerte; morireis; pero despues de haber sufrido el horroroso tormento de los celos, que habeis hecho sufrir á mi corazon, hasta romper la última de sus fibras. He querido que vivais, para que os encontreis solo y traicionado como yo me vi; para que veais levantarse el sol y seguir la lenta sucesion de las horas y entrar la noche, sintiendo siempre abrasado vuestro cerebro por un pensamiento que os consumirá sin mataros, como esa calentura que os ha devorado durante mas de quince dias. Cuando hayais bebido en la copa del dolor hasta la última gota, cuando hayais sabido lo que es la desesperaciou en todo su horror, entonces, entonces morireis ¡oh Grantzius!

— Satanás, exclamó el enfermo, Satanás; déjame; yá sufrí todo eso que dices; déjame; y cayó á plomo

sobre la almohada, lanzando un gemido medio ahogado.

Don Juan, aquel hombre diabólico que habia concebido y ejecutaba tan espantosa venganza, volvió á hacer tragar á Enrique algunas gotas de la bebida, que produjo su ordinario efecto. El desventurado llamaba á la muerte; pero habia ahi una voluntad firme y poderosa que se interponia entre ella y Grantzius. Continuó cuidandolo con el mayor esmero, y hablandole de tiempo en tiempo de Estela, se la pintaba dichosa y olvidada de él con un nuevo amante.

Ocho dias despues, Enrique habia dejado la cama y ecobrado bastantemente las fuerzas fisicas; aunque abrumado por el sufrimiento insoportable que le hacia experimentar la supuesta traicion de su querida. Una noche, Don Juan, que habia salido por la primera vez del cuarto del enfermo, dejando á este encerrado bajo de llave, llamó al ayuda de cámara, le dijo que su amo estaba completamente restablecido y que no se necesitaban ya sus servicios. Le pagó generosamente, como le habia ofrecido, y luego que se hubo marchado el sirviente, Ibarra salió á la calle, con el objeto de practicar cierta diligencia y volvió á casa de Grantzius. Presentose en el cuarto de este con un semblante que hizo estremecer á Enrique, quien enteramente recobrado ya, habia vuelto á amar la vida. Desembozose Don Juan y sacando dos espadas que llevaba ocultas bajo la capa, dijo á Grantzius:

— Ha llegado la hora; pero repugna á mi hidalguia española el mataros como á un perro. Defendeos.

Dicho esto, le presentó una espada y blandiendo la otra, se puso en actitud de ataque.

Grantzius tembló y no alargó el brazo para tomar el arma.

— Defendeos, ¡vive Dios! exclamó Ibarra.

— No, Don Juan, contestó Enrique; yo no puedo ni debo batirme con vos; pues conozco que teneis de vues-

tra parte la razon. Yo os he engañado y....

— No quereis batiros como caballero, dijo Don Juan con rabia; vais, pues, á morir como un miserable.

Grantzius se echó de rodillas á los pies de Ibarra y temblando le dijo:

— Por piedad no me mateis; perdon; ¡ay! perdon! Hacedlo por vuestro....

Era ya tarde. El hierro homicida habia atravesado el pecho de Grantzius, que cayó bañado en su sangre.

— Por vuestro qué....? preguntó Don Juan con cierta emocion.

No recibió respuesta. Enrique habia cerrado los ojos y dejado aparentemente de existir. Don Juan cambió su espada, tomando la que Grantzius no habia querido aceptar, y dejó la otra junto al que consideraba un cadáver. Salió de la casa y á aquella misma hora, fué á la bahia, donde se embarcó en una galera que hacia rumbo á los puertos de España.

Una casualidad inesperada salvó á Grantzius. El ayuda de cámara, al salir precipitadamente de la casa, dejó olvidados algunos objetos, y volvió al siguiente dia muy temprano, con el propósito de recobrarlos. Encontró abiertas las puertas y vió que lo estaba tambien la de la alcoba de su amo. Admirose de esta circunstancia, pues en quince dias, desde la llegada de Don Juan, apenas se habia abierto el cuarto del enfermo. Quiso el lacayo averiguar lo que podia ser aquello y entró en la alcoba. Al ver tendido al Dr., en el suelo y bañado en sangre, lanzó un grito de horror; acercosele y conoció que aun respiraba; buscó al caballero que habia cuidado del enfermo, y no encontrandolo, salió á llamar al médico que lo asistia. Acudió el facultativo en el acto; examinó la herida y declaró que aunque grave, no era mortal. El esmero con que fué asistido el herido, hizo que recobrase la salud, y cuando pudo hablar, se negó rotundamente á explicar el

misterio de aquel proyectado asesinato. Luego que pudo, salió de Nápoles y se dirijió á España, en donde se embarcó para América. Recorrió, con un niño á quien llevaba en su compañia, diversos reinos, bajo el nombre del Dr. Alvaro Sanchez Correa; se dedicó á la alquimia y vino á establecerse á Guatemala dos años antes de la llegada de Don Juan de Ibarra con el caracter de Visitador y Juez de residencia del Conde de la Gomera. El niño que acompañaba á Grantzius era ya en aquella época un gallardo jóven de diez y ocho años, á quien el Dr. hizo salir de la ciudad en la noche del dia de la entrada del Visitador.

Don Juan creia muerto á su antiguo y traidor amigo, y lo afirmaba en esta creencia el no haber vuelto á oir hablar de él jamas. Obtuvo nombramiento de oidor para una de las audiencias de Nueva España, y despues de algun tiempo, fué promovido á la real Chancilleria de México. Una casualidad hizo que al cabo de veinte años oyese en el fondo de un sótano la voz del autor de su desdicha; y desde aquel momento, convencido de que el supuesto Dr. Correa no era otro que Enrique Grantzius, el implacable esposo de Dña. Estela de Zúñiga, se ocupó en meditar nuevos y mas terribles proyectos de venganza.

CAPITULO XXV.

que comienzan á prepararse algunas aventuras que han de parar en desventuras para el maestro Basilio.

ANTES de continuar la narracion de los sucesos que sobrevinieron despues de los acontecimientos de que hemos dado cuenta en los últimos capitulos, conviene presentar en un breve resúmen las diferentes intrigas que han ido urdiendose y forman el tejido, bastantemente complicado ya, de la historia que vamos refiriendo.

La intriga política de la residencia del Presidente, Conde de la Gomera, es el hecho principal, á cuyo derredor se agrupan, mas ó menos ligados con él, los diferentes episodios de este drama. La ambicion de los hermanos Molinos, sugiere al uno la pretension de una encomienda; merced harto superior á lo que su condicion debiera hacerle esperar. Concibe el otro la atrevida idea de casar á su sobrina con el Visitador, con la mira in-

teresada de tener en su mano, por este medio, los negocios del Reino. Genoveva Molinos, hermosa y altiva, con la altivez de la raza á que sin saberlo pertenece, por su padre, alimenta una pasion profunda por el implacable y frio Don Juan de Ibarra, que se propone utilizarla para la consecucion de sus planes. Francisco Molinos, el noble y valiente hijo del célebre marino ingles, torturado por un amor tan insensato como el de su hermana adoptiva, ha puesto sus esperanzas en el Visitador, á fin de averiguar por medio de este su verdadera condicion y saber, si como se lo dice la voz intima de su alma, es capaz de rivalizar con el brillante y poético caballero Don Luis Melian. Aguarda este con impaciencia la respuesta de su padre á la carta en que se le pidiera su consentimiento para el matrimonio con Dña. Margarita Jiron Manuel; criatura angelical, cuyo destino está pendiente tambien de esa contestacion, que no ha de llegar, habiendo sido interceptada la carta en que se pedia aquel allanamiento. El capitan Peraza, mancebo discolo y atrevido, juguete, como su propio padre y como otros de los personages del drama, de las intrigas del barbero Molinos, se empeña, quizá mas por capricho que por amor, en obtener la mano de la prometida esposa de su amigo y al fin ha arrancado al anciano Presidente la oferta de que la solicitará para él, si no llega la esperada respuesta del padre de Melian. El Visitador acaba de descubrir el secreto del origen del hijo adoptivo del herrero y al mismo tiempo una casualidad lo hace encontrar al amigo traidor que le robara su honra y su dicha y á quien creia haber asesinado. El llamado Dr. Correa, el Dr. Araque y el escribano Patraña, andan empeñados en operaciones alquímicas; y los dos últimos, como el Provincial de la Merced y otros personages, al procurar la realizacion de sus propias miras, sirven á agenos designios. El Visitador, figura fatídica y tenebrosa, encarnacion de

las malas pasiones, espíritu lanzado en la senda del crímen por la deslealtad y por la decepcion, se cierne sobre todos esos elementos que él mismo ha acumulado y prosigue inalterable en sus propósitos, aprovechandolo todo y con igual desden por la virtud y por la perversidad, por la inocencia y por el candor, por la astucia, por la abnegacion y por el egoismo de los demas.

Tal es la situacion de los principales actores de este drama en el momento hasta el cual lo hemos traido; tal la complicacion de las intrigas en que se encuentran envueltos.

Don Juan de Ibarra veia crecer el descontento de una gran parte de la nobleza y de la plebe, que sometida á la influencia de los partidarios del Conde de la Gomera y de las familias de los jóvenes presos á consecuencia de la cencerrada, manifestaban ya su disgusto con actos que iban degenerando poco á poco en una verdadera subversion. El Visitador sabia cuan poderoso auxiliar habia de ser para él el hijo adoptivo de Andres Molinos, y teniendo ya el medio de asegurar su cooperacion, lo hizo llamar el dia siguiente á la noche en que sorprendió los secretos de la caja del herrero. Demasiado astuto para no sacar el mejor partido posible de aquel descubrimiento, se propuso ir revelando á Francisco el misterio de su origen por partes, á fin de empeñarlo mas y mas en favor de su causa.

Francisco acudió al llamamiento de Don Juan, palpitante de emocion, calculando que tendria que comunicarle alguna cosa respecto al asunto que ocupaba exclusivamente sus pensamientos.

— ¿Sabeis algo, señor?, dijo el herrero, despues de haber saludado al Visitador con una voz que revelaba la inquietud de su alma.

— Si, Francisco, respondió Don Juan de Ibarra, comienzo á rastrear con trabajo el importante y grave se-

creto de vuestro origen.

— ¡Ah! exclamó el hijo adoptivo de Andres Molínos, con júbilo; decid, señor, decid lo que habeis descubierto, y disponed de mi. No sé qué no haria yo para satisfaceros este servicio.

— Hasta ahora no tengo mas que uno ú otro indicio en cuya certeza creo se puede descansar. Procuro proceder en esta investigacion con la mayor cautela, pues vuestro padre y mas aun vuestro tio, son personas de caracter naturalmente receloso y es necesario no dar lugar á que desconfien. Sé que no sois lo que pareceis; tal vez sois rico, creo que sois noble; acaso hijo de un padre ilustre; pero sobre esto aun no puedo deciros nada muy positivo. Confio en que podré ir poco á poco insinuandome en la confianza de las dos únicas personas que poseen este secreto y que al fin lograré arrancarselo.

Francisco casi lloraba de alegria. Tomó la mano al Visitador y besandola con efusion, exclamó:

— ¡Ah señor! ¡Cuanto os debo ya y cuanto os deberé todavia! Soy noble,... como Don Luis Melian!,.... soy tal vez el hijo de un hombre ilustre! No corre por mis venas la sangre abominada del villano! Bien lo sentia yo aqui, en mi corazon, en mi cabeza. Una voz interior me ha hablado en mis noches de insomnio, de soledad y desesperacion, y no podia engañarme. ¡Soy noble! ¡Ah! Entonces podré algun dia decirle que la amo, sin que se me imponga silencio como á un vil esclavo!

En su emocion, Francisco habia dejado escapar el secreto que guardaba con una especie de terror en lo intimo de su alma. El Visitador oyó con extrañeza aquella confesion y dijo:

— ¿Que quereis decir, Francisco? ¿Vos amais acaso á alguna muger de condicion superior á la que parece ser la vuestra?

— ¡Oh si, señor, contestó el hijo de Sir Francis Drake, animandose mas y mas: amo con todas las fuerzas de mi

alma apasionada y enérgica, adoro á una muger á quien apenas he osado levantarme con el pensamiento, pues el poner los ojos en ella me parecia un horroroso sacrilegio.

Esas palabras y la mencion de Don Luis Melian que habia hecho poco antes Francisco, bastaron para que el Visitador comprendiese que la persona á quien amaba aquel desgraciado era la hija de Jiron Manuel. Una sonrisa, imperceptible casi, vagó por los labios de Don Juan, que probablemente veia con desden y lástima aquel amor ideal. No le convenia manifestar su sentimiento. y por tanto cuidó de que no lo revelase la expresion de su fisonomia.

— Yo creo, dijo, que por vuestra clase y fortuna sois capaz de competir con cualquiera; y asi, no debeis perder la esperanza de que vuestro afecto sea correspondido.

— ¡Ah! contestó Francisco poniendose encendido. Eso es mas de lo que ha podido soñar mi pobre alma! Yo, que besaria el polvo que huella su pié; que me estremezco al sentir el roce de su vestido; que me olvido de mi mismo, ébrio de amor y enagenado, al escuchar su voz; yo, que no vivo, no siento, no pienso sino en ella, por ella y para ella! ¡Poseerla! Dios mio, si tal cosa llegase á suceder, el júbilo haria lo que ha estado á punto de hacer el dolor; haría estallar mi corazon hecho pedazos. ¿Nunca habeis amado, señor Visitador? Y si amasteis, ¿fuisteis correspondido?

Aquellas preguntas, formuladas tan sencillamente, hicieron que Don Juan se pusiera pálido como un cadáver.

— Si amé, contestó, con acento sombrio; amé como.... vos amais ahora, y esto bastará para que calculeis cual fué la intensidad de aquel amor. Amé y fuí engañado, vendido, traicionado. Se jugó con mi corazon como se juega con un objeto despreciable; como se jugará tal vez con el vuestro, Francisco; porque el que, amando cual vos y yo sabemos amar, espere otra cosa que traiciones, mentiras y engaños, es un insensato que merece ser encerrado en una casa de orates.

El herrero permaneció un momento asombrado, al escuchar lo que decia Don Juan; y sobre todo, al advertir el aspecto siniestro y terrible que habia tomado su rostro al pronunciar aquellas palabras. Francisco habia tocado sin saberlo la cuerda sensible en el corazon de Don Juan y abierto la herida envenenada que aun destilaba sangre. Temeroso de disgustar al Visitador, dijo el herrero:

— Perdonad, señor, si acaso he sido imprudente; pero la idea de que *ella* pudiese amarme, me ha hecho olvidar la distancia que hay entre vos y yo y expresarme con indiscrecion.

Don Juan se habia dejado arrastrar tambien á decir mas de lo que habria querido. El reciente descubrimiento de la existencia de Enrique Grantzius habia renovado todos sus dolores y no fué dueño de dominar un arranque de despecho. Le convenia cambiar de conversacion y dijo á Francisco:

— Bien, no hablemos mas de esto y olvidad lo que acabais de oir. Basteos saber que he logrado levantar un extremo del velo que á los ojos de todos y á los vuestros ha cubierto hasta ahora vuestro origen, y que confio en que no pasará mucho tiempo sin que sepais decididamente quien sois. Por ahora hablemos de otra cosa.

Francisco, cuyo leal corazon rebosaba de gratitud hacia el Visitador por las vagas revelaciones que habia comenzado á hacerle, contestó:

— Decid, señor; que yo estoy á vuestras órdenes, y pronto á obedeceros en cuanto querais mandarme.

— Los partidarios del Presidente, dijo Don Juan, y los amigos y parientes de unos cuantos jóvenes audaces, cuyo atrevimiento me he visto obligado á reprimir, han logrado alborotar una parte de la nobleza y de la plebe. Sé que se reunen, que traman y hablan de tomar las armas.

— Si señor, contestó Francisco, parece que se ha logrado indisponer á una gran parte de los artesanos; pero aun hay muchos que no se han dejado seducir y creo

poder contar con ellos.

— La guarnicion es reducida, compuesta de gente bisoña y tampoco tengo entera confianza en su fidelidad.

— Quizá teneis razon; pero los que podrian intentar un ataque, no son prácticos en el manejo de las armas, y áunque numerosos, no estan organizados, ni cuentan con un gefe.

— El hijo del Presidente....

Molinos se puso rojo como uno de los tizones de su fragua al oir nombrar al capitan Peraza, á quien no perdonaba ni perdonaria jamas el insulto que habia hecho á Dña. Margarita en su propia presencia, en la herreria.

— El capitan Peraza! dijo, temblando de ira: ¡ojalá fuera él quien se pusiera al frente de los descontentos!

El Visitador ignoraba el lance cuyo recuerdo provocaba la cólera del artesano, y asi, sospechó que acaso este sabia algo de las pretensiones de Don Fernando respecto á Dña. Margarita y que ese era el motivo de la sensacion que le causara el solo nombre del capitan.

— Todo hay que esperarlo de la locura de ese jóven, dijo Don Juan; y como por desgracia su nombre le da cierto prestigio, es necesario estar uno preparado. Os recomiendo, pues, que hoy mismo reunais á todos vuestros amigos y los prepareis á sostener mi autoridad.

— Descansad en mi celo, señor Visitador; voy inmediatamente á recorrer los barrios y antes de que concluya el dia, sabré con quienes podré contar.

— Bien. No deseo que los artesanos pacificos dejen sus ocupaciones, pues eso seria peligroso. Mi idea es que esten prontos al primer aviso, para acudir á tomar las armas.

Francisco reflexionó un momento, y luego dijo:

— ¿No convendria, señor, distribuir cierta cantidad de mosquetes en diversos puntos, á fin de que puedan armarse con facilidad y prontitud los vecinos de los diferentes barrios?

El Visitador meditó un rato aquella indicacion y

pareciendole oportuna, contestó:

— ¿Y cuales son las casas, de entera y absoluta confianza, en que podrian situarse esas armas?

— En el barrio de Santa-Cruz, ninguna mas á propósito que la de mi padre. Yo mismo responderia de ellas. En el de Santa Lucia, está la de mi tio; en el de Candelaria, la del maestro platero Juan Peñalosa, en quien creo puede ponerse entera confianza; y para los otros puntos de la ciudad, buscaremos los sugetos mas adecuados.

— Bien, Francisco, podeis anunciar la idea á vuestro padre y á su hermano, como tambien á las demas personas que considereis á propósito y cuyos nombres me dareis, á fin de que se les envien las armas, con el correspondiente parque.

Tomadas esas disposiciones, Francisco se despidió del Visitador y salió á poner en ejecucion las órdenes que acababa de recibir. El maestro Sanson, como se le llamaba en el pueblo, era, segun hemos dicho, muy querido; y asi, no tuvo mas que hacer una ligera indicacion á muchos artesanos, para que se manifestasen prontos á obedecerlo. El herrero era naturalmente elocuente; con esa elocuencia persuasiva que no es hija del arte, y que sin embargo, posee el secreto de mover las pasiones y dominar las voluntades. Cuando comenzó á cerrar la noche, Francisco tenia listos cerca de doscientos hombres, casi todos jóvenes y decididos, resueltos á morir á su lado. Habia hablado ya tambien á su padre, á su tio y á otros sugetos, para que recibieran en sus casas el depósito de armas y parque, y arreglado esto, y dispuestos los carros en que debian trasladarse los útiles, volvió à casa del Visitador, á darle cuenta de lo practicado.

Don Juan escuchó con complacencia los informes de su activo y habil agente, y se felicitó á si mismo por haber adquirido tan importante y valioso auxiliar y á tan poca costa. Los datos que Francisco acababa de obtener en su excursion por los barrios, hicieron ver al Visitador

que se habia trabajado con empeño por parte de sus adversarios y que convenia prepararse. En consecuencia, resolvió que aquella misma noche se trasladasen los mosquetes y el parque á las casas designadas al efecto, y no quiso fiar á otro que al mismo Francisco la ejecucion de aquel encargo. Quedó, pues, convenido que á las once se daria principio á la operacion, debiendo estar los carros, á aquella hora, con las debidas precauciones, frente al real Palacio, donde estaba el almacen de armas.

Mientras Francisco arregla los preparativos para la traslacion de las armas, veamos lo que hacia uno de nuestros viejos amigos, á quien hemos perdido de vista en los últimos capítulos: el maestro Basilio Molinos. Avisado ya por Francisco de la órden del Visitador de que recibiese en su casa mosquetes y parque en depósito, para armar á los muchachos del barrio en un momento dado, el barbero se ocupaba en alistar una pieza para encerrar aquellos elementos bélicos. Debia tomar sus precauciones para que no los viese la señora Bríjida, personage importante en la casa, puesto que en ella estaban recopiladas las funciones de cocinera, lavandera, costurera y criada *de adentro*. Era la consabida dueña una matrona respetabilisima por su edad, ya que no por otra cosa, y que habria sido una muger completa, á no tener cinco ó seis defectos muy feos. Uno de estos era el de ser mas curiosa que nuestra madre Eva, pues de aquella buena señora no se cuenta mas que un caso de curiosidad, y si se fueran á escribir los casos de la señora Bríjida, habria para llenar volúmenes. Y nada era la curiosidad lisa y llana; que al fin algunos han dicho que el curioso está muy en camino de llegar á sabio; pero la señora Bríjida no era egoista, y deseaba y procuraba que los demas participasen de lo que ella sabia. Asi, cuando el maestro Basilio, como á las cuatro de la tarde, dijo á su doméstica en el tono que solia adoptar cuando queria evitar observaciones:

— Bríjida, vamos á desocupar la trastienda; ella abrió

tamaños ojos, y dirijiendo á su amo una mirada escudriñadora, contestó:

— ¿Y para qué?

— Espero un huesped.

— ¡Un hombre aqui! Virgen purisima! Y tal vez un mozalvete! ¿Os olvidais de que estoy yo en la casa y que tengo enemigas en el barrio?

— No te aflijas, Brijida; es un huesped á quien no verás ni oirás. Pienso ponerlo en la trastienda y cerrar la comunicacion con la tienda y con lo demas de la casa.

— ¡Hum! murmuró la anciana, ¡que huesped tan raro será ese que va á estar encerrado en un cuarto obscuro!

En seguida el maestro Basilio y la Sra. Brijida procedieron á desocupar la trastienda, que no contenia mas que un pesado canapé de nogal, forrado de baqueta, una mesa y media docena de sillas muy antiguas. Aquella pieza era una especie de salon de tertulia del barbero, que servia regularmente por la noche, cuando ya se habia cerrado la tienda y donde se reunian todos los ociosos del barrio. El barbero echó llave á la puerta que daba al interior de la casa y á la que caia á la tienda, dejando así aislada la pieza que aguardaba al misterioso huesped.

— ¡Brava cosa habeis hecho! dijo de repente la Sra. Brijida, dandose una gran palmada en la frente. Si cerrais esas puertas, ¿por donde os comunicareis con la tienda?

— Por fuera.

— ¿Es decir que tendreis que salir á la calle para ir á la tienda?

— Si.

— ¿Y no temeis coger un catarro con tanta entradera y salidera?

— No.

— El ver cerrada la trastienda va á dar en que pensar á vuestros amigos.

— ¡Bah!

— No será mucho que digan que andais metido en intrigas.

— ¡Eh!

Viendo que el maestro Basilio no salia de los monosílabos, la vieja se daba al diablo; y luego que hubo perdido la esperanza de arrancarle alguna palabra que la pusiese á la pista de aquel grave secreto, pues tal lo consideraba ya, tomó su manto, y con pretexto de ir á buscar las cosas de la cena, se marchó á la calle, diciendo para si:

— Ya comunicaré yo lo que pasa á alguno que dará luego en el busilis.

El barbero la vió salir con gusto, ignorando hacia donde iba á parar aquella traidora dueña; y luego que estuvo solo, echó llave á la puerta de la calle, se encerró en el cuartito que le servia de dormitorio y como empezaba á obscurecer, encendió, á favor de un pedernal y una pajuela, un cabo de vela de sebo, que colocó en un modesto candelero de hojalata. Pusolo en el suelo, junto á su cama, y con no poco trabajo, sacò de bajo de esta, tirandolo con todas sus fuerzas por una de las asas, un pesadisimo arcon. Abriolo con una llave que sacó de un bolsillo interior de su ropilla, y una expresion de alegria y de satisfaccion brilló en el único ojo de Basilio, al contemplar el contenido de aquel cofre. Era el arca que guardaba su tesoro; el depositario de cuarenta y tantos años de economia y de trabajo. La sangre extraida á unos cuantos millares de prójimos; las muelas arrancadas á otros tantos; la barba rapada y el cabello peinado á media ciudad y otros gages, de origen tal vez menos honroso, habian ido formando, gota tras gota, el depósito de metal precioso en que se recreaba el corazon del avariento viejo. Aquella noche iba Basilio á contar su dinero, operacion que acostumbraba practicar lo menos cuatro veces al mes, á fin de cerciorarse de que ninguna mano traidora habia penetrado en aquel santuario. Fué sacando

uno en pos de otro los talegos y vaciandolos en el suelo, permaneció á gatas mas de dos horas, contando el caudal, á la luz escasa y amarillenta del cabo de vela. A las ocho concluyó la operacion, y exclamó con júbilo:

— Muy cabal! Son nueve mil, doscientos veinticuatro pesos, dos y medio reales. No soy rico como Andres; pero tengo como pasar tal cual lo que me falta de vida. Y luego, si mis planes se realizan; si Genoveva llega á atrapar al tal Visitador, esta suma va á triplicarse en un año. Venderé Corregimientos, Encomiendas, Alcaldias Mayores, cuanto hay y que arda Troya! No, sino andaos con Jesus por los rincones, como decia la abuela, y vereis si salis jamas de pobres.

Dicho esto, el maestro Basilio volvió á colocar sus queridos talegos en el arcon, dejó caer la pesada tapa y echó llave. Durante un rato, estuvo contemplando aquel pesado mueble, que á él le parecia ligero como una pluma y con el cual creia poder ir al fin del mundo, si hubiese sido necesario. Aquel arcon era lo que el tuerto barbero amaba mas en esta vida. Pasó su mano callosa encima de la cubierta y por las tablas que formaban la caja, acariciando con ternura las toscas entalladuras que á él se le antojaban primorosos arabescos, tal era la parcialidad, tal la pasion con que veia y juzgaba aquel cofre. ¡Ah! si él hubiera conocido la famosa invencion de su hermano el herrero, ¡como la habria aprovechado para salvar aquel arcon de todo contacto con manos profanas! Pero Basilio no sabia lo que Andres habia imaginado para defender su caudal, y tenia que contentarse con las precauciones ordinarias. Asegurose, pues, de que la llave estaba bien echada y empujando poco á poco el pesado mueble, lo hizo volver á entrar en su escondite, que como hemos dicho, era debajo de su cama.

A poco llamaron á la puerta. Abrió Basilio, despues de haberse cerciorado de que era la Sra. Brijida, cuya tardanza le chocó, aunque no le pesaba, pues le habia

dado tiempo para contar sus nueve mil, doscientos veinticuatro pesos, dos y medio reales.

La vieja se disculpó lo mejor que pudo; Basilio, que á la cuenta no estaba aquella noche para muchas pláticas, le previno en breves palabras que fuese á recogerse, pues habiendose hecho tarde, no cenaria ya. Brijida tuvo que obedecer y refunfuñando, encendió la mecha de un candil y se fué á su cuarto. El barbero se quedó aguardando la llegada de lo que debia llevarle su sobrino. El estaba muy distante de imaginar que la tal cocinera, costurera, lavandera &c. hubiese corrido á revelar el secreto de lo que acababa de decirle su amo.

¿Pero á donde, dirán nuestros lectores, habia ido aquella maldita vieja? Pues habia ido á Jocotenango, en busca del Sr. capitan Peraza, á quien contó, con todos sus pelos y señales, la nueva y misteriosa aventura en que andaba metido el barbero. Por que es el caso que la Sra. Brijida estaba muy pagada del Sr. Don Fernando, quien veia el oro como tierra, y siempre que iba á casa de Basilio, le dejaba uno ó dos doblones, encargandole no dejase de contarle lo que hacia y decia el maestro, pues desde algunos dias el caballero tenia sus barruntos de que el viejecillo aquel era un grandisimo tunante. La fámula ofreció no guardar nada de lo que viese ú oyese, y como Basilio pagaba mal, estaba en el órden hacerle traicion por el que pagaba bien.

Asi, cuando la Brijida volvió á su casa, ya Don Fernando tenia la noticia entre pecho y espalda y se ocupaba en rumiarla. Por supuesto, comprendió que qué huesped ni que calabaza habia de ser aquel, é imaginó que seria alguna otra cosa muy importante lo que aquel artesano bribon aguardaba. Era, pues, necesario aclarar el misterio, y esto fué lo que el capitan Peraza se propuso hacer aquella misma noche.

Como á las once Don Fernando se ciñó la espada, trabó dos pistolas en el talabarte, se embozó en su capa,

se cubrió la cabeza con un gran sombrero negro, y salió de Jocotenango, encaminandose hacia el barrio de Santa Lucia. A dos cuadras de distancia de la casa del barbero, llamó la atencion del capitan un ruido pausado y fuerte, como de un carro que rodase muy despacio. No era hora en que anduviesen ordinariamente por la ciudad tales vehiculos; y así, apretó el paso, para ver lo que pudiese ser aquello. No tardó en encontrarse á poca distancia del carreton, que vió iba tirado por dos mulas, que conducia un hombre embozado. Parecia dirijirse hacia la calle donde estaba situada la casa del barbero. El carreton avanzaba, y tras él Don Fernando, cuidando de no ser visto por el hombre que guiaba las mulas. Por último entraron en la calle, á cuyo extremo vivia Basilio Molinos, y Don Fernando vió con asombro que el carro paraba delante de la barberia. Acercose el capitan, adelantando muy pegado á la pared, á fin de no ser descubierto y se colocó en el hueco de una puerta, desde el cual podia ver perfectamente lo que hiciese el que conducia el carro. Al parar este, se entreabrió la puerta de la tienda del barbero, que asomó y habló con el conductor algo que no pudo percibir Don Fernando. En seguida el desconocido sacó del carreton un objeto que al pronto no distinguió bien el capitan. Pero por fortuna de este habia luz en el interior de la tienda y al entrar el individuo que descargaba la carreta, hirió los ojos de Don Fernando un reflejo; era el que despedian los cañones de los mosquetes, bañados durante un momento por la luz.

—¡Armas! exclamó el capitan en voz baja. ¿Que significa esto? He ahi el huesped que aguardaba ese bellaco.

Despues que hubo entrado el que cargó con el haz de arcabuces, que por supuesto no era otro que Francisco Molinos, cuya extraordinaria fuerza le permitió echarse á cuestas aquella pesada carga, el barbero cerró la puerta, mientras su sobrino colocaba las armas en la

trastienda. Entonces Don Fernando comprendió que podia aprovechar el momento en que el carro habia quedado solo, para examinarlo. Pensarlo y ponerlo por obra fué todo uno, y al instante estuvo junto al carreton. Introdujo la mano al traves de los barrotes que formaban la armazon que sostenia una especie de toldo de cuero que cubria la cama, tocó y dió con unos cuantos arcabuces y unas cajas, que comprendió debian ser de parque.

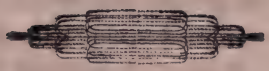
— Bien, maestro Basilio, dijo Don Fernando, volviendo á su escondite; ya veo que os preparais. Esas armas no es mi padre seguramente quien las envia á este bribon. O él las ha hecho extraer furtivamente de los almacenes, ó se las ha proporcionado el único que puede hoy disponer de esta clase de útiles: ese Visitador que Satanás confunda.

Francisco salió de la barberia, volvió á tomar del carro otro haz de mosquetes y tornó á introducirlos, como antes. Hizo en seguida lo mismo con las cajas de parque, y concluida la operacion, se marchó calle adelante con el carro, que ya vacio, caminaba con mas ligereza.

El capitan Peraza se dirijió hacia Jocotenango, pensando en lo que acababa de ver. Era ya tarde y se echó en la cama vestido; no permitiendole conciliar el sueño ciertos pensamientos que lo asaltaron en aquel momento. El chasco de la equivocacion de marras lo tenia despechado y corrido y ardia en deseos de hacer algo que le quitase de encima el ridículo que comprendia muy bien habia arrojado sobre él aquella cómica aventura. Don Fernando no durmió, pues, y pasó en cavilaciones lo que faltaba de la noche.

Al siguiente dia, ajitado con el insomnio y la meditacion, se levantó muy temprano, y volviendo á tomar capa y sombrero, se echó á la calle. Se encaminó derecho á casa de su amigo Don Garcia de Loaiza, que fué, como se recordará, uno de los principales actores en la im-

pensada captura del Alguacil Mayor, y estuvo encerrado con él cerca de una hora, en secreta conferencia. Despues salieron ambos jóvenes y fueron á buscar á los demas que habian concurrido al susodicho *quid pro quo* y quedó combinado y arreglado un proyecto que, decian ellos, habia de probar al Presidente, á Don Francisco Jiron, á Don Luis Melian y á los demas caballeros que tenian conocimiento del lance, que ellos eran hombres y muy hombres de hacer una cosa de provecho. Juraronse unos á otros la mayor reserva y se distribuyeron las operaciones de la nueva campaña, conforme al plan acordado y del cual no se debia dar conocimiento á ningun otro caballero. Arreglado asi todo, salieron los siete amigos á hacer los preparativos de su segunda calaverada.



CAPITULO XXVI.

Como al maestro Basilio Molinos se lo llevó Lucifer y aun le sucedieron otras cosas peores.

DON Juan de Ibarra, ayudado por su escribano, Don Judas Patraña, habia hecho, para acriminar al Presidente, à su secretario y á los regidores encargados del repartimiento de las alcabalas en el año 1620, cuanto la cavilosidad mas aquilatada podia sugerir. Si se hubiese dado al Conde de la Gomera conocimiento de las declaraciones tomadas, le habria sido facil deshacer los injustisimos cargos contra él acumulados y demostrar que la malevolencia, la envidia y otras bastardas pasiones eran las que inspiraban á sus acusadores. Pero el juicio de visita era reservado; que asi lo habia dispuesto la soberana voluntad del Sr. Rey Felipe III, por una ley expedida en Aranjuez, á 17 de Abril de 1606, que corre inserta en la Recopilacion de Indias. En ella se previene á los Visitadores que no den á los visitados copias de los nombres ni de los dichos de los testigos, pues esto seria de grandisimo impedimento para averi-

guar la verdad, y ademas, dice, resultarian otros inconvenientes; por lo que concluye mandando que se proceda en esos juicios con todo el secreto y recato posible. Concluido el juicio, debian enviarse los autos, cerrados y sellados, al Supremo Consejo de Indias, que fallaba sin apelacion ni otro recurso.

En estado de que se elevase á aquel supremo tribunal se hallaba el juicio de visita del Conde; pero era necesario aguardar ocasion para ello, y es bien sabido que esas ocasiones ocurrian en aquellos dorados tiempos muy de tarde en tarde. Entre tanto, no habia ya razon plausible para mantener al Presidente fuera de la capital; y como el Lic. Ibarra procuraba dar á sus actos oficiales toda apariencia de imparcialidad, consideró indispensable levantar al visitado la reclusion impuesta. Dirijiole, pues, atento oficio en que le participaba que estando concluido el juicio, podia volver à residir en la ciudad. En consecuencia, desde el siguiente dia, el Conde, su secretario, su hijo y las personas de la servidumbre se instalaron de nuevo en el real Palacio. Asi como el hecho de la salida del Presidente fué para el vulgo, que no sabe de leyes, ocasion de pronósticos desfavorables á la causa del Conde, su regreso fué interpretado, por igual razon, como prueba indudable de su triunfo. Todos los amigos y partidarios del Presidente se apresuraron á felicitarlo, y queriendo, ademas de manifestar su alegria, hacer rabiar un poco al Sr. Visitador, dispusieron músicas y otros festejos, para celebrar el plausible suceso.

Un incidente inesperado turbó algun tanto aquel regocijo. Esparciose la noticia de que piratas ingleses amenazaban por Rio Tinto, y los buenos vecinos de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad, que ignoraban, en su mayor parte, donde estaba Rio Tinto, imaginaron que los malditos herejes andaban ya por las goteras de la poblacion y notaban el que no se hiciesen rogativas, para que los li-

brase Dios de aquel azote. Tan extraños á los sucesos contemporaneos como á la geografia del pais, hubo algunos que aseguraron que habia vuelto á aparecer el pirata Drake, muerto hacia ya veintiseis años! Ello es cierto que aquellas noticias, esparcidas sin saberse como, traian alborotados á los buenos republicanos, como se decia entonces hablando de la gente principal, y á los plebeyos, que temian ya verse obligados á abandonar sus tranquilas ocupaciones, para ir á guerrear contra el ingles.

Entre tanto el capitan Peraza y sus seis amigos, Loaiza, Aguilar, Mazariegos, Valderrama, Escobar y Revolòrio, que sabian seguramente lo que habia en realidad sobre invasiones de piratas, no hacian el menor caso de aquellas noticias, y se ocupaban en los preparativos de la nueva aventura que habian combinado. Intentaba Don Fernando apoderarse de los mosquetes y de las cajas de parque que habia visto guardar en casa del barbero, y de paso, castigar al viejo pícaro, pues de seguro tales elementos bélicos no estaban ahi con buen fin. Aunque tarde, el capitan llegó á conocer la perfidia y doblez del barbero, y comprendió que estaba vendido á los intereses del Visitador. Juró, pues, Don Fernando que aquel malsin se la habia de pagar muy bien pagada y dispuso meterle en el cuerpo un susto que le durara mientras viviera. Nada dijo á su padre de aquel plan, seguro de que procuraria estorbarlo, ya que el mal éxito de la intentona contra el Visitador, no era para confiar en ningun proyecto suyo.

Reunidos los jóvenes calaveras cinco dias despues de haber llevado Francisco Molinos las armas á casa del maestro Basilio, se dispuso dar el asalto la noche siguiente, estando convocados ya unos pocos artesanos y alguna gente de la infima plebe, que era cuanto habian podido reunir Don Fernando y sus amigos. El capitan dijo que se necesitaba un caballo brioso y espantadizo, á lo que

contestó Valderrama:

— Yo me encargo de proporcionarlo. Cabalmente acaban de traer á casa un magnifico potro negro, que se llama Lucifer, criollo de una de las haciendas de mi padre. Soberbio animal, amigos; pero no le arriendo las ganancias al que haya de subir en él.

— No hay cuidado, contestó el capitan; pues el que va á montarlo, irá tan seguro, como el patron de Guatemala que está en el escudo de la ciudad. Haz que lo traiga uno de tus criados, ensillado y sin freno.

No quiso el capitan revelar su proyecto por completo y quedó resuelto que se reunirian á las once y media de la noche siguiente, en una casa deshabitada del barrio de Santa Lucia, perteneciente á la familia de Loaiza, y que se eligió por aquella circunstancia y por su proximidad á la del barbero.

En la noche y á la hora designada, se vieron atravesar las calles grupos de dos y tres *enchamarrados* que se dirijian hacia el barrio de Santa Lucia, y que cuidaban de evitar encontrarse con las rondas que cruzaban en todas direcciones, pues con motivo de las novedades y rumores que corrian, la autoridad habia juzgado conveniente tomar todo género de precauciones. Si algun vecino pacífico se hubiese desbandado en aquel momento por la calle que de la iglesia del Espíritu Santo va hacia Santa Lucia y en las encrucijadas que forman las que estan contiguas á esta hermita, se habria asustado al advertir que estaban apagadas las luces de los farolillos que de trecho en trecho pendian delante de los nichos que ocupaban imágenes de santos. Por la diagonal que partiendo de la calle ancha de Santa Lucia, va á desembocar al campo y forma un triángulo con la que se dirije á aquella y la que va hacia San José el viejo, segun puede verse en el mapa antiguo de la ciudad; por esa diagonal, decimos, avanzaba un grupo de ocho ó diez embozados,

uno de los cuales llevaba del diestro un caballo negro, de grande y hermosa talla, cuyas pisadas no podian oirse, por no estar empedrado el pavimento de aquellas calles, situadas al extremo de la poblacion. Al doblar la esquina que forma el vértice del ángulo que hacen la calle de Santa Lucia y la de San José, los encubiertos se encontraron repentinamente de manos á boca con otro grupo, compuesto de igual número de personas, poco mas ó menos. Pero estos, aunque caminaban en silencio y con cierta precaucion, bien daban á conocer que no tenian por qué recatarse. Llevaban mosquetes y uno de ellos tenia en la mano una linterna. Aquellas armas y esta luz probaban que los del grupo iban de ronda. Era asi en efecto; pues el que la mandaba se adelantó un poco á los suyos, espada en mano, y dirijiendose á los embozados, que debieron de parecerle gente sospechosa, dijo:

— Tenganse á la justicia del Rey nuestro Señor.

La contestacion de los encubiertos á aquellas palabras, pronunciadas con voz grave y hueca, fué un coro de carcajadas.

Asaz mohino hubo de quedar el gefe de la ronda, á quien con tal desacato se contestaba; pero por un motivo ú otro, en vez de hacer valer su autoridad, se quedó como pasmado de la audacia de los que asi parecian desafiar á la justicia real, cuyo nombre él habia invocado. Tomó la linterna de manos del que la llevaba y aproximandola á aquel de los encubiertos que estaba mas inmediato, quiso ver si acertaba con quienes pudiesen ser los que daban muestras de tan poco comedidos. Pero no bien hubo levantado el farolillo, saltó hecho mil pedazos, de un vigoroso puñetazo que le dió el sugeto á quien se intentaba reconocer. Al mismo tiempo exclamò una voz estentorea:

— Encomendaos á Dios, señor Alguacil Mayor, que aqui las vais á pagar todas. A ellos, camaradas!

Dicho esto, los encubiertos desnudaron las espadas; y sin dar tiempo á los de la ronda para preparar las armas, cayeron sobre ellos, con tan terrible tunda de cintarazos, que los alguaciles [pues tales eran los que componian la ronda,] no hallaron cosa mejor que hacer, que ponerse en cobro, dejando tirados los mosquetes. Bien habria querido hacer lo mismo el gefe de la patrulla; pero no le fué posible, pues menos feliz que sus subordinados, estaba fuertemente asido de una muñeca por la mano vigorosa del que habia roto la linterna.

— Por ahora, dijo riendose, sois nuestro prisionero, señor Don Gerónimo Fernandez de Utrilla, Alguacil Mayor de Corte, y vais á quedar sugeto á rescate.

El Alguacil Mayor, pues en efecto era él, temblaba de pies á cabeza, encontrandose cojido como con una tenaza de hierro por la ferrea mano del capitan Peraza. Los amigos de este se ocupaban en recoger las armas que habian dejado los corchetes.

— Señor capitan, dijo Don Gerónimo, balbuciente, yo no podia imaginar que Vuesa Merced anduviese á estas horas tan *desorillado*. Hay novedades; la obligacion es rondar, y yo cumplia con ella, como buen vasallo de S. M. y como encargado de la tranquilidad pública.

— Ya sabemos todos, replicó Don Fernando, que sois muy exacto en el cumplimiento de vuestros deberes. Hace algunas noches disteis buenas pruebas de ello, al ejecutar ciertas prisiones; pero ahora se han cambiado los frenos y vos sois el prisionero. Adelante, que no hay tiempo qué perder; no sea que esos belitres vayan á dar parte de su derrota y alboroten el cotarro.

— No hay cuidado por eso, señor capitan, replicó el Alguacil Mayor; yo conozco demasiado á mi gente; todos son hombres muy de bien y de muy buen corazon, incapaces de ir á malinformar á nadie. Seguro estoy de que cada cual se ha ido á su casa, sin meterse ya en mas solfas; pues mas ganas tenian de dormir que de andar calles.

— Sea como fuere, observó Loaiza, no hay que exponernos á algun otro encuentro con gentes menos precavidas que los de la ronda del Sr. Alguacil Mayor, con quienes acaso nos será preciso entrar en un descomunal combate, que podria trastornar nuestros planes. Conque dejemos en paz á este buen señor y que le valga el susto que lleva dentro del cuerpo.

— Muchas gracias, caballero, dijo Don Gerónimo; se conoce que sois un jóven de juicio, y habeis hablado como un Papa.

Diciendo esto, hacia por desasirse de la mano de Don Fernando; pero este no le aflojó el puño, y exclamó:

— Poco á poco, señor mio; ¿pues qué, asi como quiera se deja ir á un cautivo de vuestra categoria? No, ¡voto á tal!; tengo necesidad de vuestra cooperacion y vais á ayudarnos. Nos habeis venido como de perlas. Caminad; y cuenta si intentais escapar, pues os rajo el craneo de medio á medio.

El Alguacil debió ponerse pálido al escuchar aquella amenaza; pero no se advirtió esto, porque no se veian las caras unos á otros; y sin replicar ya una palabra, temeroso de que el capitan lo hiciese como lo anunciaba, se dejó llevar sin oponer la menor resistencia.

— Si quereis salvar el pellejo, seo guapo, dijo al Alguacil el jóven Revolorio, es menester que hagais cuanto se os mande.

— Con tal que no sea contra el servicio del Rey ó contra *bonos mores*.... contestó Don Gerónimo; y el capitan lo interrumpió, diciendo:

— Contra buenos y contra malos moros y contra todos los diablos del infierno, si es preciso, nos vais á ayudar esta noche.

Al decir esto, los embozados, que asi disponian del pobre Alguacil Mayor, llegaban á la esquina donde estaba situada la casa del maestro Basilio Molinos.

— Quedaos aqui con Lucifer, dijo Don Fernando, mien-

tras vamos este buen hombre y yo á hacer salir al zorro de su madriguera.

Pararonse los amigos del capitan y detúvose el que conducia el caballo, mientras aquel y el Alguacil, que estaba mas muerto que vivo, doblaron la esquina y se acercaron á una ventanilla con reja de madera, única que tenia la casa de Basilio.

— Voy á despertarlo, dijo Don Fernando, y vos lo llamareis, diciendole que Su Señoria el Visitador lo necesita con urjencia. Si rehusa salir, amenazadlo con la cárcel, con la horca, con lo que quisiereis. Una vez que esté en la callé, ya corre por cuenta nuestra.

Don Gerónimo no se atrevió á replicar, tal era el pánico que habia llegado á infundirle el capitan. Acercose este á la reja y dió en ella con el puño de su espada, tres ó cuatro golpes que resonaron en el interior é hicieron despertar al barbero no poco sobresaltado.

— ¿Quien va?, gritó Basilio.

— Abrid á la justicia del Rey, contestó el Alguacil Mayor, ahuecando la voz como lo tenia de costumbre siempre que pronunciaba aquellas palabras sacramentales, ánte las cuales se inclinaba toda criatura, en los dichosos tiempos en que pasaron los sucesos que vamos refiriendo.

— ¿Qué quiere la justicia de S. M., gritó el barbero desde el fondo de su cuarto, de este su humilde servidor?

— Que os vengais inmediatamente conmigo. Os llama Su Señoria el Lic. Don Juan de Ibarra, Visitador y Juez de residencia del Muy Ilustre señor Presidente.

— ¡Mal rayo parta á Su Señoria!, murmuró el barbero, mientras se vestia á toda prisa. A fé que no ha de llamarme para nada bueno y que me tenga cuenta. Pero como decia la abuela que quien sirve no es libre, y yo sirvo ahora en cuerpo y alma al señor Visitador, mientras llega el tiempo en que él me sirva á mi, fuerza es obedecer.

Al decir esto, Basilio habia acabado de vestirse y abria la puerta que daba á la calle. No bien hubo asomado la cabeza, cuando dos manos vigorosas le agarraron el cuello y tirandolo hacia fuera, lo hicieron salir mas que de prisa. Al mismo tiempo el dueño de las manos dió un fuerte y agudo silbido y acudieron seis ú ocho embozados, con un enorme cuadrúpedo negro.

— Auxi.... gritó el barbero; pero las dos manos no le dieron tiempo para concluir la palabra; pues le apretaron de tal modo la abertura superior de la larnige, que hicieron imposible el paso del aire procedente de los pulmones; circunstancia indispensable para que aquel animal vertebrado pudiese producir ese sonido que se llama voz. En seguida una mordaza, que el capitan llevaba preparada y que acomodó en la boca del infeliz barbero, hizo lo que acababan de hacer provisionalmente las manos: imposibilitarlo de gritar. Aproximaron á Lucifer, que estaba ensillado, pero sin freno; el capitan levantó en el aire al barbero y lo plantó encima. El endiablado bruto, al sentir el peso, quiso partir á escape; pero se lo estorbaron dos manos vigorosas que lo sugetaban por medio de un *tortol*. Ataron al barbero á la silla por la cintura y por ambas piernas, y una vez que estuvo bien asegurado, desataron el nudo corredizo de la mordaza, soltaron el *tortol* y el capitan dió á Lucifer en el anca un vigoroso cintarazo. Se oyó un grito, mejor dicho un alarido de terror, de desesperacion, de angustia; y Lucifer, arrojando fuego por los ojos y espumarajos por la boca, se lanzó como si caminara por los aires. Un coro de alegres carcajadas, que resonó en el grupo que formaban aquellos jóvenes desalmados, saludó la partida del barbero, arrebatado por Lucifer.

Luego que caballo y caballero se hubieron perdido entre las tinieblas, el capitan Peraza adelantó hacia la esquina y dió tres palmadas fuertes y sonoras, cuyo sonido repitió el eco en las desiertas y sombrias calles. Inme-

diatamente fueron apareciendo, como si hubiesen brotado del centro de la tierra, varios *enchamarrados*, que se dirijian hacia la puerta que Basilio dejara abierta. Reunieronse como cincuenta de aquellos individuos; el capitan y sus amigos entraron en casa del barbero, seguidos de la turba, y habiendo hecho luz con avios que al efecto llevaba Don Fernando, pudieron verse los semblantes feroces de aquellos miserables, que pertenecian en su mayor parte á la hez de los barrios de la capital. Hallabanse en la tienda del infeliz Basilio, é iban y venian de un punto á otro, como aves de rapiña, barriendo con cuanto encontraban. El estuche de carei y nacar con sobrepuestos de plata, la bacia, los peines, las tohallas, todo desapareció en un instante, mientras Don Fernando forzaba la puerta que comunicaba la trastienda con el interior de la casa. Luego que estuvo abierta, el capitan llamó á los rapaces, que no teniendo ya de que echar mano, se lanzaron en el cuarto que acababa de abrirse.

— Armaos, hijos mios, dijo el capitan, señalando los arcabuces, que estaban apilados en un ángulo de la habitacion. Romped esas cajas y tomad todo el parque que pudiereis.

El capitan y sus compañeros llevaban instrumentos á propósito para romper las cajas y con ellos hicieron saltar las tapas. Tomaron todo el parque y pasaron al dormitorio, á ver si habia ahi algo de que pudiesen hacer presa. La negra desventura del desgraciado propietario de la casa hizo que uno de tantos levantase las colchas de la cama, para ver si habia debajo algun rezago que poder pescar, é introduciendo la mano, dió con el arcon. Tiró con fuerza de una de las asas y sacó la caja.

— Esto pesa endiabladamente, dijo el que tiraba; y aqui debe de estar encerrada el alma del tuerto.

Aplicaron los instrumentos á la cerradura, que saltó á poco en pedazos; levantaron la tapa y se precipitaron á examinar el contenido. Un ahullido de júbilo partió

del grupo que formaban los gavilanes que rodeaban el cofre. Habian visto relucir el oro y la plata. Cayeron sobre el tesoro del barbero como perros de presa, y en término de diez minutos, habia desaparecido hasta la última pieza; tal fué el ahinco rabioso con que saquearon el arca.

Don Fernando volvió la cara hacia otro lado con disgusto; y el jóven Loaiza, que como los otros caballeros contemplaba con pena el escamoteo, dijo al capitan:

— Esto es vergonzoso, Fernando.

— Dices bien, contestó el capitan; pero ¿quien es capaz de evitar que esta canalla haga de las suyas? Nuestras vidas mismas correrian un grave peligro, si intentaramos estorbarselos por la fuerza. Asi, no hay mas que dejarlos y que el bribon del barbero lo sufra, en castigo de haberse metido á intrigante político, en vez de estar afeitando, sacando muelas y dando sangrias.

Imposible es pintar el regocijo de aquellos miserables, algunos de los cuales se encontraban con mas dinero del que habian visto junto en todos los dias de su vida. Saltaban, reian, charlaban todos á un tiempo y en su descompasada alegria, victoreaban al maestro Basilio, á quien acababan de arruinar.

Mientras tenia lugar aquella escena, el Alguacil Mayor, que no habia podido escabullirse, pues Don Fernando tuvo buen cuidado de cerrar la puerta que daba á la calle, estaba tiritando de miedo en un rincon del dormitorio. Aquel terror provenia de que el pobre Don Gerónimo habia conocido, entre los descamisados que andaban por el cuarto, arcabuz en mano, á mas de media docena á quienes él hiciera atar á la picota y azotar hasta chorrear la sangre. El Alguacil creyó que, á ser descubierto, era llegada su última hora, y hé aquí por qué sudaba congojas y hacia un acto de contricion formal. Pero por gran fortuna suya, la turba feroz no estaba para reparar en nada, tal era su alegria; y merced á eso, pudo Don

Gerónimo escapar sano y salvo de aquel trance.

Armados y pertrechados ya los semi-bandidos que capitaneaba Don Fernando, y no teniendo que pillar en casa del barbero, como no hubiese sido á la vieja doméstica que fingia dormir y no oir nada, y que era en realidad la autora de la ruina de su amo, trataron el capitan y sus amigos de hacer salir á aquellos bribones. Trabajo costó que guardasen silencio, pues el contento no les permitia tener moderacion. Considerabanse ya bien pagados de cuanto tuvieran que hacer en obsequio del Sr. capitan y se manifestaban resueltos á haberselas con los mismos diablos, si era necesario. El plan de Don Fernando era ir á atacar la casa del Visitador, que custodiaba una guardia y ejecutar, por medio de la violencia, lo que no habia logrado á favor de la astucia. Buscaba, como ya lo indicamos, el desquite de la pesada burla de la captura del Alguacil Mayor. Pero mientras duró el saqueo de la casa del barbero, habian ocurrido en la ciudad sucesos que frustraron otra vez los planes del capitan.

Aconteció que Lucifer, estimulado por el cintarazo que le asestó Don Fernando, sintiendo que un ginete oprimia sus lomos y sin freno que moderase su natural impulso, dió á correr por las calles, con tal impetu y brio, como si tuviese dentro del cuerpo el mal espiritu con cuyo nombre se le habia bautizado. Arrebatado por aquel demonio en forma de caballo, el barbero, á favor de la debil claridad de las estrellas que teñia el horizonte con una luz dudosa, creia ver revolotear con espantosa rapidez las casas, las torres de las iglesias y las copas sombrias de los árboles de las huertas; tal era el vértigo que producia en él aquella velocisima carrera. Lucifer recorria la ciudad en todas direcciones, haciendo brotar chispas de las piedras con el choque de sus herrados cascos. El aire, fuertemente agitado, zumbaba en los oidos del desventurado barbero, á quien acababa de trastornar aquel horrible silbido. Exhausto de fuerzas, sin sentido ya, Ba-

silio, que habria caido, á no haber estado tan bien asegurado en la montura, inclinó el cuerpo sobre el cuello del caballo y lo estrechó con un abrazo nervioso.

Despues de haber corrido varias calles, Lucifer hubo de pasar delante del portal del cabildo, donde estaba la carcel de ciudad. El centinela dió el ¿quien vive?: y como no recibiese respuesta, viendo aquel bulto, cuyo aspecto no se distinguia muy bien en medio de las tinieblas y oyendo el ruido de la carrera, preparó el mosquete, apuntó é hizo fuego. La bala pasó silbando sobre la cabeza del caballo; pero sin tocarlo. A la detonacion, alarmose la guardia que dormia; levantaronse los soldados, tomaron las armas y acudieron á la puerta del edificio. El centinela, cuyo miedo le hacia ver lo que no habia, dijo que un monstruo negro, una especie de caballo sin ginete, habia pasado casi raspandose con él. Aseguró que echaba fuego por los ojos y que sus pies brotaban chispas. Aquella relacion y el susto mortal que se pintaba en el semblante del defensor de la patria, bastaron para que el pánico, enfermedad la mas contagiosa de este mundo, se comunicase á los demas soldados, que no encontraron otro arbitrio que ir á tocar á rebato con la campana grande del cabildo. Pensarlo y hacerlo fué todo uno; y un momento despues, el vecindario despertaba alarmado, oyendo aquel son pausado y pavoroso. Comenzaban á entreabrirse las ventanas, y las gentes se preguntaban unas á otras que novedad habia. Nadie acertaba á dar razon, hasta que ocurrió á uno de tantos soltar la palabra *Drake*, y aquello fué suficiente para que se comunicase de balcon á balcon la terrible, la aterradora noticia de que el pirata ingles estaba en la ciudad.

Entre tanto Lucifer seguia corriendo y los vecinos que lo veian pasar como una exhalacion, temblaban y cerraban sus ventanas, jurando que si aquel no era Drake, era el diablo, ó alguna cosa peor. La campana de cabildo no cesaba de hacerse oir: la guardia del real Palacio

se puso en armas; la de la casa del Visitador hizo otro tanto, y unos pocos vecinos animosos que se lanzaron á la calle, se preguntaban unos á otros lo que aquello era; y nadie acertaba á responder mas que *Drake.*

Lucifer hubo de cansarse al fin. La carrera se convirtió en trote y por último, como acertase á pasar por la casa de Don Diego de Valderrama, su dueño, que estaba abierta, pues en aquel momento salia el caballero para indagar las novedades; el caballo, guiado por el olfato, entró de rondon y no paró hasta la caballeriza, donde con todo y ginete se echó al suelo, tal iba ya de fatigado.

Aquella alarma evitó que el capitan Peraza y sus amigos completasen su segunda calaverada. Cuando salieron de casa del barbero para ir á atacar la guardia del Visitador, la ciudad estaba ya alarmada, por cuenta de Lucifer; la campana del Ayuntamiento tocaba á rebato y la escolta que custodiaba al Juez de residencia habia sido reforzada con cincuenta arcabuceros y veinticinco dragones. Don Fernando echó un tremendo voto á tantos, al ver que no le era posible consumar su locura. El primer individuo á quien encontró lo informó de que corria la voz de que el ingles Drake estaba en la ciudad y que se le habia visto correr las calles de estampida en un enorme animal negro, cuyos cascos despedian chispas.

— ¿A que es el barbero el que han visto estos mentecatos, dijo el capitan luego que se alejó el noticioso, y á ese han tomado en su miedo por el pirata, muerto hace que sé yo cuantos años?

— Es muy probable, contestó uno de los jóvenes; y si es asi, nosotros mismos hemos echado á perder la obra.

— Pero tenemos ya unos cien mosquetes, replicó Peraza; parque y gente resuelta á todo.

Luego dirijiendose á los del pueblo, que se habian quedado un poco atras, mientras él hablaba con el vecino, los despidió, diciendo que podian retirarse, debiendo

estar prontos al primer llamamiento. Obedecieron aquellos, ofreciendo estar siempre listos para cuando se les necesitase, pues la presa de aquella noche los habia engolosinado y soñaban ya con mas pingües ganancias en las casas de los ricos. Despidió tambien el capitan al Alguacil Mayor, jurandole que si salia de su boca una sola palabra sobre los sucesos de aquella noche, lo haria atar, no á un caballo, como al barbero, sino en cuatro potros, para que no pudiera contar el cuento. Don Gerónimo contestó que desde aquel momento se le olvidaba por completo cuanto habia sucedido, y se marchó á su casa.

El maestro Basilio Molinos, á quien encontraron los criados de Valderrama atado sobre Lucifer, sin acertar á explicarse aquel extraño caso, estaba aun desfallecido, y con el ojo cerrado. Desataronlo y habiendole preguntado que diablos hacia ahi, contestó con voz hueca:

— En dos horas he venido desde Jerusalen, caminando por los aires. ¡Ay! el monstruo negro con alas me ha traido demasiado deprisa y me ha convertido en un costal de huesos.

Los criados se veian unos otros espantados y juzgaron que el barbero estaba ó loco, ó espiritado. Lo que el desventurado tenia en realidad era una fuerte calentura, que lo hacia delirar. Levantaronlo en peso y lo llevaron á su casa, cuyo completo saqueo no estaba el pobre en aptitud de advertir. La Sra. Brijida, que estaba ya en pié y un poco asustada del estrago causado por los nocturnos visitantes, al ver entrar á Basilio en tan lamentable situacion, comenzó á dar gritos, á mesarse los cabellos, á blasfemar y á decir que daria un ojo de la cara por saber quien era el herege que habia puesto de aquel modo á su buen amo. Las vecinas habian acudido en masa al rumor de las extrañas novedades ocurridas en casa del maestro Molinos, y una de tantas se acercó á la desconsolada dueña y le dijo al oido:

— Calle por Dios, comadre, y procure que se eche

tierra á todo esto. Ya se susurra que vuestro amo tiene pacto con el malo y hay quien jura que lo ha visto atravesar los aires la noche pasada, montado en un gran elefante mas negro que mi mantilla y que echaba chispas por todo el cuerpo, como diablo de rezado.

La Sra. Brijida abrió desmesuradamente los ojos, se santiguó dos ó tres veces y yendo á arrodillarse en un rincon del cuarto, se puso á rezar, en un latin de cocina, las letanias de los Santos.

CAPITULO XXVII.

Las píldoras del alquimista, la desesperacion de Basilio y los celos de Francisco.

IETE dias hacia ya que el maestro Basilio Molinos luchaba con la fiebre. La muerte disputaba su presa á la ciencia, que dandose por vencida, acababa de abandonar el enfermo al brazo secular de los empiricos.

Tendido en su lecho, con la cara hacia arriba, pálido, consumido, el infeliz no daba otras señales de vida que el aliento penoso y ajitado que se escapaba de su pecho, uno ú otro movimiento convulsivo que hacia con las manos, como si quisiese defenderse de alguno y las palabras incoherentes que pronunciaba en medio del delirio.

Es de noche. Un candil alumbra la habitacion, con esa luz dudosa y moribunda que es la imagen mas exacta de una existencia que se va extinguiendo. El ajuar del cuarto es miserable, como corresponde al caracter é inclinaciones del dueño, que habia tenido siempre especial

estudio en pasar por pobre. Las paredes estan desnudas y hace mucho tiempo que no se blanquean. La cama, una mesa pequeña y coja y un taburete, todo de cedro sin pintar, constituyen los muebles; pues el barbero habia reservado su *lujo* para la tienda, donde recibia á los parroquianos y para la trastienda, que era, como ya hemos dicho, su salon de tertulia.

Sentada en el taburete é inclinada un tanto sobre la cama del enfermo, está una muger, que en su actitud y en su mirada inquieta muestra que un interes noble y tierno y no el de la retribucion pecuniaria, es el que le hace prodigar al barbero aquellos solícitos cuidados. Es Genoveva Molinos, la supuesta hija de Andres, que no se ha separado del lado de su tio ni de dia ni de noche, con esa energia física y moral que la Providencia ha querido conceder solamente á la debilidad de la muger. La jóven sabe que el enfermo está desahuciado por los médicos que lo han asistido, y no tiene ya esperanza sino en Dios y en cierto específico que ha ofrecido llevar esa noche á las doce el Dr. Correa, que ha mandado se tenga prevenido un poco de vino blanco en un vaso de plata.

La vieja criada del barbero habia caido rendida de fatiga. Genoveva, que no queria separarse del lado de su tio, y que no tenia un ánimo medroso, hizo que quedara abierta la puerta que daba á la calle, á fin de que pudiera entrar el Dr., sin que ella tuviese necesidad de ir á abrir. Con incesante afan contó una tras otra las horas, aguardando aquella en que debia llegar el célebre médico. Llamado cuando los demas no daban ya ni la mas remota esperanza, el Dr. Correa habia contestado que si el enfermo vivia á las doce de la noche, respondia de su vida. Esa seguridad alentaba á la jóven y la hacia aguardar con afan la llegada del Dr.

Acababan de dar las once y media. Genoveva advirtió que el semblante del enfermo tomaba una expre-

sion extraña, que no habia presentado hasta entonces. Ocupada en observarlo, Genoveva, que oyó pasos dentro del aposento mismo, no volvió la cabeza, y dijo:

— Bienvenido seais, señor Dr., y gracias á Dios que os habeis anticipado á la hora señalada. Daos prisa, pues temo que mi pobre tio se muere.

El que acababa de entrar, embozado hasta los ojos, no contestó y se detuvo á contemplar aquella escena. La jóven, viendo que no respondia ni se acercaba el que ella tomaba por el médico, volvió la cara y se estremeció, al ver, á la moribunda luz del candil que debilmente iluminaba el cuarto, aquella aparicion. El recienllegado avanzó hacia la cama del enfermo, se quitó el sombrero y dejando caer el embozo, dejó ver el rostro del Visitador.

— ¿Tan malo está realmente vuestro tio?, dijo en tono bondadoso, fijando su mirada, profundamente investigadora, en el semblante de Basilio.

Con voz balbuciente contestó Genoveva:

— Perdonad, señor, mi turbacion. Estaba yo tan agena de veros aqui, que vuestra presencia en este sitio y á esta hora me ha sorprendido en gran manera.

— Me han llegado, contestó Don Juan, rumores extraños acerca de la enfermedad de vuestro tio y de su origen. Confiesoos que he dudado que estuviese tan malo como se decia y he querido venir á convencerme por mis propios ojos.

Genoveva, un tanto recobrada ya por el tono tranquilo y bondadoso de Don Juan y fascinada por la mirada de aquel hombre, que ejercia sobre ella irresistible influencia, fué volviendo gradualmente del estupor que le causara la aparicion inesperada del Visitador, á quien no habia vuelto á ver desde la noche en que le hizo en la alameda del Calvario la confesion de su amor.

— ¡Ah señor! exclamó la jóven; no hay exajeracion en lo que os han dicho. Siete dias hace que mi pobre tio lu-

cha con la fiebre; y ya mi única esperanza está en Aquel que tiene en su mano la vida de la criatura y en una medicina que va á administrarle ahora mismo el sabio Dr. Correa.

Don Juan se estremeció á su vez al escuchar aquel nombre. Pero la impresion que experimentó fué rápida como el relámpago, y su fisonomia volvió á recobrar su aparente tranquilidad habitual.

— ¿Ese médico es el que asiste al enfermo? preguntó el Visitador.

— No señor, respondió la jóven; ha sido llamado, cuando los de la ciudad han dicho que no podian salvarlo. Ha ofrecido venir esta noche á las doce y aplicarle un remedio que asegura le devolverá la salud. Cuando vos entrasteis, crei que fuese él el que llegaba.

En aquel momento el enfermo dijo convoz sorda y hueca:

— ¡Ay! dejadme señor Alguacil Mayor; decidle al señor Visitador que me perdone si no acudo á su llamamiento; pero el caballo negro, el caballo negro me ha convidado á dar un paseo por las nubes y tengo que acompañarlo.

— Delira, dijo Don Juan.

— Si señor, contestó Genoveva; asi ha sido durante toda la enfermedad. Os ha nombrado con frecuencia; mas aun al señor Alguacil Mayor; pero lo que parece atormentarlo principalmente, es la idea de un monstruo negro, que sin duda le finge su imaginacion, y que dice lo arrebata por los aires.

— ¿Y no ha nombrado á alguuas otras personas, ademas del Alguacil Mayor y yo?

— A nadie mas. Ha hablado de enmascarados, de fantasmas, de la campana grande de cabildo; dice frecuentemente que la ciudad da vueltas al derredor de su cabeza; se queja de que le ciñen los muslos argollas de hierro; en fin, señor, locuras, delirios que me oprimen el

corazon y me hacen llorar de lástima.

— Teneis razon, Genoveva, contestó Don Juan; vuestra alma sensible y tierna sufre con los padecimientos de ese infeliz anciano; y sin embargo, yo cambiaria mi suerte por la suya, cuando veo el interes y el afecto que os inspira.

Pronunció el Visitador aquellas palabras con un acento al parecer tan conmovido, que Genoveva se puso encendida al escucharlas. La alegria rebosó en su semblante y casi olvidó al enfermo, tan intenso fué el gozo que le hizo experimentar aquel amor tan sencillamente expresado. Cuando se ama verdaderamente, no son las frases estudiadas, no son las exageraciones del sentimiento las que suelen llegar al alma. Una palabra significativa que se ha escapado sin intencion, una mirada sorprendida al acaso, un movimiento cualquiera pueden expresar mas amor que los discursos mas elocuentes. Genoveva creyó encontrar verdad en las palabras de Don Juan; el vértigo se apoderó de su cabeza y la pasion voraz, que estaba sofrenada pero no vencida, estalló con inaudita violencia en aquel pobre corazon.

— ¿Conque me amais todavia, señor? exclamó la noble y ardiente hija de Jiron Manuel. ¿Es cierto que no habeis olvidado, en medio de los graves negocios que os ocupan, á la infeliz de quien os separa una distancia que nada puede salvar?

— ¿Si os amo Genoveva,? contestó el implacable y pérfido Don Juan ¿Si os amo, decis? ¿Como podria no amaros, si sois un angel de bondad? ¡La distancia que nos separa! ¿Y quien os ha dicho, alma mia, que esa distancia no puede desaparecer, si es mi voluntad que desaparezca?

— ¡Ah! exclamó Genoveva, cubriendose el rostro con ambas manos. Ah!... Jamás, jamás pude abrigar ese pensamiento osado. No señor, eso no puede ni debe ser. Os

he amado sin esperanza; dejadme que os ame siempre asi.

— Pero entonces, dijo el Visitador con una triste y dulce sonrisa, entonces, ¿cual es vuestra idea al entregarme vuestro corazon?

— Mi idea, señor! ¿Tengo yo alguna acaso? Os amo.... porque os amo y porque es imposible no amaros. Sé que partireis de aqui; que no volvereis á acordaros de mi jamas; y sin embargo, vos, señor, llenareis siempre mi alma, vos sereis el aliento de mi vida.

— ¿Y si yo os digo que mi intencion es que seais mi esposa?

— Rehusaria ese honor, porque.... yo os humillaria á los ojos del mundo. Dejadme, señor, que os ame sin esperanza, os lo repito; ya que en esto vereis una prueba evidente del desinteres y de la abnegacion de mi amor.

En aquel momento la campana sonora del reló de la Compañia dió las doce. Pusose en pié el Visitador y con aire sombrio dijo:

— Es la hora en que debe venir ese hombre. Genoveva, vos me amais y yo os amo. No debo, pues, ocultaros nada. Sabed que mi vida ha estado hace algunos dias en grave peligro en el taller de vuestro padre y que me ha salvado únicamente la influencia que vuestro hermano ejerce sobre las gentes del pueblo.

— Ah! Francisco! exclamó Genoveva, alma generosa! Lo que decis, señor, da á mi hermano un nuevo título á mi afecto.

— Pero Francisco no estará siempre á mi lado, para resguardarme de una turba feroz á quien otros azuzan. Se conspira contra mi autoridad y se atenta contra mi vida.

La jóven se puso pálida al oir lo que decia Don Juan.

— ¿Y quien, preguntó con inquietud, quien es capaz de odiaros á vos, señor?

— Aquellos á cuyas bastardas ambiciones he venido á poner freno. Jiron Manuel es mi enemigo y no lo es

menos el capitan Peraza. Esos dos caballeros son los gefes de los descontentos. Si quereis que mi existencia deje de estar continuamente amenazada, observad lo que se trama en casa de Jiron y avisadmelo oportunamente.

Oyeronse pasos en el corredorcillo que conducia á la puerta de la calle. Don Juan calculó que seria el Dr. el que llegaba; besó con ternura la mano de Genoveva y salió, cuidando de ocultarse perfectamente bajo el embozo. Encontrose al salir con otro embozado, á quien conoció por la estatura y por el aire del cuerpo. Imposible era ya abrigar la mas ligera duda: aquel hombre era Enrique Grantzius. Don Juan sintió un estremecimiento nervioso en todo su cuerpo, al pasar junto á él. Se dirijió á su casa lentamente, meditando en lo que acababa de hablar con Genoveva y en las palabras escapadas al barbero en el delirio.

El Visitador sabia que el origen de la alarma ocurrida en la ciudad pocas noches ántes, habia sido un hombre que recorria las calles montado en un caballo negro y que no contestaba al *quien vive* de los centinelas. No faltó quien creyera reconocer en el atrevido ginete al maestro Basilio Molinos, en el momento en que, ya á la madrugada, se metió Lucifer en la casa de su dueño. Dieronse aquellos informes al Visitador, agregando que el barbero se hallaba postrado en la cama, gravemente enfermo, en consecuencia, sin duda, de aquella inexplicable excursion nocturna. Como era natural, todo aquello llamó vivamente la atencion de Don Juan, que se propuso esclarecer aquel misterio. Con ese objeto fué á casa del barbero, de cuya grave enfermedad se convenció por sus propios ojos. Lo que Basilio decia en el delirio acerca del monstruo negro que lo arrebataba por los aires, acabó de persuadirlo de que él era el hombre del caballo; y la frecuencia con que, segun Genoveva, nombraba al Alguacil Mayor, lo hizo sospechar que anduviese este mezclado de

un modo ó de otro en tan extraña aventura. Con aquellos datos, Don Juan se propuso averiguar la verdad, valiendose de los medios que le proporcionaba su autoridad y astucia sobre el débil y poco avisado Don Gerónimo.

Entretanto el Dr. Sanchez Correa, ó sea Enrique Grantzius habia entrado en el cuarto del barbero y le tomaba el pulso.

— Me habeis llamado muy á tiempo, dijo á Genoveva. Un cuarto de hora podria tener de vida este hombre. Traed inmediatamente el vaso de plata con vino blanco que recomendé se tuviese preparado.

Genoveva fué á traer lo que se le pedia, y el Dr., luego que estuvo solo, se acercó á la mesa donde ardia el candil, sacó de su faltriquera una cajita de oro y un libro pequeño muy viejo y maltratado.

Nos será permitido, valiendonos de la facultad concedida á todo narrador, acercarnos al Dr. Correa y leer, por detras de su hombro, el libro que acaba de abrir. Es el *Opúsculo de la filosofia natural de los metales*, de Dionisio Zachaire; y la página, aquella en que se describe la *manera de aplicar la obra divina á los cuerpos humanos, para curarlos de las enfermedades.*

" Para usar, dice, de nuestro gran rey con el objeto de recobrar la salud, tómese el peso de un grano y disuelvase en un vaso de plata que contenga vino blanco puro, con lo cual tomará un color de limon. Dese á beber al enfermo un poco despues de media noche, y se curará en un dia, si la enfermedad no es mas que de un mes; si es de un año, se curará en doce dias, y si de mucho tiempo, en un mes; repitiendo la operacion todas las noches."

El alquimista cerró el libro y lo volvió á guardar con cuidado en su bolsillo. Al mismo tiempo decia en voz baja:

— Voy á experimentarlo por mi mismo. Si este hom-

bre, desahuciado por mis compañeros, y de cuya enfermedad puede hacerse el mas fatal pronóstico, recobra la salud, es seguro que he acertado con el secreto de la preparacion. Entonces, yo podré hacer vivir á un hombre, no cuatrocientos años, como vivió el veneciano Federico Gualdo; no mil, como Artephius, predecesores mios en la ciencia, sino hasta el dia del juicio final, como se alababa, (aunque sin razon) de poder hacerlo, Salomon Trismosin.

La jóven sobrina del barbero entró, llevando el vaso de plata con vino blanco, y lo entregó al Dr. Sacó este de la cajilla una pildorita, y con gran misterio la puso dentro del vino, que tomó efectivamente el color de limonada que indicaba la famosa receta del autor cuyo libro acababa de consultar por la centésima vez el alquimista. Su alegria fué extraordinaria cuando advirtió aquel resultado, que era, á su juicio, prenda segura del acierto con que habia procedido al preparar la *obra divina*. Acercose al barbero, en cuyo semblante se advertian ya las señales de la agonia. Hizole tragase unas cuantas gotas de aquel liquido y se sentó en el taburete, à la cabecera del enfermo, con la mirada fija en este, á fin de poder observar los efectos de la medicina. Genoveva, hincada de rodillas en el suelo y con el cuerpo inclinado sobre la cama, no separaba los ojos del rostro de su tio.

Pasó asi un cuarto de hora, al cabo del cual, el barbero exhaló un profundo suspiro, abrió el ojo y echando en derredor una mirada inquieta y vaga, dijo con voz debil y apenas perceptible:

— ¿Donde estoy? Todo no ha sido pues, mas que un sueño horroroso.

Genoveva iba á contestar á su tio, pero el Dr. le hizo seña de que callase.

— El caballo negro, prosiguió el barbero, la bala que silbó sobre mi cabeza y aquel horroroso paseo, todo fué un sueño; si, un sueño espantoso.

Dicho esto, el barbero se sonrió, volvió á cerrar el ojo y cayó en un verdadero sueño, natural y tranquilo, no el agitado letargo de la fiebre. Acercose el Dr., tomole el pulso temblando de emocion, y exclamó;

— *Eureka! Eureka!* La obra divina ha hecho su efecto. Este hombre se ha salvado!

— ¡Salvado! repitió con júbilo Genoveva; ¿estais seguro?

— Tan seguro, como de que la ciencia no puede mentir. ¡Oh! añadió el alquimista entusiasmandose: ahora que venga la muerte; yo la desafio y la aguardo, armado con el soberano específico para todas las enfermedades.

Sacó la cajita de oro que contenia otras dos ó tres de las famosas pildoras y la besó como si fuese una reliquia. Hizo otro tanto con el libro viejo y sucio de Dionisio Zachaire y contempló durante un rato, como en éxtasis, el misterioso licor que contenia el vaso de plata.

— Oh Dionisio, Dionisio!, exclamó el Dr., hé aquí tu obra perfeccionada! Como tú, yo vi hace dos noches apenas, aparecer en el alambique los *tres colores*, señal evidente de que la grande obra hermética estaba consumada. Yo pienso hacer mejor uso que tú del favor del cielo, y evitaré asi el fin desastroso que á tí te proporcionó el gran descubrimiento.

Genoveva casi no atendia á las exclamaciones del Dr., ocupada en dar gracias á Dios, en fervorosa oracion, del restablecimiento de su tio, pues ya lo consideraba seguro. Enrique Grantzius volvió á guardar su cajita de pildoras milagrosas y su libro, y recomendando se guardase en lugar seguro el vaso de plata, se despidió de la jóven, anunciandole que á la siguiente noche, á la misma hora, volveria á visitar al enfermo, para ver el efecto de la medicina y administrarle una nueva dósis del soberano específico. Genoveva manifestó con efusion su gratitud al llamado Dr. Correa, que se marchó mas satisfecho que debió estarlo Cristoval Colon al divisar las playas del

nuevo mundo.

El maestro Basilio Molinos mejoraba visiblemente. Dos ó tres veces volvió á tomar el licor preparado por el sabio médico, y se sintió restablecido, aunque muy debil todavia. Se esparció la fama de aquella famosa curacion; los demas doctores quisieron convencerse por sus propios ojos y fueron á ver al barbero. Al encontrarlo levantado ya, alzaron los hombros y dijeron que las medicinas que ellos habian aplicado produjeron su natural efecto y que á Sanchez Correa le habia cabido en suerte aprovecharse de su obra. Probablemente lo que decian aquellos buenos doctores era la pura verdad; pero á las gentes que estaban al tanto de lo ocurrido, nadie les pudo sacar de la cabeza que el Dr. Correa habia hecho el milagro y que aquel médico era capaz de resucitar á un muerto. En pocos dias realizó una decente cantidad con la venta de sus pildoras, y tampoco hicieron mal negocio los mercaderes que tenian en sus almacenes vino blanco puro. En cuanto á los que se medicinaron con aquella droga, les sucedió lo mismo que á los que se medicinan con otras; esto es, que unos sanaron y otros se murieron; pero de los últimos dijo el Dr. que estaba bien averiguado, ó que el vino no era puro, ó que el vaso en que se echó no era de plata, ó que no se cuidó de que el paciente tomara la pócima poco despues de la media noche, como estaba mandado. Con esto nadie osó chistar palabra y la fama de las milagrosas pildoras quedó muy en su punto.

El barbero se hacia lenguas de ellas y juraba que no tomaria otra cosa, asi le dijera lo contrario el mismo Galeno. En cuanto se sintió con algunas fuerzas, Basilio dispuso visitar el arcon, haciendo ya sus cálculos sobre lo que en Dios y en conciencia habria de pagar al médico á quien debia la vida. Por la Sra. Brijida y por Genoveva supo que el Dr. lo habia visitado cinco veces; los ricos pagaban á razon de ocho reales la visita, y los po-

bres á cuatro; el creyó poder colocarse en un término medio, y dedujo que abonando á razon de seis reales, haria ni mas ni menos de lo justo. Eran, pues, treinta reales. Mas como el Dr. le hacia las visitas á la media noche, se le hizo cargo de conciencia el pagarle como si fuesen hechas de dia, y asi determinó generosamente agregar un real por cada una, lo cual subia la cuenta á treinta y cinco reales. En esto lo asaltó otro escrúpulo: el Dr. habia suministrado las píldoras, ahorrandose el gasto de botica. Pero bien visto, las tales píldoras eran tan pequeñas, que no podian valer gran cosa. Calculandolas á cuartillo de real cada una, eran cinco cuartillos, ó sea real y cuartillo, que agregados á lo de las visitas, hacian treinta y seis reales y un cuartillo, ó sean cuatro pesos con cuatro y cuartillo reales.

— ¡Cáspita! exclamó el barbero, luego que hubo concluido aquella operacion financiera, y que cara cuesta la vida! En cuanto á los otros, buen tonto fuera yo si les diera un solo maravedi. Estos son, como decia la abuela, médicos de Valencia; largas haldas y poca ciencia. Vamos á ver cuanto es lo que queda de mi caudalito, con la brecha que le abre esta malvada enfermedad. Malos grajos coman á los perros que en tal trance me han puesto!

Diciendo asi y aprovechando la ocasion de que la Sra. Brijida andaba fuera de casa en sus cuotidianos quehaceres, el avariento viejo se agazapó para sacar el arcon. Sintió un calofrio horroroso al advertir que el mueble, tan pesado de ordinario, salia con mas facilidad de la acostumbrada, como si estuviese vacio. Pero al instante se consoló Basilio, haciendo la reflexion de que no era que el arcon pesara menos de lo que solia, sino que sin duda aquellas benditas píldoras del Dr. Correa tenian la extraordinaria virtud de acrecentar las fuerzas. Quiso aplicar la llave á la cerradura y se estremeció al notar que habia desaparecido. Levantó la tapa del cofre, aproximó la vela y se le puso el semblante mas desencajado

que cuando tenia la fiebre. Introdujo medio cuerpo en el fondo del baúl, á fin de registrar hasta el último rincon. ¡Ay! Todo habia desaparecido! Aquel arcon era ya un cuerpo sin alma, una casa deshabitada, un desierto, que repetia el eco lastimero de los gemidos del infeliz ex-propietario. Sin fuerzas para moverse de aquel sitio, permanecia Basilio con la mitad del cuerpo metida dentro de la caja, y asi hubiera estado quién sabe cuanto tiempo, á no haber entrado la Sra. Brijida, que al pronto no supo que pensar de la extraña postura en que se encontraba su amo.

—¿Que es esto? dijo la vieja; ¿estais en oracion? Creo que podiais haber buscado otro lugar mas á propósito.

Un gemido hueco y sordo fué la única respuesta que dió el barbero á las observaciones de su doméstica; con lo cual, alarmada la Sra. Brijida, fué á sacar á su amo del arcon. El desfallecido barbero cayó á plomo en el suelo.

—¡Mi dinero! mi dinero!, exclamó con acento lúgubre.

—¡Acabaramos ya! dijo la Sra. Brijida, ¿ahora estamos en eso? Echadle un galgo, á ver si os volveis á juntar con él. El dinero y las prendas que habia en casa todo desapareció como por encantamento. ¡Vaya,! si las cosas que aqui han sucedido no estan escritas. Bien dicen las vecinas que cuanto ha pasado en esta casa, es obra del diablo.

Mientras hablaba la vieja, se iba verificando en el espititu del barbero una reaccion que se manifestaba en su actitud y en sus movimientos. Se incorporó, su ojo lanzaba fuego, salia de su boca una espuma parduzca; y extendiendo el brazo hacia el arcon vacio, dijo con voz de trueno:

—¿Quien es el que ha hecho eso?

La Sra. Brijida era mujer de caracter varonil, y no la intimidó la terrible expresion del semblante de su amo.

—¿Quien ha hecho eso? ¿quien es el que lo ha hecho decis? ¿Lo sé yo acaso? Yo estaba bien dormida aquella noche, mientras andaba la casa dada á todos los diablos. Vos teneis la culpa. ¿A quien le ocurre, teniendo que perder, irse á carrerear á caballo por las calles, á las mil y quinientas de la noche, como si fuerais estudiante en huelga?

El barbero estaba fuera de si. No dudaba que aquella malvada era cómplice en el robo, y formó el siniestro proyecto de matarla. Recordando que habia armas y parque en la trastienda, fué á buscar un mosquete; entró con la luz y volvió á salir mas desesperado aun, al advertir que habia desaparecido el depósito que le confiara el Visitador. La cólera de Basilio no conocia límites.

—No la mataré de un balazo, murmuró; pero la voy á degollar con una de las navajas de barba.

Corrió á la tienda; y.... ¡cual no seria su desesperacion, al ver que todo habia desaparecido! El estuche de carei y concha, los peines, las tohallas, los marcos de las estampas que tenian chapitas de plata, todo, todo habia corrido la misma suerte que el dinero. Inspirado por Satanás, el barbero se dirijió á la cocina y tomó un cuchillo puntiagudo que servia á la Bríjida. Cuando el maestro Basilio Molinos volvió á entrar en el dormitorio, donde se habia quedado su criada, esta, á pesar de su sangre fria, no pudo dejar de estremecerse, al fijar los ojos en el semblante de su amo. Adelantaba hacia ella lentamente, como el tigre que va á lanzarse sobre su presa. Llevaba la vela en la mano izquierda y con la derecha apretaba el mango del cuchillo.

—Que vais à hacer? exclamó la vieja asustada.

—A matarte, dijo el barbero con voz ronca.

Levantó el brazo é iba á dar el golpe fatal, cuando una mano vigorosa que agarró la suya, lo dejó sin movimiento. Basilio lanzó un rujido de rabia, volvió la cara y se encontró con su sobrino Francisco, que acababa de

entrar, sin que lo advistiese ninguno de los dos actores de aquella terrible escena.

— ¿Que quereis? exclamó el viejo con acento sombrio.

— Evitaros un crimen inutil, contestó Francisco. ¿Que lograreis con quitar la vida á esa vieja miserable? Hacer imposible la venganza que debeis tomar del verdadero autor de vuestra ruina.

El barbero reflexionó y comprendiendo que su sobrino tenia razon, dejó caer el cuchillo.

— ¡El autor de mi ruina! dijo, balbuciente. ¿Lo conozco yo acaso?

Francisco Molinos, sin contestar á las observaciones de su tio, se dirijió á la vieja, que aun permanecía aterrada, y señalandole la puerta, con un ademan imperioso, le dijo:

— Salid.

No deseaba otra cosa la Sra. Brijida, y desapareció como una exhalacion, yendo á ocultarse en el último rincon de la cocina.

Entre tanto Francisco habia pasado á la tienda, para tomar dos sillas, que llevó al dormitorio de su tio. Hizo que se sentara el anciano y haciendo él otro tanto, le dijo:

— ¿Conque no sabeis quien es el autor de vuestra ruina?

— No, contestó Basilio y daria diez años de mi vida por averiguarlo.

— Pues sin eso vais á saberlo. Acabo de hablar con su Señoria el Visitador, quien me ha dicho haberos hecho una visita la noche que estabais mas gravemente enfermo.

— Es cierto; me lo ha contado Genoveva, tu hermana.

— Pues bien; esa noche, en medio del delirio de la fiebre, se os escaparon algunas expresiones que proporcionaron al Visitador la clave del enigma. De ellas dedujo que vos habiais sido quien causó la alarma de la ciudad pocas noches antes; y como nombrabais con espanto al

Alguacil Mayor, diciendo que os llamaba, Don Juan comprendió que este sugeto andaba mezclado en el asunto. Hizolo llamar y por medio de las amenazas mas apremiantes, lo obligó al fin á revelar todo lo sucedido.

— ¡Y bien! dijo el barbero con emocion, ¿quienes fueron los que me ataron á aquel condenado caballo?

— ¿No lo habeis sospechado? ¿Quien otro podria ser el autor de tan sangrienta burla, sino el capitan Peraza? El y seis caballeros amigos suyos son los autores de todo esto.

El barbero tembló de ira, al oir lo que decia su sobrino. Reflexionó un momento, y dijo:

— ¿Conque esa es la gente que me ha robado cuanto tenia?

— No, contestó Francisco; lo que han hecho el capitan Peraza y sus amigos es conducir aqui una turba de gente de la peor de los barrios, para apoderarse de las armas y el parque. La canalla aprovechó la ocasion para pillar la casa, mientras corriais la ciudad, atado sobre un caballo belicoso. Es indudable que esa fué idea del capitan.

El barbero tenia escondidas las manos bajo su camisa y se enterraba las uñas en la carne; tal era el furor de que se sentia poseido. Olvidandose de que sus intrigas eran la verdadera causa de aquella desdicha, lejos de acusarse á si propio, culpaba al capitan y juraba tomar la mas sangrienta venganza.

Francisco se puso en pié y dijo à su tio en tono grave:

— Esa nueva locura del capitan Peraza va á producir los mas serios resultados. El pillage de vuestra casa ha alentado á la turba, que sueña ya con mas pingües ganancias. Tienen armas y parque; Don Fernando y sus amigos no reparan en nada y una noche de estas va á estallar el movimiento sedicioso contra el Visitador. Yo estoy preparado y he venido inmediatamente á deciros cual es la situacion de las cosas. Adios.

El hijo de Sir Francis Drake se marchó, dejando al

barbero sumido en la mas honda cavilacion. ¿Que motivo habia impelido á Francisco á ir á denunciar á su supuesto tio el verdadero autor de su ruina? La ojeriza que tenia al hijo del Presidente, no explicaba suficientemente aquella accion, no muy compatible con la generosidad y nobleza de su caracter. No, no era el insulto hecho en la herreria á Dña. Margarita Jiron lo que habia puesto fuera de si á Francisco Molinos: eran los celos, los mas terribles y rabiosos celos eran la causa de aquella explosion del odio y el despecho que desgarraban el corazon del herrero. El Visitador, que desde la noche en que encontró á Genoveva en casa del barbero, habia quedado en inteligencia secreta con la jóven, acababa de saber por esta que el Presidente habia pedido á Don Francisco Jiron Manuel la mano de su hija para el capitan Peraza. Transcurridos dos meses desde el envio de la carta interceptada, el capitan exijió á su padre el cumplimiento de su promesa, y el anciano Conde habia hecho el dia anterior la demanda formal de Dña. Margarita para su hijo. Esto fué lo que Don Juan de Ibarra reveló á Francisco, haciendole entrever la posibilidad de que se verificase aquel matrimono; y desde aquel instante, el apasionado y celoso herrero no volvió á pensar sino en los medios de hacer todo el mal posible à aquel rival aborrecido. Sabia perfectamente de todo lo que era capaz su tio, cuando lo inspiraba el odio, y sin renunciar á hacer por si mismo al capitan Peraza todo el daño que pudiese, fué á buscar un poderoso auxiliar en aquel anciano, herido vivamente en lo que habia en él de mas sensible: su amor propio y el apego á su dinero.

CAPITULO XXVIII.

Otro milagro de la alquimia. —Primeras hostilidades.

EL laboratorio alquímico del llamado Dr. Correa estaba situado, como ya hemos dicho, en una antigua bodega de la casa vieja que este ocupaba y que habia pertenecido en otro tiempo á la familia de Jiron Manuel. Prolongabase ese sótano hasta tocar con la bodega de la otra casa, propiedad y habitacion de la misma familia en la época en que se verificaron los sucesos que vamos refiriendo. Merced á esa circunstancia y al incidente que llevó al Visitador á aquel subterraneo, pudo este descubrir, por la voz, al traidor amigo á quien suponia muerto y cuya presencia ha venido á enredar mas la embrollada madeja de esta narracion.

Las paredes de aquel santuario de operaciones herméticas, cerrado á los profanos, aparecian amarillentas y negruzcas de trecho en trecho, á causa del humo que despedian las hornillas de los cocimientos dispuestos por aquel

engañado adepto de la escuela de Paracelso, de Arnaldo de Villanueva, de Raimundo Lulio, de Alberto el Grande y de otros célebres maestros, á quienes el orgulloso médico aleman Enrique Grantzius pretendia superar. Habia ahi hornos de diferentes dimensiones, alambiques, retortas y otros utensilios; un pequeño estante cargado de libros viejos y en un ángulo de la ahumada pieza un promontorio de carbon.

Son las once de la noche. Brilla la llama en las hornillas; el humo se eleva en tornasoladas espirales; ya blanco, ya rojizo, ya azulado, segun la diferente naturaleza de los combustibles puestos al fuego por el alquimista. El Dr. Correa es un hombre de pequeña estatura y en cuya fisonomia encontraria un observador sagaz indicios seguros de inteligencia y la huella indeleble que imprime el hábito constante de la reflexion. No cuenta mas que cuarenta y cinco años de edad, y sin embargo, parece tener sesenta. Está agobiado y ha encanecido prematuramente. La lucha de encontradas pasiones y la persecucion tenaz de un fin que no ha de alcanzarse, gastan la envoltura mortal del alma, mucho mas de prisa que lo hace el tiempo.

El alquimista no está solo. Acompañanlo el escribano Don Judas y el oidor Araque, quienes parecen vivamente interesados en una operacion que practica el Dr. Tiene este en la mano izquierda un pequeño volumen abierto y en la derecha una varilla de hierro con la cual remueve cuidadosamente un liquido negruzco que hierve en una retorta puesta al fuego. El volumen que el Dr. consulta es el *Liber de Imaginubus*, de Paracelso, y està abierto en la página 502, capítulo XII. A favor de un par de espejuelos montados sobre la nariz, lee el llamado Correa con acento gangoso lo siguiente:

— *Sed ad humunculos revertamur, practicamque nostram quam brevissime tradamus, sciendum est.....*

— ¿No pudierais, interrumpió Don Judas, con mal

humor, leer eso en buen romance? Yo no conozco mas latín que *non numerata pecunia, ab intestato, ut supra* y otras pocas frases de cajon que inserto en las escrituras; y aun cuando el de ese librejo no sea tal vez muy crespo que digamos, confieso que la mitad no entiendo y de la otra mitad me quedo, como dicen, en ayunas.

— No tengo inconveniente, contestó el Dr., en verter al castellano este pasage del maestro; y si he comenzado á leerlo en latin, es porque me figuré que un hombre de letras como vos, Don Judas, no ignoraria el idioma de las ciencias. Oid, pues, que dice asi:

— "Volviendo á los *homunculi*.... (perdonad si no traduzco esta voz, que es puramente técnica). Volviendo á los *homunculi*; á fin de dar á conocer brevemente nuestra manera de proceder en el particular, diremos lo siguiente. Debe saberse que en general los fundamentos de toda ciencia descansan en tres especies de *homúnculus* y de figuras que tienen el privilegio de ejecutar toda operacion. (*Operationes universæ perficiuntur*, atended). No hay en efecto (prosigue) mas que tres formas de *homúnculus*. La primera está dotada de todos los miembros que son propios del hombre; la segunda presenta todo el cuerpo humano; pero tiene tres cabezas y tres caras; la tercera tiene cuatro cabezas y cuatro caras vueltas hacia los cuatro puntos del mundo....."

— Todo eso es muy instructivo, interrumpió con impaciencia el oidor; pero no veo nada respecto á la aplicacion práctica de los *homúnculi*; y de lo que habeis leido yo no saco provecho alguno para mi objeto. Decis que el *homúnculus* quedó formado algunos dias hace; yo he vuelto á mis solicitudes con esa caprichosa endiablada muger, que me trae medio loco, y veo que el capitan Peraza, sin mas *homúnculus* que su juventud y su estampa, hace, en cinco minutos, mas labor que yo en quince dias. Si esto continúa asi, será preciso inferir que es necesario ser uno muy simple para creer en el efecto de vuestros simples.

— Poco á poco, señor mio, contestó Correa, amostazado con el juego de palabras del oidor. Recordad que no soy yo quien ha ido á buscaros para ofreceros el auxilio de la obra divina. Si porque no habeis obtenido de luego á luego vuestro objeto, maldecis de la ciencia, en el pecado llevareis la pena. Os he dicho ya, fundado en la autoridad de Paracelso, que para el fin que vos os proponeis, se necesitan dos *homúnculi*. Escuchad.

Y continuó leyendo:

— *Si amorem, favorem et gratiam conciliare vis, homúnculus géminos facies, quorum alter alteri manum pórrigat, amplexetur, osculetur et similia alia faciat amoris officia.*

— ¿Que dice?, preguntó el escribano al oidor.

— Dice, respondió Araque, que si se desea obtener el amor, la amistad y el favor de alguno, deben hacerse dos *homunculi* que se agarren el uno al otro por la mano, se abracen, se besen y se den otras pruebas de afecto.

— Exacto, dijo Correa. Por eso trabajo hace tantos dias á fin de lograr la confeccion del otro *homúnculus*, y puedo asegurar que esta misma noche quedará formado.

— ¿Que tamaño debe tener la figurilla esa?, preguntó el oidor.

— Una pulgada de largo, contestó el alquimista. Esa era la dimension del *homúnculus* que logró confeccionar Julio Camilo, segun refiere Amado Lusitano, quien lo vió encerrado en una redoma.

— Pues, ó yo me engaño, añadió Araque asombrado, ó veo ya una especie de hombrecillo como de marfil nadando en ese líquido negruzco.

El Dr. Correa aproximó el candil á la retorta y fijando los ojos en el líquido, exclamó con júbilo:

— Victoria! victoria! Tenemos ya el segundo. Decid ahora, señor oidor, que es menester ser muy simple para creer en el efecto de mis simples.

Diciendo esto, extrajo con la punta de la vara una figurilla, que podia pasar por criatura humana, á los ojos

de los que la viesen de noche, á una luz escasa y sobre todo para quien tuviese un vivo deseo de que aquello fuera un hombre.

Patraña examinó el *homúnculus* y movió la cabeza con aire de duda, aunque sin atreverse á contradecir al sabio Dr.

No se escapó á este la incredulidad del escribano, y dijo:

— Que este es un ser humano hecho y derecho, solo puede dudarlo un ciego. Ahora, no es, señor Don Judas, un hombre como vos y yo, que estamos plenamente formados, desarrollados y en el uso completo de nuestras facultades. Este *homúnculus* necesita de criarse, y es necesario, segun las doctrinas alquímicas, el mas exquisito esmero, pues casi todos mueren, por descuido, inmediatamente despues de formados.

— Hum, dijo el oidor; si eso es asi, será bueno que cuanto ántes hagais que se junte con el otro y que se den todas esas pruebas de amistad que indica el libro, no sea que se muera y perdamos el tiempo y lo que se ha gastado para obtener el par de figurillas.

— Eso es muy facil, dijo el Dr., y ahora mismo vamos á proceder á la operacion.

Hablando asi, el alquimista tomó un frasco muy pequeño donde estaba encerrada la otra figurilla que suponia ser el *homúnculus* primeramente fabricado; la extrajo con gran primor y haciendo que se uniese á la otra estrechandose las manos, las hizo despues abrazarse, conservandolas asi durante un rato. Los otros dos observaban atentos aquella extraña operacion.

— ¿Veis como se han abrazado y besado? exclamó Correa; ¿no os lo habia yo dicho? ¿Pues cómo tantos hombres sabios habian de afirmar un embuste? ¡Ea, señor oidor!; ahora podeis haberoslas, no digo yo con la esposa de un Alguacil Mayor; con la casta Lucrecia misma, y os aseguro que no podrá resistiros un cuarto de hora. Mañana me direis si la confeccion de los *humúnculi* es una

charlataneria ó una verdad incontestable.

— Bien, dijo el oidor, que conservaba todavia alguna duda. Ver y creer. Si el resultado corresponde á ese anuncio, podeis contar conmigo para el cumplimiento del extraño deseo que me habeis manifestado.

El Dr. Correa hizo una seña significativa al oidor, para darle á entender que no debia decir mas, sin duda por estar presente Don Judas. Comprendió Araque y ya no prosiguió. Despidieronse uno y otro del alquimista, que despues de haberlos visto salir, dirijió á sus hornillas, á sus retortas y á sus alambiques una mirada de triunfo, y exclamó.

— ¡Bendita sea la ciencia, que no me ha reservado uno solo de sus secretos! Le he pedido la medicina universal; me la ha proporcionado, y la curacion de ese barbero, á quien he arrancado de las garras de la muerte, es la prueba mas convincente de que he acertado con la manera de aplicar la obra divina á restablecer la salud del cuerpo humano. Ahora desafio á la enfermedad; soy invulnerable! Un grano de esta misteriosa composicion disuelto en un poco de vino blanco, me curará de cualquier dolencia y asi podré prolongar mi vida hasta el dia del juicio final.

Para satisfacer la codicia de ese famélico escribano, he convertido el plomo en oro, por medio del vitriolo y de ese otro agente que nadie habia empleado hasta ahora. En fin, he logrado fabricar el *homúnculus*, dejando asi burladas aun las opiniones de muchos de los mismos alquimistas que han pretendido negar la posibilidad de crear un hombre artificial. Ese oidor, cuya alma volcánica no ha apagado el hielo de los años, va á hacer la prueba del descubrimiento, en su empresa de obtener que lo ame la esposa del Alguacil Mayor. Si esto se logra, como lo creo, será doble triunfo, pues esa muger ligera y casquivana ama ya á ese discolo capitan, hijo del Presidente.

Despues.... despues.... añadió Correa con acento

terrible, vendrá la prueba del secreto de la ciencia que he buscado con mas ahinco desde que está aqui ese hombre. Veremos si el *homúnculus* tiene tambien, como lo afirma Paracelso, el poder de hacer triunfar de un enemigo. ¡Oh! Por vengarme de ese, daria yo los demas secretos, como no sea el que me ha asegurado la inmortalidad. Las palabras del maestro son terminantes: *Si hostem ligaturus es, liga ejus imáginem.* Necesito, pues, fabricar un *homúnculus* semejante á ese Visitador, á quien ódio con toda mi alma, y una vez logrado esto, lo tendré en mi poder; tan seguro como he resuscitado casi al barbero, como he obtenido oro del plomo y como voy á lograr que la muger del Alguacil Mayor ame á ese odioso viejo Araque. Pero ¿como proporcionarme un retrato de Ibarra? Esto es lo que he pedido al oidor, como única recompensa del servicio que le he prestado.

El Dr. Correa guardó silencio. Engolfado en sus reflexiones, y levantando aquellos castillos, hijos del orgullo y de la falsa ciencia, se fué quedando poco á poco dormido en el sillon que ocupaba delante de una mesa sobre la cual estaban los apolillados volúmenes que tan mal parado le tenian el juicio, el candil, cuyo aceite estaba casi consumido y un reloj de arena. El pávilo de la lámpara, falto de alimento, despidió su postrer llamarada, y se apagó, dejando el sótano alumbrado apenas por la azulada claridad que despedia una de las horuillas. De repente sonó un leve rechino como de una llave pequeña y tomada de orin; se entreabrió la puerta oculta que comunicaba la parte del subterraneo donde tenia su laboratorio el alquimista con el sótano que caia bajo la herreria de Andres Molinos; asomó una cabeza y despues un cuerpo que penetró en la pieza y se dirijió hacia la mesa, sin hacer el mas lijero ruido. Era el Visitador. Dirijió al dormido una mirada de ódio, colocó sobre el libro de Paracelso, que permanecia abierto, un objeto pequeño, y retirandose con igual cautela, desapareció, volviendo á

cerrar la puerta.

El sueño del doctor duró cerca de dos horas. Cuando despertó, brillaba aun la llama de la hornilla que iluminaba la estancia. Dirijió su mirada soñolienta hacia el libro, que tenia delante, y se estremeció. Creyó que lo que veia era una ilusion, imaginó que soñaba y le fué preciso sacudir el sopor que dominaba todavia sus sentidos, ponerse en pié y tomar el objeto, para convencerse de que aquello era una realidad. Se encontraba con un retrato de Don Juan de Ibarra; retrato que conocia muy bien, pues lo habia visto mil veces en un medallon que pertenecia á Estela, cuya imágen ocupaba el reverso de aquella alhaja. Don Juan la recogió la noche en que se fugó su esposa y la conservaba como un recuerdo de su efímera felicidad. Habiendo penetrado en el sótano con el objeto de ensayar varias llaves, á ver si lograba abrir la puerta de comunicacion, encontró una que adaptaba perfectamente á la cerradura. Cuando iba á retirarse, oyó hablar al alquimista y á sus dos amigos y se quedó escuchando la conversacion. Asi se enteró perfectamente de que Grantzius necesitaba un retrato suyo y creyó conveniente proporcionárselo.

El alquimista no volvia en sí del asombro que le causara la aparicion de aquel retrato. Se encontraba solo en el sótano; habia cuidado de cerrar la puerta, luego que hubieron salido el oidor y el escribano; y consideraba imposible que una criatura humana hubiese podido penetrar en su escondrijo. Concluyó, pues, suponiendo que la aparicion de aquel objeto tenia un origen sobrenatural, y que sin duda el *homúnculus* que él habia fabricado poseia un poder que no habian alcanzado los que construyeron sus predecesores. ¡Tan infatuado estaba el pobre del doctor con aquella ciencia mentirosa! Se propuso proceder desde el dia siguiente á confeccionar con barro, cera y metal una figurilla tan semejante á Don Juan de Ibarra como le fuese posible, y ligarla, segun lo aconsejaba Paracelso; segu-

ro de que mediante aquella operacion, podria vengarse á su sabor de su enemigo.

Mientras el alquimista llama, pues, á la ciencia hermética en auxilio de sus pasiones, veamos cual fué el resultado que produjo la confeccion de los dos *homúnculi*, mediante los cuales habia de llevar á cabo el oidor Araque su conquista.

Por la descripcion que dejamos hecha de este personage, habran podido calcular nuestros lectores que no era aquel un rival que pudiese inspirar sérios temores ni aun al Sr. de Utrilla. Asi, este, á quien no se ocultaban los galanteos del oidor, se burlaba de ellos á mas no poder y no perdia ocasion de echar alguna pulla al nada temible pretendiente de su esposa. Peraza veia con igual desprecio á su competidor y no le escaseaba las bromas, siempre que lo encontraba en el estrado de la dama.

Pero sucedió que por arte del diablo Dña. Luisa llegó á entender que el capitan pretendia á la hija de Jiron Manuel y que el Presidente habia pedido aquella jóven para su hijo, desesperando ya de obtener el consentimiento del padre de Don Luis Melian para el proyectado y apalabrado matrimonio. La esposa del Alguacil era violenta y celosa y se sintió poseida de rabia, al saber aquella traicion de su cortejo. Con un humor de perros, aguardaba la visita del capitan, una noche despues de aquella en que tuvo lugar en el sótano del Dr. Correa la conversacion de que acabamos de dar cuenta. La jóven formó un proyecto tras otro y los desechó todos, porque ninguno correspondia á sus deseos de venganza. Tan pronto pensaba en abrumar al capitan con sus reconvenciones, como en mostrarsele fria y desdeñosa; ya se proponia echarle en cara su proceder desleal; ya consideraba mas acertado no darse por entendida y abrumar á Don Fernando con su desprecio.

—¡Ah! se dijo de repente á sí misma la irritada jóven, si yo tuviera otro amante, no importa quien, me ven-

garia de ese traidor, que me deja por otra.

No bien habia formulado Dña. Luisa aquel deseo en lo íntimo de su alma, cuando se abrió la puerta de la sala. Creyò que seria Don Fernando, y el corazon le palpitó con violencia, como si quisiese salirsele del pecho. Un lacayo anunció en voz alta:

— El Sr. Oidor Don Ambrosio Fernandez de Araque.

Dña. Luisa hizo un movimiento de impaciencia y estuvo á punto de levantarse y salir del salon, para no recibir á aquel importuno. Pero ya no era tiempo. El oidor adelantaba hacia ella. La jóven permaneció en el sillon que ocupaba y echó al oidor una mirada desdeñosa, que este recibió con cierto aire frio y sereno, que Dña. Luisa no le habia observado jamás. Lo contempló ella durante un momento. Estaba tan feo como de costumbre; pero habia en el oidor aquella noche algo que no tenia otras veces; esa audacia de la mirada, ese aplomo de las maneras que subyuga á la muger mas impertérrita, que hace que un hombre, por mas que sea feo, ejerza irresistible imperio sobre la mas coqueta de las hijas de Eva. Araque no era tonto, y advirtió al instante el efecto que producia en aquella dama impresionable y caprichosa. Tuvo la modestia de atribuir aquel resultado á la influencia poderosa de las figurillas del alquimista, y no sabia que todo el secreto de su triunfo estaba en la confianza que tenia ya en si mismo. Ese sentimiento era el que le proporcionaba la seguridad de vencer; y esa seguridad, sencilla y naturalmente pintada en su semblante, anonadó á la esposa de Don Gerónimo. Una muger de algun talento y de mediana práctica del mundo, desdeña á un necio infatuado que hace alarde de un mérito tal vez dudoso; pero se siente irresistiblemente atraída hacia el que, sin ostentacion y sin arrogancia, hace pesar sobre ella la superioridad de su inteligencia y de su caracter. ¿Y que importa en esos casos la irregularidad de las facciones? ¿Que viene á ser lo que el uso comun ha conve-

nido en llamar feo? La belleza fisica es una idea convencional, y los hombres mas seductores no son generalmente los mas hermosos. Decia la célebre Ninon de Lenclos que "la constancia es el recurso de los feos." Que nos perdone la buena señora, si nos atrevemos á replicarle que hay recursos infinitamente mas eficaces que la constancia, para suplir la falta de la belleza exterior. No queremos prolongar mas esta digresion y dejamos á nuestras sagaces y amabilisimas lectoras la decision del punto, reconociendo su grande autoridad en la materia.

La muger del Alguacil Mayor no vió feo aquella noche al oidor, y si lo vió, se olvidó completamente de aquella circunstancia. Despues de un cuarto de hora de conversacion, entró un lacayo y entregó al Dr. Araque un billete que dijo acababa de traer un desconocido, añadiendo que era urjentisimo que fuese puesto en manos del oidor. Se levantó Don Ambrosio y acercandose á la vela, leyó aquel billete y despues dijo á Dña. Luisa:

— La ciudad está alborotada; el capitan Peraza se ha puesto á la cabeza de unos cuantos de los mas locos de sus amigos y de un centenar de hombres de la hez de los barrios. En ese papel me avisan que se disponen á dar esta noche el grito de sedicion. En esta casa, amada mia, estariais gravemente expuesta. ¿Quereis seguirme y veniros conmigo á un lugar seguro?

Dña. Luisa era muger de caracter atrevido y amiga de aventuras, como ha podido verse; pero le pareció harto comprometido el paso que le proponia el oidor, y contestó:

— Eso me perderia para siempre; y asi, prefiero correr aqui cualquier riesgo.

— No se trata mas que de esta noche, dijo Araque, mientras pasa el principal peligro. Estoy seguro de que mañana estará bien asegurado ese discolo capitan y entonces podreis volver con toda confianza á vuestra casa.

— ¿Y mi marido?, ¿que dirá, si viene y no me en-

cuentra? ¿Que disculpa podré yo darle?

— En primer lugar, el Alguacil Mayor es muy probable que no vendrá en toda la noche, pues su obligacion lo llama á ponerse al frente de la policia. En segundo, suponiendo que viniese, podriais decirle que estando de visita en casa de una amiga, estalló el alboroto, y siendo expuesto atravesar las calles sola, os decidisteis á pasar ahi la noche. Sabeis muy bien que Don Gerónimo acaba siempre por creer cuanto vos decis.

Dña. Luisa reflexionó un momento. Por supuesto no tenia temor alguno de lo que pudiese sucederle permaneciendo en su casa; pero por una parte el oidor ejercia sobre su espiritu esa noche la fascinacion que produce la audacia; y por otra, para aquella muger tenia un encanto indefinible *lo desconocido*. Era naturalmente novelesca y poco escrupulosa; no amaba á su marido y estaba certisima de que llegado el caso, sabria, ó engañarlo, ó imponerlo. La idea de ir á pasar una noche oculta no sabia donde, alucinó su imaginacion y tomando de repente su partido, dijo:

— Bien, estoy pronta á seguiros, con una sola condicion.

— ¿Cual es? dijo el oidor, pudiendo apenas disimular su alegria.

— Que me dejareis sola en el punto á donde me lleveis á pasar esta noche.

— Vuestra voluntad es mi ley, contestó el oidor, inclinandose; y para no perder tiempo, permitidme ir á preparar el lugar á donde debo conduciros.

Dicho esto, Don Ambrosio tomó el sombrero y salió. Con toda la ligereza que podian permitirle sus años, que pasaban ya de los cincuenta, se dirijió á casa de su amigo el Dr. Correa, á donde habia pensado llevar á Dña. Luisa, no atreviendose á conducirla á la suya. Correa oyó con asombro y disgusto la extraña proposicion de Araque de que prestara su casa para una aventura galante;

pero el alquimista estaba respecto al oidor en una situacion que no le dejaba libertad para negarle nada que este tuviese un verdadero empeño de obtener. Sabia que dos palabras dichas al oido de alguno de los miembros del temible tribunal del santo oficio de la Inquisicion, con respecto á la confeccion del hombre artificial y á las otras operaciones que se ejecutaban en el sótano, bastarian para perderlo sin remedio, y no ignoraba que el Don Ambrosio era muy capaz de pronunciar esas dos palabras, por vengarse. A pesar de su disgusto, pues, no se atrevió á rehusar aquel servicio, que se propuso cargar en la cuenta que tenia abierta al oidor y que pensaba hacerse pagar muy bien algun dia.

— Bien pensado, dijo Correa despues de haber reflexionado un momento, no veo inconveniente en dar posada en mi casa á esa hermosa dama, ya que, segun decis, es expuesto para ella permanecer en la suya. La única dificultad consiste en que no hay sitio á propósito para que esté sin ser vista por mis gentes. A no ser que querais que la pongamos en el sótano, donde no darian con ella todos los Alguaciles Mayores del mundo que la buscasen.

— ¡El sótano! exclamó Araque; ¡magnifico! Es lo que necesitamos; y con tal de que no encendais vuestras hornillas mientras esté ahi Dña. Luisa, creo que lo pasará perfectamente. Es necesario aderezar y asear un poco aquello; poner una cama decente y otros muebles....

— Todo corre de mi cuenta, dijo el alquimista y eso estará hecho en un instante. Son las ocho; á las nueve podeis venir con esa dama.

El oidor estrechó con efusion la mano del médico, y no queriendo perder tiempo, salió á dar aviso á Dña. Luisa. No cabia dentro de si del gusto de hacer que su pretendida se comprometiese con aquel paso tan avanzado, y lo complacia ademas la idea de pegar aquel chasco al Alguacil Mayor y al capitan Peraza, de cuyas bur-

las iba á quedar vengado.

Cuando salió de cara de Correa, Araque encontró la ciudad alborotada. Grupos de hombres armados iban y venian, ocupando los puestos que se les habian designado. El capitan Peraza con sus amigos y las gentes de los barrios que estaban á su devocion, daban ya el grito de "muera el Visitador;" y Francisco Molinos, al frente de una porcion de artesanos armados con arcabuces, machetes y cuchillos, recorria los barrios y ardiendo en deseos de encontrarse con el capitan, disponia los suyos á la pelea.

Con estos se encontró el oidor, por fortuna suya, y lo dejaron pasar libremente hasta la casa del Alguacil Mayor. Dña. Luisa aguardaba ya á Don Ambrosio y estaba dispuesta á seguirlo. La idea de atravesar la ciudad en medio de los grupos de hombres armados, alhagaba el espíritu aventurero de aquella muger, tal vez mas imprudente y loca que culpable. Antes de salir hizo que el oidor le ofreciese de nuevo que la dejaria sola y que al dia siguiente le permitiria regresar á su casa. El astuto viejo lo prometió todo, resuelto á hacer despues lo que le conviniese. Dña. Luisa habia dicho ya á sus criados que iba á visitar á una de sus amigas que vivia cerca; hizo poner el coche y entró en él, habiendo salido antes Araque, á fin de evitar cualquier sospecha. El carruage llegó sin novedad hasta la puerta de la casa de la dama á quien la esposa del Alguacil dijo que iba á visitar. Se apeó y despidió al cochero, previniendole que si llegaba Don Gerónimo, le dijese donde la habia dejado.

Apenas se hubo alejado el coche, apareció el oidor, que aguardaba á la jóven oculto en el hueco de una puerta de la banda opuesta; y recomendando á Dña. Luisa que se rebozase perfectamente en su manto, echó á andar á toda prisa, hacia la casa del Dr. Correa. Varias veces tuvieron que detenerse ante los improvisados guer-

reros de Francisco Molinos, que eran los que andaban por aquella parte de la ciudad; pero en cuanto el oidor se hacia reconocer, se les dejaba pasar libremente. Llegaron al fin y Dña. Luisa fué instalada en el sótano, cuyo extraño ajuar llamó vivamente su atencion. Araque le dijo un tierno adios y cumpliendo su promesa, la dejó sola, proponiendose volver. Los acontecimientos lo tenian inquieto y el cuidado que estos le causaban dividia su atencion con la aventura galante en que se habia ido enredando.

Dos horas despues las fuerzas de los contendientes estaban organizadas y en disposicion de venir á las manos. Nadie queria, sin embargo, tomar sobre si la responsabilidad de dar principio á las hostilidades. Andres Molinos, á pesar de su edad, no se creyó excusado de ceñir un sable y mezclarse en los grupos de los que aclamaban al Visitador. Sintió renacer sus antiguos brios de soldado y ademas tenia tanto interes en el triunfo de Don Juan de Ibarra, del cual dependia su felicidad, que no vaciló en ponerse en campaña. Capitaneaba un peloton de artesanos que ocupaban la calle ancha, á poca distancia de la herreria del mismo Andres.

Como á la una de la mañana los centinelas que tenia apostados en las esquinas dieron la voz de alarma, diciendo que se acercaba el enemigo. Andres y sus compañeros, que se habian acostado en la calle, para descansar un rato, pues estaban muy fatigados, se levantaron á toda prisa y tomando las armas, se dispusieron á defenderse. Pronto divisaron un grupo de gente que acaudillaba un hombre á caballo, á quien no podian distinguir, á causa de la obscuridad. Los del grupo aclamaron al Rey y al Presidente, oido lo cual, el valiente herrero gritó: "á ellos;" y mandando hacer fuego, dispararon los suyos, que serian unos veinte mosqueteros. Los del Presidente se hicieron un remolino, al oir la descarga; muchos quedaron tendidos en el suelo y los que no, dieron á huir, dejando tira-

das las armas.

— Victoria! exclamó el herrero con alegría; vamos á ver quienes son esos cobardes.

Diciendo asi, se acercó, seguido de los suyos, al punto donde estaban los que creia muertos. Llevaba una linterna sorda, á cuyo favor fué examinando á los caidos, y vió que no eran ni soldados ni artesanos de los que habia comprometido Don Fernando; sino alguaciles. Registrados de arriba abajo, se encontró que ni uno solo estaba herido, pues las balas habian pasado tan altas, que no hubiera sido facil que tocasen á nadie. El del caballo estaba tambien tendido en el suelo y daba gemidos lastimosos, diciendo que lo habian muerto. Aproximó Andres la linterna al rostro de aquel hombre, que estaba metido dentro de una armadura completa y prorrumpió en una carcajada, al reconocer al Alguacil Mayor, que se habia creido mas seguro, vistiendo aquellas antiguas armas de uno de los ascendientes de su muger, y que le servian en los torneos y juegos de cañas de las fiestas reales.

Los compañeros de Molinos, corridos al ver el ridiculo resultado de su primer batalla, cuando descubrieron á Don Gerónimo, á quien aborrecian, dieron gritos rabiosos, diciendo que era preciso hacer picadillo al Alguacil Mayor. Andres no era sanguinario y ademas comprendió que la muerte de aquel sugeto caeria sobre él y podria acarrearle graves compromisos. Calculó al momento que nada lograria queriendo oponerse por la fuerza, y asi, hubo de recurrir á la astucia.

— Si, amigos, dijo, es necesario que este hombre muera; pero no ahora mismo. Vamos á ser atacados dentro de un instante, pues los alguaciles fugitivos no dejarán de haber ido á dar parte de su derrota. Preparémonos y no perdamos un tiempo precioso. Encerremos á este bellaco en mi herreria, que está á dos pasos de aqui, y cuando hayamos triunfado de los que van á venir sobre nosotros,

lo ahorcaremos en el campanario de la iglesia mas próxima, para escarmiento de los demas.

La proposicion fué acogida con aclamacion por la turba, y el Alguacil Mayor, que temblaba dentro de su armadura, fué conducido á empellones á la herreria. Andres entró solo con él, dejando afuera á los suyos.

— Voy á salvaros, dijo á Don Gerónimo; pero haced cuanto yo os diga y juradme que á nadie habeis de revelar lo que vais á ver aqui.

— Lo juro, contestó Don Gerónimo; lo juro por todos los santos del cielo.

— Quitaos esa armadura inmediatamente, dijo el herrero. Hizolo Don Gerónimo; Andres recogió las piezas, pusolas en un rincon, y acercandose al trozo que sostenia el yunque, oprimió el resorte. El trozo giró y dejó descubierta la boca del sótano.

— Bajad, dijo Andres.

Don Gerónimo vacilaba.

— Bajad, repitió el herrero, ó sois hombre perdido.

El Alguacil se sentó en la orilla de la abertura, puso el pié en el segundo peldaño de la escalerilla, pasando las piernas sobre el cofre que contenia el tesoro del herrero, siguió bajando, y cuando hubo desaparecido, cerró Andres y volvió á hacer jirar el trozo de madera. Salió y echando llave á la puerta, dijo á los suyos, que lo aguardaban:

— Nuestra victima está segura. Vamos ahora á disponernos para un combate que ciertamente será mas serio que el primero que nos ha tocado sostener.

Dicho estó, comenzó á ordenar su gente y á prepararla para la batalla.

CAPITULO XXIX.

Conferencias.

ANTES de continuar la narracion de lo que sucedió despues de los acontecimientos que dejamos referidos en el último capitulo, conviene volver un poco atras y que digamos lo que pasó entre el Presidente y su hijo, al expirar el plazo señalado para aguardar la respuesta del padre de Don Luis Melian.

Un dia despues de cumplidos los dos meses, el capitan Peraza se presentó en el gabinete del Conde, eligiendo para esto una ocasion en que no se hallaba presente el secretario de cartas. El Presidente disimuló apenas su desagrado al ver entrar á Don Fernando, pues comprendió desde luego el objeto que lo llevaba al gabinete de trabajo, donde no se presentaba sino muy raras veces. El jóven besó la mano á su padre, tal vez mas por costumbre que por respeto, y se sentó sin mucha ceremonia en la silla que ocupaba Melian en las horas del despacho.

— Señor, dijo Don Fernando con toda la gravedad que le fué posible; ha expirado el plazo que os servisteis fijar para aguardar la respuesta de Don Antonio de Melian á la última carta que le dirijisteis á México, solicitando su consentimiento para el matrimonio de Don Luis Melian con Dña. Margarita Jiron Manuel. Deseó saber si ha venido esa contestacion y en que términos está concebida.

El Conde exhaló un suspiro y dijo:

— No he recibido respuesta á esa carta.

— Parece, pues, que ha llegado el caso de que cumplais vuestra palabra, solemnemente empeñada, y pidais á Don Francisco Jiron la mano de su hija para mi.

— Y qué, Fernando, dijo el Conde con visible disgusto, ¿insistes aun en esa idea? Yo creia que el tiempo transcurrido te habria hecho reflexionar y comprender que no te está bien arrebatar á tu amigo y deudo su prometida esposa.

— Bueno seria eso, señor, replicó el capitan, si pudiese verificarse el enlace de Don Luis y Dña. Margarita; pero ya veis que esto es enteramente imposible, ya que el padre de vuestro secretario ni aun por cortesia contesta las cartas en que se le habla de esto.

— Pero ¿has reflexionado bien, hijo mio, en los inconvenientes de una union con una jóven cuyo corazon pertenece á otro? Doy por sentado que Dña. Margarita, á fuer de hija sumisa y obediente, consienta en tomarte por esposo, si sus padres se lo ordenan; pero, si no te ama, ¿qué suerte será la tuya y la de ella? ¿qué vida se os espera?

— ¡Que no me ama! que no me ama! exclamó Don Fernando encendido en ira, voto á briós que me amará quiera ó no quiera! ¿Pensais, señor, que yo soy hombre que consienta en que una muñeca como ella se burle de mi? ¡Por san Críspulo que hemos de ver si una vez casa-

da conmigo, no la pongo mas blanda que una gamuza!

— Pero, hijo mio....

— Pero, padre mio, yo no vengo ahora á discutir, porque ya pasó la ocasion en que eso podia hacerse. Vengo á reclamaros el cumplimiento de vuestra palabra formalmente empeñada.

— Y estoy en cumplirla, dijo el anciano, por mas que me cueste este paso, que me hará faltar á lo que debo á Don Luis y que en caso de tener el resultado que deseas, temo no te proporcione la felicidad.

— Eso corre de mi cuenta, replicó el altivo capitan. Dejad que ella sea mi esposa, os lo repito, y veremos si yo he de valer menos que Don Luis Melian.

— Bien, dijo el Presidente; puesto que insistes en que se ha de hacer ese matrimonio, y que las reflexiones que me sugiere el amor que te profeso no alcanzan á hacerte desistir de lo que yo considero una locura, no me queda otro arbitrio que cumplirte lo que te he ofrecido. Hablaré á Jiron y pediré á Dios que te vea á ti y vea á la que va á ser tu esposa con ojos de misericordia.

El bondadoso anciano se enterneció al pronunciar aquellas palabras, pesandole casi el haber ofrecido dar aquel paso que le parecia peor, cuanto mas lo reflexionaba. El capitan vió correr las lágrimas de su padre, sin que la afliccion del pobre caballero fuera parte á hacerlo desistir de su resolucion, hija del capricho y del amor propio. Se despidió del Conde, y satisfecho con la idea de que éste iba á cumplirle la oferta, cambió repentinamente de humor. Con su volubilidad habitual, se marchó cantando las primeras estrofas de un romance que se atribuye á Cervantes, y dice asi:

"A tus desdenes, ingrata,
Tan usado está mi pecho,
Que de ellos ya se sustenta

Como el aspid del veneno.
En tu amor pensé anegarme,
Pensé abrasarme en tu fuego;
Mas ya no temo á tus brasas,
Tampoco á tus hielos temo."

El Conde siguió á su hijo con una mirada que expresaba perfectamente cuanto sufria con aquellas nuevas muestras que daba el capitan de su caracter ligero y atolondrado. Cuando lo hubo perdido de vista, consultó un reló que estaba sobre la mesa del despacho y viendo que apuntaba las cuatro, tocó la campanilla. Al llamamiento acudió un lacayo y el Presidente le previno que pusiesen inmediatamente el coche. Mientras alistaban el carruage, el anciano, sumamente inquieto y atormentado, se paseaba de un extremo á otro del gabinete, escapándosele de tiempo en tiempo algunas palabras, como sucede à toda persona que se encuentra muy preocupada con alguna idea.

— Es el último recurso.... decia; veremos que me aconseja.... lo fiaré todo á su prudencia.... desconfio de los demas.... y otras frases semejantes.

El lacayo avisó que el coche aguardaba á Su Señoria. El Presidente tomó el sombrero y el ferreruelo que le presentó el page de servicio, y bajando con lentitud la escalera, entró en el coche, que estaba en el patio.

— A la Merced, dijo el Conde al cochero, y se dejó caer en los almohadones de pluma que cubrian los asientos del carruage, que arrastraron hasta frente á la porteria del convento, las dos hermosas mulas que tiraban el pesado vehículo. El portero, al oir el ruido, abrió la ventanilla del porton y conociendo al momento el coche, corrió á avisar al P. Provincial.

— Su Señoria, mi reverendo padre, Su Señoria, dijo Fr. Pablo Molinos, que entró precipitadamente en la celda del superior, que se ocupaba en trasladar al estóma-

go el contenido de una enorme jícara de chocolate.

— ¿Qué Señoria? contestó el Provincial, asustado, dejando caer la jícara, y esforzándose en tragar un respetable trozo de marquesote. ¿Qué Señoria? ¿El Visitador?

— No, la otra, contestó el lego, la otra Señoria; la del Sr. Presidente y Capitan general del Reino, que se está apeando del coche y debe venir ya por el claustro.

— *Adjutorium nostrum in nómine Domini*, exclamó Fr. Bonifacio santiguandose.

— *Qui fœcit cœlum et terram*, contestó devotamente el lego.

— ¿Qué será? ¿Qué será?, murmuraba entre dientes el Provincial, levantándose y apartando la mesa que tenia delante de la butaca. ¿Si habrá sabido aquella malhadada declaracion y vendrá á tomarme cuentas? *Non intres in judicio cum servo tuo Domine....* Pablo, pronto, que avisen á la comunidad.... *quia nullus apud tè justificabitur homo....* Oigo pasos, Pablo.... ya viene.... vete.... *exi foras....*

Se abrió la puerta y apareció el Conde. Su semblante expresaba la misma benevolencia respetuosa que solia revestir siempre que se encontraba delante de aquel grave religioso, su consultor en todos los casos árduos de conciencia. No se escapó aquella circunstancia al Provincial, y algo mas tranquilo, adelantó hacia el Presidente, con sendas cortesias, diciendo:

— *Non sum dignus;* buenas tardes, Muy Ilustre Señor; *non sum dignus;* ¿cómo no ha enviado Vuestra Señoria á avisarme la honra que se proponia hacerme? Estoy confundido; ¡tanta bondad! Siento no poder ofrecer á Vuestra Señoria mas que un triste pan y un pobre chocolate....

— *Tristem panem et pauperem chocolatem*, dijo Fr. Pablo, para probar los progresos que hacia en el latin, que estudiaba con empeño, desde que le habia metido en la cabeza el barbero que iba á ser obispo.

— Avisa al hermano cocinero, Pablo, dijo el Provincial.

— *Fratrem cocinerum avisabo*, contestó el lego, haciendo una gran reverencia.

— Ve que traigan esa torta que han enviado las madres Capuchinas....

— Si, ya sé, *tortam capuchinarum*, interrumpió Fr. Pablo, que no se movia del puesto.

Irritado Fr. Bonifacio, dijo en voz baja al portero:

— ¿Acabarás con tanto disparate, sandio? ¿Que hablas lo que no entiendes? Sientese Vuestra Señoria. Ve, Pablo á hacer lo que he mandado.

— Gracias, Padre Provincial, dijo el Presidente; no tomo nada por ahora. Hacedme favor de que nos quedemos solos y dad órden para que nadie venga à interrumpirnos, pues tengo necesidad de hablaros de un asunto muy grave.

Volvió á asustarse el Provincial al oir lo que decia el Presidente, é hizo voto secreto de rezar cuarenta veces los salmos penitenciales, para que lo sacara Dios de aquel apuro.

— Vete, Pablo, repitió Fr. Bonifacio, y di que no estoy en disposicion de recibir á nadie; á nadie, ¿lo entiendes?

— ¿Y si viene por casualidad, dijo el lego, nuestro antiguo huesped, el que despues resultó ser el Sr. Visitador?

Fr. Bonifacio cambió de colores al escuchar la importuna, la necia, la endiablada pregunta de Fr. Pablo.

— Pues.... si viene...., contestó balbuciente; ¿pero que ha de venir á hacer aqui ese señor? ¿Has visto acaso que me visite? ¡Vaya! Márchate pronto.

Y lanzando al pobre lego una mirada terrible, lo empujó hasta fuera de la celda, cuya puerta cerró, yendo á ocupar modestamente la silla que quedaba vacia, habiendose instalado el Presidente en la butaca.

— Estoy pronto á escucharos, Muy Ilustre Señor, dijo el Provincial, con aire obsequioso. ¿En que puede servir á Vuestra Señoria este su humilde capellan? Parece

que hay novedades; yo, como con nadie hablo, en nada me mezclo, ignoro lo que pasa. No sé una palabra del juicio de residencia.....

— No se trata de eso, mi reverendo padre, interrumpió el Conde. Vengo á consultaros sobre una grave afliccion doméstica.

— ¡Oh! *Res angusta domus*, que dijo Horacio, contestó el Provincial, sonriendose de contento, pues le habia vuelto el alma al cuerpo, al ver disipados sus temores.

— Si, añadió el Presidente, un conflicto en que me pone mi hijo.

— ¡Ah! el Sr. capitan; con razon temia yo que ese jóven iba á dar serios disgustos á Vuestra Señoria. ¿Por ventura, ha escalado algun otro convento y violado de nuevo la clausura? *Virginum sacra clausura*, que dicen los cánones.

— No Padre, no ha hecho eso, por fortuna; ahora quiere casarse.

— ¡Oh! casarse, casarse! Es decir que pretende contraer lo que llaman los doctores un matrimonio *in facie ecclesiæ*. El matrimonio, Ilustrísimo Señor, era tenido en mucho entre los hebreos. Decian: "que la muger es imperfecta sin el marido, y tambien que el hombre no teniendo muger, no es hombre; que aquel que menosprecia el precepto de la multiplicacion del género humano, debe mirarse como homicida;" por cuya razon casabanse los hebreos muy temprano. Yo, sin embargo, llevo la contraria y estoy dispuesto á sostener, *ex cáthedra*, la conveniencia y santidad del celibato, al menos en ciertos casos. No digo que el celibato eclesiástico sea de institucion divina, ya que San Pablo en la primera epistola á los Corintios declara que no hay sobre esto precepto del Señor; pero las opiniones mas respetables estan por él y lo encontramos establecido desde los siglos mas remotos. Ved sobre esto, Sr. Conde, lo que dicen San Gerónimo y San Epifanio....

— Pero, mi reverendo padre, dijo el Presidente; no se trata ahora de la conveniencia del celibato de los sacerdotes, sobre lo cual yo acato y venero los preceptos de la iglesia, nuestra santa madre; sino de si convendrá ó no que mi hijo se case con la persona que ha elegido?...

— ¡Oh! sobre eso, interrumpió Fr. Bonifacio, es necesario meditar mucho, Ilustrisimo Señor. Todo el toque de un buen matrimonio está en saber excoger la muger; pero ya lo dicen los sagrados libros, *mulierem fortem, ¿quis inveniet?*

— Mi hijo no podia haber elegido mejor, si se atiende á las cualidades personales de la jóven, á la nobleza y cristiandad de sus padres.

— Entonces, señor, ¿en que se detiene Vuestra Señoria? *¿Quid dubitas?*

— Es que, mi reverendo padre, esa doncella está prometida á otro caballero y tiene un compromiso solemne, que.....

— ¡Oh! ¿Hay esponsales de por medio? Esa es otra cosa. Los esponsales, Ilustrisimo Señor, son tan antiguos como el matrimonio mismo. Segun Servo Sulpicio, citado por Aulo Gelio, practicabase esa ceremonia entre los pueblos del Lacio y tambien entre los hebreos. El Codigo Theodosiano, el Digesto, el Codigo de Justiniano, el decreto de Graciano, las Decretales y tres de las Novelas del Emperador Leon hablan de esponsales, *(sponsalia)*; y San Agustin dice terminantemente: *Constitutum est ut jam pactæ sponsæ non statim tradantur....*

— Pero si no hay esponsales, interrumpió ya impaciente el Conde, es inutil que os molesteis en citar tantos autores. En dos palabras os diré que mi hijo se ha empeñado en casarse con Dña. Margarita Jiron Manuel, que está, segun sabreis, prometida formalmente á mi sobrino y secretario Don Luis Melian. Don Francisco Jiron ha puesto por condicion precisa que se obtenga el consentimiento del padre de Don Luis, á pesar de ser este ma-

yor de edad....

—¡Oh! la mayor edad! exclamó Fr. Bonifacio, la mayor edad se ha fijado diversamente, segun los paises. En Roma era á los veinticinco años; entre los Germanos era cuando ya se podian llevar las armas; esto es, á los quince, y podeis consultar á este respecto las leyes de los Ripuarios. Los Burguiñones la fijaban tambien en los quince años....

—Pero mi reverendo padre, interrumpió de nuevo el Conde, que no sabia como poner diques á aquel torrente de indigesta erudicion; no tratamos ahora de los Romanos, ni de los Ripuarios, ni de los Burguiñones; sino de mi hijo, de mi secretario, de Dña. Margarita Jiron y de las opuestas pretensiones de ambos jóvenes á la mano de esa doncella. ¿No habrá manera de que nos entendamos? Mi consulta es muy sencilla. ¿Convendrá que yo pida en matrimonio á Dña. Margarita para mi hijo, una vez que el padre de Melian no contesta á mis cartas?

—A la verdad, contestó el religioso con aire de duda, que el caso es arduo, y no creo que ni San Agustin, ni Tertuliano, ni San Isidoro de Sevilla, ni Aulo Gelio, ni Macrobio, ni Appiano, ni aun el padre Tomas Sanchez, cuyas obras veis en esa estanteria que teneis en frente, me den mucha luz para resolver con acierto ese gravísimo caso de matrimonio. Yo me inclino á creer, *salvo meliorem*, que si Don Francisco Jiron no consiente en que su hija se case con Don Luis; si este no insiste ya en su pretension; si el Sr. capitan se empeña en casarse; si Dña. Margarita conviene en ser su esposa; si vos como padre dais vuestro permiso y Don Francisco el suyo, tal vez fuera mas prudente casarlos.

—Ciertamente que seria lo mas acertado, dijo el Conde, que no pudo dejar de reirse de la candidez del bueno del religioso; pero suponiendo que mi hijo insista, que Don Luis no prescinda de la oferta que se le ha hecho de la mano de Dña. Margarita; que esta no se muestre

inclinada á Fernando y que Don Francisco Jiron no quiera obligarla, ¿que debo yo hacer?

Fr. Bonifacio abrió tamaños ojos, al ver que la cuestion se presentaba erizada de dificultades; se levantó el cabello dos ó tres veces, reflexionó y dijo:

— Eso si que es un verdadero nudo gordiano. Sabreis que el nudo gordiano se llamó asi, de Gordio, rey de Frigia, que cuando era labrador, ató el yugo á sus bueyes con un nudo, cuyos extremos era imposible hallar, para haber de desatarlo; condicion puesta para poseer el imperio del Asia.

— Sé todo eso, Padre, dijo el Conde, y tambien que Alejandro el grande realizó la profecia, cortando el nudo con la espada. Pero ¿quien es el Alejandro que cortará este nudo?

Volvió á cavilar Fr. Bonifacio, y dijo:

— Esto, Sr. Presidente, como suele decirse, mas quiere maña que fuerza. Creo que Vuestra Señoria haria bien en hablar á Don Francisco Jiron. El ha dado su consentimiento para el matrimonio de su hija con Don Luis, *sub conditione*, y claro es que no cumpliendose esta, debe considerarse libre del empeño. Esto os lo dirá cualquier estudiante de Derecho. En cuanto á Melian, yo probaria á nombrarlo para un buen corregimiento, lejos, muy lejos de aqui; y por lo que hace á la jóven, la órden de sus padres y la ausencia del pretendiente la harian entrar por camino. ¿Quien puede fiar en la constancia del afecto de una muger? Recordad, señor, lo que dijo Catulo:

Mulier cupido quod dicit amanti
In vento et rapida scribere oportet aqua.

Lo cual se traduce en romance, diciendo: que las palabras que dan las mugeres á sus mas rendidos adoradores, deben escribirse en los vientos y en las veloces aguas.

— El consejo, Padre Provincial, contestó el Conde

levantandose, no me parece malo, y voy á ponerlo en ejecucion.

— Bien dicho, Sr. Presidente; no olvideis que en esto, como en todo, conviene proceder con prudencia y energia, *consilio et animo*, como dicen los latinos.

— Gracias, mi reverendo padre; gracias; siempre crei que Vuestra paternidad habria al fin de encontrar el camino para salir de la dificultad. Voy ahora mismo á hablar á Jiron, y despues ofreceré á Don Luis un empleo que sea capaz de tentar la ambicion de cualquier sugeto de mas edad y mas antiguos servicios que él.

Dicho esto, el Presidente se despidió de Fr. Bonifacio y salió de la celda, algo mas tranquilo. El Provincial fué hasta la porteria, haciendo los honores al ilustre visitante y tuvo oportunidad de encajarle otra media docena de textos latinos, á propósito de cualquier cosa que se habló. Fr. Pablo estaba sentado en un banquillo junto al porton, inclinada la cabeza y calada la capilla, rezando en voz baja y llevando la cuenta con un enorme rosario.

Cuando hubo salido el Presidente, Fr. Bonifacio se detuvo delante del lego, y con acento colérico le dijo:

— *Lingua mali pars pessima servi*, exclamó Juvenal. Lo cual quiere decir, ¡oh Pablo!, que la lengua es la peor parte de un mal sirviente. Ella es la que á ti te pierde, y casi estoy tentado de ejecutar en ti la sentencia que por órden del Cadi de Argel se impuso á aquel gran santo de nuestra órden, San Ramon, á quien se taladraron los labios y se le acomodó un candado, echandole llave para que no hablase.

— Pero si tal cosa se hace, reverendo padre, dijo con humildad el lego, ¿como podré rezar los once mil Padrenuestros y Avemarias de la penitencia? Entonces si que se recargaria la cuenta de lo que debo, que ya, ¡triste de mi! con todo y tener la lengua expedita, asciende á un millon, doscientos veintidos mil y cuatro.

— En caso de no poder rezar absolutamente, contestó el Provincial, no estarias obligado á hacerlo, pues es un principio reconocido que *impotentia excusat legem.* Pero no quiero mostrarme contigo demasiado duro, porque conozco que tus faltas antes proceden de simplicidad que de malicia. Yo te condeno, pues, ¡oh Pablo!, *auctoritate qua fungor*, á leer todos los dias, durante un año, las vidas de los santos cartujos, para que ahi aprendas á conocer las ventajas del silencio.

— Pero, R. P., objetó el pobre lego, si apenas me alcanza el tiempo para cumplir la otra penitencia, ¿como me compondré con las vidas de los santos cartujos, que segun he oido decir, son una multitud?

— Esa, cuenta tuya es y no mia, Pablo; lo dicho dicho. *Sic volo, sic jubeo, stat pro ratione voluntas.*

Dicho esto, el Provincial volvió la espalda á Fr. Pablo, que comenzó á llorar amargamente, y maldijo la hora en que se habia metido lego.

Mientras tenia lugar aquella escena en el convento, el coche que conducia al Conde de la Gomera paraba delante de la casa de Jiron Manuel. Apeose el anciano y entró, saliendo á recibirlo Don Francisco hasta el pié de la escalera. Encerraronse en un gabinete, y el Conde entró en materia, diciendo:

— Han pasado ya, dos meses, Don Francisco, desde que dirijí, por la via de Oaxaca, mi última carta á Don Antonio Melian, mi deudo, pidiendole su consentimiento para el matrimonio de mi sobrino Don Luis con vuestra hija, Dña. Margarita.

— Si señor, contestó el anciano Jiron; ¿y habeis recibido respuesta?

— Ninguna; lo que me hace temer que Don Antonio no gusta de que se case su hijo.

— Debe ser asi, repuso Don Francisco; aunque, á la verdad, lo extraño, si como no lo dudo, está enterado de

la nobleza y prendas personales de la jóven en quien se ha fijado la eleccion de Don Luis.

— De todo lo he informado detalladamente en las cartas que le he escrito, dijo el Conde; pero acaso tenga otros proyectos respecto al establecimiento de su hijo.

— Probable es que asi sea; y de todos modos, lo que á mi me corresponde, es prevenir á Margarita que haga cuenta de no haber conocido á vuestro sobrino. Dios y el tiempo se encargarán de cicatrizar la herida que esa desgraciada aficion ha abierto en el corazon de mi pobre hija. A vos, señor, os toca procurar consolar á Don Luis, que creo va á sufrir no poco, al saber que no debe abrigar ya la menor esperanza de que se realice esa union.

— Eso haré yo de muy buena voluntad, Don Francisco. Voy á ofrecer á Don Luis un puesto importante lejos de la capital, á fin de que la ausencia y una ocupacion activa sean un lenitivo á su pesar.

— Pensais, señor, como prudente y asi dais á ese digno y noble jóven una prueba del afectuoso interes que os inspira.

— No es menor, amigo Jiron, el que tengo por vuestra hija y siento verdaderamente que pierda una colocacion á todas luces ventajosa.

— Mi pena es igual á la vuestra, señor; pero Dios lo ha querido y confio en que ella encontrará en sus sentimientos cristianos y en el legítimo orgullo que debe inspirarle el apellido que lleva, la energia necesaria para sobreponerse á este contratiempo.

— Decis bien; cuando se tiene una fé viva y cuando uno se llama Jiron Manuel, debe y puede tal vez hacerse superior al infortunio; pero permitidme que os hable ahora mas con la franqueza del amigo que con la autoridad del gefe. Vos no teneis mas que dos hijos; el varon ha abrazado la carrera eclesiástica y la única esperanza que os queda de que no se extinga vuestra familia y de

que la cuantiosa fortuna que poseeis no vaya á parar en manos de parientes colaterales, estriba en que se case Dña. Margarita.

— Eso, señor, queda al cuidado de Dios; mi hija es jóven todavia y no sabemos lo que podrá el tiempo dar de si.

— Pero seria prudente que vos hicieseis algo por vuestra parte, á fin de ayudar al tiempo. Hoy mismo no faltarian pretendientes á la mano de Dña. Margarita.

— Lo supongo asi, señor.

— Tal vez otro jóven de tan buen linage como Don Luis Melian; generoso, valiente y con grandes esperanzas de una brillante carrera podria, pretender....

— No sé lo que quereis decir, señor, contestó Jiron, cuyo semblante comenzò á cubrirse como por una densa nube. Si aludis á alguna persona determinada, tened la bondad de explicaros con franqueza.

— No os ocultaré nada, Don Francisco, replicó el Conde: me refiero á mi propio hijo, que ama á Dña. Margarita con delirio y me ha suplicado os pida formalmente su mano.

La frente de Jiron Manuel se cubrió de un vivo encarnado al escuchar aquellas palabras. Pero dominó pronto la impresion que le causaron y con voz grave y reposada dijo:

— Yo aprecio, señor, la honra que quereis dispensar á mi familia; pero no obstante el profundo y sincero respeto que os profeso, permitidme os manifieste con franqueza que no estoy dispuesto á aceptarla.

El Presidente quedó aturdido al oir aquella respuesta, pronunciada en tono firme. Despues de un momento de silencio, dijo:

— Supongo que no habreis olvidado que Don Fernando Peraza, Castilla, Ayala y Rojas, es el heredero de mi nombre, de mi fortuna y de mi titulo; que es capitan de caballeria y lleva al pecho la cruz de la órden de

Nuestra Señora de Montesa.

— Todo lo sé muy bien, señor Conde, replicó Jiron y sin embargo, os digo que yo no daré el menor paso para inclinar á mi hija á recibir por esposo al capitan Peraza. Le trasmitiré la solicitud de vuestro hijo, si lo deseais, sin darle opinion sobre ella y dejaré à su entera voluntad la decision.

— ¡Oh!, exclamó el Conde, si vos no apoyais la pretension, si no empleais vuestra autoridad, es de temerse que Dña. Margarita rehuse.

— Pues si rehusa, no se casará con vuestro hijo, señor. Disponed de mi vida, de mi fortuna, de cuanto soy y cuanto valgo; pero no me exijais lo que no puedo ni debo hacer, ni como cristiano ni como caballero.

El Conde guardó silencio durante un rato. Su orgullo estaba lastimado, y sin embargo, la negativa del anciano estaba expresada en términos tan corteses, que no sabia por donde salir para desahogar su mal humor.

— Este es, dijo al fin, el primer insulto que sufre un Peraza.

— Y el primer agravio, contestó Don Francisco irguiendose con altivez, que se hace á un Jiron, proponiendole una accion villana.

— ¡Accion villana llamais al enlace de vuestra hija con mi hijo!

— No la llamaria de otro modo, si se me ofreciese por yerno al hijo de un rey. No vacilo en despedazar el corazon de mi hija porque el legítimo orgullo de mi raza no puede consentir en que ella entre en la familia del que va á ser su esposo, como á hurtadillas y de contrabando. Pero hacerla admitir inmediatamente otro amante, y ¿que amante? al amigo, al deudo, al hermano de armas del que fué su prometido esposo; eso, señor Conde, seria, os lo repito, una accion villana. Tan cierto estoy de la respuesta de mi hija, que vais vos mismo á oirla

de su propia boca.

Diciendo asi, Jiron tocó la campanilla, y habiendo acudido un lacayo, le previno llamase á Dña. Margarita. Cinco minutos despues apareció la jóven. El Presidente se asombró al advertir cuanto habia perdido en poco mas de tres meses. Y sin embargo, estaba tal vez aun mas interesante y bella con la palidez y el aire de sufrimiento, que cuando su semblante, iluminado por la esperanza, rebosaba satisfaccion y alegria. Margarita veia transcurrir el tiempo y alejarse con los dias que pasaban el término de la ansiedad que desgarraba su alma. Aquella horrorosa tortura habia minado su salud y la desdichada jóven, devorada por un torcedor oculto, no era ya ni sombra de lo que antes fuera. En la situación á que se encontraba reducida, la hija de Jiron Manuel habria podido servir de modelo á un pintor ó á un estatuario que quisiese representar al genio melancólico de las ilusiones perdidas.

El anciano hidalgo sintió sin duda que su corazon se despedazaba, por el dolor que iba á hacer sufrir á su hija, pues se viò correr una lágrima por la mejilla de aquel hombre que no habia llorado desde la noche en que vió á la muger á quien adoraba tendida y exánime, teniendo al lado al que se le hizo creer ser el fruto de aquel amor intenso.

— Margarita, hija mia, dijo Jiron con una voz que ahogaban los sollozos; es necesario renunciar para siempre á Don Luis Melian.

— ¡Para siempre! exclamó la infeliz, en cuyo semblante estaba pintada la mas cruel agonia.

— Si; para siempre, repitió el anciano.

Siguió un momento de silencio, no atreviendose ya á decir una sola palabra ninguno de los actores de tan triste escena.

Dña. Margarita conocia demasiado á su padre, para

comprender la completa inutilidad de cualquiera súplica Asi, ni intentó siquiera pedir la explicacion de aquella terrible sentencia, que la desgraciada presentia ya desde algun tiempo.

Jiron hizo un esfuerzo sobre si mismo, y sobreponiendose á su inmenso dolor, serenó su semblante y dirijiendose à la jóven, que habia tenido necesidad de apoyarse en el respaldo de un sillon, para no caer, dijo:

— Margarita, el Sr. Conde de la Gomera nos hace la honra de ofrecerte por esposo á su hijo, el Sr. capitan Don Fernando Peraza. Estas en completa libertad de resolver lo que tu corazon te dicte.

Un vivo sonrosado coloreó las mejillas mortecinas de Dña. Margarita. Se irguió con natural y severa magestad y levantando la frente, con la mirada fija en el Presidente, contestó:

— Perdono á su Señoria el agravio que, sin intencion sin duda, me hace, al suponer que pueda yo dar mi corazon y mi mano á otro que no sea *él*.

Y volviendose á su padre añadió:

— O *suya*, ó de Dios!

— Pues de Dios, dijo Jiron, con una voz que apenas se dejó oir, ahogada por los gemidos que el infeliz anciano se esforzaba en vano en reprimir.

Dña. Margarita besó la mano á su padre y haciendo una profunda cortesia al Presidente, salió del gabinete.

El Conde de la Gomera se levantó y despidiendose de Jiron Manuel con notable frialdad, se retiró, acompañandolo hasta la puerta de la calle el anciano caballero, que no faltó en un ápice á los deberes de la cortesia.

Inmediatamente despues que hubo llegado al Palacio, el Presidente se encerró en el gabinete; escribió dos despachos, que firmó y selló con sus armas, tocó la campanilla y habiendose presentado un page, le previno llamase al secretario de cartas.

CAPITULO XXX.

Tentacion y vocacion.

DON Luis Melian entró en el gabinete y ocupó la silla en que acostumbraba sentarse durante las horas del despacho. Su semblante se habia puesto cadavérico: su mirada era inquieta y vaga, y desde algunos dias, necesitaba hacer un esfuerzo sobrenatural para contraer su atencion á los asuntos del servicio. El Presidente no advertia aquel lastimoso estado de su secretario, porque lo veia diariamente y porque la zozobra en que vivia desde algun tiempo, no le daba lugar á fijarse en los padecimientos de los que lo rodeaban.

Don Luis creyó que el Conde lo habria llamado aquella tarde por algun asunto extraordinario, y luego que se hubo sentado, comenzó á preparar en silencio papel y plumas. Se pasó un rato sin que el anciano se decidiese á entrar en materia, hasta que el mismo Melian preguntó en tono respetuoso:

— ¿Hay alguna novedad, señor?

— No, Don Luis, contestó el Conde: os he llamado

para que tratemos de un asunto que os atañe personalmente.

Don Luis fijó sus ojos, que la extenuacion hacia parecer mas grandes, en el semblante de su tio, como queriendo penetrar el sentido de aquellas palabras, y contestó:

— Decid, señor. Estoy persuadido de vuestra bondad para conmigo y no espero de vos sino nuevas pruebas de afecto paternal.

El Conde se puso ligeramente encendido, y procurando dominar su fisonomia, dijo:

— En efecto, Don Luis; durante estos once años que me habeis servido, he procurado hacer con vos oficios de verdadero padre. En 1611, cuando la bondad del Rey me promovió de la gobernacion de Chucuito á la Presidencia de esta Real Chancilleria y Capitania general del Reino, os propuse viniesceis en mi compañia. Constábame que habiais desempeñado ya en Tenerife cargos importantes, dejando á vuestros superiores satisfechos al ver que en vos el juicio y la prudencia se habian anticipado á los años. Amigo y deudo de vuestro padre, crei que no podia hacer cosa mejor que traeros conmigo, poniendo entera confianza en vuestro valor, integridad y buena disposicion para los negocios. El resultado ha correspondido plenamente á mis esperanzas. No puedo hacer un uso mas conforme á los sentimientos de mi corazon, de la autoridad que el Rey me ha confiado, que premiando vuestros servicios como ellos merecen.

— Señor, dijo Don Luis, conmovido, la mejor recompensa para mi es vuestra aprobacion. Ni pido ni merezco mas.

— No, Don Luis, replicó el Conde; el recompensar á los leales es un deber tan de rigurosa justicia, como el de castigar á los que no corresponden dignamente á la confianza que en ellos se ha puesto. Asi, he resuelto agraciaros con un empleo digno de vuestro mérito.

Diciendo esto, el Presidente tomó de la mesa uno de los despachos que acababa de extender y presentandolo á su secretario, añadió:

— Estais nombrado Justicia Mayor del partido de Amatique y aqui teneis la provision.

Un rayo que hubiese caido á los pies del desdichado Melian, habria hecho menos efecto en él que el que produjeron aquellas palabras.

— ¡Justicia Mayor de Amatique! exclamó aterrado. ¡A cien leguas de esta Capital! Gracias, señor, por la merced que quereis hacerme; pero permitidme que la rehuse.

— ¡Rehusais! dijo el Conde, poniendose encendido. ¿Quizá os parece poco todavia para lo que mereceis?

— No, señor; mas bien me reconozco indigno de esa gracia.

— ¿Teneis miedo, replicó el Conde sonriendose, á lo malsano del clima de la costa del norte?

Melian sintió que la sangre se le agolpaba á la cabeza, cuando el Presidente pronunció la palabra *miedo*. Cerró los puños y se puso en pié. Su mirada relampagueaba, altiva y dominadora, como la de un leon á quien se hubiese agotado la paciencia con provocaciones atrevidas. Pero aquella impresion fué rápida y desapareció instantaneamente. Inclinó la cabeza, y con voz ahogada y apenas perceptible, dijo:

— Si, señor; tengo miedo.

El Conde dirijió una mirada desdeñosa á Don Luis, y tomando el otro despacho, que estaba sobre la mesa, se lo presentó, diciendo:

— Lo habia yo previsto. He aqui otro nombramiento, al cual espero no tendreis objecion que hacer. Sereis Corregidor de Quezalgoaque, en la provincia de Nicaragua.

Melian comprendió que el Conde estaba resuelto á hacerlo partir, y no siendo ya dueño de si mismo, dijo en tono respetuoso, pero firme:

— Seamos francos, señor; ¿se trata de un destierro, disfrazado con las apariencias del favor?

— Tomadlo como querais, contestó el Presidente; es necesario que os alejeis de aqui, y os alejareis.

— Será, si asi lo mandais, una vez que se haya verificado mi matrimonio con Dña. Margarita Jiron Manuel.

— Ese enlace es imposible.

— ¡Imposible! ¿Y por qué?

— Porque ni el padre de esa jóven ni yo consentimos en él. El vuestro no contesta á las cartas en que se solicita su permiso; Don Francisco no prescinde de esa condicion y su hija obedece ciegamente á su voluntad.

— ¿Es decir, exclamó Don Luis Melian, cruzando los brazos sobre el pecho, que no debo abrigar la menor esperanza de ver realizado el que ha sido el constante anhelo de mi alma durante tantos años?

— Debeis prescindir enteramente de esa idea.

— Bien, señor, añadió el desgraciado levantandose; yo iré á servir á otro que no pague mi adhesion con ingratitud. Adios, señor Conde.

— El os acompañe, contestó el Presidente, y os inspire pensamientos propios de un caballero y de un cristiano.

Don Luis no lo escuchaba ya, pues habia salido del gabinete. Encaminose á su habitacion, donde tomó capa y sombrero, bajó la escalera y se dirijió á la calle.

Un momento despues entraba en casa de Jiron Manuel. El anciano caballero abrió los brazos y estrechó á Melian con afecto de padre.

— Señor, dijo el jóven con una voz entrecortada por los gemidos; ¿es cierto que debo prescindir de ella para siempre?

— Si, Don Luis, contestó el anciano, con angustia; para siempre. Vuestro padre no responde á las cartas en que se solicita su consentimiento para que os caseis con Margarita, y conoceis demasiado mis principios para com-

prender que yo no prescindiré de ese permiso.

—¿Vuestra resolucion es, pues, irrevocable?, preguntó Melian, pálido como un cadáver.

—Irrevocable, dijo Jiron.

Don Luis volvió á estrechar al anciano entre sus brazos, mezclandose las lágrimas de aquellos dos desventurados, cuyos corazones torturaba el mas intenso dolor.

—Os suplico, señor, dijo Don Luis, que le trasmitais mi eterna despedida y los votos que hago por su felicidad.

—¡Felicidad!, exclamó Jiron, ya no la hay para ella sobre la tierra.

Melian no contestó y se alejó precipitadamente. Atravesando de prisa las calles, llegó al Palacio y se encerró en su habitacion.

Habia entrado la noche. Don Luis tomó una cartera grande que contenia papeles, que comenzó á arreglar con el mayor cuidado, formando cartapacios y escribiendo sobre estos algunas lineas que indicaban el contenido de cada uno. Aquella operacion fué dilatada, pues á fin de dar á los documentos el conveniente arreglo, hubo de emplear el mas minucioso cuidado en la clasificacion de las piezas. A las diez estaba concluido el trabajo y colocados los cartapacios en la cartera. Despues abrió Melian un secreto de su escritorio, y tomando un gran paquete de cartas, recorrió algunas de ellas, derramando lágrimas. Era la correspondencia de Dña. Margarita. La reunió toda y aproximándole una vela, quedó en pocos minutos reducida à un monton de cenizas.

Cumplido asi aquel triste deber, Don Luis encendió una linterna sorda, tomó la cartera y se dirijió lentamente hacia el gabinete del Conde, del cual tenia una llave, para poder entrar á cualquiera hora en que tuviese necesidad de ir á ejecutar algun trabajo. Cerró por dentro y se guardó la llave. Colocó la lamparilla sobre la mesa del despacho, se sentó y se puso á arreglar los papeles, que estaban esparcidos en desórden.

A poco de haber comenzado aquella operacion, Don Luis oyó pasos en el corredor, como de personas que se acercaban. Fijó la atencion y percibió claramente la voz del Conde y la del capitan Peraza. Era indudable que se dirijian al gabinete. Melian sintió vivamente aquella circunstancia. Su presencia en el despacho á aquella hora llamaria sin duda la atencion del Conde, que probablemente le pediria alguna explicacion. No queria decirle la verdad y le repugnaba la idea de engañarlo. Supuso que el Presidente y su hijo irian al gabinete solo por un momento, acaso á buscar algun papel ó á extender alguna órden.

— Si yo me ocultara, pensó Don Luis, en el hueco de esa ventana y dejara caer la cortina, no me verian, y luego que hayan salido, podria continuar este trabajo, que debo terminar antes de que amanezca.

Pensarlo asi y ponerlo en ejecucion fué todo uno. Se ocultó en el hueco de la ventana, corrió la cortina de damasco, cerró la linterna y aguardó.

Pronto oyó rechinar la llave en la cerradura, y vió entrar al Conde, precediendole el capitan, que alumbraba con una bujia. Sentaronse y dijo Don Fernando:

— Estamos ya, padre mio, en este lugar apartado, á donde habeis querido que vengamos, para informarme del resultado de vuestra conversacion con Jiron Manuel.

— Si, hijo mio, contestó el Presidente; he preferido que conversemos en mi despacho, temiendo que lo que tengo que referirte provocase tu cólera y escuchasen los pages de guardia cualquier cosa que se te pudiera escapar.

— Segun eso, esclamó el capitan, temblando de ira, teneis que comunicarme una negativa, un desaire!

— Calma, por Dios, Fernando, repuso el Conde, asustado al ver el terrible aspecto de la fisonomia del capitan. Procura tener calma.

— La tendré, la tendré, gritó Don Fernando; por Satanas os juro que tendré calma! Pero no me oculteis na-

da. Decidme si se os ha contestado con una negativa, con un insulto.

— Con negativa si, con insulto no, dijo el Presidente. Jiron dejó la decision de mi propuesta á la libre voluntad de su hija, quien respondió que de no casarse con Don Luis, su resolucion era la de ser esposa de Jesucristo. Ya ves, pues, hijo mio, que si te desecha, es por Aquel contra quien no puedes volverte sin impiedad.

— Monja! exclamó el capitan con una risa burlona; quiere ser monja; pero no pensaba asi mientras tenia esperanza de casarse con su Don Luis. Yo quisiera saber en qué es ese individuo mejor que yo, para que lo quisiera á él; y cuando yo, yo le ofrezco mi mano, salga con que va á emparedarse.

— Hijo mio, replicó el Conde, he agotado mis esfuerzos para convencer á su padre y todo ha sido inutil. No quiere obligar á su hija. Por lo demas, no debes perder la esperanza. Don Luis va á marcharse lejos, muy lejos; le he extendido nombramiento de Corregidor de uno de los partidos de Nicaragua; el tiempo y la ausencia harán que Dña. Margarita olvide á su novio y que se decida por ti.

— ¿Y qué gano yo, dijo con mucha frialdad Don Fernando, cambiando repentinamente de tono, con que me acepte cuando ya Melian esté lejos y haya prescindido de ella?

— Entonces, tú no amas verdaderamente á esa jóven, replicó el Conde asombrado; es una satisfaccion de amor propio lo que buscas y nada mas.

— ¿Que no la amo? ¿que no la amo, decis, padre mio?, respondió el capitan. Puede ser. Lo que yo sé deciros es que el dia mismo de mi llegada aqui, ese bribon de vuestro barbero me dijo que la mejor moza del lugar se llamaba Margarita Jiron; que era la prometida esposa de mi primo y amigo Melian y que no habia qué pensar en ella, porque era una fortaleza intomable. Ved ahi lo que

me hizo encapricharme como un rabioso por esa rapaza, que no es ni mejor ni peor que las otras que he visto por acá. Y la verdad, señor, no sé como diablos es que desde que me habeis dicho que Don Luis se marcha, se me ha ido á los talones la gana del tal matrimonio. ¡Eh! ¡Que diablos! ¡Yo soy jóven, algun dia iré á la corte y podria acaso arrepentirme de haberme unido á la hija de un hidalgo de estas tierras. No hablemos mas de ello, padre mio; que Melian vaya bendito de Dios á corregir indios á Nicaragua y que la hija de Jiron se llame Sor Margarita ó como le dé la gana. Entretanto yo seguiré divirtiendome unos ratos y otros trabajando en armarle una buena al Sr. Visitador y en esto ocuparé mis horas de ócio, que son todas las que no duermo; y ¡que ruede la bola!

Al decir esto Don Fernando se puso en pié, y sin aguardar á que su padre le contestase, se salió del gabinete, cantando este antiguo romance de Juan del Encina:

"Anoche de madrugada
Ya despues de medio dia,
Vi venir en romeria
Una nube muy cargada
Y un broquel con una espada
En figura de ermitaño
Caballero en un escaño
Con una ropa nesgada
Toda entera y muy rasgada."

El Conde inclinó la frente con tristeza; suspiró, tomó la vela y se salió del gabinete, siguiendo á la distancia á su hijo, cuya voz estentorea turbaba en aquella hora el sepulcral silencio del sombrio y desierto Palacio.

Don Luis Melian, cuando estuvo cierto, por el ruido de los pasos del Presidente, de que este se habia alejado, abrió la linterna, levantó la cortina y salió. El sem-

blante del infeliz revelaba la lucha del amor, del desengaño y del despecho que torturaban su alma. Puso la lamparilla sobre la mesa, colocó á un lado una pistola, que desprendió de su talabarte, y cruzados los brazos, erizado el cabello, la mirada inquieta y vaga, la voz ronca y balbuciente, dijo:

— Lo he servido once años, mas con el afecto y el respeto de hijo, que con la simple fidelidad del dependiente; ¡y me paga con ingratitud! ¡Me recompensa con un destierro, disfrazado con las apariencias del favor! Amé al otro mas como hermano que como amigo; le presenté la que iba á ser mi esposa, para que la amara como á una hermana, é intenta arrebatarmela, por amor propio y vanidad! Ingratitud y perfidia, deslealtad y engaño, este es el mundo!

Tomó una pluma, y en una foja de papel blanco que estaba sobre la mesa escribió con desesperacion:

" ¡Maldito el hombre que del hombre fia!"

Arrojó la pluma, y continuó diciendo:

— Ella va á sepultar en el fondo de un claustro su juventud y su belleza, y ve convertidas en humo las brillantes esperanzas con que le brindaba el porvenir! Todo por el orgullo respetable, pero exagerado, de aquel á quien debe el ser!

Calló un momento. Su rostro se descompuso aun mas y tomó una expresion terrible.

— Yo, dijo, triste y miserable, ¿que tengo ya que esperar de la vida? El mundo es para mi un desierto, sembrado de abrojos y regado con lágrimas.

La muerte es el descanso eterno, el olvido infinito del no ser....!

Don Luis se sonrió con tristeza y apoyó su mano glacial en el mango de la pistola.

— Pero la muerte, añadió, viene muy lentamente para aquel que le tiende los brazos y que cuenta con desesperacion las horas de dolorosa agonia que han de correr

antes de que se aduerma en su seno.

Tengo treinta y siete años; ¡cuantos faltarán aun para que el fuego que devora el alma, vaya gastando esta máquina, perecedera, pero ¡ay! demasiado jóven y vigorosa todavia! ¡Qué de dolores, tormentos y amarguras para que encanezca este cabello, para que las arrugas surquen esta frente, para que las fuerzas desfallezcan, para que caiga, en fin, roido por los años, este cadáver vivo que estoy condenado á arrastrar sobre la tierra, como el galeote arrastra su cadena!

Calló, levantó en alto la pistola y continuó:

— Aqui está la salud, aqui se encierra el único remedio! No se necesita otra cosa que abreviar á la muerte su lenta y trabajosa jornada; salir á su encuentro, en vez de aguardarla en la mas cobarde inaccion.....

No tengo padre, no tengo protector, no tengo amigos; la muger á quien he levantado un altar en el fondo de mi ulcerado corazon, va á ser esposa de Dios, ¿que espero? Voy á aguardarla en la tumba; voy á lanzarme en esa eternidad donde podré esperarla en paz...!

Amartilló la pistola y apoyó en la sien la boca del arma homicida.

Pero repentinamente Don Luis Melian cayó como herido por un rayo. Una luz invisible habia brillado en medio de las tinieblas de su alma y una voz misteriosa pronunciado á sus oidos palabras de otra vida. Aquella luz que alumbró la mente del que corria hacia el abismo, aquella voz de la soledad, fué la luz que lució á los ojos de Pablo en el camino de Damasco, fué la voz que lo llamó á lo santo, á lo noble y á lo grande, apartandolo de lo terreno y de lo miserable.

Despues de haber permanecido un momento con el rostro contra la tierra, Melian se puso en pié. Era ya otro hombre. Su semblante habia perdido la expresion satánica que presentaba un momento antes, y una tristeza dulce y tranquila reemplazaba á la desesperacion que se

piniaba en su fisonomia.

Dirijió una mirada á la mesa y vió el papel en que habia estampado aquel grito de desesperacion y de despecho, lanzado desde el fondo de su alma desgarrada. Volvió á tomar la pluma y escribió en seguida del renglon, completando dos octavas que quedaron asi:

"¡Maldito el hombre que del hombre fia!
Solo fiar en Dios es lo seguro;
Descargar la conciencia cada dia
Es contra todo mal un fuerte muro.
Dios los trabajos por la culpa envia;
Forzoso es el morir, mas trance duro;
Hombres, vivid como si siempre fuera
Cada hora del tiempo la postrera.

Solo el amigo es Dios, que es sobre todo;
Que la amistad del mundo solo es nombre.
¿De que te ensoberbeces, tierra y lodo,
Pues no mereces menos por ser hombre?
Todo tiene su fin y cierto modo;
Sigue el bien, huye el mal y no te asombre
Sino el ver que eres hoy tierra liviana
Y que no sabes que serás mañana (*).

Luego que hubo dejado escritas esas dos estrofas, expresion tierna del misticismo en que se arrobaba aquella alma de fuego, Melian salió del gabinete, dejando amartillada el arma con que estuvo á punto de consumar su crimen, al lado del escrito que consignaba su arrepentimiento y su conversion á Dios.

(*) Estos versos fueron compuestos realmente por Don Luis Melian, segun refiere el Padre Vazquez, en su Crónica de san Francisco, impresa en Guatemala, año 1716. Tomo 2.° pag. 130.

Cuando Don Luis llego á su habitacion, comenzaba á apuntar la mañana. La luz incierta de la aurora reflejaba en los cristales de las ventanas su tenue claridad y disipaba las sombras de la noche. El secretario de cartas tomó su capa y su sombrero, salió del cuarto, y sin dirijir una sola mirada hacia atras, siguió á lo largo de los sombrios corredores, bajó la escalera y pasando en medio de la guardia, salió del Palacio.

Su corazon, desprendido ya de lo terreno, no experimentó un sentimiento de pesar, al abandonar aquella residencia donde habia permanecido durante once años, compartiendo con el gefe del reino los graves cuidados de la autoridad.

Se encaminó al convento de San Francisco y pidió ver al guardian, Fr. Alonso de Padilla. El superior estaba en el coro, y mientras salia, permaneció el caballero paseandose en el claustro procesional. La luz matutina iluminaba debilmente los cuadros de la vida del fundador que adornaban las paredes del claustro.

Detúvose á contemplar el que representaba la vision que tuvo el santo en la áspera montaña del Apenino, donde se le apareció un ardiente serafin que imprimió en su cuerpo llagas semejantes á las que abrieron los clavos en el del Salvador. Melian se estremeció al fijar los ojos en aquella terrible representacion. Pareciole que las dos grandes figuras de aquel cuadro, la del serafin celeste y la del serafin humano, tomaban vida y movimiento, y creyó oir el crujido de las carnes del extenuado penitente, al recibir la impresion de las llagas, como si hubiese sido marcado aquel cuerpo con un hierro encendido. Pálido, tembloroso, bañado en un sudor frio, cayó de rodillas delante de aquel cuadro.

Su destino estaba irrevocablemente fijado. Hasta entonces habia vivido para el mundo; en adelante iba á vivir para Dios. Melian descendió al fondo de su conciencia, recorrió su vida pasada, y cuanto habia hecho antes

de aquella noche, le pareció mentira y vanidad. La tentacion estaba vencida, y en aquel corazon, purificado por el dolor, no quedaba ya ni la mas leve sombra de afeccion mundana.

Desde aquel dia Don Luis Melian volvió la espalda al mundo y se consagró á Dios. Como apenas tendremos ya ocasion de volver á hablar de este personage en el curso de nuestra historia, diremos que habiendo hecho su profesion solemne y recibido las sagradas órdenes, Fr. Luis de San José, que ese fué el nombre que tomó en el claustro el brillante y poetico Secretario del Conde de la Gomera, asombró á sus hermanos con sus eminentes virtudes. Caridad ardiente, penitencias rigurosas, ascetismo y contemplacion de las verdades eternas; he ahi las ocupaciones de aquel religioso durante veintiocho años que vivió en el convento de San Francisco de Guatemala.

Enteramente ignorados los pormenores del combate que habia precedido á la vocacion de Don Luis Melian, su extraña resolucion fué oida con asombro por el Presidente, por el capitan Peraza y por la ciudad entera, cuando se supo que aquel caballero se habia retirado á San Francisco, determinando hacerse religioso. Sabiase ya su nombramiento de Corregidor, y si bien se extrañaba que el Conde se privase de tan inteligente y leal servidor en circunstancias tan criticas, el afecto que el anciano Presidente profesaba á su jóven secretario y los merecimientos de este, explicaban aquella señalada prueba de favor. Muchos caballeros acudieron, pues, á Palacio, á felicitar á Melian por haber obtenido tan honorifica y lucrativa colocacion, y quedaron confundidos, cuando las gentes de la servidumbre les anunciaron, con lágrimas en los ojos, que el nombrado Corregidor habia vuelto la espalda á los honores de la tierra y ocupaba ya una humilde celda en San Francisco.

Dña. Margarita Jiron llevó á cabo su propósito de

vivir en adelante solo para Dios. Se ignora el motivo que haya tenido para no entrar religiosa en alguno de los monasterios que habia ya entonces en la capital del reino. Sábese unicamente que la muger á quien tan tiernamente habia amado Don Luis Melian, abandonó el mundo por completo, y retraida en un apartamento solitario, murió hasta para su propia familia, *haciendo*, segun la expresion del cronista Vazquez, *de su casa un yermo.*

Antes de poner por obra la resolucion de sepultarse viva, la jóven señora llamó á su amiga Genoveva, depositaria de sus mas íntimos secretos, y bañada en llanto, le recomendó el cuidado de sus padres. La supuesta hija del herrero ofreció cumplir la última voluntad de Dña. Margarita, y habiendo obtenido al efecto permiso de Andres y de su esposa, se trasladó desde luego á casa de Jiron.

En la madrugada del dia que siguió á la noche en que Dña. Margarita se retiró del mundo, Francisco Molinos, que no habia podido hablar con Genoveva, ocupado como andaba en la empresa que le encomendara el Visitador, fué, como lo tenia de costumbre, á situarse en el hueco de una puerta, frente á la ventana de la alcoba de su adorada, para verla en el momento en que levantara la cortinilla color de rosa. Eran las cinco. La cortina permanecia corrida y Francisco no separaba de ella su mirada, que revelaba la inquietud de su alma. Pasó un cuarto de hora sin que apareciese la blanca mano que apartaba siempre la rosada tela. Media hora despues, la cortina continuaba inmovil; Francisco temblaba y un sudor glacial rodaba gota á gota por su frente. Aguardó hasta despues de las seis, á cuya hora consideró inutil su permanencia ahi y vacilando como un ebrio, se dirijió á su casa, en busca de su hermana. Estaba resuelto á revelarle el doloroso secreto que por tantos años habia encerrado en lo mas hondo de su corazon; secreto que no lo era para Genoveva, aunque jamas habia hablado á Francis-

co de aquella pasion, que la jóven veia con profunda pena: Genoveva no estaba en la casa, y Francisco oyó con asombro que desde la noche anterior se habia trasladado á la de Jiron Manuel. No aguardó á saber mas. Su primera idea fué que Dña. Margarita sufria alguna grave enfermedad. Resuelto á abandonarlo todo para prodigarle sus desvelos como el último de sus criados, corrió á casa de Jiron é hizo que llamasen á su hermana. Pocos momentos despues apareció Genoveva. Estaba pálida como un cadaver y sus ojos enrojecidos por el insomnio y el llanto. La desdichada se arrojó en brazos de su hermano, sin decirle una sola palabra, y ahogó sus gemidos en el seno de Francisco.

—¿Ha muerto?, preguntó el hijo de Sir Francis Drake con acento terrible.

—Para el mundo, contestó Genoveva.

En seguida la jóven refirió á su hermano, con voz entrecortada por los sollozos y las lágrimas, los acontecimientos ocurridos en los últimos dias; la resolucion de Jiron Manuel de romper el compromiso de su hija con Don Luis Melian; la solicitud del Presidente de que se le concediese la mano de Dña. Margarita para el capitan Peraza; la entrada de Don Luis en San Francisco y la determinacion de Dña. Margarita de vivir en absoluto retiro, en una habitacion que daba á la huerta de su casa, que se estaba cerrando en aquel momento, sin dejarle otra comunicacion que la de un torno, como los de las porterias de los monasterios.

Francisco oyó aquella resolucion, abrumado de dolor. Cuando Genoveva hubo acabado de hablar, el herrero dirijió en derredor una mirada vaga y extraviada. Su rostro cadavérico tomó la expresion de la desesperacion mas sombria, y desasiendose de los brazos de su hermana, que lo estrechaba contra su pecho, la impelió de una manera brusca y se lanzó á la calle.

CAPITULO XXXI.

Un ahorcado.

Sin objeto fijo ni direccion determinada recorrió Fráncisco las calles de la ciudad, llamando la atencion de cuantos encontraba al paso, por su aspecto sombrio y por sus movimientos, que parecian mas bien los de un demente, que los de un hombre que estuviese en el pleno goce de sus facultades.

Maquinalmente casi se dirijió hácia la casa del Visitador; y como las gentes de la servidumbre tenian órden de su amo de franquearle la entrada á cualquiera hora, Francisco, sin decir palabra, penetró hasta el gabinete. Parose el infeliz á mirar de hito en hito á Don Juan, que al ver entrar á su agente, dejó sobre la mesa la pluma con que estaba escribiendo. Sin saludar al Visitador y sin ninguna especie de preámbulo, dijo Francisco:

—No conteis ya conmigo para nada; no quiero saber quien soy.

Ibarra fijó su mirada imponente y serena en los ojos del herrero y contestó con un tono reposado y tranquilo:

— Ahora mas que antes os conviene saber el nombre y la condicion de vuestros padres.

Asombrado Francisco al escuchar aquellas palabras, dijo con voz balbuciente:

— ¿Qué quereis decir, señor? ¿Ahora mas que antes? ¿Para que? ¿Tengo algo que esperar acaso? ¿Sabeis lo que ha ocurrido? Explicaos por Dios.

— Lo sé todo, contestó Don Juan, que acababa de recibir un billete de Genoveva Molinos. Don Luis Melian ha renunciado á la mano de Dña. Margarita, en consecuencia de la resolucion de Jiron Manuel de que no se verifique el matrimonio, por no haber recibido respuesta del padre de Don Luis. Este es ya un humilde novicio en el convento de San Francisco, y el loco del capitan Peraza, que pretendia tambien á la que amais, ha sido rechazado por Jiron. Vuestros rivales os han dejado, pues, el campo enteramente libre.

— ¡Oh! si señor, exclamó Francisco angustiado; todo eso es verdad y veo que sabeis perfectamente cuanto ha ocurrido. Pero no ignorareis tampoco que ella, ella se ha sepultado viva, haciendo una tumba de su propia casa.

— Lo sé tambien, dijo el Visitador, y me admiro de que os aflija esa resolucion, que es precisamente la que debe inspiraros las mas lisongeras esperanzas.

El herrero fijó su mirada penetrante en los ojos de Don Juan, como si quisiese adivinar el significado de aquellas palabras, que su candidez no acertaba á comprender.

— Digo, añadió Ibarra, que debeis abrigar esperanza de ser correspondido por Dña. Margarita y voy á daros la razon. Si esa jóven, imitando á su amante, hubiese ido á encerrarse para siempre en alguno de los monasterios de la ciudad, vuestra desesperacion habria sido harto fun-

dada; pero se ha retraido en su propia casa, bajo la impresion, muy natural, de la pena que le causa el rompimiento de un compromiso que se habia hecho demasiado público. Ella no debe pensar ya en Don Luis; no ama ni puede amar á Peraza; el tiempo la irá consolando; vuestra hermana logrará que la escuche y al fin la persuadirá á que deje esa clausura voluntaria. Entonces vos, en vez de esa muda adoracion que le habeis consagrado y que ella no ha advertido siquiera, podreis decirle en voz alta que la amais y pretender su mano, con la frente erguida, pues se sabrá ya entonces que sois hijo de un hombre ilustre, noble y rico. ¿No veis, pues, que con esas ventajas y con el apoyo de Genoveva, casi podeis contar como seguro el éxito?

El herrero escuchaba á Don Juan temblando de emocion. Cada palabra del astuto y pérfido Visitador era un rayo que disipaba la tenebrosa nube que obscurecia aquella alma leal, que se reanimaba con la esperanza, como reverdece con el sol de la primavera el campo que abrasaron los hielos del invierno. Una lágrima de alegria, de gratitud, de dicha infinita brotó de los ojos de Francisco, cuya razon, próxima á extraviarse, volvió á funcionar con entera lucidez. Se echó de rodillas delante de Don Juan y exclamó con acento conmovido:

—¡Oh! Gracias, gracias, señor! Me habeis salvado. Mi razon zozobraba como un pobre bajel combatido por la tormenta, y vuestras consoladoras palabras me han devuelto el juicio con la esperanza. Ahora lo comprendo todo; teneis razon; ella puede volver atras de esa resolucion hija de su lealtad hácia el dichoso mortal que ha sabido inspirarle tanto y tan tierno amor. El tiempo cerrará esa herida; y aun cuando sea dentro de diez, de veinte años quizá, lograré hacer que me ame. Oh señor! yo os debo mas que la vida, os debo la esperanza. Disponed de mí.

— Espero poder revelaros muy pronto el nombre de vuestro padre. Hasta ahora he logrado descubrir únicamente que era un extrangero que llegó á tener mucha importancia y que acumuló grandes riquezas que os estaban destinadas. Sé que existen en esta ciudad, en alguna parte, los papeles que acreditan vuestro origen, y no descansaré hasta dar con ellos. Entre tanto, es necesario que me ayudeis á deshacer esas maquinaciones que contra mi se han fraguado. Con los mosquetes y el parque depositados en casa de vuestro tio, de que se apoderaron el capitan Peraza y sus amigos, estan armados unos cuantos miserables de la hez de los barrios, gente resuelta á todo, por el incentivo del pillage. Es probable que se lancen pronto á la sedicion y es necesario estar preparados.

— Estoy, señor, dijo Francisco, resuelto á todo; mandad, y sereis obedecido. Yo no tengo cabeza para disponer; pero tengo brazo para ejecutar.

— Bien, contestó Don Juan; id, pues, ahora mismo y decid á las gentes con quienes contais que esten prontas para acudir á tomar las armas. Segun los datos que se me han comunicado anoche, ese loco del capitan va á lanzarse á intentar un golpe de mano. Es necesario obrar pronto y con energia. Partid.

Francisco Molinos hizo una profunda cortesía al Visitador y salió á poner en ejecucion la órden que acababa de recibir.

Tales fueron los sucesos que tuvieron lugar antes de los que hemos referido en uno de nuestros últimos capítulos. Como lo habia anunciado el Visitador, el capitan Peraza, despechado con el mal éxito de sus dos anteriores tentativas, se declaró en pugna abierta con el Juez de residencia y, proclamando la autoridad real, por forma únicamente, inició la sedicion, poniendose á la cabeza de sus amigos y de las gentes de los barrios con quienes contaba. Don Juan de Ibarra hizo armar á los partidarios que le proporcionaron la influencia de Francisco Molinos

y los trabajos de los oidores enemigos del Presidente, dando principio á las hostilidades, como ya hemos dicho, el encuentro que tuvieron en la calle ancha los alguaciles bajo el mando de Don Geronimo de Utrilla, con los artesanos que capitaneaba Andres Molinos.

Dejamos á estos corridos al ver el resultado del combate, despues del facil triunfo alcanzado sobre las nada aguerridas huestes del Alguacil Mayor de corte, quien metido dentro de la armadura de los abuelos de su muger, no pudo moverse del sitio, despues de haber caido ó dejadose caer del caballo. El pobre señor debió la vida á Andres Molinos, que para salvarlo de la ira de sus soldados, tuvo que encerrarlo dentro del sótano, quedando así, por un capricho del ciego destino, puerta de por medio con su muger, encerrada, como se recordará, en el laboratorio del Dr. Correa.

Luego que el herrero hubo salvado asi á Don Gerónimo del peligro mas inminente, se dió á buscar alguna traza para evitarle la muerte, sin comprometerse con los suyos, cuya saña estaba aplacada por la seguridad de que no se les escaparia la presa y por la oferta de Molinos de que el Alguacil Mayor seria ahorcado en la torre de la iglesia mas próxima. Cuatro desalmados de los mas rabiosos de la pandilla habian quedado de guardia delante de la puerta de la herreria, para cuidar de que no se escapase el prisionero, mientras los demas se preparaban á resistir al enemigo, que suponian habia de volver sobre ellos en mayor número y con nuevo brio.

Pasaron algunas horas y nadie se presentaba. Fué que los alguaciles, amedrentados, y zumbandoles todavia las balas en los oidos, no pararon hasta sus casas, sin cuidarse de su gefe, á quien daban por muerto, y tratando únicamente de esconderse, pues les parecia que aquellos rabiosos iban tras ellos picandoles los talones.

Viendo Andres que no habia ataque y que se aproximaba la mañana, comprendió que era urgente encontrar

algun arbitrio para salvar al Alguacil Mayor. Estuvo meditando el caso muy detenidamente, mientras sus compañeros de campaña se entretenian comentando con anticipacion la proyectada y convenida ejecucion de Don Gerónimo. Por último le ocurrió un pensamiento atrevido; pero el único que en las circunstancias podia hacer que el Alguacil escapase el pellejo, y resuelto á ponerlo por obra, como á las cuatro de la mañana dijo á sus soldados:

— Muchachos, veo que hemos escarmentado á esos esbirros de manera que no les han quedado ganas de volver por la otra. El dia viene y es preciso concluir con el pajarraco que está ahi guardado, antes de que nos lo estorben otras atenciones mas importantes. Propongo que lo ahorquemos en el campanario de la Merced, para ejemplo de los Alguaciles Mayores presentes y futuros.

— ¡Bien pensado!, exclamaron los de la turba, contentos al ver que iba á haber jarana. Asi las pagará todas juntas. Manos á la obra. ¿Pero como haremos para subir á la torre?, dijo uno.

— Es muy sencillo, contestó Andres, que tenia ya bien combinado su plan. Sabeis que mi hermano Pablo es portero del convento; á esta hora ya debe andar por la portería, barriendo, pues es madrugador; con dos palabras al alma que yo le diga, nos facilitará la entrada á la iglesia, por la cual subiremos al campanario con nuestro hombre. Ahi hay vigas de las que sirvieron para los andamios en la última reparacion que se hizo á la portada. Con una de ellas y un buen lazo, que no faltará, está hecho todo.

Magnífico pareció el plan á los sediciosos, y con grande algazara, dijeron á Andres que era preciso ponerlo en ejecucion antes de que amaneciese.

— Quedaos aqui, pues, repuso el herrero, mientras voy yo á sacar al que va á ser ahorcado, preparandolo antes á que se conforme con su suerte.

Diciendo asi, abrió la puerta de la herrería, entró y

echó llave por dentro. Hizo girar el trozo de madera que cubria la boca del subterraneo, bajó y llamó al Algbacil Mayor, que de puro miedo no se habia movido del sitio.

— Venid, dijo Andres; y si deseais escapar el pellejo, haced exactamente cuanto yo os indique.

Don Gerónimo contestó con algunas frases entrecortadas, que indicaban el pánico de que se sentia poseido, y tambaleando, fué siguiendo al herrero. Luego que estuvieron arriba, Andres volvió á cerrar el sótano, y recogiendo las piezas dispersas de la armadura, dijo al Alguacil Mayor;

— Vestios eso sin pérdida de tiempo.

Sin decir palabra, fué acomodandose Don Gerónimo los arneses. Se cubrió la cabeza con el yelmo, que coronaba un vistoso airon de plumas de quetzal; acomodose el espaldar y el peto, los brazales y las manoplas; cubriose desde la cintura á los muslos con la escarcela, y de la caña de la pierna abajo con las esquinelas; con lo cual quedó completamente vestido de acero, aunque no poco embarazado para moverse. Hemos dicho ya que aquellos arreos servian al bueno del Alguacil Mayor en los torneos con que solian celebrarse las fiestas reales; y de consiguiente, las tales armas eran conocidísimas en la ciudad.

— Salgamos, dijo Andres, y se puso en marcha, seguido por Don Gerónimo, que apenas podia dar paso. Los desalmados que lo aguardaban impacientes, lanzaron gritos de alegria feroz al ver aparecer á su víctima, á quien hartaron á improperios. Al ponerse en marcha, se encontraron con la dificultad de que era imposible hacer caminar al Alguacil Mayor.

— Quitemosle esa vestimenta, gritó uno de tantos.

— No, replicó Andres, conviene ahorcarlo con esos arneses, para que solo al verlo de lejos cuando esté colgado, lo conozca todo el mundo. Vamos á llevarlo en peso muy fácilmente.

Y diciendo asi, entró en la herreria y volvió con una escalera de mano.

Don Gerónimo lanzó un gemido, al oir que se trataba nada menos que de ahorcarlo, y comenzó á clamar á todos los santos de la corte celestial.

— No hay perdon, gritó Molinos; tomad entre cuatro esa escalera y vamos á ponerlo encima.

Decirlo y ejecutarlo fué todo uno, y bien acomodado sobre aquella angarilla improvisada, echaron á andar. Pronto llegaron delante de la porteria de la Merced, que como lo habia previsto el herrero, estaba ya abierta.

— Quedaos aquí, amigos, y no vayais á permitir que se escape este tunante, dijo Andres, mientras voy yo á arreglar las cosas con mi hermano.

Entró en la porteria, dejando á los otros al cuidado del Alguacil Mayor.

— ¿Que vientos te traen por acá tan de madrugada? dijo el lego al ver á Andres.

— Un asunto muy importante y muy reservado.

— Ya; desde que tú y Basilio os habeis dado á intrigantes, todo se vuelve reservas y tapujos. ¿A ver, que hay ahora? ¿de qué se trata?

— De ahorcar á uno.

— ¡Diablo! ¿Y quien es ese uno que ha de ser ahorcado, y quienes los que lo han de ahorcar?

— El ahorcado será el Alguacil Mayor Don Gerónimo Fernandez de Utrilla, y los que lo ahorcarán Fr. Pablo Molinos y su hermano Andres, con ayuda de unos cuantos que están ahí fuera.

— ¡Por San Pedro Nolasco que este cristiano se ha rematado! exclamó el lego, tirando la escoba. Pues qué, ¿tú y yo somos aquí la real Audiencia para ahorcar, no digo á un Alguacil Mayor, pero ni aun á una pulga?

— No somos la Audiencia; pero procedemos en nombre y por comision de alguno que vale mas que ella: de Su Señoria el Visitador.

Al oir esto, Fr. Pablo se inclinó y cambiando de tono, dijo:

— Si hay de por medio mandato del Sr. Visitador, ya no digo nada, ahorcaremos aun cuando sea al *Sursumcorda.*

— Si, replicó el herrero; tanto mas, cuanto que este ahorcado ha de quedar tan vivo como tú y como yo; pero no perdamos tiempo, que todo debe estar concluido antes de que tiña la mañana. Es menester que nos facilites á mis gentes y á mi la entrada en la iglesia, á fin de poder subir al campanario.

— Si no es mas que eso, no hay dificultad; pues hace poco vi al hermano sacristan bajar con las llaves, y ya debe estar abierta.

— Bien; entonces es necesario que lo entretengas mientras entramos, y que despues que subieremos á la torre con el Alguacil, te pongas en oracion delante del altar de San Juan de Letran; pero con la capilla calada, de modo que no te se pueda conocer.

— ¿Y todo eso para qué?

— Escucha. Llegará un hombre y te dirá: el comandante suplica á Vuesa Paternidad que venga á confesar á un ajusticiado. Inclinarás la cabeza y seguirás al hombre sin decir palabra.

— Pero alto ahi, compadre, dijo el lego; yo puedo ayudar á ahorcar al Preste Juan, si el Sr. Visitador lo manda; pero no puedo confesar á nadie, porque no tengo recibidas ni aun las órdenes menores.

— Eres un bestia, Pablo, contestó el herrero, y perdona la indirecta; asi tendrás tú que confesarlo como el será ahorcado. No perdamos tiempo. Pero lo principal se me olvidaba; ¿tienes algun hábito viejo en tu celda?

— Si, contestó el lego, está uno que desechó hace poco nuestro padre maestro, por inútil, y tuvo la generosidad de regalarmelo.

— Corre á traerlo, y lo llevas oculto bajo la túnica,

cuando vaya á buscarte el hombre que te ha de llamar. Conque cuidado con todo, Pablo; pues repito que es órden del Visitador, con quien sabes no se puede jugar.

El lego desapareció por el porton que daba al interior del convento y el herrero salió de la porteria á reunirse con los suyos, que comenzaban ya á impacientarse.

— Está arreglado todo, les dijo, y vamos á poner manos á la obra. Conviene que no entremos mas que los cuatro que cargan al ajusticiado y yo, pues con cinco hay de sobra para la operacion. Los demas quedense aqui guardandonos las espaldas, por si aparece el enemigo.

Aprobaron todos aquella disposicion, y tomando en peso la escalera con el Alguacil Mayor, que no obstante lo que Andres le habia dicho en el sótano, estaba medio muerto de miedo, se dirijieron á la iglesia, que acababa de abrir el sacristan. Entraron Andres Molinos y los cuatro que llevaban á Don Gerónimo, y por la puertecilla que daba al caracol, fueron subiendo al campanario. Cuando estuvieron á la mitad de las gradas, llegaron á un descanso, donde la escalera formaba un recodo y donde estaba un cuartito, ocupado á la sazon con restos de los materiales empleados en la obra. Habia ahi ripio, vigas, cuerdas y otros objetos. Al llegar à aquel recodo, dijo Molinos á sus compañeros:

— Un grave escrúpulo me asalta, amigos; no es bien que matemos el alma junto con el cuerpo de este miserable. Que se confiese como todo fiel cristiano, ya que en eso no perderemos mas que diez minutos.

Aprobaron la idea los otros y bajaron al Alguacil Mayor, haciendolo entrar en el cuartito.

— Vaya uno de vosotros á la iglesia, dijo Andres, y digale á un religioso á quien he visto orando delante del altar de San Juan de Letran, que el comandante le suplica venga á auxiliar á un ajusticiado. Entre tanto se confiesa este hombre, yo me quedaré de guardia á la puerta del cuarto y los demas colocarán una de esas vigas que

estan ahi para que haga oficio de horca.

Cumpliendo aquella disposicion, bajó uno de los soldados á la iglesia, mientras los otros conducian una pesada viga á una de las ventanas del campanario. Pocos minutos despues, volvió el mensajero con Fr. Pablo, que llevaba oculta la cabeza bajo la capilla.

— Ve á ayudar á tus compañeros, dijo Andres al soldado, y entró al cuarto con el supuesto confesor.

— Pronto, pronto, dijo el herrero á Don Gerónimo, afuera los arneses y las botas y vestios el hábito.

El Alguacil Mayor se despojó de las piezas de la armadura y del calzado á toda prisa y se puso la túnica y la capa que le presentó el lego, calandose la capilla.

Entretanto Andres acomodaba las diferentes piezas de la armadura, sugetandolas con las hebillas. Rellenó con ripio la parte correspondiente à los brazos, las piernas y la espalda, aseguró perfectamente la celada y dejó caer la visera. Despues, ayudado por su hermano y el mismo Don Gerónimo, colocó aquel maniquí sobre la escalera y lo sacaron fuera del cuarto.

— Quedate ahi oculto tras esas vigas, dijo al lego, y sal cuando no haya peligro de que te vean. Vos, dijo al Alguacil, no digais una sola palabra, porque sois perdido. Cuando sea tiempo, bajad á la iglesia, salid y dirijios á mi herreria, siempre cuidando de que nadie os vea la cara. Tomad la llave; entrad y aguardadme, sin quitaros el hàbito.

Dando diente con diente, ofreció Don Gerónimo ejecutar cuanto se le prevenia. Aparecieron los cuatro soldados y dieron cuenta á Andres de que estaba todo listo para la ejecucion.

— Aqui tambien hemos despachado de prisa, contestó el herrero; el reo se ha confesado con este santo religioso, (y señaló al Alguacil, que inclinó la cabeza,) y no tenemos ya por qué detenernos. Podeis retiraros, reverendo padre.

No se lo hizo decir dos veces Don Gerónimo, y bajó los escalones del caracol con toda la lijereza que le proporcionaba el miedo. Mientras él sigue su marcha hacia la herreria, digamos como concluyó la operacion atrevida del herrero.

Llegados él y los de la escalera á la ventana de la torre, encontraron colocada la viga, que salia hacia fuera como dos varas. En su extremidad estaba atada una gruesa y fuerte cuerda. Andres tomó la punta y la ató á la garganta del que parecia ser el Alguacil, dando lugar la gola, que salia entre la juntura del yelmo con el espaldar y el peto, á encubrir el engaño. No habia amanecido por completo, y la debil luz de la mañana se prestaba á que pasase desapercibido el artificio. Atado el maniqui, zafaron la escalera, lo empujaron hacia fuera y quedó balanceandose en el aire. A la distancia, aquello podia pasar, en efecto, por un caballero armado de todas armas y cuyo rostro estaba oculto bajo las tupidas barras de la visera.

Contentos los soldados de su obra, bajaron á reunirse con sus compañeros, que saludaban al pié del campanario, con ahullidos de júbilo, la ejecucion del Alguacil Mayor, á quien veian balancearse sobre sus cabezas. Al mismo tiempo se apartaban con respeto, para abrir paso á un religioso, que con la cabeza inclinada y oculta bajo la capilla, salia de la iglesia y se dirijia por el lado que conduce á la calle ancha de los herreros.

Andres y sus soldados determinaron permanecer en la plazoleta de la Merced, con ánimo de entrarse en la iglesia en caso de que los acometiesen fuerzas muy superiores; y de defenderse, si volvian los alguaciles ó alguna partida de tropa poco numerosa.

A aquella hora ya los dos bandos opuestos estaban en armas y ocupaban diferentes barrios de la ciudad. Recorrian los partidarios del Visitador, capitaneados por Francisco Molinos, desde San Antonio, siguiendo por la

ancha y tortuosa calle que pasando por la "cruz de piedra," y tocando con la irregular y mal trazada plazuela de San Sebastian, va à rematar en una de las esquinas de la de la Merced. Ocupaban tambien el extenso barrio de Candelaria, cuya plaza acababa de ensanchar el Conde de la Gomera, por lo cual se le habia dado el nombre de "Plazuela del Conde," y parte del de Santo Domingo, donde vivia, como ya hemos dicho, el Visitador y Juez de residencia.

Los del Presidente, à las órdenes del capitan Peraza, estaban apoderados de la parte de la poblacion que comprende desde San Lázaro, siguiendo por el Espiritu Santo, Santa Lucia, San José el viejo y la Escuela de Cristo, hasta las márgenes del Pensativo.

Despues de la ligera escaramuza entre los alguaciles y el peloton de Andres Molinos, no habia ocurrido nuevo encuentro; manteniendose los belijerantes á la espectativa y aguardando el dia, para calcular sus respectivas fuerzas. Los derrotados corchetes habian esparcido la alarma en toda la ciudad, exagerando muchisimo el número de los sediciosos que andaban por la calle ancha, á fin de cohonestar su descalabro. Aseguraban que el Alguacil Mayor habia caido en poder de aquellos y algunos agregaban haber visto desde lejos el asesinato de su desventurado gefe. Cuando rayó el dia, muchas gentes animosas treparon á los techos de sus casas para inspeccionar un poco la ciudad. ¡Cual no seria el susto de aquellos buenos republicanos, al divisar en el campanario de la Merced un caballero completamente armado, pendiente por el cuello de una viga! Al pronto no se acertaba con lo que pudiese ser aquello; pero luego se fué esparciendo la noticia de que Don Gerónimo de Utrilla andaba la noche anterior armado y á caballo, como cuando iba á los torneos de las fiestas reales; que atacado por dos ó trescientos sediciosos, habia sucumbido, haciendo prodigios de valor; y que acribillado de heridas, no pudo

evitar el caer en poder del enemigo. Era, pues, evidente, que aquel bulto que se balanceaba en la torre de la Merced, y cuyo rostro no se veia, por estar cubierto con la visera del yelmo, era el leal y heroico Don Gerónimo.

Algunas viejas que un dia antes maldecian del Alguacil Mayor, se reunieron en corrillos en una calle contigua á la plazuela de la Merced y desde la cual se divisaba perfectamente al ahorcado.

— Habrase visto picardia igual, decia una, un señor tan bueno, colgarlo asi, como á Judas en jueves santo!

— Pero no crea comadre que se la llevaron tan *suavona* esos excomulgados, observó otra. Antes de coger al Sr. Alguacil Mayor, él habia despachado seis con su lanza.

— Y lo que falta, añadió otra; ya se estan juntando los del pueblo como hormigas y van á venir al *resgate* del Sr. Alguacil.

— De su cuerpo será, dijo una que no habia tomado parte en la plática, pues ese buen señor tiene ya todas las señas de haber muerto, hace cuando menos tres horas.

— ¿En que lo conoceis, hermana? preguntó otra, pues yo desde aqui no veo mas que el bulto.

— Pues sois ciega, replicó la de la observacion; yo veo los ojos del Alguacil Mayor cubiertos por una tela, como los de todo difunto; y ademas, ¿quien no le vé el palmo de lengua que saca por las barras del yelmo?

Fijaronse mas las otras, y despues de un rato de observacion, concluyeron por asegurar que veian perfectisimamente los ojos opacos y la lengua amoratada del estrangulado Don Gerónimo.

Con aquella conviccion, esparcieronse las compasivas ancianas por la ciudad y un cuarto de hora despues toda la poblacion sabia con horror que Don Gerónimo de Utrilla estaba ahorcado, con un palmo de lengua fuera de la boca, en lo mas alto del campanario de la Merced.

Los sediciosos que acompañaban á Andres Molinos

cubrieron las esquinas de la plazuela con trincheras improvisadas. Los escaños de la iglesia, muebles y colchones de las casas inmediatas, todo fué aprovechado para formar aquella especie de barricadas. Estaban resueltos á defenderse, si no los atacaban con fuerzas muy superiores y para el último caso, contaban con las torres de la iglesia. Francisco, avisado por su padre adoptivo de la posicion que este ocupaba, le envió un buen refuerzo, con lo cual el viejo herrero vió redoblarse el brio y la resolucion de los que lo acompañaban. Los religiosos del convento tuvieron que proveer de víveres á aquellos desalmados, que se manifestaban resueltos á exijirlos por la fuerza.

Andres Molinos, luego que hubo arreglado su falange, distribuido las guardias de las trincheras y tomado otras disposiciones, puso, sin que nadie lo viese, en una bolsa algo grande, que pidió á su hermano, pan, un pollo asado y una botella de vino; se colgó al brazo izquierdo aquel saco y tomando un mosquete, llamó á unos ocho de los mas resueltos de la partida que no habian sido destinados á las trincheras.

— Vamos á inspeccionar un poco las calles inmediatas, dijo, y dejando la plaza al mando de uno de sus oficiales de herreria, cuyo valor y prudencia le eran muy conocidos, salió con su guerrilla.

Encaminaronse hacia la calle ancha de los herreros, y cuando estuvieron á unos cincuenta pasos del taller, les dijo Andres que lo aguardasen, pues queria dar un vistazo á su tienda.

Dirijiose á la herreria, que encontró sin llave, aunque cerrada, y al Alguacil Mayor con el hábito de fraile de la Merced, agazapado en un rincon.

— ¿Venis á sacarme de este encierro? preguntó Don Gerónimo.

— ¡Que sacaros, voto á tal! exclamó el herrero; agra-

deced que no estais bailando en la cuerda, como lo cree todo el mundo. A encerraros mas vengo; que si os viese ahora cualquiera, buena zamotana se me aguardaba. Vais á volver al sótano. Aqui os traigo de comer y cuidaré de que no os falte, mientras esteis secuestrado.

— ¿Y que? ¿tanto ha de durar todavia mi prision?

— Durará cuanto dure esta guerra. Cuando triunfemos, podreis salir, que con la alegria de la victoria y con el gusto de ver ahorcados real y verdaderamente á otros que valen mas que vos, se les pasará el corage á mis gentes. Conque resignaos y haced paciencia.

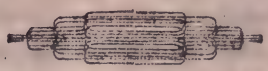
El Alguacil Mayor suspiró con mucha tristeza, y dijo:

— Si al menos me hicieseis la caridad de encerrar conmigo á mi buena esposa, á mi querida Luisa, que estará loca de pena por mi....

— Podeis iros enhoramala con vuestro impertinente deseo, contestó Molinos. Vuestra esposa os cree ahorcado, á esta hora, como toda la ciudad, y estará ya dando traza de casarse con otro.

— Virgen de los desamparados! gritó Don Gerónimo, tal vez con el capitan! Id, por el alma de vuestro padre, á impedir esa bigamia. Decidle que yo le aseguro que no he muerto. No perdais tiempo; os suplico que....

Andres no dejó concluir sus lamentaciones al Alguacil, y empujandolo hacia la boca del sótano, que estaba ya abierta, lo hizo rodar por la escalerilla. Cerró, salió de la herreria y volvió á reunirse con sus compañeros.



CAPITULO XXXII.

El ahorcado y su viuda.

INFORMADO de los sucesos ocurridos en la calle ancha y de la actitud tomada por sus partidarios, el Visitador hizo llegar á Francisco Molinos la órden de que se mantuviese á la defensiva y que no hiciese uso de las armas, sino en caso de ser atacado. Queria que recayera toda la responsabilidad de las desgracias que iban á ocurrir, sobre el Presidente y sus partidarios; y al efecto le importaba proceder con la mayor prudencia.

Pero sucedió que, no menos cauto por su parte el Conde de la Gomera, hizo igual prevencion á su hijo y por fortuna logró ser atendido; al menos, durante el dia que siguió á la noche en que se verificaron los sucesos que en el último capitulo dejamos referidos. Pasaron las horas, sin que ni por la una ni por la otra parte se intentase salvar los límites que ambos partidos se habian

trazado. Durante todo el dia, apenas se habló de otra cosa que de la crueldad con que se habia tratado al Alguacil Mayor, que como sucede de ordinario, ganó con aquella supuesta muerte. Encontráronsele mil virtudes que antes ninguno le habia sospechado y se olvidaron instantaneamente todos los defectos de que con razon ó sin ella lo acusaban cuando estaba vivo. Los partidarios del Presidente sentian no poder rescatar el cadáver del digno funcionario; pero como la órden era mantenerse à la defensiva, tuvieron que resignarse á verlo por todo el dia suspendido de aquella ominosa cuerda. Comenzaron, si, á tomar disposiciones para celebrar, en una de las iglesias que quedaban en la parte ocupada por los del Presidente, unas solemnísimas honras por el alma del difunto, y se dedicó un grave y docto religioso de no sabemos que órden á componer una pulcra y peinada oracion fúnebre.

Todo eso, á la verdad, fué de facil arreglo; pero quedaba la gravísima cuestion de cómo se haria para dar la noticia á la pobre de la viuda. Imagináronse mil mentiras piadosas, á fin de que fuera *tragando* poco á poco la desgracia; se habló á varios *padres* para que la preparasen; en seguida un Alcalde y dos regidores del Ayuntamiento debian largarle el trapo, con todas las precauciones oratorias indispensables para que Dña. Luisa no fuese á caer muerta ó se volviese loca del susto.

Con el fin, pues, de poner por obra aquel bien combinado plan estratégico, fueron los comisionados en solicitud de la viuda del Alguacil Mayor. Grande fué la sorpresa al oir que no se sabia del paradero de Dña. Luisa. Perdianse en conjeturas á cual mas funesta, y la generalidad aseguraba y sostenia que la heroica dama, en el exceso de su dolor, habia intentado salvar las trincheras que levantaran los sediciosos y que la muerte, una muerte cruel y desastrosa habia sido el resultado de aque-

lla prueba sublime de afecto conyugal. Aquel episodio iba á figurar en primer término en la oracion fúnebre del Alguacil, esperando el orador sacar un gran partido de él y de unas cuantas citas latinas con que se proponia exornarlo.

Luego que entró la noche, el Visitador creyó conveniente ir á recorrer la línea que formaban sus partidarios, para hacerse cargo de la situacion y del espíritu en que estuviesen sus agentes. Embozose en su capa y acompañado unicamente del comandante de su guardia, el alferez Bocanegra, se dirigió hacia el punto que ocupaba Francisco Molinos. Preguntóle si sabia de su padre y contestó Francisco que continuaba en la plazuela de la Merced, donde habia formado un buen atrincheramiento. Pidió noticia Don Juan acerca del rumor que corria de haber sido ahorcado el Alguacil Mayor, y se le informó de que efectivamente se le habia visto colgado de una viga en lo mas alto del campanario.

Don Juan recomendó á Francisco la mayor vigilancia y que en todo caso aguardase ser atacado. Hecho esto, se encaminó hácia la calle ancha y llegó hasta la herreria de Andres Molinos. Sacó la llave, y despues de haber prevenido al alferez que lo aguardase ahi, abrió, entró y cerró por dentro. Encendió una linterna sorda que llevaba, y habiendo hecho girar el trozo de madera que cubria la boca del sótano, descendió al fondo por la escalerilla.

Caminaba por el subterraneo, dirijiendose hácia la puerta que comunicaba con el laboratorio del Dr. Correa, y cuando estaba á unas pocas varas de la puerta, Don Juan vió un bulto blanco que iba alejandose, á medida que él avanzaba. Figuróse de pronto que seria alguna ilusion de sus sentidos y apretó el paso; pero luego vió que aquel bulto era un individuo con el hábito de la Merced, que tenia oculta la cabeza bajo la capilla. Asom-

brado de encontrarse con un fraile en aquel sitio, se acercó á él y le dijo en tono firme:

— ¿Quién sois y que haceis aqui?

El fraile no levantó la cabeza y dijo con voz temblorosa:

— Yo señor, soy el Alguacil Mayor Don Gerónimo de Utrilla.

A pesar de su natural impavidez, Don Juan retrocedió dos pasos, al oir aquellas palabras. Mas de veinte personas le aseguraron haber visto al Alguacil Mayor ahorcado en la torre de la Merced; y aparecersele en aquella hora y en aquel trage, en un lugar donde no era fácil penetrara nadie mas que Andres Molinos y él mismo, era para infundir terror y espanto á cualquiera. Por la primera vez en su vida, Don Juan tembló; tembló de miedo del Alguacil Mayor, que estaba temblando de miedo de Don Juan. Porque es el caso que el pobre Don Gerónimo, azurumbado con los sucesos de los dias últimos, habia acabado de perder la chaveta. Oyó que los sediciosos á quienes capitaneaba Andres Molinos aclamaban al Visitador y figurósele naturalmente que aquel funcionario habia dado la órden de que lo ahorcasen. Al ver aparecer á Don Juan, se consideró perdido y habria querido ocultarse en las entrañas de la tierra.

El Visitador, como hemos dicho, tuvo miedo. Pero dominada la primera impresion que le hizo experimentar aquella aparicion inexplicable, se propuso averiguar la verdad de lo que no acertaba á comprender. Adelantóse, pues, hácia el aparecido y levantandole la capilla, le alumbró la cara con la linterna. No podia caber la mas ligera duda; aquel hombre era el Alguacil Mayor.

— ¿Sois vos? dijo Don Juan; no es cierto, pues, lo que me habian asegurado: lo que cree á esta hora toda la ciudad.

— ¡Ah señor! contestó Don Gerónimo, dando diente

cen diente; Andres Molinos ha cumplido fielmente vuestras órdenes. Despues de la batalla en que cai prisionero, se me encerró en esta mazmorra; vinieron á sacarme, hicieron que me vistiera la armadura, pusieronme sobre unas andas y me llevaron á lo mas alto del campanario de la Merced, donde me ahorcaron. Os juro, señor Visitador, que vuestro mandato se ha ejecutado exactamente: yo he sido ahorcado, y de consiguiente, seria inutil que Vuesa Señoria se tomase ahora la molestia de mandar repetir la operacion.

Oyendo aquello, Don Juan imaginó ó que aquel pobre hombre habia perdido enteramente el juicio, ó que habia en aquella aventura algun misterio que él no acertaba á descifrar. Iba á pedir al Alguacil Mayor que le explicase razonablemente lo ocurrido, cuando se oyó en el laboratorio del alquimista, del cual los separaba unicamente la puerta oculta de que ya hemos hablado, la voz de un hombre que hablaba en voz baja y decia:

— Despertad, señora, que tengo urgente necesidad de hablaros.

Don Gerónimo se puso á temblar otra vez, al oir aquella voz, que no acertaba á atinar de donde salia. Don Juan creyó reconocer la voz del Dr. Araque, lo que no estrañó, sabiendo que tenia entrada franca en el laboratorio; pero sí le llamó la atencion el oir que parecia dirigirse á una muger. Luego se oyó un lijero rumor, como el que forma la respiracion precipitada de una persona que despierta subitamente de un sueño profundo, y se escucharon clara y distintamente las siguientes palabras.

— Habeis faltado á vuestra promesa; he venido bajo la condicion de que no os presentariais aqui.

Don Gerónimo sintió que un sudor frio le inundaba todo el cuerpo, al oir aquella voz; tambaleábanle las piernas, y con voz entrecortada dijo:

— Lui....; pero no pudo concluir, porque el Visita-

dor le puso la mano en la boca, evitandole que acabase de pronunciar el nombre.

— Callad, ó sois perdido; dijo Don Juan en voz muy baja y con un aire terrible, que acabó de oprimir el corazon al desventurado Don Gerónimo.

— Escuchemos, añadió el Visitador, y despues os diré lo que teneis que hacer.

— Es verdad que os he faltado á lo que os ofrecí, amable Doña Luisa, dijo el oidor, pues era él efectivamente el que acababa de despertar á la esposa del Alguacil Mayor; pero un asunto muy grave es el que aquí me trae.

— ¿Qué es lo que ha ocurrido?, preguntó la dama; decidlo pronto y hacedme favor de retiraros.

— Una desgracia, exclamó Araque, que casi no me atrevo á anunciaros. Vuestro esposo cometió la imprudencia de atacar, al frente de unos cuantos alguaciles, á una partida de gentes del pueblo y fué hecho prisionero.

— En eso, contestó Doña Luisa, no veo un gran mal; pues supongo que se tomará en cuenta que mi marido no ha hecho mas que cumplir con su deber.

— Señora, replicó el oidor, vos no conoceis las pasiones populares; esas gentes estan exasperadas y.....

— Y ¿qué quereis decir? ¿Creeis que sean capaces de algun atentado?

— Mucho lo temo; Don Gerónimo parece que estaba ciego de cólera; se metió en lo mas encarnizado del combate y....

— ¡Gerónimo ciego de cólera! exclamó la jóven; Gerónimo en lo mas encarnizado del combate! ¿Se ha vuelto, pues, otro hombre del que ha sido siempre?

— Tal es lo que dicen, señora. El resultado de todo es que el desgraciado caballero quedó en poder de sus enemigos, que estaban ardiendo en deseos de venganza.

— ¡Y qué! ¿serán capaces de haberle quitado la vida?

El oidor guardó silencio; visto lo cual, Doña Luisa comprendió lo que habia sucedido.

— ¿Conque lo han asesinado? dijo; ¿conque me encuentro ya sola y abandonada?

— Bella Doña Luisa, exclamó Araque en tono melifluo, ni abandonada ni sola; que desde luego podeis contar con los que fuimos buenos y fieles amigos del finado Don Gerónimo.

Al oir esto el Alguacil Mayor no pudo contenerse é iba á gritar que no habia muerto; pero el Visitador lo hizo callar, apenas hubo pronunciado el *no*. Don Juan desnudó la espada y dirigiendo la punta al pecho de Don Gerónimo, le dijo:

— Guardad silencio, si no quereis que os atraviese de parte á parte. Deseo ver en que para esta aventura.

Doña Luisa y el Dr. percibieron aquel *no*, que parecia haber salido del fondo de una tumba y se estremecieron, creyendo reconocer algo muy semejante al tono de voz del difunto Alguacil Mayor.

— ¿Habeis oido?, dijo la jóven.

— Me pareció, contestó Araque temblando, escuchar algo que me recordó la voz de vuestro desventurado esposo; pero debe haber sido una ilusion de mis sentidos. Yo mismo, señora, como toda la ciudad, he visto al Alguacil Mayor vestido con la armadura que usaba en las fiestas reales, ahorcado en el campanario de la Merced.

— ¡Con la armadura decis!, replicó la dama; ¿y para qué se la pusieron?

— El mismo tuvo la extraña idea de presentarse en las calles á caballo y armado de punta en blanco, al frente de la policia.

— A la verdad, observó Doña Luisa suspirando, que nunca crei que Gerónimo fuese tan valiente y atrevido. Es necesario perder lo que se tiene, para comprender lo que valia. Infeliz Gerónimo!

Y diciendo esto, se puso á gemir y á sollozar. El

Alguacil Mayor, que nunca las habia tenido todas consigo respecto al amor de su cara mitad, no pudo dejar de enternecerse con aquella prueba de afecto póstumo, y sollozaba tambien, aunque muy quedo, por el pavor que le infundia la espada de Don Juan, que le tocaba el pecho.

— En fin, dijo el oidor, dejemos lo que ya no tiene remedio y pensemos en vuestro porvenir. Dios ha dispuesto sin duda lo que ha sucedido y no hay mas que conformarse con sus soberanos decretos. Vos sois jòven, amable y linda; no teneis parientes muy cercanos que os amparen; sabeis que os amo hace mucho tiempo, y aunque esta no sea tal vez la mejor oportunidad, yo os ofrezco desde luego mi corazon y mi mano. Soy rico, Ministro de esta Real Audiencia y tengo fundadas esperanzas de llegar á ser Presidente de ella y Capitan General del reino. ¿Quereis ser mi esposa?

Don Gerónimo lanzó una especie de gruñido sordo, que percibieron el oidor y Doña Luisa, no poco asustados.

— ¡Presidente y Capitan General del reino! esclamó la jóven, despues de un momento. Yo creia que esos destinos estaban reservados al Visitador, Don Juan de Ibarra, como premio de sus trabajos para dar en tierra con el Conde de la Gomera.

— Eso es lo que él pretende, contestó el oidor riendose y lo que le hemos hecho esperar. Pero yo no soy hombre que trabaje para otro. El Visitador es un ambicioso, de carácter despótico y vengativo. ¿Qué ganariamos en el cambio? Por el afecto que me inspirais y porque ya me atrevo á contaros como una persona íntimamente unida á mi, os abriré mi corazon por completo y sin reserva alguna. Mis compañeros de la Audiencia y yo hemos trazado nuestros planes muy habilmente. Nos hemos servido del nombre y de la autoridad del Lic. Ibarra, Juez de residencia, para promover un cambio; pero ya tenemos dados al Rey, bajo la mayor reserva, informes muy detallados sobre el caracter y conducta del Visitador.

Ademas, á esta hora, la ciudad está en armas y dividida en bandos encarnizados.....

— Pero ese es un gran mal, observó Doña Luisa.

— Nosotros, contestó el oidor, que hemos tenido poder bastante para mover al pueblo, lo tendremos tambien para sosegarlo, cuando nos convenga.

— Dios quiera que no os equivoqueis.

— Suceda lo que sucediere, ya es demasiado tarde para retroceder. Yo os aseguro que el Conde de la Gomera caerá y que Don Juan de Ibarra no será su sucesor. Lo seré yo, que soy un letrado mas antiguo que él, y en todos conceptos verdaderamente llamado á gobernar el reino.

El Visitador se sonrió con desden y murmuró en voz muy baja:

— ¡Miserable traidor y vanidoso! Ya veremos á la hora precisa quien engaña á quien.

— Ya veis, pues, continuó diciendo el oidor, que al ofreceros mi mano, os ofrezco una gran posicion. Pero para acabar de asegurar la ejecucion de mis planes, necesito de que vos me ayudeis.

— ¿Yo? preguntó Doña Luisa, ¿en que puedo ayudaros?

— Muy facilmente, replicó Araque. Los partidarios del Presidente ocupan una buena parte de la ciudad; hasta hoy son superiores en número á los nuestros, estan mejor armados y municionados y sobre todo, obedecen á un gefe, que aunque atolondrado, es valiente y militar de profesion. De consiguiente, los del Conde estan mejor organizados que los pelotones de hombres que obedecen á los dos herreros Molinos, á quienes nosotros manejamos bajo de cuerda. Es, pues, importantísimo, privar á nuestros contrarios de su gefe, á cuyo efecto me ha ocurrido la idea de que deis una cita al capitan Peraza y que lo entretengais con fingidos alhagos, mientras los nuestros caen sobre los enemigos, que viendose sin gefe, se encontrarán perdidos.

— La idea no me parece mala, contestó Doña Luisa, cuyo espíritu intrigante se prestaba facilmente á aquel género de enredos. Pero, ¿habeis contado para todo eso con el Visitador?

— De ninguna manera, dijo Araque; el plan es exclusivamente mio, y no quiero que otro se lleve la gloria y el provecho de mi idea. Por eso he venido con la mayor cautela, á informaros de lo que ha ocurrido mientras habeis estado encerrada aqui. Sensible me ha sido ser yo el que os dé la noticia del desgraciado fin de Don Gerónimo; pero esto era preciso, para que supieseis mi resolucion de hacer que seais mi esposa. No hay tiempo que perder, adorada Luisa mia; traigo aqui recado de escribir para que pongais al capitan Peraza un billete que yo mismo os dictaré. Supongo que él conoce vuestra letra.

— Perfectamente, contestó la dama, pues le he escrito una ú otra vez sobre cosas insignificantes.

El oidor se sonrió y el Alguacil Mayor estuvo á punto de desmayarse. Entretanto Araque habia acercado á la cama la mesa que servia de escritorio al Dr. Correa y habiendo presentado papel y pluma á Dña. Luisa, se puso á dictarle:

" Fernando: Deseo hablaros un momento á solas. Estoy en lugar seguro. Podeis seguir á la persona que os entregará este billete y os conducirá á donde os aguarda con ansia vuestra

LUISA."

Cuando la dama comenzó á escribir aquella carta, Don Juan de Ibarra dijo en voz muy baja al Alguacil Mayor:

— ¿Quereis evitar la desgracia que os amenaza?

— Con toda mi alma lo deseo, contestó Don Gerónimo en el mismo tono de voz.

— Bien, añadió Don Juan; voy á haceros penetrar

en esa habitacion donde se halla vuestra esposa con ese perverso intrigante. Al presentaros, pronunciad estas palabras.

El Visitador dijo dos ó tres frases al oido del Alguacil Mayor, y sacando del bolsillo de su jubon la llave de la puerta que comunicaba con el laboratorio del Dr. Correa, abrió en el momento mismo en que Dña. Luisa acababa de firmar el billete. Ni la jóven ni el oidor vieron abrir la puerta, porque quedaba á espaldas de la cama; asi fué que Don Juan pudo volver á cerrarla, sin que aquellos lo advirtiesen. El Alguacil Mayor avanzó dos pasos, y con voz hueca y sepulcral exclamó:

—¡Ay de la esposa infiel que acaba de firmar su condenacion eterna!

Erizaronse los cabellos al Dr. Araque, cuando, al oir aquellas palabras, volvió la cara y se encontró frente á frente con el Alguacil Mayor, en hábito de fraile. Dña. Luisa dió un grito y se cubrió el rostro con ambas manos. El oidor huyó despavorido, sin acordarse del billete ni de nada, y corriendo como un loco por la casa del Dr. Correa, se lanzó á la calle. La dama no tuvo valor para moverse de la cama. Veia á Don Gerónimo en aquel extraño trage y creia firmemente que lo que tenia delante era un difunto salido del sepulcro, por permision divina, para echarle en cara su ingrato proceder. El Alguacil Mayor la contemplaba con ojos extraviados; y con acento colérico exclamó:

—¡Pérfida! No aguardabas siquiera á que la losa del sepulcro cubriera mi ceniza para comprometerte con otro, y me olvidabas ¡perjura! apenas acababas de saber mi muerte.

—De parte de Dios todopoderoso, dijo Dña. Luisa temblando y poniendose de rodillas en la cama, si eres alma de la otra vida, dime lo que quieres y lo que debo hacer para sacarte del purgatorio, donde sin duda estas penando por tus culpas.

— En un verdadero infierno me ponen las tuyas, condenada, replicó Don Gerónimo furioso, y se dirijió hacia su esposa, levantando el puño, con aire amenazador. Pero sucedió que la jóven, al arrodillarse, se mostró en un traje harto lijero, con el cual nunca la habia visto el Alguacil. Fijose el bendito en aquella circunstancia, y el resultado fué que ella dió al traste con sus proyectos de venganza.

— Yo te.... maldigo, iba á decir, y variando repentinamente de idea y de tono, concluyó echandose al suelo de rodillas y diciendo: te adoro y te pido me perdones el susto que te he dado.

La jóven lo veia asombrada, sin saber como tomar aquel lance tragi-cómico, hasta que observando bien el aire entre amostazado y amoroso del Alguacil, disfrazado de fraile, acabó por convencerse de que lo de la muerte era un embuste y prorrumpió en una estrepitosa carcajada. Don Gerónimo, que por regla general, acababa siempre por hacer lo que queria Dña. Luisa, viendo que esta se reia de tan buena voluntad, concluyó por reirse él mismo, aunque realmente no sabia bien por qué lo hacia.

Pero á aquel arranque de inexplicable hilaridad sucedió de repente en el ánimo del Alguacil el sentimiento de la desconfianza y de los celos. Recordó la conversacion de su muger con el oidor, echó una mirada investigadora en derredor de la extraña habitacion en que se encontraba, á las paredes ahumadas, á los hornos, los alambiques, las retortas y demas utensilios alquímicos y estuvo á punto de creer que real y verdaderamente habia sido ahorcado y que se encontraba en lo mas profundo del infierno.

— ¿Donde estamos?, preguntó á Dña. Luisa; ¿como has venido á dar aqui y como es que te hallabas encerrada en esta que sin duda es la cocina de Satanás, con ese viejo libertino del Dr. Araque?

Dña. Luisa habia tenido tiempo para hacer su com-

posicion de lugar, y como aguardaba ya aquellas preguntas, contestó:

—No podré decirte, querido esposo mio, que lugar es este donde tú y yo nos hallamos. La noticia de tu muerte, que gracias á Dios veo que no era cierta, me sacó de mi juicio; sali por las calles hecha una loca, y cuando me dijeron que estabas ahorcado en no sé que campanario, perdi el conocimiento y no volvi á saber que fué de mi. De cuanto ha pasado despues nada me preguntes, pues creo que todo ha sido obra de brujeria. Este cuarto tan extraño, donde me tienen presa, la venida de ese Dr. Araque, á quien te consta que no puedo sufrir, tu aparicion aqui como venido del otro mundo y con ese hábito de fraile, todo todo es para perder la cabeza y creer que cuanto nos ha pasado es obra del enemigo.

—¿Y este billete, exclamó el Alguacil temblando de cólera, este billete en que llamabas á ese capitan tronera, ¿será tambien cosa de brujeria?

Dña. Luisa habia olvidado que estaba ahi aquel cuerpo del delito; cogida de improviso, no halló como explicar aquella cita, y tuvo que apelar á un recurso heroico. Lanzó un gemido desgarrador, apoyó la mano sobre el corazon, cerró los ojos y cayó en la cama desmayada.

Don Gerónimo se puso pálido del susto, y con voz lastimera comenzó á llamar á Dña. Luisa y á darle aire con la punta de la capa. Viendo que no volvia en si, echó una mirada en derredor y alcanzó á ver un gran fuelle que servia al Dr. Correa para avivar el fuego de sus hornillas. Tomolo el Alguacil y con todas sus fuerzas se puso á soplar en la cara de Dña. Luisa, que ni por esas recobraba el conocimiento.

En aquel momento se abrió la puerta que comunicaba con el sótano de la herreria de Andres Molinos y salió el Visitador embozado hasta los ojos. Acercose á Don Gerónimo y le dijo al oido:

—Es tiempo de que esto concluya. Haced que se

vista, empujad la puerta, pasad el sótano de la herreria, subid la escalera y salid hasta la calle. Encerraos en vuestra casa y no os dejeis ver de nadie, hasta nueva órden.

El Alguacil inclinó la cabeza en señal de asentimiento; Don Juan se dirijió á la mesa, tomó el billete que habia escrito Dña. Luisa al capitan Peraza y se retiró, dejando la puerta cerrada, aunque sin llave.

Cansada al fin la desmayada dama de sufrir el molesto soplo del fuelle, abrió los ojos, arrancó un gemido de lo mas hondo del pecho, y viendo á su marido arrodillado junto á la cama y con el fuelle en la mano, tuvo que esconder la cabeza debajo de las colchas, para que Don Gerónimo no la viese reir.

— Ya averiguaremos otro dia lo que todo esto significa, dijo el Alguacil Mayor; por ahora lo que importa es que salgamos de esta mazmorra.

— No deseo otra cosa, contestó Dña. Luisa, que realmente estaba ya fastidiada de su prision; pero ¿como haremos para escapar de aqui?

— Es muy facil, replicó Don Gerónimo; vistete y nos marcharemos.

La jóven se puso á vestirse á toda prisa, mientras Don Gerónimo, por decencia, hacia como que examinaba los hornos y los alambiques del alquimista. Luego que hubo concluido Dña. Luisa, le dijo Don Gerónimo que lo siguiese, y tocando con mucho cuidado las paredes, se puso á buscar la puerta. Dió al fin con ella, empujó, se abrió, y marido y muger se hallaron en la otra parte del sótano. El Alguacil iba avanzando poco á poco, buscando la escalera, con los brazos hacia adelante, y Dña. Luisa lo seguia, asida de un extremo del hábito. Subieron la escalera y se encontraron en la herreria, en un rincon de la cual estaba oculto el Visitador, que no podia ser visto, á causa de la obscuridad. Don Gerónimo halló la puerta y salió á la calle, seguido por Dña. Luisa, á quien tenian

encantada aquellas extrañas aventuras.

Mientras los dos esposos atravesaban las desiertas calles, dirijiendose hacia su casa, Don Juan volvió al sótano, echó llave á la puerta que comunicaba con el laboratorio y subió, reuniendosele el alferez Bocanegra, que, como se recordará, lo habia acompañado.

Entretanto, ¿que habia sido del oidor Araque? Lo que era natural despues del tremendo susto que le diera la aparicion del difunto Alguacil Mayor. Salió despavorido de casa del Dr. Correa y fué á encerrarse en la suya, abrasandose en calentura. Correa ignoraba lo sucedido, pues todo pasó mientras él dormia. El oidor habia llegado á su casa á eso de las diez de la noche, diciendole que tenia urgente necesidad de hablar á Dña. Luisa, con quien conversaria una ó dos horas, y á fin de que pudiese salir, se convino en dejar sin llave la puerta de la calle. Cuando el oidor huyó del que creia una alma de la otra vida, pudo salir de la casa, merced á aquella prevencion, y se marchó, dejando de par en par la puerta. Al siguiente dia advirtió Correa aquella circunstancia y se dirijió al laboratorio. ¡Cual no seria su asombro, al ver que habia desaparecido la muger del Alguacil Mayor! Calculó que solo el Dr. Araque podia explicarle el enigma y se dirijió á su casa. Introdujeronlo hasta la alcoba donde estaba el pobre oidor, quien le dijo que su condenado laboratorio era una antesala del infierno, que estaba plagada de apariciones y vestiglos. Correa tomó el pulso al oidor y creyó encontrar en el estado patológico de su amigo la explicacion de tan extrañas palabras. Supuso que ellas eran efecto del delirio producido por la fiebre, y sin decir palabra, se marchó á buscar el vino blanco y las píldoras milagrosas con que habia curado al barbero Molinos.

Entretanto el Visitador, á quien la casualidad acababa de proporcionar el hilo de las intrigas de sus mismos

aliados, y que se hallaba en posesion del billete de Dña. Luisa, se encerró en su gabinete á combinar sus planes. Meditaba la manera de derribar al Presidente y de burlarse de sus propios amigos, haciendolos servir á sus intereses y echandolos á un lado cuando ya no los necesitase.

Despues de haber reflexionado durante un rato, escribió unas pocas palabras en un papel, que cerró en forma de carta, y llamando á un lacayo, le previno llevase aquella esquela á casa del Alguacil Mayor de corte. El sirviente, que como toda la ciudad, tenia por muerto á Don Gerónimo, abrió tamaños ojos al escuchar la órden y daba vueltas á la carta, sin atreverse á hacer la observacion que naturalmente le ocurria.

— Vuestra Señoria se ha olvidado.... dijo el sirviente; ó ignora sin duda....

— ¿Que? contestó Don Juan; que el Alguacil mayor ha sido ahorcado? No importa. Ve á cumplir mi órden.

El lacayo hizo una profunda inclinacion de cabeza y salió. Pocos momentos despues, volvió con un jovencito de aspecto vivo y resuelto. Era el page de confianza de Dña. Luisa, á quien enviaba Don Gerónimo, en consecuencia de la carta que acababa de dirijirle el Visitador.

CAPITULO XXXIII.

Preliminares de acontecimientos graves.

ERCA de una hora estuvo el Visitador encerrado con el page de Dña. Luisa, instruyendolo detenida y minuciosamente sobre las respuestas que debia dar al capitan Peraza, si trataba de averiguar donde estaba la dama. Parte con la verdad y parte con mentiras, compuso Don Juan una historia que si bien no era muy á propósito para ser creida por un sugeto de recto juicio y buen criterio, podia engañar facilmente al atolondrado Don Fernando. Agregó el Visitador á sus instrucciones la oferta de una buena recompensa, á cuenta de la cual hizo una anticipacion al pajecillo, y con esto salió el resuelto y avisado mancebo á poner en ejecucion el encargo.

Entrada la noche, se encaminó hacia uno de los puntos que se hallaban cubiertos por los partidarios del Presidente y se dió á conocer á los centinelas, como un sir-

viente del difunto Alguacil Mayor de corte, que tenia que hablar al Sr. capitan de un asunto urjente. Bastaba la circunstancia de que aquel jóven fuese uno de los criados del digno y valiente funcionario que habia muerto por sostener la buena causa, para alejar cualquiera desconfianza. Dado, pues, aviso al capitan, previno se dejase pasar al mensagero.

Don Fernando habia establecido su cuartel general en la casa deshabitada del barrio de Santa Lucia perteneciente á la familia de Loaiza, donde, segun dijimos en uno de nuestros anteriores capitulos, se reunió con los otros calaveras sus amigos, á disponer el asalto de las armas que tenia en depósito el barbero. Cuando llegó el page de Dña. Luisa, el capitan y los seis jóvenes, que tambien estaban alli con él, dormian á pierna suelta. Habian velado tres noches, aguardando un ataque y por último cayeron rendidos de fatiga. Trabajo costó que despertase Don Fernando; pero al fin se incorporó en la cama y mandó que entrase el page.

—¿Que diablos ocurre, Ricardo? le dijo el capitan, malhumorado y abriendo un palmo de boca á cada bostezo.

El advertido jóven comenzó á hacer como que sollozaba, y alargando al capitan el billete de Dña. Luisa, contestó:

—¡Ah Señor Don Fernando! lo que ocurre es que las desgracias llueven de poco tiempo acá sobre nosotros. No hace cuatro dias, nuestro buen amo era capturado por los sediciosos y ahorcado como un malhechor, y cuando aun no habiamos empezado á consolarnos de esa desgracia, desaparece nuestra ama, como si se la hubiese tragado la tierra.

—En cuanto al majadero de Don Gerónimo, dijo el capitan, cortando las palabras con los bostezos, bien merecido tenia lo que le sucedió. Solo á un gallinazo como

él podia haberle ocurrido vestirse de aquella guisa, como si fuera á entrar en un combate de aparato. Cuando oyó silbar las balas, se echó del caballo abajo, y cata allí que el peso de la armadura no le permitió poner pies en polvorosa, como sus dignos compañeros, los corchetes. En cuanto á tu señora, yo la he tenido hasta ahora por alma de la otra vida y ya habia pedido á Dios, de todo corazón, que le perdonase sus pecados, que segun entiendo, no eran pocos.

— Pues señor, replicó el taimado del page, por lo que respecta á mi pobre amo, no negaré que ha muerto, y allá otros darán cuenta de lo que han hecho con él. Pero Doña Luisa vive, si vida puede llamarse la que lleva cuatro días hace, encerrada en una obscura mazmorra, por las malas artes del señor oidor Araque.

Al escuchar aquel nombre, Don Fernando, que habia dejado caer la cabeza sobre la almohada y comenzaba á dormitar, se enderezó de nuevo y con voz alterada por la cólera, dijo:

— ¿Como es eso? El Doctor Araque es quien se ha apoderado de tu ama? ¿Donde está? dímelo todo, boto á briós, que ese viejo sátiro no se ha de burlar de mí, valiéndose de las circunstancias.

Diciendo esto, el capitan saltó de la cama y empezó á vestirse, á toda prisa.

— El y solo él, señor, dijo el page, es quien ha cometido ese atentado. Un criado del Doctor Correa acaba de buscarme, y bajo la mayor reserva, me ha entregado el billete que os he traido. Con bastante trabajo pude lograr me revelase que mi infeliz señora ha sido víctima de la mas fea trampa. Yendo á visitar á una de sus amigas, la noche en que principió el alboroto, el Dr. Araque y sus criados se apoderaron de ella, y poniendole una mordaza para que no pudiese pedir socorro, la transportaron á casa de ese médico y la encerraron en un sub-

terraneo que sirve al grandísimo hechicero para sus conciliábulos con los demonios.

—Pues yo, dijo Don Fernando, tomando la capa y el sombrero, despues de haberse ceñido la espada y colocado dos pistolas en el talabarte; pues yo arrancaré á tu señora del poder del Dr. Araque y del Dr. Correa, aun cuando llamen en su auxilio á todos los diablos del infierno; y diciendo esto, se disponia á salir precipitadamente.

—Un momento, señor capitan, dijo el jóven Ricardo; un momento, si no quereis errar el golpe. Esto, como dicen, mas quiere maña que fuerza. Si vais á querer entrar en casa del Dr. Correa usando de violencia, este y las gentes de su servidumbre pondran los gritos en el cielo y alborotarán el barrio. Hay un medio sencillísimo de que penetreis en el subterraneo en donde se halla mi señora, sin que nadie lo advierta y sin que se mueva una mosca.

—¿Y cual es ese medio?, preguntó Don Fernando. Dilo luego.

—Sé, contestó el page, por el criado mismo del Dr., que el sótano de la casa, que es una antigua bodega, tiene una puerta secreta ignorada de todos y aun del mismo Correa, que comunica con la bodega de la casa de Jiron Manuel, situada bajo una cochera que sirve hoy de taller al herrero Andres Molinos.

—¿Y bien?, interrumpió Don Fernando impaciente.

—Por la herreria de Molinos, continuó el jóven, se baja al subterraneo y por la puerta oculta se pasa al sótano donde se halla mi señora.

—Peró ¿como diablos haré para entrar ahora á la herreria de ese perro sedicioso, si no es armando un escándalo para romper la puerta?

—Ninguna necesidad hay de emplear la fuerza, señor capitan, pues yo os traigo la llave de la herreria y la de la puerta secreta.

Diciendo así, el page le mostró las dos llaves, que le habia proporcionado el Visitador.

—Ya veo, replicó el capitan, que eres un mozo muy listo, y lo que no acierto á adivinar es como has hecho para atrapar esas dos llaves.

—¡Oh señor,! contestó Ricardo riendose; de la manera mas sencilla del mundo: todo eso es obra de ese criado del Dr. Correa, á quien mi señora no podrá pagar con nada el importante servicio que por su buen corazon le ha prestado. Ha de saber Vuesa Merced que ese criado fué en otro tiempo oficial, y no malo, en la herreria de Molinos. Una casualidad hizo que descubriese la boca del subterraneo que está bajo la herreria, y en él halló un gran cofre, fuerte y herrado, que contenia el caudal del maestro. Mozo y pobre, el oficial se dejó tentar del diablo; fabricó una llave igual á la de la herreria y una noche fué á poner por obra aquella mala tentacion. Abrió, bajó al subterraneo, encontró el cofre, y cuando iba á hacer saltar la tapa, oyó abrir la boca del sótano y no tuvo mas arbitrio que agazaparse lo mejor que pudo en un rincon, cubriendose con un haz de paja que allí habia. El que llegaba era el herrero, que iba á visitar su tesoro; y en efecto, contó, segun pudo advertir el oficial, una parte del dinero. La operacion fué larga, y cuando se retiró el maestro, comenzaba ya á aclarar el dia. El ladron tuvo, pues, que renunciar á su proyecto por aquella noche, proponiendose ejecutarlo á la siguiente. Pero las cosas rodaron de otro modo. Andres Molinos es desconfiadisimo, y no se sabe qué sombras vió que lo hicieron dudar del oficial, y lo despidió al dia siguiente, prohibiendole expresamente el volver á aparecer en la herreria. Nuestro hombre, que no perdia el cariño al lugar, hubo, pues, de acomodarse por criado del Dr. Correa, siquiera para estar inmediato á su querido arcon. Ganó la confianza de su nuevo amo, quien le fió el secreto de las operaciones que practica en el sótano, donde el antiguo

oficial de herreria tuvo ya entrada franca. Facil le fué calcular, por la disposicion del lugar, que aquella bodega debia tocar con la de la casa de Jiron, que quedaba bajo la herreria de su ingrato maestro; y con esta idea fija en la cabeza, se dió á imaginar alguna traza para penetrar en el escondrijo del codiciado tesoro. A fuerza de buscar, encontró al fin una puerta oculta, que daba á la otra bodega. Estaba cerrada con llave; pero esto fué lo menos para él, pues luego luego tomó el molde de la cerradura en cera, y fabricó la llave. Lleno de alegria, penetró hace pocas noches en el sótano que está bajo la herreria; llegó al arcon y cuando se preparaba á romperlo, advirtió que esto era innecesario, pues estaba abierto. Con ansia registró el fondo y se encontró con que el dinero habia desaparecido. El herrero anduvo mas listo que él y sin duda trasladó á tiempo su tesoro. Ved alli, pues, que el honrado del oficial se encontró con dos llaves inútiles; la de la herreria, que habia fabricado primeramente y la de la puerta de comunicacion entre las dos bodegas. Estas son las que por pura compasion, ayudada de no sé que suma que mi señora le ha ofrecido, le ha proporcionado el criado del Dr. Correa, encargandose al mismo tiempo de entregarmelas, junto con ese billete, que aun no habeis leido.

— Dices bien, contestó el capitan, que creyó de cabo á rabo la historia medio verdadera y medio fabulosa, que habia urdido el Visitador, haciendo que el page la aprendiese, como suele decirse, de coro. Abrió Don Fernando la esquela, reconoció perfectamente la letra de Dña. Luisa, y por supuesto no tuvo el menor motivo para sospechar que se le tendia una celada. Valiente, con esa valentia que excluye la prudencia y que se expone aun á peligros innecesarios, el capitan no pensó ya sino en que iba á meterse de codos en una nueva aventura; á burlar al viejo Araque y á asegurarse de la que creia viuda del Alguacil Mayor. El haber estado durante cuatro dias es-

pérandó inutilmente que lo atacasen, lo tenia aburrido, y creyó encontrar una buena distraccion en el lance amoroso que se le venia á las manos.

—Vamos, dijo, á libertar á esa hermosa prisionera; y se dirijió hacia la puerta, para salir. Pero repentinamente le ocurrió que no era prudente dejar á sus partidarios sin gefe; reflexionó durante un momento y luego se acercó á una mesa donde habia recado de escribir, y trazó en un papel las siguientes lineas:

"Amigo Loaiza: Un asunto muy importante me obliga á dejar el cuartel general por unas pocas horas. Te entrego el mando de mi valiente ejército y te encargo lo tomes cuando despiertes.

Tu amigo y General, FERNANDO."

Despues de haber firmado esa curiosa órden, el capitan se lanzó á la calle, cantando aquel conocido romance del Rey Perico.

"El Rey Perico emfermó
Y los mozos se mesaron
Y las viejas se arañaron
Y todo el mundo lloró."

Las calles estaban desiertas, pues con motivo de las turbaciones públicas, ningun vecino pacifico se aventuraba á poner un pié fuera de su casa despues de las oraciones de la noche. Los beligerantes no salian de sus trincheras; y asi, Don Fernando y el jóven page de Dña. Luisa llegaron hasta la herreria de Andres Molinos, sin encontrar un solo viviente.

—Abre, dijo el capitan, y habiendolo hecho Ricardo, entraron ambos en la herreria.

—Esto está obscuro como boca de lobo, dijo Don Fernando; y siento que no me haya ocurrido proveerme

de una linterna.

—Ni yo tampoco tuve esa advertencia, señor capitan, contestó el page; pero por fortuna las indicaciones que me hizo el criado del Dr. Correa fueron tan claras y tan detalladas, que con la mayor facilidad daremos con la boca del sótano. Hay, segun me dijo, una escalerilla de madera, para bajar al fondo; y como luego daremos con la puerta, es cosa de cinco minutos el que llegueis á donde está mi señora.

Diciendo asi, el page buscaba cuidadosamente con el pié la boca del subterraneo, que sabia encontraria abierta. Dió al fin con ella, y dijo:

— Aqui está. Voy á levantar la trampa.

Hizo como que se esforzaba en levantar una cosa pesada y luego añadió jadeando:

— Ya está; podemos bajar.

— Pasa tú delante, dijo el capitan, y me vas indicando el camino.

— Bien, señor, contestó Ricardo; seguidme.

Y sentandose en la abertura del sótano, pasó las piernas sobre el cofre del herrero que estaba en el primer peldaño de la escalerilla. Descendió dos ó tres mas y dijo al capitan.

— Cuide Vuesa Merced de ver como baja, pues adviertole que en el primer peldaño de la escalera está el cofre vacio del maestro Molinos.

— Ya cuidaré de salvarlo, contestó Don Fernando y comenzó á bajar.

Entretanto Ricardo habia salvado los últimos peldaños, y en vez de continuar hacia adelante, fué á agazaparse detras de la escalera, en el hueco que quedaba entre esta y la pared. Don Fernando los bajó tambien y dijo:

— Estamos ya en tierra firme; guia, Ricardo, porque yo no sé donde estoy ni hacia que punto debo caminar.

El capitan avanzó tres ó cuatro pasos y como no re-

cibió respuesta, añadió esforzando la voz:

— ¿Que te has hecho, belitre,? ¿Por qué diablos no contestas?

El eco que formó la voz estentórea del capitan en la bóveda del subterraneo, fué la única respuesta á aquellas palabras.

Mientras las pronunciaba, el diabólico page de Dña. Luisa salió de su escondrijo y trepando por la escalerilla como una culebra, salió del subterraneo. Don Fernando oyó un silbido agudo sobre su cabeza; silbido que formaban las ruedecillas de hierro sobre las cuales descansaba el pesado tablon giratorio que cerraba la boca del sótano. En seguida Don Fernando creyó escuchar en la misma direccion del rechino un rumor que le pareció una carcajada, y comprendiendo que habia sido burlado indignamente, se volvió á buscar la escalera, subió los peldaños de dos en dos y llegando á los últimos, dió con la cabeza contra la puerta del subterraneo. Probó á levantarla, empleando toda la fuerza de que era capaz y no logró conmover aquella pesada mole. Lanzó un rujido de rabia y abrumado por la ira y el despecho, se dejó caer en el segundo de los peldaños.

El que habia arrojado al capitan Peraza aquella insultante carcajada, era el Visitador. Encendió una linterna, recibió la llave de la puerta que comunicaba los dos sótanos, que le entrego Ricardo, y alargando al jóven un bolsillo lleno de oro, le dijo:

— Huye; y salieron ambos de la herreria.

El page, que era bastantemente avisado para comprender que si el capitan Peraza salia de aquella especie de ratonera donde lo habia hecho caer, lo buscaria para pulverizarlo, no se consideró seguro en la ciudad; y tomando el prudente consejo de Don Juan, determinó irse desde luego á Oaxaca, donde tenia unos parientes.

El Visitador, cuando se hubo separarado del jóven, á quien, como dejamos dicho, recompensó generosamente,

se encaminó hacia el punto donde estaba situado Francisco Molinos. El herrero no dormia como el capitan Peraza. Acababa de llegar, despues de haber recorrido la extensa linea que ocupaban los suyos, y envuelto en su gran capa negra, con el sombrero hundido hasta las cejas, se habia sentado á descansar un rato en el puentecillo que queda inmediato á la iglesia de la Concepcion y que llamaban entonces el arco de las monjas. Francisco repasaba en su imaginacion los sucesos de los últimos dias. Encontrabase lanzado á una rebelion contra el Presidente, de quien ningun género de agravio habia recibido; veia á su anciano padre adoptivo comprometido en la misma peligrosa empresa; á su tio despojado del fruto de cuarenta años de trabajo; al noble y digno Don Luis Melian, por quien habia tenido siempre una profunda estimacion, no obstante el verlo amado por Dña. Margarita, encerrado en un claustro, despues de haber renunciado á los honores de la tierra; veia, en fin, á la muger á quien adoraba en el fondo de su alma, sepultada viva en su propia casa. En su candorosa buena fé, no comprendia el honrado artesano que el autor de todos aquellos acontecimientos era un intrigante ambicioso, á quien él servia de docil instrumento; y en vez de maldecir al autor de tantas desdichas, Francisco creia encontrar en él un protector generoso y desinteresado.

Engolfado en estas reflexiones se hallaba el hijo de Sir Francis Drake cuando levantó la cabeza y se encontró frente á un hombre, cuya llegada no habia notado, tan embebecido estaba en sus meditaciones. Cuando conoció á Don Juan, Francisco se puso en pié y llevando la mano á su sombrero, dijo:

— Bienvenido sea Vuesa Señoria; ¿hay algo en que yo pueda serviros?

— Francisco, respondió Don Juan, vengo únicamente á deciros que ha llegado la hora de obrar. He aguarda-

do á ver si esos cobardes á quienes acaudilla el capitan Peraza, se lanzaban al combate; pero ya veo que os temen y esperan á que vosotros los provoqueis. Esta situacion no puede prolongarse: comienzo á advertir en los nuestros síntomas de desaliento y conviene tomar pronto un partido. En consecuencia, he resuelto que en la próxima madrugada se dé el ataque. Son las doce: teneis, pues, cuatro horas para preparar vuestra gente.

Francisco Molinos se estremeció de alegria, al recibir aquella órden. El tambien habia advertido cansancio en los artesanos que habian abandonado sus quehaceres y sus familias por seguirlo; y asi, consideraba prudente el poner término á un estado de cosas que no podia prolongarse sin grave peligro. Ademas, el celoso amante de Dña. Margarita Jiron ardia ocultamente en deseos de encontrarse cara á cara con el capitan Peraza; y como el astuto Don Juan, comprendiendo esto, cuidó de ocultarle que Don Fernando no estaba ya al frente de las fuerzas enemigas, el herrero vió con júbilo aproximarse el momento de saciar la saña de que se sentia poseido contra aquel aborrecido rival. Bajo la impresion de aquellos sentimientos, contestó Francisco á Don Juan:

—¡Bendito sea Dios porque al fin llega la hora en que pueda yo probaros toda mi adhesion! Dispuesto á morir por vuestra causa, si fuere necesario, voy ahora mismo á recorrer la linea que ocupan los nuestros y á prepararlos para el ataque.

Hubo un momento de silencio y luego Francisco Molinos, con voz entrecortada por la emocion añadió:

—Señor, estoy resuelto á buscar en medio del combate à ese hombre díscolo y odioso que ha sido bastantemente villano para insultarla. Sé que es valiente y mas diestro que yo en el manejo de las armas, y tal vez estoy destinado á morir á sus manos. Permitidme que en este momento solemne de mi vida, os haga una pregunta.

— Decid, Francisco, respondió tranquilamente Don Juan; que si en mi mano está el satisfacer á vuestro deseo, lo haré con el mayor gusto.

— No quisiera morir, replicó el herrero con voz balbuciente, sin saber el nombre de mi padre. ¿Lo habeis averiguado al fin, señor?

— Si, contestó Don Juan, lo sé y voy á deciroslo. Escuchadme.

Pendiente de lo que iba á decirle el Visitador, Francisco Molinos habria querido retener hasta el aliento, á fin de no perder una sola de sus palabras.

— En una noche obscura del mes de Marzo del año 1587, dijo Don Juan, un piquete de diez hombres que mandaba un alferez, registraba, por órden de su General, las rancherias de la costa, en las inmediaciones de la Trinidad, poco distante del puerto de Acajutla. Buscaba aquel oficial á cierta viuda española, propietaria de una hacienda situada á algunas leguas, y que estaba acusada de mantener relaciones íntimas con el gefe de los piratas ingleses que amenazaban el reino por aquella parte. Vanas fueron las pesquisas del alferez, que cansado de su inutil correria, determinó volverse al real, á dar cuenta del mal resultado de su comision. La obscuridad sorprendió á aquellos fieles soldados en medio de los montes y decidieron aguardar el dia para buscar el camino y continuar su marcha. Una falsa alarma sorprendió á los bisoños milicianos, y habiendose puesto en fuga precipitada, su inexperto gefe, el alferez, dejó alli abandonado su caballo. Entonces un soldado de una de las compañias de mulatos de la ciudad de Guatemala, herrero de profesion, llamado Andres Molinos, pronto á huir como sus compañeros, se encontró con el caballo del oficial, subió sobre él resueltamente y se alejó del imaginario peligro, caminando por los bosques, sin direccion determinada. Una luz y el ladrido de un perro, le indicaron que habia á po-

ca distancia alguna habitacion, y guiado por aquellos indicios, no tardó en encontrarse con un miserable rancho, donde agonizaba una señora, jóven y bella todavia, á quien acompañaba únicamente en aquel amargo trance un niño como de diez años, hijo suyo. La pobre madre vió con alegria la llegada de aquel hombre desconocido, y antes de cerrar los ojos, le recomendó su hijo, apelando al sentimiento de compasion cristiana que creia debia existir en el corazon de todo ser humano. Dijo que aquel niño era dueño de grandes riquezas, depositadas en un cofrecillo que estaba debajo de la miserable cama en que ella iba á expirar y que alli se encontraban tambien los documentos que acreditaban el origen del que iba á ser pronto un desamparado huérfano. Andres Molinos ofreció hacerse cargo de aquel niño y ser un fiel depositario de su cuantiosa fortuna. Expiró la madre, tranquila con la idea de dejar á su hijo un protector deparado por la providencia, y al siguiente dia muy temprano, el cadáver fué sepultado al pié de uno de los árboles gigantescos de la costa, ayudando el niño á su padre adoptivo en aquella piadosa y triste operacion.

Don Juan calló por un momento. Francisco, cuyos recuerdos confusos se habian despertado, á medida que escuchaba aquella dolorosa historia, sentia que el corazon queria romperle el pecho, tal era la emocion de que se encontraba poseido.

—Proseguid, señor, dijo, proseguid por Dios.

—El codicioso herrero, continuó el Visitador, se apoderó del cofrecillo que contenia las riquezas de su hijo adoptivo y los papeles en los cuales constaba su origen. Estos estaban escritos en un idioma para él desconocido; y asi, apenas los recorrió sin poder leerlos, y los volvió á colocar en el fondo del cofre. Cargado con su tesoro y acompañado del huérfano, se vino á Guatemala, con la certeza del origen de aquel niño. Un nombre y un ape-

lido repetidos varias veces en los papeles y otras circunstancias no le dejaban la mas ligera duda de que era hijo del.

El Visitador se detuvo, como si vacilara en pronunciar aquel nombre.

—¿De quien, señor, de quien?, exclamó Francisco, presa de la mas viva ansiedad.

—Del gefe de los piratas ingleses, contestó Don Juan; del Contra-Almirante Sir Francis Drake, creado caballero en premio de sus heroicas hazañas, por la Reina Isabel de Inglaterra.

Francisco lanzó un grito y cayó medio desplomado sobre el pasamano del puente. Vuelto en sí, se puso en pié y dijo al Visitador, temblando:

—Luego soy un bastardo, aunque hijo de un hombre ilustre.

—Sir Francis Drake, replicó el Visitador, habia pedido á su Soberana la legitimacion de aquel niño, y la obtuvo facilmente, pues gozaba, por su mérito y servicios, de gran favor en la corte. Uno de esos documentos, que Andres Molinos no acertó á descifrar, por estar escrito en ingles, era una real disposicion en que se os declaraba el pleno derecho á heredar el nombre, la nobleza y la fortuna de vuestro padre.

—Y esos papeles, señor, ¿donde estan? Decidmelo, por cuanto mas ameis en este mundo.

—Esos papeles, dijo Don Juan, se conservan en el mismo cofrecillo donde los tenia vuestra difunta madre, á quien los entregó Sir Francis Drake para que los guardase y os los entregase cuando estuvieseis en edad de ir á Inglaterra y reclamar el nombre y la posicion que su entrañable amor os habia asegurado.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de Francisco; lágrimas de gratitud y de veneracion por el ser desconocido hasta entonces, á quien habia consagrado un vago

y tierno afecto en el fondo de su alma.

— Yo debo, exclamó con voz firme el hijo de Sir Francis, poseer esos documentos, que acreditan mi condicion. Guarde enhorabuena mi padre adoptivo sus riquezas, que le cedo voluntariamente, en recompensa del afecto con que me ha criado y hecho de mi un honrado artesano, como él lo es. Necesito saber ahora mismo y antes de exponerme á la muerte, donde estan esos papeles.

— Voy á daros, contestó Don Juan, con una lijera y diabólica sonrisa, que no pudo advertir Francisco, á causa de la obscuridad; voy á daros el único medio de que poseais esos preciosos documentos, sepultados en las entrañas de la tierra; pero juradme ántes que no habeis de ir á buscarlos, hasta que esté concluida la empresa que tenemos entre manos.

— Os lo juro, exclamó Francisco, en voz grave y solemne y poniendo la mano derecha en la empuñadura de su espada. Os lo juro á fé de caballero y por la memoria de mi noble padre.

— Bien, contestó Don Juan; eso me basta. Bajo la herreria de vuestro padre adoptivo hay un sótano, cuya entrada está cubierta por un pesado tablon, sobre el cual descansa el trozo de madera que sostiene el yunque. Buscad hacia abajo de ese trozo, en la parte que cae hacia la fragua, un botoncillo que apenas podria descubrir la vista mas ejercitada. Oprimidlo con fuerza y girará el trozo de madera por si mismo, dejando descubierta la obscura boca del subterraneo. Hay una escalerilla para bajar al fondo: en el primer peldaño está el cofre que contiene los papeles. He aqui la llave.

Don Juan no dijo mas y presentó á Francisco la llave, que este tomó con avidez.

— Mucho os debo, Don Juan, exclamó el hijo del Contra-Almirante con noble y severa gravedad, y espero poder recompensaros algun dia lo que por mi habeis hecho.

— Mas me debereis todavia, Sir Francis, contestó el Visitador con ironia imperceptible.

— Adios Don Juan, dijo Francisco, presentando al Visitador por la primera vez su mano, fina, aunque endurecida por el trabajo.

— Adios, Sir Francis, contestó Don Juan, estrechando aquella mano; y embozandose en su capa, se alejó de Francisco y se perdió entre las tinieblas, en las obscuras y desiertas calles.

CAPITULO XXXIV.

Cómo el escribano y el barbero se encontraron cogidos en sus propias redes.

ANTES de referir á nuestros lectores la descomunal batalla entre los partidarios del Presidente y los del Visitador, que dejamos en nuestro último capítulo dispuesta para la madrugada del dia siguiente á la noche en que se verificaron los sucesos de que hemos dado cuenta, conviene que retrocedamos unas cuantas horas en nuestra narracion, y demos noticia de otros incidentes, cuyo conocimiento importa para poder seguir el hilo de esta historia.

Son las siete de la mañana. El Padre Provincial de la Merced, Fr. Bonifacio de los Angeles, se pasea en su celda, con aire inquieto y preocupado. Levántase el cabello hacia arriba mas frecuentemente que otras veces y se le escapan algunas palabras que revelan la excitacion de su ánimo.

—El correo de Oaxaca, decia, entró á la madrugada y debe haber traido noticias de Ciudad Real. ¿Que habrá sucedido? Su Illma. quedaba sin esperanzas de vida. ¡Que tardanza!.... Son las siete.... Si ha muerto, el Padre Comendador de nuestro convento no dejará de avisarme.... El Visitador está formalmente comprometido á recomendarme, y el Presidente tambien.... No ha llegado à saber mi deplaracion y me conserva su amistad. Si salgo bien de este enredo y obtengo la mitra, será una doble fortuna; *in utroqué felix.*

Dos golpes sonoros y pausados en la puerta de la celda, que estaba cerrada, hicieron estremecerse al bueno del Provincial.

—Adelante, exclamó con voz balbuciente de emocion y alargó el brazo para recibir el pliego de Ciudad Real; tan preocupado lo tenia aquel asunto.

Pero el que entró no fué, como su paternidad suponia, un mozo de la oficina de correos, sino el maestro Basilio Molinos, que despues de saludar al Provincial, se quitó la capa y sin decir una palabra mas, comenzó á disponer los útiles de afeitar.

El barbero dejaba ver desde luego el cambio completo que en su persona y en sus cosas habian producido los acontecimientos. No era ya aquel intrigante astuto y listo que vimos cuando, carcomido por la curiosidad, trataba de averiguar, mientras hacia la barba al Provincial, en la mañana del 8 de Diciembre de 1621, quien era el misterioso huesped llegado al convento en la noche precedente. Parecia taciturno, adusto y reconcentrado, como si estuviese ocupado en la combinacion de algun proyecto que requiriese toda su atencion. Su trage era aun mas pobre que antes, y sus utensilios de afeitar consistian en una mala navaja, que llevaba envuelta en un papel y en una bacia de hojalata, cuasi inutil ya de puro vieja y abollada. El maestro Basilio arrancó de lo mas hondo del pecho un suspiro, al contemplar aquellos ruines instrumen-

tos, recordando el lujoso y bien surtido estuche de carei y madreperla y la brillante jofaina de azofar de que se servia en los dichosos tiempos de su prosperidad. Pero aquel sentimiento de dolor fué fugitivo y rápido; pues inmediatamente despues se pintó en la fisonomia del barbero una expresion de alegria feroz, que Fr. Bonifacio habria advertido sin duda, á no haber estado por el momento incapaz de pensar en otra cosa que no fuese la gravísima noticia que debia haber traido el correo de Oaxaca.

— ¿Que novedades hay ahora en la ciudad, Basilio? preguntó el Provincial, arrellanandose en la butaca.

— Nada sé, mi reverendo Padre, contestó el barbero; á no ser que las cosas se presentan cada dia peores para los secuaces del Presidente. Los que acompañan á ese desalmado y perverso capitan se desalientan y fastidian, mientras los partidarios del Visitador, á quienes acaudilla mi sobrino, se muestran cada dia mas animosos y resueltos. Con razon decia la abuela que...

— Pero ¿no has oido algo, interrumpió Fr. Bonifacio, respecto al correo de Oaxaca?

— ¡El correo de Oaxaca! exclamó el barbero, poniendose pálido. ¿Un correo que se dijo habia sido robado en Sololá hace algun tiempo?

— No sé yo nada de eso, replicó el Provincial con mal humor; hablo del correo que llegó hoy de madrugada.

Cuando Fr. Bonifacio de los Angeles acababa de pronunciar aquellas palabras, se oyó el clamor lúgubre y solemne de las campanas de la Catedral. Al escuchar aquel doble extraordinario, el Provincial de la Merced hizo con la cabeza un movimiento repentino y brusco, tal fué la emocion que le causó aquel seguro indicio de la certeza de lo que sospechaba. Mas quiso la desgracia que al mismo tiempo pasaba por la garganta del padre la afilada navaja, que manejaba con pulso no muy firme ya el maestro Basilio; y desviada su direccion por aquel movimiento inoportuno, abrió una incision algo profunda, hacien-

do saltar la sangre á borbotones. Asustado el barbero salió corriendo de la celda, pidiendo auxilio. La comunidad entera acudió atribulada y se encontró al superior tendido en el suelo y bañado en sangre. Los tres ó cuatro doctores que se encontraron mas á mano rodearon al Provincial y entablaron una disputa interesantisima sobre la etimologia griega de la palabra *hemorragia*, y mientras tanto se le iba la vida al paciente. Por fortuna llegaron á convenir en que la voz se componia de otras dos que significan *sangre* y *yo rompo*; y fijada esta base indispensable, se declarò que aquella era una hemorragia traumática, que podia provenir ó de una arteria, ó de una vena, ó de vasos capilares; y que segun las circunstancias, exijiria el empleo de absorventes, de estípticos, de cauterios, la compresion ó la ligadura. Se citó á Hipócrates, á Galeno, á Celso, á Aecio, á Pablo de Egina y á veinte autores mas, y por último, bien examinada la herida, se encontró que no habia penetrado mucho; y aunque con alguna dificultad, se consiguió contener la sangre. Imposible fué, sin embargo, evitar que sobreviniera la fiebre, que puso al padre Provincial á dos dedos del sepulcro.

En el delirio el bueno del padre hablaba frecuentemente de Ciudad Real, confirmaba, conferia órdenes, celebrabá misas pontificales, saludaba á los que lo asistian diciendoles *Pax vobis* y les alargaba la mano en ademan de dar á besar el anillo pastoral.

Por lo demas, el lance tuvo por resultado inmediato la resolucion que tomaron, al saberlo, todos los marchantes del maestro Basilio, de no volver á ponerse en sus manos para que los afeitase. Por una de esas grandes injusticias en que incurren los hombres en sus juicios, toda la ciudad atribuyó á la inseguridad del pulso del anciano barbero, lo que era única y solamente efecto de la emocion que causó á Fr. Bonifacio el clamor de las campanas de la Catedral que anunciaban la muerte del Sr. Obispo de Chiapa.

A fin de no anticipar los sucesos, dejaremos al Provincial luchando con la fiebre y seguiremos los pasos al maestro Basilio, quien inmediatamente despues de aquel desaguisado, se dirijió hacia la casa en donde vivia el escribano Don Judas Patraña, á quien encontró almorzando. El aire asustado del barbero y las manchas de sangre que salpicaban su vestido llamaron la atencion del escribano, quien despues de examinar cuidadosamente el aspecto de su amigo, le dijo:

— ¿Que es esto, maestro? Habeis sangrado á algun parroquiano en sana salud y sin receta de facultativo? Alegrariame de que fuera el capitan Peraza al que hubieseis despachado, en pago de las malas pasadas que os ha hecho.

— No Don Judas, contestó Basilio con mal humor; no soy tan dichoso ya que pueda tener en mis manos la garganta de ese condenado capitan; esta sangre que veis es la del Provincial de la Merced, á quien dejo medio degollado. Hacedme favor, si os place, de mandar que traigan agua y jabon para lavarme las manos.

El escribano se levantó y saliendo á la puerta del cuarto, que daba á un patio interior, gritó:

— Chomo, Chomo; trae un cántaro de agua y un *apaste* para que se lave el maestro.

Al segundo grito de Don Judas asomó á la puerta de la cocina un negro atezado que parecia tener unos cuarenta años, y que en realidad contaba ya mas de cincuenta. La fisonomia y el aire del caribe denotaban esa estupidez tan comun en la raza á que pertenecia; pero la verdad era que el esclavo de Don Judas, en quien se recopilaban las funciones de cocinero, ayuda de cámara, &c. estaba muy distante de ser lo que parecia. Chomo presentó el agua y el jabon al barbero, y se retiró sin decir una sola palabra; pero en lugar de volverse á la cocina, se quedó junto á la puerta, para escuchar la conversacion de su amo y el maestro Basilio. Era una buena cos-

tumbre que habia adquirido al lado del escribano, quien solia decir que el escuchar lo que se hablaba ningun mal podia acarrear; y que por el contrario, casi siempre servia de algo.

El barbero se dejó caer en un escaño que estaba junto á la mesa, y Don Judas, que habia guardado silencio delante del negro, dijo con la mayor indiferencia:

—¿Y quien diablos os ha podido pagar para que degolleis á ese pobre padre? ¡Vaya una gana de tirar el dinero! Si fuera á otro, pase; pero á Fr. Bonifacio!

—Os engañais, Don Judas, contestó Basilio. Yo no he tenido maldita la intencion de hacer lo que he hecho. El Provincial mismo es quien tuvo la culpa de lo sucedido. Oyó un doble en Catedral y llevó sin duda un gran susto, pues hizo un movimiento que sin quererlo ni pensarlo yo, me obligó á cortarle el gargüero.

—¡Por el doble de la Catedral ha sido todo!, exclamó Don Judas riendose; ahora ya comprendo; es el negocio de la mitra.

—Sea lo que fuere, contestó el barbero; él se ha buscado la desgracia y allá se las haya. Pero no perdamos el tiempo, Don Judas; vengo á saber que habeis decidido acerca de lo que os propuse anoche.

El escribano se puso serio al escuchar las últimas palabras de Basilio, y contestó:

—El proyecto, amigo Molinos, es peligrosillo, aunque no de imposible ejecucion. Chomo ha recorrido los tejados, mientras vos andabais ocupado en degollar al Padre Provincial, y ha encontrado que efectivamente puede pasarse por el de vuestra casa al de la familia de Loaiza que sirve de cuartel general al capitan Peraza y sus amigos.

—¿No os lo habia yo dicho?, exclamó el barbero con alegria. Si yo tenia muy bien hechos mis cálculos; lo que me falta es el medio material de ejecutarlos. Sé por el espia que en el cuarto contiguo à la pieza donde duer-

me ese malvado capitan, están depositadas unas diez ó doce cajas de pólvora abiertas, mosquetes y otros útiles de guerra. Esa pieza es de bóveda, pues fué capilla en otro tiempo. Comunica por una ventana guarnecida de una reja de hierro, con otro cuarto donde está la caja del dinero con que se paga á la gente; dinero que ha suministrado en parte el Presidente y en parte las familias de los presos por la cencerrada. Pendiente del techo de la antigua capilla está una tapiceria vieja, entre una red de ovillo. Mi plan, como ya os he dicho, es que pasemos esta noche por el tejado de mi casa al de la que ocupan el capitan y sus amigos; que desentejemos el techo y abriendo una cavidad, penetremos al desvan por la parte que dá al cuarto donde està el dinero. Levantaremos una ó dos tablas facilmente y por medio de una escalera, descenderá Chomo al aposento; atará la caja y vos y yo la izaremos hasta subirla. En seguida vuestro esclavo pegará fuego por la ventana á la tapiceria, cuyas llamas y chispas caerán sobre las cajas de pólvora indudablemente, pues están debajo. Nosotros nos escaparemos con el dinero antes de la explosion. Volará la casa y el capitan y sus amigos irán á despertar á los infiernos. Eh! eh! eh!, añadió el barbero con una risa diabólica; ¿direis todavia que este no es un plan que haria honor á hombres de mas cabeza que un pobre barbero? Con razon, Don Judas, decia mi abuela que no hay enemigo pequeño; ya veis como el diablo me ha dado la idea de pagar con usura á Don Fernando la chanza del caballo y el robo de mis ahorros. Eh, eh, eh; me parece ya que veo volar la casa por los aires.

— Y no solo esa, contestó el escribano; sino algunas de las inmediatas, con las gentes que esten adentro. No hay duda, maestro, de que sois un hombre fecundo y que para imaginar travesuras os las podeis apostar con el mas pintado.

— Vos me adulais, Don Judas, contestó riendose Basilio; yo no hago mas que cubrir mi deuda al Sr. capitan,

pues como decia la difunta, al buen pagador no le duelen prendas.

— Pero veo, replicó el taimado del escribano, que en este trato el partido no es igual, y que como diria vuestra abuela, vos os despachais con la cuchara grande.

— ¿Como asi, Don Judas? ¿Pues no os he dicho que partiremos por mitad el tesoro?

— Si, pero ademas vos os vengais, y en eso me sacais ventaja. A mi, ¿que diablos puede importarme que el capitan y sus amigos vuelen hechos añicos? ¿Acaso me han hecho pasear por las calles en un caballo desbocado, como á vos? Ved, pues, de igualar la partida, porque de otro modo, ni Chomo ni yo tomamos parte en ese gatuperio.

El barbero se rascó la cabeza con impaciencia. Su ojo despedia fuego y le temblaba la mandibula inferior, de puro despecho.

— ¿Y que es lo que exijis, Don Judas, ó Don Diablo, ¡voto á tal! exclamó con voz enronquecida por la cólera. Pedid lo que os dé la gana, que como esté en mi mano, os lo concedo, por tal de que este plan no se malogre.

— Pido, en primer lugar, dijo el escribano rellenandose la boca con un gran pedazo de torta, pues aun no habia terminado su almuerzo; pido que trasladeis de vuestro puño y letra esta carta, (y sacó un papel del bolsillo) en la que aparece que habiendome invitado vos á la fechoria, yo me he negado y he procurado disuadiros de cometer tan horrendo crimen. Esto, maestro, como comprendereis, tiene por objeto que si sospechan, recaiga la culpa sobre vos y no seamos dos los ahorcados, sino uno solo.

— Estoy conforme, contestó el irritado barbero. ¿Que otra cosa?

— Eso es lo principal, dijo Don Judas; mi otra condicion es tan insignificante, que apenas hareis alto en ella.

— Sepamos.

— Que el dinero se repartirá únicamente entre Chomo y yo; es decir que mi esclavo tomará un doblon y yo todo lo demas.

— Pero Don Judas, si vos no habeis perdido un maravedi, y yo me he quedado en un petate por causa de ese maldito capitan y de sus compañeros, ¿no es de toda justicia que me indemnice? ¿Puedo hacer mas que daros la mitad del botin?

— Bien visto, maestro, la distribucion que yo os propongo es equitativa, y desafio al mas hábil tasador á que la mejore. Para vos la venganza; la plata para mi y para mi esclavo. Ved si os conviene, y si no, buscad quien os ayude y pensad cuanto podeis darme para que no os denuncie.

El barbero habria querido ahogar á aquel famélico escribano; pero ademas de que eso no era fácil, tenia tanta necesidad de su auxilio, que no tuvo mas arbitrio que capitular. Reflexionó un momento y dijo:

— Con razon decia mi abuela, Don Judas, que la necesidad tiene cara de herege. Por ella y solo por ella paso por cuanto exijis, ya que no hay por desgracia en la ciudad mas que un Judas que pueda auxiliarme para poner en planta mi proyecto. Convengo en que os apodereis de la caja y voy ahora mismo á copiar esa carta que echará sobre mi solo la culpa de lo que los dos haremos. ¿Teneis una escalera de goznes, por ventura?

— Si, maestro, contestó el escribano, tengo una como mandada hacer para el caso. ¿Como podeis creer que un hombre como yo esté desprovisto de los medios de escalar una casa? Es como si á vos os faltase el estuche de las navajas.

Basilio ahogó un gemido que iba á escaparsele cuando oyó hablar de estuche, pues luego recordó el que habia perdido.

— No es prudente, amigo Don Judas, dijo con aire sombrio, mentar la soga en casa del ahorcado, como de-

cia la difunta. Cuando oigo hablar de estuches, de peines, de navajas, &c., me viene á la memoria aquella noche maldecida; pero á bien que á cada puerco se le llega su San Martin, como acostumbraba decir mi abuela, y gracias al diablo y á vos, Don Judas, voy á vengarme. Esta noche á las doce en punto os aguardo en casa con la escalera de goznes. Dadme recado de escribir, para poner esa carta que deseais.

El escribano pasó á otro cuarto y volvió al instante con un pliego de papel, un asiento de botella que servia de tintero y dos plumas de zopilote. Pusolo todo sobre la mesa, y mientras escribia Basilio, él se divertia enseñando á un gato á cazar, haciendolo correr tras un mendrugo de pan, atado al extremo de un ovillo.

Copiada y firmada la carta, se despidió el barbero, saboreando la venganza horrenda que habia meditado. El astuto negro, que no habia perdido una sola palabra de la conversacion de su amo y del barbero, se volvió á la cocina muy pensativo y el escribano guardó cuidadosamente la carta en una especie de alacenilla muy disimulada que estaba á la cabecera de su cama, detras de un crucifijo, tan artisticamente colocado, que cubria con el cuerpo y los brazos de la cruz las junturas de la puerta. Alli tenia Don Judas papeles importantes que habia hecho perdedizos, ganzuas, llaves falsas y otras curiosidades del mismo jaez, y alli se ocultaba tambien el fruto de sus rapiñas, mucho mas considerable, á la verdad, que el robado tesoro del barbero.

Don Judas pasó el dia tan tranquilo, como si en vez de un horroroso atentado, fuese á ejecutar la accion mas inocente y mas sencilla. A la hora acostumbrada, se ocupó en sus trabajos ordinarios, comió con buen apetito, dió al gato la leccion de caza, como tenia práctica de hacerlo despues de cada comida, durmió la siesta y salió á paseo por la tarde. Entrada la noche, comenzó á disponer

sus útiles, como un operario honrado prepara sus utensilios de trabajo. Examinó los goznes de la escalera, los instrumentos para arrancar clavos, agujerear tablas &c., y todo lo encontró muy en regla. Terminada esa revista, Don Judas llamó á Chomo, y le dijo:

— Esta noche hay obra; voy á dormir un rato, pues no sé si podré hacerlo ó no despues; despiertame á las doce menos cuarto.

El esclavo hizo una señal de asentimiento y se marchó á la cocina, donde se echó á dormir él tambien junto al fogon, como un perro.

A las once y media el negro se puso en pié, como si hubiese tenido un reló de torre sobre su cabeza; tal era el hábito que tenia de despertar á cualquier hora que se le señalase. Pasó á llamar á su amo, que se levantó inmediatamente, y aperandose de un puñal y un par de pistolas, se embozó en su capa y salió á la calle, seguido de Chomo, que llevaba oculta la escalera de goznes, hecha seis dobleces. Aguardábalos el barbero con la inquietud natural al que tiene entre manos un proyecto atrevido y peligroso.

— Estamos listos, dijo Don Judas, no perdamos tiempo. Supongo que no faltará aqui un lazo fuerte y largo, para levantar la caja, y que no se os habrá olvidado tampoco que necesitamos una caña, á cuyo extremo debe ir atada una pajuela, para dar fuego á la tapiceria vieja.

— Todo está prevenido, contestó el barbero, y no tenemos mas que marchar. Hay que atravesar ocho casas para llegar á la que ocupan esos bergantes, que está en el otro extremo de la manzana.

— Chomo, dijo Don Judas, lo anduvo todo, con pretexto de buscar un pájaro que supuso habia volado por los tejados de las casas inmediatas á la vuestra, y ha calculado perfectamente la direccion que debemos tomar. El guiará y nosotros dos lo seguiremos. Por fortuna la no-

che está muy obscura, y como todo el mundo se encierra en su casa desde las oraciones, no hay riesgo de que nos vean desde la calle.

Dicho esto, pasaron los tres á un patio interior de la casa, donde estaba dispuesta una escalera de mano para subir al tejado. Precedia el negro y seguian Don Judas y Basilio, que habian cuidado de descalzarse, para no hacer ruido y para caminar por los tejados con mas seguridad. La excursion fué feliz, pues llegaron sin obstáculo hasta cerca de la bovedilla que cubria la pieza que habia servido de capilla á la casa de Loaiza y donde se hallaba, como ya hemos dicho, depositado el parque. Calcularon perfectamente la posicion del aposento contiguo, en cuyo tejado debia abrirse la cavidad; y poniendo los tres manos á la obra, al cabo de media hora estaban quitadas las tejas y unas cuantas varillas, que por lo muy carcomidas, prestaron toda facilidad para la operacion. Penetraron los tres en el desvan y con los instrumentos que llevaban desclavaron dos tablas. Acertó á ser esto un momento despues de la conversacion del capitan Peraza con el page de Dña. Luisa de que dimos noticia en el capitulo anterior y cuando ya habian salido ambos de la casa. Colocaron la escalera de goznes y por ella bajó Chomo al aposento con la linterna y la caña. Ahi estaba efectivamente el cofre, á cuya vista los ojos del escribano brillaron como dos luciérnagas, en la obscuridad del desvan. El bribon del negro hizo como que intentaba levantar la caja y que no podia moverla; con lo cual Don Judas y Basilio se daban á todos los diablos, temiendo que algun accidente inesperado fuese á estorbar la ejecucion del plan.

—En la tardanza está el peligro, decia la abuela, amigo Don Judas, exclamó el barbero. Ese perro negro sin duda no ha comido en tres dias y no tiene fuerzas para cargar con el cofre. ¿No os parece mejor que ba-

jemos vos y yo y que Chomo suba á izar la caja por medio de la cuerda, pasandola sobre la viga de la cumbrera?

—¡Excelente idea!, contestó Don Judas; vamos á hacerlo como lo decia, pues entre los dos bien podremos levantarla, aunque pesara el doble de lo que pesa.

Dicho esto, el escribano dió órden al negro de que subiese, y habiendole comunicado el pensamiento, brillaron de alegria los ojos de Chomo, que veia encaminarse las cosas al punto á donde él queria llevarlas. Bajaron el barbero y el escribano y ataron la caja por la asas á un extremo de la cuerda, mientras pasaba el negro el otro extremo sobre la viga de la cumbrera. En seguida Don Judas y Basilio levantaron el arca, no sin trabajo, pues efectivamente pesaba mucho, lo que fué de gran contentamiento para el bueno del escribano. Chomo fué izandola poco á poco, hasta que tocó en la abertura practicada en el desvan, por donde entró, aunque con dificultad.

—Ahora, dijo el barbero en voz baja, procedamos á lo otro.

Encendió, por medio de la luz de la lamparilla, la pajuela que estaba atada al extremo de la caña, y despues de haber examinado por la ventana interior la pieza donde estaba la pólvora y visto el haz enorme de tela que formaba la tapiceria vieja, pendiente del techo, entre una red de ovillo, introdujo la caña por los barrotes de hierro de la ventana y aproximó la pajuela encendida al monton de trapo, que comenzó á arder muy lentamente.

Practicada aquella diabólica operacion, el barbero se rió y volviendose á su compañero, le dijo:

— No se hace tanto cuanto se paga, decia la difunta, amigo Don Judas: ¡Que lejos está ese malvado capitan, que duerme en el cuarto inmediato, de imaginar que los minutos que le restan de vida estan contados! El me hizo volar á mi arrebatado por aquel monstruo negro, y

yo lo hago volar á él de una manera mas rápida y expedita. Eh, eh, eh!

Y se rió con la risa satánica en que prorrumpia siempre que ejecutaba alguna gran maldad. Basilio queria vengarse; él inspirado por el genio del mal, habia combinado sus operaciones de modo que el que era objeto de su odio, no pudiese escapar. Pero casi siempre hay una mano invisible que vá deshaciendo en silencio y por medios desconocidos la red que traman los perversos. Esa es la mano de la Providencia, que muchas veces frustra los grandes crímenes, ó encamina los acontecimientos humanos de tal suerte, que los malvados vienen á encontrarse cogidos en sus mismos lazos.

Sabemos ya que en el momento en que el barbero, auxiliado por el escribano, ejecutaba aquella diabólica operacion, sin reparar en que iban á ser víctimas de su temeridad muchas personas inocentes, el capitan Peraza, contra quien se dirigia principalmente aquel atentado, se hallaba muy distante del cuarto donde se le creia durmiendo. Precisamente en el momento en que Basilio pegaba fuego á la vieja tapicería de la capilla de la casa de Loaiza, bajaba Don Fernando al subterraneo de la herrería de Andres Molinos, á donde lo condujo, como ya hemos visto, una intriga del Visitador. Mas como el barbero no sabia ni podia saber que el objeto de su odio andaba lejos de aquel sitio, saboreaba ya la venganza que creia infalible. La fisonomía del rencoroso viejo aparecia iluminada como por una luz siniestra, al contemplar, al traves de la ventana, la tenue llama que comenzaba á encender el haz de tela, que no tardaria en caer, convertido en una gran masa de fuego, sobre el poderoso combustible que iba á hacer volar aquella casa. Cuando se hubo asegurado de que nada podria contener el fuego, dijo al escribano:

—Hemos concluido, Don Judas; he pagado con usu-

ra al capitan y á sus compañeros y podemos marcharnos.

— Cuando gusteis, contestó el escribano, cuya fisonomia no experimentó la mas ligera alteracion.

Volvieronse para buscar la escalera y vieron que habia desaparecido. La sangre se heló en las venas de los dos malvados, que no acertaban á comprender lo que podia ser aquello.

— Chomo, exclamó Don Judas con voz temblorosa, Chomo; ¿qué se ha hecho la escalera?

Entonces habló el negro en el desvan, contestando en su castellano chapurrado:

— Yo quité, señó. Su mecé queré dá á mi solo un doblon y yo queré todo el cofre. Adiò, su mecé; adió, señó mestro; nos veremo en el valle de Josafá.

Y lanzando una carcajada que hizo extremecer al barbero y al escribano, el vigoroso negro se echó la caja á las espaldas como si fuera un pequeño lio de papeles y desaparecio.

Don Judas crispó los puños, rechinó los dientes y lanzandose hacia el barbero, le dijo con voz ronca de rabia:

— Malvado, vos teneis la culpa de lo que va á sucedernos.

Diciendo esto, desprendió una pistola del cinto, la amartilló y apuntó á Basilio, que cruzó los brazos sobre el pecho y dijo con tranquilidad:

— Podeis matarme, si os place. Pero ¿qué ganareis con anticiparme la muerte unos pocos minutos? ¿No es mas cuerdo que discurramos juntos los medios de evitar la catástrofe que nos amenaza, no por culpa mia, sino de vuestro infame esclavo?

La actitud tranquila del barbero y lo razonable de su observacion, desarmaron al escribano, que volvió á colocar la pistola en el cinturon y exclamó con acento de desesperacion y rabia:

— Decis bien, ¡voto al diablo! Pero ¿que arbitrio

puede haber para escapar de este peligro?

Basilio no contestó y encaminandose á la ventanilla que comunicaba con la otra pieza, vió con horror que el fuego continuaba devorando la tapiceria. Comenzaban á volar algunas chispas, que afortunadamente se apagaban antes de caer; pero el peligro iba creciendo por instantes. Poco faltaba ya para que el fuego se comunicase á la cuerda que sostenia la red, lo que haria caer sobre la pólvora aquella masa inflamada. Don Judas se acercó tambien á la ventana y habiendose hecho cargo de la inminencia del riesgo, se echó de bruces en el suelo y comenzó á revolcarse de rabia.

El maestro Basilio Molinos, cuyo temple de alma no se desmentia en aquel grandisimo peligro, dirigió una mirada desdeñosa á su compañero; se sentó tranquilamente en un viejo canapé de nogal, único mueble que habia en el aposento, y con el ojo fijo en la tapiceria, se puso á observar impávido los progresos del fuego.

CAPITULO XXXV.

Combate en las calles—Jiron Manuel.

EL barbero se levantó repentinamente, como si hubiese tenido una súbita inspiracion; y dirigiendose á Don Judas, le dijo:

— ¿Quereis salvar la vida?

— ¡Pues no tengo de querer! exclamó el escribano, os doy lo que quisiereis si me sacais de este peligro; la cuarta parte del contenido del cofre, que pienso arrancar á Chomo junto con el alma; la tercera; la mitad; lo que os parezca.

— No perdamos el tiempo, contestó el barbero. Ocultaos debajo de ese mueble; y señalaba el canapé, cuyo faldon entallado caia hasta tocar con el suelo.

Dominado Don Judas por la actitud imponente de Basilio Molinos, se metió bajo el canapé por una de las cabeceras, desapareciendo por completo. Entonces el barbero se acercó á la puerta que daba al cuarto donde él creia que estaba durmiendo el capitan, y con toda la

fuerza que pudo sacar de sus pulmones, levantó la voz y gritó:

—¡Fuego en el cuarto del parque! ¡Fuego en el cuarto del parque!

Y corrió á esconderse él tambien bajo el canapé.

Aquella voz de alarma resonó en toda la casa y fué escuchada por los centinelas que montaban la guardia en la puerta de la calle. Hizo despertar tambien á algunos de los amigos del capitan que no tenian el sueño muy pesado, y que medio desnudos, se lanzaron al cuarto de Don Fernando. Estaban alli ya el oficial y algunos de los soldados de la guardia, asombrados de encontrar vacia la cama del capitan.

Comprendiendo que no podian perder tiempo, aunque no acertaban á atinar quien habia dado aquellas voces, corrieron á la puerta de la capilla, que daba al corredor, y la derribaron á golpes con las culatas de los mosquetes. Precipitaronse en la pieza y vieron que la tapiceria pendiente del techo era ya una ascua próxima á caer sobre las cajas de pólvora. Cuantos habia en la pieza se ocuparon en retirarlas hacia un lado, cuando cayó la enorme masa de fuego, aunque por fortuna no ya en el punto donde hubiera hecho tan horrible estrago.

Los jóvenes y los soldados no volvian en si mismos del susto que les causara el gravisimo peligro de que no habian salvado sino por un milagro. Pasaron al aposento donde se custodiaba el dinero y se pasmaron al advertir que habia desaparecido la caja. Uno de tantos echó una mirada hacia arriba y vió las tablas quitadas, lo cual comenzó á darles indicios del robo. Pero lo que sobre todo los hacia cavilar mas era la ausencia del capitan en aquellas circunstancias. Encontraron al fin el billete escrito y firmado por Don Fernando, y preguntado el oficial de guardia si habia salido el capitan solo ó acompañado de alguna persona, contestó que un mozo

que dijo ser page de la viuda del Alguacil Mayor de corte, se habia presentado pidiendo hablar al capitan de un negocio muy urgente; y que al cabo como de una hora, habian salido juntos.

Al oir nombrar á Dña. Luisa, calcularon los jóvenes caballeros que su imprudente amigo podia haber sido víctima de una celada tendida tomando el nombre de aquella dama, á quien sabian cortejaba. El proyecto de hacer volar la casa, que habia estado á punto de realizarse y el robo de la caja del dinero, los confirmaron en aquella sospecha.

Con presencia de todo, los jóvenes despidieron al oficial y á los soldados, previniendoles volviesen á ocupar su puesto y cuando se encontraron solos, celebraron junta de guerra, para discurrir lo que les correspondia hacer. Despues que cada cual hubo expuesto su opinion, se resolvió que el jóven Aguilar fuese inmediatamente á Palacio y diese cuenta al Presidente de todo lo ocurrido, sin ocultarle la inexplicable desaparicion del capitan.

Acordada aquella prudente medida, retiraronse los jóvenes, comprendiendo que despues de lo ocurrido, debian redoblar su vigilancia, para evitar una sorpresa. Don Judas y Basilio se consideraban ya salvados; pero calcularon que debian proceder con gran circunspeccion, pues si los descubrian, de seguro les atribuirian el robo de la caja y el conato de volar la casa, y no habrian salido de un peligro, sino para dar en otro. Resolvieron, pues, estarse quedos debajo del canapé, dispuestos á aprovechar la primera oportunidad para escaparse.

Entretanto el jóven Aguilar era introducido en la alcoba del Conde de la Gomera, á quien habia sido preciso despertar.

—¿Que asunto tan urjente, dijo el anciano, os trae por acá á esta hora, caballero?

—Señor, contestó el jóven, perdonad si interrumpo

vuestro reposo; pero han ocurrido sucesos muy graves, que estuvieron á punto de originar grandes desgracias.

En seguida refirió Aguilar al Presidente el robo de la caja y la horrenda tentativa de hacer volar la casa donde se hallaban alojados. El Conde no volvia en sí del estupor que le causó aquella noticia, y despues de un momento de silencio, dijo:

—No hay duda, caballero Aguilar, de que Dios, en su infinita misericordia, es quien ha salvado á mi hijo y á vosotros de tan gran peligro.

—Nuestro amigo Fernando, respondió el jóven, ha estado libre de este riesgo, pues habia salido de la casa pocas horas ántes.

—¡Como! ¡Dejando abandonado el puesto importante de que se habia hecho cargo!

—Confió el mando á Loaiza, como Vuesa Señoria se servirá verlo por este billete, que hemos encontrado sobre la mesa de su cuarto.

El Conde recorrió ràpidamente las lineas trazadas por su hijo en el papel que le presentó Aguilar, y dejandolo caer exclamó:

—Temo que mi pobre Fernando haya sido víctima de alguna traicion. Lo que me habeis referido y la inexplicable desaparicion de mi hijo, me hacen sospechar que hay en todo esto alguna trama diabólica del Visitador, que aunque frustrada en parte, nos amenaza aun con nuevos peligros.

Diciendo esto, el Conde tiró del cordon de una campanilla, y habiendose presentado un ayuda de cámara, comenzó á vestirse á toda prisa. Un reló de péndola que estaba en la alcoba apuntaba en aquel momento las tres y cuarto. Cuando estuvo vestido, el Presidente mandó al ayuda de cámara que se retirase y dijo al jóven Aguilar:

—Creo que necesitamos urgentemente de un hombre experimentado y de prestigio entre la nobleza y el pueblo, que se ponga ahora mismo al frente de los nuestros.

Temo que vais á ser atacados.

— Justamente, señor, contestó el jóven con alegría, es la opinion de Loaiza y la de todos nosotros. Ausente vuestro hijo, es indispensable que tengamos un gefe en quien se reunan las condiciones que habeis indicado.

El Conde comenzó á pasearse por el aposento con aire pensativo, como si su espíritu atormentado luchase con ideas encontradas. De repente se paró y como hablando consigo mismo, dijo:

— No hay remedio, es necesario que yo mismo vaya y se lo suplique, por mas que me sea penoso este paso, despues de lo que ha ocurrido entre él y yo. ¿Y si se niega? Lo temo mucho; pero es preciso ir á verlo. Caballero Aguilar, añadió volviendose al jóven, ¿quereis tener la bondad de acompañarme á buscar al gefe que necesitamos?

— Estoy á vuestras órdenes, señor, contestó el jóven, y agregó, no sin vacilacion: ¿Será una indiscrecion de mi parte el preguntar á donde vamos?

— A casa de Jiron Manuel, dijo el Conde de la Gomera, poniendose rojo de vergüenza.

— ¡Oh! Gracias á Dios, que os ha inspirado! exclamó Aguilar con efusion. Era nuestro mismo pensamiento; pero no nos atrevíamos á proponeroslo. Pronto, pronto, señor, temo que cualquier tardanza puede sernos funesta.

El Presidente lo comprendia asi tambien y salió á toda prisa, seguido por el jóven. Diez minutos despues se abria la puerta de la casa de Jiron, para dar paso al Conde y al caballero de Aguilar, que fueron introducidos en un gabinete contiguo á la alcoba de Don Francisco Jiron Manuel. Presentose el anciano á poco rato y adelantando hacia el Presidente, hizo una profunda inclinacion de cabeza, saludando en seguida con menos ceremonia, si bien con caballeresca cortesía, al jóven Aguilar.

— Perdonad, señor de Jiron, dijo el Conde visiblemente embarazado, si vengo á buscaros á hora tan incompetente.

—Vuestra Señoria, contestó Don Francisco, debe mandar siempre en esta casa como en la suya propia.

Gracias, caballero, dijo el Presidente; no esperaba yo menos de vuestra hidalguia. Despues de un momento de silencio añadió:

—Os conozco demasiado para creerme dispensado de usar con vos de reticencias. Caballero Jiron, la situacion es grave y mi causa se encuentra á esta hora seriamente comprometida. No se sabe quien concibió el horrible proyecto de hacer volar la casa que sirve de cuartel general á mi hijo y á los jóvenes señores que acaudillan á los mios. Un señalado favor del cielo ha impedido tan horrible crimen; pero mi hijo ha desaparecido; los valientes defensores de la autoridad carecen de gefe y temo que aprovechandose esta circunstancia, se intente un ataque, cuyo resultado puede sernos funesto. Solo vos podeis evitarnos esa desgracia. ¿Quereis poneros al frente de los nobles y del pueblo que sostienen mi causa?

—Señor Presidente, contestó el anciano sin vacilar estoy á vuestras órdenes. La justicia está de vuestra parte y esto me basta. No quiero ni debo ver mas. Salgamos.

El Conde se sintió abrumado ante aquella grandeza de alma, que acallaba todo resentimiento personal, cuando se trataba de sostener un principio. Don Francisco suplicó al Presidente tuviese á bien permitirle un instante de ausencia, y saliendo del gabinete, pasó á la alcoba de su esposa. La pobre señora dormia profundamente. Jiron la contempló durante un momento y despues se arrodilló delante de un crucifijo de marfil que pendia junto al lecho. Una lámpara cubierta con una pantalla de gasa derramaba en el aposento su ténue y misteriosa claridad, alumbrando aquella escena, tan sencilla como patética. El anciano caballero invocó la proteccion de Dios en favor de la que habia sido su compañera en la dicha y en la adversidad, de la madre de sus hijos. Dos lágrimas rodaron por las mejillas del hidalgo, tierna y sin-

cera despedida del esposo y del padre. En su fervorosa oracion, Jiron Manuel unió á los nombres de sus hijos el de la jóven querida en quien veia únicamente un recuerdo de la muger á quien habia amado en su juventud y á quien lo unian, sin embargo, vínculos estrechos que no debia conocer jamas.

Pagado aquel tributo á sus afectos, Jiron Manuel se puso en pié, enjugó sus lágrimas y fué á reunirse con el Presidente, tan sereno, como si no torturase su alma un secreto y cruel presentimiento. Se dirigieron hacia Palacio, donde se quedó el Conde, que en su efusion, no hallaba palabras bastantemente expresivas para significar á Jiron toda su gratitud. El anciano contestó con noble y sencilla dignidad, y acompañado del jóven Aguilar, se encaminó á la casa de Loaiza, donde estaba situado el cuartel general de los del Presidente.

Sin perder momento, comenzó á tomar disposiciones como para un combate, pues por la relacion de los sucesos ocurridos, consideraba muy probable que el enemigo intentara un golpe de mano. Inspeccionó las armas, distribuyó la gente en los sitios que convenia cubrir y acompañado de unos pocos jóvenes caballeros que quedaron disponibles, se situó en un punto de los que podian considerarse mas peligrosos.

No pasó un cuarto de hora desde la llegada de Jiron sin que tuviese la plena confirmacion de sus sospechas. Apenas habian dado las cuatro en los relojes públicos, cuando un peloton de gente armada se precipitó sobre los puestos avanzados de los del Presidente, con tal ímpetu y brio, que, no obstante estar bien preparados, no pudieron resistir tan vigorosa acometida y tuvieron necesidad de replegarse. Pero lejos de desalentarse los amigos del capitan Peraza, al ver arrollados á los que cubrian su primera línea de defensa, cobraron nuevo ánimo y comprendieron que tenian que habérselas con adversarios nada despreciables. En efecto, Andrés Mo-li-

nos por una parte, y el hijo de Sir Francis Drake, por otra, se habian arrojado como leones furiosos sobre los que guarnecian los improvisados parapetos en las bocacalles. Pronto se hizo general el fuego de la mosquetería, y habiendo logrado los del Visitador salvar las trincheras, se empeñó una lucha cuerpo á cuerpo, confundiéndose en la obscuridad los combatientes de uno y otro bando.

El maestro Basilio Molinos y Don Judas Patrañ, atentos á aprovechar cualquiera oportunidad que se les presentase para escaparse de su incómodo escondrijo, salieron al oir las primeras descargas, y encontrando la casa desierta, pues la gente toda se hallaba afuera, se lanzaron á la calle, acertando á suceder esto en el momento en que los del Visitador penetraban en el recinto cerrado por los fortines. El barbero conservaba su sangre fria; pero no así el escribano, que temblaba al ver que no habia escapado de un peligro, sino para dar en otro no menos grave. El maestro Basilio fué avanzando poco á poco, pegado á la pared, á fin de no ser descubierto y procurando reunirse á los que atacaban, á quienes consideraba como amigos. Don Judas, lleno de terror, iba y venia de un lado á otro, y en una de tantas evoluciones se encontró envuelto entre una partida de los del Presidente, que lo hicieron prisionero. Preguntado que hacia allí, el desventurado escribano balbuceó algunas frases inconexas, que parecieron muy sospechosas al oficial que mandaba la guerrilla. Hizo que lo registraran y se le encontraron en los bolsillos los instrumentos que habian servido para desclavar las tablas del desvan. Esa circunstancia despertó graves sospechas y habiéndosele aproximado á la cara la luz de una linterna, vieron con asombro que era nada menos que el escribano del Visitador. Otros dos ó tres jóvenes caballeros que acudieron llamados por el que tenia en su poder aquella buena alhaja, formaron allí mismo una especie de consejo de guer-

ra y decidieron que Don Judas Patraña debia ser precisamente el autor del robo de la caja, el del horrendo proyecto de hacer volar la casa con todos ellos adentro y que ademas debia andar mezclado en lo de la desaparicion del capitan Peraza.

Formulados aquellos tres gravisimos cargos, decidieron, sin mas ceremonia y considerando inútil todo trámite, ahorcar á Don Judas en el altillo de una de las casas contiguas. Se buscó un lazo, subió un soldado á atarlo al balcon del altillo, mientras los otros, cargando con el escribano, que estaba ya medio muerto, lo llevaron al sitio de la ejecucion; atáronle la cuerda al pescuezo y lo fueron izando hasta levantarlo á unas cuatro ó cinco varas del piso de la calle. Asi acabó su papel ese personaje, harto importante en nuestra historia.

Mientras se ejecutaba aquella sentencia del modo expedito y breve que hemos visto, seguian batiendose los contendientes con igual denuedo. El maestro Basilio Molinos, arrastrandose á lo largo de las paredes, avanzaba muy poco á poco, y cuando estuvo ya cerca de los que atacaban, saltó como un gato y corrió hacia ellos gritando:

—¡Viva el Visitador!

Viendo aquel bulto negro que se precipitaba sobre ellos gritando, los soldados temieron fuese alguna traicion y prepararon unos los mosquetes y otros las lanzas. El barbero habria concluido alli su historia, á no haber conocido su voz Francisco Molinos, que estaba poco distante y que alcanzó á ver que los suyos se disponian á acabar con su tio.

—Deteneos, gritó; nadie lo toque; es de los nuestros.

La órden fué muy oportuna, pues cinco ó seis picas iban ya á atravesar el cuerpo del viejecillo, que casi creyó sentir el frio del hierro en sus carnes. Francisco avanzó hacia el maestro Basilio y le dijo:

—¿Como es que os hallais entre esas gentes?

—Eso es largo de contar, contestó el barbero; bas-

te saber que vine con el objeto de ahorraros trabajo á ti y á los tuyos; pero el diablo, sin duda, proteje á ese condenado capitan, que ha escapado de una buena.

— ¿Y hacia que punto se halla ese hombre? preguntó Francisco con voz de trueno.

El barbero ignoraba hasta aquel momento que el capitan Peraza estaba muy lejos de la casa que él habia intentado volar. Creia que Don Fernando estaba aun á la cabeza de los que sostenian la causa del Presidente, y bajo la impresion de este error, contestó á la pregunta de su sobrino:

— El tal Don Fernando, dijo, está situado frente á la casa de la familia de Loaiza que sirve de cuartel general á esos desalmados. He visto el grupo de caballeros, que se distinguen de los demas por las armas y por los trajes, y no me cabe la menor duda de que alli debe estar el gefe de esa canalla.

Francisco Molinos no aguardó mas. Ardiendo en ira, se lanzó hacia el punto designado, siguiendolo unos pocos de los suyos. El barbero se quedó oculto en el hueco de una puerta, aguardando ver el resultado de la embestida que iba á dar su sobrino. Pero no bien hubo desaparecido el hijo de Sir Francis Drake, cuando vió el barbero aproximarse hacia el punto donde él estaba situado, un grupo de hombres conduciendo á un herido que lanzaba quejidos lastimeros. Basilio creyó reconocer la voz de su hermano Andres y corrió á encontrar el peloton de gente que se acercaba. Era en efecto el herrero, que acababa de caer atravesado por dos balas de arcabuz, y á quien se conducia espirante ya. Llevaronlo hasta la grada de la puerta donde se habia acogido el barbero, que tomó en los brazos á su hermano, llamandolo con acento conmovido:

— Andres, Andres, soy yo, tu hermano Basilio, ¿no me reconoces?

El herrero hizo un esfuerzo extraordinario, y diri-

giéndose á los que lo habian transportado á aquel sitio les dijo:

—Retiraos por un momento, amigos; dejadme solo con mi hermano.

Apartaronse todos y formaron un semicírculo en torno de los dos hermanos.

—Basilio, dijo Andres con voz apenas perceptible; voy á morir y Dios sin duda te ha traido á mi lado en este último instante de mi vida. Sabes que Francisco no es hijo mio: su padre era el pirata Drake y su madre una señora española, que me lo confió, junto con sus papeles y sus riquezas. Francisco es, en Dios y en conciencia, dueño absoluto de casi todo lo que yo poseo. Toma la llave del arca que contiene esa riqueza. Ha aquí tambien la de mi herrería; busca en el trozo de madera que sostiene el yunque, un botóncillo, que está en la parte que mira á la fragua. Oprimelo con fuerza, se abrirá un sótano: allí está el cofre: pero cuida.

El barbero no pudo ya percibir las últimas palabras de su hermano, que nombrando á Genoveva dos ó tres veces, espiró en los brazos de Basilio.

Encontrábase este con un cadáver y poseedor de un secreto que suponia no habia sido revelado mas que á él. Colocó la cabeza inanimada de su hermano en la grada y apoyando la suya en ámbas manos, permaneció un momento entregado á la mas profunda meditacion.

De repente se puso en pié, y llamando á los soldados de Andres, les dijo:

—Mi pobre hermano ha dejado de existir; es necesario alejar de aquí su cadáver, ántes de que venga mi sobrino, pues esa desgracia podria hacer desfallecer algun tanto su ánimo. Hacedme favor de conducirlo á su casa, mientras yo preparo á Francisco á recibir este golpe.

Acudieron los soldados de Andres Molinos y levantaron el cadáver, derramando lágrimas. Todos ellos eran

oficiales de la herreria y amaban á su maestro, aunque no lo veian sino raras veces; siendo Francisco, segun hemos dicho, el verdadero gefe del taller.

Apenas hubieron desaparecido y vuelto el barbero á sus cavilaciones, oyó á alguna distancia un gran rumor de voces, como por el punto que habia tomado Francisco, y fijando la atencion, percibió clara y distintamente vitores y aclamaciones. Era el hijo de Sir Francis Drake, que regresaba vencedor.

En efecto, mientras su padre adoptivo exhalaba el último aliento, Francisco Molinos, ansioso de habérselas cuerpo á cuerpo con el capitan Peraza, se dirijió hacia el punto que el barbero acababa de indicarle, creyendo encontrar allí al que era objeto de su saña. Jiron Manuel, acompañado de algunos de los jóvenes caballeros amigos de Don Fernando, daba sus disposiciones con la mas completa tranquilidad, para rechazar el impetuoso ataque de los partidarios del Visitador.

El valiente herrero, armado con una enorme espada, que él manejaba como si fuera una pequeña daga, se adelantaba hacia el grupo, comprendiendo quienes eran los que lo formaban, por las plumas de los sombreros y por las espadas que veia relucir en la obscuridad.

— ¿Donde está el que se llama vuestro gefe?, gritó el hijo de Drake con voz enronquecida por la cólera.

— Aqui, contestaron los hidalgos, poniendose en guardia para defenderse.

Pronto se trabó un combate reñido y terrible entre unos y otros. Jiron avanzó hasta cruzar su espada con la de Francisco, y no tardó en comprender el anciano caballero que se las habia con un adversario tan ágil como vigoroso, aunque no muy experto en el manejo de la espada. Francisco peleaba como un leon y su extraordinaria fuerza suplia por la destreza que le faltaba. Aquel mortal combate duró unos diez minutos; el ancia-

no comenzaba á fatigarse y con dificultad paraba ya los tremendos tajos de la enorme espada de su enemigo. El herrero advirtió la ventaja que habia alcanzado y se propuso aprovecharla. Tiró una estocada aparente con el objeto de engañar al caballero, y cuando este se ocupaba en pararla, Francisco levantó con ámbas manos su arma terrible y descargandola sobre la cabeza de Jiron Manuel, este no tuvo tiempo de evitar el golpe, que le hendió el cráneo casi en dos mitades. Cayó sin exhalar un gemido, y al momento fué rodeado por los jóvenes, que abandonaron la lucha en que estaban empeñados, para socorrer á su gefe. Era tarde: el noble y leal caballero no era ya mas que un cadáver. Los compañeros de Francisco quisieron continuar el combate; pero este los detuvo, diciendoles:

—Basta, dejadlos; hemos concluido por esta parte; vamos á buscar á mi padre.

El herrero y los suyos, algunos de los cuales estaban heridos, volvieron la espalda al grupo de jóvenes que abrumados por el dolor, conducian el cadáver á la casa de Loaiza. Francisco, luego que se reunió con el resto de sus gentes, pidió noticia de su padre, y nadie se atrevió á darselas. Con esto, y viendo que los partidarios del Presidente, desalentados sin duda con la muerte de su gefe, se habian replegado á la casa que les servia de cuartel general, el herrero creyó haber hecho bastante para considerar terminado su compromiso. Se juzgó, pues, en libertad para aprovechar aquel momento é ir á buscar los papeles en los cuales constaba su orijen y cuya existencia en el sótano de la herreria le habia revelado el Visitador.

Eran las cinco; Francisco calculó que una hora le bastaba para ir y volver, y encargando á uno de sus mas fieles y valientes compañeros que reuniese la gente y le participase la muerte del capitan Peraza, se dirijió solo

hacia la calle ancha.

Para la mejor inteligencia de los sucesos que debemos referir, diremos que el maestro Basilio Molinos, á quien dejamos cavilando despues de la muerte de su hermano, luego que se alejaron los que conducian el cadáver, entró en cuentas consigo mismo y formó el proyecto de apoderarse al menos de una parte considerable de aquella riqueza que habia pertenecido á un pirata. Hizose la reflexion de que Francisco, trabajador y poco amigo de la ostentacion, no necesitaba de gran cosa, y que Genoveva tenia en su belleza y en la proteccion de la familia de Jiron Manuel, lo suficiente para asegurarse una vida feliz, ya que no se realizase la brillante boda que él le procuraba. Por otra parte, él se encontraba anciano, poco apto para trabajar y despojado de cuanto poseia, por su empeño en servir á los suyos; y de todas estas consideraciones dedujo que podia, en conciencia, apoderarse de las tres cuartas partes del caudal de su hermano, dejando la otra cuarta parte á sus sobrinos.

Tomada tan justa determinacion, y recordando que decia su abuela: el muerto al hollo y el vivo al bollo, dispuso ir inmediatamente á la herreria y buscar en el sótano el cofre que guardaba el tesoro del difunto herrero. Esto pasó precisamente al mismo tiempo que Francisco resolvia ir á ejecutar igual pesquisa en el subterraneo, aunque con diferente objeto.

Tio y sobrino se encaminaron, pues, al mismo sitio, ignorando el uno y el otro que la caja fatal que iban á abrir contenia una pistola cargada y amartillada, que debia causar la muerte del que la abriera sin saber el secreto indispensable para evitar aquella catástrofe. Dos personas solamente conocian aquel secreto: El Visitador y Andres Molinos. El uno no quiso revelarlo á Francisco al proporcionarle los medios de encontrar los documentos que acreditaban su orijen. Aquel hombre de entrañas de

roca pretendió deshacerse asi del que habia sido dócil instrumento de sus perversas maquinaciones; al otro, la muerte le cortó la palabra cuando iba á revelar á Basilio el medio de evitar la desgracia á que se exponia. Uno y otro corren, pues, en pos de un desastre. ¡Dios sabe quien llegará primero!

CAPITULO XXXVI.

El Visitador y Genoveva.—El nuevo caudillo.

EL Visitador, al entregar á Francisco Molinos la llave de la caja de su padre adoptivo, cuidó, como hemos visto, de exijirle juramento de que no iria á buscar los papeles, mientras no estuviese concluida la empresa en que se hallaba empeñado. Esto tenia un doble objeto: que el hijo de Sir Francis Drake no se separase de las gentes á quienes acaudillaba en los momentos tal vez en que su presencia podia ser mas necesaria, y que no fuese á la herreria, al menos en aquella madrugada.

Don Juan de Ibarra, que segun hemos dicho, habia encendido una ardiente pasion en el alma impresionable y tierna de Genoveva, fué sintiendose gradualmente interesado por esta hermosa y discreta jóven, cuyas cartas le revelaban toda la intensidad de su amor. Pero desgraciadamente el sentimiento que el Visitador podia ex-

perimentar por una muger, estaba muy distante de corresponder á lo que merecia la noble pureza de la *flor del Pensativo*. Era tan diferente la inclinacion que sentia Don Juan hácia Genoveva de la que le hizo experimentar Dña. Estela de Zúñiga, cuando la vió por primera vez en el puente de Triana, en Sevilla, que él mismo no podia equivocarse sobre la diversa naturaleza de aquellos dos afectos. El que le inspiró la que vino despues á ser su esposa, habia nacido y criadose en la parte moral de su ser; el que concibió por la bella hija adoptiva del herrero Molinos, brotó y residia únicamente en los sentidos.

Don Juan, dominado por aquel sentimiento, habia dado una cita á Genoveva; y la pobre jóven, incapaz de negar cosa alguna al que ejercia sobre ella tan terrible imperio, no vaciló en acudir al punto designado. Era este la herreria de su padre, á donde debia pasar por la puerta que, como hemos dicho, comunicaba la antigua cochera con la casa de Jiron, donde, segun sabemos ya, residia Genoveva Molinos, acompañando á la madre de su amiga, desde que esta se retrajo completamente del trato con su familia.

El Visitador, despues que hubo encerrado en el sótano al capitan Peraza y comunicado al hijo de Sir Francis Drake la órden de atacar á los partidarios del Presidente, pasó á su casa, donde permaneció una hora, y en seguida se dirijió otra vez á la herreria, á aguardar la llegada de Genoveva. Hizose esta esperar, pues en el instante en que se disponia á salir de su habitacion, escuchó rumor de voces en el gabinete contiguo á la alcoba de Don Francisco Jiron Manuel. Quiso averiguar lo que causaba aquella novedad, y habiendose acercado de puntillas á la puerta que daba al corredor, oyó perfectamente la voz del Conde y la del caballero Aguilar, que hablaban con su protector. Las pocas frases que pudo percibir, la pusieron al corriente del objeto de la visita del

Presidente, y á poco rato vió salir á los tres.

Entonces se dirijió al interior de la casa, y con la llave, de que le habia sido muy fácil apoderarse, pues las tenia todas á su disposicion, abrió la puerta que daba á la herreria.

Alli estaba Don Juan, sentado en un banquillo junto á la fragua, con la cabeza apoyada en ambas manos. Genoveva contempló á la luz de una linterna que el Visitador habia colocado sobre el trozo de madera que sostenia el yunque, aquel semblante que perdia para ella su expresion satánica, revistiendola de una interesante y simpática melancolia. La pobre alucinada recordó el momento en que habia visto por la primera vez á aquel hombre, á la incierta luz del crepúsculo de la tarde, en el momento en que tan noble y generosamente expusiera su vida pór ella. Trajo á su imaginacion, vivamente excitada, las palabras de amor que le habia dirijido y sobre todo aquella oferta de ser su esposo que ella rechazara por una quizá mal entendida delicadeza. Pesábale ya de no haberla aceptado, pues conocia que la existencia sin aquel hombre le era insoportable.

Bajo la impresion de aquellos recuerdos y en la disposicion de espiritu que hemos indicado, Genoveva Molinos, ébria, loca de amor, sintiendo el infierno en su corazon y en su cabeza, avanzó hacia Don Juan, que sin moverse de su sitio, parecia arrastrarla con su mirada fascinadora; y cuando estuvo junto á él, cayó de rodillas, pálida y temblorosa, y con voz balbuciente exclamó:

— ¡Unidos! unidos hasta la muerte!

. . . . . .

— ¿Por qué has tardado tanto en venir, alma mia? dijo Don Juan, un momento despues.

— Ah señor! contestó la jóven, ¿no sabeis? parece que suceden esta noche cosas muy extrañas. El señor Presidente ha venido hace un momento, acompañado del

caballero Aguilar y ambos tuvieron con Don Francisco Jiron una conversacion que procuré escuchar, considerando que pudiera interesaros. Mi protector ha salido junto con los otros y ha ido á ser gefe de los que combaten por el Presidente.

El semblante de Don Juan se transformó al escuchar lo que le referia Genoveva; succediendo una expresion marcada de cuidado y de preocupacion al abandono afectuoso que aparentaba poco antes.

— ¿Que Jiron ha ido á ponerse al frente de los que sostienen la causa del Conde, decis?; exclamó poniendose de pié y rechazando bruscamente á la jóven, que apoyaba la cabeza sobre las rodillas del Visitador.

— Si, contestó Genoveva, espantada al advertir el aire feroz de aquel semblante, tan amoroso y tierno hacia un momento. ¿Y que veis en eso de extraordinario? añadió. ¿No ha seguido siempre la causa del Presidente?

— Con esto no habia yo contado, dijo Don Juan, como hablando consigo mismo. No crei que despues de lo que ha ocurrido entre ellos, se atreviera á llamarlo. Jiron á la cabeza de las fuerzas, puede hacer dudoso el éxito del combate. Los demas son unos niños, él es un hombre. No hay que perder tiempo. Adios.

— ¿Y os vais así, dijo la jóven, conteniendo con dificultad las lágrimas, próximas á escaparsele; ¿os vais sin dirijir siquiera una mirada á la que debeis ver de hoy mas como vuestra esposa ante Dios, que ha oido vuestro juramento?

El Visitador volvió la cara hacia Genoveva y con una sonrisa que tenia algo de infernal contestó:

— Vamos, os creia yo menos despierta; pero ya veo que no habeis aprendido mal las lecciones de ese viejo tunante de vuestro tio.

Y diciendo asi, tomó la linterna y salió de la herreria.

Genoveva se quedó fria é inmóvil como una estátua de mármol. Permaneció en aquella actitud durante dos minutos, y de repente poniendose de pié, gritó con el acento de la desesperacion:

—¡Engañada! ¡Perdida!, y lanzando una carcajada convulsiva, que hizo retumbar la bóveda, corrió hacia la puerta que comunicaba con el interior de la casa y desapareció.

Un momento despues sonó una llave en la cerradura de la puerta de la herreria, se abrió y dió paso á un hombre, que por medio de un eslabon y un pedernal hizo fuego, encendió una pajuela y despues un cabo de vela colocado en una linterna. Aquel hombre se dirijió sin titubear hacia el trozo de madera que sustentaba el yunque, pasó la mano con el mayor cuidado por la parte del poste que daba hacia la fragua, oprimió un botoncillo, giró el enorme trozo y dejó descubierta la boca del sótano. El hombre acercó la linterna y habiendo descubierto en el primer peldaño de la escalera el objeto que buscaba, lanzó una exclamacion de júbilo.

En aquel momento volvió á oirse el ruido de la llave en la cerradura, abriose la puerta, que habia cuidado de cerrar el que acababa de entrar y apareció otro individuo, que al desembozarse, descubrió una linterna sorda que llevaba. Dirijiose precipitadamente hacia el poste que sostenia el yunque y asombrado al advertir que estaba abierta la boca del subterraneo, se lanzó hacia ella. Pero al acercarse oyó la detonacion de una arma de fuego y un ruido como de algun objeto que rodase por la escalera abajo. El recien llegado descendió los peldaños de dos en dos, pasando sobre la caja abierta y cuando hubo llegado al piso del sótano, tropezó con el cuerpo de un hombre. Inclinose para reconocerlo: era el maestro Basilio Molinos, que tenia el pecho atravesado por una bala. Francisco, pues él era el que acababa de llegar, permaneció un momento estupefacto en presencia de aquel

suceso; y aunmentó su aturdimiento cuando al levantar la cabeza, que habia inclinado para reconocer el cadaver, se encontró frente á frente con el capitan Peraza.

Fué tal la sorpresa, el asombro que experimentó Francisco, al ver delante de si á aquel hombre á quien creia haber abierto la cabeza y dejadolo sin vida, que á pesar de su natural impavidez, el hijo de Sir Francis Drake se quedó sin poder proferir una palabra ni hacer el mas ligero movimiento. El capitan por su parte no comprendia lo que pasaba; habia oido rechinar la puerta del sótano, y cuando se aprestaba á salir de aquel encierro que se le hacia ya insufrible, vió bajar al viejo barbero, que dejó su linterna en la boca del subterraneo y abrió la caja. En seguida oyó un tiro como de pistola y vió rodar el cuerpo inanimado. Don Fernando comprendia aun menos la repentina aparicion del herrero; pero como no era hombre para detenerse en largas reflexiones y por otra parte ardia en deseos de verse libre de aquella maldita ratonera, saltó sobre el cadáver del barbero y sin hacer el menor caso de Francisco, subió la escalerilla y cuando estuvo en la herreria, buscó la puerta, que encontró sin llave y salió á la calle.

Entre tanto el hijo de Sir Francis aproximó la linterna á la caja y vió al momento el arma homicida que habia causado la muerte del infeliz hermano de su padre adoptivo. Su inteligencia en la cerrageria le hizo comprender al momento el ingenioso mecanismo empleado para guardar lo que contenia aquel cofre, y dijo:

— No hay mas que dos hombres que puedan haber hecho esto: mi padre y yo.

Luego surjió en su imaginacion una idea muy natural y añadió:

— Pero el Visitador, que sabe perfectamente lo que aqui se encierra, que me lo ha revelado y proporcionadome los medios de encontrar esos papeles, ¿ignoraba acaso el inevitable peligro á que exponia mi vida?

Sin poder resolver satisfactoriamente aquella duda, Francisco se hizo á si mismo otra pregunta:

— ¿Como es, dijo, que mi tio poseia la llave de esta caja, que mi padre guardaba con tan extraordinarias precauciones y cómo el que se la proporcionó le ocultó el terrible secreto que encierra?

Despues de haber cavilado inutilmente durante un rato, Francisco tomó su partido. Buscó en el fondo de la caja los documentos que deseaba poseer y no tardó en dar con ellos. Asombrado al ver la considerable riqueza que el cofre encerraba, no tuvo, sin embargo, la mas ligera tentacion de tomar cosa alguna de aquel tesoro, de que sabia era él verdadero dueño, segun el informe minucioso que le diera el Visitador. Luego que tomó los papeles, cerró la caja con llave, se ató la linterna á la cintura y echandose á cuestas el cadáver del barbero, salió del subterraneo, cuya entrada volvió á cerrar.

Francisco deseaba colocar aquellos documentos, para él de un precio inestimable, en un lugar seguro; y como por otra parte consideraba urjente volver á ponerse al frente de los suyos, visto que aun vivia el capitan Peraza, resolvió conducir á casa de su padre el cadáver de su tio, guardar los papeles y salir inmediatamente.

Hízolo asi, encaminándose à su casa y le llamó la atencion encontrarla abierta tan de madrugada. Penetró hasta la sala y se presentó á sus ojos un espectáculo doloroso: el cuerpo inanimado de su padre, acribillado de heridas y tendido en el suelo, en medio de cuatro velas. Dejó caer el cadáver del barbero y corrió como un loco por la casa, pidiendo se le explicase aquella horrorosa desgracia. El infeliz tardó poco en saber que media hora antes habian conducido los oficiales de la herreria que acompañaban á Andres Molinos, el cadáver de este, diciendo que su maestro habia sido muerto en el ataque. Francisco preguntó por Genoveva, y se le contestó que á pesar de haber sido llamada, no habia acudido, ignorán-

dose su paradero. Abrumado bajo el peso de tantos desastres, el desventurado se lanzó á la calle, resuelto á buscar la muerte.

Apenas hubo dado unos pocos pasos en direccion al punto donde habia dejado á sus gentes, vió á la pálida luz del crepúsculo, á una muger que parecia encaminarse hácia la casa de Andres Molinos. Luego escuchó una especie de lamento y percibió distintamente estas palabras:

— Abridme paso. ¡Yo soy la esposa del Visitador!

Francisco se estremeció al oir aquellas palabras, pues le pareció reconocer la voz de Genoveva. Era ella en efecto. Pálida, desencajada, como si hubiese sufrido una larga y penosa enfermedad, la pobre jóven se habia trasformado en el corto espacio de una hora. La mirada de sus grandes ojos era incierta y vaga, sus movimientos bruscos y convulsivos; su paso, ora lento, ora precipitado, y la voz ronca de tanto gritar.

Desde que escuchó en la herreria las crueles palabras de Don Juan de Ibarra, el espíritu impresionable y delicado de aquella jóven, hija de un hombre que como hemos dicho, estuvo sujeto á graves ataques de enagenacion mental, recibió una impresion de tal modo violenta, que originó instantáneamente un completo extravio de la razon. Salió de la casa, apartando á los criados que la veian llenos de asombro y se marchó repitiendo las palabras que Francisco acababa de oirle. Recorrió las calles gritando y se dirijió á casa de Don Juan. Parose delante de la guardia que la custodiaba y con aire imperioso dijo:

— Abridme paso. Yo soy la esposa del Visitador.

La pobre loca fué rechazada por los soldados y huyó, repitiendo el mismo grito en tono lastimero.

— Genoveva! hermana mia! exclamó Francisco, abriendo los brazos para estrechar á la infeliz, cuando acabó de reconocerla.

— ¡Ah! ¿eres tú? contestó ella, poniendo sus dos manos en el pecho del hijo de Sir Francis. Parabienes, Fran-

cisco, añadió con risa convulsiva. Ahora ya podrás casarte con Margarita Jiron. Yo arreglaré eso; ¿sabes que soy la esposa del Visitador? Nuestro padre obtendrá la encomienda que le negó el Presidente y nuestro tio recobrará lo que ha perdido.

— ¡Nuestro padre, exclamó Francisco, ya no existe! Ha muerto en el combate de esta mañana.

— ¡Muerto dices! replicó la loca; muerto por él; por mi marido, por el Visitador!; y diciendo esto, se desprendió de los brazos de su hermano y corrió hácia la casa de su padre.

El hijo de Sir Francis Drake inclinó la cabeza sobre el pecho y lloró de dolor y desesperacion. El desventurado comenzaba á entrever que el hombre por quien habia expuesto su vida, era el autor de tantos desastres. Apenas hubo brotado en su espíritu aquella vaga sospecha, Francisco se encaminó hácia una puerta, se dejó caer en la grada y apoyó la cabeza en ambas manos, con la expresion del mas profundo abatimiento.

Dejemos por un momento á aquel infeliz entregado á sus cavilaciones y veamos lo que pasaba entre tanto en el sitio donde habia tenido lugar el combate.

Replegados los que sostenian al Presidente á la casa que les servia de cuartel general, celebraron junta de guerra, para acordar lo que debia hacerse. Encontrábanse sin gefe, despues de la muerte de Jiron, y como ignoraban completamente el paradero del capitan Peraza, se hacia mas y mas urgente el encontrar un caudillo que los reuniera y reorganizara.

Despues de haberse indicado varias ideas, Loaiza propuso se pidiese al Presidente una órden formal para que se pusiese en libertad á los jóvenes que permanecian presos desde la cencerrada. El Conde no se habia atrevido hasta entonces à hacerlos sacar, por no ofender muy directamente al Visitador, á quien habian insultado, conviniéndole guardar las apariencias hasta el último momen-

to. Pero despues de las ocurrencias de aquella mañana, cualquier género de miramiento rayaria en necedad; y asi, contábase con que el Presidente expediria la órden. Habia entre los presos dos ó tres sujetos, aunque jóvenes, de importancia por sus familias y por sus prendas personales y se creia, por tanto, que servirian de mucho en las circunstancias.

Cuando se disponia á salir un mensajero que iba á hablar con el Presidente sobre la idea convenida, el jóven Aguilar tomó la palaba y dijo:

— Me ocurre un pensamiento, caballeros. Hace algunos meses corrió el rumor, que todos hemos oido, de la llegada de un personage misterioso que venia de Méjico, que procuró avistarse con el Presidente, en los dias en que este se hallaba confinado en Jocotenango, y que reducido á prision en un estrecho calabozo de la cárcel de corte, nadie sabe quien es, aunque de las precauciones con que se le guarda, se infiere que es algun sujeto de grande importancia, enemigo acérrimo del Visitador. Pidamos al Sr. Conde una órden para que se ponga en libertad á ese personage y hagamoslo nuestro caudillo.

Los demas jóvenes, ávidos de novedad y urjidos por la necesidad apremiante de proveerse de un gefe, acogieron con entusiasmo la idea de Aguilar, que fué despachado en el acto á arreglar el asunto con el Presidente.

Este ignoraba, como todos, quien fuese el misterioso prisionero de quien tanto se habia hablado en los dias de su captura; y suponiendo que debia ser sujeto de importancia, consideró oportuna la indicacion. El Conde y los que sostenian su causa habian llegado á una de aquellas situaciones extremas en que los partidos están dispuestos à acojer cualquier absurdo, con tal de que presente alguna lijera vislumbre de esperanza; y asi, imaginábanse encontrar en el desconocido prisionero un salvador deparado por la providencia. La hora de las dudas y de las consideraciones habia pasado ya, y de consiguiente, el

Conde extendió y firmó en el acto la órden de que se pusiese en libertad á los jóvenes caballeros presos por la cencerrada y al sujeto á quien se mantenia incomunicado en un calabozo por órden directa del Visitador y cuyo nombre y cualidades se ignoraban. Corrió Aguilar con la órden y logró que fuese obedecida. Libres los jóvenes, fueron informados de los acontecimientos de aquella mañana y del gran proyecto de poner á la cabeza de los medio derrotados partidarios del Conde al sujeto insigne que se hallaba encerrado en una estrecha prision, por órden de su perseguidor.

Con grande algazara pasaron los atolondrados mancebos al calabozo donde estaba el mesonero de Sololá, Martin Tachuela, convertido, sin sospecharlo siquiera, en un gran personage, esperanza y sostén del gefe del reino y de todos los que seguian su causa. Abriéronse con estrépito las puertas de la bartolina y se precipitaron en ella los jóvenes caballeros, que formaron círculo en torno del mesonero de Sololá. Aguilar tomó la palabra y en una bien peinada arenga, cuyas dos terceras partes no entendió Tachuela, lo invitó á ponerse al frente de los partidarios de la autoridad real. El héroe improvisado, aunque rústico, no era falto de viveza natural, como ha podido advertirse por la conducta que observó cuando por la primera vez apareció en escena en esta historia. Tenia ademas una buena dósis de codicia y consideró la ocasion como de perlas para salir de pobre.

Concluida la arenga, Tachuela se estiró, tosió dos tres veces, sacó el pañuelo, se sonó y dijo:

—Veremos.

Los concurrentes prorrumpieron en las mas entusiastas aclamaciones y salieron comentando cada uno á su manera aquel "veremos", que declaraban palabra profética y profunda, llena de cordura y significacion, preñada de esperanzas para el porvenir.

El mesonero del Idolo fué conducido á la casa que

servia de cuartel general á los abatidos y desconcertados partidarios del Conde, por quienes fué recibido y aclamado cual otro Macabeo. Soltaba de vez en cuando alguna palabra tan importante como la que dijo en la cárcel, y siempre hallaba quienes se encargasen de comentarla y de descubrir los tesoros de incógnita sabiduria que encerraba. De primas á primeras el héroe fué condecorado con el pomposo título de General; y jóvenes hidalgos que en cualquiera otra ocasion se habrian desdeñado de contestar á un humilde saludo suyo, lo escuchaban como á un oráculo y se decian dispuestos á derramar por él hasta la última gota de su sangre.

Uno de tantos hizo la muy obvia observacion de que nadie sabia el nombre de Su Señoria, (pues tal era el tratamiento que le daban ya,) y con mil precauciones oratorias hubo al fin de preguntársele quien era y como se llamaba.

— Martin Tachuela, contestó él, dueño del Idolo de Sololá.

— Don Martin de la Tachuela, dijo uno de los que estaban mas próximos, señor de la famosa estancia llamada el Idolo, en el partido de Sololá.

Con aquella variante que daba un aire enteramente aristocrático al aclamado caudillo, corrió de boca en boca el nombre y apellido y la condicion del héroe, de quien ya se contaba una larga historia de proezas militares.

No faltó tampoco quien observara que el General no podia ni debia pelear á pié, y al momento le fué presentado un hermoso caballo, de raza andaluza, enjaezado con una rica montura. El animal hizo entender su brio en los corcobos y los saltos que dió para que lo montara Don Martin, quien no las habia visto mas gordas en todos los dias de su vida. A fuer de historiadores imparciales, tenemos que confesar que el héroe tuvo miedo; pero hizo prodigios para disimularlo y por fortuna su palidez se atribuyó á la ira patriótica que ardia en su noble

alma. El caballo era corpulento y el general muy chico; y por tanto, aunque hizo dos ó tres embites para pescar el estribo, no lo lograba, hasta que Loaiza hubo de tomarlo en peso y lo encajó en la silla. Pusiéronle una espada desnuda en la mano derecha, y en la izquierda, que sostenia al mismo tiempo la brida, un estandarte con las armas reales.

— ¡Ea, señor General! exclamó Loaiza, montando á caballo junto con sus compañeros, conduzcanos V. S. á la victoria.

— Vamos á la victoria, dijo Tachuela, mas muerto que vivo, y todo embarazado con la espada, con la rienda del caballo y con el estandarte.

Ruidosas aclamaciones acogieron aquellas enérjicas palabras, y al mismo tiempo resonaron los ecos de un clarin y de un tambor, en cuyos instrumentos consistia toda la música marcial de aquel bizarro ejército. Quiso la desgracia que el caballo, naturalmente brioso, se asustó con aquel ruido, y pegando dos ó tres terribles botes, lanzó por los aires al ginete, con todo y espada y estandarte.

En aquel momento apareció el capitan Peraza, que vió tan extraña escena y no acertaba á comprender como sus amigos estaban para divertirse en tan apuradas circunstancias. El no sabia que no se trataba de una broma, y que tenia ya un sucesor, que le habia usurpado el puesto, sin saberse como ni por qué.

— Tenemos ya un gran gefe, dijéronle sus amigos.

— ¿Quien? preguntó Don Fernando asombrado; ¿ese que se ha caido del caballo?

— Si, el que se ha apeado, contestaron los otros.

El capitan no aguardó á oir mas. Envainó su espada y les volvió la espalda.

CAPITULO XXXVII.

Hijo y padre.—El dedo de Dios.

Los entusiastas aclamadores de Martin Tachuela volvieron á colocarlo en la silla, y á fin de evitar otro percance, les ocurrió atarlo fuertemente, con lo cual podria resistir los botes y escarceos del animal indómito. Aseguraronle tambien, por medio de unas cintas, la espada en la mano derecha y el estandarte real en la siniestra; hecho lo cual, apareció el improvisado caudillo, salvas ligeras excepciones, tan airoso y bizarro como el patron de España cuando con marcial continente se dejó ver en la batalla de Clavijo.

Volvieron á resonar clarin y caja y se aprestaron los del Presidente á caer sobre sus adversarios, en cuyas filas se hacia sentir la falta de Andres Molinos y de su hijo adoptivo.

—A ellos, señor General, á ellos! exclamó uno de los jóvenes, asestando al mismo tiempo y con tal cual

disimulo un latigazo al caballo de Tachuela. El impaciente bruto partió como una flecha y tras él los jóvenes caballeros, ansiosos de imitar el ejemplo que les daba su gefe. Los partidarios del Visitador dispararon sus mosquetes y volvieron caras, temerosos de verse arrollados por aquel frenético y por los que lo seguian. El brioso corcel del General volaba sobre los fugitivos, alcanzó á unos cuantos y los apachurró con los cascos, logrando los demas ganar sus atrincheramientos. Aquel hecho fué considerado como un gran triunfo; conviniendo todos en que se debia, despues de Dios, á las acertadas disposiciones y al valor casi temerario del nuevo caudillo. Entre vitores y aplausos fué conducido este al cuartel general, y luego que se le desataron las correas que lo aseguraban á la silla, y las cintas que le ceñian las muñecas, fué conducido á presencia del Presidente, quien desde luego le anunció que el mejor corregimiento del reino seria el premio de sus importantes servicios. Lo mas gracioso de todo ello fué que Tachuela acabó por creer que real y verdaderamente era un heroe, quedando convencidisimo de que habia ganado una gran batalla.

Cuando tenian lugar aquellos acontecimientos, el Visitador, que aguardaba de un dia à otro la llegada del correo con órdenes decisivas de la corte respecto al juicio de residencia, se ocupaba en ejecutar un proyecto que meditaba desde que descubrió en el llamado Dr. Correa á su aborrecido rival Enrique Grantzius. Comprendiendo que tal vez no le era dado ya disponer de mucho tiempo, consideró llegado el momento de poner por obra un acto de cruel y horrorosa venganza que saciara el ódio que lo devoraba. Por medio del espionage que habia entablado desde el sótano de la herreria de Andres Molinos, sabia à que horas acostumbraba Correa encerrarse en su laboratorio, para ocuparse en las operaciones alquimicas. La observacion de muchos dias le dió la plena certeza

de que su enemigo pasaba tres horas por la mañana en su escondrijo, y que era seguro encontrarlo alli desde las cinco hasta las ocho.

Mientras se verificaban, pues, en el barrio de Santa Lucia los acontecimientos de que hemos dado cuenta en la parte final del anterior capitulo y en el principio del presente, Don Juan, que sabia ya la muerte de Jiron Manuel y cuya fisonomia revelaba la impresion que le causaran los últimos sucesos, ciñó la espada y se dirijió á casa del Dr. Correa, con un extraño acompañamiento. Seguialo un cerrajero, con los instrumentos necesarios para romper cerraduras y un maestro albañil con cuatro peones, que llevaban ladrillo, mezcla y los útiles de su oficio.

El Visitador mandó le abriesen la casa del Dr., invocando el nombre del Rey, y se dirijió á la puerta que daba entrada al sótano, donde se encontraba el alquimista, como de ordinario. La puerta estaba cerrada con llave y el cerrajero hizo saltar la cerradura. Entró Don Juan en el laboratorio del alquimista, quedandose afuera los que lo acompañaban.

Correa, ó por mejor decir Eurique Grantzius se puso pálido, al ver delante de si la siniestra y aterradora figura del marido de Estela. Avanzó este lentamente hasta situarse muy cerca del Dr, que no se sintió con fuerzas para moverse de su sitio.

— Al fin, exclamó Don Juan con voz enronquecida por la ira; al fin os tengo en mi poder.

— Supongo, dijo Grantzius temblando, que no habeis venido á asesinarme. Estoy desarmado.

— ¡Asesinaros! replicó el Visitador, con una sonrisa feroz, no; seria una muerte demasiado dulce, y vos debeis morir en medio de los tormentos de la mas cruel de las agonias. Vais á morir de hambre y de sed, olvidado de todos, en esta cueva, digno santuario de esa ciencia mentirosa à la cual habeis pretendido arrancar secretos á que

solo un necio como vos puede dar fé.

— Matadme si quereis, exclamó Grantzius, herido por aquel desden con que hablaba Don Juan de lo que llamaba él obra divina; matadme; pero no blasfemeis de la ciencia.

— Vengo á que experimenteis vos mismo la eficacia de su poder, dijo el Visitador, con risa irónica. Creeis haber alcanzado el medio seguro de ser inmortal, y yo quiero probar quien es mas poderoso, si la muerte ó vos. Adios Enrique Grantzius, asesino de mi honra, verdugo de mi felicidad; adios. Dentro de cuatro dias volveré á ver si las píldoras milagrosas, de las cuales supongo tendreis aqui suficiente provision, alcanzan á evitar la muerte á un hombre privado de toda clase de alimentos. Creo que sobre esto nada han dicho Alberto el Grande, ni Arnaldo de Villanueva, ni Paracelso, y es conveniente ilustrar la materia con el ejemplo del Dr. Grantzius. Volveremos á vernos.

Diciendo asi, el implacable Don Juan salió del sótano. Inmediatamente acudió el albañil y ayudado por sus peones, comenzó á construir á toda prisa, con los materiales que llevaba, una pared bastante sólida, delante de la puerta. Grantzius contemplaba sereno la operacion y dijo á media voz:

— ¡Insensato! No cree en la ciencia, y sin embargo ella me salvará. Dice que ha de volver; pero *el otro*, á quien he llamado, no puede tardar. El hijo me defenderá del padre. Ja, ja, ja!

Y pronunciando aquellas palabras, Grantzius se reia con la expresion de una ironia cruel.

El Visitador no se retiró, hasta que estuvo terminada la obra, y despues pasó al gabinete del Dr. y haciendo que el cerrajero rompiese la cerradura del bufete, se apoderó de todos los papeles que alli estaban.

Pasaron tres dias. Durante ellos, el Visitador hizo ex-

traordinarios esfuerzos para mantener en buen ánimo á sus partidarios, desalentados con la muerte del herrero y con la inexplicable desaparicion de su hijo, á quien no habian vuelto á ver. En efecto, Francisco se encerró en su casa y no tuvo otra ocupacion que meditar sobre los terribles acontecimientos en que se veia envuelto y de los cuales habian venido á ser víctimas, de un modo ú otro, las personas que le eran mas queridas. En su locura, Genoveva habia dejado escapar algunas palabras que revelaron al hijo de Sir Francis la perversa accion del Visitador, y esto hizo arder en indignacion el alma del herrero, que comprendió al fin por completo que él mismo, su hermana, su padre y su tio habian sido victimas de aquel hombre ambicioso, vengativo y cruel. Cuando Francisco llegó á adquirir la certidumbre de la perversidad de Don Juan, formó la resolucion de matarlo y comenzó á tomar sus disposiciones para poner por obra aquella idea.

Pero otros acontecimientos daban un nuevo giro á las cosas. El Visitador no pudo, en los tres dias que siguieron á aquel en que fué á tapiar la puerta del laboratorio del Dr. Correa, examinar los papeles que tomara en el bufete de su enemigo. Pero en la noche del cuarto dia, aprovechó un momento que le dejaron libre las intrigas que lo ocupaban y encerrado en su gabinete, se puso á repasar detenidamente aquellos documentos. Poco tardó en encontrar lo que principalmente le interesaba: todo lo que se referia á las relaciones de su esposa con Grantzius. Don Juan leia con avidez aquellas pruebas de la horrible perfidia de que habia sido victima, cuando de repente, recorriendo una especie de diario que llevaba Grantzius de los hechos de su vida, Don Juan se puso pálido, tembló y el papel estuvo á punto de caersele de las manos. Leia lo relativo á la época que siguió inmediatamente á la fuga de Estela, y alli encontró que su es-

posa, al principiar sus relaciones criminales con el Dr., estaba ya en cinta. Continuó devorando aquel escrito, que contenia tan terrible revelacion, y á medida que avanzaba en su lectura, erizábansele los cabellos y un sudor frio le inundaba la frente. Pronto adquirió, por aquel diario, la certidumbre de que era padre, padre de un hijo á quien su enemigo habia criado con esmero y cariño, conservandolo siempre á su lado. Cuando llegó á la época que se referia al tiempo de su venida á Guatemala, Don Juan vió que el jóven habia sido despachado fuera de la ciudad, con el fin de evitar que se encontrasen el padre y el hijo y aquel reconociera á este, pues segun aquel escrito, la fisonomia del jóven presentaba la mas viva semejanza con el rostro de su madre. El diario no decia el punto á donde habia sido enviado el jóven.

Don Juan suspendiò su lectura y reflexionó. Recordó las frases ininteligibles que Estela le dirijió al tiempo de espirar y que la muerte no le dejó concluir. Trajo tambien á la memoria las palabras sueltas escapadas á Grantzius en el momento en que parecia próximo á morir, cuando él lo atravesara con su espada en Nápoles, y se le reveló el misterio oculto de aquellas expresiones.

En aquel corazon árido y seco, que parecia cerrado á todo sentimiento tierno y generoso, vibró repentinamente una cuerda oculta; Don Juan sintió amor, y amor vehemente hacia ese hijo suyo á quien no conocia. Comprendió que aquel ser le habria hecho amable la vida y que lo hubiera reconciliado con la humanidad, apartandolo de la oscura senda del crimen. Don Juan consultó el reló y vió que apuntaba las doce. Se ciñó la espada, tomó capa y sombrero y salió precipitadamente, diciendo:

— Ese hombre puede vivir aun. Es necesario que me diga que ha hecho de mi hijo, antes que muera.

Comprendiendo que un minuto que perdiese podia

destruir su esperanza, Don Juan corrió hacia la herreria. Abrió, entró, hizo girar el trozo de madera que sostenia el yunque y se precipitó en el sótano. Al llegar á la puerta oculta que comunicaba con el laboratorio del alquimista, el Visitador percibió un lamento debil y apagado, que lo hizo extremecer, temiendo llegar demasiado tarde.

Entró y vió á Grantzius tendido en el suelo y luchando, casi exánime ya, con la mas espantosa agonia. El pobre Dr., presa de un horrible delirio, llamaba á Estela y á su hijo, y decia que no podia morir, á no ser que la ciencia fuese toda ella engaño y mentira. Oianse al mismo tiempo en la puerta que habia hecho tapiar el Visitador, golpes vigorosos y redoblados, como si se estuviese derribando la pared con una barreta.

— Grantzius, gritó Don Juan, precipitandose sobre el moribundo, ¿donde está mi hijo?

El Dr. al oir aquella voz, hizo un horrible gesto de desesperacion y fijando sus ojos extraviados en el que hablaba, exclamó:

— Asesino, vete, dejame morir en paz.

— Mi hijo, mi hijo, replicó Ibarra en el colmo de la desesperacion; devuelveme á mi hijo.

Al pronunciar estas palabras, cayó la pared que cubria la puerta, y abierta ésta, se precipitó un hombre, jóven y hermoso, que vestia un trage de camino.

— Padre mio, padre mio, gritó el recien llegado; gracias á Dios que aun es tiempo de salvaros.

Don Juan se quedó frio y mudo como una estátua, al ver á aquel jóven, cuya extraordinaria semejanza con su difunta esposa no le permitió abrigar la menor duda de que aquel era su hijo.

— Asesino, repitió el moribundo con voz entrecortada y señalando al Visitador; dos veces asesino, añadió; he alli al hijo que me reclamas.

Diciendo asi, Grantzius extendió hacia el jóven la mano, que este tomó y estrechó contra sus labios, arrodillandose. El Dr. dilató desmesuradamente los ojos enrojecidos, y retorciendose con la última convulsion de la agonia, expiró.

Don Juan temblaba ante su hijo, como el reo tiembla ante su juez. Avanzó lentamente hacia el jóven, que tenia abrazado el cadaver de su padre adoptivo, y cuando estuvo ya muy cerca, abrió los brazos y exclamó.

— Hijo mio, hijo mio!

El jóven se levantó bruscamente y hurtó el cuerpo á los brazos de Don Juan. Con un gesto de horror semejante al que hubiese hecho á la vista de un animal ponzoñoso, dijo:

— ¡Monstruo! Apartaos. Mi padre acaba de morir.

El Visitador vaciló como un ebrio, y no pudiendo tenerse en pié, cayó gritando:

— ¡El dedo de Dios!

Don Juan permaneció privado de todo conocimiento durante cerca de media hora. Cuando lo recobró, el jóven y el cadáver de Grantzius habian desaparecido. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si aquella terrible maldicion de su hijo lo abrumase con un peso insoportable, salió del laboratorio, pasó al otro sótano, subió á la herreria, salió á la calle y se dirijió á su casa.

Apenas hubo entrado, se le acercó un lacayo que estaba en vela aguardandolo, y con tono respetuoso le dijo, presentandole un pliego cerrado:

— Ha llegado un correo de Oaxaca, ganando horas, y ha traido esto para Vuesa Señoria.

Don Juan se encerró en su gabinete. Abrió el despacho y encontró una importantisima comunicacion de la corte, en la cual se le prevenia terminantemente suspender todo procedimiento contra el Presidente y ponerse en marcha sin pérdida de tiempo, debiendo ir á dar cuenta

de su conducta al supremo consejo de Indias. Aquella resolucion se comunicaba tambien á la real Audiencia en un pliego separado.

— Esto quiere decir, exclamó el Visitador, que dentro de cuatro ó seis horas la ciudad entera sabrá lo que ocurre. ¡Que triunfo para mis enemigos! Todos mis proyectos han venido abajo. No seré Capitan General de este reino; el Vireinato de México se aleja de mi como una sombra, cuando creo que voy á tocarlo. Es preciso partir ahora mismo, antes de que amanezca.

Dicho esto, Don Juan tocó la campanilla y habiendo acudido el lacayo, le dijo fuese inmediatamente á despertar al mayordomo. En seguida comenzó á recoger todos sus papeles y á colocarlos sin órden en una cartera grande. Presentose el mayordomo y le previno alistase inmediatamente los avios de viage.

Dos horas despues, el Visitador, con las gentes de su servidumbre, salia de la ciudad, donde dejaba tan ingratos recuerdos.

Poco se habia alejado de la poblacion, cuando se presentó á la puerta de la casa que habia habitado Don Juan, un hombre fuerte y corpulento, embozado hasta los ojos y que llevaba una daga oculta bajo la capa. Como encontrase abierta la casa y sin guardia, penetró hasta el interior, asombrado del silencio y soledad de las habitaciones. Recorrió las piezas, donde resonaba unicamente el eco de sus zapatos claveteados. Por último apareció un viejecillo que hacia de portero y dirijiendose al que acababa de entrar, le dijo:

— Buenos dias, maestro Francisco Molinos; ¿veniais á despediros del señor Visitador? Es demasiado tarde.

El herrero, pues él era efectivamente, apretó con furor el mango de su daga, y contestó al portero:

— ¡Como! ¿se ha marchado ese hombre?

— Si, maestro Francisco, á esta hora debe ir lejos,

pues Su Señoria y los que lo acompañan van muy bien montados.

Francisco no aguardó mas. Volvió la espalda al portero y salió de la casa, presa de la mas sombria desesperacion.

Pocas horas despues, la ciudad entera sabia la repentina desaparicion del Visitador y Juez de residencia, y hacianse sobre aquel acontecimiento las conjeturas mas absurdas. A la hora acostumbrada se reunió el acuerdo, para abrir y leer despachos de S. M. Era la real cédula en que se disponia el sobreseimiento en el juicio de Visita y se mandaba ademas que no se hiciese averiguacion alguna sobre los incidentes á que habia dado lugar.

Con aquella medida prudente, que fué exactamente obedecida, se sosegaron los ánimos, á nadie se persiguió y el Conde de la Gomera continuó gobernando pacificamente. El oidor Araque fué trasladado á otro destino y el capitan Don Fernando Peraza llamado á prestar sus servicios en un nuevo regimiento de caballeria que acababa de levantarse en México.

Martin Tachuela no fué correjidor. Volvió á su meson del Idolo, y conservó tan solo de su fugitiva gloria el apodo burlesco de *el General*, con el que fué conocido desde aquella época hasta que murió.

El Alguacil Mayor se dió á luz, luego que tuvo noticia de la marcha del Visitador. Trabajo le costó que las gentes se convencieran de que no habia sido ahorcado; y cuando tuvieron que rendirse á la evidencia del hecho, dieron á entender al pobre Don Gerónimo que habria sido mejor que no resuscitara. No faltó quien dijera que la misma opinion tenia Dña. Luisa, que siguió por mucho tiempo dando pruebas de su inclinacion á las aventuras.

La desventurada Genoveva no volvió á recobrar el juicio, sino en el momento en que iba á dejar de existir, dos años despues del doloroso suceso que ocasionara

el trastorno de sus facultades mentales.

El provincial de la Merced, Fr. Bonifacio de los Angeles, sanó de la herida; pero habiendo quedado sumamente debil con la pérdida de sangre, no pudo resistir á la violenta impresion que experimentó cuando proveyeron en otro eclesiástico el obispado de Chiapa. Fr. Bonifacio perdió el juicio, como Genoveva, y tomó por tema las palabras que decian antiguamente los obispos al ser investidos de su alta dignidad: *Nolo episcopari.*

Fr. Pablo Molinos se echó á los pies del nuevo provincial, rogandole, con lágrimas en los ojos, que le levantara la penitencia de los once mil Padrenuestros y Avemarias diarias. El prelado ofreció examinar el caso teológicamente, y despues de registrar muchos autores y consultar el parecer de los padres graves, resolvió que cesase la obligacion para lo sucesivo; pero que el penitenciado debia cumplir con lo atrasado. La cuenta ascendia ya á veinte millones, cuatrocientos once mil, trescientos veinticuatro. El pobre lego tuvo, pues, penitencia para todos los dias de su vida.

CONCLUSION.

DIEZ años despues de los acontecimientos que hemos referido en el último capitulo, un religioso de la órden de San Francisco, en cuyo rostro se advertian las señales de una vegez anticipada, atravesaba la iglesia, una noche, con paso lento y cansado, alumbrandose con una lamparilla. Buscaba con cuidado la tabla que cerraba cierta bóveda, donde se habia depositado, cinco años antes, el cadáver de una noble y virtuosa señora de la ciudad, llamada Dña. Margarita Jiron. El religioso, luego que hubo encontrado la puerta de la bóveda, la levantó con no poco trabajo, y descendió al panteoncillo, donde ocupaban los restos de Dña. Margarita una humilde sepultura, cavada en el suelo.

Asombrose el religioso al encontrar roto el pavimento y abierta una cavidad correspondiente al tamaño del atahud. Aproximó la lámpara y lanzó una exclamacion de horror, al ver un hombre extrechamente abrazado con el descarnado esqueleto de Dña. Margarita.

Aquel desventurado era Francisco Molinos, que conociendo que se le acababa la vida, quiso ir á dormir el sueño eterno junto con los restos de la muger á quien tan tierna y profundamente habia amado.

En el momento en que Fr. Luis Melian, pues él era

el religioso, que iba á orar, como lo tenia de *costumbre*, sobre la sepultura de Dña. Margarita, inclinó la lámpara para reconocer al que alli estaba, el hijo de Sir Francis Drake acababa de expirar. Fr. Luis derramó una lágrima sobre el cadáver de aquel hombre, y respetando el sentimiento que le inspirara la idea de ir á morir en aquel sitio, cerró el atahud, cubrió la sepultura é invocó la misericordia de Dios sobre aquellos dos desventurados.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

Capitulos.	*Paginas*
I. El hijo del pirata	3
II. Donde el lector conocerá á Fr. Pablo y á Fr. Bonifacio, y verá que el uno era sonámbulo y el otro dormia con un ojo abierto	16
III. El barbero	32
IV. Genoveva	45
V. Las fiestas reales	57
VI. Presentimientos	69
VII. Investigaciones. Encuentro de un oidor con una fantasma	79
VIII. El Capitan Peraza	98
IX. Locuras del Capitan	114
X. El sarao	128
XI. En que se dá cuenta de la llegada del Visitador y del gran parecimiento que le encontraron con el huésped de la Merced	141
XII. En que se dá principio al juicio de residencia	155
XIII. Nuevas complicaciones	169
XIV. La carta	184
XV. La araña y las moscas	202
XVI. Castillos en el aire	216
XVII. Velorio, Cencerrada y Serenata	230

Capítulos. *Páginas*

XVIII. Como el maestro Basilio Molinos comenzó á — poner las bases para el engrandecimiento de su fa- — milia..... 244
XIX. En la herrería de la calle ancha..... 259
XX. En casa del Alguacil Mayor..... 274
XXI. Quid pro quo 288
XXII. La caja del maestro Andres..... 303
XXIII. Los secretos del sótano..... 316
XXIV. Veinte años atras..... 331
XXV. En que comienzan á prepararse algunas aven- — turas que han de parar en desventuras para el — maestro Basilio..... 348
XXVI. Como al maestro Basilio Molinos se lo llevó — Lucifer y aun le sucedieron otras cosas peores.... 364
XXVII. Las píldoras del alquimista, la desesperacion — de Basilio y los celos de Francisco..... 380
XXVIII. Otro milagro de la alquimia. Primeras hos- — tilidades 397
XXIX. Conferencias..... 414
XXX. Tentacion y vocacion 431
XXXI. Un ahorcado 446
XXXII. El ahorcado y su viuda... 462
XXXIII. Preliminares de acontecimientos graves.... 478
XXXIV. Cómo el escribano y el barbero se encontra- — ron cogidos en sus propias redes..... 494
XXXV. Combate en las calles. Jiron Manuel. 510
XXXVI. El Visitador y Genoveva. El nuevo caudillo 525
XXXVII. Hijo y padre. El dedo de Dios..... 538
Conclusion..... 549